Lindsey Davis

Domiciano

Dominus et Deus

Situada durante el reinado de Domiciano (I d.C.), Señor y Dios Domiciano presenta una amplia imagen de esa época sirviéndose de dos personajes que están a la altura de las mejores creaciones de Lindsey Davis. Cayo Vinio Clodiano es un veterano con una desastroso historial matrimonial víctima del estrés propio de los legionarios que entran repetidamente en combate, pero en el fondo es un héroe, como tendrá ocasión de demostrar como miembro de la Guardia Pretoriana. Flavia Lucila ha tenido que enfrentarse desde muy joven a la soledad en una ciudad inhóspita y a abrirse camino por sus propios medios, pero su tesón le ha llevado a convertirse en una respetada peluquera en la corte de Domiciano. Del encuentro de estos dos personajes surge una apasionante historia en la que las aventuras y los flirteos no enturbian una esmerada y emocionante recreación del delirante gobierno de Domiciano.

OceanofPDF.com

Lindsey Davis

Domiciano. Dominus et deus

ePub r1.0
Red_S 05.09.13

OceanofPDF.com

Título original: *Domiciano. Dominus et deus*
Lindsey Davis, 2013
Traducción: Montserrat Batista
Diseño de portada: Red_S

Editor digital: Red_S
ePub base r1.0

OceanofPDF.com

Dedicado a la ciudad de Roma

OceanofPDF.com

Primera parte

Roma: 80–81 d.C.
¡Que comiencen los Juegos!

OceanofPDF.com

I

Era una tarde tranquila en la Vía Flaminia. Nadie se fijó en una voluta de humo que, llevada por el aire desde el río, descendió y se desintegró contra una teja del cuartel. Roma, la Ciudad Dorada, se ocupaba de sus cosas. Los vigiles de la Primera Cohorte continuaban con sus tareas.

El patio estaba en calma; las tardes eran un tiempo muerto. Nadie estaba haciendo gran cosa. Los vigiles se habían creado para combatir los incendios, pero también se ocupaban de la ley y el orden locales. Gran parte de la acción tenía lugar por la noche. Entre la hora de la comida y la cena sus obligaciones eran mínimas, y a quienes les tocaba el turno de día les gustaba que fuera así.

Tito, su nuevo emperador, estaba en la Campania. Ya era la segunda vez que visitaba la zona catastrófica después de que el otoño anterior el monte Vesubio entrara en erupción. Mucha gente se había temido lo peor cuando Tito sucedió a su padre; a pesar de su encanto, al hijo de Vespasiano se lo consideraba despiadado. No obstante, parecía haber enmendado su personalidad: renunció al vicio, prometió no ejecutar a más oponentes e incluso despachó a su impopular amante, la reina Berenice de Judea, después de que ésta hubiera corrido a Roma con la esperanza de convertirse en su emperatriz. Ahora cada vez que los esclavos del guardarropa vestían a Tito con sus togas suntuosas, él se ponía además una atractiva reputación de gobernador benigno. Después de la catástrofe volcánica, su pueblo, que necesitaba consuelo a toda costa, fue compasivo. Tito los animó sufragando de su propio bolsillo las operaciones de auxilio.

A sus cuarenta años debería tener un largo reinado por delante, pero estaba claro que el Vesubio sería el acontecimiento más importante del

mismo: tan inesperado, tan destructivo, tan cercano a Roma. La Campania estaba ocupando la mayor parte de su tiempo. De todos modos, si algo importante ocurriera en Roma, siempre podrían recurrir a su hermano Domiciano para que lo sustituyera.

Era poco probable. El Imperio y la ciudad marchaban sobre ruedas en las buenas manos de los funcionarios. Aunque Tito rara vez demostró animosidad manifiesta, casi todo el mundo suponía que tenía intención de evitar que Domiciano ejerciera el poder.

* * *

Otro par de espirales de humo flotaban sobre el Campo de Marte. Aquel año el habitual cielo azul de Roma estaba siempre gris, por lo que aquellas volutas ligeras como nubes eran indistinguibles. De nuevo, nadie les prestó atención.

Los cielos deprimentes habían depositado una fina capa de tierra que lo cubría todo. La temperatura descendió por todo el Mediterráneo después de que el Vesubio lanzara millones de toneladas de ceniza que taparon la luz del sol formando una columna que llegó hasta el norte de África y Siria. En la misma Italia, el mar —el Mare Nostrum, nuestro mar— había sido engullido hasta quedar seco y a continuación fue arrojado de nuevo sobre la costa. Los peces murieron. Los pájaros murieron. Cuando llegó la primavera, la zona antes fértil de la bahía de Nápoles se hallaba bajo metros de lava, cenizas y barro solidificado. En la Campania, en lugar de tres cosechas al año no hubo ninguna. Los precios se dispararon. Las regiones que solían alimentar a Roma se encontraban en una situación paupérrima. Había hambruna; el pueblo se debilitó; brotó una epidemia. Miles de personas enfermaron y muchas de ellas morirían.

Así pues, ya estaba siendo un mal año. Las promesas de festividades suntuosas en cuanto Tito inaugurara el enorme anfiteatro nuevo de su padre a duras penas mantenían alta la moral de los romanos. Unos juegos públicos

muy caros, con unas largas vacaciones para disfrutar de los gruñidos y la sangre, eran lo único que aliviaría su pesadumbre.

* * *

En el tejado del cuartel, una paloma de color apagado extendió un ala con la vana esperanza de tomar el sol, en tanto que su pareja, más brillante, se limitaba a permanecer encorvada rumiando la erupción del Vesubio.

Dos pisos por debajo, uno de los vigiles olisqueó el aire como si una advertencia hubiese llegado a su subconsciente, pero continuó afilando hachas de bombero con despreocupación. Todos los demás olores de Roma competían por la atención de su olfato, desde el del pescado crudo y la carne ensangrentada al de las frituras, ajo machacado y hierbas; los hedores pestilentes de las tenerías; hornos de leña; incienso y perfumes; almacenes aromáticos enteros, llenos de pimientas finas y canela; muladares; sumideros; pinos; vagabundos, excrementos de mulo y perros muertos.

El cuartel aportaba sus propios olores a cuerdas chamuscadas y esteras de esparto húmedas. Sobre los bustos de Tito y del viejo emperador Vespasiano que presidían el santuario situado a un extremo de la plaza de armas, las coronas secas emanaban un popurrí de fragancias de laurel y ciprés. A distintas horas ocupaban el cuartel un millar de hombres de origen humilde que llevaban a cabo un duro trabajo físico; apestaban a humo, a sudor y a pies, en tanto que la mayoría de ellos hacía también un uso discrecional de eructos y ventosidades como elementos expresivos del lenguaje.

En aquellos momentos eran pocos los que hablaban. Los cubos para apagar incendios se amontonaban por allí, vacíos. Las enormes puertas se hallaban prácticamente cerradas, con sólo un resquicio a modo de acceso. Algunos estaban echando una cabezada dentro, aunque unos cuantos dormitaban repantingados en el exterior tomando el aire. Alzaron la vista cuando regresó uno de los miembros de su equipo policial. Era Escorpo, un hombre de cabello rapado y mirada astuta que, como muchos de ellos, hacía

mucho tiempo que cojeaba debido a un accidente en una casa en llamas. Llevaba a una mujer joven a la zaga.

Seguí ámenle iría a ver al agente de investigación, Cayo Vinio Clodiano, hijo de un ex tribuno de cohorte que consiguió un ascenso a la Guardia Pretoriana. Hermano de dos ex soldados y él mismo ex miembro de la Vigésima legión, veintitrés años, metro setenta y ocho de estatura, setenta y siete kilos de peso; en general, competente y bastante querido. Los hombres supusieron que escucharía la historia, prometería investigarla, lamentaría la enorme cantidad de trabajo de la cohorte, guiñaría el ojo con coquetería y, acto seguido, despacharía a la joven.

Escudriñaron a la visitante y reflexionaron groseramente sobre su juventud, sus curvas y el hecho de que el afortunado Vinio se disponía a entrevistarla sin compañía.

Estaba bastante bien, aunque allí ser mujer era mérito suficiente.

Todos sabían que Vinio estaba casado. Aunque él nunca hablaba de su vida privada, se rumoreaba que el matrimonio tenía problemas (el propio Vinio hacía caso omiso de las dificultades que atravesaban, cosa que, para su esposa, resumía perfectamente el conflicto). Sus hombres suponían que mantenía las tradiciones de la cohorte yendo detrás de otras mujeres, aunque no de chicas solteras. Apostarían por ello, del mismo modo que tenían la seguridad de que Vinio siempre elegiría el pollo a la Frontino de un menú o de que siempre que se afeitaba hacía que su barbero le aplicara una sencilla loción de camomila. Servían con él; así pues, lo conocían bien. O eso creían ellos.

* * *

A Flavia Lucila se le cayó el alma a los pies al entrar. Varios hombres silbaron. Para ellos fue un silbido de admiración; a ella le pareció agresivo. Era lo bastante joven como para ruborizarse.

Se había encontrado en un amplio espacio abierto dentro de un edificio oficial de dos pisos. Unas columnatas recorrían los dos lados largos; por

delante se abría otro patio similar y más allá un tercero. En cuanto cruzó las enormes puertas principales había pasado entre dos tinas grandes de agua. En los patios había utensilios apilados de una manera que parecía desordenada, aunque tal vez sirviera para que las cosas pudieran recogerse con más rapidez en caso de emergencia. A ella todo le resultaba extraño.

Entró corriendo detrás de Escorpo en la oficina de investigaciones, situada hacia la mitad de la columnata izquierda, en una de las muchas habitaciones pequeñas que había tras las columnas. En cuanto entraron, Escorpo la señaló con el dedo índice en silencio y a continuación desplazó el dedo cuarenta y cinco grados para indicar el lugar en el que debía sentarse. El gesto no fue particularmente ofensivo.

—Cayo Vinio escuchará tu historia.

El supuesto Vinio apenas levantó la mirada.

Lucila se dejó caer en el centro de un banco bajo de madera, por lo demás desocupado. Se sentó encima de las manos, con los brazos rectos y los hombros tensos. Estaba claro que era un incordio y tenía que esperar. Le pareció bien. Para entonces deseaba no haber venido.

El agente de investigación no era como ella se esperaba. Para empezar, era joven, no uno de esos centuriones entrecanos. Sentado frente a una mesa rústica colocada transversalmente a la puerta, el hombre mostraba un perfil atractivo y Lucila tuvo la sensación de que él lo sabía. Estaba trabajando en unos documentos; otros hubieran hecho escribir al administrativo de la cohorte mientras ellos dictaban. Vinio tenía frente a él unas tablillas de madera enceradas y un estilo, pero estaba completando una lista formal con tinta en un rollo. Ella lo observó mientras lo firmaba y a continuación devolvía la pluma húmeda al tintero con bastante delicadeza; con este pequeño gesto teatral parecía estar medio burlándose de sí mismo por disfrutar de aquel trabajo. Esto hacía pensar que Vinio era un excéntrico; la mayoría de investigadores se quejaban del tiempo que requería la burocracia.

—Toma, Escorpo. Tres a los que patear al piso de arriba. —Tenía una voz más grave y fuerte de lo que Lucila se esperaba.

Supuso que lo de «patear al piso de arriba» no era una orden literal, sino una forma abreviada de indicar que llevaran a los malhechores ante el prefecto de los vigiles. Los delitos rutinarios se resolverían con una paliza o una multa municipal. A los delincuentes recalcitrantes los pondrían a disposición del prefecto de la ciudad, quien podía enviarlos a un juicio completo.

Escorpo leyó por encima el breve rollo y, al tiempo que salía con él, comentó:

—¡A Morena no le va a hacer ninguna gracia!

Vinio se encogió de hombros. Entonces aguardó mientras repasaba someramente las tablillas enceradas. Lucila se fijó en el anillo de boda que llevaba. Tenía las manos limpias y muy bien cuidadas. Su cabello era negro y abundante, muy bien cortado, de modo que la joven se sobresaltó por la atracción erótica que suscitaron las capas de pelo recortadas de forma experta en la nuca de su recio cuello masculino.

Él seguía sin hacerle caso. Cada vez más nerviosa, Lucila intentó no llamar su atención. Miró a su alrededor pero, aparte de la mesa y el banco, en la habitación no había nada más que un mapa grande en la pared. En él se mostraban los Distritos Séptimo y Octavo, que eran los que cubría la Primera Cohorte, un sector que iba desde los límites de la ciudad sobre la Colina del Pincio, se extendía junto a los Jardines de Salustio y el Quirinal y llegaba hasta el Foro. Allí se había criado ella, por lo que reconoció los rasgos principales aun cuando los nombres de las calles estaban prácticamente borrados. Se habían añadido algunas marcas más nuevas con tintas distintas, como para señalar incidentes locales con precisión.

No debiera haber venido. Tendría que haberlo dejado correr o hacer que su madre la acompañara. Eso había resultado imposible; debiera haber aceptado que su madre no quisiera involucrar a los vigiles.

Después de varios gritos y portazos provenientes del exterior, un hombre irrumpió en la habitación gruñendo en voz alta. En el pórtico se oía la escolta de alguna clase de prisioneros, en tanto que Escorpo reapareció y se apoyó en el marco de la puerta observando con una sonrisa de satisfacción.

—¡Morena! —Vinio saludó al recién llegado con calma. El que protestaba era un hombre flaco, de aspecto desastrado, con unos terribles mechones de pelo lacio peinados de un lado a otro de la cabeza. Lucila se dio cuenta de que era la clase de hombre que perdía el día entero frente al mostrador de un bar de la calle haciendo chistes obscenos para ofender a los transeúntes. A juzgar por la expresión del agente, Vinio estaría completamente de acuerdo con ella: «Y luego espera que la camarera se lo tire gratis». Y si estaba especialmente deprimido, quizás incluso añadiera: «y es probable que esa bruja patética lo haga…».

—¿Tiene que ver con la calle Isis otra vez? ¡No puedes hacerme esto!

—No tengo más remedio —adujo Vinio—. Morena, te he advertido en dos ocasiones acerca de mantener una reserva de cubos por si hay fuego. Mi deber es estarte encima como un cabrón, y el tuyo es obedecer mis órdenes. Pero has persistido en no hacer nada.

—¡Los inquilinos no dejan de robar el agua para regar las macetas de sus balcones!

—Vuelve a llenar el depósito. Desahucia a tus inquilinos por incumplimiento de contrato… Supongo que incluso los especuladores como tú harán un contrato a esos pobres diablos, ¿no? Sin agua no podemos hacer nuestro trabajo. ¡Por Júpiter, hombre, si se cayera una lámpara en tu asqueroso edificio podrías incendiar toda la ciudad!

—Dame otra oportunidad.

—Siempre dices lo mismo.

—Acabo de encargar las mejoras…

—Mi tribuno quiere detenciones.

—¿Cuánto?

En la puerta, Escorpo hizo una mueca. Vinio suspiró de manera teatral.

—Espero que no estés intentando sobornarme, ¿eh, Morena?

—¡Pues que te den mucho, Vinio, eres un feo hipócrita de mierda!

—Déjalo ya.

Vinio se puso de pie. Feo no era una palabra adecuada para él, aunque Lucila no lo habría admirado nunca abiertamente; ya tenía demasiada

seguridad en sí mismo. Era alto y musculoso, totalmente dueño de sí mismo. Apenas alzó la voz:

—Morena, eres el propietario de una pocilga destartalada de cinco pisos en la calle Isis con múltiples inquilinos y que no pasa la inspección de incendios en ninguna de las ocasiones que la visitamos. Eres un quejica, un miserable, un mezquino que esquiva las multas, que acumula dinero de hipotecas, engaña a las viudas, mata de hambre a los huérfanos y se folla a los esclavos, ¿no es verdad?

Morena perdió el temple.

—Así es.

—Pues lárgate a ver al prefecto y no me hagas perder más tiempo.

Se llevaron a Morena de allí arrastrándolo hacia atrás, con gritos ásperos por parte de los vigiles. Cayo Vinio volvió a dejarse caer en su asiento, con la respiración apenas agitada. Siguió sin volver la cabeza y miró a Lucila de reojo.

—Bueno, señorita, ¿qué te trae a este magnífico refugio del orden público?

* * *

Vinio ya la había examinado de manera subrepticia. Le sorprendió que llegara sola; las chicas jóvenes solían corretear por ahí de dos en dos. No iba a pasarle nada, al menos durante su guardia, pero supuso que la joven había acudido allí con algún propósito malicioso. Al menor indicio de intriga o descaro, se las iba a ver con él.

Era una mujer de estatura media, flaca y de pecho plano, aunque no desnutrida. Ella, o sus padres, había crecido en una casa en la que, si comían los restos, eran restos de buenas comidas: las sobras de una familia acomodada pero despilfarradora, algo típico de las clases con esclavos a su servicio. Vinio la clasificó correctamente como hija de esclavos libertos. No era la princesita de nadie, iba vestida con una túnica estrecha de un color natural corriente; la prenda se le había quedado pequeña y se le veían los

tobillos. Eran unos tobillos bonitos, pero ya no era una niña y debería taparlos. Llevaba el cabello castaño enroscado y atravesado por una horquilla que sorprendentemente parecía de marfil…, ¿un regalo, acaso? Si no, lo más probable era que fuera un objeto robado de la caja de adornos de una mujer mucho más rica.

Cayo Vinio se entrevistaba con el público con formalidad, no era uno de esos investigadores que bromeaban con las mujeres y cuyos informes eran luego una chapuza. Sin embargo, de haber sido relevante, a su juicio la visitante sería una mujer atractiva cuando creciera. Lo cual vaticinó que ocurriría en cuestión de un mes.

Revolvió las tablillas de cera que tenía frente a él, seleccionó una y la alisó con la parte plana del estilo.

—¿Nombre?

—Flavia Lucila —le salió la voz en forma de gritito asustado, cosa que hizo que Vinio comprobara la ortografía. El nombre de Flavia confirmaba que su familia había obtenido la ciudadanía bajo los emperadores de entonces, de modo que fue en la última generación.

—¿Edad?

—Diecisiete.

«Réstale dos años», calculó Vinio.

—¿Padre?

Lucila guardó silencio; Vinio continuó. Muchas de las personas a las que interrogaba no tenían ni idea de quién era su padre.

—¿Madre?

—Flavia Lachne, liberta imperial.

Vinio tenía dudas sobre lo de «imperial». Había muchos ex esclavos de palacio, pero después de tres años de tratar con el público ya no se fiaba de nada de lo que le decían; sospechaba que la joven exageraba su posición y que en realidad no era más que la hija de quien quitaba las raspas a algún pescadero.

—¿Y vives en…?

—Enfrente del Pórtico de Vipsania, junto a la fuente de la caracola.

Vinio no ubicó el lugar. Desde que lo destinaron allí había intentado familiarizarse con todos los callejones estrechos del Distrito Séptimo, pero todavía estaba aprendiendo.

El mapa de la pared no le servía de gran cosa; se podían distinguir los templos y teatros, pero para los vigiles nunca había sido una prioridad buscar las viviendas en las que moraban los pobres.

—En un apartamento del cuarto piso —añadió Lucila.

Las clases medias vivían en una planta baja; los indigentes subían penosamente seis tramos de escaleras; el cuarto piso lindaba la pobreza, aunque no lo era del todo.

—Y bien, ¿qué problema tienes, querida?

Lucila se ofendió.

—¡Yo no soy tu querida, agente!

—Y con este genio no lo serás nunca de nadie. —Vinio vio que la chica tomaba aire con furia, de modo que dejó el estilo sobre la mesa y le dirigió un rápido gesto apaciguador con las palmas abiertas. A continuación, entrelazó las manos por detrás de la cabeza y esbozó una sonrisa triste. Eso solía causar buena impresión en las mujeres. Lucila le lanzó una mirada fulminante, como si hubiera pagado para ver a un gladiador célebre y hubiera tenido que soportar a un suplente oxidado—. Dime, ¿has venido a denunciar un delito o a presentar una queja?

La joven fue prudente y reprimió su indignación.

—Nos han robado en casa.

—¿Os?

—A mi madre y a mí.

—¿Algún esclavo? —Los esclavos serían sus primeros sospechosos.

—¡Oh, sí, nuestra extensa plantilla! —exclamó con brusquedad Lucila, que se enardeció de nuevo—. Un batallón de pasteleros, tres chicas para el guardarropa… y no seríamos absolutamente nadie sin un poeta inédito que trabaja para nosotras de portero.

Vinio adoptó una expresión avinagrada para evitar sonreír.

—¿Qué dimensiones tiene el apartamento?

—Es de dos habitaciones; vivimos en una y mi madre trabaja con su clientela en la otra.

—¿Trabaja de…?

—Peluquera —Lucila se dio cuenta con retraso de cómo sonaba eso: como si Lachne fuera una prostituta.

Vinio se preguntó si a la hija la estarían adiestrando en el mismo oficio. Decidió que sería una lástima. ¡Por los dioses!, debía de estar ablandándose.

—Madre es peluquera, trabaja para la familia del emperador —protestó Lucila.

Vinio no creyó esa historia. Pero si Lachne se vendía a los hombres, tendría que estar registrada allí; podría comprobar los registro de los vigiles, por lo que no tenía sentido que la chica mintiera. Si la mujer trabajaba en horizontal y no había sido registrada, era una estupidez atraer su atención… Lo cual podría explicar por qué habían enviado a la chica allí sola y la madre se había mantenido al margen.

—¿Dónde está tu madre ahora?

—En casa, histérica.

—Dime, ¿qué ocurrió?

—Madre llegó a casa y se encontró con que le faltaban todas sus joyas.

—¿Había alguna de valor?

—¡Todas ellas!

Lucila vio que el investigador recelaba.

—¿Seguro que han desaparecido? ¿No podría ser que mamá hubiera metido las cuentas detrás de un cojín y se hubiera olvidado?

—Las buscamos por todo el apartamento. —Eso lo había hecho Lucila, y había sido metódica. Tenía sus propias dudas sobre su madre.

Vinio adoptó un semblante amistoso.

—Al final haré una lista, de modo que vete pensando —se fijó en que, aparte de la horquilla de marfil, Lucila, de aspecto desamparado, no llevaba ni siquiera un collar de guijarros. Nadie diría que era hija de una mujer con posesiones que valiera la pena robar. ¡Por Júpiter! ¡Si hasta entre los indigentes de debajo de los puentes del Tíber las madres solían adornar a sus hijas con sartas de chinas! Su hija pequeña, sin ir más lejos, llevaba un

amuleto—. De modo que mamá llega a casa… ¿Alguna señal de que forzaran la entrada?

—No.

—¿Había daños en la puerta?

—Ninguno.

—¿Alguna otra persona que sabía que estaríais fuera? —Lucila se encogió de hombros, dando a entender que sus movimientos eran al azar—. Estáis en el cuarto piso, ¿podría alguien trepar desde un balcón cercano?

—No, no tenemos balcón y mantenemos los postigos cerrados.

—Entonces, ¿la única manera de entrar es por la puerta? ¿La cerráis cuando estáis fuera?

—¡Sí, no somos idiotas! —la chica volvió a arremeter contra él con preocupación—. ¡No estás anotando nada!

Hasta el momento, lo único que Vinio había garabateado en su tablilla era el nombre de la chica. Él nunca malgastaba esfuerzos. Las posibilidades de resolver aquel robo eran escasas. Roma estaba infestada de ladrones de viviendas, manilargos que robaban la ropa en las casas de baños, descuideros, granujas que se llevaban paquetes de la parte de atrás de los carros en marcha, esclavos deshonestos y trepas que entraban desde la calle y se paseaban por las casas vaciando la plata de los comedores. Rara vez atrapaban a ninguno de ellos.

—¿Qué clase de cerrojo hay?

Tal como le había instado a hacer, Lucila describió el tipo de cerrojo barato e inútil que siempre instalaban los caseros malos como Morena; al menos el suyo tenía llave y no era sólo un pestillo. Cayo Vinio, quien creía que la prevención de los delitos era su trabajo más útil, recomendó un cerrojo de tambor y sugirió que las mujeres podían adquirirlo de algún cerrajero reputado.

—¿Y «reputado» quiere decir…? —preguntó Lucila con cinismo.

Vinio tenía su lado humano; en aquellos momentos estaba disfrutando bastante de la conversación.

—El que yo siempre recomiendo. Al menos, así sé dónde acudir si después entran a robar a alguien que ha seguido mi consejo… —más serio,

hizo la pregunta habitual—: ¿Alguien más tiene llave aparte de tu madre y de ti? —Eso era condescendiente. Por otro lado, existía un buen motivo por el que los vigiles siempre lo preguntaban. Lucila negó con la cabeza; las víctimas siempre negaban haber entregado duplicados. Vinio prosiguió—: Sé que es muy desagradable pensar que podrías haber confiado en la persona equivocada… ¿Tienes novio?

—No.

Lucila pareció avergonzada. Tendría que haberlo sabido al ver que la joven carecía de ornamentos; el primer maleante que fuera detrás de esa chiquilla la conseguiría a cambio de un brazalete de imitación de oro en forma de serpiente con ojos de cristal.

—¿Y qué me dices de tu madre? —el silencio de Lucila lo explicó por sí mismo—. Entiendo. ¿Tiene una multitud de seguidores o sólo de uno en uno?

—¡De uno en uno!

—¿Y tú qué opinas de los hombres a los que entretiene tu madre?

—No mucho —Lucila encontraba que la entrevista era más difícil de lo que se había esperado. Vinio sabía cómo vencer sus defensas—. El de ahora es un hombre de negocios. No le hace falta robar.

—¿Su nombre?

—Orgilio.

—¿Cómo es de adinerado?

—Bastante.

Vinio observó a Lucila con detenimiento. Le concedió tiempo para que averiguara por qué.

Se dio cuenta de que había disgustado a la chica. Lo lamentó.

* * *

Era la primera vez en la relación con su madre que Lucila tomaba la iniciativa. Lachne había parecido renuente a involucrar a las autoridades, aun cuando el contenido de su joyero, obsequios de mujeres importantes a

las que había servido y de hombres a los que había atraído, era verdaderamente caro. Indignada, y asustada por el hecho de que un ladrón hubiera estado dentro de su casa, Lucila había salido como una exhalación a denunciar el robo dejando a su madre hundida en una silla. Lachne se hacía la mujer indefensa a menudo; su actitud era bien conocida.

Al abordar aquella crisis Lucila había demostrado una nueva independencia. Ya estaba empezando a tener dudas cuando la pregunta que el agente planteó como de pasada le hizo ver cuánto la había engañado su madre.

—Una cosa que siempre tengo que considerar —explicó Vinio— es si un «robo» denunciado podría ser un trabajo desde dentro o no.

Tenía razón. Entonces Lucila lo entendió. Lachne estaba viviendo a costa de su último hombre.

«Orgilio es un cielo; cuando vea lo triste que estoy seguro que sustituirá las cosas…».

No era necesario que Lachne denunciara el robo, porque éste no tuvo lugar. Pero debió de pensar que permitir que su ignorante hija fuera corriendo a pedir ayuda a los vigiles haría la historia más creíble.

Su madre la había enredado, le había mentido, la había utilizado. Allí, sentada bajo la mirada inquisitiva de Vinio, Lucila se dio cuenta de que había sido cruelmente traicionada por la única persona cercana a ella.

Incluso Vinio, a quien nunca había visto hasta entonces, reconoció la dureza en el semblante de Lucila cuando decidió que no iba a tolerarlo. Tan sólo tenía quince años. Sus opciones eran pocas. No obstante, rompería con su madre por este asunto.

* * *

Fuera, en el patio, había ruidos que Vinio ya había percibido. Su mirada se dirigió hacia la puerta; estaba escuchando, intentando evaluar la actividad.

—Enviaré a alguien. Puede que alguno de tus vecinos se haya fijado en algo…

Flavia Lucila reconoció el desaire. Vinio ni siquiera había anotado dónde vivía. No enviarían a nadie. Era una pérdida de tiempo. Aunque uno de sus soldados lo investigara, Lachne sonreiría con afectación y se reiría tontamente, toquetearía los músculos de aquel hombre y se dejaría estrujar hasta que se alcanzara algún acuerdo mal concebido; entonces Lachne y Lucila tendrían que pasar semanas dando largas con delicadeza al nuevo aspirante y evitando que Orgilio se encontrara con él…

—Dime, ¿quién crees que entró a robar en vuestra casa? —preguntó Vinio: era otra más de las preguntas que siempre hacían los vigiles.

—¿Cómo quieres que lo sepamos? Es tu trabajo averiguarlo… ¡Eso si puedes permitirte la molestia, guaperas!

—¡Ay, cielo! Por desgracia, mi época de guaperas terminó. —Vinio giró rápidamente en su asiento para quedar frente a Lucila.

* * *

Lo hizo a propósito, con ánimo de causar impresión.

Siendo soldado había resultado gravemente herido. Un miembro de una tribu rebelde le había golpeado con una lanza en la cara y perdió un ojo. Podían verse otros daños, daños que un cirujano militar que creía que su paciente se moría se había limitado a suturar toscamente. El lado derecho de su rostro, previamente oculto al estar sentado de lado, estaba desfigurado por unas cicatrices terribles. Conmocionado, y habiendo perdido visión, Vinio había sido destinado de vuelta a Roma y designado a los vigiles; era lo bastante feo para que esos duros ex esclavos lo aceptaran.

Lucila quedó horrorizada, pero se las arregló para disimularlo.

—Eso debe de arruinar tu vida amorosa. ¿Cómo ocurrió?

Vinio no respondió. Estaba de pie en la puerta para ver el movimiento que pudiera haber en el patio. En cualquier caso, quería evitar pensar en su supuesta vida amorosa.

Alguien había abierto ya las dos puertas principales. Aunque los hombres parecían calmados, Vinio percibió el hormigueo de emoción y temor que siempre acompañaba a los incendios. Tiraban de un sifón para sacarlo de su compartimento en el interior, lo cual indicaba que la alarma era seria.

Alzó la vista al cielo, gris como era habitual aquel verano, pero entonces resultaba evidente que había humo en el aire. Era frecuente que los investigadores se unieran a los bomberos en un incendio, para demostrar solidaridad o comprobar si había sido provocado. Vinio llamó a Escorpo en voz alta para preguntarle qué estaba ocurriendo, y al mismo tiempo abrió una bolsa del cinturón y metió en ella la tablilla con la denuncia del robo sin escribir.

Lucila se puso de pie de un salto y con el ceño fruncido. Salió con paso airado y tuvo que pasar rozando a Vinio en la puerta. Él la dejó marchar, pero la joven notó un ligero toque de su mano en el hombro: consuelo y una disculpa.

Fue un gesto sin intención definida, pero permanecería durante demasiado tiempo en el recuerdo de una chica solitaria de quince años.

* * *

Escorpo enarcó una ceja y se quedó mirando a Lucila, que se escabullía.

—Una estafa —le quitó importancia Vinio—. La madre desplumando a su novio. La chica no puede estar metida en la trampa, es demasiado ingenua. —«¿Quién era el ingenuo entonces?».

—¡Parecía dulce!

—¿Ah, sí?

Ambos sonrieron ampliamente. Entonces apareció alguien en la entrada que los llamó:

—De la Séptima… Hace falta ayuda. Es de los grandes.

Cayo Vinio decidió mandar a un mensajero a informar al tribuno de la cohorte, y los miembros de la Primera se lanzaron a prestar ayuda con el

próximo gran desastre en el reinado del emperador Tito. No tardaron en dejar de pensar en mujeres, ni siquiera en las mujeres con las que estaban casados. Durante tres días y noches lucharon sin descanso para controlar un incendio que devastó el corazón de la monumental Roma, un tiempo durante el cual en muchas ocasiones también estuvieron luchando por sus vidas.

OceanofPDF.com

II

A los vigiles más curtidos les encantaba describir el Gran Incendio que tuvo lugar en el reinado de Nerón. Vinio los había oído hacerlo. Los reclutas bisoños escuchaban boquiabiertos mientras los veteranos inventaban historias escabrosas. Hasta el incendio en la época de Tito, la famosa conflagración de Nerón había constituido la referencia con la cual los vigiles medían todas las demás. En el transcurso de esos años su versión se había vuelto aún más aterradora, y era técnica; ellos nunca daban vueltas a si el megalómano Nerón tenía razón o no al culpar a los cristianos, o si inició él mismo el fuego para obtener un terreno privilegiado en el Foro para su Casa Dorada. Los bomberos tampoco se molestaban con esas historias de que cantaba *El saqueo de Ilión* con vestuario de actor mientras veía arder la ciudad. Incluso evitaban la versión alternativa: que Nerón, un gobernante más bondadoso y activo de lo que entonces contaba la historia, se encontraba fuera, en Antium, pero que regresó a toda prisa para organizar las operaciones de auxilio, abriendo su palacio a los que no tenían hogar y procurando el suministro urgente de comida.

Para los vigiles se trataba de una serie de efectos y daños. Que aquel fuego asaltó Roma durante siete días hasta que quedaron destruidos tres distritos; siete más resultaron gravemente dañados; sólo cuatro sobrevivieron intactos.

Que distintos incendios empezaron en el terreno bajo y luego ascendieron por las colinas, pero que después el fuego volvió a bajar con rapidez. Que los fuegos separados se unieron. Que las llamas sobrepasaban todas las medidas para contrarrestarlas, rugían por los callejones estrechos y tortuosos y por los edificios apiñados de los viejos barrios republicanos.

A continuación, los vigiles enumeraban las nuevas medidas preventivas impuestas bajo el mandato de Nerón y sus sucesores: restricciones en la altura de los edificios, calles más anchas, uso obligado de ladrillo, porches contra incendios para facilitar el acceso en caso de emergencia y que siempre hubiera agua disponible en los edificios. (El agua nunca era suficiente, eso holgaba decirlo). Los bomberos se quejarían del público, que a su vez se lamentaba de que las nuevas calles más espaciosas dejaban entrar demasiada luz del sol, a diferencia de los viejos callejones sombríos.

Si se les preguntaba si todo aquello funcionaría, la mayoría de los vigiles evitaban dar respuestas. ¿Sería distinto la próxima vez? ¿Quién podía saberlo? Seguía habiendo demasiados incendios. Roma era una ciudad de braseros portátiles, lámparas desatendidas e incienso humeante. Los apartamentos inapropiados estaban atestados de parrillas y hogares improvisados. Los ritos religiosos y procesos industriales requerían llamas. Todas las casas de baños y panaderías disponían de hornos con grandes leñeros adyacentes. Los boticarios, sopladores de vidrio y joyeros contribuían al riesgo de accidentes. En todas las calles había múltiples figones; todos ellos utilizaban fuego. Los teatros se incendiaban continuamente, a menudo ni siquiera por culpa de los efectos especiales, y los burdeles eran un peligro constante, con su iluminación decadente, las cortinas que colgaban de cualquier manera y su clientela de inadaptados. De todos modos, ¿quién podía atajar la cotidiana irresponsabilidad? Caseros inconscientes, borrachos de vino de ojos llorosos, monaguillos soñadores, niños que experimentaban haciendo saltar chispas, mozos de cuadra que encendían fogatas en los patios de los establos y hasta alguna que otra bruja que echaba testículos disecados a unas siniestras llamas verdes.

Los vigiles patrullaban todas las noches. Difícilmente pasaba una sola sin que la mayoría de las cohortes husmearan el fuego en alguna parte. Todos sabían que tarde o temprano se enfrentarían a otro gran acontecimiento. Dieciséis años después del incendio de Nerón, la Primera cohorte no tardó en darse cuenta de que el siguiente gran fuego ya estaba allí.

Para Vinio y los del turno diurno la tarde tranquila había llegado a su fin. Se enfrentaban a algo más que al gato de una viuda que volcaba una lámpara en algún apartamento sórdido; estaban ardiendo zonas extensas. Estaban preparados, aunque enseguida se hizo evidente que estaban demasiado dispersos para un fuego importante en la ciudad, su pesadilla.

El control general subió enseguida de nivel, pasando del tribuno de la cohorte a su comandante, el prefecto de los vigiles; después se hizo cargo el prefecto Urbano. Se enviaron mensajeros para alertar al Emperador y a su hermano. Los primeros mensajes fueron anodinos, aunque los funcionarios mencionaron el riesgo de daños a gran escala si la contención resultara difícil.

Durante tres días y tres noches, la contención resultó imposible.

* * *

Al principio el fuego se propagó con ímpetu, principalmente por el distrito del Circo Flaminio, que se hallaba debajo de la ciudadela. En el terreno bajo del recodo noroeste del Tíber, el Campo de Marte quedó devastado.

La Séptima Cohorte consiguió salvar la parte septentrional del Campo. El Mausoleo de Augusto continuaría dominando el horizonte, con su gran tambor sombrío y sus terrazas oscuras plantadas con cipreses. El enorme complejo de los baños de Nerón sobrevivió porque recibía el suministro del Aqua Virgo. Su situación en terreno bajo había posibilitado que dicho acueducto se construyera bajo tierra, de manera que el agua se podía tomar desde un canal ornamental en lugar de tener que transportarla desde el río. Por lo tanto, también se salvó el Horologium, un inmenso suelo de mármol con líneas de bronce incrustadas que formaban el reloj de sol más grande del mundo.

Más cerca del centro se perdieron todos los monumentos importantes. Frente al cuartel de los vigiles, justo al otro lado de la Vía Lata, se encontraba la Saepta Julia, un patio con galerías de dos pisos de altura. Esta

popular guarida de informantes, gandules y tenderetes de bisutería se quemó junto con el Dibiritorium, un amplio salón utilizado en un principio para contar votos y que tenía unas famosas vigas de alerce de treinta metros en el tejado. Se suponía que el alerce era resistente al fuego, pero no en un incendio de aquella intensidad. Después se perdieron los templos de Isis y Serapis, donde Vespasiano y Tito se habían alojado la noche previa a su triunfo de victoria por sofocar la revuelta en Judea.

En dirección a la lenta corriente gris amarillenta del Tíber había estado el Panteón, la enorme e innovadora rotonda de Marco Agripa para glorificar a la familia Juliana; tenía una cúpula gigantesca por encima de una cornisa de bronce y entre las columnas del pórtico se había alzado una estatua de Venus; la diosa llevaba unos pendientes que eran una perla enorme partida por la mitad, la pareja de la que Cleopatra disolvió en vinagre para ganar una apuesta con Marco Antonio. Los bomberos no pudieron hacer nada mientras perdían el Panteón y, adyacentes a él, el templo de Neptuno y los baños de Agripa, además de muchos otros edificios menores que se habían levantado entre ellos: viviendas, tiendas, clubs, talleres y almacenes de manufacturas donde vivían y ejercían sus ocupaciones personas comunes y corrientes…

En dirección sur hacia el Capitolio, quedó afectada una zona mucho más antigua. El Teatro de Pompeyo perdió su escenario recién restaurado, así como el aún más añoso Teatro de Balbo y el Teatro de Marcelo, llamado así por el sobrino predilecto de Augusto, quien había muerto demasiado joven para echar a perder lo que prometía. Quedó destruido el Pórtico de Pompeyo, una de las zonas recreativas más populares de Roma, con paseos sombreados, un porche con estatuas griegas antiguas e incluso unos magníficos aseos públicos cuyos asientos tenían vistas a los gloriosos jardines a través de una columnata. Desapareció también la famosa estatua de su fundador, Pompeyo el Grande, al pie de la cual fue asesinado Julio César.

El Circo Flaminio, que daba nombre al distrito, se hallaba en el corazón del incendio. Nunca fue escenario de carreras de cuadrigas, pero era un lugar muy frecuentado para reuniones públicas, mercados y funerales, y

cuando regresaban los ejércitos victoriosos, sus procesiones triunfales empezaban entre los once templos de la victoria. Cerca de allí se perdió el Pórtico de Octavia, con sus famosas escuelas, curia y biblioteca; entre su colección de esculturas se contaba un grupo enorme obra de Lisipo en el que se mostraba a Alejandro Magno entre veinticinco jefes de caballería en la batalla del Gránico; por asombroso que parezca, esta obra de Lisipo sobrevivió. Pero fue un milagro aislado entre la catastrófica destrucción.

* * *

Cayo Vinio trabajó sin parar durante tres días. No identificó un único foco del incendio. Quizás hubiera varios orígenes. Como profesional, sólo por el color del humo sabía que estaban combatiendo una conflagración muy caliente e intensa. Hasta el mármol ardería, con semejante calor…

La quietud inicial de la tarde cambió a unas primeras horas de la noche con vientos racheados, provocados por corrientes de aire caliente que se alzaban del fuego. Era imposible predecir estos vientos, con columnas de convección que actuaban como fuelles sobre estructuras que los vigiles habían logrado apagar anteriormente, provocando que volvieran a arder de manera espontánea. Las corrientes de aire atrapaban escombros encendidos y arrojaban pedazos de madera ardiendo a grandes distancias, llevando las chispas a nuevos edificios. Los vientos eran erráticos, cambiaban constantemente de dirección y fuerza, arremolinando polvo y ascuas en vórtices circulares.

Al despertar la mañana siguiente, los habitantes de toda Roma se encontraron con que el humo envolvía la ciudad y oscurecía todas las calles, incluso lejos del incendio. Entonces resultaba imposible saber qué distritos estaban realmente en llamas. Los rumores provocaron confusión. Los ciudadanos respiraban con dificultad y cundió el pánico. La gente, inquieta, obstruyó las calles intentando escapar con sus pertenencias a cuestas. Muías y caballos aterrorizados escaparon de los establos. Los perros atados aullaban con desesperación. Las ratas salían de las cloacas. El precio del

alquiler de carros y carretas se disparó, en tanto que se hizo imposible comprar cubos, herramientas y materiales para apuntalar las estructuras que se venían abajo. Por supuesto, hubo saqueos.

Al principio de aquella calamidad que duró tres días, Vinio trabajó cerca de la Saepta, contribuyendo al esfuerzo por impedir que el fuego cruzara la Vía Lata, el extremo de la gran Vía Flaminia que entraba en la ciudad. Los vigiles luchaban para proteger su propio cuartel y evitar que el fuego corriera libremente y se extendiera por todo el norte de Roma. Era una zona en la que se mezclaban jardines, mercados municipales y templos antiguos dedicados a dioses oscuros, así como algunas grandes casas privadas que pertenecían a senadores. Entre ellas eran destacables la que otrora fuera el hogar de Vespasiano antes de haber sido Emperador y la casa de su difunto hermano en la calle de la Granada, a las que se suponía que la Primera cohorte tenía que prestar una discreta atención especial sin molestar en ningún momento a los que entonces las ocupaban.

Vinio requisó tanto carros como todos aquellos recipientes que parecían adecuados para complementar los cubos de los vigiles y sus dos sifones chirriantes. Éstos se rellenaban sin parar y los hombres manejaban los brazos del mecanismo hasta que se les desgarraban los músculos, pero los débiles chorros de agua que soltaba no eran más eficaces que los de un perro cojo meándose en una pira funeraria.

Siempre que les era posible, cuando ya no podían continuar, las tandas de hombres de la Primera cohorte regresaban tambaleándose al cuartel y se dejaban caer en los cubículos para procurarse unas pocas horas de descanso. Vecinos agradecidos les proporcionaron comida. Estando tan cerca del incendio lo único que podían hacer era dormitar: les preocupaba que al despertar pudieran encontrarse con que las llamas barrían su propio edificio. El estrépito y los gritos cercanos, así como las toses secas de los compañeros, perturbaban a los hombres sucios que despertaban de unos sueños descabellados para volver a salir. Muchos resultaron heridos mientras seguían luchando, y algunos incluso perdieron la vida. Todos ellos quedarían afectados para siempre. Ninguno lo olvidaría jamás.

Vinio acabó formando parte de un contingente que recibió la orden de bajar al Foro. Al llegar más allá de los pórticos y teatros en llamas del Campo, vio que el mismísimo Capitolio corría peligro. Se sintió embargado por la tristeza. Aquél había sido el corazón de Roma durante muchas generaciones. En la cima principal se alzaba el templo de Júpiter. Casi tan importante para la psique romana era el templo de Juno, situado en el segundo pico llamado el Arx. Entre el Capitolio y el Arx se extendía el *Asylum*, una vaguada en la que Rómulo, el mítico fundador de Roma, había ofrecido refugio a los prófugos e inadaptados que por primera vez poblaron su nueva ciudad, hacía ya ochocientos años.

El pie de la colina era entonces una gran base con contrafuertes de piedra llamada el Tabulario y donde se guardaban documentos. Si las llamas descendían por el lado del Foro, se verían amenazados siglos de archivos de la ciudad; los más valiosos se estaban trasladando en carros a un emplazamiento más remoto por seguridad, aunque resultaría imposible salvarlos todos. Por el Foro se extendían los edificios religiosos, legales y financieros más importantes de Roma, atestados por todas partes de columnas, arcos, estatuas de héroes, altares sagrados y tribunas conmemorativas. En el extremo más alejado se erigía el Anfiteatro Flavio de Vespasiano, que entonces estaba ya casi terminado. Otras cohortes se habían reunido allí para salvar la preciada arena nueva y para proteger edificios como la Casa de las Vírgenes Vestales. Vinio tenía que concentrarse en su tarea. Le habían ordenado subir a la ciudadela.

El Capitolio era la más pequeña de las Siete Colinas de Roma, pero era escarpada y rocosa, una fortaleza natural en un promontorio elevado. Se decía que habían cien peldaños hasta lo alto, por los cuales Cayo Vinio subió trabajosamente llevando a cuestas las pesadas esteras de esparto que los vigiles utilizaban para sofocar las llamas. Él no contó los escalones, ni le quedaba aliento para maldecir. Los sacerdotes y funcionarios desesperados que se apresuraban ladera abajo, algunos de ellos cargados con estatuas o arcas, lo golpeaban al pasar. Otros incluso llevaban en brazos pollos augurales histéricos y los gansos que habían sido sagrados durante cientos de años desde que salvaron a Roma de los intrusos galos. Por encima del

risco, unos inquietos pájaros silvestres volaban en círculo por la densa humareda. Abajo, en el Foro surgían los lamentos de los observadores allí apiñados. Mientras se tambaleaba hacia el cielo, Vinio tuvo la sensación de estar subiendo al tejado de un mundo que iba a perder para siempre, adentrándose a duras penas en un infierno en llamas donde todo lo que conocía y amaba estaba a punto de morir.

En la cima, el templo principal estaba ardiendo.

El renombrado templo de Júpiter el mejor y más grande constituía el centro de la religión del Estado. Allí los magistrados iniciaban el ejercicio de su cargo con sacrificios solemnes y el Senado celebraba su primera reunión todos los años. Era la culminación de los desfiles de la victoria, el lugar donde los generales heroicos consagraban sus armas a Júpiter.

Este templo formidable, con su tejado dorado, era el mayor de los de su índole jamás construido, levantado sobre un sólido podio cuadrado al antiguo estilo etrusco, con dieciocho columnas gigantescas dispuestas formando tres hileras en su pórtico abrumador. Destruido por el fuego en las postrimerías de las guerras civiles tan sólo diez años antes, su pérdida entonces había sido traumática. Durante el violento cambio de emperadores, el hermano de Vespasiano, Sabino, había opuesto resistencia allí, cerrando la ciudadela con barricadas en tanto que los oponentes aguantaban en vano; al hermano de Vespasiano lo mataron a cuchilladas en el último momento y dejaron su cadáver en las mismas escaleras Gemonías por las que Cayo Vinio acababa de subir cargado con el peso muerto de su equipo. El hijo menor de Vespasiano, Domiciano, había escapado de un modo espeluznante.

Aquel incendio del templo había simbolizado un tiempo terrible y entonces todo el mundo rezaba para que esa época hubiera terminado para siempre. Vespasiano había hecho restaurar el templo de Júpiter y él mismo sacó de allí el primer cesto de escombros cuando despejaron el emplazamiento. Se habían preocupado muchísimo por buscar o sustituir los centenares de antiguas placas de bronce que habían adornado el edificio. Cuando por fin volvió a levantarse, parecía una señal de que Roma sería grande una vez más, y su pueblo afortunado bajo un emperador activo y

honorable. Vinio se dio cuenta entonces de que el templo recién vuelto a inaugurar ardía con tanta ferocidad que no podría salvarse.

Los vigiles, exhaustos y asfixiándose, se habían dado por vencidos y estaban empezando a retirarse. Los rostros ennegrecidos hablaban de sus esfuerzos tediosos. A Vinio le comunicaron por señas que se quedara atrás. Las llamas habían alcanzado el tejado. El templo estaba demasiado elevado, demasiado aislado; no tenían forma de hacer llegar el agua a aquellos frontones que casi rozaban las nubes, aun cuando hubieran tenido agua a mano.

Alguien gritó entonces que los sacerdotes todavía estaban dentro. El grito de «informe de personas», temido por todos los bomberos, despertó a Vinio. Ligeramente más fresco que los hombres que habían estado allí antes que él, subió corriendo los grandes escalones y cruzó las sólidas columnas del pórtico. Oyó voces que protestaban, pero el instinto lo impulsó a seguir adelante.

Dentro el calor era muy intenso, y el aire parecía arderle en la garganta y en los pulmones hasta el punto de hacerle temer cada respiración. El espectáculo era escabroso. El techo estaba oculto por el humo espeso, pero tres enormes estatuas de culto coronadas representando a Júpiter, Juno y Minerva se hallaban iluminadas por una luz roja parpadeante. Vinio no era más religioso que cualquier otro hombre en las fuerzas armadas; acataba los rituales porque había que hacerlo y rezaba para estar a salvo de peligro, pero ya había aprendido que las divinidades no tenían compasión por los humanos. Ningún dios de semblante calmado había aparecido para protegerle cuando ese homúnculo britano arrojó la lanza que estuvo a punto de matarlo. Aun así, con la luz de las cortinas de llamas que vacilaba sobre las estatuas imponentes, le resultaba difícil no tener la sensación de hallarse en presencia de los dioses.

Quedarse allí era una locura. Unas planchas de mármol que se deshacía del tamaño de bandejas de servir caían desde lo alto. Debía de haberse derramado aceite o incienso, pues unas lenguas vaporosas de llama azul estaban formando una alfombra fluida en el suelo. En medio del continuo rugido del fuego, Vinio oyó los chasquidos más fuertes de las sólidas

columnas y la mampostería, que empezaban a romperse. El enorme edificio entero estaba gimiendo en lo que él sabía que debía de ser su agonía.

Alcanzó a ver un cuerpo postrado ante la estatua de Minerva con el gorro puntiagudo que lo distinguía como un alto sacerdote. Cruzó el interior de algún modo y se encontró con que había traído consigo una estera de esparto; la echó sobre el sacerdote y reunió fuerzas para arrastrar hombre y estera y sacarlos de aquel lugar sagrado. Mientras huía de allí, las estatuas de culto parecieron alzarse y balancearse, como si estuvieran a punto de caer. El humo lo cegaba. El calor lo azotaba. Tenía la sensación de que se le derretía la piel. Hasta el ruido resultaba angustioso.

Una vez fuera, el aterrorizado Vinio tiró de la estera para quitársela de encima al sacerdote; puso un hombro debajo de él y descendió por las escaleras a trompicones. Sus compañeros corrieron hacia Vinio para librarlo de su carga y lo sacaron a empujones de la entrada del templo golpeándole la ropa que había prendido. El techo debió de haber fallado casi de inmediato a su espalda, con un estrépito tremendo, y luego unas cortinas de llamas se alzaron hacia el cielo a través de él.

Al hombre al que había salvado se lo llevaron en una angarilla a todo correr. Vinio se olvidó enseguida de él. Una vez extinguido el fuego de su ropa, se sentó en cuclillas con la túnica hecha jirones, el rostro en carne viva, las cejas y el pelo chamuscados, los brazos y las espinillas quemados y el ánimo por los suelos.

Permanecieron allí arriba, apiñados en un espacio abierto donde se consultaban los augurios, por si el templo de Juno resultaba amenazado, pero un cambio en el viento lo salvó. Así pues, aunque en ocasiones tuvieron que apagar focos secundarios, sobre todo se tomaron un descanso un tanto desalentador, de pie o sentados en silencio mientras veían consumirse el templo más grande, contando los estruendos que causaban sus columnas enormes al venirse abajo. Cada derrumbamiento parecía subrayar su impotencia; cada caída enfatizaba su fracaso.

* * *

Para Vinio, aquellos momentos fueron los peores. Terminaron en una última y terrible noche de agotamiento y desesperación. Pero terminaron. Llegó un amanecer más tranquilo, en el que los gritos y el estrépito continuaron pero el calor y el humo se habían atenuado notablemente; el fuego dejó de alimentarse al fin y agonizaba.

Algunas llamas esporádicas seguían danzando por entre la destrucción del Capitolio y el Campo de Marte, mientras los aturdidos vigiles miraban lo que habían perdido y lo que habían salvado. Todos estaban al límite de su resistencia física. Algunos que parecían ilesos aún sucumbirían a los efectos del humo y de las partículas nocivas inhaladas en espacios cerrados; otros pasarían años atormentados por las pesadillas. Entonces se reagruparon de manera desordenada, mientras los oficiales daban nuevas órdenes de un modo insensible. Los que habían estado en el Capitolio bajaron entonces lentamente hasta el Foro, donde las multitudes aguardaban.

La gente prorrumpió en aplausos. La gratitud parecía demasiado terrible de soportar. La tropa lloraba. Una emoción insufrible los invadió. Aunque se consideraba un hombre duro, Cayo Vinio también notó correr las lágrimas calientes por sus mejillas quemadas.

* * *

No les permitieron romper filas todavía, lo cual fue una crueldad. Los vigiles que aún podían mantenerse en pie tuvieron que formar al pie del Capitolio. Se les explicó, con un trasfondo mordaz, que tenían que hacer un buen papel: un grupo de magistrados y otros senadores horrorizados iba a venir para evaluar la magnitud de los daños.

Como más destacado entre los dignatarios, en calidad de representante imperial, estaría el hermano menor y heredero de Tito, Domiciano César.

OceanofPDF.com

III

Domiciano llegó en litera. Genio y figura, era su estilo. Durante toda su vida (su vida adulta en la familia imperial, cuando los fondos no eran un problema) prefirió viajar transportado por porteadores. Se repantingaba allí arriba como un potentado exótico, lo cual daba impresión de importancia, en tanto que podía correr todas las cortinas para tener intimidad y satisfacer su gusto por la soledad.

El hecho de que inspeccionara el incendio en nombre de Tito suscitó sentimientos encontrados. Recordaba al ascenso de su padre diez años atrás, cuando Domiciano probó el poder directo representando a Vespasiano durante unas pocas semanas deliciosas; lo aprovechó al máximo. Una década más tarde lo utilizaban para que hiciera de sustituto. Si ocupar el segundo lugar lo irritaba, había aprendido a disimular sus emociones. También sabía cómo parecer modesto; era tan buen actor como su hermano. Había heredado todos los talentos de la familia.

Las familias patricias de Roma, un grupo selecto de nombres famosos que tenían varios cónsules y generales entre sus antepasados, creían que lo que importaba era tener un linaje que se remontara a algún grupo de chozas cubiertas de musgo vecinas de Rómulo. Aun careciendo de él, los antaño poco conocidos Flavios, procedentes del interior, se habían situado cerca de los dioses en tan sólo tres generaciones. Lo lograron con talento. Eran astutos e inteligentes; sabían cómo situarse políticamente; eran diplomáticos. Domiciano, cuando quería, poseía todas estas cualidades.

Ante todo, los Flavios poseían un fuerte sentimiento de clan. Se apoyaban unos a otros económica y socialmente, se ofrecían trabajos, se casaban con sus primos. Domiciano había nacido y se había criado en parte

en casa de su tío. Al parecer, el tío Sabino no experimentó resentimiento alguno cuando su hermano menor intentó alcanzar el trono, se limitó a sentirse orgulloso de que fuera «uno de los nuestros». Dos de los nuestros, tal como resultó ser. Vespasiano (con Tito a su lado) se convirtió en emperador. A Vespasiano (con Tito) se le concedió un Triunfo por someter la Rebelión Judía. Vespasiano (y Tito) gobernaron entonces el Imperio como socios no oficiales. Ahora Tito lo poseía.

Como heredero de reserva, Domiciano quedó marginado. Todos sabían que su padre y hermano habían discutido sobre sus capacidades y sobre si era o no digno de confianza. Él también lo sabía, y eso sin duda dolía. Le concedieron unos cuantos sacerdocios menores y luego lo relegaron a organizar concursos de poesía. Por suerte, la poesía le gustaba. De hecho, el joven César escribía y recitaba versos, lo cual era bien recibido, por supuesto. Se decía que Tito, un hombre con múltiples aptitudes, escribía poesía «casi tan bien como Domiciano», aunque los elogios para con Domiciano provenían de críticos que le temían, un aspecto que a él no le pasaba desapercibido.

Vespasiano murió. Tito tomó el poder. Si Tito, entonces soltero, no tenía hijos varones y si su hija Julia no tenía hijos, Domiciano heredaría el Imperio. Pero, claro está, si Tito vivía tanto como su padre, podría estar esperando treinta años.

La gente suponía que Domiciano estaba conspirando contra su hermano, lo cual era comprensible. Los romanos eran ávidos de poder. Cualquiera en su situación intentaría eliminar a su rival. Tenías que ser práctico, y existían precedentes recientes. La mayor parte de los miembros de la dinastía Julio-Claudia, con o sin la ayuda de sus nobles esposas y madres, habían tomado parte en el asesinato de algún pariente que se interponía en su camino. La emperatriz Livia se mantenía en contacto constante con un envenenador. Mandar soldados a despachar rivales con la espada era algo que ocurría a menudo.

En cambio, y de manera oficial, el credo de los Flavios era admirar los «valores tradicionales romanos». Este aburrido ideal significaba pasar los veranos en el campo y deplorar el escándalo. En lugar de eliminarse los

unos a los otros, ellos se juntaban en un corrillo patriarcal. Se decía que en una ocasión en la que Domiciano había enojado a Vespasiano, Tito instó generosamente a su padre a ser indulgente, porque la sangre era más espesa que el agua. Ahora Tito daba una impresión muy sincera de que quería a su hermano, diez años menor, de que lo admiraba, se confiaba a él, lo valoraba, contaba con él, de que se lo legaría todo con la plena confianza de que lo administraría de forma excelente… y de que nunca sintió el impulso de retorcer el robusto pescuezo de Domiciano hasta que ese hipócrita cabrón la diñara.

Domiciano guardaba silencio. Esta actitud siempre se considera caprichosa y despierta recelos.

Siendo inteligente, era de suponer que se daba cuenta de que provocar la muerte de un emperador acarrearía una lacra que lo impregnaría todo. El asesinato sienta un mal precedente; los historiadores que atestaban la corte hacían hincapié en ello, si bien a media voz. Si, en efecto, tenía la mira puesta en su hermano, se vio obstaculizado por el hecho de que, desde el principio del reinado de Vespasiano, Tito se había proclamado prefecto de la Guardia Pretoriana, es decir, de nueve mil hombres endurecidos por la batalla cuyo trabajo consistía en proteger a su emperador día y noche, cosa que ahora hacían con la devoción de sencillos soldados que él personalmente había comandado durante diez años. Hombres a los que, además, Tito había entregado una cuantiosa donación de dinero al acceder al poder, la forma habitual de garantizar la lealtad de la Guardia; ni más ni menos: su código de lealtad era simple.

Resultaría difícil acabar con Tito cuando había nueve mil matones cuidando de él. Así pues, quedaba descartado apuñalar a Tito en los baños o en los Juegos. Incluso aderezar con arsénico la mermelada de cerezas del desayuno, si bien era algo factible para un miembro de la familia, sería el acto de un idiota.

No obstante, durante el viaje de veinte millas desde Alba, solo en su palanquín, debía de ser lógico y natural que un César frustrado, un emperador en potencia que tal vez nunca sucediera, se permitiera en privado dar vueltas a las posibilidades de convertirse en emperador de

hecho. Durante unas tres o cuatro horas, no tenía mucho más que hacer. No era un gran lector. Una litera que iba dando sacudidas no era lugar para entretenimientos que lo distrajeran de lo que sentía. Danzantes del vientre y flautistas quedaban excluidos. Podías tirarte a una concubina o un eunuco si de verdad querías un reto, pero había formas más fáciles de provocarte una hernia. Se suponía que el emperador Claudio había inventado un tablero de ajedrez especial para su carruaje, pero el juego de Domiciano eran los dados, en solitario. Su personalidad era lo bastante obsesiva como para echar los dados una y otra vez durante todo el viaje hasta Roma, pero los dados se perdían con demasiada frecuencia en una litera que iba dando tumbos. No sobrellevaba bien este tipo de frustración.

No se le había ocurrido pensar que tampoco podría enfrentarse al Capitolio quemado.

* * *

Al llegar empezaron las tonterías de costumbre. Se estiró con irritación mientras esperaba a que las cosas comenzaran, lo cual, como siempre, llevó mucho más tiempo del que su paciencia podía soportar. Observó en silencio a la gente que lo rodeaba, una cosa que siempre les preocupaba. Inspiraba miedo. Él lo reconocía con una mezcla de resentimiento y regocijo amargo. En cambio, en todo momento había una parte de él que deseaba ser amado, tal como lo había sido su padre, tal como lo era aún su hermano. El hecho de saber que eso nunca ocurriría lo volvía más frío y más autocrático.

Alzó la mirada desde el Foro hacia el lugar donde debería estar el templo de Júpiter. Una vez más, había desaparecido. Su ausencia lo llevó de vuelta a la peor noche de su vida, aquella noche de terror cuando tenía dieciocho años.

Había tenido una niñez sin lujos. Siempre andaban cortos de dinero. No obstante, cuando nació Domiciano Vespasiano se había convertido ya en un hombre importante, uno de los vencedores de la invasión romana de Britania y cónsul; durante aquellos años fue una figura remota para su hijo

menor, pues a menudo se encontraba sirviendo en el extranjero. A Domiciano lo habían instruido en casa en tanto que a Tito, previamente, lo habían educado en la corte con el hijo del emperador Claudio, Británico. Pero Domiciano había esperado el mismo tipo de carrera que tuvo su hermano: el ejército con rango de oficial, la entrada formal en el Senado, puestos diplomáticos en el extranjero, tal vez formarse como abogado. Nada de eso ocurrió, porque su padre se convirtió en emperador.

Durante la adolescencia de Domiciano, Vespasiano volvió a abandonar Roma para acompañar a Nerón en un recorrido cultural por Grecia. Ello condujo inesperadamente a otros tres años de ausencia para sofocar una revuelta en Judea. Vespasiano ganó el mando debido a que por envidia Nerón había ejecutado a un general más destacado y popular, Corbulón, quien probablemente estuviera conspirando (aunque quizá no). Tito se marchó a Oriente con Vespasiano, primero como miembro del estado mayor de su padre, pero no tardó en mandar tropas como general por derecho propio. A Domiciano lo habían dejado en Roma con su tío, Flavio Sabino.

Al final los numeritos de Nerón ofendieron demasiado el gusto romano; se vio obligado a suicidarse. A ello siguió una lucha por el poder. Tres nuevos emperadores vinieron y se fueron, todos duraron sólo unos meses, todos murieron de forma violenta. Al fin, para asombro de los esnobs de Roma, Vespasiano resultó ganador. El hecho de tener cuatro legiones a sus órdenes había sido de ayuda. Otra ventaja era que sus dos hijos adultos garantizaban una sucesión duradera. No se aventuró a regresar a Roma hasta que la situación se estabilizó; en los últimos meses hubo alborotos sangrientos cuando su predecesor Vitelio se aferró al poder.

Flavio Sabino, uno de los hombres más respetados de Roma, era prefecto de la ciudad; llevaba muchos años ejerciendo el cargo, incluso bajo el reinado del rival Vitelio. Mientras que el Imperio y la ciudad sufrían terriblemente, Sabino luchaba por afianzar el intento de su hermano de subir al trono, negociando la paz a la desesperada. Domiciano se encontró en una situación emocionante, aunque muy eclipsado por su tío y con un arresto domiciliario impuesto por Vitelio.

Las tropas de Vespasiano marchaban por Italia en dirección a Roma cuando Vitelio accedió a abdicar. Sabino permitió antes de tiempo que los exultantes seguidores de los Flavios se congregaran frente a su casa. Fueron atacados por una multitud furiosa de oponentes. En aquellos momentos Vitelio estaba indispuesto y no tenía poder para controlar la situación aunque hubiera querido hacerlo. Sabino se refugió en el Capitolio con un grupo de seguidores de lo más variopinto; envió a buscar a sus hijos y a Domiciano, quien se las arregló para eludir a sus guardias y llegar a la ciudadela.

Los Flavios, desesperados, se hicieron fuertes en el interior. Utilizaron estatuas para bloquear las rutas hacia lo alto de la colina y lanzaron tejas sobre las tropas de Vitelio que los rodeaban. El enfrentamiento degeneró en debacle. Unos incendiarios desconocidos prendieron fuego a los edificios del Capitolio. A los Flavios les había salido todo mal de repente; en una carrera desesperada contra el tiempo, su ejército se esforzó por llegar a Roma y llevar a cabo un rescate. Los vitelianos asaltaron el Capitolio antes de que llegaran las tropas. Capturaron a Sabino y lo mataron; su cuerpo, mutilado, fue arrojado por las escaleras Gemonías como si fuera el de un traidor.

A través de las llamas y el humo, del caos y de los cadáveres destrozados, Domiciano se las arregló para eludir a los vitelianos que lo buscaban. Como hijo de Vespasiano, en el mejor de los casos hubiera sido un rehén, pero él sabía que lo preferían muerto.

Un valiente guardián del templo de Júpiter lo escondió en su choza durante una noche aterradora. A la mañana siguiente, con la ayuda de un fiel liberto, Domiciano escapó y se dirigió al Campo de Marte, donde se mezcló con los sacerdotes de Isis de pecho descubierto, se vistió como uno de sus exóticos miembros que iban en procesión al son de los sistros. Consiguió cruzar el río y llegar a casa de un amigo de la escuela, cuya madre lo ocultó. No fue seguro salir hasta al cabo de dos días, cuando el ejército Flavio llegó a Roma, y entonces fue corriendo a su encuentro. Dirigió un discurso a los soldados, quienes entonces aclamaron a Domiciano con el título de César y lo llevaron con júbilo a casa de su padre.

Siguieron unos momentos emocionantes. Apareció en el Senado hablando en nombre de su padre y se desenvolvió bien. Repartió honores. Tanto ancianos como aduladores buscaban congraciarse con él. Las mujeres se le echaban encima; atrajo a la joven esposa de un senador, una de las hijas de Corbulón, hasta la villa de Pompeyo en los montes Albanos, donde la convenció para que abandonara a su marido por él.

Sin embargo, los acontecimientos en el Capitolio lo habían afectado de por vida. Su equilibrio se resintió de ello. Las visiones y los sonidos del fuego y de la violencia de la multitud y el espantoso final de su tío se clavaron en su mente. A partir de entonces Domiciano no confió en nadie y en ninguna situación. Había sido testigo de cómo la buena fortuna te podía ser arrebatada. Si los hombres mayores y más respetables podían acabar sus vidas descuartizados miembro a miembro, ¿qué esperanza había para nadie? A sus dieciocho años, sin haber ocupado nunca un puesto militar, se vio afectado por esta violencia. La necesidad de disfrazarse y escapar en aquella noche desoladora le había enseñado una profunda reserva, una cautela personal que no abandonó nunca más. Diez años después, el olor del templo quemado en el Capitolio amenazaba con acobardarlo.

Tenía que subir allí arriba. Era lo que se esperaba.

Miró fijamente a los respetuosos vigiles mientras éstos sacaban botas de protección y capas gruesas con capucha para los dignatarios que se arremolinaban. Alguien debía de haber asaltado a toda prisa las reservas de las cohortes en busca de botas flamantes. Sería inaceptable meter las ilustres durezas de un cónsul en un par que ya hubiese llevado algún liberto de plantas callosas para dar patadas a las brasas pegajosas de un almacén de grano.

«¡Una idea estupenda, no obstante!».

Como hermano del Emperador, a Domiciano le proporcionaron la ropa unos esclavos de palacio. Bromeó con un ayuda de cámara impasible diciendo que había un batallón especial a cargo de los uniformes imperiales para el desastre: sobretodos estilo Emergencia Nacional con deliciosos tonos púrpura, botas provistas de pequeñas alas doradas para sobrevolar las catástrofes… Una vez equipado, observó fríamente a los oficiales que

ayudaban a los demás y que, mirándose los unos a los otros, intentaban aconsejar a los viejos chochos y estúpidos que entonces pretendían trepar por las ruinas humeantes que aún corrían peligro de hundimiento.

El prefecto de los vigiles dio una charla breve y sensata sobre seguridad. La mitad de los dignatarios estaban hablando entre ellos o se alejaban sin rumbo. Ninguno de los grandes parecía verle el sentido a las botas de suela gruesa, aun cuando bien podría ser que en lo alto del Capitolio el suelo todavía estuviera incandescente.

Domiciano cruzó la mirada con el prefecto y dejó traslucir un atisbo de comprensión. Le habían enseñado a respetar a los hombres eficientes. Al fin y al cabo, su padre, un hombre pragmático, había considerado su papel de emperador como el mero ejercicio de un trabajo honesto. Vespasiano también dio ejemplo al mofarse con tosquedad de los charlatanes de alto rango que habían alcanzado o rebasado el límite de su competencia pero seguían atestando el Senado.

Se hicieron demasiadas presentaciones. Un funcionario discreto permaneció detrás de él diciendo nombres para que así Domiciano pudiera saludar a la gente como si se acordara de ellos. Dejó claro que detestaba estrechar manos y se limitó a inclinar la cabeza mientras iban desfilando las largas colas de funcionarios. Aun así, abrazó a los dos cónsules porque sabía que eso es lo que Tito hubiera hecho: hombres poderosos compartiendo el dolor público por su ciudad dañada. Tito hubiese llorado abiertamente sobre sus hombros togados, pero los ojos de Domiciano permanecieron secos.

Pasó revista a los exhaustos vigiles con respeto por lo que habían pasado los bomberos. El logro de salvar el Foro principal y el nuevo anfiteatro de su padre se merecía un agradecimiento genuino. Le presentaron a algunos de ellos mientras su prefecto leía deprisa y corriendo los informes garabateados rápidamente sobre actos de valentía individual. Domiciano concedió galardones. Aunque en teoría todos los honores requerían la autorización personal del ausente Tito, su hermano tenía permiso para otorgar diplomas y obsequios en metálico en el acto. Domiciano lo hizo con gracia. Sabía comportarse.

La heroicidad de un hombre captó su interés. El prefecto explicó que aquel joven, tuerto y con horribles cicatrices de batalla, había rescatado a un sacerdote de una muerte certera frente a las estatuas de culto del templo de Júpiter. Domiciano, que atribuía a Júpiter el hecho de haber salvado su vida aquella noche terrible en el Capitolio, prestó mucha atención. También parecía fascinado por las cicatrices de aquel hombre.

Más tarde, el prefecto de los vigiles recordó aquello. Para entonces el grupo que realizaba la inspección había subido serpenteando por las escaleras Gemonías a las alturas, donde profirieron un grito sofocado al ver el templo en ruinas y otro al contemplar la destrucción que se extendía abajo por el Campo de Marte. Un oficial de obra melancólico leyó en voz alta la lista de monumentos perdidos. Luego, los tribunos de los vigiles se pusieron a disposición de los que tuvieran preguntas que hacer. A todos los senadores les gustaba pensar que eran listos y que estaban bien informados. Algunas de sus consultas sobre cómo había actuado el fuego y cómo se habían enfrentado a él los bomberos eran atinadas; algunas otras, estúpidas. Después de haber expresado el horror por la tragedia, empezaron a hablar sobre la reconstrucción.

Clásico estaba disponible. Era el secretario de finanzas de Tito; normalmente no se despegaba del Emperador ni de día ni de noche, por lo que Domiciano se preguntaba si Tito no lo habría enviado para espiar los sucesos del día. Si Domiciano llegaba a ser emperador, aquel liberto sería el primer criado en marcharse.

Clásico se limitó a decir que habría que consultar con el Emperador el asunto de los costes. Todavía no había tenido ocasión de determinar en qué medida Tito quería vaciar el Tesoro y si, dada la generosidad con la que estaba gastando tras el Vesubio, contribuiría o no con dinero propio. Domiciano, quien estaba deseando involucrarse pero que no tenía atribuciones para ello, permaneció en silencio pero tenía mala cara.

Mientras los grandes hombres pontificaban, las tropas tenían órdenes de no alejarse y de asegurarse de que ningún noble, aturdido, entrara en un edificio poco firme o que se le cayera media columna en la cabeza.

Domiciano se había mostrado ceñudo y retraído durante un rato. De repente anunció que quería explorar a solas.

El prefecto Urbano dio un suave codazo al prefecto de los vigiles. Se trataba de una incómoda violación del protocolo. Como miembro de la familia imperial, Domiciano tenía derecho a llevar guardaespaldas, sobre todo cuando estaba representando a su hermano, pero él no lo había pedido y no se había dispuesto a ningún miembro de la Guardia Pretoriana. Todavía era muy peligroso andar por allí arriba y nadie que valorara su trabajo quería asumir la responsabilidad por el joven César si se marchaba solo. Así pues, el comandante de los vigiles, un hombre que pensaba con rapidez, sugirió que uno de sus hombres acompañara al príncipe a cierta distancia para garantizar su seguridad. Fue así como, mientras Domiciano se acercaba todo lo posible al templo de Júpiter, Cayo Vinio lo iba siguiendo a unos tres metros de distancia.

Todavía sentían el calor que irradiaban las ruinas, tan intenso que parecía que el edificio pudiera volver a estallar en llamas de un momento a otro. Unas enormes columnas rotas les bloqueaban el paso. Lo que quedaba del gigantesco edificio crujía de nuevo. Vinio sabía que cuando empezabas a oír nuevos crujidos y desplazamientos había llegado el momento de marcharse. Se preguntó si se le permitía decir lo que pensaba y alertar al hombre que tenía a su cargo.

Domiciano debió de intuir el peligro; retrocedió espontáneamente y fue rodeando la cima hacia el otro lado de la colina. Entonces quedaron aislados los dos juntos, fuera de la vista de los demás.

Domiciano permaneció allí un buen rato, contemplando la devastación que se extendía a sus pies. Vinio se situó cerca, mirando también al otro lado del Tíber, sumido en el trance aparente que adoptan los buenos soldados para evitar irritar a sus oficiales. Domiciano consideró ordenarle que se marchara, pero optó por no hacerlo. Decidió que el hombre no era tan bobo como parecía, sino que era sólo discreto. A Vinio se le veía un poco gacho, era evidente que no le quedaban energías para la posición de supervisor que hubieran querido sus superiores.

Cayo Vinio, a su vez, tanteó a su compañero. Domiciano César aún no había cumplido los treinta y Vinio tenía poco más de veinte, de modo que tenían un vínculo: de entre el grupo que había acudido a reconocer el escenario (oficiales, magistrados y funcionarios, todos ellos en su quinta o sexta década), ellos dos eran los más jóvenes. Domiciano era más alto que Tito, cosa que probablemente le complaciera, aunque más bajo que Vinio. Era bien parecido y fuerte, aunque no musculoso porque rara vez hacía ejercicio. En torno a los ojos se advertía una marcada semejanza con su padre Vespasiano, si bien a diferencia de su hermano y en opinión de Vinio, él tenía una boca bobalicona. ¿Los dientes impropiados? ¿La mandíbula hundida? Una sección de su labio superior se torcía levemente. La causa no resultaba obvia. La boca le daba una expresión agradable desde un lado, aunque desde el otro lo hacía parecer débil.

Domiciano volvió la cabeza. Vinio lo estaba mirando, y, puesto que era imposible disimularlo, carraspeó y dijo:

—Veo que estás mirando a la Vía Flaminia, señor. Fue el límite natural del incendio porque el intenso calor del Campo de Marte causó una corriente hacia el interior. El aire que corría sobre el Campo creó un cortafuego natural.

Domiciano podía haberlo despedido por hablar sin que se lo pidieran. Vinio se quedó mirando el distante Campo con semblante inexpresivo. Su compañero principesco eligió ser cortés. Vespasiano, siendo un general magnífico como era, se había portado bien con los soldados rasos; hablar con aquél sobre su especialidad, el fuego, no podía hacer más que honrarlo.

—Veo que ha desaparecido el templo de Isis, soldado.

Vinio captó de inmediato la importancia de esa observación. Sabía que Domiciano se había disfrazado de devoto de Isis durante su huida de los vitelianos.

Bajó la voz y reconoció la tensión inevitable del joven César.

—Esto debe de ser muy duro para ti, señor.

Comprendió por qué Domiciano había querido evitar que lo observaran sus compañeros. Él lo había ocultado, pero había estado reprimiendo el pánico durante toda aquella visita oficial. Se había puesto a prueba

inspeccionando el templo de Júpiter y obligándose a mirar abajo, allí donde había estado el templo de Isis, pero si no se marchaba pronto de allí sería demasiado para él. En aquellos instantes tenía la urgencia de que terminara la visita al Capitolio, pero tuvo que tranquilizarse antes de poder regresar con los demás y darla por concluida.

Vinio, que a menudo soportaba sus propias pesadillas, sabía lo que estaba ocurriendo. A Domiciano le estaría palpitando el corazón de forma irregular. El sudor brillaba en lo alto de su frente. Mentalmente se hallaba otra vez en aquel violento clímax del Año de los Cuatro Emperadores, sacudido por recuerdos terribles.

—¿Uno que lo sabe, soldado?

—No me atrevería a decirlo, César.

No obstante, compartieron un breve momento de afinidad. El militar guardó silencio; el príncipe tenía los puños apretados. Domiciano reconoció:

—Estuve a punto de morir aquella noche. Supones que los recuerdos se desvanecerán. Es un error —Vinio volvió de nuevo la mirada, por lo que Domiciano señaló sus marcadas cicatrices—. Tú debes de tener experiencia con las secuelas de un trauma.

Vinio asintió con la cabeza.

—¡Por desgracia, señor! Parece ser que una conmoción importante, sobre todo cuando eres joven, permanece contigo toda la vida. —Dado que el cielo no se vino abajo, prosiguió—: Y cuando llegan las pesadillas, todo el mundo está solo. Justo cuando piensas que estás a salvo de los horrores, un día te cansas, o te emborrachas, o simplemente las Parcas creen que te estás divirtiendo demasiado y que hay que refrenarte… Pero a veces, la razón por la que todo vuelve de pronto a la mente resulta muy obvia. De modo que, discúlpame, César, sé muy bien qué es lo que hoy te agita y no lo digo de forma irrespetuosa. Yo mismo no querría volver a encontrarme con bárbaros ruidosos arrojándome lanzas.

—Sin embargo, eres un hombre valiente.

—Si tú lo dices. —La respuesta de un soldado. Un poco huraña. Falsa modestia, sin duda.

«Sólo cumplí con mi deber, señor».

O tal vez fuera modestia genuina. Era evidente que el hombre estaba demasiado cansado; tanto, que le daba lo mismo. Hablaba casi para mantenerse despierto. Yo sólo sé que si tuviera que volver a entrar en combate en el campo me entraría tembleque, no podría evitarlo. Cuando me hirieron me alegré de que me enviaran de vuelta a Roma para evitar esa posibilidad. Para ti, señor, con la edad que tenías esa horrible noche, y con lo que le ocurrió a tu tío, volver al Capitolio con el templo incendiado una vez más debe de ser insoportable.

Si esta conversación con Vinio tuvo algún efecto paliativo, Domiciano nunca lo admitiría. Su intercambio terminó bruscamente. La distancia imperial se restableció enseguida. Sin mediar ni una sola palabra, Domiciano volvió para reunirse con los otros.

«Ve con cuidado, César».

«No me des órdenes, soldado».

* * *

Por desgracia, el intercambio tuvo consecuencias.

Después de que Vinio volviera a su sitio con la tropa, Domiciano se quedó con el prefecto de los vigiles y le preguntó cuál era la historia de aquel hombre. Para entonces el prefecto ya había dado un vistazo al historial del investigador, por lo que pudo explicar las cicatrices, otra historia heroica. También sabía que Vinio Clodiano era el menor de tres hijos de un oficial totalmente entregado y que los tres jóvenes sirvieron con los militares. El padre había sido tribuno de la Cuarta Cohorte de los Vigiles antes de ser transferido a la Guardia Pretoriana. Murió al cabo de tan sólo seis semanas. (El prefecto censuró el hecho de que el padre se había pasado las seis semanas celebrando el logro del sueño de su vida bebiendo cantidades ingentes de vino hasta que, según el médico, el cerebro le estalló).

Una historia trágica. Domiciano dijo que debería hacerse algo por el hijo.

La gente acabaría sabiendo que Domiciano sólo hablaba cuando había considerado siniestramente un tema. Tenía en mente un plan que se entrometería allí donde Tito tenía autoridad. La idea ofrecía una recompensa a Vinio y su valentía, mientras que también reflejaba el servicio de su padre durante tantos años y la decepción que debió de haber sentido toda su leal familia militar cuando el padre murió de forma tan repentina. A Tito, quien afirmaba considerar perdido un día en el que no hubiera podido hacer bien a alguien, le resultaría imposible poner objeciones.

* * *

Ignorante de su destino, Cayo Vinio se fue a casa aquel día y durmió como un bendito hasta que su esposa decidió que ya había reposado en su mugre tiempo suficiente. Lo despertaron con crueldad y se retiró a una celda del cuartel hasta que al final alguien tuvo que arrancarlo de allí para que fuera a ver a su tribuno.

Arrastrando los pies de agotamiento, refunfuñando y chorreando todavía tras un baño apresurado, Vinio fue informado de un inesperado honor: lo habían destinado fuera de los vigiles, en la Guardia Pretoriana.

—¡Menuda mierda!

—Me imagino que es por sacar a ese sacerdote chamuscado. Parece que estás encantado —dijo el tribuno con sequedad. Sabía que a Vinio le gustaba pasar desapercibido—. Son todos unos bastardos arrogantes y malhablados. Deberías encajar. Estarás entre los más jóvenes —añadió con cierto rencor. Algunos vigiles tenían que pasarse años ansiándolo; la mayoría nunca lo lograban—. Te querrán como a un nuevo gatito.

—Pues menuda mierda —gruñó Vinio al oír la siniestra perspectiva. Ahora estaba jodido. Tal como él lo veía, su vida quedaba arruinada. Conocía las restricciones. El único beneficio era que el ascenso no deseado

ponía fin a sus problemas matrimoniales. Podía vivir en el campamento y no ir a casa nunca. De hecho, tenía que vivir en el campamento.

—Por lo que he oído de tu padre, estaría encantado.

—Sí, señor. Estaría muy orgulloso.

Debieron ser las secuelas del incendio; al enfrentarse a su futuro, aun con la supuesta bendición de su padre muerto, Vinio sintió náuseas.

OceanofPDF.com

IV

El Anfiteatro Flavio se pagó con el botín que Vespasiano obtuvo en las guerras judías. Tardaron diez años en construirlo, se requirió una nueva cantera entera para suministrar los revestimientos y accesorios de mármol travertino, permaneció incompleto cuando falleció su venerable fundador y fue inaugurado formalmente por su hijo Tito. El enorme e irónico obsequio para el pueblo de Roma se conocería un día como el Coliseo por una estatua adyacente de Nerón, de bronce y de treinta metros de altura, que se alzaba en el vestíbulo de la Casa Dorada. En Roma se estaban borrando todos los recuerdos de Nerón, de modo que Vespasiano había añadido una corona de rayos de sol para modificar la gigantesca figura como un tributo al Sol Invictus, el sol imperecedero. No era un hombre de los que malgastaran nada caro. Así pues, con su estilo siempre genial, sentó el precedente de que las estatuas de un emperador que fuera «condenado de la memoria» —suprimido de la historia por crímenes abominables— tenían que reciclarse. Probablemente Vespasiano no había imaginado que algún día la cabeza del emperador Nerva reemplazaría la de su propio hijo Domiciano.

Puesto que el anfiteatro estaba repleto de otras muchas estatuas, los escultores estuvieron contentos; sus agentes e intermediarios, que eran los que se llevaban la mayor parte de sus honorarios, lucían unas sonrisas aún mayores. Cuando Tito inauguró oficialmente la arena tras el incendio, los suministradores de animales exóticos y gladiadores disfrutaron de una bonanza económica. Los juegos inaugurales duraron alrededor de cien días, en cuyo proceso se mataron nueve mil bestias salvajes, así como algunos humanos. Las repercusiones del derroche de los escandalosos beneficios

proporcionarían años de regocijo a banqueros, constructores, orfebres y plateros, cocineros gastrónomos, importadores de mármol, tratantes de sedas y especias, proveedores de carruajes con carrocería cara, corredores de apuestas clandestinos, suministradores de enanos amaestrados y a todo el mundo en las diversas ramas del comercio sexual.

Menos obvio era el hecho de que cien días de fiestas públicas supusieron una bendición para los peluqueros. Todas las mujeres que se divertían en los flamantes asientos, y también muchos hombres, querían estar elegantes. Aunque se romperían muchas relaciones bajo la tensión de tanto divertimento, numerosas parejas se iniciaron, desarrollaron o cimentaron durante los juegos en la arena. Esto requería un trabajo interminable con los rizadores, tintes y suavizantes, pelucas, peluquines y moños.

Aunque todavía era muy joven, Flavia Lucila trabajó duro mientras tuvo la oportunidad. Ganó un buen dinero. Ganó incluso más de lo esperado, porque un día que estaba arreglando los mechones señoriales que se habían marchitado bajo el intenso sol, sus dedos rápidos lograron agarrar y sujetar una de las bolas con obsequio que Tito lanzaba a la multitud; algunas eran para ropa o comida, pero la suya le dio un premio en metálico. Entonces se hizo notar, ganó confianza y adquirió una clientela que le sería fiel durante toda su vida laboral. Los Juegos inaugurales de Tito la dejaron con cierta seguridad económica, aun cuando inmediatamente antes —durante los pocos meses después de que acudiera a los vigiles— su vida había sido peligrosa y la madurez cayó sobre ella sin avisar.

El primer golpe fue la pérdida inesperada de su madre. Lucila, furiosa, tras su entrevista con Cayo Vinio había pensado romper con Lachne, pero a la pelea se adelantó el fuego que ardía muy cerca de donde ellas vivían. Se encontró a Lachne corriendo histérica por las escaleras, subiendo y bajando de su vivienda y cargando sus posesiones en un carro que le había enviado su amante, Orgilio. La calle estaba llena de humo, pero los miembros de los vigiles indicaban a todo el mundo que esperara, preparados para evacuar si el fuego cruzaba la Vía Flaminia. No lo hizo. De todas formas, la gente desobedeció las órdenes.

Lucila aplazó la riña. Ayudó a Lachne a cargar el carro y luego se abrieron paso a duras penas por las calles atestadas hacia otra casa que Orgilio puso a su disposición. Lucila pensó que habría sido un acto generoso si no hubiera sido tan evidente que estaba protegiendo su propia vida sexual. Era un lugar mejor que el otro, un piso más abajo, pero no era donde vivía Orgilio. Lucila estaba segura de que debía de estar casado. Su madre, ajena a esta patente conclusión, comentó lo útil que resultaba que poseyera tantas propiedades. Lachne se instaló en aquel alojamiento mejorado como una lapa astuta desplazada a una roca más prometedora. Aunque su viejo apartamento sobreviviera, era evidente que no tenía intención de regresar a él.

Flavia Lachne poseía los rasgos delicados comunes entre los esclavos y ex esclavos de la aristocracia, que podía permitirse comprar sus empleados no simplemente por su uso potencial sino también por su aspecto. Los Flavios eran una familia parca que por norma general elegía sus esclavos entre los asequibles, aunque Lachne también había sido ornamental. En los últimos años adquirió cierta tendencia a la gordura, pero siempre lució un rostro regular e imponente, con unos ojos grandes y oscuros y una figura a la que le sacaba todo el partido posible. Tenía el aspecto de una mujer capaz de cualquier cosa; Lucila suponía que de veras lo era.

Por lo que se sabía de sus orígenes, Lachne provenía de la costa egea de Asia, de algún lugar al sur de Troya y al este de Lesbos. Resultaba ser una región que producía aceite de oliva, al que iba ligada la creación de cosméticos, pero aunque el conocimiento de tratamientos de belleza fue útil más adelante, Lachne en realidad se las había arreglado para dedicarse a ornamentar a las mujeres Flavias adultas sólo porque quería evitar estancarse como niñera. De modo que, posteriormente, otra esclava llamada Filis pudo alardear de haber cuidado del niño Domiciano y de la hija de Tito, Julia, mientras que Lachne peinaba y hacía trenzas a sus señoras. Daba la impresión, incluso a su propia descendencia se lo parecía, de que no le gustaban los niños. Su hija Lucila lo sabía de primera mano.

Al igual que la mayoría de madres, Lachne creía haber criado bien a sus hijos. Nadie podía quejarse de que hubiera falta de amor (pensaba Lachne)

aunque lo demostrara poco (pensaba Lucila). Habían vivido las dos juntas durante quince años, compartían las comidas y las tareas, a veces iban de compras juntas, muy de vez en cuando incluso hacían excursiones para ir a ver a algún conocido, rara vez se peleaban pero a menudo no lograban comunicarse. Lachne hubiera dicho que conocía perfectamente a su hija; la reservada Lucila se hubiera mofado de ello. Pero Lucila sí conocía a Lachne. Su madre tenía muchas cosas que ella tendía a despreciar, aunque por norma general se abstenía de discutir o de intentar cambiarla.

Lucila había alcanzado apenas la adolescencia cuando acaeció un sutil cambio en la relación entre ambas, y fue por el famoso peinado Flavio. Entonces, Lachne la necesitó de verdad.

* * *

Las mujeres Flavias no eran altas. De esto nunca dejaron constancia poetas ni historiadores, pues a menos que hubiera algún escándalo del que informar, ellos apenas se preocupaban de mencionar los nombres de las mujeres y sus matrimonios. Hasta aquel momento ninguna de las damas Flavias había inspirado escritos difamatorios en los que pudiera haberse hecho mofa de atributos físicos. Incluso la existencia de Antonia Caenis, la ex esclava concubina de Vespasiano, había suscitado más sorpresa que censura. La reputación de Julia se mancillaría, pero no todavía. Se decía que la esposa de Domiciano alardeaba de sus conquistas, aunque tal vez fuera una calumnia vengativa, una represalia porque era orgullosa y hacía caso omiso de las críticas con desdén. La mayoría de las mujeres Flavias guardaban silencio y eran prácticamente invisibles. Esto incluía a Flavia Domitila, que era a la que Lachne y Lucila conocían mejor. Su madre había sido la hija de Vespasiano.

La estatura moderada de las damas Flavias podía deducirse del peinado sumamente alto que Lachne ideó para ellas. Era una buena peluquera. Comprendía lo que era causar impacto. A pesar de moverse con el lento balanceo de una vaca lechera preñada, tal como lo veía la perspicaz Lucila,

Lachne siempre hacía su trabajo. Sabía cómo sugerir con alegría que una mujer más bien rechoncha, de facciones ordinarias, sin pretensiones, que ya no era precisamente joven, tal vez fatigada por embarazos y los hijos que morían, o simplemente deprimida por largos años de complacer a un esposo, podría animarse con un nuevo aspecto. Esto conllevaba una promesa de renovada emoción marital, por no mencionar el barniz sutil de que la clienta explotada era una mujer de valía; aún tenía sus propias necesidades, deseos, atractivo y pasión sexual.

Como tenía buen ojo y más creatividad de lo que daba a entender su aire somnoliento, Lachne llegó a ser tan querida por las mujeres Flavias que se ganó la libertad debido a ello, aunque con la condición de que, como miembro de la extendida «familia». Flavia, permaneciera siempre disponible para arreglar el pelo a sus damas. Decidida a eludir el trabajo pesado, Lachne se mudó (una de las ventajas de convertirse en liberta era que ahora tenía cierta elección al respecto), pero siempre vivió muy cerca de las mujeres Flavias más importantes. Podía ser que la llamaran para alguna emergencia, aunque no tenía que acudir al instante. Lachne tenía tiempo para sí misma y si ahuyentaba a Lucila podía entretener a los hombres a su antojo.

Así pues, Lucila había crecido cerca de la Colina del Quirinal, en el Distrito Séptimo. Cuando tenía quince años, parte de la tensión con su madre provenía de la determinación de Lachne por tenerla bajo control. Las manos de Lachne ya no eran hábiles. Los dedos de Lucila, pequeños y sumamente diestros, eran esenciales para hacer los peinados de las damas de la corte.

Nunca antes se había llevado nada como aquel llamativo armazón. En épocas anteriores, las mujeres romanas no dejaban de machacar con vehemencia con lo de la «sencillez tradicional». Las parientes más ostentosamente virtuosas del emperador Augusto, empezando con su fría hermana Octavia, habían llegado a sacar unos modestos tirabuzones que caían sobre la nuca. Algunas se hacían la raya delante y bajaban el pelo a cada lado hasta sus orejas decoradas, un efecto que podía conseguirse de forma natural, aunque a las peluqueras les convenía sugerir ondas a ambos

lados de la raya, lo cual requería el uso de las tenacillas. Otras mujeres llevaban un moño enrollado justo por encima de la frente. Tenía un aspecto severo pero daba «volumen». Este sustantivo se dejaba caer con frecuencia en las conversaciones de las peluqueras. Para crear «volumen» hace falta ayuda, sea cual sea el tipo de cabello.

El nuevo estilo de Lachne tenía un volumen extraordinario. Consistía en una cómica medialuna de cabello, postizo o natural, toda cubierta con una multitud de mechones ensortijados con bigudíes. Se alzaba por encima de la cabeza de la que lo llevaba de oreja a oreja, como una tiara de rizos. Es evidente que para darle este aspecto hacía falta un soporte, ya fuera un armazón de alambre, que era más ligero, o de relleno, que era más cómodo pero más pesado, aunque muchas mujeres opinaban que alteraba la forma en que sostenían la cabeza y les daba una sensación de dignidad. Su propio cabello, redundante para tal efecto, se trenzaba y enroscaba detrás de la cabeza. Los rizos postizos permitían sacar la estructura frontal entera, lo cual evitaba tener que dormir boca arriba.

Las hileras de rizos frontales suponían un reto para los escultores. Aparte de la dificultad técnica, no es fácil manejar un cincel al tiempo que intentas no sonreír abiertamente. Las mujeres no podían juzgar lo extrañas que se veían llevando este peinado. En los tocadores de la época, hasta los espejos de mano de bronce o plata más maravillosamente ornamentados tenían superficies de metal pulido que sólo mostraban imágenes borrosas.

La diadema rizada daba el mismo calor que si llevaras un gorro de piel de oso. Visto de lado daba la impresión de que podía caerse en cualquier momento. Desde detrás se veían las junturas. No obstante, y como anhelaban ir siempre a la última, las mujeres Flavias quedaban convencidas por sus sirvientes de que su aspecto era encantador. Otras personas con las que podrían haber consultado no resultarían de ayuda. ¿Era impensable que un esposo, al preguntarle: «¿Cómo llevo hoy el pelo, Séptimo?», contestara en alguna ocasión: «Estás ridícula, conejita». Probablemente el tal Séptimo tuviera la mente a millas de distancia de allí, soñando con tirarse a esa pinche de senos imponentes, o deseando con melancolía a su monaguillo favorito, el que llevaba las túnicas increíblemente cortas para exhibir esas

nalgas respingonas listas para penetrar… Incluso los maridos realistas serían igual de imprecisos mientras se quejaban del precio de los bueyes o se preguntaban cómo pillar al gerente de un negocio que a todas luces les estaba estafando. Quizás hubiese algún raro ejemplar que filosofara sobre la bondad humana, aunque en general los hombres romanos estaban más fascinados por la maldad.

Desde muy joven, Flavia Lucila había contribuido a crear los mejunjes disparatados de cuya moda se convirtieron en iniciadoras las mujeres Flavias. Incluso bajo el reinado de Vespasiano, un emperador cuyo lema político era los «viejos valores rurales», era lícito que las mujeres respetables se pasaran horas haciendo que se ocuparan de su pelo. Algunas de ellas disfrutaban siendo brutalmente crueles con las esclavas que tenían que atenderlas; podían pellizcar, pegar y dar puñetazos a las infelices chicas extranjeras mientras las estaban embelleciendo. Todas sabían que un cabello complicado las convertía en ornamentos caros para sus hombres nobles, cosa que éstos apreciaban y que demostraba que las clases altas eran especiales porque disponían de ocio y de dinero para emplear en procesos que requerían mucho tiempo. A sus hombres se les enseñaba a estar de acuerdo con ello. Para empezar, se tranquilizaban pensando que en tanto las esposas estuvieran en casa mientras las peinaban hasta la saciedad no estarían fuera cometiendo adulterio con los aurigas. (Los hombres creían que todas las esposas soñaban con ello; las esposas cotilleaban que algunas, en efecto, lo habían conseguido).

Lucila siempre sonreía con ironía ante la idea de su madre como guardiana de la moralidad. Pero sí admiraba a una mujer capaz de persuadir a sus clientas para que se engalanaran de forma tan excéntrica y además le pagaran espléndidamente por ello. No fue hasta mucho después, ya demasiado tarde, cuando Lucila admitió que, desde el punto de vista creativo, su madre debía de haber tenido un sentido del humor malicioso.

* * *

Lachne había muerto para entonces. Cuando huyeron de casa durante el terrible incendio ya estaba sin aliento. El humo debió de haberla afectado, aunque también estaba enfermando. Lucila había supuesto que le aterrorizaba que su colección de joyas, recuperadas a toda prisa, se perdiera en la aglomeración o que fuera descubierta por Orgilio, quien caería en la cuenta de que había intentado embaucarlo. Madre e hija discutieron con dureza. Lachne, que ya se sentía enferma de verdad, olvidó que necesitaba la destreza de Lucila. Provocó a la chica, quien no tenía ningún otro lugar adonde ir ni medios para ganarse la vida a menos que quisiera convertirse en camarera de algún bar de la calle, lo cual era tanto como convertirse en prostituta. Como respuesta, Lucila hizo comentarios maliciosos sobre los hombres de su madre.

—Eso incluiría a mi padre si supieras quién es. Pero ni siquiera tú lo sabes, madre, ¿verdad?

Si lo sabía, Lachne se llevó el secreto a la tumba. Cuando la pelea se hizo más violenta, Lucila huyó. Regresó a su antiguo apartamento, pero Lachne sólo había pagado el alquiler de uvas a peras, por lo que el casero no tardó en ponerla de patitas en la calle e instalar a nuevos inquilinos. Impotente, la infeliz volvió arrastrándose a ver a Lachne, pero se encontró con que su madre había contraído la peste que barría Roma en una población debilitada por la hambruna tras la erupción del Vesubio.

Era una epidemia virulenta. Lachne murió.

* * *

Se celebró un funeral. Acudió gente a la que Lucila apenas conocía; una de esas personas fue Lara, a quien Lucila siempre había tenido por una tía joven. Los esclavos compañeros de Lachne hicieron colocar una lápida que le habían comprado entre todos.

PARA FLAVIA LACHNE, LIBERTA DE DOMITILA,
PELUQUERA.

VIVIO CUARENTA Y TRES AÑOS.
ESTO LO HICIERON FLAVIO ENDIMIÓN, ZURCIDOR;
FLAVIO NEPO, COCINERO; FLAVIO AFRANIO,
PORTEADOR;
FLAVIA LARA, PELUQUERA.

Lucila se preguntó si Endimión, Nepo o Afranio podían ser su padre, aunque no sentía simpatía por ninguno de ellos. Los miembros de la familia Flavia enviaron obsequios, en ningún momento se insinuó que estos patrones imperiales fueran a asistir en persona; los obsequios fueron seleccionados en su nombre por los mismos libertos que facilitaron la funeraria y proporcionaron la lápida. Dado que los que habían tenido el gesto desinteresado de pagar por la lápida querían que sus nombres aparecieran en ella para anunciar su piedad, no quedó espacio para mencionar a Lucila.

* * *

El futuro la aterrorizaba. En el funeral, la gente se había lanzado sobre la ropa y otras pertenencias de Lachne y se los habían llevado como «recuerdos». La joven Lara, que tenía un marido inútil y varios hijos pequeños, se mostró particularmente ansiosa por reunidos. Lo único que se quedó Lucila fue la famosa colección de joyas. Era su único respaldo. Si no, las alternativas eran trabajar o casarse con alguien que tuviera un empleo o un pequeño negocio; probablemente el matrimonio acarreara trabajo duro en cualquier caso. Lucila debía de tener derecho a alguna prestación básica de grano, pero nunca bastaba para vivir y tenía que solicitarlo el varón cabeza de familia; Lucila no tenía cabeza de familia.

Orgilio le dijo que podía quedarse un tiempo en el apartamento. No especificó cuánto, ni en qué condiciones. Lucila no tardó en averiguarlo. Una noche le hizo una visita, le ofreció bebida sin parar, le suplicó que fuera amable con él y la sedujo.

No fue ninguna sorpresa. Tampoco fue una violación brutal. Lucila sabía que el coito rápido no era distinto del abuso impuesto a los esclavos a diario en la mayoría de los hogares. Orgilio tenía la sensación de que había heredado a la chica, un rendimiento justo por lo que había invertido económicamente en su madre. Lucila era joven, cierto, pero había niños mucho más jóvenes que tenían que estar a disposición de los ricos. Él culpó a Lucila, murmurando mientras se escabullía:

—¡Tú me incitaste, lagarta asquerosa!

Lucila vio que Orgilio sentía cierta vergüenza y que se mantendría alejado una temporada… breve. Era inevitable que volviera. Daba por sentado que ella se sometería. ¿Y quién podía culparle? Aunque la había embriagado, ella no había intentado rechazarlo.

A pesar de que era una chica normal, Lucila trató de no sentirse una libertina por el hecho de que el sexo ya la intrigara. Incluso con una pareja horrible y con unas maniobras someras, su cuerpo había reaccionado hasta cierto punto. De modo que veía lo ocurrido con indiferencia. Eso no significaba que estuviera dispuesta a repetir.

Orgilio era rico, pero estaba demasiado gordo y tenía cara de pan. Le ponía la piel de gallina. Sospechaba que el hombre podía ponerse desagradable y Lachne se había quejado de su interés en actos sexuales experimentales. Tenía sesenta años. Tenía verrugas. Pensaba que una chica joven debía obedecer órdenes y estar agradecida. La próxima vez que agarrara a Lucila, su congreso iba a durar mucho más tiempo y se esperaría que ella participara con más entusiasmo.

Parecía que tendría que seguir con Orgilio, como benefactor. Sin embargo, si se quedaba embarazada la desahuciaría. Ella no sabía nada de prevención, ni adónde ir para abortar, cosa que de todos modos era ilegal. El hecho de que se la relacionara públicamente con el hombre de negocios conllevaba una pena. A menos que guardara el secreto y mintiera, quedaría malograda para el matrimonio con su perniciosa dependencia en la supuesta virginidad de la novia.

Optó por escapar.

Su única esperanza residía en Lara. Lara le había dejado su dirección, como invitándola a estar en contacto. Cuando apareció Lucila suplicándole ayuda con lágrimas en los ojos, Lara la acogió de inmediato. La vaga ilusión que tenía Lucila de poder quedarse con aquella familia ayudando a cuidar de los niños en su apartamento, el cual había que admitir que estaba abarrotado, terminó en cuanto llegó Junio, el marido de Lara. Junio trabajaba en alguna rama no especificada del comercio del cuero. Era un hombre pequeño de aspecto furtivo; resultaba difícil entender por qué Lara, una joven hermosa de personalidad agradable, se había casado con él. Tal vez le pareció la única opción para obtener seguridad, aunque el tipo rezumaba falta de fiabilidad en varios sentidos y olía a tanino. La mirada especulativa que le dirigió a Lucila lo decía todo. Ella se dio cuenta enseguida de que Lara no tardaría en preferir que se buscara otro alojamiento para que las cosas no fueran muy mal. Tampoco tenía ya ningún deseo de tardar mucho en hacerlo.

Para entonces había sufrido un nuevo golpe. Lara no era una tía. Por lo visto, Lachne también era su madre. Según le explicó Lara, ella y Lucila eran pues hermanas.

No era toda la verdad; la verdad era otro secreto familiar que Lucila tardaría mucho tiempo en descubrir.

* * *

La historia que contó Lara era que Flavia Lachne tenía sólo trece años cuando se quedó embarazada por primera vez. Al igual que ocurrió después con Lucila, nunca había dicho si su hija mayor Lara había sido engendrada por un compañero esclavo, por alguien de fuera de la casa o por alguien de la familia. Cualquiera de estas opciones era posible en la gran mayoría de las casas. La suerte de un esclavo era ser explotado sexualmente, aunque los más afortunados pasaban primero la pubertad. A veces Lucila pensaba que su hermana tenía cierto aire Flavio, aunque era frecuente que los esclavos adoptaran los gestos de la familia con la que vivían. Lo mejor era no

explorar sus orígenes. Ni la propia Lara mostraba curiosidad y el hecho de intentar relacionarse estrechamente con un miembro de la familia imperial no le haría ningún bien. Los esclavos y ex esclavos estaban acostumbrados a no saber quién era su padre.

Al ser hija de esclava, Lara había tenido un mínimo contacto con su madre biológica. Con el tiempo, Lachne dio a luz otra hija, Lucila, con unos quince años de diferencia entre ambas. Ninguna de las dos tenía constancia de que Lachne hubiera tenido más hijos, aunque podría haber sido así. Las dos hijas se convirtieron en personas libres cuando Flavia Lachne fue manumitida; ella misma compró la libertad de ambas.

Lara se casó joven, y entonces ella y Lucila, que todavía era un bebé, no se veían casi nunca. Al pensar en el pasado, Lucila recordaba que su madre abandonaba el apartamento de vez en cuando, mencionando que salía para ir a visitar a Lara, aunque siempre se mostró reticente a hablar de ello.

* * *

A Lucila le caía bien Lara. Esta tenía una buena opinión de todo el mundo y siempre esperaba que todo saliera bien; quizás este punto de vista estimulante explicara por qué se casó con Junio.

Lara explicó a Lucila que, al ser hijas de una liberta, sí tenían parientes. Podían reivindicar que los Flavios eran sus patronos y familia extendida. Al quedar huérfana, Lucila podía solicitar su ayuda. Tendría obligaciones para con ellos, pero éstos tenían responsabilidades con ella y debían asegurarse de que no se muriera de hambre.

Lara había acicalado con frecuencia a los Flavios acompañando a la madre de ambas. Cuando Lachne murió, ella siguió yendo por su cuenta. Entonces se llevó a Lucila para que conociera a Flavia Domitila, la nieta de Vespasiano que había liberado a Lachne. Las hermanas trabajarían juntas, incluso después de que Lucila encontrara un lugar en el que vivir. Lara enseñó rápidamente a Lucila todos los aspectos de la peluquería, no sólo a construir torres de rizos. Al igual que su madre y hermana, de manera

tranquila y agradable, Lucila hacía que las damas Flavias tuvieran la sensación de que las convertía en diosas.

Cuando Lara no podía dejar los asuntos domésticos, Lucila visitaba ella sola a las mujeres Flavias. Le pagaban un pequeño anticipo muy poco confiable, pero las otras clientas privadas de Lara no tardaron en presentarla a sus amigas. Lara y ella también se habían dado a conocer por prestar sus servicios en las bodas: adornaban a las novias, que tradicionalmente se hacían peinar con un estilo especial similar al de las vírgenes vestales. Por lo general, esto implicaba un trabajo adicional en las parientes de la novia. Los días de boda había buenas propinas. Más adelante, cuando abrió el anfiteatro, Lucila empezó a trabajar largas horas para aumentar sus ahorros.

El dinero del congiario que recogió en los Juegos le permitió mudarse de casa de Lara a un alojamiento de una sola habitación diminuta. Su sueño a largo plazo era alquilar un apartamento mucho mejor en el que pudiera vivir y trabajar. Tenía que ser un lugar agradable, con espacio para las clientas y agua corriente para poder lavarles el pelo. Resultaría caro. Los ahorros de Lucila crecían poco a poco, pero durante mucho tiempo siguió sin poderse permitir un lugar como el que deseaba adquirir.

* * *

Los tiempos cambiaron. Después de gobernar durante tan sólo dos años, el emperador Tito sufrió un colapso por una fiebre, igual que le había ocurrido a su padre. Cuando Tito murió todo el mundo comprendió de inmediato que Roma estaba entrando en un período que tendría un sabor diferente. Domiciano César se hizo con el trono, casi demasiado impaciente para esperar la aprobación del Senado.

Hubo consternación desde el principio. Si bien era cierto que el amado Tito había resultado bien, nadie esperaba que Domiciano floreciera como su hermano. Estaba condenado antes de empezar, y estuvo diligentemente a la altura de los temores de la gente. El Senado estaba tenso. Los artistas tenían la esperanza de obtener beneficios, aunque el mecenazgo imperial siempre

era incierto. Las fuerzas armadas tenían expectativas encontradas porque hasta la fecha Domiciano no había seguido una carrera militar. Los comerciantes se quejaban, aunque la mayoría de los hombres de negocios mantenían la confianza. Lucila y su hermana, cuyas clientas incluían a miembros de la familia imperial, observaban los acontecimientos de cerca y con acrecentada curiosidad.

De vez en cuando Lucila atendía a Domicia Longina, la esposa del Emperador, una mujer que no le resultaba simpática, aunque no le correspondía a ella rechazar el trabajo. Siguió ocupándose principalmente de Flavia Domitila, que era madre de siete hijos y tenía mucha necesidad de mimos. Por mediación de ella, Lucila conoció a la prima de Domitila, Julia, hija de Tito, después de que la mandaran allí para subirle el ánimo a Julia tras la muerte de su padre. Se suponía que los romanos tenían que ir despeinados cuando estaban de luto, pero, detrás de los discretos velos, las mujeres más aristocráticas preferían seguir yendo arregladas. Lachne siempre había dicho que nunca se sabía cuándo un amante se las arreglaría para subir con sigilo por las escaleras traseras con una sugerencia práctica para consolarte del dolor.

Claro que Flavia Julia, admirada hija del querido Tito y joven y respetada esposa de su primo Flavio Sabino, no tenía amantes.

Bueno, al menos no en aquel entonces.

Y tal vez nunca.

* * *

Lucila, al estar soltera, tenía más facilidad que su hermana para ir de un lado a otro. Siempre que en verano la corte se trasladaba a una de las villas de Domiciano, la que se marchaba con ella era Lucila. Las favoritas de Domiciano se encontraban en el lago Albano o en el lugar de nacimiento de su padre en las colinas Sabinas, pero también había villas imperiales en Circei, en la costa de Nápoles, en Túsculo, Antium, Gaeta, Anxur y Bayas, por no mencionar la extensa propiedad que la esposa del Emperador,

Domicia Longina, había heredado de su padre Corbulón. A Lucila le encantaba ir, aunque también trabajaba para otras clientas y se resistía a ser un miembro permanente del séquito imperial; siempre mantuvo una base en Roma.

Alba era un lugar especial para ella. Entendía perfectamente por qué el joven Domiciano César, cuando su padre llegó al poder, había echado mano a la villa de Pompeyo, que formaba parte de la cartera imperial; por qué había elegido aquel escenario fabuloso para seducir a Domicia Longina, quien entonces estaba casada con otro hombre; y por qué después de convertirse en Emperador hizo de aquél su retiro más frecuente, su corte de verano. Relacionándose con esa corte, Lucila adquirió una nueva confianza. Sus obligaciones le dejaban tiempo libre a menudo. Antes de cumplir los veinte ya era guapa e irradiaba personalidad. Tal como había vaticinado Cayo Vinio en cierta ocasión, se estaba convirtiendo en una mujer atractiva. Empezó a hacer amistades.

En Alba mucha gente conocía a Flavia Lucila. Hizo contactos, muchos de ellos muy próximos a Domiciano: conoció y se hizo amiga de sus eunucos y de su enano, de músicos, escultores, arquitectos y poetas. Nunca se relacionó con las clases altas, con los senadores que formaban parte de su círculo consultivo, aunque sus esposas sabían a quién visitar cuando querían una estilista decente para algo un poco ambicioso. Lucila se había familiarizado con los secretarios imperiales puesto que, al igual que ella, muchos eran libertos de los Flavios o bien de sus predecesores imperiales; entre su clientela también se contaban las esposas de varios burócratas destacados. Conocía de vista a unos cuantos miembros de la Guardia Pretoriana, aunque tendía a rehuir a los militares. Asimismo, tenía poco que ver con los atletas que acudieron para los nuevos Juegos de Domiciano y evitaba todo contacto con sus gladiadores.

Tenía ciertos tratos especiales con el barbero de cámara del Emperador. Este tenso liberto trataba con un gobernante obsesivo y notoriamente disgustado por sus entradas. Había llegado a ser bien conocido que Flavia Lucila tenía unos dedos muy ágiles y era la discreción hecha mujer; era la mejor fabricando pelucas imperceptibles.

Dada la naturaleza delicada de dichas consultas con el barbero, ella nunca hablaba de ello.

OceanofPDF.com

V

Cayo Vinio Clodiano no quería ser su padre. El difunto Marco Rubela había anhelado con ahínco ser un pretoriano, pero su hijo menor no tenía el mismo deseo. Su anónimo patrón había juzgado muy mal la situación, o era cruelmente indiferente a sus sentimientos. Sus hermanos, por supuesto, lo calificaron como «la leche de genial». Vivirían a través de él. Ése era su primer problema.

En segundo lugar, los pretorianos detestaban la situación tanto como él. Eso era mucho peor. El hecho de que les endosaran a Vinio con veintitrés años, tras pasar tan sólo dos años en el ejército y tres en los vigiles, resultaba sumamente impopular; los miembros de la Guardia querían veteranos canos con largas historias personales por el estilo de alguna fantasía gloriosa: «Cayo Vinio Clodiano, hijo de Marco, primera fila de las cohortes Pretorianas del divino Augusto, centurión jefe de la legión Vigésima Valeria Victrix, galardonado con dos lanzas sin punta y coronas de oro, tribuno militar de una cohorte de vigiles, tribuno militar de una cohorte urbana, tribuno militar de una cohorte pretoriana, prefecto de ingenieros, duunviro de la administración de justicia, sacerdote del culto de Augusto…».

—Así pues, ¿qué has hecho tú, hijo?

El oficial que lo preguntaba era igual que todos ellos: mayor y más corpulento que Vinio, con la constitución de una losa mortuoria, duro y lacónico, sin atisbo de inteligencia. Se parecía mucho al padre de Vinio, aunque el difunto Marco al menos había sido listo.

El proceso de admisiones había establecido que el recién llegado cumpliera el requisito de ser nacido en Italia, y haber recibido

entrenamiento básico, aunque no fuera a los niveles inmaculados de los Guardias. Ser capaz de correr, montar, leer, nadar, hacer ladrillos, lanzar jabalinas, construir carreteras, cocinar sopa, apuñalar y patear, levantar un fuerte a partir de un equipo determinado de antemano, aguantar bien la cerveza, tirarse de vez en cuando a alguna campesina a espaldas de sus padres y luego marchar durante horas con todo el equipo ni siquiera se acercaba a sus talentos. El ideal pretoriano era un curso especial de pavoneo, jactancia, de pulido de petos y de pisar al pueblo.

—¿Hecho? —Cayo Vinio tomó una decisión instantánea—. No lo suficiente, me temo. Saqué a un sacerdote de un templo en llamas; quizás algún dios que observaba quedó agradecido. Por lo demás, lo único que puedo ofrecer es que gané la corona cívica.

El guardia se cuadró.

—¡Eso nos gusta!

Vinio se tocó con el dedo la cara para ilustrar su historia. Ser feo le resultaría de ayuda. La mayoría de aquellos brutos enormes estaban cosidos con viejas heridas como ropa sucia arrugada.

No solía hablar de ello por una cuestión de modestia genuina. La gente ya lo sabía; él lo dejaba allí. Hubiera preferido haber conservado la vista intacta y no tener una mejilla llena de cicatrices que volvían a abrirse cada vez que un barbero lo afeitaba. Pero si había un momento en su vida en el que necesitaba hacer valer el honor ganado era aquél. La corona cívica era una guirnalda de hojas de roble, otorgada por haber salvado la vida de un compañero en gran peligro. Lo cierto era que se concedía muy rara vez.

Vinio explicó que había estado en la Vigésima legión en Britania, una provincia que se cuidó mucho de no criticar, no fuera que su interrogador hubiese servido allí en una juventud recordada con cariño; el pretoriano no era lo bastante mayor como para haber estado divirtiéndose por el sur batiendo fuertes en las montañas bajo el gobierno del joven Vespasiano, pero bien podía haber luchado contra la reina Boadicea con Nerón. Vinio había estado en Britania más tarde, cuando Julio Agrícola era el gobernador, adentrándose a la fuerza en nuevos territorios al oeste y al norte. Molestos por la expansión romana, una tribu llamada de los ordovices había tendido

emboscadas a grupos de tropas. Al llegar a su provincia, en la que había servido con anterioridad, Agrícola no perdió el tiempo familiarizándose con el terreno y las costumbres, sino que lanzó un ataque sorpresa para borrar de la historia a los ordovices.

—Y lo hizo, además… Aniquilación. No volverán a oponernos resistencia: ya no estarán allí. Cuando empezaron a caer los proyectiles, aparté a un tribuno de un empujón. Fue así como perdí el ojo. No salté lo bastante rápido. La lanza me dio en la cara.

—Tuviste un poco de suerte, ¿eh? —sugirió el guardia.

Así era como lo veían esos idiotas de pretorianos. Incluso hacer que casi te mataran era inteligente siempre y cuando salieras de ello con alguna chuchería de la que presumir en tu lápida llegado el momento. Algunos de esos cabrones tenían un torques, brazaletes y nueve discos para el peto de la armadura. Salían a desfilar tan sumamente adornados que relucían con el oro como si fueran chicas.

—Uno hace lo que tiene que hacer —murmuró Vinio.

—Ahora sí que hablas nuestro idioma.

Ya no había más que decir. Tenía que fingir, como su padre empinando el codo entre viejos compañeros en alguna horrible cena de la cohorte. Iban a convertirlo en su padre, por mucho que él se resistiera.

* * *

En realidad, Vinio y su padre habían disfrutado de una buena relación. Esto se debía sobre todo a que el joven Cayo era demasiado pacífico para enzarzarse en discusiones. Su padre y dos hermanastros lo habían condicionado a hacer lo que ellos decían. Por ejemplo, todos le habían dicho que se alistara en el ejército, cosa que a él no le había importado, por suerte. Por lo que a ellos concernía (de momento), nunca le importaba nada. Creció permitiendo que lo mangonearan, lo cual, de algún modo extraño, hacía que se sintiera cómodo. Se reservaba la rebelión para cuando algo importara de verdad. Con su padre muerto a los cincuenta y dos años, lo

que fuera que estuviera aguardando para rebelarse en contra nunca iba a suceder.

Su padre había sido un militar firme y serio. En Roma había dirigido su cohorte de vigiles con la combinación adecuada de rigidez, desprecio por la burocracia y odio hacia el público; aterrorizaba a delincuentes de poca monta, daba palizas a gánsteres importantes y superaba las estratagemas de toda clase de estafadores, en tanto que sus éxitos luchando contra el fuego eran legendarios. Mantenía la tranquilidad en el monte Aventino, un distrito anárquico lleno de poetas y esclavos libertos, como nadie era capaz de hacerlo.

Incumpliendo las normas, tal como era costumbre en todas las ramas de los militares, se había casado y había tenido dos hijos, Marco Vinio Félix y Marco Vinio Fortunato. Su madre murió cuando los chicos eran adolescentes. El padre se las arregló durante un tiempo, hasta que trajo a una joven para que lo ayudara con la casa y sus revoltosos muchachos. Tras una fase de recelo inicial, los tres acabaron adorándola. La cosa fue tan bien que el padre se casó con ella para tenerla segura.

Clodia era dulce, delicada y de una belleza infantil; sin embargo, todos ellos hacían lo que ella decidía. Dio a sus hombres las rutinas que éstos habían necesitado desesperadamente. Sabía cocinar. Les hacía dejar las botas sucias a la puerta principal y ordenar sus desbarajustes. Ella los quería a todos, y obtuvo a cambio una devoción que rayaba lo religioso. Cuando los obsequió con un bebé, la familia parecía perfecta. Los chicos mayores trataban a su hermanito Cayo como si fuera una mascota intrigante. Clodia los convenció para que tuvieran cuidado, o al menos que no le arrancaran las piernas.

Cayo tenía tres años cuando Clodia murió. Aun cuando su padre seguía vivo, Félix y Fortunato asumieron la responsabilidad de cuidar de él. Al igual que muchos matones, eran violentamente protectores con el joven de la familia, a quien nunca intimidó nadie más, de eso no cabía duda. Sólo ellos podían mangonearlo, y lo hacían, un sistema con el que continuaron hasta llegar a adultos. Nunca se les ocurrió pensar que quizás él no necesitara su intromisión.

Su padre estaba demasiado deprimido por la muerte de Clodia como para volver a casarse otra vez. Mientras aún era pequeño, Cayo pasó al cuidado diario de su abuela, la madre de Clodia, una mujer fuerte y justa en cuya casa el chico dormía a menudo. También contaba con un montón de tías. La mayoría eran hermanas de Clodia, pero también tenía un par por parte de su padre, con lo cual había dos grupos rivales. Las tías, que en varias ocasiones estuvieron solteras, casadas, viudas o divorciadas, iban y venían, pero siempre consentían a Cayo. Roma era una sociedad paternalista, pero las tías que tenían un encanto de niño sin madre al que adorar pasaban por alto semejantes tonterías.

Así pues, Cayo creció en compañía de hombres fuertes pero con la influencia de mujeres poderosas. Sus dos hermanos mayores siempre le habían parecido adultos; sólo lograba recordarlos afeitándose, bebiendo y hablando de mujeres. El hecho de ser mucho más joven hizo que su posición pareciera la de un hijo único. Era un chico callado y autosuficiente que se guardaba las penas pero que anhelaba a la madre a la que no recordaba, sobre todo cuando su padre, y también Félix y Fortunato, a menudo mencionaban a Clodia en sus conversaciones.

Su abuela y sus tías estaban orgullosas de él. Siempre bien parecido, era una persona afable y rara vez se metía en líos. También poseía más inteligencia y coraje de lo que la gente le suponía. Sus talentos fueron una sorpresa, porque sus hermanos le habían inculcado que era un gallina al que había que vigilar a todas horas. Su padre también había dejado siempre muy claro que pensaba que Félix y Fortunato iban a destacar en el ejército, en tanto que Cayo podría tener más dificultades. Aun así, esperaban que se alistara. Lo hizo a los dieciocho años, tal como lo habían hecho todos y cada uno de ellos.

Por extraño que pudiera parecer, Vinio era un soldado sosegado que se desenvolvía bien. En Britania había un centurión benevolente que lo introdujo y que lo amaba como a un hijo, luego el comandante se fijó en él de manera favorable y, como la guinda del pastel, salvó la vida de aquel tribuno superior. El tribuno era un joven de familia senatorial cuya muerte se hubiera definido como una gran tragedia social. Sus parientes de alta

alcurnia incluso podían haber alegado negligencia, aunque, en realidad, cuando las lanzas empezaron a volar, el tribuno, que era un tipo afable pero sin muchas luces, estaba mirando hacia el otro lado aun cuando le habían advertido que no lo hiciera. Era un idiota. De haber tenido tiempo para pensárselo, Vinio no le hubiera salvado la vida. De todas formas, en una decisión tomada en una fracción de segundo, ganó su decencia; lo pagó muy caro físicamente.

El legado legionario recomendó a Vinio para uno de los galardones más codiciados de Roma, en medio de un alivio colectivo entre el alto mando de la provincia. El gobernador, Agrícola, firmó personalmente la mención antes de que ésta se enviara a Roma. El viejo emperador, Vespasiano, la aprobó.

A modo de agradecimiento, el joven tribuno envió a Vinio un ánfora de un vino excelso que, como todavía estaba en su lecho de enfermo, sus compañeros se bebieron por él.

La corona cívica se la habían enviado a Britania y llegó cuando ya lo habían mandado a casa. Al cabo de tres años aún no la había visto. Quizás esa cosa no lo alcanzara nunca.

* * *

Justo antes de que Vinio regresara a Roma, su padre logró su ambición de toda la vida de ser trasladado a la Guardia Pretoriana. Murió tan sólo seis semanas después, sin ni siquiera haber logrado estar de servicio junto al Emperador. De esos otros grandes militares, Félix y Fortunato, no había mucho más de lo que dejar constancia. Estando de servicio en Germania, Félix había sufrido un accidente en el que tuvo que ver un cargamento de barriles de licor (estaba haciendo el tonto por ahí), con lo que adquirió una cojera y la baja médica. En Siria, Fortunato había llegado a centurión pero luego lo separaron del servicio, obviamente desacreditado. Él le restó importancia, pero Cayo sospechaba que se debía a algunos chanchullos en las reservas de la legión. A su regreso a Roma, Fortunato trabajó para un

constructor; siempre traía consigo a casa pedazos de madera y herramientas de mano. Félix, que carecía de todo sentido de la ironía, se ganaba entonces el sustento conduciendo carros de reparto.

Quedaba Vinio para continuar con la tradición familiar del servicio militar, por lo que, tras su convalecencia, aceptó un puesto en los vigiles. Félix y Fortunato lo empujaron a ello, sabiendo que su padre lo habría aprobado. Esto le permitió no sentirse acabado. Enseguida se hizo con una buena posición como investigador. Disfrutaba con el trabajo y se le daba bien.

En las fuerzas armadas nadie podía contraer matrimonio; muchos hacían caso omiso de la norma. Vinio se había casado antes de alistarse, lo cual dejaba resuelto el problema del alivio sexual, una cuestión siempre apremiante para un muchacho de diecisiete años. Félix y Fortunato no habían dejado de sugerir mujeres que ellos consideraban adecuadas, todas rechazadas por Vinio, que les dio a entender su espíritu independiente cuando eligió por sí mismo a Arruncia. Lo suyo era un amor de infancia y estaban genuinamente enamorados. El matrimonio era apasionado, romántico incluso; Arruncia y él a duras penas podían apartar las manos el uno del otro. Cayo también disfrutó al librarse de la supervisión de sus parientes, tanto masculinos como femeninos.

Entonces el sueño llegó a su fin. Arruncia quedó horrorizada al enterarse de que tenía intención de alistarse en las legiones; no podía creer que fuera a marcharse de casa indefinidamente, dejarla, y hacerlo de manera voluntaria. Alguien le advirtió de que el servicio en las legiones era de veinte años, además de los de la reserva, y después otro supuesto amigo le señaló que a los soldados no se les permitía casarse, por lo que, de hecho, estaba divorciada. Ella se sintió completamente rechazada. Al provenir de una familia de militares, el displicente Vinio había dado su futuro por sentado. No había sido su intención defraudar a Arruncia; era sólo un muchacho, ni siquiera había pensado en ello.

Partió hacia Britania sin saber que dejaba a su esposa embarazada.

Cuando llegó entonces a casa de improviso, esperando retomar su vida anterior, al entrar en la habitación que tenían alquilada Vinio tropezó con la

cuna y quedó absolutamente pasmado. Tampoco tenía experiencia con el enojo de su esposa por la profesión que había elegido; y lo que era aún peor, ella ya no tenía mucho interés por las relaciones sexuales. ¿Acaso el embarazo y el parto habían resultado espantosos? ¿Se sentía abrumada por la responsabilidad doméstica? Aunque se dedicaba al bebé que entonces tenían, quizá no quisiera tener otro. Vinio sospechaba con tristeza que ella ya no lo deseaba. Por lo que él sabía (y le daba vueltas al asunto a todas horas), no había habido ningún otro hombre.

Sabía con certeza que su aspecto dañado horrorizaba a Arruncia. Al verlo así soltó un grito y se echó a llorar; hasta su diminuta hija se tomó la aparición con más calma.

Vinio no tenía ni idea de cómo manejar a un bebé. Arruncia lo apartaba de un puñetazo cuando lo intentaba. En las raras ocasiones en las que se encontró a solas con el bebé, la cogía con cautela pero se sentía tan culpable como si se hubiera echado una amante secreta. Una vez la niñita se quedó dormida agarrada a su túnica y Vinio se sorprendió a sí mismo llorando sin saber por qué.

Ahora que era mayor, y afectado por su experiencia en el ejército, reconocía vagamente que Arruncia debió de sentirse desesperada cuando él se marchó, aunque el hecho de comprenderlo no mejoró su comportamiento subsiguiente. A ninguna adolescente le gustaría verse encadenada a un hombre al que tal vez no volviera a ver en veinte años; cuando inesperadamente lo tuvo de vuelta su aspecto era repugnante, lo atormentaban los terrores nocturnos y todo ello lo malhumoraba. Él no tomó ninguna medida real para abordar la situación; maduró en su vida laboral con los vigiles pero a duras penas se adaptó en casa. Se sentía alienado y decepcionado. Descubrió que el matrimonio era algo que nunca se le daría bien.

Así pues, el hecho de unirse a los pretorianos, que se alojaban en un campamento enorme a las afueras de la ciudad, alivió un poco su tensión al permitirle eludir las discusiones. Para un hombre era ideal. Para Arruncia se trataba sólo de otro empujón cuesta abajo en su deteriorada vida en común.

Pero incluso Vinio estaba deprimido; su traslado parecía una condena de dieciséis años de prisión (dieciséis años era el período de servicio en la Guardia Pretoriana, aunque quedó consternado al saber que a muchos de sus miembros les gustaba tanto que se quedaban más tiempo). Su breve período en el ejército lo había imbuido de un odio hacia aquel cuerpo especial; a los legionarios regulares les dolía que los guardias no sólo recibieran una paga y media sino que además se regodearan en una vida tranquila en casa. Vinio coligió entonces que no existían garantías de la supuesta vida tranquila; los pretorianos eran los guardaespaldas del emperador, su regimiento personal. Si tu augusto líder desarrollaba ambiciones militares, te ibas de campaña. Vinio, que había dado por sentado que sus días de combate habían terminado, se enfrentó a la desagradable posibilidad de más viajes allende el mar y más servicio activo. Si a Tito se le antojaba zurrar bárbaros, no habría forma de librarse.

No tardó en descubrir que el servicio en Roma era una mezcla de lujo y tedio. Una cohorte cada vez, hombres armados pero con ropa de civil, acompañaba a su emperador allá adonde fuera. Desde Vespasiano, las cohortes pretorianas habían aumentado sus efectivos hasta tener cerca de mil hombres cada una. A cada cambio de guardia marchaban desde la Puerta Viminal por los Distritos Quinto y Tercero, cruzaban el Foro y subían pisando fuerte por el Monte Palatino; los retumbos sacudían las jarras en los estantes de las tabernas y hacían que las sábanas mojadas se deslizaran de las cuerdas de tender. Una cohorte de pretorianos montando guardia en un palacio o villa llenaba un gran trecho de pasillo.

Otras ocho cohortes se quedaban en el campamento. Allí tenía lugar una aburrida cantidad de instrucción innecesaria, además de homosexualidad esporádica y mucho juego clandestino. El número de bajas por enfermedad era alto. Vinio informó a su esposa de que la estancia en el campamento se hacía cumplir con rigidez, aunque Arruncia difícilmente podía pasar por alto el hecho de que los pretorianos fuera de servicio proliferaban por la ciudad como ratas en un granero.

Al principio Vinio tuvo muchas dificultades para encajar. Nadie lo quería. Era demasiado joven. Su hoja de servicios era demasiado breve.

Llegó con un patrocinio misterioso, lo cual no le daba protección porque si había sido favorecido por Domiciano César eso contaba contra él a ojos de los hombres de Tito. Hizo todo lo que pudo por sobrevivir. Con lo que había aprendido de su padre se las arregló para evitar varios clubs escandalosos que tenían ritos de iniciación desagradables. Muchos pretorianos llevaban barba; él se la dejó crecer, la encontró asquerosa y se la hizo afeitar, con lo cual al menos consiguió unas costras impresionantes durante un tiempo. Siguió el ejemplo de su padre de utilizar sólo dos de sus tres nombres, renunciando a «Clodiano» y diciendo que dos habían sido más que suficientes para Marco Antonio, héroe perpetuo de los soldados. Por lo demás, pasaba desapercibido. El hecho de guardar las distancias en un entorno tan fraternal como aquél hizo que lo tacharan de antisocial, cosa que para los pretorianos significaba sin duda desleal. Los solitarios no pueden esperar ser populares.

* * *

Al incorporarse durante el reinado de Tito, su primer ejercicio importante fue la apertura del Anfiteatro Flavio. Esto contribuyó a que sus colegas olvidaran su antagonismo. Entonces los guardias tenían demasiadas cosas que hacer como para malgastar energías intimidándolo. Vinio estaba demasiado ocupado perfeccionando nuevas habilidades como para preocuparse por ellos.

Se suponía que los pretorianos tenían que parecer amables de cara al público, pero su papel era el de escudriñar rostros. En tanto que todos los demás miraban al Emperador, ellos se apiñaban en torno a su protegido mirando hacia afuera, buscando indicios de algún problema. No tardaba en convertirse en algo natural. Vinio sabía al dedillo dónde estaba o se sentaba Tito, pero nunca miraba en esa dirección. En cambio, su ojo bueno se movía sin parar, barriendo las masas. Con cuarenta o cincuenta mil asientos en el nuevo y elegante anfiteatro, la multitud era abrumadoramente numerosa.

«No obstante, todos nos estamos divirtiendo, ¿verdad?».

Era el comentario sarcástico que vociferaban todos los centuriones. Para ellos, la inauguración era una pesadilla. Ellos querían que su hombre volviera a su salón del trono, donde se patrullaba con facilidad.

Eran cien días de celebraciones en los que Tito iba a asistir a todos los espectáculos y a necesitar en todo momento la máxima seguridad. Su hermano y otros parientes lo acompañaban con frecuencia, de modo que se destacaban guardaespaldas adicionales. El palco imperial, con su pasillo de acceso privado, proporcionaba protección, pero una vez iniciado el espectáculo al gregario Tito le gustaba meterse de lleno en el jaleo. Nunca fue de esos que al presidir los Juegos se limitaban a dejar caer el pañuelo blanco para señalar el inicio y luego sentarse como autómatas. Tito no dejaba de levantarse para lanzar bolas etiquetadas con premios de lotería a la multitud, o para disfrutar discutiendo con ellos sobre los méritos de los rivales, sobre todo de los gladiadores tractos, que eran sus favoritos. Cada vez que se ponía de pie de un salto, las filas decorativas de pretorianos con uniformes de gala vitoreaban cerca de él; los petos de sus corazas relucían bajo la luz del sol y los altos penachos de sus cascos se erizaban. Pero más cerca de Tito había un pequeño cuadro, casi invisible, formado por guardias de servicio vestidos de civil que, con el semblante adusto y las manos en los pomos de sus espadas, buscaban con la mirada cualquier movimiento sospechoso que pudiera amenazarlo.

El prefecto estaba nervioso. Todos los tribunos de la cohorte reaccionaban con brusquedad, por lo que a los centuriones les costaba relajarse y se desquitaban con los soldados. Esto hacía que a los recién llegados les resultara más fácil establecer vínculos, puesto que todos sufrían. Al menos, estuvieran de servicio o no, solían conseguir los mejores asientos.

El orden del espectáculo era similar casi todos los días: entretenimientos con animales por la mañana; a mediodía se ejecutaba a los criminales de diversas formas llenas de inventiva, en cuyo punto el Emperador y el público quisquilloso se escabullían a comer; a su vuelta por la tarde, había carreras o exhibiciones de gladiadores. En ocasiones la arena se inundaba para los simulacros de batallas navales. Éstas se llevaban a cabo con brío,

antes de que el agua se filtrara; los que actuaban a continuación tenían que hacerlo encharcados, hasta que el suelo de la arena se secaba.

La belleza y eficacia del edificio tenía que maravillar a cualquiera. Pero su mayor logro fue la propaganda imperial. Nerón había ofendido al pueblo requisando el Foro para construir su Casa Dorada, convirtiendo todo el centro de la ciudad en el hogar y terrenos privados de un solo hombre. Al devolver el emplazamiento arrebatado para el uso público, Vespasiano había impuesto un gobierno benévolo en lugar de un despotismo maníaco. Cuando Vespasiano devolvió el Foro al pueblo, restituyó Roma a sí misma. Las ingentes multitudes que se reunían en la arena revestida de mármol, incluyendo grupos de partes remotas del mundo con sus vestiduras coloridas y turbantes y peinados estrafalarios, estaban mirando lo último en arquitectura de ostentación. Allí se practicaba deporte no como una religión mística al estilo de los griegos, sino como parte de la política pragmática de Roma.

El programa hizo posible que fuera un mes de agosto que nadie de los presentes olvidaría jamás. Se habían reunido animales salvajes de todas partes del Imperio para las escenas de caza y luchas de bestias: elefantes, leones, leopardos, panteras y tigres; jabalíes y osos del norte; avestruces del desierto, camellos y cocodrilos; hasta grullas y conejos…

«¿Conejos?».

«Los conejitos asesinos pegan unos golpazos terribles, Cayo Vinio».

«¡No intentes siquiera decirme cómo!».

Resultaba emocionante cuando los domadores, nerviosos, lograban convencer a combinaciones de bestias no habituales para que lucharan, y aún más cuando los animales poco dispuestos echaban a correr desbocados, lanzando cosas por el aire y amenazando con saltarse la barrera de seguridad, justo al lado de los asientos de mármol de las primeras filas donde se acomodaban los senadores. Afortunadamente —o no, si odiabas a la aristocracia— la barrera consistía en una astuta disposición de rodillos verticales que frustraban tanto a los animales como a los gladiadores que intentaban escapar. El inconforme rinoceronte fue un claro favorito. El toro, enloquecido por las antorchas, tuvo su club de fans durante un breve

espacio de tiempo. El elefante amaestrado que se aproximó al palco real y se arrodilló con sumisión ante Tito puso de manifiesto que el Emperador era un hombre con suficiente carisma como para dominar a las criaturas salvajes, en tanto que el león que dejó que una liebre jugara entre sus pezuñas sin sufrir ningún daño fue calificado en general como adorable. Menos atractivo resultó otro león que, con muy poca deportividad, atacó y malhirió a su domador.

Cayo Vinio nunca había sido un desalmado; solía alegrarse de que Tito se marchara a comer para poder evitar así el intervalo de las ejecuciones. Tenían lugar de manera poco menos que rutinaria enfrentamientos de ladrones y desertores del ejército contra feroces bestias salvajes…, o bestias enfurruñadas a las que había que aguijonear para que atacaran a los convictos, encogidos de miedo. También había reconstrucciones escabrosas de escenas de la mitología y el teatro: Pasífae siendo violada por un toro, supuestamente de verdad; la crucifixión de un bandido en una obra famosa, adaptada a una nueva versión sangrienta en la que un jabalí de Caledonia le arrancaba el hígado a Prometeo; el mito de Orfeo cruelmente tergiversado de manera que, aunque el delincuente inmovilizado que hacía el papel del que toca la lira sí parecía domar a varias criaturas con sus melodías exquisitas, un oso salvaje, que por lo visto no tenía oído musical, lo hizo pedazos.

Después de estas cosas básicas, el combate de gladiadores profesionales parecía representar la habilidad simple y llana. Se celebraban combates individuales y luchas de grupo. Para satisfacer la fascinación de los romanos por lo exótico había contendientes femeninos y enanos. Hubo un momento en el que Tito presidió un combate que batió el récord: dos luchadores muy igualados llamados Vero y Prisco estuvieron combatiendo durante horas: ninguno de los dos era capaz de derrotar a su oponente y ninguno estaba dispuesto a admitir la derrota. Un empate no era desconocido, pero no se había oído hablar nunca de uno con honor. Cuando al final Tito convenció a la multitud de que le permitiera declarar una recompensa igual para aquellos fabulosos contendientes, otorgando la libertad a ambos gladiadores, la ocasión coronó los Juegos.

Esta inauguración sería el punto culminante de su reinado. Sin embargo, una sensación de anticlímax empezó a afectar visiblemente al Emperador. Tal vez fuera agotamiento, quizás estaba llorando el fallecimiento de su padre, quizá su salud ya era mala. El último día, Tito dedicó el edificio de manera formal, junto con los baños públicos cercanos que había construido en su propio nombre. Algo salió mal en el sacrificio y el toro escapó, cosa que era un mal augurio. Se decía que Tito lloró.

Vinio no estaba de servicio pero oyó hablar de ello. Muchos de los guardias se pusieron nerviosos.

* * *

No hubo más celebraciones. El siguiente mes de septiembre Tito partió de Roma y tomó la Vía Salaria hacia las colinas Sabinas, el lugar de origen de su padre y el lugar de veraneo de la familia desde hacía mucho tiempo. Poseían una hermosa villa por encima de Falacrina, donde había nacido Vespasiano. De camino hacia allí, en Aqua Cutiliae, donde tan sólo dos años antes Vespasiano había contraído una fiebre mortal tras bañarse en los manantiales fríos como el hielo, Tito también cayó enfermo. Su estado debió de parecer grave de inmediato. Lo llevaron a Falacrina, absolutamente consciente de que se estaba muriendo. Su hermano debía de haber estado viajando con él o bien lo llamaron para que acudiera. La falta de claridad sobre el paradero y el papel que desempeñó Domiciano aumentarían las sospechas posteriores sobre lo ocurrido.

En Roma, lo primero que oyó Cayo Vinio fue un clamor en el campamento pretoriano. Al salir de su barracón para investigar le dijeron que se habían cancelado todos los permisos y se había dado la orden de formar al completo. La noticia circuló con rapidez. Los soldados volvieron a presentarse desde todos los barrios de la ciudad. El campamento no tardó en estar abarrotado. La tensión era tan palpable que zumbaba en la atmósfera.

Por lo visto, Domiciano César había llegado en un estado de gran excitación. Entró al galope y exigió la protección y aclamación de la Guardia. Vinio lo vio un poco más tarde, con los ojos tan brillantes que parecía estar drogado, el rostro encendido y grandes manchas de sudor en la túnica. Cualquiera de las apañadas tías de Vinio hubiera hecho abrir la boca al agitado príncipe para meterle una cucharada bien llena de jarabe calmante y después lo habría obligado a echarse un rato. El propio Vinio pensó que el hombre necesitaba cuanto antes un trago fuerte entre amigos mayores y más tranquilos que él, y luego una siesta en compañía de un par de bailarinas con buenas articulaciones para adquirir una nueva perspectiva de la vida. Pero para el impaciente César la vida real había terminado para siempre.

Domiciano insistió en que su hermano estaba muerto. El prefecto de los pretorianos, quien nominalmente seguía sirviendo a Tito, reaccionó con cautela; quizá pensara que también tendría los días contados desde el momento en que Tito fuera declarado oficialmente muerto. Las tropas empezaron a hablar entre sí de una gran bonificación por el ascenso al poder, que para la mayoría sería la segunda en dos años. Alguien le dijo a Vinio en tono especulativo:

—¡Para ti debería ser una buena noticia!

Aun así, la perspectiva de que Domiciano accediera al poder no consiguió llenarlo de alegría.

Se envió con discreción un pequeño escuadrón a caballo a Falacrina, pero se encontró con un mensajero sollozante que confirmó la noticia. Circularon toda clase de rumores. El más rocambolesco era la convicción judía de que, cuando destruyó el templo en Jerusalén, Tito había dormido con una prostituta y un mosquito le había entrado en el oído, creciendo dentro de su cabeza durante años hasta que ya no pudo soportar más el ruido que hacía. Quizá las jaquecas que sufría fueran efectivamente palúdicas, aunque los médicos parecían dudarlo. La opinión popular era que al final las conjuras de Domiciano habían tenido éxito; de un modo u otro, había asesinado a Tito. Lo más creíble era que había ordenado que acabaran con Tito metiéndolo en un baño de hielo; pero ¿podía ser un recurso médico

adecuado para un paciente con una fiebre tan alta? La verdad certera era que Domiciano abandonó a Tito y dejó que muriera solo mientras él se dirigía a Roma a toda prisa, indecentemente ansioso por sustituir a su hermano.

* * *

Domiciano hizo llegar un comunicado al Senado. Se ofendió cuando los senadores pasaron el resto de aquel día aplaudiendo las virtudes de Tito y llorando la pérdida de un líder tan querido. Teóricamente podían aclamar a cualquiera para que lo sucediera, razón por la que Domiciano se dio tanta prisa en suplicar el apoyo de los pretorianos. Al día siguiente, sin ir más lejos, los senadores nombraron formalmente sucesor a Domiciano. Pagarían caro su retraso.

El prefecto pretoriano hizo formar a la tropa. Los nueve mil guardias sin excepción juraron lealtad a su nuevo señor, su potente grito resultó audible en buena parte de la ciudad y fue intencionadamente amenazador. Así pues, aparte del primer año, Cayo Vinio pasaría su servicio como miembro de la Guardia Pretoriana con Domiciano como emperador.

Hizo el juramento. Aceptó el dinero. Supuso que cumpliría con su deber.

OceanofPDF.com

VI

Alba. La Alba Longa de los antiguos, orgullo del Lacio, ciudad principal de la Liga Latina, cuyos reyes reivindicaban un linaje ininterrumpido desde Ascanio, hijo del troyano Eneas, hasta Rómulo, fundador de Roma. El lago, un profundo cráter volcánico de lados escarpados, es considerado el más bello de Italia. Sobre una alta cordillera iluminada por el sol, se alza un complejo de cinco millas cuadradas y media de elegantes edificios blancos que constituyen el centro de la enorme villa del Emperador, construida sobre la ciudadela de la antigua ciudad perdida. El lugar ha sido y será siempre un retiro vacacional para la gente bien. Sus partidarios dicen que tiene las mejores vistas del mundo.

Lo que sí tiene, en la canícula, son las mejores moscas domésticas. O al menos así lo creen las moscas albanas.

* * *

En lo alto, sobre un pliegue de las colgaduras del interior, inmóvil contra el tono intenso de púrpura tirrena, Mosca medita, pensando su próximo movimiento. Sus seis patas hacen ventosa sobre el paño suntuoso, por lo que ella cuelga cabeza abajo con comodidad. Cerca de allí hay una ornamentada bovedilla de yeso, cremosa y delicada, su superficie blanda siempre acogedora. El lustre liso de las columnas de mármol posee un atractivo menor, aunque su dibujo ofrece mayor camuflaje.

Centra su atención en el humano de abajo. Está sentado, casi tan inmóvil como ella. Es un hombre que ha obtenido lo que ansiaba y que

ahora tiene que pensar qué hacer con ello. Por definición, las personas a las que más quería impresionar han muerto antes que él.

Podría ser que estuviera dormido, pero le corresponde a la mosca asegurarse, y ella sabe que no lo está.

* * *

No ha podido adaptarse fácilmente a su codiciado papel. Es el hombre más importante en el mundo civilizado. Todos y cada uno de los soldados de veintinueve legiones en las provincias de primera línea, además de nueve cohortes de élite de guardias pretorianos, tres de las cohortes urbanas y siete de los vigiles, han jurado fidelidad a su nuevo emperador. Hijo de un padre divino, hermano de un hombre recién deificado, esposo de una mujer augusta, padre de un hijo augusto. En Italia, y en cada una de las provincias de toda Europa, Asia y África, no hay hombre, mujer o niño que no conozca su nombre. Lo pronuncian con la misma familiaridad que si fueran parientes; la mayoría lo honran; algunos ya lo veneraban como a un dios. Erigen estatuas de su esposa; aman a su hijo pequeño. No tardarán en ver su perfil cada vez que tengan una moneda en las manos. Sus estatuas dominarán mercados y basílicas en los confines del Imperio. Conductores de camellos y cortadores de turba, recolectores de dátiles y mineros de cinabrio, pescadores de ostras y comerciantes de marfil, todos serán conscientes de su existencia, del gobernante que sólo en teoría se preocupa por su bienestar; que los tiene contados; que les manda instrucciones benevolentes; que los reduce a la pobreza con requerimientos imposibles de impuestos.

Para Mosca no es más que una figura inmóvil. Va vestido con ropas repugnantemente limpias, vestiduras que se cambia varias veces al día para cumplir con las exigencias del protocolo. Al menos los aceites que aromatizan dichas prendas tienen cierta fascinación; incluso desde su posición elevada, Mosca detecta unos tentadores matices de órganos de pescado y de pétalos de flores podridos y largamente fermentados. Sus

dotes olfativas son perfectas. Mosca puede oler la muerte desde diez millas de distancia y estar allí poniendo huevos en el cadáver en cuestión de una hora. Aquí, lo más atractivo para ella son las bamboleantes fuentes de oro con fruta madura, donde las peras y las manzanas tienen un ligero y sensual aroma a descomposición. Se fija en la marcada pegajosidad que ha quedado sobre una mesa de pórfido de la que un joven esclavo pintado ha retirado una copa, dejando que se acumule una pelusa oscura allí donde las esponjas de los limpiadores han pasado continuamente por alto un cerco de vino derramado de hace tres semanas.

Mosca ve posibilidades de un lugar de aterrizaje en la cabeza un poco calva del hombre. Sin embargo, para una mosca doméstica, así como para cualquier otra, aquella habitación cavernosa es el colmo del lujo. Cierto, allí en lo alto de los festones de paño se extienden antiguas costuras de polvo, mientras que, mucho más abajo, las idas y venidas de un gran número de personas han traído cabellos caídos, caspa y desechos de la calle, en ocasiones incluso una mancha sublime de excrementos de perro o asno o un vómito de borracho. Pero hay demasiadas superficies duras y desnudas. Antes de amanecer, la corte se ha dejado preparada con ajetreo y sus valiosas superficies se han lustrado en beneficio de su ocupante. Algunos lugares hasta se han limpiado con esmero.

No todos. Los esclavos no tienen ningún incentivo para llegar a lo alto o pasar la esponja por las grietas.

El hombre solitario promete entretenimiento. Mosca despega con un ligero brinco e inicia un lento recorrido de prueba, al principio lanzándose suavemente en picado de un lado a otro de la habitación. Aterriza sobre el brazo de un candelabro ornamentado de un metro y medio de altura y mira en derredor. Aunque parece dormido, ella permanece atenta. Con unos ojos grandes que tienen muchas lentes y visión amplia, puede ver todo lo que hay en la habitación. Esto incluye los cuerpos quebrados de varios de sus parientes, postrados en la superficie de una mesa de mármol que hay enfrente del humano. Los cadáveres apuñalados yacen en torno a una pluma de escribir cara y con plumín afilado. Lo ve, pero aprende poco de ello. Los

familiares muertos no suscitan interés. El recelo es el lema de Mosca, pero las moscas no son sentimentales.

Un aparador lateral contiene chucherías interesantes. Hay jarros, coladores cónicos, pequeños cuencos con aperitivos, molinillos de especias y copas. Mosca remonta suavemente el vuelo en esa dirección, cruzando ilusionada por encima de los utensilios para el vino antes de posarse en el borde frío y curvo de un aguamanil de plata. Boca abajo de nuevo, da unos pasitos sigilosos y luego unos sorbos. Se dirige zumbando con alegría a otro recipiente y prueba el vino. Con cada visita deja tras de sí el rastro de todos los lugares asquerosos en los que ha estado ese día. Se acicala las patas delanteras con saliva mientras considera si poner huevos en los restos de comida.

La enfermedad ha matado al padre y al hermano del humano. La enfermedad no tardará en llevarse también a su hijo pequeño. Él perdió a su madre antes de que pudiera fijarla siquiera en su memoria y a su hermana poco después. Vive rodeado del máximo lujo; sin embargo, la enfermedad es una amenaza continua. Nadie le explicará nunca que Mosca y los millones como ella son el mayor enemigo que tiene. Nadie lo sabe.

Dos pérdidas importantes en menos de dos años lo han afectado más profundamente de lo que reconocerá nunca. Ha honrado a su padre y hermano: los proclamó dioses, proyectó monumentos en su nombre. Esto no compensa su pérdida. Vespasiano y Tito eran hombres de gran energía física y mental, personajes que llenaban una casa con su presencia. Por mucho que lo irritaran esos afectuosos pesos pesados, muertos los dos, su aislamiento le agobia de un modo opresivo. Las mujeres de su familia lo observan con excesiva frialdad; incluso su esposa es demasiado consciente de su posición como hija de Corbulón. La desconfianza y el desinterés agrian la atmósfera en torno a los triclinios en las cenas familiares; allí no hallará consuelo. A los hombres supervivientes de su familia, sus primos, había que considerarlos rivales; a todos. Huelga decir más. Se ocuparía de ellos si lo presionaban.

Permanece sentado, tal como lleva haciendo durante horas, indolente y sin moverse apenas, sumido en una depresión crónica. Tiene la mirada

ausente. No piensa, ni trabaja, ni siquiera disfruta de la soledad que ha exigido. Ha caído en la cuenta de una triste verdad. Es el Emperador. Está atrapado en su papel para siempre, no se ha liberado de imposiciones sino que está condenado a pasar todas y cada una de sus horas de acuerdo con las expectativas de los demás. Debe vivir como emperador hasta que muera, pero el gozo que se había esperado lo elude. El abatimiento lo carcome; esta desesperación no lo abandonará ya nunca.

Será un buen emperador. Trabajará con diligencia. Se interesará meticulosamente por todos los aspectos de la administración del Imperio. Honrará a los dioses. Reconstruirá, rellenará las arcas, abordará la degeneración moral, sofocará la revuelta, iniciará festivales, animará los logros artísticos y atléticos, dejará una Roma floreciente y lista para una Edad de Oro. Su nombre resonará a través de la historia. Su fama será perpetua.

Saber todas estas cosas no es suficiente.

* * *

Se oyen voces al otro lado de las sólidas puertas dobles. Llegan débilmente a oídos de Mosca, que no reacciona. Pero el humano escucha con atención, consciente de que estarán hablando de él. No hay otro tema en la villa de Alba, sólo el Emperador.

Los hombres que están fuera, al igual que toda la corte, esperan para ver cómo se comportará; la mayoría de ellos ya están preocupados. Los precedentes son malos. Por regla general, los grandes emperadores llegaron al poder cuando eran maduros y experimentados. Tito, con tan sólo cuarenta años, no era un caso habitual. Él desafió a los escépticos y, en tan sólo dos años, se consolidó como un hombre muy admirado. ¿Quién podía decir si, con el tiempo, habría degenerado? Pero eso ya no importa. Su buena reputación perdurará.

Todo el mundo se está acordando de dos emperadores muy jóvenes: Cayo, al que se conocía por Calígula, y Nerón. Ambos nombres eran

sinónimos de extravagancia, crueldad y locura. Domiciano tiene treinta años. La gente lo llama el nuevo Nerón, fingiendo que el apelativo refleja sus intereses culturales, insinuando sin embargo los peores rasgos que llevaron al Senado a declarar a Nerón enemigo del Estado. También se creía que Nerón había envenenado a su hermano. ¿Seguirá Domiciano el camino de Cayo y de Nerón hacia la tiranía, o se comportará con más benevolencia?

¿Está ya formada su personalidad, predeterminado su destino? ¿Tendrá elección?

Posee todo lo que podría haber deseado. Puede hacer cualquier cosa.

Es humano. La megalomanía lo llama de manera seductora.

* * *

Una de las voces del exterior de la habitación es demasiado suave para poder distinguirla, pero el compañero del que habla es Vibio Crispo: insulso, seguro de sí mismo, egoísta, supuestamente ingenioso. Crispo orienta su barco hacia cualquier corriente. Primero floreció como informante para Nerón; su propio hermano fue acusado de concusión cuando era gobernador provincial pero Crispo se las arregló para reducir la sentencia. Sin perder el ritmo, cuando la mayoría de informantes neronianos se hundieron, Crispo volvió a configurarse para convertirse en íntimo asociado de Vespasiano y Tito. En estos momentos se las arregla para aguantar en la corte en tanto que Domiciano crea su propio círculo de consejeros: los amigos del César, a algunos de los cuales, en realidad, les gusta su César. Hombres que o bien disfrutan del riesgo o no pueden inventar una excusa para evitar que se fije en ellos.

Estas personas intentan cumplir con su deber, ejercer su función como consejeros; aun así, el nuevo emperador los contraría y causa preocupación. Da largos paseos en solitario; no hace confidencias; pasa horas apesadumbrado y solo en habitaciones cerradas sin hacer nada. Nadie

piensa que podría estar sufriendo mentalmente tras la pérdida de su padre y hermano. Ni siquiera él mismo lo reconoce como duelo.

La «villa» de Alba es un complejo enorme, habitado por un séquito que se cuenta por centenares. Él debería encabezarlos, dejarse ver, emocionarlos con su presencia y personalidad. La gente considera muy excéntrico que permanezca solo durante horas, matando moscas con su pluma. En la Roma remilgada y tradicional de clase alta, esto equivale a un incumplimiento del protocolo, uno que no olvidarán.

—¿Hay alguien con él?

La respuesta es sarcástica:

—¡No, ni una mosca!

«Te equivocas, Crispo».

Mosca está allí, a punto de divertirse. Inicia su plan para molestar al hombre de la mesa. Pasa volando a toda velocidad de un lado a otro de él, como si hiciera madejas invisibles por la habitación, zumbando fuerte. Lo bombardea en picado. Se mofa de él, se lanza junto a su oreja, tan cerca que el hombre percibe el temblor del aire que provocan sus alas. No da muestras de notarlo. Mira fijamente al frente, haciendo girar la pluma entre sus dedos despacio, al parecer ajeno a la mosca doméstica que intenta atormentarlo.

La muy ¡¡¡***!!!

* * *

Mosca no volverá a aparecer en esta historia.

OceanofPDF.com

Segunda parte

Roma: 82-84 d.C.
¿Crees que se está volviendo loco?

OceanofPDF.com

VII

Tiberio Decio Gracilis fue destinado a Roma para formar parte de la nueva unidad pretoriana de Domiciano. El emperador entrante sintió la necesidad de demostrar su importancia aumentando de nueve a diez el número de cohortes que lo protegían. Añadió casi mil guardias adicionales a la dotación completa, incluidos diez centuriones. Gracilis llevaba varios años siendo centurión y ascendió a primipilo, «primer lancero», o centurión jefe en una legión. Era un cargo venerado, dedicado a asegurar continuidad y disciplina. Estos oficiales hacían mucho más que alimentar la continuidad, por lo que el carácter de una legión debía mucho a los puntos fuertes y prejuicios de su primipilo. El ejercicio de un poder como aquél podía volver a un hombre seriamente corrupto, aunque para cuando uno llegaba a primer lancero en una legión romana ya había aprendido a salir impune de casi cualquier cosa. Por extraño que parezca, algunos de estos héroes eran gente honrada.

De más está decir que, si los centuriones eran considerados tradicionalmente unos cabrones, los centuriones jefe eran los más cabrones de todos, un papel del que disfrutaban mucho.

Era un puesto por un año. Después, el titular del mismo tenía derecho a retirarse y se licenciaba con un subsidio mejorado y un detalle impresionante para que el marmolista lo labrara en su lápida funeraria. No obstante, la mayoría querían seguir tanto tiempo como fuera posible con su vida militar, la cual ofrecía muchos placeres sencillos y prestigio. Se presentaban para el puesto de centurión jefe de más legiones, llevando consigo unas reputaciones cada vez más pintorescas y las elaboradas

carteras de inversiones que habían reunido gracias a las recompensas obtenidas como los mayores cabronazos del ejército.

Gracilis llegó al campamento pretoriano con sus condecoraciones metidas en un estuche que había diseñado él mismo; los primeros lanceros adoraban el equipo lujoso. Un equipaje especial mejoraba su posición, si es que necesitaban mejorarla. Su caja tenía unas primorosas bandejas extraíbles forradas de tela para sus nueve *phalerae*, las pesadas insignias redondas para el peto que los soldados a los que les importaban este tipo de cosas coleccionaban con celo, y encajes de madera de cedro para sostener sus otros premios: todas sus pequeñas lanzas, torques y brazaletes honorarios, junto con diplomas enumerando menciones. Al guardar la caja en las habitaciones de oficial que acababan de asignarle, Gracilis le dio un puntapié despreocupado para ponerla en su sitio, como si todas esas chucherías no significaran mucho para él. Acto seguido, sin embargo, dio instrucciones a su criado de que nadie debía tocar ese estuche o él personalmente le arrancaría las pelotas con la daga, asaría esas cosas apestosas a la parrilla con romero y se las comería.

El centurión se mordió la uña del pulgar. Su expresión era la de un supervisor al comprobar que ha quedado recto un ladrón recién crucificado.

—O puede que me decida por la mejorana…, si no resulta demasiado afeminado.

* * *

Nadie, es decir, nadie que quisiera mantener intacto el bazo, llamaría afeminado a Decio Gracilis.

Era robusto, de piernas y brazos cortos, la imagen del hombre astuto y competente que era. Con cuarenta y cinco años cumplidos pesaba noventa y cinco kilos desnudo y descalzo, con un cuerpo que todavía estaba orgulloso de poseer. Era de ascendencia hispánica, aunque había nacido en el norte de Italia. Su rostro intensamente bronceado tenía unos ojos separados que le daban un aspecto sobresaltado y juvenil, y unas cejas que, a pesar de su

cabello gris cada vez más escaso, aún mantenían su color castaño. El último año del reinado de Vespasiano lo habían ascendido de la XX Valeria Victrix en Britania (una de las legiones absolutamente gloriosas que derrotaron a la reina Boadicea) a primer lancero de la IX Hispania (gloriosa por la misma razón heroica), la cual había resultado ser la legión de su abuelo, puesto que antes servía en su provincia natal. Gracilis cambió de tercio bajo el emperador Tito y cruzó Europa hasta Moesia, donde sirvió en la I Itálica en Novae, mirando hacia el otro lado del Danubio por si los bárbaros hacían alguna estupidez; luego se remontó más por el río para ir con la V Macedónica en Oescus; se esperaba que cambiara y se dirigiera aún más al interior con la VII Claudia en Viminacio, pero él había oído un rumor sobre una nueva cohorte en la Guardia y se presentó al reto de obtener un traslado. Consiguió lo que deseaba; ahora estaba allí. Nunca había estado en Roma y sin embargo recorría las calles con el aire de quien creía que Roma debería alegrarse de contar con su presencia.

La nueva formación de la cohorte le permitía saltarse los vigiles y las cohortes Urbanas para entrar directamente en la cima. Al igual que otros, se había ofrecido para aceptar un descenso de categoría a centurión ordinario para asegurarse el puesto en la Guardia Pretoriana. Aunque él hubiera negado ser arrogante, Gracilis estaba convencido de que no tardaría en volver a ascender a su legítimo rango como primipilo. Todos los centuriones de la Guardia pensaban igual de sí mismos, aunque podría ser que él lo lograra de verdad.

Una vez asignado a una cohorte, una de sus tareas fundamentales era nombrar a su ayudante, su *beneficarius*. Siempre existían presiones para considerar a los que habían sido seleccionados para un ascenso a centurión pero que estaban esperando una vacante. Gracilis no tenía ninguna queja en particular contra tales aspirantes, puesto que él también lo había sido, pero era una persona que se tomaba su tiempo. Echó un vistazo a su alrededor. Elegir a su beneficiario era una cuestión muy personal; los dos hombres tenían que llevarse bien por definición. Era también uno de los favores que podían otorgar los centuriones, parte de su muy envidiado poder.

Cuando se fijó en un soldado al que ya conocía, la decisión se tomó sola. Gracilis recordaba a Cayo Vinio. Le había gustado el talento y la actitud de este legionario cuando estuvo en la Vigésima. El centurión creía que nunca tenía favoritos, pero había conocido al padre de aquel joven, Marco Rubela, años antes en el ejército, por lo que lógicamente se interesó por el hijo de su compañero. Había educado al recluta y en un par de años lo había visto pasar de muchacho despreocupado a soldado sumamente profesional. Tras resultar herido, cuando Vinio yació toda la noche inconsciente en la enfermería, Gracilis había velado por él de un modo obsesivo, alternando su furia contra los ordovices con los improperios que dirigía al cirujano a voz en grito. Sabía que si Vinio moría tendría que escribir a su viejo amigo para explicárselo. Puesto que ambos pensaban que salvar la vida de los tribunos idiotas era un insulto a los dioses, no habría sido una tarea fácil.

Cuando Vinio volvió en sí, fue Gracilis quien le dijo, con toda la consideración de la que fue capaz, que había perdido el ojo derecho y su atractivo.

* * *

Volvieron a verse en Roma, en el campamento pretoriano, una plaza de armas enorme que se extendía entre los barracones y las murallas de la ciudad. Gracilis estaba allí poniendo en forma a su cohorte con lo que él creía disciplina condescendiente y los soldados consideraban un castigo antinatural. Eran todos hombres fuertes, pero Gracilis los tenía gimoteando. Había habido murmullos rebeldes comparando su trato con el del insoportable general de Nerón, Corbulón, quien llevó a unas tropas que necesitaban endurecerse a un campo de entrenamiento helado en la remota Armenia, donde varios soldados murieron a causa del frío y el trato severo…

Vinio y unos cuantos compañeros habían estado observando. Se hallaban de pie al borde de la plaza de armas, dejando ver a aquel grupo de

chicos nuevos forzados al límite, por medio de comentarios «útiles», que su actuación no les impresionaba. Vinio ya había logrado que lo aceptaran, de modo que podía disfrutar brindando aquella bienvenida a los recién llegados. Las cicatrices se habían desvanecido pero su rostro maltrecho, antes tan bien parecido, resultaba reconocible al instante; él también se acordó enseguida de su antiguo centurión. Cuando Gracilis concluyó el ejercicio, llamó a Vinio.

En público era necesario guardar las formas, pero una vez fuera de servicio se retiraron a la intimidad de uno de los muchos figones cercanos al campamento. Se trataba de lugares serios donde el billete de entrada era la capacidad para aguantar la bebida fuerte; no obstante, los dueños sabían que debían mantener el orden o les cerrarían el local. El objetivo de congregar a todos los pretorianos en un mismo lugar, ya bajo el reinado del emperador Tiberio, había sido el de imponer más disciplina que cuando al principio estaban alojados por toda la ciudad y causaban estragos. Ahora a los guardias se les disuadía de mezclarse con los civiles. Ellos tenían sus propios lugares de reunión. Si algunos civiles entraban por casualidad, se les servía y nadie les molestaba, pero el ambiente enseguida los convencía de que lo más sensato era terminarse la bebida y marcharse.

Gracilis y Vinio se acomodaron. Gracilis trajo la primera ronda, alegando antigüedad. Se pusieron al día de las novedades. Para el centurión esto consistía simplemente en enumerar sus nombramientos. Vinio tenía más que contar, explicó su repentino traslado a la Guardia y aseguró que se arrepentía de haber dejado los vigiles.

—Echo mucho de menos ser investigador. Ahora no soy más que una cara en las filas.

—¿Los investigadores trabajan sin mucha supervisión? —Era una cuestión importante. El ayudante de un centurión tendría que conocer sus pensamientos antes de que los tuviera y actuar por iniciativa propia.

—Con absoluta independencia. Me encantaba —respondió Vinio con tristeza.

—¿Eras bueno?

—Me las arreglaba bien.

—¿En qué consistía tu tarea?

—En tener controlados a los indeseables: prostitutas, fanáticos religiosos, filósofos, astrólogos. Investigaba hurtos en los baños. Delitos en el Foro, altercados domésticos, peleas a cuchillo en bares, perros rabiosos, emboscadas callejeras nocturnas… Si tenía un buen día —rememoró—, recibía la visita de alguna joven encantadora para denunciar un robo en su casa.

—No lo recuerdo…, ¿estás soltero? —Gracilis se fijó en que Vinio llevaba un anillo de oro, pero podría señalar el rango ecuestre que había adquirido de su padre.

El semblante marcado del soldado se ensombreció de manera evidente. Vinio se estaba despachando un cuenco de olivas, sin voracidad pero echándoselas en la boca con un movimiento incesante que disimulaba su emoción.

—Mi esposa murió…, la epidemia de la ciudad. Nuestro bebé también.

Gracilis no pudo interpretar adecuadamente la expresión de Vinio. Arruncia y su hijita habían muerto hacía muy poco. Vinio aún estaba padeciendo la culpa que le atribuía su familia. Una de sus tías, hablando en nombre de todas ellas, lo había acusado directamente de no hacer una visita a casa cuando las personas a su cargo estaban enfermas. El último contacto que había tenido con Arruncia había sido una típica pelea violenta. No volvió a aparecer hasta el funeral.

La pérdida de su familia lo había sumido en la culpa y la desesperación. Sin embargo, había otras mujeres que, de un modo inquietante, estaban ansiosas por consolarlo. La que más era una joven matrona lista y descarada llamada Polia que, supuestamente, era la mejor amiga de su mujer. Había abandonado a su esposo, por lo que era libre de adular al viudo; explicó que la mejor manera de que Vinio recuperara el equilibrio era volviendo a casarse de inmediato. Él se dejó engañar. Sus tías se indignaron, aunque Polia, que era una manipuladora sutil, le hizo sentir que era lo que esperaba todo el mundo.

—¡Le doy dos meses! —exclamó la madre de la chica.

Vivían con la madre de Polia. Cayo se dio cuenta, demasiado tarde, de que era un error. La culpabilidad por su esposa muerta se estaba manifestando en forma de lujuria (la cual tuvo que ser moderada debido a la modestísima insonorización del apartamento de la madre). El sexo lo atraía, pero el sexo con Polia no parecía ser una base completa para treinta años de discusiones moderadas sobre si le gustaban o no las zanahorias o cuántos parientes invitar para las Saturnales: lo que podía esperar de la vida familiar tal y como sus tías se lo habían inculcado. Polia y él no eran precisamente almas gemelas. Se alegró de poder huir al campamento.

Polia tenía un hijo, que no había sido mencionado con anterioridad. Afortunadamente, Vinio le tomó cariño al pequeño.

Se había decidido a ser mejor padre esta vez.

—¡No apuestes por ello! —exclamaron sus tías con desdén.

* * *

Le resumió la situación a Gracilis; admitió incluso que lo habían empujado a ello:

—Descubrí que el salario y las cuantiosas bonificaciones de un pretoriano hacen que seamos un buen partido.

Decio Gracilis no se había casado nunca. No había ninguna joven idealizada que hubiera dejado atrás en su ciudad natal y a la que llorara cuando estaba borracho; ningún bebé maloliente al que hubiera visitado en una choza nativa de Britania o Moesia, prometiendo formalizar el arreglo cuando se convirtiera en veterano; ninguna aventura escandalosa con la esposa de un comandante. Era posible que su interés por Vinio tuviera un elemento homosexual reprimido, aunque, de ser así, ni el propio centurión lo reconocía; y Vinio, cuyos atributos estaban claros, nunca se había sentido amenazado.

—¿Este matrimonio implica que no dejes de intentar conseguir permiso para ir a casa?

Vinio sonrió ampliamente.

—No, señor; me las arreglo para evitar que me domestiquen.

—Excelente.

El centurión apartó de su mente a la esposa y no le dedicó ni un solo pensamiento más en todo el resto del tiempo que sirvieron juntos. Aún tenía que surgir la manera en que Vinio burlara a Polia.

* * *

El plato de olivas estaba vacío y Vinio lo empujó sobre la mesa para apartarlo; realizaron una breve mímica preguntándose si pedir otro, pero decidieron quedarse como estaban. Gracilis cogió un poco de marisco del platillo que aún no se habían terminado. Vinio le hizo una seña a un camarero para que les llevara otra ronda de bebidas, le tocaba a él. Vaciaban las jarras a un ritmo continuado, nada excesivo pero sin contenerse. Ello indicaba su absoluta relajación estando fuera de servicio y a Vinio le permitía olvidarse de su vida privada.

Parecía sentirse mejor tras haber charlado. Gracilis supuso que lo único que Vinio necesitaba eran unas cuantas copas.

—Pues bien, dime… —Con esto venía la pregunta inevitable de Gracilis. Un nuevo pretoriano quería evaluar a su emperador—. Lleva ya un año en el cargo. ¿Cómo es?

Vinio miró en derredor antes de responder. Ocupaban sendos bancos en un pequeño patio interior, bajo una pérgola emparrada. Los gorriones iban a lo suyo dando saltitos en busca de migas. Los demás clientes se hallaban enfrascados en sus propias conversaciones y no había nadie sentado demasiado cerca. Pero Gracilis advirtió la mirada y le pareció bien.

Vinio se tomó su tiempo para contestar:

—Bueno… No es Tito.

Gracilis ladeó la cabeza y dijo, como si nada:

—¿Un auténtico cabrón? Bueno, nos gustan los desafíos.

—Creo que llegará a serlo.

—¿Has estado cerca?

—Forma parte del trabajo, señor.

—Así pues, ¿tu patrocinador mágico es él? —Esta complicación tenía que incluirse como factor a tener en cuenta antes de que Gracilis invitara definitivamente a Vinio a trabajar con él.

—¡Joder, espero que no! Sé cuándo pudo ser que llamara su atención, pero nunca se dijo nada definitivo al respecto. Me gusta mantener la cabeza por debajo del parapeto.

«¡Buen chico!».

—Entonces, ¿habla con sus guardias?

—No.

—¿Habla contigo?

—No —Vinio prefirió no mencionar el extraño momento que compartieron en el Capitolio tras el incendio.

—¡Gracias, Marte!… Podría haberme quedado preocupado por ti, muchacho.

—¡Yo también me inquietaría! Pero no habla con nadie. Precisamente el problema es que siempre va solo… Hay quien dice que demasiado. Se encierra lejos de todo. Se va a dar largos paseos, a solas. Nadie sabe qué pensar de él, y para mí que lo hace a propósito; le gusta crear inquietud.

—¿Resulta difícil protegerle?

—No —Vinio consideró la pregunta más detenidamente, pero se ciñó a su juicio inicial—. No, acepta la protección.

—¿Le preocupa su seguridad?

—Mucho.

—¡Bueno, eso ayuda! —Gracilis tomó un buen trago de vino. Estaba pensando. En opinión de los demás rangos, los centuriones jefe no se molestaban en pensar. Él, al igual que la mayoría de centuriones, se veía distinto, más astuto, más apasionado, absolutamente encomiable.

Le pareció que Vinio se había dado cuenta de que estaba siendo evaluado. Vinio había cambiado desde Britania. Se había vuelto fatalista. Denotaba cierta dureza. Eso no podía ser malo. El mundo era duro.

El mesonero apareció con más vino. Gracilis observó cómo Vinio lo servía, apoyando el cuello del recipiente en el borde de la jarra en lugar de

sostenerlo por encima tal como la mayoría consideraban que denotaba una buena educación. Al percibir su mirada, Vinio explicó que después de perder el ojo ya no podía enfocar bien la longitud. Por lo general se las apañaba. Su campo de visión con un solo ojo era casi tan amplio como lo sería con dos; sólo tenía que volver la cabeza para ver los objetos más alejados a mano derecha. Con toda libertad le contó a Gracilis que, sin embargo, tenía tendencia a volcar el licor por toda la mesa, aun estando sobrio, y que odiaba bajar escalones.

—¿Esto te afecta en el manejo de las armas?

—No, señor. —De lo contrario, la Guardia lo hubiera rechazado; y con razón—. Bueno, para ser sincero, soy malísimo con la jabalina y no sabría montar una catapulta, pero al menos sé cuáles son mis puntos débiles. Con el cuerpo a cuerpo no hay problema. Cumplo mi función.

Una vez aclarado ese punto, Gracilis continuó insistiendo en el tema de Domiciano.

—Dime, ¿qué ha hecho hasta ahora el chico nuevo? ¿Cuál es su estilo?

—¿Aparte de formar una cohorte de Guardias adicional? Armó un alboroto al decidir que requería veinticuatro lictores. —Los lictores eran los acompañantes que caminaban por delante de un gran hombre para hacer saber a todo el mundo de su presencia. Portaban un haz de varas, para simbolizar el derecho que tenía un funcionario a imponer castigos, en ocasiones con hachas que indicaban su poder para ejecutar. Abrían paso por entre las multitudes, aunque no se les permitía molestar a las matronas romanas, cosa que esas esforzadas mujeres siempre consideraron una compensación justa por su obligación de ser nobles, virtuosas, fértiles y decorosas.

Lo normal eran doce lictores por cónsul, seis para un magistrado menor y uno para una Virgen Vestal. Habían sido doce para un emperador, de acuerdo con el mito original de que un emperador no era más que un ciudadano destacado, aunque para toda la vida. El hecho de exigir veinticuatro causó sorpresa.

—Pues que los tenga. ¿Quién querría proteger a un don nadie? —Gracilis se encogió de hombros, indiferente—. Ahora ya sabe cuál es su

lugar en el mundo, por supuesto: ¡He oído que se ha lanzado con ganas a utilizar su poder sobre la vida y la muerte!

Vinio hizo una pausa, con cautela.

—Sí, hizo una selección. Los hombres que habían estado demasiado íntimamente relacionados con Vespasiano o Tito fueron eliminados con rapidez.

—¿Exilio?

—No; un atajo hacia el Hades.

—Bueno, eso evita las conspiraciones.

—Y manda advertencias. Los Flavios no son blandos. Vespasiano solía alardear de que tras convertirse en emperador no había llevado a nadie a la muerte, pero era un tecnicismo; en realidad, utilizaba a Tito para hacer el trabajo sucio.

—Deduzco que Tito nunca fue el tierno corderito que ahora la gente quiere creer, ¿verdad? —dijo Gracilis.

—En esa época no. Una de sus últimas acciones antes de que su padre muriera fue invitar a cenar a Cecina, luego hacerle una seña a un guardia y hacer que lo matara cuando se disponía a marcharse.

—¿Cecina?

—Se decía que Cecina y un colega llamado Marcelo estaban conspirando para matar a Vespasiano… Aunque tenía setenta años, de manera que ¿para qué molestarse? Lo más probable era que representaran una amenaza futura para Tito. Marcelo iba a ser juzgado, pero se rindió y se cortó el cuello. —Gracilis hizo una mueca al oír el método—. Se «descubrió» un discurso autografiado que Cecina «planeaba dirigir a la Guardia», para justificar la ejecución, si quieres creerlo.

—¿Y tú te lo crees, Vinio?

—No. ¿Quién firma el borrador de unas notas…, sobre todo cuando hablan de traición? Además, por lo que él mismo decía, Tito era un falsificador ingenioso… Saca tus propias conclusiones. Al menos Cecina se fue con el estómago lleno —comentó Vinio con sequedad—. Tito ofrecía unos banquetes magníficos, a decir de todos.

Gracilis eructó recatadamente.

* * *

El centurión continuó con sus preguntas. A Vinio le gustaba su actitud: interés profesional como miembro de la Guardia, sin buscar lascivamente algún escándalo ni elaborar ciencia política. Con un soldado en el que confiaba, Gracilis se estaba haciendo a la idea, con diligencia, del hombre al que tenían que proteger. Quería comprender al Emperador, y la situación en la que estaba envuelto.

Vinio comentó:

—Hablando de ejecuciones, el primero de su lista de objetivos era Flavio Sabino.

—¿Su primo?

—El más importante. Superaba en rango a Domiciano en la mesa familiar.

—Una situación delicada, ¿no?

—Para Sabino sí —contestó Vinio con un resoplido.

Como hijo mayor del hermano mayor de Vespasiano, este tal Sabino había sido el miembro de más categoría del clan Flavio. En un principio su posición parecía estar asegurada. Fue nombrado cónsul el primer año del reinado de Domiciano, continuando con la tradición Flavia de rodearse de parientes. Pero Sabino ya había ofendido a Domiciano al hacer que los viejos criados de su casa vistieran de blanco, que era la librea imperial. Domiciano había dado a entender en tono amenazante que el mundo no era lo bastante grande para los dos.

—De modo que, cuando finalizó su consulado, Sabino fue ejecutado.

—¿El presunto heredero? ¿Así, sin más?

Vinio masculló:

—El hecho de que en los Juegos un heraldo anunciara sin querer a Sabino no como «cónsul» sino como «emperador» no lo ayudó precisamente a parecer inofensivo.

—¿En presencia de Domiciano? —preguntó Gracilis haciendo una mueca.

—Seamos realistas. Es bastante probable que el heraldo obtuviera una recompensa por darle un motivo para cargarse al primo.

Gracilis frunció los labios.

—¿Los médicos reparten píldoras para la diarrea en palacio?

—¿Si los demás están cagados de miedo? Ya lo creo —repuso Vinio con una sonrisa, y siguió diciendo en tono neutro—: No he oído decir esto a nadie más, pero creo que el hecho de que el Emperador acabara de perder a su hijo pequeño fue significativo. Quizá su primo supuso demasiado en público tras la muerte del niño. El otro problema era, y podría decirse que aún lo es, que Sabino estaba casado con la hija de Tito, Julia.

—¿Ella es una amenaza?

—De momento no hay indicios de que lo sea, pero teóricamente podría convertirse en un testaferro para los partidarios de Tito.

—¿Aunque sea leal? —Con aire de gravedad, Gracilis añadió a Julia a su lista de preocupaciones como pretoriano.

—Julia debe de ser diez años más joven que el Emperador —explicó Vinio—, pero creo que crecieron juntos. Vespasiano la había ofrecido en matrimonio a Domiciano por motivos dinásticos, pero Julia era una cría y él estaba enamorado de Domicia Longina. El posterior matrimonio de Julia con Sabino fue igualmente político. —Vinio sonó cínico, si bien no era evidente si desaprobaba que a las mujeres nobles las metieran en la cama de sus primos o si despreciaba el matrimonio en general.

—¿Tenían hijos?

—Por suerte para los hijos, no. «Oh, querido sobrino, dulce e inocente sobrina, venid a sentaros en las rodillas de vuestro tío… Dejad que el mayor líder de Roma rodee vuestras pequeñas gargantas rivales con sus manos amigas…».

Gracilis le dirigió una mirada de reprobación a Vinio, pero continuó.

—¿Cómo se comporta con el Senado?

—Les hace el menor caso posible.

—Vespasiano y Tito al menos lo defendían de boquilla.

—Domiciano ni se molesta.

—¿Consejeros? ¿Algún poder detrás del trono que debamos vigilar?

Vinio tomó un trago largo de vino como signo de puntuación. El tono de su voz era seco:

—Hay un consejo *ad hoc* de *amici*, amigos del César.

Gracilis captó su escepticismo.

—¿Y eso cómo funciona?

—Veinte consejeros, más o menos. Los convoca periódicamente para que lo vean anunciar decisiones. Están todos muertos de miedo. Tiemblan y farfullan con admiración. Para que luego hablen del venerado sistema romano… —dijo Vinio—. Digo yo que el círculo íntimo de alguien está ahí precisamente para decirle lo que nadie más se atreve a decir, ¿no?

Gracilis torció el gesto.

—Entonces, ¿quién es su confidente? ¿La emperatriz? —Una emperatriz poderosa podía ser una pesadilla para la Guardia Imperial.

El papel de Domicia parecía ser meramente ceremonial y su influencia no era motivo de preocupación. Vinio descartó la sugerencia.

Pasaron a discutir la manera en que Domiciano trataba con la burocracia imperial, esos libertos influyentes que dirigían el palacio y con quienes la Guardia tenía que trabajar en colaboración.

—Se quedó con los allegados más leales de su padre, pero los miembros del personal de palacio, que podría decirse que son en quienes en realidad recae el poder administrativo, fueron eliminados, lo cual es comprensible. —Vinio puso ejemplos—: Empezó con Clásico, que había sido muy cercano a Tito. Clásico estaba a cargo de las finanzas personales de Tito y además, como chambelán, pasaba mucho tiempo en presencia del Emperador y controlaba el acceso a su persona. Lo echaron enseguida. También jubilaron a Tiberio Julio, que se ocupaba de los fondos públicos (hubo rumores de malversación, posiblemente inventados para deshacerse de él), así como a todos los que parecían demasiado importantes en la administración anterior, o aquellos cuyo rostro no gustaba.

—Deshacerse del personal en funciones es una buena norma —comentó Gracilis con aprobación—. Reorganizarlo. Poner a los tuyos. Hace que

estén agradecidos.

—«Por eso te estoy considerando a ti, Cayo Vinio…».

—Hay que decir en su favor que es cuidadoso con los nombramientos. Investiga a todo el mundo, ya sea para ascenderlo o degradarlo. Si los escribientes no están a la altura que él requiere, los inútiles no duran. Y estamos hablando de numeroso personal, Gracilis. Hay montones de empleados en las secretarías. —Ambos hicieron una mueca—. Además, está metido en todo. Los burócratas detestan que se inmiscuya, aunque es un dilema porque para ellos podría ser un buen momento si quieren vincularse con un gran programa de trabajo. Tito dejó el Tesoro lleno y, si Domiciano ha heredado el don de su padre para hacer dinero, los fondos no serán un problema. Pero él exige detalles; no permite que los secretarios emprendan nada hasta que él no da su aprobación personal.

—Entonces, ¿cuál es tu valoración global?

Vinio ya había entrado del todo en calor y tenía preparadas respuestas:

—Quiere ser el nuevo Augusto. La gente lo llama el nuevo Nerón, pero ellos no ven más allá de su juventud y de su amor por las artes.

—¿Tenemos que asistir a muchos recitales?

—¡Me temo que sí! Pero también le encantan los gladiadores.

—¿Y a largo plazo? ¿Es ambicioso?

—Como el Hades.

—¡Me gusta! —Los emperadores ambiciosos eran una buena noticia para las tropas—. De modo que está sediento —murmuró Gracilis—. ¿Vamos a llegar muy lejos con él?

—Bueno, físicamente no impresiona… —Vinio, un hombre que estaba en forma y tenía una profesión física, fue sincero—. Mentalmente, yo diría que es poderoso. No hay duda de su inteligencia…, ni de su determinación. Tiene la voluntad, debería dejar huella. Está reconstruyendo la ciudad, renovando la moneda, restableciendo la moralidad anticuada…

—¡Por Júpiter! ¿Y eso qué significa?

—Como Pontífice Máximo, adecentó a las vírgenes vestales…

—¿Que las adecentó, dices? ¿A las mujeres más veneradas de Roma? ¿Qué hicieron? ¿Dejaron que la llama sagrada se apagara con demasiada

frecuencia?

—Fue todo muy lamentable —murmuró Vinio con un dejo irrespetuoso —. Las llevó a juicio por tener amantes. Varronila, las hermanas Ocelata…

—¡La mitad de la plantilla! ¿Las declararon culpables?

—Sus aventuras eran descaradas. Pero para demostrar su clemencia, nuestro líder no llegó al tradicional entierro en vida. Se les permitió elegir la forma de morir.

—¡Un detalle delicado!

—Ligero como una pluma. Aparte de eso, reformar la moralidad significa restaurar las leyes de Augusto sobre el matrimonio. Todo el mundo debería tener al menos tres hijos, a ser posible de padres que pudieran ser identificados; las viudas tienen que volver a casarse rapidito; y ha declarado ilegal el adulterio, el muy aguafiestas… —Vinio retomó la cautela y bajó la voz—: Sin duda, con la salvedad habitual de que todos tienen que renunciar a su diversión privada menos el Emperador.

—¿Y cuál es su diversión privada? —Los anteriores Césares habían tenido unos gustos asquerosos a la hora de darse un capricho. Gracilis adoptó el semblante preocupado de un hombre sin historial sexual propio, temiendo lo peor.

—Fundar nuevos festivales culturales —respondió el soldado, con gravedad—. Nuestro líder es un hombre casado y es bien sabido que está chiflado por su esposa, la hija de un general que puede que hasta le sea fiel… Bueno, si Domicia Longina tiene un mínimo de sentido común, se cuidará muy mucho de no serlo.

Justo cuando el centurión creía que el tema había quedado bien zanjado, Cayo Vinio lo retomó con malicia, diciendo que, a pesar de todo, las antesalas de Domiciano estaban atestadas de multitud de guapos chicos eunucos, juguetes imperiales ligeros de ropa que se hacían llamar coperos.

Decio Gracilis comprendió que le estaba tomando el pelo. Se tragó la mojigatería.

—Resulta práctico. Si esos nefandarios van medio desnudos no tenemos que registrarlos para ver si ocultan armas.

—No, podemos ver de inmediato si los jodidos llevan… Lo siento, señor, «jodidos» no fue una buena elección, dado el contexto.

Ambos carraspearon.

Llegado este punto, Decio Gracilis tuvo la impresión de que el diálogo había demostrado una adecuada coincidencia de pareceres. Sin más, le hizo la oferta de convertirse en su beneficiario.

Animado por la bebida, a Cayo Vinio aún seguía haciéndole gracia la imagen mental del recto centurión obligado a vencer su repugnancia innata y a cachear a eunucos orientales… Aceptó de inmediato.

OceanofPDF.com

VIII

La Ínsula de las Musas, en la calle del Ciruelo, se encontraba en el Distrito Sexto, la Alta Semita o Callejas Altas. Este camino insignificante y poco frecuentado transcurría por la ladera oeste de la Colina del Quirinal y descendía hasta el Vicus Longus. Al norte se hallaban los extensos Jardines de Salustio y al otro lado de la hondonada estaba el monte Viminal. En este distrito, que se había visto honrado por los Flavios cuando eran pobres, había otras casas importantes cuyos dueños eran senadores de los que nadie había oído hablar, familias que se aferraban con las puntas de sus dedos supuestamente nobles a posiciones inciertas y un prestigio oxidado. Cuando el Senado decayó bajo Domiciano, ellos empezaron a perder el control.

Rodeado por calles estrechas por todos lados, aquel pequeño complejo contenía una de dichas casas. Los propietarios eran los Crético, que aún vivían allí, aunque sus fortunas declinaban. La ausencia de herederos implicaba que no podían conseguir dinero a través de matrimonios hábiles, el anciano patriarca ya estaba delicado y, siguiendo un buen consejo, buscaban explotar su propiedad. Las habitaciones de la planta baja que daban a las calles ya estaban alquiladas como tiendas u oficinas. Inquilinos marchitos con profesiones despreciables ocupaban una sola habitación en los dos pisos superiores: contables honestos, ingenieros que no entendían la física, ensartadores de cuentas medio ciegos, un ladrón armado retirado con costumbres tranquilas… Hacía poco se habían empezado unas reformas en la primera planta con el objeto de partir los alojamientos familiares para hacer unos pisos muy monos, de los que podrían atraer a una buena clase de personas, siempre que garantizaran no ofender a los propietarios, puesto

que los Crético seguían ocupando sus habitaciones originales en torno al patio interior.

Todavía querían creer que la casa era suya, aunque en realidad tenían posesión de ella muchas otras personas. Una taberna donde hacían comidas para llevar se estableció en una esquina e inició su negocio poco a poco, pero acabó volviéndose popular entre los obreros que pasaban por allí y tenía períodos ruidosos. Una tienda especializada en estatuillas religiosas atraía a viejas viudas obsesionadas que lanzaban extraños improperios a los transeúntes inofensivos. El papelero servía a tipos raros en forma de aspirantes a escritores. Se consideraban los responsables de una avalancha de pintadas subversivas y no muy divertidas. Un perro callejero lo resolvió mordiendo al culpable.

En aquellos momentos había dos locales que daban a la calle del Ciruelo: una tienda de flecos y borlas (con problemas) y un puesto en el que un hombre un tanto peculiar vendía navajas multiusos a soldados y a adolescentes tímidos que iban a comprar un regalo de cumpleaños para sus padres (un sector floreciente). Entre ambos negocios, unos empinados escalones de piedra recién construidos desaparecían bajo un arco alto y conducían a un apartamento discreto. Éste estaba «extraordinariamente reformado, con frescos artísticos y accesorios de gama alta»; Meliso, gerente del negocio para los Crético, estaba intentando vender un contrato de arrendamiento a largo plazo a «clientes entendidos» (cualquiera que fuera tan bobo como para creerse su palabrería). Una liberta imperial que llevaba un velo discreto parecía una buena perspectiva hasta que la mujer explicó:

—La gente que puede permitirse unos frescos exquisitos busca un lugar con más espacio que éste, en tanto que los que sólo quieren cuatro habitaciones no van a pagar lo que pides.

—¿Y qué me dices de la decoración?

—Preciosa.

—¿No te gusta?

—No me la puedo permitir.

—Tienes que decidirte enseguida —soltó Meliso, que era sordo a obscenidades como la de «no podérselo permitir»—. Hay otra persona interesada.

«Es un farol».

«Correcto».

«¿Te la inventaste…?».

«Tampoco se lo puede permitir».

* * *

Pasaron unas cuantas semanas. Nadie más se interesó. Esto fue sobre todo porque el vendedor de navajas, que se había enfadado con Meliso, estaba diciendo a los que preguntaban que el lugar se había retirado del mercado. Meliso no le había prestado atención, preocupado sólo en vivir la clásica vida de un representante del propietario: comiendo empanadas en su pequeña oficina, conversando con colegas en el foro Romano o acostándose con una de sus amantes. Ninguna de las dos era joven ya; él se aprovechaba de la animación antes de que ambas lo dejaran.

La situación se volvió apremiante. Los Crético estaban desesperados por recuperar lo que se habían gastado en la descabellada renovación. Sus contratistas querían cobrar. Meliso había prometido que encontraría ocupantes antes del primero de julio, el acostumbrado inicio de las rentas anuales en las propiedades caras. Los arrendatarios tenían que pagar por adelantado. Era un atractivo para los propietarios, si bien una carga para los inquilinos.

Meliso ideó una solución intermedia. Dijo a los dos posibles clientes que estaba dispuesto a dividir el apartamento. Estaba distribuido en dos habitaciones a ambos lados de un pasillo central. Podían ocupar la mitad cada uno. Podría instalarse un tabique fino como separador. Meliso suponía que esos tacaños no pondrían objeciones a compartir las instalaciones. Exageró en cambio sobre lo raro que era tener agua, una tubería ruidosa conectada al suministro por el que pagaban los Crético procedente del

acueducto más cercano: esto era oficial, de modo que no había peligro de que los multaran por acceder de manera ilegal. Meliso se extasió al referirse al grifo de un cuchitril que servía como cocina pequeña y en el que un ingenioso desagüe echaba el agua a un retrete diminuto, proporcionando intimidad personal así como inmediatez…

Según los parámetros de Roma, el apartamento era elegante, en efecto. Los Crético no tenían ni idea de cómo escatimar para su propio beneficio comercial.

* * *

La liberta se enteró de que su coinquilino sería un soldado en activo. Hizo un mohín.

—No hay de qué preocuparse —la tranquilizó Meliso—. El Emperador va a llevar las tropas al extranjero, Germania, Galia o algún otro lugar horrible… Por cierto, yo no te lo he contado. Es un secreto de Estado.

—Sí, lo sé. —Dio a entender con recato que tenía mejores contactos que él.

—¡Ah! El hermano de este hombre es uno de los constructores, Fortunato, puede que lo hayas visto trabajando por aquí… «Esos escalones durarán cien años… ¡Este pedazo de travertino es precioso!»… Él metió a su hermano en esto, como una oportunidad para invertir. El chico acaba de casarse. Quiere ahorrar un poco de capital, lo mantiene en secreto a su esposa. Está buscando un socio, si estás interesada.

—¿Y cómo va esto? Para ganar algo debe de tener intención de instalar a sus propios inquilinos, ¿no? —Estaba claro que, tal como hacía mucha gente en Roma, el soldado tenía pensado subarrendarlo para sacar un beneficio. Había edificios que tenían tantos niveles de arrendatarios que nadie podía saber quién tenía el contrato principal.

—Va a salir del país, de modo que todavía faltan meses para eso… —El agente la estaba engañando; el soldado querría tener instalados a sus subarrendatarios antes de marcharse. Después no estaría, por lo que si no

resultaban satisfactorios, la liberta tendría que aguantarse con el problema —. Mira, tengo que moverme rápido, así que firmemos este contrato Meliso le guiñó un ojo. —Serás la primera en instalarte; puedes hacerlo tuyo.

—Supongo que al soldado le dijiste: «Es una mujer sola, puedes mangonearla»… ¿Tiene referencias ese matón?

—Es un guardia pretoriano, no tengas ningún escrúpulo. Ayudante de un centurión. Un tipo atractivo. De modales perfectos. Completamente responsable.

—Las mujeres debemos tener cuidado.

—No se te insinuará. Está recién casado, ya te lo he dicho. Además, para él esto es un negocio; no lo echará a perder. Tal vez lo conozcas. Se llama Vinio.

—Nunca he oído hablar de él —respondió ella, que no creía en las coincidencias.

Lo que Meliso le había contado a Cayo Vinio era que él, el siempre servicial Meliso, había convencido con gran dificultad a una liberta influyente para que cediera parte de su espacio dado que, por motivo de sus obligaciones atendiendo a las damas imperiales, rara vez estaría en Roma.

—¿Y sabes algo de esa tipeja? —refunfuñó Vinio cuando contactó con él, poco antes de que las tropas abandonaran Roma—. ¿Es buena en los negocios? Quiero solvencia.

—Hice averiguaciones, por supuesto —Meliso se había limitado a preguntarle a su esposa—. Sólo acepta clientela selecta. Las mujeres nobles acuden a ella en tropel para que las embellezca como princesas. No faltará al pago.

—No quiero contratiempos en mi casa. ¿Hay algún hombre a remolque?

«Debe de haberlo. Todas tienen alguno».

—No tiene ningún seguidor evidente. Y a propósito, he garantizado que tú no vas a ofenderla. Esta mujer parece muy respetable, muy trabajadora, honesta, no vayas a ponerlo todo en peligro por intentar meterle mano.

—Eso no me interesa —se mofó Cayo Vinio—. Ya tengo bastantes problemas. ¡Pero si voy por mi tercera esposa, carajo!

Polia lo había puesto de patitas en la calle después de tan sólo seis semanas. Dijo que encontraba insoportable a Vinio; alegó que era un tacaño con el dinero, que siempre estaba ausente, que era arisco, que no trataba bien a su madre y que se quedaba dormido mientras hacían el amor. (Él negó, pero podía explicar, este último punto). Regresó con el marido al que había abandonado previamente, un cerdo violento a decir de todos, lo cual fue un insulto. Se llevó a su hijo. Vinio lamentó perder el contacto con el niño.

Para ayudarle a olvidar, Félix y Fortunato le habían buscado novia rápidamente: Verania. Contrataron a un sacerdote para que consultara los augurios en la boda antes de que Vinio supiera nada al respecto y luego sus hermanos sí confesaron avergonzados que podrían haber investigado mejor a la novia. En menos de una semana Vinio descubrió que Verania había estado charlando interesadamente con su banquero y que le estaba robando. Estaba convencida de que él tenía dinero ahorrado (que lo tenía), por lo que iba a ser una esposa tenaz.

—Bueno, ¿y cómo se llama esta inversora con la que me he enredado?

—Flavia Lucila.

Tras pasar años en los vigiles escuchando increíbles historias sobre coincidencias, Vinio se mantuvo inexpresivo.

No era casualidad que hubieran coincidido allí. La ubicación de la casa de los Crético era conveniente para ambos. Lucila quería estar cerca de las residencias privadas de los navíos; Vinio buscaba una propiedad de camino al campamento pretoriano. Ella podía tener fácil acceso a sus damas; él podía controlar su inversión al pasar. Era un buen momento; ambos tenían ahorros. Desde que Domiciano había iniciado un enorme programa de construcción, toda Roma estaba llena de polvo y carros cargados con mármol. Los constructores florecían y el hermano de Vinio, Fortunato, acababa de establecerse por su cuenta y se dedicaba a renovar apartamentos. Como empresario que era, para promover su delicada operación no tardó en incitar a inversores dudosos para que se asociaran con él. Supuso que Vinio acabaría por comprar la parte de la liberta y doblar el beneficio arrendando también las habitaciones que ella ocupaba.

Lo que ella esperaba era ganar lo suficiente para adquirir su contrato de arrendamiento y deshacerse de él.

* * *

Lucila se instaló en las calendas de julio, el primer día del mes. El tabique de partición prometido aún tenía que aparecer y, dado que destruiría las proporciones del pasillo decorado con frescos, Lucila no se lo recordó al agente. Pudo ser la primera en elegir las habitaciones y se asignó las dos que daban al patio interior, dejando que fueran el pretoriano ausente o sus inquilinos los que sufrieran los ruidos de la calle. Aunque los postigos atenuaban un poco el alboroto, quienquiera que viviera allí tendría que soportar los carros de reparto nocturnos, los tediosos gritos de la calle y el bullicio de un pequeño mercado. Ella estaría resguardada y, lo que era más importante para su trabajo, una de sus habitaciones tenía acceso a un balcón con unas puertas que podrían abrirse para dejar entrar la luz a raudales.

Anteriormente el apartamento había sido un conjunto de dormitorios familiares con acceso desde el interior. Estaba separado del edificio principal y ahora se accedía a él por las puertas dobles que se abrían en el pequeño rellano privado de lo alto de su propia escalera nueva, que subía desde la calle. En el interior, las dimensiones seguían siendo imponentes. Tenía suelos de madera y techo en todas partes. El pasillo central estaba pintado en tonos suaves de verde y turquesa cuya monotonía rompían unos toques de blanco tiza. Las cuatro habitaciones principales estaban decoradas en un rojo oscuro con flores y zarcillos de colores realizados con mucho detalle a modo de frisos y cornisas. Al fondo había unas cortinas informales que ocultaban las instalaciones domésticas, una trascocina y un retrete; aunque eran modestas, el hecho de que las hubiera ya era una rareza.

El edificio en el que Lucila había vivido antes era una casa de huéspedes construida para tal fin con cuarenta inquilinos apretujados en numerosos pisos. La única habitación que ella ocupaba tenía mucha corriente de aire y se hallaba en un estado ruinoso, contenía tan sólo una

cama baja, un armario torcido y unos cuantos cacharros de segunda mano; allí sólo dormía y poco más. Ahora disponía de aquel apartamento nuevo, podía invitar a clientas privadas y pasar sus ratos libres. Algunas mujeres querían que fuera a verlas a casa, pero otras agradecían tener una oportunidad para salir; aquel entorno refinado, con la entrada discreta y la decoración elegante, era idóneo. Les ofrecía asiento en la habitación del balcón para peinarlas; podía lavarles el pelo y prepararles algo de beber mientras calentaba las tenacillas. Cuando sus clientas se habían marchado, podía relajarse en la sala de trabajo con sus cómodos sillones de mimbre. Ludia dormía en la otra habitación y guardaba allí sus cosas.

Había empezado a comprar muebles pero con cautela, pues la pobreza la aterrorizaba y apenas se atrevía a gastar dinero. Se lo gastaba más de buena gana en las herramientas para su trabajo: peines, tijeras, espejos, cosméticos, escabeles y mesas auxiliares.

Tal como Meliso había prometido al pretoriano, la joven era solvente. Había vendido casi todas las joyas de su madre; aún tenía un poco de dinero de la lotería de la arena; además, aparte de lo que ganaba con su hermana Lara, Lucila poseía una discreta fuente de ingresos de los encargos de postizos que recibía de su cliente anónimo de palacio. Había fijado un precio elevado por eso.

Para ella, la vida en el apartamento nuevo tenía todo los lujos que podía necesitar. Agradecía los períodos de soledad. Le encantaban la tranquilidad y la intimidad. Esperaba con todas sus fuerzas que el pretoriano continuara sin hacer caso del lugar. Durante casi un año se malacostumbró a disponer del lugar en exclusiva mientras el Emperador y sus soldados estaban fuera.

Domiciano había ido a la Galia con la excusa de supervisar un censo; después, se desvió repentinamente por Germania, donde construyó carreteras para llevar las tropas al otro lado del río Rin. Su viaje al norte se había planeado de antemano y su propósito era militar desde el principio. En Alba se celebraron consultas previas con el consejo del Emperador. Se había congregado a una enorme fuerza para la expedición, con destacamentos procedentes de las cuatro legiones de Britania, por ejemplo, aun cuando el gobernador de allí, Agrícola, estaba llevando a cabo una

expansión militar con escasez de tropas. Se creó una legión nueva, la I Flavia Minerva, denominada así por la deidad patrona de Domiciano. Éste quería alcanzar a toda costa la gloria militar que lo situara junto a su padre y hermano: Vespasiano, el conquistador de Britania, y Tito, el vencedor de Judea.

Penetró en el territorio de una tribu llamados los catos, en la ribera este del Rin, una zona sin conquistar; estableció una presencia y sometió a los catos, que tenían fama de belicosos. Aunque al regreso de Domiciano circuló la broma de que, más que conquistar a los catos había triunfado sobre ellos, el hecho es que los sorprendió y los acorraló en sus fortalezas. En aquellos momentos Roma dominaba la cuenca sur del Rin, con una nueva frontera situada a unas treinta millas más allá del río y el control sobre las rutas principales utilizadas por varias tribus para ir al norte y al sur. Domiciano había anexionado un recodo estratégico de Germania y se había situado en una buena posición para abordar el peligroso hueco entre el Rin y el Danubio, un cuello de botella para tribus agresivas que pretendían desplazarse al oeste.

Los comentaristas hostiles describirían esta campaña como un antojo por parte de Domiciano, pero era un movimiento continuo para fortalecer la frontera en Europa, un proceso iniciado por su respetado padre.

Domiciano llegó de vuelta a Roma el verano siguiente, haciéndose llamar Conquistador. El Senado se vio empujado a concederle un Triunfo formal.

Domiciano adoptó el nombre honorífico de «Germánico», como si hubiera conseguido una victoria crucial. Sus críticos le sacaron mucho partido a eso. El anterior Germánico había sido un soldado y comandante muy respetado, el hermano mayor del emperador Claudio, quien se introdujo en una región hostil para recuperar los cuerpos de tres legiones masacradas en un desastre, restableciendo así el espíritu nacional. Adentrarse en los territorios de los catos era algo modesto en comparación y los aguafiestas cuchicheaban que ni el padre ni el hermano de Domiciano habían reivindicado títulos equivalentes por sus genuinas hazañas

militares… Domiciano, sumamente sensible, tomó nota de quién cuchicheaba.

Las damas imperiales, que habían disfrutado de unas relajadas vacaciones durante varios meses, se arrojaron a un frenesí de tratamientos y aderezos. Lucila y Lara se las vieron y desearon para poder cumplir con lo que les pedían. El Triunfo solamente duró un día, pero fue un día muy largo que empezó al amanecer, continuó con una interminable procesión a paso de tortuga y terminó con un banquete público. Las damas tenían que estar expuestas durante casi todo el evento, preparadas para que las miraran aun cuando la atención de casi todo el mundo estaría fijada en las interminables marchas de grupos de oficiales orgullosos, sacerdotes de aspecto desastrado, irritables animales para los sacrificios, músicos exhaustos, soldados aburridos, las carrozas pintadas que crujían constantemente hasta detenerse, porteadores que se tambaleaban transportando un botín un tanto sospechoso y prisioneros tristes. Al final iba el brillante carro de guerra que llevaba al Emperador, vestido de blanco en el papel de Júpiter en tanto que un esclavo supuestamente le murmuraba, «Recuerda, sólo eres un mortal».

—¡Germánico es sordo a eso! —se mofó Lara.

Lucila casi no paró en casa mientras preparaban a sus clientas para recibir al general victorioso, pero sabía que en cuanto finalizara el Triunfo, podría ser que el pretoriano reclamara su mitad del apartamento. A pesar de ello, estaba tan acostumbrada a estar sola que una noche tuvo un gran sobresalto. Mientras se preparaba la cena oyó ruidos; había alguien en la casa.

—Lo siento —dijo el hombre del pasillo al verla alarmada—. Soy…

—Sé quién eres.

—Tu coinquilino. Me llamo Vinio, Cayo Vinio.

—¿Cayo Vinio qué más?

—Sólo utilizo dos nombres.

—«¡Qué presuntuosa!».

—Podías haber llamado —le dijo Lucila con una mirada fulminante.

—No soy un vendedor de esponjas a domicilio. —No ponía nada de su parte. Suavizó el tono—: Sí, sería bueno tener un modo de hacerte saber

que soy yo.

—¿Y si silbas una melodía?

—Tampoco soy el chico del pan —repuso con gesto desdeñoso—. Me limitaré a decir: «Soy yo, Vinio».

—Sí, eso debería servir —repuso Lucila con un resoplido sarcástico, y se dio la vuelta para marcharse. El hombre no había cambiado; su actitud le seguía resultando autoritaria.

Su rostro maltrecho era inolvidable. Su esposa actual, en un raro momento de discernimiento, había dicho que algunos verían a Cayo Vinio como medio desfigurado y otros como medio atractivo. Al encontrarse con él por segunda vez, Lucila aún no sabía a cuál de los dos veía ella.

Había olvidado que era un hombre de estatura superior a la media, sutilmente fuerte a pesar de ser de constitución mediana. Vestía una túnica gris sencilla con un cinturón gastado y unas botas; iba desarmado, lo cual resultaba tranquilizador. Lucila volvió a fijarse en que llevaba el pelo muy bien cortado y las manos perfectamente cuidadas. Le gustó lo acicalado que iba. Parecía escrupuloso, aunque no vanidoso. Se fijó de nuevo en su anillo de boda y, entonces, además, en un sello.

Si él la recordaba no dio muestras de ello.

* * *

Vinio echó un vistazo a su inversión. Había pasado un año desde la última vez que estuvo allí, en una ocasión en que las reformas todavía no se habían completado y había capas de polvo y andamios por todas partes. Ahora que el lugar estaba limpio y ocupado tenía un aspecto distinto, daba otra sensación e incluso olía diferente. Se sintió complacido por su adquisición. Fortunato le había dado un buen consejo.

Tras recorrer el pasillo mirando con interés, llegó a la puerta de la diminuta cocina. Como no había espacio para dos, se apoyó contra la cortina descorrida. Vio un cuenco de piedra debajo del grifo, una encimera que apenas tenía la anchura de una plancha de madera, unos estantes altos y

un cubo de basura ordinario. Observó complacido a Lucila, que cortaba queso de cabra y lo metía en un cuenco de lechuga. Ella se negó a sentirse intimidada y mencionó el tabique que se había sugerido.

—Sí, eso lograría arruinar el aspecto —volvió a mirar al pasillo—. Supongo que te preocupa que instale subarrendatarios, ¿verdad? —Estaba claro que Vinio se consideraba un tipo ingenioso—: Se lo he ofrecido a una familia numerosa sin sentido de la higiene y con cuatro mocosos chillones.

—Es un alivio —Lucila echó aceitunas en un cuenco. Tenía unas dudas enormes sobre el futuro de las otras habitaciones—. Temía que me endilgarías a alguna amante inaguantable. Relaciones sexuales ruidosas, una tipa rencorosa que deja los cuencos sucios en el fregadero hasta que yo me viera obligada a limpiarlo todo a su paso…

—¡Me gusta cómo suena eso! —Sonrió ampliamente. Parecía tener las mejillas más hundidas y el gesto más infeliz de lo que Lucila recordaba, quizá menos convencido de que su sonrisa impresionara a nadie. No debería haberse preocupado—. Francamente, no he decidido qué hacer. Me disculpo por tomarme mi tiempo. Prometo comentar contigo cualquier plan que tenga.

—Gracias —repuso Lucila con frialdad.

Más aliviada de lo que estaba dispuesta a admitir, esparció unos piñones sobre la comida; no le ofreció nada a Vinio. Como coinquilinos, estaban en igualdad de condiciones. Si tenía hambre, que fuera a buscarse una empanada caliente.

Él se puso a comprobar la plancha en miniatura haciendo mucho jaleo y dijo que era peligrosa y que hablaría con el representante del arrendador para que colocara una protección detrás del hornillo. La primera vez que colocó sus cuencos y cubiertos, Lucila había dejado un estante vacío para él; la joven observó que él se preguntaba qué hacer con él. Se dirigió a sus dos habitaciones tras deducir en cuáles se había alojado ella; comprobó las dimensiones con un metro plegable que le había prestado su hermano y luego dio la impresión de que se disponía a meter las narices en las habitaciones de Lucila.

La muchacha le bloqueó el paso. Vinio se detuvo, valoró nuevamente sus derechos y, a regañadientes, reconsideró la opinión que tenía sobre los de ella. Tuvieron una breve confrontación.

* * *

Vinio se aclaró la garganta. La miró a los ojos y por fin recordó aquel día en el cuartel.

—Veo que has crecido estupendamente, Flavia Lucila.

—¿Acaso nos conocemos, soldado? —Dado que su rostro era inolvidable, tal pregunta era poco menos que un insulto.

Él se limitó a sonreír, lo cual resultó extraño.

—Te defraudé, ya lo sé… Te tuve en mi conciencia pero me trasladaron justo después del incendio. Espero que alguien investigara tu pérdida.

—No hubo pérdida.

—Ah.

Permanecieron los dos en el pasillo, a un metro de distancia, uno a cada lado de lo que sería el tabique si el agente hubiera hecho construir uno.

—Tu madre tenía un amante entonces. ¿Qué le ocurrió?

—No tengo ni idea —Lucila regresó a la cocina porque no quería pensar en Orgilio, no quería que Cayo Vinio intuyera que aquel hombre la había seducido. Probablemente diría que se daba cuenta de que alguien lo había hecho. De todos modos, así veían las cosas los hombres.

Vinio estaba impresionado por la alteración de Flavia Lucila. Había cambiado mucho más que él. Ya no era una niña desatendida, era una joven pulcra, animada y elegantemente vestida, tal como era la costumbre en su oficio. Sandalias con tiras. Dobladillos muy elaborados en el vestido. Trenzas sujetas en un moño alto con lazos. En los momentos de tranquilidad, Lara y ella se arreglaban mutuamente el cabello, las cejas y se hacían la manicura y la pedicura. Lucila cambiaba de aspecto con frecuencia, lo suficiente para demostrar que tenía buen ojo para la moda sin parecer nunca una rival para las mujeres a las que atendía.

—¿Cómo está tu madre?

—Murió.

—Lamento oírlo.

—Al menos encontré a mi hermana. Ahora trabajamos juntas.

—¿Cómo se llama?

—Lara. ¿Por qué? —preguntó Lucila con aspereza; Vinio la estaba interrogando como si aún fuera un investigador.

—¡Tranquilízate! Si voy a andar por aquí, puede que me la encuentre —lo dijo para que Lucila se sintiera poco razonable, aunque Vinio advirtió que la chica se limitaba a fruncir el entrecejo. Sabía que en ocasiones podía dar una impresión despótica—. Así pues, ¿tu hermana no vive contigo?

—Está casada y tiene familia.

Su curiosidad resultaba molesta. Obligó a Lucila a desquitarse:

—¿No vas a dormir aquí con tu esposa, entonces?

A Vinio pareció sorprenderle semejante idea.

—Vivimos cerca del mercado de Livia, junto a la muralla Serviana… —apartó de su mente a Verania. Tenían un par de habitaciones en una casa de vecinos, adecuadas (en opinión de Vinio) pero más toscas que aquel otro lugar.

—Ah, sí, ya oí que tienes tus secretos. No tienes intención de que tu esposa sepa de la existencia de este lugar.

Vinio hizo una mueca.

—Mi maldito hermano habla demasiado.

—¡Ya lo creo! —se burló Lucila, para hacerle pensar.

—¿Y con qué otras tonterías ha entretenido Fortunato a todo el vecindario?

Lucila enarcó sus bien perfiladas cejas.

—No demasiado. ¿Qué es lo que te inquieta? Por aquí todo el mundo cree que eres un hombre misterioso.

—¡Eso está bien! —repuso Vinio con los dientes apretados—. ¡Es exactamente lo que me gusta! —y acto seguido añadió—: Dime, ¿quién es Junio? ¿Tu novio?

—Mi cuñado —contestó Lucila con un parpadeo.

—Vi su nombre en el contrato. Quiero saber cómo es —refunfuñó Vinio —. Y no me digas que no es asunto mío; lo es. No me gustan los desconocidos.

—Se supone que es mi tutor. Sólo apunté su nombre para que Meliso quedara satisfecho. —Una mujer romana no podía tomar parte en ningún negocio por su cuenta. En caso de que no tuviera padre ni esposo, para cualquier tema legal o económico estaba obligada a tener un «tutor» varón que actuara y firmara por ella—. Olvídate de él, Vinio. No sabe nada de esto.

—¿Y cómo firmó el contrato?

—Mi hermana escribió su nombre en él.

—¡Bien!

—Lo único que debe preocuparte, soldado, es si pago o no. Yo me siento igual con respecto a ti; el alquiler del segundo año vence ahora, por cierto.

Vinio se anticipó a ella; había pagado a Meliso aquel mismo día. Tenía que poner su bonificación del Triunfo fuera del alcance de su mujer. Para proteger el dinero de Verania estaba gastando más en bienes materiales y advirtió a Lucila que tenía intención de que le llevaran algunos muebles.

Dando muestras de competencia, Vinio examinó la cerradura de la puerta:

—Tenemos que cambiar esto. No quiero que entre el agente, ni mi hermano siquiera, ni nadie que pudiera haber conseguido unas llaves. Una para ti y otra para mí. Sin duplicados. ¿Estamos de acuerdo?

Lucila asintió con la cabeza y una expresión divertida. «¿Ninguna para la parienta?».

«¡No seas descarada!».

Vinio tuvo una idea.

—¿El agente no tiene responsabilidades? ¿Limpieza? ¿Mantenimiento?

—Ya di instrucciones al respecto —lo informó Lucila—. Los esclavos tienen que llamar y esperar a que los dejemos entrar. Deben mantener limpia la entrada para que se vea que el apartamento está habitado, pero

sólo pueden trabajar dentro cuando uno de nosotros esté aquí para supervisar.

—Ese tal Meliso quería hacerme pagar por un portero y un cocinero.

—Le dije que no. No se puso muy contento.

—Buena chica. Esos cabrones intentan cualquier cosa para subir el precio… Pues parece que ya no hay nada más que tener en cuenta —Vinio casi parecía decepcionado.

Antes de marcharse, Cayo Vinio le tendió una mano y cerraron formalmente su asociación con un apretón de manos que fue breve por parte de ambos.

Resultó extraño que, cuando Lucila estaba cenando aquella noche, el apartamento pareciera tan silencioso. La brusca conversación que habían mantenido la había afectado; percibía las palpitaciones de su corazón.

Cayo Vinio era un hombre; esperaba dominar. Ya aprendería.

* * *

Tras dejar la calle del Ciruelo, Vinio se reunió con su hermano en una taberna, tal como hacía de vez en cuando. Lógicamente, Flavia Lucila se convirtió en tema de conversación. Fortunato necesitaba tener la seguridad de que su hermano menor sería capaz de tolerarla; no había cosa más incómoda que un acuerdo económico que no lograba funcionar…

—Sólo la he visto cubierta con un velo, pero dicen que está buena.

—Pasable —Cayo se encogió de hombros.

Con suficiencia masculina, pensó que su valoración al verla por primera vez había sido correcta: Flavia Lucila se había convertido en una mujer muy atractiva. La chica escuálida había ganado peso y estaba más mullida, cumpliendo sus pronósticos hasta el punto de que Cayo Vinio se enorgulleció de su astucia.

Fortunato llevaba una vida intachable. Su esposa se aseguraba de que cenara en casa, todas las noches sin excepción. También era dada a aparecer dondequiera que él estuviera trabajando, para llevarle la comida o por algún

otro motivo doméstico, en momentos inesperados del día. Sus empleados bromeaban diciendo que Galacia iba a buscarlo para llevarlo a casa sano y salvo cuando terminaban de trabajar, aunque no era cierto; a menudo dejaba que Fortunato volviera solo a casa puesto que, al fin y al cabo, no era un colegial.

Estaba deseoso de que su hermano menor disfrutara de más emociones.

—¿Te la estás tirando?

—Todavía no —por lástima, Cayo consintió en la necesidad que tenía su hermano de que despertaran su interés. Mientras que a Fortunato se le caía la baba de envidia, Cayo añadió en broma—: Tendrá que esperar a que esté de buen humor.

«¡Por Júpiter! ¡Eres un tío con suerte, Cayo!».

Fortunato concluyó su charla del modo que más le gustaba. Era un maestro del pedo acertado.

* * *

Vinio se fue a su propia casa donde, a su debido tiempo, hizo el amor con su mujer. No tenía sentido que un hombre estuviera casado a menos que se valiera de sus derechos cuando, y de hecho siempre que, tuviera la oportunidad.

Suponiendo que el coito lo haría accesible, Verania le preguntó al terminar si era cierto que el Emperador había aumentado la paga de las fuerzas armadas. Vinio fingió que sólo era un rumor. Por suerte su paga, después de las deducciones, se ingresaba en el banco de ahorros de los soldados; se guardaba en cofres acorazados bajo el santuario del Campamento Pretoriano, totalmente fuera del alcance de las esposas, que, a fin de cuentas, se suponía que no debían existir.

Lo cierto era que Domiciano había concedido un aumento asombroso a las tropas; había incrementado su paga en un tercio de manera generalizada. ¿Quién sabe cuál sería el daño para las arcas públicas, pero… a quién le importaba? Hacía felices a los soldados y aseguraba la lealtad del ejército.

Ellos aprobaban más que eso. Aunque todos los comentaristas literarios que se habían quedado en Roma hurgándose la nariz satirizaban al nuevo Germánico por permitirse un Triunfo falso, los soldados evaluaban su expedición de otro modo. Ellos comprendían que invadir a los catos formaba parte de la cuidadosa estrategia para reforzar las fronteras contra una amenaza de invasión que era muy real. Y Domiciano tuvo entonces otro éxito. Llegaron noticias de que Agrícola, el gobernador de Britania, había ganado una importante batalla contra las tribus britanas del norte en algún lugar salvaje llamado el monte Graupius; con ello puso bajo control romano más territorio de la isla del que nunca habían tenido (y del que tendrían jamás).

Todo esto contribuyó al buen humor del ejército. Las legiones quizá nunca amaran a Domiciano como habían amado a Vespasiano y a Tito con su dominio de la logística, su brillantez en la guerra de asedio y su buena disposición para estar en lo más intenso del combate, luchando cuerpo a cuerpo. Pero Domiciano se había ganado a las tropas.

Falta iba a hacerle porque pronto quedaría claro que lo dominaba la obsesión de que tenía enemigos en todas partes.

OceanofPDF.com

IX

Paris. Paris, el actor y bailarín… Domiciano decidió que Paris se había convertido en el amante de Domicia Longina. A menudo el Emperador le daba vueltas a este asunto cuando estaba a solas, pero en cuanto empezó a aguijonear a su sospechosa esposa, todo el mundo quedó asombrado.

—¿Cuándo vas a confesar?

—¡Por favor! No vuelvas con eso otra vez.

—Es tu amante; admítelo.

—No me rebajaría de ese modo.

—Debes tomarme por un idiota.

—No, querido; estás enfermo, nada más…

* * *

Lucila y Lara presenciaron algunas de estas escaramuzas.

Tal como dijo Lara, debía de resultar difícil intentar lanzarse a una riña privada descomedida cuando estabas rodeado de tanta gente. La Emperatriz siempre tenía consigo a sus asistentas; el Emperador llevaba su guardia personal a la zaga. Muchos otros funcionarios rondaban por los salones de gala y pasillos adyacentes y había centenares en otros lugares de palacio. Su presencia resultaba físicamente opresiva e iba acompañada de un nivel de ruido permanente. Los esclavos no tenían ningún incentivo para trabajar en silencio.

La gente que esperaba audiencia cuchicheaba, tosía y se quejaba. Los libertos de las secretarías imperiales se llamaban unos a otros en voz alta al pasar por las intersecciones o mientras tenían la cabeza inclinada sobre los

rollos en las esquinas de los jardines del peristilo, alzando la voz por encima del murmullo de los jardineros y el ruido del agua de las fuentes.

Se encontraban en Roma. El Emperador tenía que estar presente; estaba pasando revista a su enorme reconstrucción de la ciudad. Sus arquitectos reparaban los daños causados por el incendio y las obras municipales tenían prioridad; también habría edificios nuevos: un foro remodelado que acogiera el exceso de público, nuevos templos para los deificados Vespasiano y Tito y para los dioses favoritos de Domiciano, instalaciones de entretenimiento adicionales. Hasta que completó los planes para monumentalizar el alojamiento imperial del Palatino, su familia permaneció en la Domus Aurea, la Casa Dorada de Nerón; los Flavios siempre habían asegurado que sólo serían inquilinos provisionales de aquella famosa extravagancia pero que de momento había otros proyectos de construcción que eran prioritarios; pasados más de diez años, aún seguían allí. Los pasillos decorados con esmero y las habitaciones intrincadamente unidas daban oportunidades de sobra para andar por ahí enfurecido.

Flavia Domitila, que volvía a estar embarazada y se movía pesadamente y con incomodidad, había prestado los servicios de Lara y Lucila a su prima la Emperatriz, para aliviar así los consabidos problemas maritales. No se había mencionado nada abiertamente (nunca se mencionaba nada) pero comprendieron que su tarea era apoyar a Domicia Longina en su intento de evitar el fracaso de su matrimonio. Era una mujer que parecía demasiado decidida como para dejarse vencer por una pelea. Tenía una formidable nariz aguileña de la que cualquier general estaría orgulloso, carrillos rollizos y una papada incipiente; sin embargo, era lo bastante consentida como para creer en su belleza y, por supuesto, aún era joven.

Dentro de las habitaciones en las que estaban arreglando a Domicia, los mullidores de cojines y los portadores de bandejas iban y venían como si sus tareas menores fueran todas importantes. El entorno era suntuoso y fatigoso para la vista, una confusión de tapizados atiborrados, colgaduras y a menudo estatuas llamativas. Una multitud de divanes ornados y mesas auxiliares llenaban la habitación cavernosa, entre imponentes candelabros de piedra cuyo humo de la noche anterior aún permanecía en la atmósfera.

El día empezó de manera rutinaria. Cuando Domiciano irrumpió, todo el mundo se quedó de piedra. Siempre había sido propenso a ruborizarse y tenía el color subido. Su esposa se puso tensa, aunque lo disimuló. Las dos hermanas vieron que se avecinaba una pelea conyugal. Algunos asistentes se dispersaron. Lara y Lucila siguieron el protocolo y se quedaron inmóviles de pronto con la vista gacha. Domiciano se iba paseando entre ellas y las puertas dobles que había abierto de golpe; ellas no podían retirarse con discreción.

Domicia tenía diez años de práctica con su esposo. El truco era dejar que fuera el centro de atención.

—Sé que tuviste una aventura.

—Te estás poniendo nervioso sin necesidad.

—Deja de mentirme…

Desde luego había habido un cambio en el famoso matrimonio. Domiciano había regresado de Europa atormentado por los celos. Parecían haber surgido de la nada, aunque Lucila sospechaba que Domicia Longina había contribuido a ello inconscientemente. Cuando se quedó en Roma había jugado mal su posición. En el anticlímax posterior a su campaña y triunfo, el nuevo Germánico estaba demasiado dispuesto a considerar con inquietud lo que podía haber ocurrido durante su ausencia. A Domiciano nunca le había gustado sentirse excluido, aun cuando prefería la soledad. Ahora tenía un juego nuevo: dar vueltas a los temores de que su esposa le hubiese sido infiel.

* * *

Si la «visita a la Galia» hubiera sido sólo ceremonial, Domicia Longina tal vez hubiera ido con él. Aunque Domiciano llevaba consigo cortesanos, ella no escoltaba a su esposo. Era la hija de Corbulón. Podría haber soportado pasar unas cuantas semanas picando exquisiteces poco corrientes entre hombres que llevaban bigote y pantalones. Pero los comandantes romanos no llevaban a las esposas de alta alcurnia a la batalla, que siempre

había sido el propósito real de la expedición. Así pues, ella se quedó en Roma.

Los problemas habían comenzado cuando murió el hijo de ambos. Habían perdido a su pequeño y no lo estaban llevando bien. Domicia lloraba su pérdida a la vez que se sentía molesta si la presionaban para que engendrara otro heredero cuanto antes. La procreación requería de relaciones conyugales. Había dudas sobre si se estaban produciendo. La pareja protegía su intimidad. La gente ni siquiera estaba segura de cuántos hijos habían tenido; de haber tenido también una hija, tal como creían algunos, su vida debía de haber sido aún más corta que la del niño. Se dejó constancia de la existencia del pequeño; se le representó en monedas; ahora se le veía entre las estrellas, muerto y deificado.

Ninguno de sus progenitores podía abrirse y hablar de ello. En una atmósfera enconada de secretismo, la reacción de Domiciano ante la pérdida fue tan opaca como de costumbre. No se brindaban ningún consuelo mutuo. Domicia se volvió de hielo; Domiciano se asociaba con sus eunucos. Domicia lo toleraba, puesto que al menos no se había echado una amante senatorial que pudiera usurpar su posición. Había habido conflictos, aunque no una ruptura, pero la marcha de Domiciano al norte debió de suponer un alivio para ambos. Para Domicia, su ausencia reportó una libertad sin precedentes.

Si lo calculabas bien, tal como hizo Lucila con aire meditabundo, a la hija de Corbulón nunca se le había permitido independencia alguna. Fue la segunda descendiente de un padre duro y se casó muy joven con Elio Lamia; era todavía una novia inexperta cuando Domiciano la invitó a Alba y la convenció para que se divorciara de su esposo. Domiciano tenía dieciocho años, Domicia era más joven todavía. Adolescentes. Inmaduros y emocionados. Lucila los imaginaba maravillándose de que, después de ser hijos ambos de padres deshonrados bajo Nerón, disfrutaran entonces de tan glorioso indulto. Domiciano era una estrella de una nueva y flamante dinastía dirigente y, durante los primeros días embriagadores de su relación amorosa, fue incluso el representante de su padre en Roma.

Se enfrentaron a momentos de inestabilidad cuando Vespasiano presionó a Domiciano para que contrajera matrimonio con la hija de su hermano, pero Domiciano se mantuvo firme con respecto a su alma gemela. El enlace con la familia de Corbulón tenía atractivos, de modo que les concedieron su deseo. Domicia pasó directamente de un matrimonio a otro, pero Vespasiano se empeñó en que vivieran con él; fue para posibilitar la iniciación de Domiciano en el gobierno, pero supuso que estuvieran diez años sin tener su propio hogar.

Ahora ella era Domicia Augusta, primera dama del Imperio; su imagen estaba en las monedas; poseía los mismos privilegios que las vírgenes vestales. Así pues, ¿qué hizo cuando, durante casi un año, dejaron que se las arreglara sola sin cabeza de familia? Domicia Longina pasó largas horas tumbada en divanes, aburrida. Charló con las amigas. Visitó a su hermana. Gastó dinero. Gastó más dinero, aunque no demasiado porque los Flavios eran de una frugalidad infame. En privado daba vueltas a su pérdida como madre, lo cual no solamente era trágico sino que además disminuía su influencia como emperatriz de Domiciano. Entonces, ordenó que trajeran su litera encortinada y se fue al teatro.

Por supuesto que admiraba a Paris. Paris era brillante.

* * *

La clase dirigente romana tuvo una reacción desigual a la pantomima. Era una forma de representación dramática que provenía de Oriente, particularmente de Siria, aunque Paris (aquel Paris en concreto, puesto que utilizaba un nombre artístico tradicional) era egipcio. Las culturas exóticas y subidas de tono irritaban en grado sumo a los gruñones romanos conservadores. Los padres fundadores de Roma, hombres enjutos que cuando no combatían a enemigos feroces abrían surcos en la tierra fría con el arado, encontrarían aquel género teatral desagradable, en tanto que el peligro de que los fingidores ídolos de matiné sedujeran a las mujeres

nobles provocaba horror. Los mimos tenían contacto frecuente con tales damas, las cuales se insinuaban descaradamente a los actores.

Las representaciones de pantomima, que volvían a contar mitos griegos, tenían efectos escénicos espectaculares y vestuario suntuoso, de modo que las producciones eran caras. Se trataba de arte calisténico. Ofrecía danza rítmica. En ocasiones había una orquesta o por lo menos una flauta sinuosa, pero siempre percusión. Un hombre, misteriosamente enmascarado y con un cuerpo muy bien trabajado, representaría todos los papeles de la historia en tanto que un solista o coro cantaban la letra. Se decía que un buen pantomimo hablaba con las manos. Los esposos sabían lo que eso significaba. Sabían dónde era probable que pusiera las manos ese cabrón fuera del escenario.

Los artistas de pantomima realizaban afirmaciones extravagantes en sus lápidas sobre que habían llevado vidas castas. Era para rebatir a los escritores satíricos, que aseguraban al público que los pantomimos corrompían la moral, la moral de las mujeres en particular, aunque todo el mundo pensaba que esos bastardos bailarines no eran quisquillosos. Tales hombres, o al menos las máscaras teatrales que llevaban, tenían el pelo largo, cosa que siempre ofende a los tradicionalistas. A Mnester, el artista más grande de su época, lo habían ejecutado por tener una aventura con ese sinónimo de la voracidad sexual que era la emperatriz Mesalina. El Senado había vedado las representaciones de mimo en las casas particulares y prohibió a la juventud aristocrática que se unieran a las procesiones de bailarines. De vez en cuando la rivalidad entre sus seguidores acababa en disturbios. En alguna ocasión los artistas de pantomima eran exiliados (no lo bastante a menudo, decían los más remilgados).

No obstante, estos artistas de culto prosperaron. Con unos ingresos enormes y las aclamaciones de una celebridad, además de un contacto cercano con las clases altas, a menudo se volvían arrogantes. Su influencia en la corte se sobrestimaba muchísimo; Paris tenía fama de controlar los puestos militares y otras recompensas, aunque eso no cuadraba ni mucho menos con la determinación del Emperador de supervisar personalmente todos los nombramientos.

Domiciano, siempre atrapado entre su gusto por las artes y el papel de árbitro moral que él mismo se había arrogado, disfrutaba con la pantomima y admiraba de verdad a Paris. Eso fue hasta que se convenció de que Paris se había acostado con su esposa.

* * *

Lara y Lucila habían ido a ver la actuación de Paris, aunque desde muy lejos porque sus entradas las enviaron a las filas más altas del teatro, donde se segregaba a las mujeres y a los esclavos. Podían ver lo suficiente como para comprender su poderosa presencia escénica. Entusiasmadas ellas también con los ritmos emocionantes de la danza y por su actuación, se habían dado cuenta de que al contemplar a Paris demasiado tiempo, Domicia Longina se estaba buscando problemas. Empezaron los rumores. Entonces apenas importaba si había o no algo de cierto en tales rumores.

Iba acompañada, por supuesto. Llegó en una litera cerrada, aunque la litera imperial se reconocía al instante. Para los que deseaban un escándalo, las cortinas, aunque eran algo normal, sugerían ocultación. Si entonces se sentaba, cubierta con el velo, en el palco imperial, había muchos que la criticarían por el simple hecho de aparecer en público durante la ausencia de su esposo. Además, el velo de una dama imperial solía estar sujeto con alfileres por detrás de su diadema de rizos, dejando su rostro visible.

Tal vez sí que Domicia tuvo contacto con Paris, aunque Lucila creía que un encuentro cara a cara la disuadiría del sexo. Podía imaginárselo. Yendo de puntillas hasta la puerta del camerino con el escalofrío del peligro… y encontrarse luego con que el actor y bailarín era más viejo, menos culto y más panzudo de lo que parecía en escena. Decepción inevitable. El espacio entre bastidores no era ni mucho menos sofisticado: el aura de licor, el desaliño real de un vestuario aparentemente fabuloso, la piel del bailarín arrugada y grasienta debido al maquillaje escénico, la pobreza de conversación de una persona que dependía de los guiones, su difícil griego-

egipcio, su parodia del latín-griego… De todos modos, nadie iba a ver a un galán para hablar.

¿Acaso el hombre era uno de esos orientales que «no eran de fiar en los palanquines»? ¿Tenía la oriental costumbre (tanto Lucila como Lara la habían soportado) de arrinconar a cualquier mujer o incluso de lanzarse sobre ella sin importarles en absoluto si había testigos y de hacer oídos sordos a las protestas?

O tal vez todo fuera tal y como temía Domiciano. Quizá la Emperatriz, en efecto, había acudido airosa a algún encuentro peligroso, en el cual traicionó a su marido.

«Tengo que expresar mi admiración por tu deliciosa y conmovedora actuación».

«¡El placer es mío, Augusta! Por favor, permíteme que te conmueva un poco más revolcándome lascivamente contigo entre esta conveniente utilería».

«¡Oh no, no puedo!… ¡Ay, pero quiero!… Sí que puedo…».

El Emperador creía lo que quería creer.

«Cuéntame lo que hiciste, con todo detalle».

«No hay nada que contar».

Domiciano sentía una desconfianza loca. El sufrimiento lo atormentaba; analizaba con amargura todas y cada una de las facetas del comportamiento de su esposa. Esto no lo llevó a ninguna parte; no había pruebas. Y aunque hubiera habido pruebas de su inocencia, él las hubiese puesto en duda. Desoía las declaraciones de honestidad de su esposa. El hecho de no poder demostrar lo indemostrable lo volvió más agresivo. Lara creía que Domicia Longina temía que en cualquier momento pudiera volverse violento.

Así pues, la pareja se peleaba a todas horas. Estaban muy igualados, ambos tenían una personalidad fuerte. Ninguno de los dos tenía muchos amigos; siempre habían contado el uno con el otro. Nada iba a disuadir a Domiciano. Nada iba a intimidar a Domicia. Sus peleas surgían y se apaciguaban, luego volvían a estallar. Uno u otro se pondría a dar vueltas a los últimos desaires para entonces cruzar corriendo las antesalas en busca de una nueva riña.

—Te he estado observando.

—Entonces no viste nada.

—Eso ya lo juzgaré yo…

Aquel día fatídico en que Domiciano irrumpió en la estancia, un chambelán acabó por ahuyentar a las hermanas. Como no sabían lo que iba a ocurrir a continuación, permanecieron sentadas una junto a la otra en los bancos de piedra que había fuera de la habitación. El pasillo estaba abarrotado. Había toda clase de sirvientes esperando a que amainara la tempestad.

Ése fue el día en que él le ordenó que se marchara.

Todo el mundo tomó aire bruscamente. La corte quedó fascinada.

Fue un duro golpe, pero Domicia lo encajó: la hija de Corbulón no iba a suplicar. Para empezar, él amenazó con ejecutarla, de modo que era conveniente marcharse enseguida. En cuanto Domiciano le dijo que se fuera, ella se limitó a recoger unas cuantas cosas (según los parámetros de una emperatriz; su equipaje necesitó una recua de muías). Acto seguido lo dejó.

Pilló desprevenido a Domiciano. Esto debió de haberla consolado…, aunque siendo él tan voluble, seguía corriendo peligro.

* * *

La vida en la corte se deterioró. Roma se escandalizó por el hecho de que la Emperatriz, a quien la mayoría consideraban inocente, hubiera sufrido un divorcio injusto. Volvieron a salir a la superficie viejas historias sobre que Domicia Longina había tenido una aventura con Tito, aunque prevaleció la opinión de que si lo hubiera hecho se hubiera jactado de ello. Surgieron nuevos rumores sobre la relación del Emperador con Julia.

Julia vivía con Domiciano. Ésta había sido la situación desde que mataron a su esposo; en realidad, no era extraño en términos romanos. El abuelo y el padre de la joven habían muerto, por lo que cuando Domiciano ejecutó a su esposo Sabino se convirtió en su pariente masculino más

próximo. Era, de manera incontrovertible, el cabeza de familia de la viuda Flavia Julia. De haber sido mayor, de haber estado casada durante más tiempo o de haber sido madre, especialmente de tres hijos, cosa que confería derechos especiales, entonces Julia podría haber vivido aparte, ser dueña de su propia casa.

Pero todavía no había cumplido veinte años, y no tenía hijos.

* * *

Los miembros de la Guardia tenían mucho que decir acerca del problema de Julia. Gracilis dijo a su beneficiario:

—Es del todo evidente, la verdad. Tiene que mantener a Julia en la corte. Ella es la única hija de Tito, eternamente amado. Es huérfana y viuda. Es atractiva, rica, nadie tiene nada que murmurar en su contra, y, o es demasiado astuta como para meter cizaña o es una chica realmente agradable. Según la legislación moral que le encanta a nuestro dirigente, Julia debería volver a casarse enseguida y quedarse embarazada. Por supuesto que, en cuanto lo haga, se convertirá en una amenaza para él. Está atrapado. Tiene que asegurarse de que ningún otro cabrón se case con Julia y, mientras la mantenga cerca, todo el mundo dirá que es porque el tío Domiciano se la está tirando.

Cayo Vinio pasó por alto el hecho de que gran parte de aquella excelente teoría había sido suya.

—¿Y qué puede hacer entonces?

—Traer de vuelta a su esposa. No hay alternativa.

—¿Y qué pasa con el lío que se ha inventado con Paris?

—Que mande al exilio a esa amapola de las piruetas.

Vinio sabía lo que estaba pensando su centurión: que gracias a Júpiter que su gobernante había fijado en un puñetero bailarín. Podría haber sido alguno de sus pretorianos, que a veces tenían que escoltar a las damas imperiales. Esa pesadilla de que una princesa le tomara simpatía a uno de sus valientes y guapos guardaespaldas; el dilema de la disciplina y el

escándalo subsiguiente si a un soldado nervioso no se le ocurría una manera educada de negarse…

Así pues, gracias, gracias a todos los dioses del panteón. Fuera lo que fuera lo que hubiera hecho esa estúpida con falda, al menos no había indicios de que hubiera hecho eso.

* * *

Fue durante su guardia que Domiciano se ocupó de Paris.

Llevaban al Emperador por las calles. Cayo Vinio se preguntó después si de verdad estaba dando un paseo o andaba al acecho del infeliz bailarín. Lo cierto era que Domiciano había tenido mucho tiempo para pensar. En la litera había vuelto a ponerse muy inquieto.

Gracilis y algunos miembros de la cohorte estaban destacados para la escolta, Vinio entre ellos. Domiciano ordenó de pronto a los porteadores que se detuvieran. Bajó de un salto, muy agitado, ya con el rostro colorado. Los guardias estrecharon la formación en torno a él, sin saber qué tramaba. Era una calle normal, con surcos obstruidos a lo largo de los adoquines y tendederos llenos en lo alto: puestos de verduras, pilluelos, hombres de negocios, esclavos que llevaban el pan diario. Demasiados testigos…, hasta los malditos perros callejeros miraban boquiabiertos.

—¡Dadme una espada!

Vinio tuvo la mala suerte de ser el que se encontraba más cerca. Iba vestido con una túnica discreta de civil, igual que todos los demás, pero él llevaba su espada corta militar en la vaina bellamente decorada. Algunos compañeros, al no llevar escudo, portaban las armas colgadas de los cinturones a la izquierda, pero Vinio seguía llevando el gladio bajo su brazo derecho, tal y como había aprendido en el ejército.

Desenvainó la espada utilizando el movimiento normal, un suave tirón con la mano derecha y luego le dio la vuelta en el aire. Domiciano se la arrebató de las manos antes de terminar la acción. Vinio tuvo que retirar la mano rápidamente para evitar que le cortara los tendones.

También él había reconocido a Paris. Éste había visto a Domiciano; observó cómo agarraba el arma. Paris adivinó lo que vendría a continuación.

Cayo Vinio también.

A diferencia de Tito, quien había recibido instrucción en la corte por parte de Burro, el musculoso prefecto de la Guardia Pretoriana de Nerón, probablemente Domiciano no realizara mucho entrenamiento básico. El hecho de convertirse en hijo de un emperador con dieciocho años lo había eximido de la carrera del honor, la serie normal de puestos militares y administrativos que condicionaban a los jóvenes de clase alta. Hubo un tiempo en el que lo llamaron Príncipe de la Juventud, lo cual no significaba nada. Todos sus honores habían tenido que ver con sacerdocios y poesía. Tenía fama de aprensivo y hasta había discutido la abolición de los sacrificios animales en las ceremonias religiosas. Aunque oficialmente era general, el triunfante Germánico no había derramado sangre en persona cuando estuvieron en campaña.

* * *

Paris (amanerado, enjoyado, magníficamente ataviado y con los rasgos enfatizados por los cosméticos) retrocedió contra la pared de una casa. Fue un movimiento sensato, si se enfrentara a un atracador que buscara su monedero.

Domiciano se abalanzó sobre él. Para un soldado, eso era un desastre. Por la forma en que temblaba la hoja, Vinio supo que Domiciano realizaría una matanza chapucera. Lo más probable era que se hiriera él mismo. Gracilis, que se hallaba cerca, espetó una obscenidad. Pero Vinio era el que seguía estando más próximo.

No tenía alternativa.

Vinio se situó detrás del Emperador. Se sentía como un instructor con un recluta. Hizo descender el puño sobre la mano del Emperador en el pomo de la espada y guió la puntería de Domiciano. Lo agarró por el

hombro izquierdo, se apoyó en su espalda para afirmar la postura y entonces empujó la espada por él con la fuerza adecuada. Paris habría tenido la misma sensación que si le hubieran propinado un fuerte puñetazo en las costillas, pero no lo habría sentido durante mucho tiempo. Murió allí, en tanto que Vinio retiró la hoja de un tirón haciéndola girar para asegurarse. Vinio soltó al Emperador; notó que Domiciano temblaba. Retrocedió un paso.

Gracilis le dio una sacudida al pasar junto a él. El centurión recuperó la espada de manos de su amo y limpió casi toda la sangre con la bonita túnica del actor muerto. Conociéndolo, Vinio creyó que estaría indignado por semejante desastre.

—Ayudad al Emperador a meterse en la litera, rápido. Que alguien vaya a buscar a los Urbanos para que controlen a la multitud y retiren el cadáver… —Se dirigió a Domiciano y le habló respetuosamente, como una madre que rescatara a su hijo—: Bien hecho, señor, pero ya ha habido suficiente emoción. Vamos a llevarte a casa, ¿de acuerdo?

Mientras el Emperador volvía a subir a su litera, se congregó una multitud demasiado estúpida para saber lo que les convenía. Los postigos se abrían en lo alto, las mujeres llamaban a sus vecinas para que se asomaran. Decio Gracilis dijo en voz baja y tono apremiante:

—¡Vinio! Ve al campamento. Directamente allí. No hables con nadie. Lávate, limpia el arma, déjala con mi ordenanza. ¿Hay algún sitio en el que puedas esconderte? Ve y quédate allí hasta que podamos evaluar las consecuencias. ¡Corre!

«No ha sido tu mejor decisión, soldado».

«Me doy cuenta».

Un romano cuya esposa cometiera adulterio en su casa tenía el derecho de matar a su amante en el acto. Pero Domiciano había asesinado a Paris a sangre fría. No lo había pillado in fraganti, ni lo había descubierto en su casa. Cualquier abogado defensor acusaría a Domiciano de premeditación, de ir en busca de Paris deliberadamente, yendo mucho más allá de sus derechos tradicionales.

Para ser realistas, si el Emperador admitía esto sin ambages no le pasaría nada. Aun así, técnicamente, la muerte de Paris era un acto ilegal. Si Domiciano era acusado y quería protegerse, le bastaba con acusar a Cayo Vinio del asesinato. Sería injusto, pero la ley romana podía ser dura.

Vinio se esfumó.

En los mercados y tiendas de comestibles de los barrios adyacentes, las moscas percibieron un aroma nuevo en el aire que las llamaba. Las descendientes de Mosca reaccionaron. Paris aún estaba tibio en los adoquines cuando ellas alzaron el vuelo en lentos círculos y se aproximaron sin prisa para poner huevos en el cadáver.

OceanofPDF.com

X

Seguridad.

El apartamento. Cuatro habitaciones tranquilas. Luz tenue. Allí la vida seguía su curso con la domesticidad adecuada, de manera ordenada, normal, privada. Alguien había probado a poner una alfombra en el suelo del pasillo. No tuvo éxito. Las clientas tropezaban con ella y el esclavo de la limpieza la odiaba; el experimento quedaría interrumpido.

Todas las puertas interiores estaban cerradas. Los ruidos de la calle quedaban amortiguados: gritos, cascabeles de arneses, pollos enjaulas, chillidos de niños. Dentro, silencio.

Una isla de serenidad en un mundo atribulado. Poca gente conocía su relación con aquel lugar. Nadie sabía que se encontraba allí.

El hecho de tener el apartamento estaba empezando a cobrar sentido.

* * *

Flavia Lucila abrió una puerta de pronto y salió tranquilamente de su habitación de trabajo con la boca llena de horquillas. Molesta, se encontró al soldado de pie en la entrada, con la llave aún en la mano.

—¡Vinio!

Las horquillas se desparramaron por el suelo a la primera sílaba.

Una vez más, su llegada inesperada la había sobresaltado. Él también deseó que ella no hubiera estado. Sin mediar palabra, se dirigió a su habitación con paso firme y cerró las puertas dobles. Se quedó allí, con la espalda apoyada en la madera, desesperado, afectado por la experiencia de aquel día.

Lucila llamó con ímpetu a la puerta e intentó abrirla empujando. Se vio frente a un Vinio furioso que le gruñó:

—¡Aquí hacen falta ciertas normas! Puertas abiertas: permiso para tratar conmigo. Puertas cerradas: ¡Mantente bien alejada!

Ella regresó con su clienta. La mujer intuyó que tenía ganas de quitársela de encima. Permaneció allí haciendo preguntas sobre el mantenimiento de su nuevo peinado, inquiriendo sobre lociones, describiendo las aburridas travesuras de sus nietos.

En cuanto se libró de ella, Lucila estuvo rondando por allí dejando claro que entonces estaba sola, pero del soldado no escuchó ni un sonido.

* * *

Horas más tarde, cuando estaba terminando en la cocina, oyó que Vinio salía sin hacer ruido y utilizaba el baño. Entró. Aunque estaba un poco más benevolente después de cenar, Lucila le volvió la espalda. Él apenas pareció notarlo. Era un hombre casado, estaba acostumbrado al silencio.

Se quedó mirando su estante como si nunca hubiera visto las cosas que entonces había allí colocadas. Ella había supuesto que las eligió él: dos juegos de cuencos de loza roja en tres medidas: pequeño, mediano y generoso; cuchillos y cucharas envueltos en una servilleta; una sartén pequeña con mango plegable; otra cazuela plana con dos asas; un juego de cuatro vasos; dos lámparas de cerámica (con dibujos de patos, nada pornográfico); y un frasco con aceite para lámpara. Todo era nuevo. Todo había llegado el mismo día que el mobiliario que ella había visto en una de sus habitaciones: un armazón de cama y una pila con la manta, la sábana y la almohada pulcramente plegadas; un taburete junto a la cama; un arcón. El arcón estaba cerrado; Lucila lo había comprobado con descaro y acto seguido había salido corriendo de la habitación como si temiera que Vinio tuviera a un mítico grifo vigilando sus pertenencias.

Consciente de que le hacía falta hidratarse, Vinio eligió un vaso. Sumido en su propio mundo, y con su único ojo centrado en los problemas,

cuando abrió el grifo de bronce no acertó del todo el chorro de agua. Lo salpicó todo; permaneció hipnotizado.

Lucila le puso una mano en la muñeca para sujetar el vaso. Cerró el grifo. Vinio se bebió medio vaso con avidez.

Lucila supo reconocer que había una verdadera crisis. Volvió a tocarle el brazo, utilizó el dorso de la mano para que fuera tan neutro como el tacto de un enfermero.

—¡Estás helado! ¿Estás enfermo?

Él le dirigió una mirada apagada.

—Conmocionado… He recibido una fuerte impresión.

Asombrada, la joven vio que le castañeaban un poco los dientes. Asumió el control; condujo al hombre a su habitación de trabajo y lo sentó en uno de los sillones. Fue a buscar la manta a la habitación de Vinio, la desplegó de una sacudida y se la echó encima diciéndole que le prepararía una bebida caliente. El hecho de que Vinio le permitiera hacerse cargo de la situación era lo bastante impropio de él como para causar preocupación.

Llevaba tiempo calentar cualquier cosa en el pequeño fuego de la cocina. Mientras estuvo a solas, Vinio se repuso un poco y echó un vistazo en derredor. Se levantó, agarró la manta y se dirigió a la puerta abierta que daba a una galería; ésta recorría los cuatro lados de un patio interior pero la habían cortado con una espaldera frente a su apartamento, proporcionando así un pequeño espacio en el que sentarse fuera y que el sol moteaba en aquella larga tarde de verano. Oyó voces abajo que debían de ser del viejo Crético hablando con un esclavo.

De vuelta al interior, Vinio dedujo muchas cosas sobre la vida de Flavia Lucila. Su situación había cambiado desde la primera vez que la vio, subsistiendo a duras penas con la madre desaliñada de quien él había sospechado que sería casi una prostituta Lucila era entonces una chica que parecía hallarse sólo a un paso de correr la misma suerte. No había duda de que tenía talento. Aparte de lo que había oído sobre ella de boca de Meliso, lo sabía por aquella sala de trabajo. En un estante había dos pelucas de mujer con unos rizos exuberantes, una de ellas a medio terminar. La joven había reunido útiles de la profesión, todos organizados en un orden

sistemático en estantes o en bandejas de una forma que agradaba a un soldado. El Imperio permitía el ascenso social, pero era más frecuente en hombres que podían pasar de esclavos a libertos a través de los negocios y después, con patronazgo y solicitudes suficientes, alcanzar el rango ecuestre e incluso el de senador. Flavia Lucila era una mujer poco común al aprovechar esas posibilidades. Vinio no estaba sorprendido, pero sí impresionado por el rápido progreso de la muchacha.

Cuando Lucila regresó con vino caliente con miel y una pizca de especias, él volvía a estar en la silla con aspecto sumiso. Vinio rodeó el vaso con ambas manos. Dio un sorbo y se estremeció, pero la bebida cumplió su cometido.

—¡Eres maravillosa!

Lucila desdeñó su comentario, ocupó la otra butaca de mimbre y se colocó un cojín en la parte baja de la espalda. Llevaba puesto el mismo vestido azul que la última vez, pero con zapatillas informales. Su peinado era distinto, caía curvado hacia atrás, donde iba recogido en una trenza gruesa detrás de la cabeza; a Vinio le pareció demasiado austero, pero imaginó que el estilo sería temporal. Ella puso los pies en un escabel, la pareja del que Vinio había apartado de un puntapié, entrelazó los dedos y apoyó el mentón en ellos.

—Creo que deberías contarme qué ha pasado.

—No puedo hacerlo.

—Soy peluquera, Vinio. Lo vemos todo, lo oímos todo y no decimos nada.

Al principio Vinio se mantuvo firme, en silencio. Recorrió la habitación de Lucila con la mirada, tal como había hecho mientras ella estaba preparando su bebida caliente. Para retrasar la respuesta a su pregunta, señaló un gran cesto con divisiones en el que había mechones de cabello humano de colores distintos.

—Importado —explicó Lucila con toda naturalidad. Siguió hablando para calmarlo—: El rubio proviene de Germania, el negro azulado de la India. No te preocupes; lo selecciono todo y lo lavo antes de traer ni un solo haz a casa. Es un material caro, pero tengo acceso a los importadores y

precios especiales por trabajar para quien trabajo… A veces me pregunto por la historia que tiene detrás. Para una mujer que vive en la miseria más absoluta, vender el cabello es mejor que vender su cuerpo…, y, a diferencia de la virginidad, puedes dejártelo crecer de nuevo y venderlo más veces.

Vinio sonrió débilmente por fin. No comentó que, tal como sabía por los vigiles, en el mercado del sexo se restauraban virginidades a menudo.

A continuación ladeó la cabeza en dirección a un busto de piedra de un hombre, convencional pero aun así familiar, junto al cual había una peluca en la que Lucila había estado trabajando después de marcharse su clienta. No se trataba de una de sus crestas imaginativas en tonos pastel para sus damas, sino una banda plana de tela en la que iba anudando poco a poco una densa hilera de rizos de forma idéntica.

—¿Eso no será…?

—Si lo es, lo verás a él llevándola, ¿no es así, pretoriano?

Lucila se puso de pie y colocó la peluca en la cabeza lisa del modelo; hizo una reverencia ficticia y soltó un resoplido. Guardó el busto en un armario, donde debía de mantenerlo oculto para que no estuviera a la vista.

Estaban íntimamente relacionados a través de sus trabajos, ambos con exigencias de confidencialidad. De todos modos, la muerte de Paris sería ya de dominio público. Vinio tomó su decisión.

—Hoy he matado a un hombre… O al menos ayudé a alguien a hacerlo.

Lucila le cogió el vaso vacío, no fuera a resbalársele de entre los dedos y hacerse añicos. Retomó su asiento y se quedó muy quieta. Por extraño que pareciera, no sintió en absoluto miedo por el hecho de que le dijera que había matado a alguien.

—¿Quién ha muerto?

—Paris —contestó Vinio con voz apagada—. Paris, el actor bailarín. Paris, quien podía haber sido amante de la Emperatriz.

—¡O no! —comentó Lucila—. Paris, de quien sospechaba su esposo, el maníaco.

«Vivimos tiempos aciagos».

«Aún no hemos visto nada».

* * *

Cayo le contó lo ocurrido y su participación en ello. Lucila se limitó a preguntar:

—¿Cuál fue tu razonamiento cuando te involucraste?

—Paris iba a morir de todos modos. No había necesidad de prolongar su agonía. Estaba aterrorizado pero tenía intención de resistir, y pienses lo que pienses de la gente del teatro, él era atlético y estaba en excelente buena forma, cosa que no puede decirse de Domiciano. No quería dejar que el público viera cómo destrozaban a Paris. Hubiera habido gritos. Y forcejeo en el suelo. Se hubiera prolongado mucho. Sangre por todas partes. Tal vez el propio Emperador hubiese; resultado herido.

—Entiendo —dijo Lucila.

Las palabras ya fluían libremente.

—Sacamos a Domiciano de la escena tan rápido como nos fue posible. Mi centurión me dijo que me mantuviera escondido… Un buen hombre, de la vieja escuela. Trabajamos muy estrechamente… Teme que me vea en la necesidad de asumir la culpa.

Lucila lo consideró.

—No. No, eso no va a ocurrir. El Emperador querrá que se le vea como a un héroe.

—¡Mató a un hombre desarmado!

—Es el punto de vista de un soldado, Vinio. En cualquier caso, te eliminará de su relato de lo sucedido.

—Puede que quiera eliminarme, sin más y de modo definitivo.

—En tal caso, tu centurión está en lo cierto. Ocultarte contribuirá a que Domiciano no recuerde bien cómo ocurrieron las cosas. Pronto ya no te tendrá en cuenta.

—Yo sólo hacía mi trabajo.

—¡Vaya, qué convencional! —fue una pulla sin malicia y Cayo sonrió.

Se terminó la bebida, sintiendo que le devolvía el calor interior, tal como pretendía. Entonces se encontraba cómodo con la chica y se había neutralizado todo interés depredador hacia ella. Por lo visto, lo único que hizo falta para situar a Flavia Lucila entre su abuela, sus tías y la madre a la que no recordaba, fue una única bebida preparada amablemente. O la veía, quizá, tal como un hombre podía considerar a una prostituta entrada en años que se conformaba con escuchar, o a alguna casera amiga, ajena a su vida real pero de corazón afable.

Ella lo veía igual que antes: un hombre típico, una amenaza, un libidinoso, un idiota.

* * *

Vinio permaneció en el apartamento los tres días siguientes, pero Lucila cambió sus compromisos para ver a sus clientas en sus propias casas, lo cual consideró como un favor hacia él, y pasó mucho tiempo fuera con Lara. Vinio y ella apenas se vieron.

Después de que el pretoriano regresara al campamento, a Lucila le pareció que el apartamento estaba menos vacío, no sabía por qué. Había aceptado que compartían aquel lugar. Él volvería y, en general, a Lucila ya no le importaba.

OceanofPDF.com

XI

Temisón de Mileto tomó su almuerzo en una bandeja. Cualquier médico sabía que eso era malo para la digestión, pero se había convencido de que las demandas de sus pacientes privados no le dejaban alternativa. La comida tenía buenos ingredientes: lechuga, rábanos, apio, huevos duros, aceitunas, alcaparras, rodajas de cebolla, virutas de queso duro, dados de queso blando de cabra, piñones, anchoas… Abundante, la verdad.

De todos modos, sólo bebía agua fría. Bueno, la bebió aquel día. Las citas en su casa se estaban excediendo y, justo cuando iba a dar la mañana por terminada, otros dos pacientes se habían introducido en su lista. No tenía ni idea de cómo habían logrado convencer a su criado para que los metiera en ella. Temisón albergaba cada vez más sospechas de que su criado había empezado a desobedecer las instrucciones a propósito. Sospechaba también que el hombre aceptaba sobornos.

Quería meditar sobre la enconada enemistad con su rival, Farón de Naxos, quien estaba intentando dejar mal a Temisón con toda la maldad y el engaño propios de un isleño. Podía pensar en las tretas de Farón mientras comía, aunque no debería torturarse durante el proceso de digestión. Había esperado con impaciencia disponer de una hora para enfurecerse con Farón, tanto como esperaba la dicha de unas deposiciones regulares.

Irritado, accedió a que los dos hombres entraran.

* * *

Eran soldados. Aunque no iban de uniforme, la interpretación del lenguaje corporal era una habilidad profesional. Además llevaban espadas

y, cuando les preguntó, admitieron de inmediato que eran pretorianos.

Temisón advirtió que ambos estaban nerviosos. Mientras permanecían en la sala de espera debían haber visto salir tambaleándose a una mujer que necesitó el apoyo de dos acompañantes. («Examen con espéculo», había supuesto uno de los hombres, que se lo comentó a su compañero con voz apagada. Al haber crecido entre numerosas tías, conocía el tormento ginecológico). Después, un niño que esperaba se había puesto a gritar de tal manera que tuvieron que llevárselo a casa sin ver al doctor; de todos modos, la tez grisácea del muchacho, terriblemente delgado, indicaba que no había muchas esperanzas. Por último, un hombre al que reconocieron como un importante gladiador pasó dando saltos, maldiciendo entre dientes y con vendajes ensangrentados en los juanetes.

Cuando los llamaron, estuvieron a punto de marcharse a casa en lugar de entrar.

Una vez en la consulta, observaron lo que les rodeaba y se miraron. Dirigieron otra mirada penetrante a Temisón: un griego con barba y de mediana edad vestido con una túnica larga pero sin mangas. Tenía unos ojos inquisidores y serios. Su sentido de la importancia daba a entender que su curriculum vitae se remontaba tan lejos como el del Partenón. Sin embargo, su actitud era la misma que la de los médicos de la legión, quienes, antes incluso de que un paciente nuevo hubiera cruzado la puerta, lento y avergonzado, empezaban a dispensar consejos sobre que el mejor tratamiento para el dolor de espalda era seguir marchando y no pasarse tres días fingiéndose enfermo en cama.

Ellos ya sabían que Temisón era un médico de gladiadores; ostentaba un alto cargo en el Ludus Magnus y lo que habían visto allí (los pacientes de clase pudiente, los discretos esclavos yendo de un sitio a otro con paso suave, la copiosidad de su comida) confirmaba que debía de tener buena reputación. Era probable que rara vez matara a nadie, o lo hacía de manera que los familiares no se daban ni cuenta.

Temisón sacó una de las tablillas enceradas que guardaba para los historiales de los pacientes; cuando les preguntó sus nombres ellos se los

proporcionaron, lo cual era sorprendente. Los anotó con esmero, junto con la fecha, y acto seguido levantó la mirada con nerviosismo.

—Escribe cuanto quieras —le dijo con una sonrisa el más joven, Cayo Vinio.

«Eso no significa que vaya a permitir que te quedes con la tablilla».

Temisón intentó formarse un juicio de los dos soldados. Uno de ellos era un hombre bajo, de cuerpo ancho, agresivo y con aspecto de ibero; su subordinado era un tipo más alto y más joven, que al principio fingió ser un paciente. Este tal Vinio presentaba una interesante serie de cicatrices faciales. Temisón le dijo lo que el soldado ya sabía: era demasiado tarde para mejorar su aspecto, aunque si Temisón hubiera estado presente cuando resultó herido, podría haber hecho mucho para ahorrarle no sólo la desfiguración sino toda una vida de malestar. Era demasiado bondadoso para decir que tal vez hubiera podido salvarle el ojo; claro que, como médico de gladiadores, creía que podía haberlo hecho.

—Tienes que cuidarte la piel. No lo consideres como algo afeminado. Imagino que pasas mucho tiempo a la intemperie, ¿no? Sigue mi consejo y notarás mejoría. Mantén las cicatrices hidratadas. Te daré un tarro de mi lubricante y una receta que cualquier boticario podrá preparar cuando necesites más. Aplícatela a diario. Un toque femenino resulta útil, si es que tienes novia.

El soldado aceptó el tarro de ungüento sin apenas escuchar sus palabras. Vinio sabía que Verania no tendría ningún interés en frotarle la cara con una cera acre, aunque confiara en ella para dicha tarea.

Temisón decidió que su visita debía de tener otro motivo más siniestro. Se sintió nervioso, como si estuviera a punto de vomitar.

Decio Gracilis dejó el dinero para la consulta. Era una buena suma; su mano permaneció sobre la bolsa de cuero. Ninguno de los dos se movió. Sí, sus preguntas sobre Vinio habían sido una estratagema. A Temisón se le puso el corazón en un puño. Analizó el síntoma involuntariamente. No podía tratarse de un movimiento físico, una migración literal del órgano palpitante, aunque estaba claro que tampoco era una fantasía; se preguntó

qué fue realmente lo que provocó la sensación de sacudida y cómo podía utilizarlo para prevenir el terror en los gladiadores.

—¿Hay algo más en lo que pueda ayudaros?

—Eso esperamos.

Temisón abandonó toda esperanza de disfrutar de su comida en un futuro próximo. Llevó la bandeja a una mesa auxiliar y allí la cubrió con la servilleta para mantener alejadas a las moscas. Poco después, en efecto, una mosca se posó sobre la servilleta, pero Temisón había remetido la tela de manera que el peso de la bandeja la sujetaba y evitaba el acceso.

* * *

—Pues bien… —empezó diciendo el centurión, en tono familiar—. Eres médico. ¿Y eres bueno? ¿De qué crees tú que murió Tito?

«¡Por Zeus!».

Temisón, atónito, dejó el estilo sobre la mesa.

—De una típica fiebre de los pantanos. No digáis que os lo he dicho.

—¿En qué te basas?

—En la época del año, el recalentamiento y los dolores de cabeza. Sería poco profesional dar una opinión más detallada cuando no lo examiné.

—¿Alguna opinión sobre el rumor de que fue envenenado con una liebre de mar?

«Por su hermano Domiciano».

«Por favor, por favor, no me preguntéis eso…».

—Nos recuerda la vieja historia de que Calígula utilizó métodos semejantes —Decio Gracilis flexionó los dedos. O tenía artritis o estaba lanzando amenazas encubiertas—. Tal vez alguien que estuviera fisgoneando por palacio encontró un viejo tarro grande con una etiqueta que ponía «Peligro, veneno de liebre de mar», con un sello imperial y un dibujo de un esqueleto. Y lo probaron, ¿no?

Temisón empezó a mostrar síntomas de histeria: palidez, sudoración intensa, agitación. Parecía estar a punto de desmayarse. Los soldados no

estaban preocupados. Tenían conocimientos suficientes de primeros auxilios en el campo de batalla como para reanimarlo.

Seguía siendo el centurión quien lo ponía a prueba. El otro rondaba por la consulta, mirando detenidamente el equipo. Temisón tenía el despliegue habitual de sierras quirúrgicas. Además de modelos de pies, oídos y órganos internos, partes que se suponía que había tratado con éxito, había una escultura del dios médico Esculapio con su vara serpentina entre muchas estatuillas pequeñas de gladiadores. Vinio abrió cajas de píldoras, dejó caer unas pastillas circulares sobre la palma de su mano, volvió a ponerlas en su sitio. Temisón sospechaba que la función de aquel matón era aterrorizarlo y controlarlo. Entonces le harían decir cosas desleales. Después de eso estaría totalmente acabado.

—¿Algún comentario sobre la historia del heladero?

—El paciente necesitaba enfriarse.

—No obstante, tú no echarías a Tito en un lecho de hielo y lo dejarías allí, ¿no?

—Evidentemente que no. Escuchad…, ¿qué es todo esto?

—Curiosidad, nada más. Sólo preguntamos…

«¡Ay, madre, necesito un orinal!».

* * *

Los pretorianos habían elegido a Temisón porque era fácil acceder a él. Era un sirviente imperial igual que ellos; trabajaba en el Ludus Magnus, el gran cuartel de gladiadores que Domiciano había construido cerca del nuevo anfiteatro. Estos luchadores no eran criminales a los que enviaban a la muerte, sino profesionales altamente entrenados, valiosos pedazos de carne de los que cuidaban los mejores médicos del mundo. La práctica privada suponía un beneficio indirecto para los doctores. Algunos escribían manuales médicos de mucho éxito. El propio Temisón estaba garabateando en secreto una serie de memorias escabrosas. Tendría que estar muerto para poder darlas a conocer sin correr peligro.

Gracilis y Vinio no habían querido abordar a ninguno de los médicos espantosamente caros de la alta sociedad que sonaban las narices de los magistrados y realizaban los abortos de sus esposas. En vista de la suerte que corrió Tito, tampoco confiaban en los libertos de palacio que atendían la salud de Domiciano. Necesitaban discreción y, como médico de gladiadores, Temisón contaba como funcionario.

—¿En qué puedo ayudaros exactamente, pretorianos?

Cayo Vinio dejó de merodear. Volvió a su asiento y sacó su propia tablilla encerada y estilo, como si estuviera acostumbrado a estar presente en interrogatorios; los cuales probablemente resultaban fatales para las víctimas, pensó Temisón. El centurión estaba sentado inclinado hacia delante con atención, con los codos apoyados en las rodillas. Temisón se agarró la muñeca izquierda con la mano derecha, como si se tomara el pulso a sí mismo; el resultado no fue alentador.

* * *

Habían pasado unas cuantas semanas desde que Vinio regresó al campamento tras el asesinato de Paris. Estaba claro que, tal como predijo Flavia Lucila, lo habían eliminado de la versión oficial de los hechos. Domiciano quería creer que matar a su rival lo convertía en una figura de autoridad. El esposo vengador. El juez moral. El nuevo Augusto… totalmente hipócrita.

El Emperador hizo volver del exilio a Domicia Longina casi de inmediato, «llamándola de vuelta a su lecho divino». Nadie estaba seguro de si el hecho de haberla expulsado contaba como divorcio, en el que, desde el punto de vista legal, Domiciano debería haber insistido si creía que su esposa había cometido adulterio. Él adujo que el clamor público lo había obligado a perdonarla. La gran mayoría pensaba que su reconciliación era en realidad porque la echaba de menos. Otros murmuraban que era una estratagema para ocultar su aventura incestuosa con su sobrina Julia, quien permanecía en la corte, como parte de un incómodo trío familiar.

Si hubo recriminaciones, se hicieron a puerta cerrada. Se rumoreaba que la Emperatriz se echaba amantes, aunque nadie mencionó explícitamente a ninguno de estos valientes. Domiciano mantenía sus eunucos de bello cuerpo, aunque Vinio nunca lo había visto echar un polvo con ellos. Tampoco había presenciado besuqueos con Julia en ninguna ocasión. De hecho, Vinio se preguntaba si acaso el Emperador no evitaba el sexo, lo cual explicaría muchas cosas. La pareja imperial seguiría casada durante todo el reinado de Domiciano, aun cuando Domicia no volvería a tener más hijos.

Ella sabía cómo manejar a Domiciano. Probablemente lo había echado de menos también.

* * *

Tendría que haberse calmado el revuelo. Pero el Emperador se enteró de que la gente había estado depositando flores y perfumes en la calle, en el lugar en el que murió Paris. Domiciano ordenó con enojo que los retiraran. A las personas que se empeñaban en seguir llevando tributos se las llevaban a rastras y nadie volvía a saber de ellas. El mismo Domiciano rondaba por la zona de forma obsesiva, hasta que se fijó en uno de los aprendices del actor que presentaba sus respetos a su mentor. Por tomar como modelo a Paris demasiado estrechamente e incluso tener un desafortunado parecido facial con él, Domiciano hizo ejecutar a ese joven bailarín.

Llegado ese punto, el centurión Decio Gracilis estaba tan preocupado por la salud mental del hombre al que protegía que decidió buscar consejo médico.

* * *

—No hemos venido por nosotros —explicó Cayo Vinio a Temisón—. Estamos preocupados por un amigo.

Los amigos del César. No los *amici* del consejo, esos amigos que él no quería. Aquellos eran amigos de confianza que César no sabía que tenía.

Había quienes podrían poner en duda la conveniencia de sus acciones, pero Decio Gracilis era de esa clase de centuriones obstinados y diligentes que se tomaban la protección del Emperador de la forma más responsable. Para él, la tarea incluía proteger al Emperador de sí mismo. Nunca fue indisciplinado, por lo que había discutido la idea con el prefecto de la Guardia Pretoriana. Cornelio Fusco era un viejo aliado de los Flavios, el hombre que acercara la provincia de Iliria a la causa de Vespasiano y lo había ayudado a afianzar su intento de convertirse en emperador. A su sucesión, Domiciano lo había nombrado prefecto y Fusco era demasiado astuto como para tomar parte en aquel asunto. Permitió que Gracilis realizara consultas médicas, pero con las condiciones cínicas habituales de «si te descubren, tendrás que recoger la mierda con tu propio escudo».

Temisón se enjugó el sudor de la cara con la manga. Ya había oído antes eso de «por un amigo», con frecuencia. Solía referirse a pacientes que se sentían demasiado avergonzados por un síntoma que iba a requerir que se levantaran la túnica: disfunción sexual; algo que les había contagiado una prostituta; o lo peor de todo, hemorroides. Si de lo único que querían hablar esos hombres era de una fisura anal, tendría suerte y saldría con vida.

—Habladme de vuestro amigo.

—Tiene una personalidad un poco extraña —dijo el centurión.

Su ayudante tomó notas. Temisón, desde luego, no lo hizo. Tomar notas sobre personalidades era un modo seguro de terminar frente a las fauces de un león de la arena.

—¿En qué sentido?

—Solitario. Excesivamente vigilante.

—¿Imprevisible?

—No, creo que podemos predecirlo: si una idea carece de base real, entonces le encantará.

—¿Demasiado sensible? ¿No sabe aceptar las críticas? ¿Se imagina que el mundo gira en torno a lo que los demás piensen de él? ¿Se preocupa innecesariamente por su aspecto?

—¡Parece que lo conozcas!

El médico mantuvo un gesto inexpresivo; lo habían preparado para no ser susceptible a lo que los pacientes pensaran que quería que dijeran. Los pretorianos, al igual que todos los pacientes, lo encontraban chocante. Por su experiencia en los vigiles, Vinio reconoció el método del rostro impasible; pensó que Temisón lo estaba exagerando.

—¿Siempre ha sido así? ¿O empezó, por ejemplo, en los primeros años de adulto?

—Podría ser —Vinio contestó a esta pregunta al recordar aquella escena en el Capitolio.

—¿Fue provocado por un período prolongado de tensión, o por algún acontecimiento catastrófico? ¿Presenciar una muerte violenta, por ejemplo?

—Eso encaja.

—¿Cuántos años tenía?

—Dieciocho.

—Sería típico… ¿Y qué podéis decirme de su niñez? ¿Sufrió privaciones?

—Se dice que vivió una pobreza relativa… No tenían la plata de la familia en el aparador, si es que lo considera mala suerte.

—Lo decía en otro sentido. ¿Podría ser que vuestro amigo, de pequeño, se hubiera sentido insignificante de algún modo? ¿Rechazado? ¿Considerado inútil?

Seguía siendo Vinio quien proporcionaba las respuestas:

—Su madre murió, su padre pasaba mucho tiempo fuera. No sé qué ocurría en su casa; quizás hubiera pasado de un miembro de la familia a otro, pero tenían mucho sentido familiar y dudo que en realidad lo descuidaran. Podría ser que hubiera tenido celos de un hermano mayor que siempre fue el favorito. Bueno, debió de tenerlos. Muchos celos. Es probable que creciera pensando que cualquier cosa que hiciera él nunca sería lo bastante buena.

Por un breve momento pensó en Félix y Fortunato. Había formas de vivir con hermanos mayores y fuertes sin perder tu sentido de la identidad.

—¿Y qué os trae por aquí ahora? —preguntó Temisón—. ¿Su capacidad intelectual se resiente? ¿Funciona con normalidad?

Gracilis volvió a tomar la iniciativa.

—Es inteligente, activo, todo le interesa. Funciona, sí, funciona bien. En general.

—¿Pero?

—En ocasiones su comportamiento es muy extremo. Irrazonable. Peligroso.

—¿Quieres decir que crees que se está volviendo loco?

* * *

Hubo una larga pausa. Los tres respiraban un poco más rápido que antes.

Temisón, asustado, trató de reaccionar como si sólo le hubieran dicho que su amigo tenía una erupción infecciosa.

—Voy a necesitar más detalles.

—Cree que su esposa le ha sido infiel.

Esta vez Temisón sobresaltó a los pretorianos rompiendo a reír:

—¿Llamáis extremo a eso? Todos los maridos de Roma creen lo mismo. Y un gran porcentaje está en lo cierto. —Gracilis y Vinio cruzaron la mirada, ambos preguntándose qué tenía que soportar la esposa del doctor. Temisón, quien por lo visto pasó por alto la revelación sobre sí mismo, continuó hablando—: No bromeo. No hay que olvidar que cuando los pacientes parecen abrigar ilusiones, puede que haya una pizca de verdad. Confirma sus miedos y dificulta tanto diagnosticar su enfermedad como convencerlos de que algo anda mal… ¿Vuestro amigo ha sido violento?

Asintieron ambos con la cabeza.

—¿Ha hecho daño a alguien? ¿Necesitáis una opinión con propósitos legales? ¿Una víctima ha presentado cargos?

Gracilis se rio con aspereza.

—Eso no va a pasar.

—Pero habéis acudido a mí porque sentís una gran preocupación —Temisón se irguió más en su asiento—. Puedo ofreceros consejo sobre cómo relacionaros con el paciente, aunque, como ya sabéis, casi todo mi trabajo trata de las heridas del cuerpo.

—¿Estudias la mente, doctor?

—Oh, sí. Atiendo a gladiadores. La preparación para el combate físico incluye una buena salud mental.

—Me alegra que pienses eso… —parecía como si al centurión le hubiese gustado discutir aquella tesis de modo profesional.

Pero Temisón había llegado al punto en el que estaba a punto de contribuir, el momento que se producía en cualquier consulta cuando se disponía a hacer uso de la palabra en tanto que los pacientes, o sus preocupados «amigos», escuchaban con admiración.

—Mi opinión, basándome en lo que me decís, es la siguiente: Podríais haber estado describiendo un estado que nosotros llamamos «paranoia». De *para*, que significa «más allá», y *noos*, «la mente». ¿Sabéis griego?

—¡Lo bastante para ser xenófobos! —se burló Gracilis con grosería—. Así pues, si «paranoia» quiere decir «más allá de la mente», ¿cómo se dice «más allá de la mente» en buen latín?

—Fuera de los límites de la razón —explicó Temisón con sequedad. Sus movimientos y su discurso se volvieron mucho más cómodos—. Todos portamos las semillas de la paranoia en nuestro interior. Sin embargo, la mayoría de personas distinguen cuando sus fantasías no tienen realidad y a menudo albergan ideas descabelladas de forma temporal. Con la paranoia, las sospechas extremas se prolongan. Puede ser algo leve del tipo «ese esclavo acaba de mirarme raro», o tan grave como «los conspiradores han hecho un agujero en el techo con mucha astucia para espiarme». Dejad que os resuma algunos síntomas que podríais reconocer: inquietud, sensación de estar amenazado, dificultad para establecer relaciones sociales, celos en cuanto a la fidelidad sexual de una esposa, preferir su propia compañía, actitud reservada, comportamiento excéntrico y agresivo, prepotencia desmedida…

—Exactamente.

—¿Sufre alucinaciones?

—No, que nosotros sepamos.

—¿Oye voces?

—Parece que no. ¿Eso es bueno? —quiso saber Vinio.

—Es mejor que nada.

—¿Puedes hacer algo? —preguntó Gracilis.

—Aunque pudiera, este tipo de pacientes no están dispuestos a dejarse tratar. Sus sospechas de que la gente conspira contra ellos los conducen a resistirse a cualquier sugerencia de que están enfermos; ellos lo ven como una parte del plan siniestro, del plan que tienen que intentar burlar. Incluso si buscan ayuda, tienden a interrumpir cualquier régimen prescrito, a tirar las medicinas y a emprenderla obstinadamente con sus médicos…

—¿Es una pérdida de tiempo intentarlo?

—No hay cura.

—¿No mejorará nunca?

—Es un estado crónico. Puede que empeore, tal vez.

—¡Eso podría ser lamentable! Entonces, ¿qué nos aconsejas?

—Es importante resistirse a sus locuras. Manteneos firmes. No lo socavéis al pobre, pero decidle con firmeza que, aunque suponéis que tiene sus motivos para pensar de ese modo, no podéis estar de acuerdo con él. Esta situación resulta muy difícil para los amigos y la familia, por la necesidad constante de tratar con alguien que niega su aflicción y se toma a mal la ayuda. Se hace muy pesado vivir con estos pacientes y, como probablemente comprenderéis, el hecho de estar a todas horas bajo sospecha siendo inocente puede exasperar a sus allegados hasta el punto de volverse contra él. Los que lo aman se sentirán rechazados.

—Los que lo aman puede que sean rechazados.

—Exacto.

—Es desesperanzador.

—No del todo. Estos pacientes pueden tener un gran talento creativo y ser capaces de una inmensa bondad hacia los demás, pero puede que incluso aquellos que lo admiran no se atrevan a tranquilizarlo por miedo a que la más mínima expresión se malinterprete.

Temisón hizo una pausa. Los pretorianos estaban tan abatidos que no reaccionaron.

—Bueno, al menos desde el punto de vista de vuestro amigo, aunque sufre terriblemente… y creedme, sus ilusiones lo hacen muy desgraciado, aun así, su aflicción no es fatal. … Si bien todos hemos de morir —añadió el doctor en tono lúgubre.

—¡Eso es lo que tú te crees! —espetó Decio Gracilis con sequedad—. Es casi un dios. La mitad de los cabrones que están hoy en día entre las constelaciones son sus parientes muertos.

La franqueza de la charla estaba llegando demasiado lejos para Temisón. Al ponerse de manifiesto la identidad del paciente de manera tan peligrosa, se derrumbó bajo la presión.

Se levantó de un salto de la silla y cayó de rodillas.

—¿Esto es una prueba? ¿Se ha quejado algún paciente? ¿Un rival me está gastando una broma? ¿Es Farón de Naxos? ¿Qué puedo haber hecho yo para ofender al Emperador? ¿Vais a enviar a unos soldados para que me arresten? —parecía delirante.

No iban a sacar nada más de aquella entrevista. Los pretorianos se acercaron al doctor ofuscado por el pánico, lo levantaron con consideración de sus rodillas quebradizas como si fuera un saco de heno y volvieron a colocarlo en su silla de consulta. Vinio fue a buscar la bandeja con su comida y se la puso al doctor en el regazo, enjugó entonces la frente de Temisón con su servilleta de lino y ahuyentó una mosca. Tras estas amables atenciones, los dos soldados se marcharon.

* * *

Fuera en la calle, Gracilis y Vinio inspiraron profundamente, como si se hubieran estado asfixiando en la consulta; echaron la cabeza hacia atrás y contemplaron el apacible cielo otoñal durante un momento.

—Bueno, hicimos todo lo que estaba en nuestras manos. No hay nada que podamos hacer por él. «Todos portamos las semillas en nuestro

interior»… ¡Es bueno saberlo!

—¿Y qué esperanza hay para nadie cuando incluso el médico es paranoico?

OceanofPDF.com

Tercera parte

Roma, Alba y Dada: 85–89 d.C.
Todos los caminos conducen a...

OceanofPDF.com

XII

La vida siguió adelante.

Durante casi dos años, el Emperador se centró en dirigir Roma. Para demostrar estabilidad, reorganizó la Casa de la Moneda y mejoró el contenido en metal hasta que éste alcanzó la alta calidad que había tenido en el reinado de Augusto. Era un nivel difícil de mantener. Pero Domiciano incrementó el Tesoro confiscando propiedades; se decía que se valía de acusaciones inventadas por informantes. Al principio de su reinado había expresado aborrecimiento por los informantes; ahora era menos quisquilloso. Por otro lado, su gestión de los tribunales era escrupulosa; purgó los jurados de indeseables y, cuando se hallaba involucrado personalmente, emitía juicios de alta calidad.

El resultado más visible de su gobierno fue la renovación de la ciudad. En cuestión de pocos años se reconstruyeron casi todos los edificios destruidos en el incendio. El Campo de Marte se remodeló por completo, y hasta se enderezó el gnomon del Horologio para que señalara la hora correctamente; el Panteón y la Saepta se restauraron, con un mejorado templo de Isis para celebrar la huida dramática de Domiciano el Año de los Cuatro Emperadores. El nuevo tratamiento que dio a la choza del guardián en la que se había escondido durante la noche manifestaba lo mucho que le afectó su experiencia de juventud; el santuario inicial que construyó durante el reinado de su padre, con el altar que representaba sus hazañas, se sustituyó por un gran templo de Júpiter el Guardián.

El templo principal de Júpiter Óptimo Máximo en el Capitolio se restauró suntuosamente. Utilizando su planta original, la enorme base etrusca, Domiciano creó un nuevo edificio espectacular con un pórtico

corintio hexástilo en mármol blanco pentélico, que hasta entonces nunca se había utilizado en Roma. Las puertas estaban chapadas en oro y las tejas de bronce doradas. La nueva estatua de culto principal competía con la obra maestra de Fidias, la estatua de Zeus en Olimpia.

Los quejicosos podrían acusar a Domiciano de hacer caso omiso de su padre y hermano, aunque completó de buen grado el templo del Deificado Vespasiano en el Foro, además de un Tribunal Flavio en el Capitolio donde los soldados licenciados se enumeraban bajo la égida de los tres emperadores Flavios; encargó el Arco de Tito, un monumento magnífico y perdurable que celebraba la victoria de su hermano en Judea. Cerca de allí, en el Anfiteatro Flavio, Domiciano creó unos nuevos sistemas subterráneos donde se reunía a los gladiadores y a los animales antes de las peleas, y coronó el edificio con un cuarto piso decorado con escudos de bronce justo por debajo de la cornisa y que sujetaba las famosas cubiertas de lona que manejaban unos marineros de la Flota Misena para dar sombra al público. Instaló la curiosa Fuente que Suda y construyó cuatro escuelas de entrenamiento para gladiadores, una de ellas directamente ligada al anfiteatro. Completó el templo de la Paz, en el foro de Vespasiano, añadiendo su propio Foro Transitorio, el cual utilizaba ingeniosamente un pequeño espacio para proporcionar un pasaje de enlace en el centro del cual estaba el templo de Minerva, la deidad favorita de Domiciano.

Sus obras incluían toda clase de servicios y monumentos: almacenes, puertas, arcos, casas de baños. Renovó las bibliotecas públicas y no escatimó esfuerzos en abastecerlas, enviando escribientes a Alejandría para que copiaran toda la literatura existente. Con el objeto de convencer a los dioses de que les protegieran de futuras conflagraciones, pagó por los sólidos altares que se habían prometido en todos los distritos de Roma desde el Gran Incendio de Nerón y que sin embargo nunca se habían proporcionado.

Se estaban planeando muchos más proyectos, entre ellos un nuevo y magnífico palacio en el monte Palatino. Aunque el mérito de gran parte de este enorme programa de construcción se lo adjudicarían sus sucesores,

Nerva y Trajano, fue Domiciano quien promovió muchos edificios que se convertirían en el rostro famoso de la Roma imperial.

Esta gran exhibición Flavia en la ciudad tuvo un efecto desconcertante en la gente, que se sentía insegura con lo que no le resultaba familiar. Alterar el centro consagrado de un antiguo escenario urbano no es algo que tenga mucho éxito de inmediato. Pero pronto crecerían otras generaciones que sólo habrían conocido el nuevo. Para ellos, Roma era entonces más magnífica e impresionante de lo que había sido nunca, un motivo de orgullo para sus ciudadanos, así como un imán para los visitantes atemorizados.

* * *

En la calle del Ciruelo, en cambio, la Ínsula de las Musas estaba más o menos como siempre. Los agentes de los Crético mantenían el edificio seguro y sin goteras, aunque tendían a dejar las puertas y postigos con aspecto desvencijado y descolorido por el sol. Los pórticos se barrían casi todos los días, y lo hacía un grupo de esclavos que trabajaban con lentitud y a quienes les gustaba apoyarse en las escobas; no obstante, disuadían a los vagabundos. Muchos propietarios ponían jardineras en los balcones o macetas en los escalones; algunos incluso sacaban lámparas por la noche, aunque a menudo se las robaban los ladrones o los juerguistas revoltosos.

El debilitado negocio de borlas acabó quebrando, lo cual hizo que Lucila valorara sus propios planes. Le hubiera gustado alquilar la tienda vacante, empezar un salón de belleza local, pero de momento sus ambiciones eran más grandiosas de lo que le permitía su caja de ahorros. Tras una triste discusión con Meliso, vio que se la alquilaba a una pareja de vendedores de esponjas y piedra pómez. Al igual que los tapiceros que los precedieron, tenían un gusto ridículo y mal ojo para los negocios, de modo que Lucila esperaba el momento oportuno.

Cayo Vinio adquirió de algún modo un diván desmontado de la tienda de borlas. Como de costumbre, el diseñador, poco metódico, tenía intención de haberlo utilizado para exhibir su mercancía, pero no llegó a crear el

escaparate. Un día Lucila oyó un extraño sonido ronco y encontró a Vinio en su segunda habitación montando el diván mientras que, por lo visto, cantaba. Afirmó tener aptitudes musicales. Lucila, impasible, lo estuvo observando un rato en tanto que él clasificaba los accesorios de bronce que había en una bolsa grande y colocaba las distintas partes metódicamente en el suelo formando hileras.

—Conseguí esta ganga del señor Túnica Caída. Según él, una bailarina de abanicos medio desnuda podría armarlo en media tarde… Es un completo gilipollas, no me extraña que haya quebrado… Toma, sujeta el armazón por mí. Que no se tuerza.

Lucila sabía seguir instrucciones. También se dio cuenta de que Vinio se había dejado una ensambladura necesaria, aunque él hizo caso omiso de su advertencia, cosa que retrasó el producto terminado en cosa de una hora. Al haberse criado y haber trabajado entre mujeres, Lucila había aprendido lo suficiente sobre los hombres y sus manías como para morderse la lengua.

Vinio decidió bajar corriendo a comprar una herramienta de hojas múltiples para que lo ayudara a fijar las cinchas; se puso a hablar con el vendedor de cuchillos y dejó a Lucila con el diván. Cuando volvió a aparecer, ella había vuelto a lo que fuera que hubiese estado haciendo. Le sorprendió que Vinio no se quejara. Reanudó su tarea él solo. Ella esperó el tiempo suficiente para dejar clara su opinión y luego le llevó una galleta de pistacho y continuó ayudándolo.

Tenían una relación que no era cálida ni fría. En dieciocho meses habían coincidido en la calle del Ciruelo quizás en una veintena de ocasiones. Puesto que a veces Vinio se había peleado con su esposa, en tales sazones se mostraba poco comunicativo. Se encerraba en su dormitorio, se tumbaba en la cama y esperaba a calmarse. Lucila deducía qué era lo que probablemente lo había disgustado; nunca dijo nada.

Otras veces Vinio traía alguna chuchería o ropa que había recogido. Apareció un instrumento de cuerda que Lucila le oyó afinar y rasguear. En una ocasión, con una inseguridad poco habitual en él, le preguntó a Lucila por el tarro de ungüento que le había dado el doctor Temisón. Ella lo olisqueó, identificó los ingredientes de hierbas y le instó a utilizarlo. Con

una sonrisa descarada, Vinio le dijo que Temisón había comentado que era mejor con un toque femenino, pero Lucila dejó que se lo aplicara él mismo.

Lucila y él se saludaban con la cabeza si ella tenía una clienta, o si no intercambiaban débilmente los buenos deseos para esa parte del día. Sin embargo, habían adoptado una muletilla:

—¡Soy yo…!

—¡…Vinio!

Si Flavia Lucila hubiese brindado algún estímulo, tal vez aquello hubiera acabado en un lío amoroso. No obstante, lo último que quería era complicarse la vida con un hombre casado. El pretoriano le gustaba, no podía evitarlo; se alegraba al oír su paso firme y no ponía objeciones a que cantara cuando estaba contento, aunque nunca se sumaba a él. Pero se estaba protegiendo. Aunque hubiera querido coquetear, había otros hombres en la periferia de su vida. Algunos más apuestos y que incluso parecían más agradables, si bien creer en su buena voluntad probablemente fuera precipitado. Muchos tenían dos ojos y no uno solo, pero estaba claro de que a la gran mayoría les faltaba cabeza.

En su opinión, Cayo Vinio era inteligente. Desde su primer encuentro ella lo había visto como peligrosamente listo, aunque había oído hablar de él y sabía que era una nulidad con las mujeres. ¿Quién quería eso?

* * *

En líneas generales, Lucila comprendía que cualquier relación amorosa que tuviera, incluso el matrimonio, implicaría la pérdida de control de su profesión. Los hombres te roban el tiempo. Les molesta que tengas otros intereses. Te hacen exigencias incluso aunque logres evitar darles hijos. De modo que, aunque las mujeres que tenía como clientas le preguntaban con frecuencia cuándo iba a tener una vida amorosa, Lucila murmuraba sin ninguna convicción que todavía estaba buscando.

Evitar el embarazo era un tema sobre el cual a Lara y a ella las consideraban asesoras profesionales, una rama de su profesión. Brindaban

consejos discretos, aunque Lara no parecía seguirlos a rajatabla. Aparte de repartir tarros de crema facial y otros cosméticos, dispensaban recomendaciones discretas: que la miel, la goma o el aceite de oliva podían hacer más lentas las semillas de los hombres; la utilidad de la acacia, el cedro o el albayalde molidos en cremas o tampones vaginales; e incluso las posibilidades de las fundas de piel de cabra, aunque por lo general éstas se consideraban míticas y nadie sabía cómo obtenerlas. En caso de desastre, susurrarían las señas en las que encontrar a la abortista del Distrito Sexto, aunque trabajaba con discreción porque, si bien estaba permitido evitar la concepción, matar un feto era ilegal. Privaba a un padre de sus derechos.

Quedarse embarazada podía resultar problemático, incluso para las mujeres que lo deseaban. Otras eran constantemente fértiles; su principal clienta, Flavia Domitila, era una de esas mujeres, que desde que la conocían había estado todo el tiempo o preñada o dando el pecho. Lara también era igualmente fértil. Al ver lo mal que lo pasaban las dos con el calor del verano y el hecho de que se arriesgaban al dolor y a la muerte con cada parto, Lucila tuvo suficiente como para recelar de la maternidad.

Lara, su amiga íntima y confidente, se había casado joven pero de algún modo u otro evitó quedarse embarazada durante varios años. Tal vez entonces Junio descubriera lo que estaba haciendo y le prohibiera tomar tales medidas. Él no se interesaba mucho por sus hijos pero su existencia demostraba su virilidad; en su interior Lucila pensaba que además eso mantenía a Lara controlada. El hijo mayor de su hermana tenía catorce años, unos siete años más joven que Lucila. Lara había dado a luz a varios hijos más que murieron en el parto o de muy pequeños; en total había seis supervivientes: tres chicos en torno a la adolescencia, dos niñas pequeñas y un bebé enfermizo; y aquel año Lara volvía a estar embarazada.

En tanto que Flavia Domitila podía descansar en semejantes ocasiones, cuidada en todos los sentidos por toda una serie de esclavos, Lara no contaba con tal clase de lujos. De no haber tenido una suegra que se quedaba con sus hijos de día, Lara no hubiera podido hacer nada. Trabajaba hasta que sentía los dolores del parto, por necesidad. Junio y ella pagaban el alquiler y tenían comida en la mesa; sus hijos poseían un conjunto de ropa y

un par de sandalias cada uno; Junio podía beber en los bares con bastante frecuencia. En general se las arreglaban para eludir a los prestamistas. Sin embargo, los ingresos de Lara eran tan importantes como los de su esposo para el presupuesto familiar. Necesitaba a Domitila, necesitaba a toda la clientela privada y las bodas de las que se encargaban las hermanas. Cualquier pérdida hubiera tenido un grave efecto económico. Por lo que Lucila podía ver, esto no la inquietaba. Lara tenía un carácter tranquilo que se mantenía a flote gracias a que no se preocupaba nunca. Seguía siendo fiel a su personalidad, pero su vida era dura.

Lucila, en cambio, era cautelosa y tenía tendencia a preocuparse. No podía correr el riesgo de agotarse del modo que le ocurría a Lara. Vivir haciendo economías o dejarse arrastrar por un hombre en quien no se podía confiar completamente no era lo que ansiaba Lucila. Ella veía la vida de su hermana y temía terminar del mismo modo.

* * *

A excepción de Lara, Lucila no tenía amigos de verdad. Lara le enseñaba, compartía el trabajo, reía con ella y le ofrecía un hogar al que podía ir de visita para participar de la vida familiar. Por norma general, Lucila pasaba los cumpleaños y la gran festividad invernal de las Saturnales en casa de Lara. Ésta sentía un gran afecto por ella, y la amaba igual que a sus propios hijos. Fue un golpe devastador cuando, un par de días después de dar a luz por última vez, Lara murió. Cuando Lucila llegó a la casa, el recién nacido había muerto también.

¡Por Juno! ¿Qué sentido tenía todo aquello?

* * *

Lucila volvía a sentirse perdida por completo. Y lo peor de todo era que cuidar de los hijos de Lara le estaba suponiendo una presión tremenda. Quería hacer lo correcto por su hermana pero, si accedía a ello, las

consecuencias serían funestas. No obstante, los hijos de Lara eran los únicos parientes que tenía de su misma sangre.

Junio manifestó abiertamente la esperanza de que Lucila fuera a vivir con ellos. Del mismo modo que cuando murió su madre y Orgilio esperaba heredar a la hija de su amante, Lucila tenía la sensación de que el curtidor aspiraba a reemplazar a Lara en su casa y en su cama. Eso no iba a ocurrir nunca, pero su mirada calculada y sórdida la deprimía.

Le tocó a ella ocuparse de casi todos los preparativos para el entierro de su hermana.

Fue entonces, justo después del funeral, cuando el pretoriano la encontró sollozando.

* * *

—¡Soy yo… Vinio!

Cayo había dado por sentado que Lucila estaría allí y se sorprendió al no oír respuesta a su alegre llamada. Era de noche, y Lucila rara vez tenía clientes a esas horas. Había traído una mesa auxiliar de bronce y patas corvas para la habitación en la que tenía su diván. Dejó el mueble y se quedó en el pasillo escuchando.

Nunca había estado en el apartamento en ausencia de Lucila; le pareció mucho menos atractivo.

Se le ocurrió una idea sorprendentemente siniestra: que ella pudiera estar entreteniendo a un amante. No tenía nada que ver con él y sería imperdonable que irrumpiera. Seguro que el amante se haría una idea equivocada de la situación. Acobardado, se imaginó la reacción de Lucila…

Era una cortesía entre ellos que ninguno entrara nunca en el dormitorio del otro. (Eso era lo que Vinio creía; Lucila no tenía ningún escrúpulo en entrar en el suyo cuando él no estaba). La habitación en la que trabajaba era territorio franco; llamó a la puerta, entró con paso seguro y la encontró llorando desconsoladamente. Cayo Vinio quedó conmocionado por el horror y el miedo a tener algo que ver, y acto seguido repasó sus acciones

recientes por si acaso era culpa suya. Entonces extendió los brazos para ofrecerle consuelo.

Lucila negó con la cabeza y, con gesto impaciente, movió su liviano asiento para darle la espalda.

Vinio se cruzó de brazos con gesto resignado y aguardó a que dejara de llorar. Hizo caso omiso del instinto de cogerla en brazos como si fuera un lebrato desaliñado. Ya había tratado con mujeres afligidas estando en los vigiles; sabía que la muchacha acabaría rendida y entonces hablaría con coherencia. Lo había aprendido al tratar con la viuda que había entregado sus ahorros a un defraudador que «parecía un buen hombre, con modales exquisitos», y con esa camarera del Gallo de Pelea que asesinó al amante infiel con un hervidor de pescado, golpeándole la cabeza hasta dejársela plana como una pala de panadero para luego rogar a los vigiles que devolvieran la vida a ese sinvergüenza…

Lucila se sonaba las narices con eficiencia. Con las lágrimas secas tenía un aspecto encantador. De todos modos, Vinio era una persona fuerte; no hizo caso de los impulsos de sentar a su coarrendataria en su regazo y besarla hasta que se encontrara mejor. O de hecho, besarla hasta que él se sintiera mejor, ahora que había empezado a pensar que su regazo era un buen lugar para sentarla.

¡Por Júpiter! Teniendo aún a Verania colgada del cuello como una plomada a modo de amuleto, tenía que tratar a Lucila como a una hermana. Él siempre había querido tener una hermana. Como soldado joven y bien parecido, cuando conocía a las hermanas de otros siempre tenía la impresión de que eran muy dulces.

—¿Ya está? —Un gesto afirmativo con la cabeza—. Bueno, dime, ¿a qué venía todo esto? Supongo que el problema lo ha causado algún hombre, ¿verdad?

—¡Sólo un hombre diría eso! —Lucila se levantó de la silla de un salto con aspecto de querer clavarle una horquilla en su ojo bueno. Rápidamente le informó sobre lo ocurrido con Lara, cuyo funeral había sido aquella misma tarde.

Vinio quedó abrumado.

—¡Oh, dioses! Lo siento.

Lucila no podía permitirse el lujo de pelearse con él porque había decidido pedirle un favor que temía que no iba a sentarle bien. Como no veía ninguna alternativa aparte de tomar los hijos de Lara a su cargo y criarlos ella misma, su propuesta era confusa: alquilaría las dos habitaciones de Cayo Vinio.

—Querías una inversión…

—¡Alto ahí! Es una idea de lo más ridícula —Vinio la agarró por los hombros y la sacudió. Parecía enojado de verdad—. Tienen un padre, ¿no es verdad?

—Es un inútil; es repugnante…

—Ah, ya entiendo… ¿Te metió mano frente a la pira? Sea como sea, usa la cabeza. ¿Cómo vas a ganarte la vida con un montón de críos pegados a tus faldas, y sobre todo si intentas hacerte cargo del doble de alquiler por este lugar? —Todo lo que Vinio decía era evidente, pero como Lucila se desmoronó bajo su severa arremetida, se ablandó—. ¡Ay, Lucila! No eches a perder tu valiosa vida. Ahora me estás rompiendo el corazón… Por favor: veamos otra vez tu antigua chispa.

En aquel momento, por una vez, Lucila se hubiera abrazado al cuello del pretoriano. Por desgracia, sus brazos permanecieron rígidos mientras la seguía agarrando de los hombros, por lo que la joven no pudo precipitarse al inevitable desastre.

—¿Y qué puedo hacer entonces? —las lágrimas estaban a punto de brotar de nuevo.

Vinio la soltó enseguida.

—Anímate, muchacha. Tiene que haber una solución. Yo te lo solucionaré.

—Puedo solucionarlo por mí misma —dijo gimoteando con muy poca cortesía.

Vinio se mofó:

—¡Pues a mí no me lo parece! Te ayudaré. No quiero que unos críos llenos de mocos arruinen mi elegante inversión, por no hablar de tenerte a ti refunfuñando e incumpliendo el pago del alquiler. —Consciente de que la

situación se inclinaba a su favor, cambió el tono de voz—. La mejor manera de fraguar las cosas es delante de un cuenco de comida. Estoy hambriento y tú no creo que te hayas molestado en comer nada hoy, ¿verdad? ¿Sirven pollo a la Frontino en ese mesón que hay más abajo en la calle del Ciruelo? Ve a por tu estola; te invito.

—Puedo pagar mis gastos.

—Sólo te estoy ofreciendo comida callejera, no un banquete.

Lucila se relajó un poco.

—Gracias.

—Es un placer.

—En la Vieira hacen albóndigas de pollo o bocados de cerdo —le contó Lucila—. Pero primero tienes que guiñar un ojo.

El viejo emperador Vespasiano lo había prohibido todo menos las legumbres en los figones. Las aburridas gachas disuadían a la gente de entretenerse ante el mostrador lo suficientemente como para empezar a murmurar en contra del régimen político. En su vida anterior, Vinio había vigilado que se cumpliera el edicto de forma poco metódica; cuando descubrían a los propietarios vendiendo carnes en lugar de potaje de lentejas, los vigiles podían presionarlos y sonsacarles información bajo amenazas de suspender sus licencias.

Podía vivir sin albóndigas si el pollo a la Frontino estaba disponible. No había ningún peligro comiendo fuera en público. Suponía una tentación menor que estar solos en el apartamento…, siempre y cuando su esposa no se enterara. Él no tenía malas intenciones. Estaba demasiado comprometido pensando en la manera de resolver el problema de Lucila.

* * *

Vinio encontró una solución con bastante facilidad.

Lo consultó con Lucila y a la mañana siguiente la llevó a visitar a su hermano. Félix y su esposa, Paulina, habían tenido un hijo y una hija, ambos muertos el año anterior de una enfermedad infantil, lo cual era una

tragedia común. Paulina había sido una buena madre y estaba desesperada por tener más hijos. Incluso había sugerido buscar bebés abandonados en los basureros. Tenía cierta aprensión a quedarse embarazada a su edad, pero ansiaba tanto tener hijos que lo estaba considerando…

—Aunque mi marido es conductor, lo cual significa que trabaja de noche. ¡No hay muchas oportunidades de que pase nada!

Durante tal comentario, Lucila vio que a Cayo Vinio le hacía gracia la suposición implícita de que una pareja podía hacer el amor sólo en la cama y por la noche; ella apartó la mirada enseguida.

—La única otra solución —terció Félix— sería comprar una esclava saludable. Puedo hacerle un par de chiquillos sin ningún problema.

Paulina era una mujer de pocas palabras, pero dijo rápidamente lo que pensaba al respecto. Aunque Félix era un hombre grandote con opiniones intolerantes, estaba claro que en su casa era Paulina quien mandaba. Él le hizo una mueca a su hermano pero se echó atrás y pareció extrañamente orgulloso de su fuerte esposa.

Vinio no perdió tiempo y se llevó aparte a su hermano para plantearle su idea. Paulina iba por delante de él. En cuanto se mencionaron los huérfanos de Lara, la mujer le mostró a Lucila la habitación donde habían dormido sus hijos, un santuario intacto que todavía contenía las dos camas diminutas y una hilera patética de figurillas de animales hechas de arcilla; sacó una copia de su lápida con el triste retrato de los niños, y el pato y el cachorro que tenían de mascotas.

Lucila describió a las dos pequeñas, a las que Lara había llamado Marcia y Julia por sus respectivos meses de nacimiento; tenían alrededor de cinco y seis años. Si podían cuidar de ellas, la madre de Junio criaría a los tres chicos mayores, que necesitaban menos atención; de todos modos, al ser muchachos, Junio tenía más interés por ellos. Todo el mundo creía que el bebé, Tito, que tenía apenas quince meses, era demasiado enfermizo para sobrevivir.

Paulina quiso concertar un encuentro sin dilación; Vinio las acompañó a ella y a Lucila a casa de Lara. Desde la muerte de su madre, los hijos más pequeños se habían vuelto muy sumisos. Los chicos tenían la misma actitud

furtiva que su padre; estarían perfectamente bien con él. Las dos niñas eran guapas, como su madre; Paulina les tomó cariño al instante.

Junio accedió con bastante facilidad a renunciar a sus hijas. Su única reacción delicada tuvo que ver con poner a prueba a Vinio:

—¿Cuál es en realidad tu relación con la hermana de mi esposa?

—Soy el tutor de Flavia Lucila —contestó el pretoriano, como si nada.

Su cuñada volvió rápidamente la vista hacia él.

—¿Y cómo ocurrió tal cosa?

—Fui yo quien lo nombró —interrumpió Lucila—. Conocí a Cayo Vinio a través de los canales oficiales cuando nos resultó de mucha ayuda a madre y a mí. Ni se me ocurriría tomar una decisión importante sin consultarla primero con él.

Hasta el propio Cayo pareció sobresaltarse al oír esta declaración, si bien se recuperó lo suficiente como para guiñarle un ojo a Lucila, un gesto curioso viniendo de un tuerto.

—Vinio Félix insiste en que las cosas se hagan como es debido —intervino Paulina, ansiosa por lograr el compromiso de Junio, sobre el cual estaba claro que compartía la misma pobre opinión que tenía Lucila—. Si todo el mundo se adapta bien, adoptaremos formalmente. —Entrecerró los ojos al mirar a Tito, que gimoteaba y al que Lucila estaba atendiendo—. ¿Y qué pasa con esta criatura?

—No te preocupes por él —contestó Junio encogiéndose de hombros—. No pasará de esta semana.

—Dámelo a mí también. Lo confortaré cuando se vaya.

Tal vez no muriera. Lucila creía que si el pequeño tenía alguna posibilidad de salvarse, aquella mujer severa lo lograría.

Se dirigieron andando tranquilamente en doble fila a casa de Félix y Paulina. Las dos pequeñas, con sendas coletas idénticas que la propia Lara les había trenzado hacía dos semanas, caminaban una a cada lado de su nueva madre, Paulina, que las llevaba de la mano. Paulina estuvo un poco brusca en el primer encuentro, pero las niñas habían aceptado de inmediato sus ásperas atenciones. Lucila llevaba al frágil Tito en un cesto. Vinio cargaba con una mochila pequeña que contenía las escasas pertenencias de

los niños, junto con utensilios profesionales de Lara que Junio había transferido a Lucila.

Paulina les ofreció una comida durante la cual Lucila tuvo la extraña sensación de que el hecho de conocer a Félix y a su esposa podría tener repercusiones más amplias. Paulina la había animado a que viera a las niñas siempre que quisiera. La invitarían de nuevo a su casa.

Cuando Vinio y ella se marchaban, Félix se acercó y le dio las gracias por hacer tan feliz a su esposa con aquella familia caída del cielo. A Lucila empezaron a saltársele las lágrimas otra vez.

* * *

Vinio la acompañó de vuelta a la calle del Ciruelo.

—Hiciste lo correcto. Paulina es estricta y Félix los mimará hasta la estupidez; es perfecto. Además, yo seré un tío maravilloso, por supuesto.

Lucila notó que su relación cambiaba de forma desconcertante.

Vinio tenía que ir al campamento, o al menos eso fue lo que dijo. Lucila se preguntó si en realidad no tendría intención de visitar a su esposa en el apartamento conyugal. Fuera cual fuera su destino, no parecía tener prisa alguna por llegar allí. Aquella noche, antes de marcharse, sacó dos sillas al balcón. Félix le había dado una botella de vino que Vinio sirvió en dos vasos. Lucila, que se sentía más tranquila en cuanto al futuro pero de repente exhausta, se dejó caer en su asiento al lado de él.

Estuvieron allí un rato disfrutando de la bebida en silencio. Era un buen vino. En su trabajo como carretero, a veces Félix hacía de transportista para un importador de vino.

—Todo irá bien —la animó Vinio—. Si necesitas ayuda para cualquier cosa, ven al campamento y me la pides. —Silencio—. Puedes pedírmela, en serio.

—Sí —Lucila alzó una mano con la palma hacia él—. Eres un buen amigo, Cayo; lo he entendido.

Era la primera vez que lo llamaba Cayo. Fue un desliz. Era demasiado personal. Aunque se hubiera convertido en el tío de sus sobrinas, Lucila no iba a repetirlo.

Fue entonces cuando Vinio dio la vuelta a la silla y quedó sentado frente a Lucila. Podía haber alargado el brazo y haberle tomado la mano, aunque no lo hizo.

—Quiero hacerte algunas preguntas.

Lucila dejó su vaso en el suelo y se puso a la defensiva de inmediato.

—¿Qué preguntas?

—Háblame de Lara.

—La viste una vez. Estaba aquí un día cuando viniste, hará unos seis meses.

Vinio lo recordaba. Las dos mujeres se parecían mucho. Había oído a Lara en la habitación de trabajo, y le pareció alegre; luego salió para que Lucila la presentara. Era una mujer guapa, si bien con expresión afligida. Apenas se habían conocido, aunque a su parecer la hermana lo había mirado como si la intranquilizara que estuviera cerca de Lucila.

—¿Amaba a sus hijos?

—Sí. Los tenía siempre inmaculados. Se hubiera quedado horrorizada de haberlos visto hoy, sucios y llorosos.

Los niños eran así en todo el Imperio, aunque a muchos otros, incluso en condiciones de penosa pobreza, les daban lo mejor de todo dentro del límite de lo posible. Lara había sido una madre abnegada. Si era la voluntad de los dioses, Paulina y Félix también lo serían.

—Y a ti también te quería —comentó Vinio. «Pensaba que iba detrás de ti. Me consideraba un problema…»—. ¿Cuántos años dirías que tenía Lara?

—Cumplió treinta y seis este año.

Aparentaba cuarenta, pensó Vinio; cuarenta años por lo menos.

—Treinta y seis; ¿y cuántas veces fue madre?

—Oh, unas diez —gimió Lucila con tristeza—. Algunos murieron. Todavía parecía tan joven… para mí, por su carácter alegre, pero estaba agotada. Y no digas «no dejes que eso te ocurra a ti, Lucila», porque ya me lo dijo ella misma bastante a menudo.

—¡Apuesto a que sí! —Vinio continuaba siguiendo algún misterioso hilo de pensamiento—. Cuando tú naciste, Lara debía de tener… ¿cuántos años?

—Quince. Era quince años mayor que yo.

—¿Cuándo se casó con Junio? El tipo es un monstruo, por cierto.

—Cuando yo era todavía un bebé, creo. Muy joven…, demasiado joven. Se casó y se mudó. De modo que en realidad no conocí a Lara en mi niñez.

—Cuando te estaba criando su madre, Lachne.

—¡Era mi madre! ¿Cómo es que te acuerdas de su nombre?

—Me lo dijiste tú, en el cuartel. El día que empezó el gran incendio. La mayoría de vigiles se acuerdan perfectamente de aquel día… ¿Cuándo se convirtió en liberta Flavia Lachne?

—Poco después de nacer yo. Debía de tener treinta años; eran las reglas. Flavia Domitila le concedió la libertad…, o tal vez madre tuvo que pagar por su manumisión; nunca me lo dijo. Lara me contó que de una cosa que estaba muy orgullosa era de que logró ahorrar lo suficiente para comprar la libertad para Lara y para mí.

—Pero en la época en la que debiste de haber sido concebida, tanto Lachne como Lara eran todavía esclavas, ¿no?

—Supongo que sí.

Lucila estaba tan intrigada que no puso objeciones a aquellas preguntas aun cuando se sentía incómoda.

—Deja que adivine… Lara era una joven de temperamento alegre, guapa y muy atractiva, ¿verdad?

—Sí. Tú la conociste. Acabas de ver a sus hijas. Nuestra madre también era muy atractiva. Lara siempre debió de ser hermosa. ¿Adónde quieres ir a parar, Vinio?

—Piensa, Lucila.

Consciente o inconscientemente, Lucila se resistía a lo que él quería que viera.

Vinio dejó la insinuación de momento. Tomó el vaso que ella había dejado y repartió entre los dos lo que quedaba en la botella. Inclinó su vaso

hacia Lucila a modo de saludo y aguardó. Los interrogatorios de los vigiles lo habían convertido en un hombre paciente.

—Son cosas que pasan, querida.

—¿Qué es lo que pasa?

—A las esclavas las seducen cuando son muy jóvenes.

—Estás empezando a ofenderme.

—¡No seas boba! —en su opinión, tenía buenos motivos, de modo que Vinio insistió—. Lara significaba mucho para ti y estaba claro que tú le importabas de verdad… Hasta un desconocido podría darse cuenta. Sólo me preguntaba si alguna vez habías pensado en la posibilidad de que Lara pudiera ser tu verdadera madre, y no Lachne.

* * *

Lucila nunca había imaginado algo así.

En una ocasión anterior, en el cuartel de los vigiles, Cayo Vinio había dicho algo que afectó sus lazos familiares. Ahora lo estaba volviendo a hacer. Él conocía la vida. Conocía las personas. Recogía pistas de ninguna parte y las analizaba como si fuera un forense; sacudía la verdad como las polillas de una capa vieja. En cuanto planteó la sugerencia, Lucila tuvo la sensación de que era probable. Muchas cosas quedaron claras. El aire resentido que Lachne adoptaba de vez en cuando; que Lara se mantuviera ausente durante la niñez de Lucila; la ternura con la que Lara la recibió tras la muerte de Lachne…

Debió de acordarse que Lachne criaría a Lucila para que así Lara pudiera casarse y tener una vida…, si es que podía llamarse vida al matrimonio con el asqueroso de Junio, con sus continuos embarazos. Era algo respetable, menos precario que la propia existencia de Lachne, basada en una serie de amantes, pero ¿acaso Lachne había lamentado después lo que le ocurrió a su hija mayor? Lucila recordó a Lachne hablando con amargura de los acuerdos familiares de Lara.

—No te disgustes —la calmó Vinio—. Lo único que lamento es que no se me ocurriera decir algo cuando Lara estaba viva, para que pudieras habérselo preguntado… No sería un caso único, ¿sabes? Las madres intervienen para ayudar a hijas muy jóvenes que se ven en ese aprieto.

—Bueno, la historia se ha repetido —asintió Lucila con voz apagada—. Lachne dio a luz a Lara a una edad aún más temprana. Es de suponer que fue lo mismo: una esclava seducida, tanto si lo quería como si no.

Vinio pensó que podía ser incluso que el padre de Lara y el de Lucila fuera el mismo hombre; era demasiado considerado para decirlo.

—¿Me perdonas por decírtelo?

—Supongo que sí.

Vinio permitió un poco de ligereza en su tono de voz y, al final, sí que la provocó:

—Al fin y al cabo, soy tu tutor.

Lucila le dirigió la mala mirada que él quería con la nariz metida en su vaso de vino. Vinio esbozó una sonrisa.

Al cabo de un momento Lucila también se permitió sonreír.

* * *

Aquello era peligroso. Asumir la responsabilidad de una mujer con problemas era algo que Cayo Vinio nunca había hecho. Sus esposas, excepto la primera y más joven, apenas necesitaban apoyo moral de él. Lo que querían era su dinero y la posición social del matrimonio, sobre todo del matrimonio con un pretoriano. Estaba muy seguro de que Verania le exigía que fuera fiel aun cuando ella era una perdida. Nunca le había pedido consejo, no se lo había ofrecido a él ni había necesitado consuelo de ningún tipo. Mantener la distancia les convenía a ambos.

Una voz suave en su cabeza le advirtió que tuviera cuidado.

Por otra parte, disfrutaba mucho la cálida sensación que experimentaba cuando aquella alma vulnerable lo miraba pidiendo ayuda. Un alma

vulnerable con unos dulces ojos castaños y un cuerpo atractivo (tal como se permitió observar mientras ella permanecía reclinada bajo las motas de sol).

«Supongo que si me quedara aquí esta noche no dormirías conmigo, ¿verdad?».

«¡Piérdete, Vinio!».

Cuando pareció que Lucila había recuperado la compostura, Cayo la dejó sola. Aunque ella no le guardaba rencor por haber sacado el tema, comprendió que quería pensar en su madre y hermana a solas. Sus relaciones familiares eran muy pocas, y ahora tenía que reconsiderarlas todas.

Él había tenido intención de visitar a su esposa aquella noche. Pero Verania era como un perro o gato celoso; olía a otras personas en él y su aura la hacía estar de morros. Tenían una relación incompleta; no obstante, cualquier indicio de que él tuviera otros intereses la exacerbaba. Era muy posible que incluso la leve sensación de melancolía que lo invadía al abandonar la calle del Ciruelo salpicara la mente de Verania y la afectara como si hubiera cometido algún acto de deslealtad devastadora. Cuando en realidad —Vinio se convenció de ello—, lo único que había hecho era el bien a alguien.

Cuando se aproximaba al Mercado de Livia, ya cerca de su apartamento, de repente cambió de opinión. Una voz lo instaba a regresar a la calle del Ciruelo. Pero Vinio volvió sus pasos hacia las Murallas Servianas y, pasando por la Puerta Viminal, regresó al campamento pretoriano.

OceanofPDF.com

XIII

El equilibrio de poder cambió en Sarmizegetusa.

¿Dónde?

Sarmizegetusa Regia, la ciudadela real de los dacios, se hallaba a unos mil doscientos metros de altitud en los montes Cárpatos, el centro de una serie de poderosas fortalezas desde las que Dacia haría la guerra a los romanos y sus emperadores durante los treinta años siguientes. El hecho mismo de que el nombre de su ciudadela fuera un trabalenguas hexasílabo era indicio de la actitud de los dacios hacia el mundo exterior. Eran un pueblo guerrero. Les importaba un bledo.

Sarmizegetusa tenía proyectos militares, pero también era un centro político y religioso más sofisticado de lo que sus enemigos podrían suponer. Sus habitantes, que explotaban minas de oro, plata, hierro y sal, hacía tiempo que eran ricos y tenían un nivel de vida muy elevado. En un camino de acceso desalentador que subía muy empinado a través de bosques cubiertos de hojas donde unos fríos y exquisitos riachuelos de montaña sonaban sobre los guijarros, no había mojones que señalaran la ciudadela. Sarmizegetusa era un nombre demasiado largo para grabarlo en una piedra. Si tenías derecho a ir allí, ya sabrías dónde se encontraba. Si no, mejor no acercarse.

El corazón de Dacia era una zona remota que un día se llamaría Transilvania, casi enteramente rodeada por la medialuna que formaban los imponentes Cárpatos. Este impresionante enclave era una mezcla de riscos impresionantes, bosques deliciosos, ríos rápidos y llanuras pintorescas. Había lagos volcánicos fascinantes, ciénagas agrestes y cuevas misteriosas. La fauna y flora rebosaban de una abundancia arrolladora, con todo tipo de

criaturas, desde osos, jabalís, linces y lobos hasta diversos ciervos y gamos. Los peces llenaban los arroyos, lagos y ríos. Mariposas fabulosas vagaban por los prados de heno. Las flores silvestres lo inundaban todo. Las águilas planeaban lentamente en lo alto. Nadie daba importancia a algún que otro murciélago vampiro.

Unas pocas rutas inhóspitas se adentraban desde el exterior por puertos de montaña elevados y bien protegidos. Era un terreno hostil, sobre todo en invierno, cuando todos los estrategas coincidían en que las aproximaciones sólo debían emprenderse en caso de necesidad extrema o de contar con la muy dudosa ventaja de la sorpresa. Ciertamente, una invasión en invierno supondría una sorpresa…, porque sería un suicidio.

En el interior había fortalezas inexpugnables en las cumbres, además de una antigua ciudad regia y otras de las que nadie había oído hablar nunca y de las cuales la capital era la más magnífica. Cualquier dacio bien podía creer que todos los caminos conducían a Sarmizegetusa. Aunque el nombre no era elegante en ningún idioma, poseía un timbre portentoso en tanto que lo de «todos los caminos conducen a Roma» puede sonar, en comparación, como un verso de una comedia musical.

En Sarmizegetusa, la fortaleza cuadrilátera que coronaba el monte estaba protegida por sólida mampostería, unos bloques enormes que se conocían como «la Muralla Dacia», con unas puertas monumentales. Como edificio militar estaba a la altura de cualquier acrópolis griega, de la magnitud de las Murallas Ciclópeas de la antigua Micenas, aunque un ingeniero dacio afirmaría que ellos tenían una mejor disposición y mejores acabados en la mampostería. La muralla dada era una estructura tremenda, con un doble revestimiento de piedra unido con maderos y un núcleo de tierra y escombros bien apisonados. En el exterior de la fortaleza, las zonas civiles ocupaban aproximadamente un centenar de grandes bancales artificiales a este y oeste. Sus edificios eran sofisticados, a menudo poligonales o circulares, trazados con gran precisión. Había recintos domésticos, talleres, depósitos y almacenes. El agua se bombeaba mediante un sistema complejo, con tuberías de cerámica que alimentaban los hogares

de los bien nacidos. La ciudadela tenía todos los equipamientos de una población floreciente que se beneficiaba de una economía pujante.

El antiguo idioma dacio se hablaba por toda la Europa central, pues muchas otras tribus lo utilizaban para el comercio y la política. Los dacios eran expertos en ética, filosofía y ciencia, incluyendo física y astronomía; jugueteaban con la adivinación egipcia; tenían contacto con los griegos. Con el ánimo levantado por su hermosa nación y estimulado por su enorme riqueza, los dacios eran famosamente religiosos. En Sarmizegetusa habían creado un santuario en el que un gran disco solar mostraba su dominio de un calendario propio, en tanto que un círculo que combinaba piedras y madera les permitía honrar al solsticio de invierno, unos inviernos que allí eran muy crudos. Las largas y oscuras noches ansiando la renovación del sol los hacía propensos a la melancolía, igual que a todas las gentes del norte.

Habitaban la encrucijada de la Europa central. Por lo tanto, tenían que elegir entre verse subyugados por todo aquel que cruzara por allí o combatirlo. Tomaron esta última opción. Los dacios no eran célebres por su cobardía precisamente.

* * *

Desde el punto de vista romano, Dacia había permanecido inactiva durante un centenar de años después de que el emperador Augusto aplastara a un rey llamado Burebista. Para los dacios, Burebista no fue aplastado y seguiría siendo un ideal mítico. Acabaron con él los aristócratas envidiosos de su propia nación, una dificultad local que era una mera complicación en la historia. Para ellos, no tenía nada que ver con el futuro de Dacia como potencia mundial.

Según se decía, una de las medidas del rey Burebista fue arrancar los viñedos dacios y convencer a sus guerreros para que dejaran de beber los fuertes vinos tintos de su tierra natal. Estos vinos podrían proporcionar una pista sobre el porqué del lento acaecimiento de la supremacía dacia. Y por

qué, después de replantarse las viñas, la prosperidad dacia volvió a descender durante largo tiempo.

Bajo el reinado de Burebista, la influencia territorial dacia se había extendido en toda su amplitud, desde el mar Negro hasta el Adriático y desde los Balcanes hasta Bohemia, siempre con Transilvania como centro político. Burebista había consolidado las tribus dacias incluyendo a los influyentes getas, o godos, quienes habían dejado huella en el pasado y volverían a hacerlo. Aun así, cometió el error de ponerse de parte de Pompeyo contra Julio César. Esto ofendió no tan sólo a César sino también a su joven y desgarradoramente ambicioso sucesor, Augusto, que invadió Dacia resuelto a debilitar su posición. Sin embargo, antes de que llegara, Burebista fue asesinado. La coalición se desintegró en inútiles facciones enfrentadas. Posteriormente, durante un siglo, los dacios mantuvieron una tregua con Roma, lo cual significaba que aceptaban todo el dinero que Roma les ofrecía y a cambio eran unos aliados de los que no te podías fiar en absoluto.

Asesinar a su líder fue un error, aunque fue uno del que era posible aprender. En opinión del dacio al que se conocería como Decébalo, la inactividad hacia Roma ya había durado suficiente. Este hombre empezó a establecerse por la época de los Flavios romanos. No había la más mínima duda de que era persuasivo e inteligente. Al igual que muchos otros héroes, debió de ser consciente de su propio potencial desde una edad temprana, asumiendo la carga de convertirse en grande, que siempre es un destino solitario pero mucho mejor que no tener ninguno.

Era una figura autoritaria. Robusto y de mejillas caídas, vestía el traje tradicional dacio que, a diferencia del vestido mediterráneo, estaba diseñado para abrigar: pantalones largos de lana recogidos en el tobillo, una túnica de manga larga, una capa corta con ribete de piel o de flecos prendida en un hombro con un broche enorme. Sus rizos juguetones iban coronados por un gorro, con la visera vuelta para proporcionar una bolsa de aire aislante adicional. A diferencia del emperador Domiciano, Decébalo no tenía ningún problema con la calvicie de la mediana edad y también hacía gala de una exuberante barba rizada. Unas figuras totémicas de él, talladas en el

lecho de roca en los caminos de acceso dacios, mostraban un rostro sumamente pugnaz.

Los romanos eran tan indiferentes a cualquiera que ellos denominaran bárbaro que no tenían muy claro si aquel hombre se llamaba Duras, o Diurpaneo, o si el Diurpaneo original era la misma persona que el posterior Decébalo o era un rey que cedió su liderazgo a Decébalo porque éste era mejor guerrero. A Diurpaneo/Decébalo no le importaba cómo lo llamaran los romanos; él sabía quién era.

También sabía mucho sobre Roma. Escuchaba; hablaba con los que estaban de paso; observaba. Sabía tanto como los romanos sobre lo que éstos estaban haciendo en el Rin y el Danubio, más que la mayoría de ciudadanos del Imperio, cuyos mal informados comentaristas lo veían como un misterioso habitante del bosque cuya nación existía sólo para que Roma acabara invadiéndola.

Albergaba otro sueño. Aparte del hecho de que «Imperio romano» era más fácil de pronunciar, no había razón para que Europa debiera ser un rico botín para los sureños imberbes de piernas descubiertas que comían pescado e iban untados de aceite de oliva, la mayoría de los cuales no sabían montar a caballo. Como tenía pensado combinar a los dacios en una sola fuerza —lo cual no era tarea fácil—, parecía factible que bajo un buen liderazgo —el suyo, por ejemplo— pudiera surgir en cambio un «Imperio Sarmizegetuso», de la misma importancia que cualquier cosa romana, aunque un poco más difícil de pronunciar, eso había que reconocerlo.

* * *

Durante más de diez años, Diurpaneo había observado las modificaciones estratégicas en lo que los romanos creían que era su frontera. Retenían el oeste, quizá de manera temporal, pero en Europa central la geografía estaba dominada por dos enormes ríos. El Rin transcurría de norte a sur a través de Germania. Sus bosques orientales estaban escasamente poblados y eran bastante tranquilos. El Danubio, un

río aún más largo, empezaba al norte de los Alpes, a menos de veinte millas del Rin en la Recia, con lo cual quedaba un estrecho pasillo por el que los pueblos migratorios podían aparecer en un ciclo milenario de este a oeste sin mojarse los pies. El Danubio iba hacia el este por la Recia y Nórica, tras lo cual se lanzaba casi directamente hacia el sur al corazón de Panonia, aumentando su fuerza, y luego torciendo hacia el este de nuevo por lo alto de Moesia hasta que sus muchos brazos vertían sus aguas al mar Negro a través de una serie de canales. Para Roma, aquello era el fin del mundo. Un lugar al que exiliar poetas. Un destino mucho peor que la muerte.

En general, se admitía que los romanos debían aceptar aquellos ríos como límites naturales. Más allá había enormes extensiones de territorio sin más fronteras que pudieran patrullarse, tierras que resultaría imposible conquistar, o si se conquistaban, imposibles de retener, sin ninguna razón sensata además para hacerlo. El Danubio era difícil de cruzar en gran parte de su longitud, por lo que, salvo cuando se helaba (cosa habitual y que históricamente se sabía peligrosa), esta frontera se podía controlar.

Los romanos se habían establecido a lo largo del Rin y del Danubio, lindando frente a frente con las tribus díscolas que vivían al otro lado. Diurpaneo era consciente de que, primero Vespasiano y ahora su hijo Domiciano, veían la posición como peligrosa. Tanto si las tribus bárbaras iban también en busca de nuevo territorio, si se estaban viendo obligadas a retroceder por otros pueblos ávidos de tierras de la Europa más interior, o si sólo acudieron a pelear porque les gustaba, los romanos necesitaban fortalecer su frontera. Vespasiano, Domiciano y sus sucesores siguieron una consistente política de afianzamiento. Por lo tanto, la derrota de los catos por parte de Domiciano fue mucho más importante de lo que les parecía a sus críticos de Roma, quienes lo acusaban de ser demasiado ambicioso y de querer un triunfo falso. Dacia se lo tomó en serio.

En primer lugar, los catos eran una importante potencia militar. Como guerreros, reclamaban respeto. Eran poderosos y amedrentadores. A los varones los entrenaban para matar, y se esperaba que lo hicieran antes de poderse contar como miembros plenos de su tribu. Sus fortalezas estaban hechas de piedra y el acceso a ellas era casi imposible. Hasta los romanos

decían que allí donde otras tribus simplemente libraban batallas, los catos hacían la guerra. Elegían a los oficiales e incluso los obedecían. En campaña llevaban herramientas además de armas y levantaban campamentos adecuados por la noche, igual que los romanos. Planeaban su estrategia todos los días y elaboraban un programa, un sistema que a otras tribus les parecía innecesariamente organizado. Funcionaba. La campaña de Domiciano contra ellos había sido reñida y encarnizada; la lucha seguía en curso en los bosques de la invicta Germania incluso pasados dos años tras su triunfo oficial.

El hecho de que Domiciano se hubiera puesto el nombre de «Germánico» tras haberse ocupado de los catos demostraba que comprendía la importancia crucial de su victoria. Al anexionar su territorio había recortado un incómodo ángulo agudo en la enorme frontera romana, reduciendo en muchas millas la extensión que hacía falta proteger. Había acorralado a los beligerantes catos en sus fortalezas, resguardando las rutas comerciales (incluyendo la ruta báltica del ámbar) con su nueva frontera. Allí estaba construyendo una serie permanente de torres de vigilancia de madera que protegían un camino militar. Corrían rumores de que se estaba planeando construir un terraplén o al menos una empalizada en toda su longitud. La nueva frontera sería el legado perdurable de Domiciano que permitiría a los romanos la supervisión de las tribus germánicas durante los siglos siguientes.

Lógicamente, tal como reconoció Diurpaneo, Domiciano debía de ir a por Dacia. Aunque todavía no había alterado el número de legiones, que seguía siendo el mismo desde la época de Nerón, las que estaban en Moesia y que se encontraban justo enfrente de Dacia se estaban reforzando con unidades sacadas de sus auxiliares británicos y germánicos. De momento había dos legiones en Panonia, una en Dalmacia y tres en Moesia, lo cual no era mucho para una frontera tan extensa, pero tanto Vespasiano como Domiciano habían reforzado las defensas del río de manera constante. Habían construido nuevos fuertes de forma discreta. Habían establecido bases adicionales para las flotas de Panonia y Moesia que patrullaban el Bajo Danubio.

Al considerar los ajustes que tenían lugar al otro lado, supo que la llegada de Domiciano al Danubio debía de ser sólo cuestión de tiempo. Era un emperador relativamente joven, hijo y hermano de generales famosos, que quería hacerse un nombre. Diurpaneo podía sentarse a esperar que eso ocurriera…, o podía atacar primero.

Atacó… y lo hizo con fuerza.

* * *

Había existido una larga historia de ataques relámpago por el río, pero aquél fue distinto. Recién unidos bajo Diurpaneo, los dacios cruzaron en tropel cerca de Novae. Era una antigua población tracia situada en una posición estratégica en Moesia, desde la que se dominaba un cruce de caminos en la ribera sur y se controlaba uno de los puntos más fáciles de cruzar del Danubio. Aunque los soldados de la línea de fuertes romanos llevaban años mirando al norte y esperando exactamente aquello, los pillaron por sorpresa. Montones de dacios atacaron e invadieron la provincia. Devastaron la orilla del río. Se adentraron más hacia el sur y destruyeron ciudades y fortificaciones. Se perdieron muchas vidas. Una amplia zona quedó sumida en el caos. Entonces los dacios no se limitaron a saquear y retirarse; a pesar de la inevitabilidad de las represalias romanas, se atrincheraron y se quedaron.

El arma preferida de los dacios era una espada larga con el extremo curvado como una hoz y que los romanos llamaban *falx*. Los estrategas rivales afirmaban que era incómoda de manejar e inútil contra los escudos, pero los guerreros dacios sabían cómo utilizarla. De cerca servía para destripar con eficiencia. Estaba muy afilada y podía utilizarse de otras muchas maneras. Cuando Diurpaneo y sus dacios desbocados capturaron al gobernador romano, Opio Sabino, lo mataron decapitándolo.

La noticia tardó un mes en llegar a Roma.

OceanofPDF.com

XIV

Inevitablemente, la muerte de Lara supuso un cambio en la vida de Lucila. Durante los tres primeros años del reinado de Domiciano, ella y su hermana —¿o en realidad era su madre?— habían estado muy unidas. La diferencia de edad siempre hizo de Lara la guía; ahora Lucila veía que se trataba de algo más que simple veteranía. Lara tenía conocimientos para enseñarle y al principio proporcionó la base de su clientela. Volviendo la vista atrás, advirtió que Lara siempre tomaba las decisiones: para quién trabajar, cómo organizar las citas, incluso de qué color darían al cabello de un cliente o el momento adecuado para renovar el peinado de una mujer. Lucila, haciendo uso de su destreza con las horquillas, tenía su propia experiencia, de modo que nunca había habido peleas por la supremacía. Que Lara tomara la iniciativa siempre había parecido lo más normal.

Ahora Lucila tenía que tomar todas las decisiones.

Aunque se sentía triste e insegura, nunca desatendió el negocio. El trabajo se le ofrecía como un consuelo natural. Era buena en lo que hacía; podía trabajar incluso mientras su mente vagaba pensando en Lara y Lachne. Abarcar todas las tareas que antes había compartido con Lara la mantenía sumamente atareada. Perdió una o dos clientas que habían tenido un apego especial hacia Lara, pero la mayoría siguieron siéndole fieles. Se hizo necesario tomar en consideración formar a una ayudante.

Compró una esclava. Al ser hija de una liberta, le suponía un conflicto, pero al menos pudo adquirir a la chica de Flavia Domitila. Lucila no tuvo que aventurarse a entrar en un mercado de esclavos donde los capataces trataban su mercancía peor que a animales, abriéndoles la boca para mostrar cuántos dientes les quedaban, dejando que los clientes lascivos sopesaran

los pechos de las chicas jóvenes y haciendo aseveraciones groseras a voz en cuello sobre sus partes sexuales y posibilidades futuras. En cambio, a la chica de Domitila, que se llamaba Glyke, pudo ir a verla tranquilamente a la casa y luego se la entregó el mayordomo sin tener que pasar vergüenza; Estéfano sólo exigió un soborno modesto por arreglar la transacción.

La esclava de una liberta podía tener que enfrentarse a una vida particularmente cruel. En ocasiones, aquellos que habían soportado palizas y otros abusos en sus primeros años de vida los imponían peores a sus propios esclavos. Lucila supuso que Glyke apreciaría el hecho de que a ella no le ocurriera tal cosa. Pero pasado un año, la ingrata Glyke se escapó con el chico de reparto de un panadero. Lucila podría haberlo denunciado a los vigiles y hacer que buscaran a su esclava fugada, pero se contuvo. Glyke estaba enamorada. El chico del panadero podría haber fingido afecto, pero sin duda acabaría por plantarla. Tenía esa mirada. Para una chica tan joven, el hecho de que la abandonaran ya sería suficiente castigo.

* * *

Glyke tal vez nunca había caído en la cuenta de que sólo era unos cuantos años menor que su nueva ama. En cuanto a criterio y aplomo, había un mundo de diferencia entre ellas.

No obstante, Lucila ocultaba serias dudas. Era afortunada en ciertos aspectos. Sobreviviría económicamente. Su base de clientes era suficiente. Podría crear un negocio mucho mayor; supondría un duro trabajo, aunque para ella el trabajo era un placer. No obstante, le ocuparía todo su tiempo. La compra de Glyke le mostró los problemas de la gerencia. La chica compartía su labor, sí, pero Lucila pasaba demasiado tiempo enseñando y supervisando; no podía confiar en que la joven esclava trabajara por propia iniciativa cuando estaba en juego su reputación. Además, tenía que acogerla y darle de comer. Glyke dormía en la habitación de trabajo en el apartamento, pero no dejaba de dar la lata para que le permitiera entrar en el alojamiento del pretoriano. Parecía incapaz de entender que sus

habitaciones estaban fuera del control de Lucila y que ésta no tenía ningún deseo de adquirir un compromiso con Vinio.

Cuando Glyke se escapó, el sentimiento más intenso que experimentó Lucila fue de alivio. Cargó con la pérdida económica, que quedó compensada por el hecho de volver a estar sola en casa y sin presiones. Era maravilloso tener otra vez el apartamento para ella sola. Vinio le había dicho que podía utilizar la habitación en la que tenía el diván como zona privada para ella; como Glyke no estaba, Lucila así lo hizo.

El hecho de que se sintiera cómoda sin compañía no significaba que anhelara una vida de soledad. A sus veintiún años, su condición de mujer soltera se estaba convirtiendo en motivo de tristeza. Se acobardaba al pensar en verse atrapada con la pareja equivocada, pero si alguna vez soñaba con su futuro se imaginaba a alguien en su cama y en su mesa.

Al igual que a Lachne, y era de suponer que también a Lara, los hombres la atraían. A pesar de su cruda experiencia de la vida, por mucho que ansiara el amor físico, Lucila albergaba esperanzas idealistas. Quería un compañero de verdad; además, ella creía que podía ser una buena madre si alguna vez tenía hijos.

Tenía pocas aventuras. No obstante, conocía el comportamiento de los hombres. En el trabajo pasaba casi todos los días escuchando hablar a las mujeres sobre este tema, en general para quejarse. Una mujer y su peluquera tal vez nunca pasaran un rato juntas en sociedad, pero estaban íntimamente enteradas de los pormenores de la vida de la otra. Hablaban de forma rutinaria de esposos e hijos, padres y hermanos. Se catalogaban sus formas de ser y sus carreras profesionales, a lo que con el tiempo seguían sus hábitos y aventuras. Lucila, a quien se le daba bien escuchar, absorbía todo aquello y adquiría así más sabiduría de la que era consciente.

Sería un desperdicio si no encontraba a un hombre.

* * *

El lugar ideal para buscarlo era Alba, estaba claro. A Lucila siempre le había encantado Alba y, ahora que no tenía a Lara insistiendo para que se quedara en Roma cerca de sus hijos, podía ir adonde quisiera. Si la corte estaba en Alba, Lucila podía pasar todo el verano allí.

Era un lugar de veras hermoso. A un lado había unas vistas impresionantes sobre una ladera boscosa que descendía escarpada hacia la perfección de la cuenca del lago, cuya superficie era con frecuencia turquesa por el reflejo del cielo, con unas cuantas aves marinas dispersas cabeceando en medio de sus aguas. En la roca de la orilla se había tallado un ninfeo, o fuente arquitectónica, y su entrada enmarcaba de un modo espectacular la vista del monte Albano, coronado por el reluciente templo blanco de Júpiter Latiaris. En dirección contraria había enormes bancales ajardinados que miraban a Roma y al mar Tirreno, que podían divisarse a lo lejos.

Se llamaba Alba a la villa de Domiciano, pero en realidad era como una pequeña ciudad. Había mujeres presentes allí aunque, aparte de unas pocas nobles, solían estar empleadas en tareas domésticas o bien ocupaciones rapaces. En cuanto a los hombres, Lucila sabía que su primera elección seria debería haber sido fácil: los esclavos libertos de la familia imperial. Sin embargo, le parecían unos desconocidos. Después de que Lachne fuera manumitida y abandonara la casa, Lucila había perdido la ventaja de conocer bien a cualesquiera posibles candidatos, y de que la conocieran a ella.

Podía parecer que tenía muchas alternativas: los consejeros y asistentes personales del Emperador; artistas, músicos, poetas y eruditos; arquitectos, ingenieros; expertos en finanzas, secretarios, soldados; atletas y gladiadores profesionales. Algunos de ellos estaban casados, si bien muchos dejaban a sus esposas en alguna otra parte. De éstos, los había con nobleza, comedidos y fieles: no muchos. De vez en cuando, uno de los mejores hombres desarrollaba una debilidad por Lucila e iniciaba un flirteo aceptable bromeando alegremente.

A la mayoría había que evitarlos. Sólo querían pasar un buen rato y no lo ocultaban. Lucila se vio apurada en su primera e ingenua búsqueda de

una amistad. Como peluquera se la consideraba una versión, más barata, limpia y patriótica, al ser del país, de las sórdidas flautistas sirias o las famosas bailarinas españolas, un mero polvo fácil por el que los hombres ni siquiera pagarían. Nadie admiraba a una peluquera por su castidad. El hecho de que se resistiera a tener encuentros sólo servía para convertirla en un reto aún mayor para aquellos que se creían especiales, y donde «especiales», desde su punto de vista, significaba sexualmente irresistibles.

Había otros hombres disponibles para Lucila porque eran tan desmañados que ninguna mujer con un poco de sentido común los tocaría. El hecho de que diera la impresión de no tener contactos parecía atraer a esos personajes inútiles hacia ella; y luego, si les decía que no, se indignaban.

Algunos aventureros se interesaban por ella porque habían evaluado su éxito e iban tras su dinero. Uno de ellos llegó incluso a decírselo; su honestidad tenía cierto encanto pasajero, pero aun así lo rechazó.

* * *

Empezó a parecer imposible encontrar un compañero leal entre aquellos desastres potenciales. Lucila podía tener toda una serie de parejas sexuales, sin duda, si podía soportar las uniones breves, la acción unilateral, los hombres que comprobaban nerviosamente la hora del día con objeto de encontrar excusas para marcharse, el pánico absoluto por su parte si alguna vez ella parecía más necesitada. De vez en cuando se acostaba con alguien, pero no conseguía encontrar permanencia ni verdadero placer.

Necesitaba un hombre al que no le molestara su talento ni intentara tomar el control sobre ella. Debía tener un negocio o bien una carrera profesional, pero no donde se necesitara la ayuda de una mujer sin pagarle; Lucila quería continuar con su trabajo. Sería mejor que el hombre en cuestión estuviera relacionado con la corte, el mundo de Lucila. Debería tener la misma movilidad que ella, por las mismas razones.

Sin embargo, la manera en que Lucila se movía a su antojo entre Alba y Roma resultaba en sí misma chocante para muchos hombres. Parecía caprichosa. Su libertad para ir de un lado a otro daba a entender que podría llevar una doble vida: si no lo estaba haciendo ya, podría hacerlo en un futuro y traicionar a cualquier pobre desgraciado que se refugiara con ella de forma permanente. Si todos sabían sobre el adulterio era porque ellos, los hombres, lo practicaban a menudo. Tenían citas secretas por duplicado; revoloteaban de una nueva pareja a otra; mentían y se salían con la suya. Alba tuvo muchos arribistas que durante años mantuvieron a una esposa e hijos a los que dejaban en alguna pequeña población, una granja, un callejón de la capital, pero que, en el mundo separado de la villa, se lo pasaba en grande con una bailarina, una cantante o una sirvienta imperial: una ayuda de cámara, una bordadora, una encargada del joyero, una peluquera. Algunos se movían en torno a bandadas de estas damas describiendo una danza campestre en continuo cambio. Inevitablemente, a la hora de retirarse se escabullirían de nuevo al pueblo o a la granja.

El ambiente sutilmente irreal suponía un problema. Por mucho que a Lucila le encantara el vasto complejo de la villa, reconocía sus falsedades. Alba se encontraba a veinte millas de Roma, lo bastante cerca como para hacer el viaje por la Vía Apia en un día con el mejor transporte. Parecía un lugar accesible, pero era remoto. Parecía cosmopolita, pero era íntimo. Todo sugería una sencilla vida rural, aunque era una vida impregnada de lujo. En todas partes había sirvientes que andaban con paso suave y uniformes de un blanco resplandeciente con adornos dorados; se traían rosas blancas en cantidades enormes desde Egipto para decorar y perfumar los salones de mármol. La realidad desaparecía en las puertas de entrada.

Domiciano pretendía demostrar que «Roma» era el Emperador. El poder ya no residía en el Senado, el cual se hallaba físicamente restringido a la Curia en el Foro de la ciudad; ahora el poder se centraba en él. Domiciano no se había retirado a Alba de la misma forma en que lo había hecho Tiberio, el emperador a quien más estudiaba, una figura austera que se había exiliado a Capri para llevar una vida de huraña perversión, apartado

de la sociedad romana. Domiciano, en cambio, hizo de Alba el corazón de las cosas que importaban.

Su villa se consideraba una ciudadela lúgubre, llena de recelos y amenazas. Su belleza y amenidades lo desmentían. El arquitecto, Rabino, quien entonces estaba creando también un asombroso palacio nuevo en Roma, había ideado en Alba un edificio con un uso sofisticado del espacio y los materiales. Los placeres personales de Domiciano eran culturales. Se rodeó de música y poesía, representaciones y lecturas en su teatro, atletas y gladiadores en su arena. También le encantaba la caza. A pesar de tener panza y unas piernas largas y delgadas, se había convertido en un arquero particularmente bueno, capaz de disparar dos flechas a la cabeza de un ciervo de manera que parecían cuernos. En una ocasión hizo que un esclavo sostuviera los dedos en alto y fue disparando entre ellos sin causarle ninguna herida. Y pasaba muchas horas paseando por sus magníficos jardines.

Además de las actividades al aire libre también daba cenas, unas cenas que para él casi eran una obligación porque prefería tomar su comida principal a la hora del almuerzo y en privado. Por la noche se limitaba a observar a los demás, echando a perder su disfrute mientras los miraba masticando una manzana con aire taciturno. Su reticencia social representaba su austera autoridad moral. Aun así, para aquellos privilegiados que compartían su vida en Alba, mantenía una mesa elegante si bien tendía a concluir los banquetes temprano y luego se retiraba a sus aposentos privados.

En cuanto Domiciano se perdía de vista, todo valía. Todas las noches llegaba el momento en que daba la sensación de haberse levantado una restricción. Lucila se sentía tentada, aunque solía rehuir la decadencia. No obstante, a veces se le hacía demasiado difícil soportar la soledad.

* * *

Era el final del verano y los días, aunque calurosos y con tardes sofocantes, ya empezaban a acortarse. El Emperador estaba reuniendo un ejército para Moesia. Domiciano se iba a dirigir allí en persona muy pronto. Lo acompañarían sus consejeros, sus libertos, sus pretorianos. Al comandante de la Guardia, Cornelio Fusco, le habían otorgado el mando general.

Estaban todos nerviosos. El inminente traslado de la corte había impuesto una atmósfera de fin de temporada que inquietó tanto a los que debían marcharse como a los que se quedarían en Roma.

Lucila estaba insoportablemente inquieta. La última vez, cuando el Emperador fue a Germania, su hermana aún estaba viva y para pasar tiempo con Lara había aceptado que el traslado de la corte sólo implicaba que durante una temporada las hermanas llevarían una existencia más tranquila en Roma. Ahora se cernía sobre ella una mayor sensación de pérdida. No era sólo que su vida doméstica fuera solitaria, sino que con el gran éxodo masculino perdía toda oportunidad de hacer relaciones. En más de un año no había hecho ninguna que valorara. No tenía amante. No podía ni prever tener uno. Si echaba un vistazo a los hombres que conocía, éstos le despertaban tan poco entusiasmo como ella a ellos. Perdió fe en sí misma. No tan sólo se sentía frustrada, sino también muy sola.

Hubo una noche en particular en la que cualquier hombre que utilizara una pizca de encanto hubiera podido tenerla. Unas cuantas bromas compartidas lo hubieran conseguido. Un obsequio de medio cuenco de cerezas, alguna teoría filosófica insulsa, acariciarle el empeine estando sentada en un tramo de escaleras, cualquier cosa hubiese bastado. Tal vez por suerte para ella, ese estado de ánimo desenfrenado que la disponía a la seducción les daba demasiado miedo a la mayoría.

En la terraza principal, el Emperador asistía a un concierto en su teatro en miniatura. Era una verdadera joya, decorado con mármol, un lugar íntimo y exclusivo. Aproximadamente unas veinte gradas de asientos de piedra formaban un semicírculo apretado, tanto que los amigos de un lado podían conversar con los del otro con el centro de por medio, en tanto que

desde su trono de mármol situado a medio camino, Domiciano podía presidir y sentirse el centro de una reunión sofisticada.

La música elegante de aquella noche era demasiado refinada para muchos aduladores, que se habían quedado fuera, demasiado impacientes, escandalosos y superficiales para apreciar las cadencias mesuradas de la lira y la flauta. La gente se había apiñado en pequeños grupos en una terraza en la que había una fuente en forma de cuenco enorme y allí esperaron a que saliera Domiciano con su círculo de allegados. Eran personas tranquilas pero tenían mala lama. Las botellas pasaban de mano en mano, fuertes perfumes inundaban el aire, las bromas lascivas salpicaban todo intercambio verbal y se suponía abiertamente que todos los presentes tenían tediosas esperanzas de copular.

Lucila iba a la deriva entre ellos, en un grupo formado en torno a Earino, el eunuco de Domiciano. Era un joven exquisito, elegido en Pérgamo y enviado a Roma para el Emperador, y que resultó ser demasiado bello para mandarlo de vuelta cuando el Emperador adoptó una nueva actitud moral. Domiciano había decidido avergonzar a su hermano Tito, quien había tenido eunucos, prohibiendo la castración masculina por ser una atrocidad antinatural; aun así, hizo caso omiso de sus propios reparos al tratar con favoritismo a aquel chico suave y perfumado con sus brazaletes y collares. Earino probaba el vino del Emperador y luego le pasaba los raros vasos de fluorita como Ganímedes asistiendo a Júpiter, una analogía que Domiciano adoraba puesto que lo hacía parecer divino.

Como siempre, la charla salaz giraba en torno a cuánto había perdido el copero en su castración y qué actos sexuales aún podía realizar Earino. La gente siempre estaba con la historia de su dolorosa amputación de una forma obscena. Él, impertérrito, disfrutaba con la atención. Según él, tenía mucha demanda entre las esposas de los senadores, sobre todo cuando no había riesgo de embarazo. A pesar de cualquier disminución de su apetito sexual, se acostaba con cualquiera. Hasta se ofreció a Lucila, no del todo en broma.

—¿Quieres echar un polvo? Te lo dejo a mitad del precio habitual.

Aquel joven amante egocéntrico sacaba de quicio a Lucila, quien sabía que se había cortado el pelo y había enviado los mechones metidos en un cofre de oro a su ciudad natal de Pérgamo; le había rogado a un poeta que escribiera un poema lírico de celebración, como si fuera una persona de importancia.

—Menéatela tú mismo, Earino. A mí me gusta un amante con pelotas.

En aquel preciso momento vio a Cayo Vinio.

Vinio, que sentía una profunda admiración y un verdadero amor por la música, había salido del teatro. No estaba de servicio e iba desarmado; subió a toda velocidad un corto tramo de escaleras chapadas de mármol hasta el lugar de la terraza llana en el que Lucila y sus compañeros formaban un grupo ruidoso. Debía de haber abandonado el concierto pronto, por lo visto abrumado por la tristeza. Lucila creyó ver incluso que se enjugaba una lágrima.

Sabía que la había visto. Estaba claro que había oído la conversación. Su expresión de desprecio fue hiriente. No hablaron. Vinio desapareció. Lucila se sintió humillada… y luego molesta, porque lo que hiciera y a quién tratara era asunto suyo, pensara lo que pensara el pretoriano.

De pronto le importaba lo que él pensara. Eso la enojó aún más.

Cuando salió Domiciano y su séquito fue tras él en bandada y abandonaron el teatro, Lucila se separó del grupo con el que iba. Estaba de mal humor, y más cuando había bebido vino después de haber comido muy poco. Aquella noche el vino ejercía una fuerte atracción, de modo que cuando se marchó sola se llevó una botella consigo. Se fue andando con rapidez para disuadir a cualquiera que intentara hablar con ella.

Había una larga avenida, resguardada por una ladera elevada, que se alejaba del teatro. A mano izquierda, Lucila tenía una hilera de estrechos arriates de flores con unos muros bajos que llevaban canales de agua, adornada a intervalos con grutas, estatuas y fuentes. A su derecha había más extensión de jardines formales con poda ornamental. Por todas partes parecía estar lleno de parejas entrelazadas y de gente riendo, y gritos distantes que resultaba imposible interpretar: tontería, protesta fingida o hasta llamadas reales de ayuda, aunque nadie prestaba atención. Siguiendo

por aquella terraza llegaba un punto en el que se abría un túnel bajo la ladera al que se descendía por unos escalones y a continuación un pasillo lo bastante ancho para cuatro personas iba hasta la terraza superior y los alojamientos. Su primera idea había sido dirigirse de vuelta a su habitación por allí. Furiosa, infeliz y atontada, Lucila pasó de largo la entrada.

* * *

Alguien, un hombre, empezó a seguirla.

Tras un sobresalto asustado, reconoció aquel modo de andar tranquilo. Confirmó con disimulo que se trataba de Vinio. Lucila apretó el paso. Las lentas pisadas del otro continuaron.

En el extremo más alejado de la avenida, allí donde apenas nadie más había ido, llegó a un pequeño recinto ajardinado, rodeado de paredes altas y follaje, con un estanque en forma de pétalo decorado con arbustos ornamentales. Lucila se detuvo y aguardó, sintiendo un golpeteo de anticipación, a que Vinio la alcanzara.

Él no estaba muy contento con ella.

—¿Qué estás haciendo, por el Hades?

—Paseando.

—Tonterías. ¿Por qué razón vas rondando por ahí sola y ensoñada, con una botella de vino?

—Quiero alejarme de la gente.

—¿Llamando la atención de las personas equivocadas? Estos jardines son el dominio de mis aburridos colegas. Ellos juzgan a las mujeres según una escala móvil; es decir, desde ramera a putilla pasando por sucia bailarina de pandereta y terminando sólo con suma y reiteradamente follable…

—No se me ha acercado ninguno.

—Porque los miré mal, sólo por eso.

Vinio tenía razón. Varios de los hombres que deambulaban por la terraza eran pretorianos, disfrutando de su habitual cacería nocturna. Era

una forma de recreo sin sentido y bien podría ser que estuvieran buscando problemas. Una mujer podía decirse que los Guardias no le daban miedo; cualquier mujer que realmente pensara eso era estúpida. Sin embargo, allí estaba Lucila, alejada de otras personas y sola con uno de ellos.

—No necesito tu protección.

—Necesitas un buen escondite. Te estás descontrolando. Por algún motivo ético y bobo, me veo obligado a intervenir.

Lucila se puso a andar de nuevo, pero esta vez con Vinio a su lado. Ahora que habían hablado, él pareció calmarse. Pasearon juntos como si sólo estuvieran admirando las artísticas formas de los arbustos podados hasta que llegaron al gran mirador, un balcón que daba a un panorama maravilloso con vistas de Roma y del mar. Acabaron junto a la baranda, que soportaba unas macetas enormes y cuya piedra rugosa aún estaba tibia tras recibir el calor del sol durante todo el día.

Lucila empezó a hacer preguntas para disimular su incomodidad.

—Te vi salir de escuchar música.

—Sí.

—¿Vas solo a los conciertos?

—Me gustan los conciertos.

—Éste parecía haberte alterado.

—Me emocioné. No tiene por qué ser algo malo.

—No te considero un sentimental.

—Entonces es que no me conoces.

—No. —El tono de Lucila era apagado pero firme—. Y tal vez tú tampoco me conozcas a mí. Esta noche me has juzgado injustamente.

—Esa gente son basura. —Era una acusación dura, la de un soldado—. No es sólo esta noche. Te he observado sin que te dieras cuenta. Te he visto aquí entre esos cretinos. Regodeándote con esos tipos de voz de pito. Andas con una compañía atroz. Y lo sabes.

—Earino es inofensivo.

—¡No, es infame!

Lucila se alejó de él dando tumbos, conteniendo las lágrimas, sola esta vez, y se precipitó hacia un tramo de escaleras que conducían a un enorme

salón subterráneo que era como un pasadizo grandioso llamado criptopórtico. En el extremo por el que ella entró, Domiciano había construido una gran plataforma desde la cual podía contemplar la grandiosa galería en toda su longitud. A veces convocaba allí al Senado y los fulminaba con la mirada desde su atalaya.

No había mucha gente por allí porque la mayoría preferían estar fuera, pero sí unos cuantos grupos poco numerosos en el gigantesco pasadizo abovedado, charlando en voz baja. Para evitar proposiciones desagradables, Lucila tuvo que actuar como si fuera a reunirse con alguien. Bajó con paso vacilante por los escalones anchos y empinados y se dio cuenta de que estaba más achispada de lo que le hubiese gustado. Llegó a la larga y llana galería que debía de tener casi trescientos metros de longitud. En aquella parte había unos ventanucos altos diseñados para inundar el pasadizo con luz del sol que se reflejaría en las paredes de mármol muy pulido y proporcionaría una iluminación casi teatral para el Emperador en su podio. Con tan sólo unas pocas lámparas de aceite, el lugar era muy sombrío al caer la noche.

La gente se la quedó mirando. Empezó a ponerse nerviosa y encontró una salida.

* * *

Una nueva terraza amplia se abría al otro lado de las puertas, con el criptopórtico que constituía su pared trasera. Más parterres tranquilos con setos bien recortados y arbustos artísticamente podados se extendían hacia las vistas lejanas. Las estatuas surgían de entre rosas entrelazadas en elegantes pasarelas. Arboles enormes de una antigüedad inimaginable se alzaban hacia el cielo.

Dobló a la derecha y se dirigió rápidamente al final de los jardines, donde una estatua creaba un rasgo distintivo entre un semicírculo de bancos de piedra, con cortinas de altos cipreses recortados detrás. Se dejó caer en uno de los bancos.

El crujido de unas pisadas por el sendero anunciaron que Vinio se reunía con ella otra vez; Lucila no se sorprendió del todo. Él se sentó a un par de metros de distancia y la miró con desaprobación, aunque ahora parecía no haber tanta hostilidad entre ellos.

—Eres una chica extraña —dijo en un tono medio de admiración y medio preocupado—. ¿Por qué no te buscas un novio que evite que hagas travesuras, o por qué no te casas como es debido?

—Porque ya he visto lo que hay disponible.

Oyó que Vinio se reía.

—¡Muy bien!

Se hizo un silencio, tras el cual él se fue moviendo hacia ella, arrastrando los pies y con la mano extendida para que le diera la botella de vino. Lucila renunció a la custodia. Vinio dio un trago y dejó escapar un ruido despectivo; era vino blanco, vino para chicas, demasiado ácido. No obstante, bebió con avidez. Al terminar le ofreció de nuevo la botella, pero Lucila ya había bebido suficiente antes. Vinio permaneció sentado, con la cabeza echada hacia atrás, mirando las primeras estrellas.

—Así pues, apruebas el matrimonio —lo desafió Lucila—. Bueno, he oído que tienes bastante experiencia en eso.

—El matrimonio tiene sus ventajas.

—¿Alguna vez has tenido hijos?

—Uno.

—¿Niño o niña? —hubo una pausa larguísima y Lucila se volvió hacia él—. ¡Por Juno, eres horrible, ni siquiera te acuerdas!

—Estaba pensando en mi hija —respondió Vinio con frialdad.

«Vinia Arruncia. Un nombre grandilocuente para una niñita tan diminuta; la princesa que perdí; mi pequeña para siempre…».

Lucila observó a Vinio. Le sorprendió que aquella noche estuviera tan tenso. Cuando cambió de tema, la intuición la empujó a preguntar:

—¿Quieres hablarme de Dacia?

—¿Qué quieres saber? ¿Por qué?

—No hay muchas personas que hablen de estas cosas con una peluquera. Todo es «¿Así que Julia se acuesta con él, en serio?». Como si

Flavia Julia fuera a exclamar cuando le estoy fijando un rizo: «¡Anoche tío Domiciano volvió a tener relaciones incestuosas conmigo!», y luego lo puntuara como amante.

Cayo Vinio soltó una risita poco habitual en él. Bebió más vino para calmarse.

—Dime, pues, ¿de qué hablan las peluqueras? Y bien…, ¿de verdad se acuesta con Julia?

—No lo sé. Tú estás tan bien situado como yo para observar.

—No hacemos servicio de dormitorio. Gracias a los dioses. —Tras otra pausa, Vinio comentó, no sin comprensión—: Lo veo con las damas imperiales. Yo diría que siente un afecto genuino por las mujeres de su familia. La sobrina. La esposa también. Dicen que Julia es la única persona que puede ejercer una influencia moderadora en él.

—Creo que es cierto.

—¿Consideras que a ella le asusta la situación?

—Debe de estar asustada. Siento pena por ella. No puede volver a casarse; supondría la sentencia de muerte para el hombre. Lo que yo creo —dijo Lucila— es que mientras Domiciano viva, Julia tendrá que actuar con dulzura, mostrarse digna de confianza, parecer completamente feliz con su destino… y nunca, jamás, compartir sus pensamientos con nadie.

Consideraron la soledad de Julia en silencio. Vinio le ofreció la botella de vino. Esta vez Lucila tomó un poco, él recuperó la botella y bebió de nuevo, un buen trago.

Vinio la miraba con mucha atención.

Cambió su estado de ánimo. Se puso de pie de un salto al tiempo que exclamaba:

—Nos hemos distraído. Así pues… ¡Dacia! —le tendía la mano, de modo que, aunque no se la tomó, Lucila se levantó también y caminaron.

Con la brisa nocturna refrescándole el rostro encendido, se sentía mucho más calmada; se permitió entonces disfrutar del hermoso paraje mientras paseaban de vuelta por los jardines donde se había construido una gran fuente en el muro exterior del criptopórtico.

Se detuvieron a admirarla. Neptuno. Dos tipos sobre unos delfines, serpientes que luchaban. Las enredaderas subían por las altas paredes.

Vinio le hizo un breve resumen del plan en la frontera, del reciente desastre en Moesia y de la situación en curso en Dacia.

—La Europa libre es una zona vasta y allí las tribus se mueven mucho, deambulan constantemente, resulta difícil atraparlas. Gracilis, mi centurión, sirvió en Moesia. Dice que los dacios viven entre dos grupos diferentes de sármatas: los yácigas de las grandes llanuras a su oeste y los roxolanos en su flanco este; de manera que él cree que podrían tener la sensación de que efectuamos un movimiento de pinza sobre ellos. Es una situación variable, no obstante. Los sármatas de este lado, los suevos, que son marcómanos y cuados, están observando Panonia detenidamente, no hay duda. Todos estos pueblos están mirando al otro lado de las fronteras y ven nuestro Imperio, tan próspero y bien organizado, tan «civilizado», llamándolos.

Lo explicó bien. Lucila lo felicitó y él dijo que era porque su centurión tenía que instruir a los hombres; como beneficiario, Vinio tenía que escribir el resumen para el centurión. De repente, Lucila lo recordó en el cuartel de los vigiles, mojando la pluma en la tinta haciendo una floritura juguetona.

Hubo algo en su tono de voz que le había dado a Lucila otra intuición.

—¡Tú no quieres ir!

—Nunca convencerás a un soldado para que diga que no quiere luchar.

—¿Te gusta ser un pretoriano?

—Probablemente sea traición decir otra cosa. Harás que me echen a las bestias.

—Aun así, tú no quieres ir. Te conozco, Cayo Vinio.

—Sí —repuso él en tono grave, como si se diera cuenta de algo importante o viera una verdad por primera vez—. Creo que sí, Lucila.

Cuando empezaron a caminar de nuevo algo —¿todo?— había cambiado. Iban cogidos de la mano, con los dedos entrelazados.

* * *

Cerca de la fuente había unos setos recortados con calado que permitían que la gente contemplara de nuevo el panorama, aunque desde unos huecos íntimos en el seto. Se quedaron allí y miraron. Ninguno de los dos veía mucho.

Habló Vinio. Su voz, ese barítono que siempre había conmovido a Lucila, era baja:

—Sé fiel a ti misma, niña. Cuida de ti misma.

—Soy mejor de lo que crees.

—Creo que eres adorable.

—No hables así.

—Pues no me provoques. No me conviertas en el guardián de tu moral. No seas injusta con ambos.

En un instante la conversación se había adentrado en terreno peligroso.

* * *

Empezaron a caminar de nuevo, ahora como íntimos amigos. Eran tal para cual, con ideas afines, ambos ajenos a ese lugar, unidos de manera natural, mutuamente afligidos. Tanto si eran amigos o algo más, ambos sabían lo que estaba ocurriendo entre ellos.

La noche se hizo más tranquila. Aunque se hallaban lejos de otras personas, tenían una clara sensación de que en otras partes los juerguistas se habían dispersado. El aroma de las rosas, lirios y cipreses había susurrado entre ellos sin que lo percibieran. Descendieron a niveles más bajos. Pasaron por jardines hundidos, zonas como de campo, glorietas elevadas, cenadores, galerías de estatuas, avenidas circulares, vistas a especímenes de árboles ornamentales o estanques con peces.

Llegaron a un pabellón, entonces vacío, aunque antes había estado ocupado. Como era un hombre escrupuloso, Vinio se preguntó por quién. Aún había almohadones descoloridos por el sol en los divanes, entre guirnaldas de flores abandonadas, quemadores de perfume fríos y cuencos a medio comer de diminutas fresas silvestres de Nemi.

Se detuvieron junto a una columna. Vinio volvió a Lucila hacia sí. Se besaron con calma, sin alboroto previo. Parecía inevitable.

—Esto no es una buena idea. —Era un tópico, pero Vinio titubeaba para expresar una renuencia que en realidad no sentía. La soltó. Todavía estaban cerca. No podían separarse.

—Un hombre de honor.

—Probablemente loco.

Lucila se obligó a apoyar su decisión.

—Deberíamos regresar, antes de que hagamos algo que ambos lamentemos por siempre.

—Lo lamentaremos toda la noche si no lo hacemos… —Vinio casi estaba riendo.

Los dos lo sabían: creían tener fuerza de voluntad, pero la atracción entre ambos se había vuelto intensa.

—Vete tú.

—Quiero comprobar que estás a salvo.

—Lo estaré. Deja que me quede aquí sola un poco más y luego, cuando no haya nadie por aquí, subiré andando tranquilamente. —Para animarlo a irse, Lucila se alejó adentrándose más en el pabellón, donde se sentó en un diván y se abrazó las rodillas suavemente. Era una estructura plana de piedra, a modo de triclinio para comer en aquel cenador exquisito que de día tendría unas vistas espectaculares. Echó la cabeza hacia atrás y saboreó la cálida brisa nocturna.

Cayo Vinio decidió marcharse.

—Entonces, buenas noches.

—Buenas noches.

* * *

Al cabo de un minuto estaba de vuelta, e inclinándose sobre Lucila con urgencia, exclamó:

—¡Al carajo el honor! —Sus labios se posaron sobre los de la joven. Estaba tan excitado que hubiera sido una temeridad rechazarlo.

Lucila no quería rechazarlo. Le devolvió los besos, con mucha más intensidad que la primera vez. ¡Juno! Por una vez le tocaba a ella. Era hora de olvidarse de la rectitud, hora de no hacer caso de la prudencia, hora de lo que tanto necesitaba, de todo lo que ella presentía que aquel hombre le daría…

—¿Estás de acuerdo?

—¡Una vez!

—Pues una vez —respondió Cayo, lacónico.

Sus manos se movían sobre ella. Lucila alargó las suyas hacia él…, pareció vacilar. Cayo, que apenas era ya dueño de sí mismo, contrarrestó sus objeciones:

—Acéptalo. Estás desesperada. Voy a irme a Dacia y puede que no regrese nunca.

—Nada de excusas baratas.

Él se rio en voz baja. Cayo Vinio mostraba regocijo con más frecuencia de lo que ella había percibido; podía ser un hombre lleno de calor, y abrumar a Lucila, hambrienta de afecto.

—¡Nada de excusas!

Vinio le estaba desabrochando los cierres redondeados de las mangas, dando tirones e intentando no parecer un hombre que había desnudado a demasiadas mujeres. Lucila, a su vez, tiró del extremo de su cinturón con la esperanza de no dejar traslucir la poca frecuencia con la que había desnudado a un hombre. Él la tomó en brazos reprimiendo un gemido. Por un breve y descabellado instante, Lucila lamentó no tener mejor cuerpo, pechos más grandes, más energía, experiencia suficiente…, antes de que, por primera vez en su vida, se entregara a un hombre cuya competencia incluía las necesidades de ambos, lo cual era un orgullo.

No era dado a alardear, pero se oyó a sí mismo anunciarle, como un loco:

—¡Sí sólo va a ser una vez, tendrá que ser buena! Flavia Lucila, voy a hacerte el amor hasta las puertas del Hades, y luego por todos los Campos

Elíseos y de vuelta. No sabrás si rogarme que pare o suplicarme más…

Cayo Vinio lo sabía todo sobre hacer el amor de manera rutinaria en una relación débil para obtener un alivio rápido. Aquella noche quería algo mejor, mucho mejor. Estaba dispuesto a hacer un despliegue de corazón, pulmones, músculos, imaginación y una sensibilidad increíble para conseguirlo. Quería borrar la maldita Dacia de su conciencia, su renuencia a ir allí, las oscuras premoniciones de su centurión, su propio vacío ante lo que había sido su vida hasta entonces y su inutilidad si no sobrevivía a la batalla. Quería purgar la profunda tristeza que lo había inundado en el recital de música. Para hacerlo, hasta la última fibra de su cuerpo quería a aquella chica que podía ser tan dulce, a quien valía tanto la pena salvar y con quien aquella extraña noche había sentido una cercanía tan extraordinaria.

Follas para olvidar. Eso lo saben todos los soldados. La víspera de la partida follas ciegamente para crear recuerdos que te ayuden durante la larga marcha que tal vez sea la última que hagas… No obstante, podría haber algo más. Cayo Vinio creía en ello, y aquella noche lo encontró: no sólo en la pasión física extrema, sino en una dicha exultante y plena.

OceanofPDF.com

XV

Domiciano viajó pasando por Dalmacia, llevando consigo cinco legiones. La llegada de los romanos a lo que ellos llamaban Moesia fue más rápida de lo que Diurpaneo había previsto. Llegaron aquel mismo otoño; entraron en octubre. A él le habría gustado disuadirlos durante más tiempo. Si se hubieran esperado hasta el invierno podría haber establecido unas bases más sólidas, pero llegaron, y con ellos su emperador calvo, con peluca. Su presencia sin duda animaba a sus soldados, por muchas historias que aquellos romanos hubieran oído contar sobre la ferocidad de los dacios.

El Emperador confió el mando al jefe de su propia guardia, Fusco. Lo había nombrado Domiciano, eliminando así al anterior titular de Tito, de modo que llevaba casi cinco años ejerciendo el cargo de prefecto de la Guardia Pretoriana. Era habitual tener a un general de la aristocracia en un ejército en campaña, pero Cornelio Fusco era de la clase media en la cual Domiciano prefería confiar (aunque el prefecto provenía de una familia rica y había permanecido en el rango ecuestre por elección propia). Seguidor fervoroso de Vespasiano, Fusco tenía fama de buscar la novedad y el riesgo.

Así pues, el cuerpo personal del Emperador iba a tener un papel principal a la hora de echar a los invasores. El mensaje estaba claro: la derrota de Dacia era una cuestión personal. Un cariz que, en campaña, le iba muy bien a Diurpaneo.

El ejército romano era poderoso. Tras una precipitación inicial para quitarse de en medio rápidamente ante su repentina llegada, los dacios se retiraron con cautela. Condujo a sus tropas de vuelta al borde del Danubio y luego se escabulló hacia el otro lado del río. Daba la impresión de haber devuelto a Domiciano lo que los guerreros habían capturado en Moesia

aquel verano, pero, aunque la contraofensiva romana pareció tener éxito, la respuesta de su oponente sólo fue reactiva; aún tenía ánimo para luchar. Para Diurpaneo, que era un buen táctico, la lucha contra Roma apenas estaba empezando. Ahuyentar a los invasores de Moesia tal vez satisficiera temporalmente a los romanos, pero ambos bandos sabían que los dacios volverían.

* * *

Los romanos restauraron el orden en la orilla sur de forma sistemática, como siempre. Reconstruyeron los fuertes, ofrecieron al menos una protección superficial a los civiles nativos, realizaron una batida por el terreno en busca de extranjeros no gratos. De vez en cuando hacían uso de exploradores e informantes. Tenía que haber un nuevo gobernador y, una vez allí, Domiciano empezó a considerar la división de Moesia en dos, lo cual la consolidaría desde el punto de vista administrativo. Pocos eran los que recordaban que Domiciano tenía vínculos con ese territorio; su tío Sabino había sido gobernador de Moesia durante unos siete años, un período inusitadamente largo. Llevaba oyendo hablar de aquella parte del mundo desde que era niño.

Circulaban historias denigrantes de que, mientras estaba en el Danubio, Domiciano se abandonaba a la vida disoluta. Sus tropas se mofaban diciendo que eso presuponía que las ciudades moesias ofrecían posibilidades licenciosas. Una cosa era hacer que se entregaran ostras vivas por vía terrestre para los comandantes romanos, pero no podía decirse que sorber marisco fuera una vida de desenfreno. Los soldados sabían (porque se habían ocupado de averiguarlo) que Moesia padecía una escasez perenne de bailarinas, por no mencionar una absoluta falta de jóvenes galanes.

Mientras tanto, los dacios ambicionaban volver a su relación previa con Roma y pidieron la paz. Domiciano rechazó sus propuestas.

A finales de año, cuando se convenció de que aquellos pocos meses de su gloriosa presencia habían restaurado el orden en Moesia, Domiciano dejó

a Fusco con ello y regresó a casa. Allí, el comandante en jefe que había vuelto victorioso, resplandeciente de honores triunfales, pudo pedir los servicios no sólo de bailarinas del vientre bien entrenadas, sino también de catamitas coperos increíblemente bellos y, si estaba muy desesperado, o se sentía cortés, de su esposa.

Algunos pretorianos tenían que estar en Roma para proteger al Emperador, pero muchos otros permanecieron en campaña con su comandante. Entre éstos se incluía la centuria de Decio Gracilis, quien previamente había tenido experiencia útil en Moesia. Ahora Vinio lo oía refunfuñar a menudo, convencido de que no se estaba tomando en serio al enemigo (al parecer disperso), mascullando que el manejo de la crisis era negligente y que seguro que todo saldría mal…

Pasaron el invierno consolidándose. Como hacía falta reconstruir toda la infraestructura de la provincia, los soldados estaban siempre atareados, pero en ocasiones el mal tiempo impedía el trabajo y tenían períodos de descanso. En momentos así, Cayo Vinio se encontraba con que sus pensamientos se dirigían a los asuntos que él tenía pendientes de resolver en Roma.

* * *

Al rayar el día, la mañana de su encuentro inesperado en Alba, se había despertado con Lucila en lo que él supuso que era una relación de afecto.

—¿Mejor?

—Mucho mejor…

—¿Quieres más?

—No puedes.

—Apuesto a que podría…

La había dejado un momento para realizar unas abluciones básicas: orinar un buen rato, lavarse deprisa en una fuente, respirar hondo mientras se decía a sí mismo «y ahora sal cuanto antes de ésta, muchacho…». Cuando fue a buscar a la chica otra vez, descubrió que se había escabullido

a alguna parte, era de suponer que a orinar, lavarse y pensar en el maravilloso amante con el que la fortuna la había obsequiado. Después se dio cuenta de que la joven había desaparecido por completo. Lo primero que pensó fue que al menos así se evitaba la conversación embarazosa.

Mientras regresaba solo recorriendo los jardines con paso cansino, Cayo se encontró lamentando aquella actitud. Caminó muy despacio, absorbiendo la belleza del día y del entorno delicioso. Para su sorpresa, tenía la sensación de que entre ellos dos había un asunto sin terminar, y no se trataba del mero deseo de más contacto sexual. Él quería verla, encontrarla. Quería hablar las cosas. Ella lo había hechizado, asombrado, devastado.

Se molestó mucho cuando sus preguntas discretas le revelaron que Flavia Lucila había abandonado Alba.

Cayo era un hombre; no comprendía la confusión que le había impuesto a la joven. Suponía, en la medida en que lo afrontaba, que si podía aceptar ser infiel a su esposa, el problema era suyo, no de Lucila. La posición de Lucila era fácil, o así se lo parecía a él.

No tenía ni idea de si su relación evolucionaría. Él no había planeado hacerle el amor la pasada noche. Ahora no es que estuviera esperando más necesariamente…, pero tampoco tenía claro que no hubiera más. Sencillamente, no lo había pensado.

Ella se había marchado, lo había dejado sin decirle ni una palabra. Sintió que lo había utilizado y desechado después.

Era irracional, por supuesto. Aunque estaba molesto consigo mismo por sentirse de ese modo, poseía humanidad suficiente para imaginarse por qué Lucila podría haber huido. ¡No era necesario, muchacha! Él no hubiera permitido ningún tipo de incomodidad posterior. Le hubiera amortiguado el golpe, de ser necesario; sentía que ella podría haber tenido la misma consideración con él.

No imaginaba que Lucila pudiera estar de veras disgustada; la noche había sido demasiado buena para eso. Ya lo solucionaría.

Vinio conocía la teoría de que el sexo era mejor cuando iba acompañado de amor. Eso no excluía que el amor pudiera surgir del sexo. Quizá fuera

eso lo que le estaba ocurriendo. Era comedido en sus relaciones, hasta el punto de que las esposas lo habían calificado de frío, pero era tímido.

Sabía que en su actitud hacia Flavia Lucila influía cierto afecto. En aquellos momentos contemplaba su grave situación con curiosidad, como si estuviera observando a un insecto que sube lentamente por el marco de una ventana.

Antes de partir rumbo a Dacia, la Guardia Pretoriana estuvo en Roma, de modo que Cayo buscó a Lucila en la calle del Ciruelo. No había ni rastro de ella. Debía de estar evitándolo deliberadamente. El deber lo llamaba. No podía hacer nada.

Sin embargo, sí tomó una medida: algo que debería haber abordado mucho antes. Fue a ver a su esposa Verania y le anunció que su vida en común había terminado.

Verania se quedó tan sorprendida al oír que al fin se había decidido a actuar y a divorciarse de ella que se lo tomó con calma. Vinio le dio dinero suficiente para suavizar el proceso. Ella se asombró al ver lo generoso que se mostraba, dado que durante su matrimonio él había estado obsesionado con las sospechas de que le quitaba dinero (cosa que, en efecto, había hecho progresivamente, dándole masajes manuales descarados al banquero de Vinio).

Vinio también hizo testamento. Los soldados podían redactar un testamento básico en el campo antes de la batalla, pero los pretorianos tenían personal en el cuartel, a las órdenes de un oficial llamado el *cornicularius*, entre los que se incluía un administrativo que guardaba sus testamentos. Aquél era su primer contacto con la oficina del cornicular cuyo trabajo, pensó Vinio, parecía interesante.

* * *

Desde Novae, todo aquello parecía estar muy lejos y carecer de urgencia. De todos modos, en los momentos de ocio se mantenía ocupado

pensando en casa, y pensar en Flavia Lucila le proporcionaba una meta futura, o algo parecido.

Llegó la primavera. Cornelio Fusco tomó la iniciativa: construyó un puente de pontones para cruzar el Danubio y luego llevó a destacamentos de todas sus cinco legiones, con su unidad de pretorianos, al lado dacio. Nunca quedó claro si esta maniobra se había discutido o no con Domiciano, y mucho menos si éste la había aprobado.

Diurpaneo dejó que los romanos se acercaran. Con un engaño clásico, les dio libre acceso por la llanura de la ribera norte del Danubio y luego dejó que se adentraran en territorio dacio por uno de sus pasos altos. Las legiones invadieron el interior acunado por las montañas y Vinio se fijó en que Decio Gracilis había abandonado sus quejas habituales; no era de los que se desanimaban cuando se requería coraje. A juzgar por la expresión de su rostro, sin embargo, su beneficiario sabía que Gracilis creía que se estaban alejando demasiado de las bases seguras, con líneas de suministro inadecuadas y sin refuerzos.

Aun así, los romanos siguieron avanzando en su clásica línea de marcha. La caballería auxiliar iba primero para reconocer el terreno, con un ligero apoyo de arqueros, seguidos por la mitad de la infantería auxiliar, unos cuantos miembros de la caballería de las legiones, un grupo de infantería pesada, un grupo abanderado y los ingenieros de suma importancia. A la cabeza de sus legiones iba el comandante del ejército a caballo, Fusco, con su propia escolta de caballería e infantería, y luego la artillería (arietes y catapultas), antes de la guardia de flanco para los comandantes y oficiales de las legiones, quienes iban seguidos por un cuerpo de marcha de portaestandartes y trompetas. El ejército principal venía después, de legión en legión, hombro con hombro, en formación de seis en fondo. Por último, después de los sirvientes y el bagaje, la segunda mitad de los auxiliares y las últimas unidades de caballería formaban una retaguardia.

Diurpaneo los vio venir. Ellos no lo vieron en ningún momento.

Mantenían una apretada línea de marcha, protegida en toda su longitud por oleadas de caballería, pero los exploradores informaron de muy pocos

enemigos avistados. Los encuentros con los dacios eran muy escasos, aunque cuando se topaban con algún pastor se ocupaban de él con brío. Los pueblos nativos dentro del Imperio se toleraban con poco más que desdén, pero los nativos de fuera estaban allí para aprender de qué estaba hecho el ejército romano. Había alguna que otra violación. Un pillaje modesto. Ningún ejército pasaba por territorio enemigo sin abusar de las mujeres o pasar a cuchillo a ancianos y niños. Las tropas de Fusco no encontraron resistencia armada y los optimistas pudieron convencerse de que Diurpaneo no estaba al corriente de su llegada.

Por la noche levantaban campamentos temporales, meticulosamente protegidos por centinelas que se hallaban bajo pena de muerte si desatendían sus obligaciones. Cayo Vinio veía que Gracilis hacía las rondas todas las noches, pasaba revista a los soldados de su centuria y seguía sin decir nada. Parecía escuchar mucho. Gracilis escuchaba la campiña dacia, descartando el canto de los pájaros y los gritos de los animales, aguzando la vista y el oído por si percibía indicios de movimiento de tropas; hasta las mismísimas plantas de sus pies estaban alerta a reverberaciones en el suelo que pudieran indicar la aproximación de caballería. Cuanto más avanzaban, más grave era su actitud ante la ausencia de oposición.

Habían recorrido más de sesenta millas. Como les hacía falta velocidad y aprovechar cualquier oportunidad de sorpresa, estaban utilizando un camino dacio pavimentado que, a su pesar, los había impresionado por su notable calidad. Por lo que ellos sabían, Sarmizegetusa se encontraba más adelante.

«Todos los caminos conducen a Sarmizegetusa…».

Gran parte de Dacia se hallaba en terreno elevado, pero veían las altas cumbres en las que se creía que estaba la ciudadela. ¿A unas treinta millas, tal vez? Cuarenta, como mucho. Dos días.

Tapae. Los ejércitos romanos estaban acostumbrados a vencer, acostumbrados a la idea de que, a diferencia de los bárbaros, ellos estaban bien armados, bien entrenados y eran una formidable máquina de ganar. Incluso cuando las batallas eran muy reñidas, las que vencían eran a menudo gloriosas. Pero siempre había sido posible derrotarlos y cuando

Roma perdía, lo hacía a gran escala. Aún resonaban derrotas históricas. Todos los colegiales aprendían los nombres de la batalla del Alia, la de las Horcas Caudinas, Carras, Cannas, Trasimeno, el desastre de Varo cuando los miembros de las tribus germánicas habían atraído a tres legiones hacia una trampa y las habían aniquilado… Una trampa en las profundidades de territorio enemigo.

Tapae. Fue allí donde Diurpaneo cayó sobre el ejército de Cornelio Fusco en una emboscada bien planeada. A partir de entonces Diurpaneo sería bien conocido por su gente como Decébalo, que significaba un guerrero con diez veces la grandeza de los demás.

Los dacios surgieron de la nada. Hubo el destello de un casco, quizá más reflejos de la luz del sol sobre el metal; las primeras señales parecían irreales y casi pasaron desapercibidas en la distancia…, y de pronto el enemigo ya estaba sobre los romanos. La mayoría de los guerreros iban a caballo, gritando y blandiendo unas armas temibles. Fusco y sus hombres se precipitaron a un combate bien practicado. Los romanos no tenían ningún plan de batalla; apenas hubo tiempo de formar para enfrentarse a las hordas de guerreros que descendían hacia ellos. Tras el largo silencio del enemigo, algunos soldados parecían entusiasmados por la oportunidad de entrar en acción, pero Vinio vio que su centurión deploraba su confianza. Gracilis se lo había estado esperando; preveía un desastre.

Sonaron unos cuantos cuernos frenéticos de significado incomprensible y un repentino alboroto a cierta distancia en la línea de atrás anunció entonces que el combate había empezado. Vinio, que nunca había estado en una batalla campal, quedó impresionado por el caos. Estuvieron horas combatiendo, y durante horas resultó imposible saber qué estaba ocurriendo. Entonces entendió por qué a veces, cuando una batalla terminaba, los participantes exhaustos estaban tan confusos que ni siquiera sabían qué bando había ganado. En Tapae, al final el resultado se volvió amargamente claro. Los dacios, con sus largas espadas y hoces, estaban trinchando al ejército romano de un extremo a otro. La fuerza invasora romana estaba siendo aniquilada. Iban a morir todos, en aquella población dejada de la mano de los dioses, allí, en aquella maldita carretera dacia.

Vinio quedó horrorizado con la carnicería. Se encontró pisoteando a muertos y heridos, escudos y armas abandonados; resbalando en sangre, entrañas y sesos; asestando tajos y cuchilladas, a veces con buen fin y a veces en vano, cegado por una neblina de sudor y sangre. El ruido incesante lo consternaba. No sólo el continuo entrechocar de las armas, sino también los terribles chillidos de los caballos, los gritos espantosos de los hombres. El conflicto seguía y seguía. Nunca había conocido un agotamiento igual, ni un sufrimiento que debilitara tanto el espíritu.

Los guardias se mantuvieron firmes junto a su comandante, conscientes de que sería un objetivo importante para el enemigo. Diurpaneo solía rodear al líder rival. Por lo tanto, los pretorianos se llevaron lo más fuerte de una deliberada avalancha dacia y sufrieron numerosas bajas desde el principio. El resto, muy superados en número, siguieron luchando aun después de haber visto cómo acababan con Fusco; quedó rodeado por unos guerreros resueltos que lo arrancaron de su montura y lo hicieron pedazos. Cuando mataron a Fusco, las esperanzas de supervivencia de sus hombres murieron también. El estandarte de batalla pretoriano ya había desaparecido, su trofeo era entonces un símbolo de victoria de los dacios. Los gritos y chillidos se intensificaron mientras los dacios se jactaban de su éxito y masacraban de manera sistemática a los guardias.

El centurión Gracilis fue visto por última vez por su beneficiario, eliminando oponentes hasta el final, mostrando todavía su exasperación ante la absoluta estupidez de aquella operación mal planeada que un líder impetuoso había impuesto a unos buenos soldados. Decio Gracilis, que obedecería incluso las órdenes inequívocamente suicidas, murió en aquel campo de sangre. Vinio lo vio caer, sacudiéndose agónicamente pero esgrimiendo su espada con valentía aun cuando la vida lo estaba abandonando. El dolor le desgarró el corazón mientras él también seguía luchando, porque para eso estaban allí y ya no había escapatoria, hasta que un dacio se le vino encima desde un ángulo muerto. El casco a duras penas aguantó el poderoso golpe que acabó con él, la adrenalina lo hizo avanzar momentáneamente, pero notó que se le nublaba la vista y que le flaqueaban las piernas. Vinio estaba acabado. Lo supo al tiempo que, resistiéndose

amargamente a la oscuridad, cayó de rodillas y luego de bruces entre los muertos y moribundos, hundido en la matanza sin poder hacer nada.

OceanofPDF.com

XVI

Ciertos momentos nunca volverían a ser igual. Un jardín al anochecer a finales de verano siempre recordaría a Lucila su encuentro con Vinio, y ahora las horas de media mañana, cuando al otro lado de los postigos cerrados continuaba la vida en la calle, a veces la sorprendían también llorando. Fue en una de esas horas cuando Paulina había ido a contarle lo ocurrido. En lugar de su habitual apariencia alegre, llevando al pequeño Tito y con las dos niñas corriendo delante llamando a gritos a su tía, Paulina iba sola y con aspecto solemne. Ella y Lucila tomaron asiento con unos vasos calientes de té de borraja aromatizado y entonces Paulina le dio la noticia.

Los informes de la trágica y aplastante derrota en Tapae habían llegado a Roma. Félix y Fortunato habían ido al campamento pretoriano para suplicar información sobre su hermano menor. Se enteraron de que cuando Decébalo persiguió al remanente de las tropas de Fusco por las montañas, eran tan pocos los soldados que se apresuraban a volver al Danubio que los cormoranes de la orilla apenas se molestaron en levantar el vuelo a su llegada. No logró regresar ningún miembro del contingente de los pretorianos. Habían capturado su estandarte de batalla, cosa que ya era bastante elocuente en sí misma.

Los guardias del campamento se habían mostrado comprensivos, hasta que la insistencia de los hermanos se convirtió en una amenaza; entonces, la propia consternación de los soldados por la pérdida de sus compañeros hizo más dura su actitud. A gritos, dijeron a Félix y Fortunato que se dieran por vencidos. No servía de nada suplicar respuestas una y otra vez. Los vacíos en las cohortes pretorianas iban a llenarse de inmediato; todo soldado que

hubiera estado en Moesia con Fusco se suponía desaparecido en combate. Fusco, el prefecto, estaba sin duda muerto. Una gran cantidad de buenos soldados habían muerto con él. Decio Gracilis y su centuria habían sido aniquilados. El beneficiario se perdió con su centurión. Félix y Fortunato debían dejar de causar problemas y aceptarlo. Cayo Vinio estaba muerto.

* * *

Muerto. Estaba muerto.

—Todos creíamos —comentó Paulina con delicadeza— que Cayo tenía debilidad por ti, Lucila. —Silencio—. ¿Nunca te dijo nada?

—No.

Paulina no iba a desviarse fácilmente del tema.

—¿Sabías que se divorció de su esposa? Justo antes de marcharse… Se quedó muy sorprendida. Todos nos sorprendimos.

—Yo también lo estoy —repuso Lucila con sinceridad.

Ni la mitad de sorprendida que cuando los pretorianos entregaron a Félix y a Fortunato el testamento de su hermano. Cayo los había nombrado sus herederos y albaceas, cosa que era de esperar. Se lo dejó todo a ellos, con una sorprendente excepción. Un legado «para Flavia Lucila, mi benemérita», le daba todo el contenido de sus habitaciones en la calle del Ciruelo. «Benemérita» era una palabra que se utilizaba en las lápidas para una esposa o amante, aunque era de suponer que su intención era sólo impedir objeciones legales. Félix y Fortunato añadieron a Cayo en la lápida conmemorativa de su padre cerca del Campamento, pero no invitaron a Lucila a aparecer en ella.

Todo el mundo encontró conveniente dar a entender que la extraña herencia de Lucila no era más que unos cuantos trastos de mobiliario y viejos recuerdos.

Los muebles eran mejores que los suyos y Lucila los cuidaría por él. Los recuerdos aparecieron cuando abrió el arcón del dormitorio de Vinio. Lucila se aseguró de estar sola para explorarlo.

Dentro había el certificado de nacimiento y prueba de la ciudadanía romana de Vinio; documentos del ejército; dos *phalerae*, que eran las medallas que había recibido por su servicio en el ejército en Bretaña y por salvar la vida a un sacerdote en los vigiles. Una caja dorada y plana, que Lucila recordaba haberlo visto traer, contenía la corona de hojas de roble doradas que había ganado en combate cuando era un joven soldado. Lucila lo imaginó trayendo la caja al apartamento, sosteniéndola debajo del brazo como si no se tratara de nada especial; nunca dijo lo que era.

Había algunos artículos cotidianos: un tablero de damas con dos juegos de fichas de cristal, una cuadriga de juguete de cerámica que Cayo debía de haber tenido cuando era niño, sus cinturones favoritos y una vaina, la herramienta multiusos de bronce que recordaba que compró, con sus ingeniosos tenedor, cuchillo, cuchara, mondadientes, espátula y pincho plegables.

Había un amuleto que pendía de un cordón corto, como el que llevaría un niño pequeño; ¿sería de su hija? Lucila iba sacando los tesoros personales con cuidado, conjeturando lo que podría haber significado cada una de esos objetos.

Envuelta en un pedazo de paño suave había una pequeña colección de joyas. Preguntó a los hermanos de Vinio al respecto; fueron imprecisos, pero Paulina consultó con una tía que le explicó que los sencillos anillos, el brazalete de plata, las cadenas de oro y pendientes varios habían pertenecido a Clodia, la madre de Vinio. Lucila se enteró de que el padre lo había llamado como a su madre. En los documentos y menciones formales constaba el nombre completo. Cayo Vinio Clodiano: así se llamaba.

* * *

Lo que Lucila no contó a los demás fue que el arcón que le dejó Vinio contenía una gran cantidad de dinero.

El soldado tenía sus ahorros en monedas de oro, de esas grandes que la gente rara vez utilizaba sino que atesoraba, cada una de ellas con un valor

de veinticinco denarios o cien sestercios. Quizá fuese cierto que cuando Domiciano subió al trono había concedido a los soldados una bonificación de veinte mil sestercios, la enorme suma que por primera vez dio el emperador Claudio. Lo cierto es que Lucila no contó el dinero, pero la cantidad la dejó sin aliento. A sabiendas de que aquel regalo era intencionado pero sin atreverse apenas a tocarlo, consideró detenidamente la manera de utilizar el dinero. Al final, cuando venció el alquiler, pagó la parte habitual de Vinio con el dinero de éste. De esa forma podría mantener el apartamento, tal como debía de haber sido su intención. Durante años, Lucila continuó pagando el alquiler como si fuera para Cayo.

Utilizó la segunda habitación de Vinio como su refugio vespertino, y la cambió a su conveniencia, pero mantuvo su dormitorio tal y como él lo había dejado. Incluso dejó una vieja capa suya en un colgador de la puerta, pero sacó la cuadriga de juguete y la colocó en el taburete junto a la cama. Allí no entraba nadie más. Lucila limpiaba, ordenaba y de vez en cuando se tumbaba sobre la pulcra cama de Vinio, pensando. Nunca se sintió capaz de ponerse las joyas, aparte de un juego de pendientes con lágrimas de plata que eligió y lució en recuerdo del pretoriano.

En los meses posteriores a la noticia, Lucila descubrió cosas inesperadas sobre él. Primero, en el apartamento, se fijó en un nicho que había en la pared del pasillo. Siempre debió de haber existido. Antes de marcharse, Vinio había colocado allí dos estatuillas de bronce, los «Lares y Penates» que tradicionalmente protegían la suerte de la casa romana: había dejado a Lucila con sus propios dioses del hogar. Quizá también fueran los suyos. ¿Se los habría llevado al divorciarse de Verania? El bronce no tenía pátina; las estatuillas parecían nuevas.

En el estante donde se podían colocar flores y ofrendas, Vinio había dejado su llave de la puerta.

«Una para ti y otra para mí. Sin duplicados. ¿Estamos de acuerdo?».

La gente hablaba de él a menudo. Paulina rememoraba su juventud.

—¡Era tan apuesto antes de que le ocurriera eso en el ojo! Tenía un pelo precioso, y unas pestañas tan largas… ¡Ay, era guapísimo! De muchacho era muy callado, pero parecía feliz. Tienes que hablar de él con sus tías…

Un día, el anciano propietario del edificio principal pasó a ver a Lucila. Era el patriarca de los Crético, con el rostro surcado de arrugas y los ojos bastante saltones; pasaba el tiempo en un largo diván en el jardín del peristilo, al parecer dormitando, sumido en el estado de ensoñación de un nonagenario. Sin embargo, si hablabas con él, veías que no había perdido en absoluto el juicio.

—Un hombre formal, tu pretoriano.

—¡No era mío!

—Buenos modales. Una paciencia increíble. Sabía unas cuantas cosas; se interesaba mucho por el mundo. Siempre tenía tiempo para un viejo. Voy a echar de menos nuestras charlas… Si necesitas algo házmelo saber, Flavia Lucila. Mientras todavía siga aquí.

«¿Te pidió que cuidaras de mí?».

«Lo habría hecho si se le hubiera ocurrido».

—Ese hombre era un héroe, muchacha. ¿Sabes que ganó la corona cívica por salvar una vida en combate?

—La encontré. Está un poco arrugada, pero es muy bonita.

—Guárdala bien para él.

«Hablas como si tuviera que volver».

—Él sabía que tengo debilidad por los pastelillos de avellana. A menudo me traía uno de esa panadería estupenda que hay en la calle de las Diez Tabernas. Era muy considerado.

Ahora, siempre que Lucila pasaba por la panadería, compraba unas pastas para Crético y charlaba con él. Cuando el vendedor de piedra pómez se dio por vencido, el anciano le dijo a Meliso que le ofreciera un buen precio por el alquiler de la tienda vacante que sabía que Lucila quería.

—¡Nada como una mujer guapa para tener a un viejo comiendo de su mano! —se quejó el agente.

Sin embargo, como él también se estaba haciendo viejo y cada vez más perezoso, accedió a ello. De este modo Lucila pudo abrir un negocio de peluquería y manicura en el barrio, tal como siempre había deseado hacer. Dos chicas vivaces trabajaban para ella; atendían a las clientas en la calle o dentro del local y vivían en un entrepiso que éste tenía. Una de ellas era su

esclava Glyke, que había regresado sin el chico del panadero aunque con magulladuras sospechosas y buenas intenciones no fáciles de cumplir.

* * *

Al volver de Alba, Lucila se había preguntado si Vinio podría haberle dejado una nota de despedida en la calle del Ciruelo, pero allí no había nada. Su legado era lo único que entonces le proporcionaba consuelo mientras lo lloraba en silencio; quizás era lo que, de un modo amistoso, había querido para ella.

No lamentó en ningún momento haber huido de él. Creía que no era para ella. Tenía la sensación de que él siempre lo había dejado claro. Nunca hubiera podido resolver el conflicto que percibía entre lo mucho que lo quería y la imposibilidad de tenerlo. Así pues, en Alba, cuando la dejó a solas brevemente, ella había huido del pabellón, había ido corriendo a los aposentos de la residencia, había recogido las cosas y había bajado corriendo por la ladera hasta la Vía Apia. Allí encontró enseguida un carro que la llevó, en la limpia atmósfera del amanecer, antes de que la mayoría de la gente se despertara. No se dirigió hacia Roma, sino al sur, a la bahía de Nápoles, donde permaneció en otra villa imperial hasta que supo con seguridad que Vinio había abandonado Roma.

Posteriormente, en ocasiones se atrevía a recordar cuando estuvo en sus brazos. La manera en que, después de no haber tenido más que coitos torpes con otros, aquel hombre y ella se habían unido y encajado inmediata y perfectamente. La manera en que se movían juntos, con una sincronización sin esfuerzo y con un placer muy intenso. Cómo, cuando el ejercicio los dejó exhaustos, ella había llorado un poco y Vinio le había enjugado las lágrimas con el índice mientras murmuraba con dulzura «¡Nada de lágrimas!», antes de que ambos se sumieran en un sueño profundo.

La manera en que su mente atribulada se había ahogado en la paz, su cuerpo fundiéndose contra el de él…

* * *

Estaba muerto. No tenía sentido especular. Conservar el recuerdo del pasado por lo que era, un ideal, una señal de que la felicidad humana era posible. Eleva tus valores. Constrúyete una vida decente, Lucila. La vida es lo que es. «Si sólo va a ser una vez tendrá que ser buena»… Había estado en lo cierto. Si la perfección sólo sucedía una vez, era mejor eso que nunca. Para ella ya nada volvería a acarrear una desesperación absoluta. Así pues, gracias, Cayo Vinio Clodiano, hijo de Marco, gracias por tu buena acción, una acción que iluminó el mundo oscuro de otra persona.

A seguir adelante, entonces. La vida había que pasarla. El año de la noticia de la batalla de Tapae, triste como estaba, Flavia Lucila se repuso. Decidida a mejorar, dejó de tener escarceos amorosos con hombres inconvenientes e hizo caso omiso de la gente de vida disipada. Ansiosa por educar la mente, se unió a un grupo más cultivado. Se vestía con elegancia pero con gusto. Era casta, o al menos cuidadosa, aunque nadie lo sabía. Escuchaba, aprendía a juzgar, toleraba a muchos idiotas, hizo unas cuantas buenas amistades y al final le sugirió a un hombre que sabía que deberían casarse.

Era maestro. ¿Qué podía haber mejor que eso?

* * *

Acabó por llegar a este matrimonio a través de unos amigos mutuos. En aquella época Lucila conoció a mucha gente nueva. Muchas de esas personas estaban en Alba, lugar al que Lucila regresaba siempre que iban las damas imperiales. Concretamente era allí donde entonces exploraba la sociedad con más buen criterio. En un momento dado, y como tributo a Vinio, intentó apreciar la música; no fue un éxito, en parte porque hacía que se sintiera deprimida por él pero también porque tenía tendencia a abstraerse en sus propios pensamientos.

Durante un breve período coqueteó entre los equipos de los proyectos de construcción. Un día, al oír a uno de los ayudantes de dibujo del gran Rabirio hablar de trabajo con un supervisor de la obra, quedó impresionada por el poder que tenían los profesionales, relajados en sus conocimientos. Casi tenía un efecto erótico, aunque posteriormente, cuando un arquitecto intentó liarse con ella, Lucila lo encontró falso e indeciso, con lo cual se le pasó enseguida.

Al final se posó en el borde del círculo literario de Domiciano.

Unirse a un grupo de escritores es un error incluso para los que se dedican a ello profesionalmente… sobre todo para ellos, si es que tienen un poco de respeto por sí mismos. Lucila era demasiado inexperta, de momento, para adoptar esa actitud.

Ya aprendería.

* * *

Aunque la vida en las fronteras resultaba complicada, en Roma era un momento de certeza cívica. Domiciano había regresado de su éxito inicial en Moesia para celebrar un Triunfo dacio (espurio, a la luz de la derrota en Tapae) y para nombrarse censor. A diferencia de los que le habían precedido en tal calidad, era el único que ostentaba el cargo e iba a ser censor de por vida. Esto implicaría que impusiera mucha legislación moral, particularmente las leyes de divorcio de Augusto. Disfrutaba regulando la conducta. Lo importante era que el censor revisaba las listas y supervisaba las órdenes políticas; esto daba a Domiciano un control total del Senado.

En caso de que alguien pasara por alto su importancia, le dio por aparecer en todos los acontecimientos públicos, incluidas las reuniones del Senado, vestido con todo el uniforme triunfal. Ello suponía que se paseaba con una corona de laurel sobre su mejor peluquín, un cetro de oro y marfil y elaboradas vestiduras blancas que significaban que el honorario estaba representando a Júpiter. Las insignias ceremoniales de un día para un general se habían extendido para indicar divinidad de manera permanente.

Domiciano tenía la sensación de estar bajo la protección personal de Júpiter, pero su principal devoción era por la diosa Minerva. En ocasiones se identificaba a Minerva con la griega Atenea, aunque ella tenía unas raíces muy antiguas en la Italia etrusca. Ataviada con casco y representada portando una larga lanza, era la diosa de la guerra y los guerreros, pero su patronazgo se extendía a importantes actividades en época de paz: la sabiduría en general, la medicina, el comercio, la artesanía, la música y la poesía. En la corte de Domiciano esto era una noticia particularmente buena para los poetas, quienes se amontonaban en las salas de audiencia, todos con la esperanza de que un sirviente bien dispuesto colocara una elegía en el dormitorio del Emperador, o que estuvieran leyendo en voz alta en un oportuno recital público cuando él se dejara caer por allí. Al parecer Domiciano había dejado de escribir, pero le encantaba la tiranía del patronazgo.

La primera vez que Lucila se implicó con este círculo fue a través de Claudia, una agradable mujer casada con el poeta Estacio; tenía una hija de un matrimonio anterior con otro poeta, una joven muy dotada para la música y a quien Claudia acompañaba y vigilaba muy de cerca. Lucila conoció a la madre y a la hija en un recital, luego oyó un recital de Estacio, famoso por su buena voz. Estacio, al igual que su padre antes que él, había ganado un premio en la categoría literaria de los Juegos de Nápoles, que habían quedado suspendidos tras la erupción del monte Vesubio. Al llegar a Alba tenía la esperanza de ser conocido por su obra maestra, una epopeya en doce libros llamada la *Tebaida*. Aún estaba puliendo esa obra, aunque normalmente leía extractos. Narraba la historia de los Siete contra Tebas, una lucha por el poder griega que contenía episodios de violencia extrema; eso no fue del gusto de Lucila, sobre todo en el período inmediatamente posterior a la muerte de Vinio. Sin embargo, el escritor era un hombre muy querido, y con razón, pensaba Lucila; aprendió simplemente a maravillarse en silencio ante la elección de temas por parte de los autores.

Un día escuchó por casualidad una discusión sobre la *Tebaida* que le hizo darse cuenta de las deficiencias de su educación. Estacio no se hallaba presente, lo cual ya estaba bien porque era tan sensible sobre la acogida de

su obra que daba pena verlo. La discusión versaba sobre si su poema, que podría reflejar la corte de Domiciano, estaba atiborrado de la más burda adulación o en cambio era sumamente subversivo y crítico con el autoritarismo del Emperador y la violencia que subyacía en la sociedad. El concepto de que las palabras pudieran ser tan ambiguas era nuevo para Lucila. También se esforzaba mucho por definir frases como «hexámetros dactílicos», y por comprender si debía considerarlos como sorda métrica poética o elegancia narrativa.

Sintiéndose en desventaja, Lucila quizá se hubiera marchado a otra camarilla de no haberse topado con los epigramas de Marcial. Su primer libro acababa de darse a conocer. Aquellos poemas eran fáciles: cortos, rudos, ingeniosos y sin pretensiones…, tan amenos que Lucila no vio entonces ningún motivo para molestarse con cualquier verso que fuera prolijo, frenético y oscuro. Empezó a discriminar entre lo que le gustaba y lo que estaba de moda. Por supuesto, semejante honestidad ingenua la excluiría de la intelectualidad.

Lucila batallaba con la épica. El éxito de *La Eneida* de Virgilio, con su manifiesta sumisión al emperador Augusto, había animado a los escritores de largos poemas heroicos. Los profesionales como Estacio esperaban abiertamente ganar dinero, en tanto que las clases más altas, los aficionados, soñaban con retirarse de la vida pública y dedicarse a diez años de trabajos forzados con los preciados manuscritos épicos. De ahí que la *Tebaida* de Estacio fuera entonces sólo uno de una plétora de esfuerzos grandiosos: Valerio Flaco, en *Las Argonáuticas*, había empezado la tendencia moderna al utilizar la búsqueda de Jasón del vellocino de oro como metáfora para la joven participación de Vespasiano en la invasión de Britania. Fue el amigo de Estacio, el profesor Némuro, quien aconsejó a Lucila que no lo leyera; le explicó que la hipótesis central —que al capturar Britania Vespasiano había abierto los mares de la misma forma que Jasón— era tan pobre que el viejo Emperador campechano en persona debió de haberse reído a carcajadas.

—Lo único que obtienes son tediosos despliegues de erudición, imaginería exagerada, estilo monótono y una pesadez intencionada.

Fue entonces cuando Lucila decidió que valía la pena cultivar a Némuro.

La épica era como una plaga. Se creía que Rutilio Gálico, el recién nombrado prefecto de la ciudad, estaba escribiendo algo. Administrador profesional del norte de Italia, era tan lento que nadie le preguntaba sobre ello siquiera. Silio Itálico, un abogado con un pasado sospechoso (había trabajado como informante para Nerón), también trabajó de lo lindo durante esta época, dedicándose a su *Púnica*, que en diecisiete libros descomunales relataba el conflicto entre Escipión y Aníbal. Por lo que había trascendido (tras un buen empujón desde la grada por parte del autor, dijo Némuro), sus modelos eran el historiador Livio, Virgilio, por supuesto, y *Farsalia*, de Lucano, escrita bajo el reinado de Nerón y que relataba de nuevo la rivalidad de César y Pompeyo. Lucila quedó decepcionada al saber que no se trataba de heroicidades rutilantes. César aparecía como una persona desagradable, Pompeyo como un inútil. «Sin embargo —Némuro de nuevo —, Pompeyo va hacia su muerte traicionera con un aplomo estoico».

Lucila, a menudo insegura, perdió los estribos.

—Esto es un insulto para nuestros soldados. Yo conocía a un miembro de la Guardia al que mataron en Dacia. Nadie sabrá nunca lo que le ocurrió, pero él también fue víctima de una emboscada y no me imagino que cayera «con un aplomo estoico». Yo lo veo cubierto de sangre, luchando hasta la extenuación; lo oigo diciendo «estoy más que cabreado por acabar metido en esta mierda por culpa de unos idiotas»… ¿Por qué la poesía no puede ser real?

Juvenal, el escritor satírico, que por casualidad estaba presente, sacó una tablilla de notas y garabateó unas palabras que desarrollaría más adelante, vilipendiando a Domiciano y a su consejo de asesores al describirlos sosteniendo un debate ficticio sobre cómo cocinar un rodaballo enorme cuando deberían estar dedicándose a Dacia.

A Lucila nunca le interesó Juvenal, socialmente hablando. Sus objetivos eran indiscriminados; había insultado incluso a Estacio, diciendo que prostituía su arte condescendiendo al gusto popular, tan desesperado que en una ocasión hasta le había vendido guiones de ballet a Paris. Juvenal podía

ser sumamente divertido pero, al igual que Marcial, siempre describía su vida como una lucha desesperada para obtener dinero de patronos desinteresados, corriendo de un lado a otro con la esperanza de que alguien lo invitara a cenar o uniéndose a los ricos simplones con el objeto de sacarles algún legado. Marcial era más afable, y al menos él nunca utilizaba a personas reales en sus epigramas. Juvenal sí lo hacía, y tenía la mala costumbre de exagerar de manera cruel. En cuanto supo para quién trabajaba Lucila, empezó a preguntarle a todas horas sobre la relación del Emperador con Julia, intentando hacer que dijera que Julia había sufrido toda una serie de abortos, todos supuestamente impuestos como resultado de tener relaciones sexuales con su imperial tío. Decirle a Juvenal que eso no era cierto no lo disuadió.

A Lucila le desagradaban los hombres que optaban por no trabajar y no obstante lamentaban su pobreza. De modo que tenía preferencia por los poetas profesionales y otros eruditos que se ganaban un sueldo impartiendo clases. Dicho esto, hasta los profesores de carrera rondaban por allí con la esperanza de obtener un puesto imperial, pero como el Emperador y la Emperatriz continuaban sin tener hijos, era en vano.

Los buenos poetas tenían oportunidades. El año del desastre de Fusco en Tapae, el principal proyecto de Domiciano en Roma había sido restituir los Juegos Capitolinos en honor a Júpiter, para lo cual construyó un nuevo Odeón y un Estadio, considerados dos de los edificios más bellos de Roma. Celebrados cada cuatro años a partir de entonces, dichos juegos tomaron como modelo los antiguos Olímpicos y atraían a competidores internacionales, aunque Domiciano amplió el repertorio para que incluyeran no sólo atletismo sino también literatura y música. Al cabo de dos años, después de que Tetio Juliano ganara la segunda batalla en Tapae y cambiara la suerte de los romanos en Dacia, el Emperador celebraría los Juegos Seculares que, por tradición, sólo tenían lugar una vez en la vida de cualquiera. Luego fundó los Juegos Albanos, que se celebraban anualmente en su corte veraniega en honor de su diosa patrona Minerva. A él le gustaba asistir a los Juegos con vestido griego, llevando una corona de oro.

Estos años parecieron pasar de manera monótona para Lucila mientras su dolor por Cayo Vinio se iba apagando poco a poco. Finalmente, en el momento de calma tras los Juegos Albanos, cuando los que formaban parte de su círculo particular estaban alegres y optimistas por su futuro porque estaban ganando premios, ella decidió mejorar; primero acudió a Némuro para pedirle que le diera clases. Aunque él tenía la sensación de que instruir a una mujer, una peluquera, era degradante para un hombre de su intelecto, la falta de un salario regular lo obligó a mostrarse receptivo. Lucila insistió; él accedió. Había sido pobre y tenía el temor propio de quien alguna vez ha sido indigente a volver a serlo.

Empezaron con mal pie. Némuro cometió el error de dar por sentado que era analfabeta. Empezó a mostrarle el alfabeto en letreros. Lucila le explicó con gravedad que, aunque a la mayoría de esclavos no los educaban al mismo nivel que un secretario griego, a los de las casas de clase alta, como había sido su madre, se les requería conocimientos básicos de lectura, escritura y aritmética. Lachne había enviado a Lucila a una escuela de niños matutina.

—Así pues, ¿qué me estás pidiendo?

—Quiero aprender a leer un poema y a entenderlo.

Animado por su conocido mutuo, Estacio, Némuro cedió. En realidad, las clases habían sido idea de Estacio, porque su padre era maestro.

La educación crítica de Lucila empezó y parecía tener éxito. Némuro podía ser un tirano muy poco comprensivo, pero Lucila lo soportaba. Las reprobaciones hacían que se concentrara más. Para empezar, estaba pagando las clases de su bolsillo y no tenía intención de malgastar el dinero, de manera que la severidad funcionaba. Lucila estaba decidida a extraer todo lo que Némuro tuviera que darle intelectualmente. Se lanzó a la lectura y sólo necesitaba que la guiaran.

Durante una temporada Némuro estuvo orgulloso de ella, o al menos orgulloso de su propio logro. Se llevaban bien…, tanto, que Estacio y su esposa Claudia sugirieron que, puesto que ambos estaban solteros, deberían casarse. Aunque en un principio se sobresaltó, Lucila dijo que consideraría la idea. Némuro se encerró en sí mismo y suplicó repetidamente a sus

amigos que le aconsejaran. Pero al final anunció, como si todo el asunto hubiese sido idea suya, que eso era lo que quería.

«¿Un maestro? ¡Por todos los dioses, esto es pésimo!».

«¿Quién eres tú para opinar sin que te lo hayan pedido?».

«Me llamo Vinio. Cayo Vinio».

«Vete. Estás muerto».

«Al menos no tengo que ver cómo se te folla un borrón de tinta…, que, por lo que veo, lleva calcetines…».

* * *

Némuro llevaba calcetines, en efecto, pero Lucila pensaba que podría tolerarlo.

A veces los romanos llevaban calcetines. Némuro adoptó la moda preferida por los faraones egipcios; los suyos tenían los dedos gordos tejidos por separado para posibilitar el uso de las sandalias de dedo. Cuando te aventurabas a ir a climas fríos, cualquiera podía llenarse las botas con forros de lana o piel (la mayoría de los soldados que habían ido a Moesia lo estarían haciendo), en tanto que en los confines de la Tierra, en Britania, por ejemplo, los hombres exigirían calzones. Pero en el fondo Lucila sabía que, en la bahía de Nápoles o en Roma, los calcetines eran poco elegantes y un tanto excéntricos.

Los calcetines llegarían a significar todo lo malo de Némuro. Pero al principio, Lucila se dijo que eran una muestra positiva de personalidad. Ésta era la única desventaja visible que presentaba Némuro. Con veintitantos años, era educado y hablaba con elegancia, ligeramente anticuado en asuntos sociales tal vez, pero en un escenario lleno de eunucos disipados y ricachones babosos, a Lucila le parecía tranquilizador. Tenía buenos modales. Era sumamente meticuloso en cuanto a comer en público, acompañar a las mujeres a la puerta, mostrar respeto por los hombres de inteligencia superior.

«¡Supongo que de ésos habrá un montón!».

«¡Oh, vamos! Piérdete, Vinio».

* * *

Aparte del hecho de que el novio no podía ir a recoger a Lucila a su casa paterna puesto que ella no tenía padre, tuvieron una boda completa. Se celebró en Roma, lo cual permitió que muchas mujeres a cuyas bodas Lara y ella habían asistido acudieran excitadas en tropel a la suya. De pronto era ella el centro de atención, tal como debía serlo una novia, y se dio cuenta de cuántas buenas mujeres sentían cariño por ella.

Después de preparar a tantas otras novias, resultaba muy extraño que la acicalaran a ella dividiéndole formalmente el pelo con una espada y peinándoselo en siete mechones, tener acompañantes que le colocaran un velo color azafrán… Sabía, pero había olvidado, que en una boda formal la rúbrica anticuada —y por supuesto, Némuro optó por la versión tradicional — incluía los votos *ego Gaius, tu Gaia*: «Yo soy Cayo, tú eres Caya…».

Lucila estuvo a punto de vomitar. Las mujeres se la llevaron inmediatamente a un lado, hablando con nerviosismo, diciéndole a todo el mundo que la habían dominado los nervios.

* * *

La boda fue un error. De todos modos, los maestros por lo general son personas civilizadas y, dentro de lo que cabe, no era un error fatal en absoluto. No se habían acostado antes, o tal vez Lucila no hubiese seguido adelante con la boda. También se sorprendió al enterarse de que su nuevo esposo era un año menor que ella; siempre le pareció mucho mayor.

La noche de bodas Lucila se dio cuenta de que lo que ella había interpretado como una promesa de pasión no era más que la urgencia de su esposo por alcanzar su propio alivio. Debía de haberse acostado con mujeres, pero ella decidió que no habían sido muchas. Su vida amorosa iba a ser decepcionante para Lucila. Él nunca mejoraría. Lo suyo era un

zangoloteo de tres minutos. Se deslizaba dentro de ella y volvía a salir, como un pececillo vacilante, y de vez en cuando le daba la vuelta y repetía el procedimiento, lo cual era su idea del sexo sofisticado.

En las paredes de las tabernas y de los baños públicos, Némuro había visto imágenes de mujeres que sólo llevaban cubierto el pecho y que proporcionaban entretenimiento en el dormitorio de hombres bien dotados, en ocasiones formando tríos intrigantes, y con sirvientes de ojos saltones mirando. Aquello parecía muy divertido, pero él se odiaba a sí mismo por anhelarlo. Él quería una esposa a la que pudiera respetar y que no intentara alterar sus hábitos ya arraigados. Tras las primeras noches, si buscaba a Lucila en la cama era sólo por comodidad, como un niño que se durmiera chupando un pedazo de paño viejo. No tenía ningún interés por los sentimientos o necesidades de Lucila.

Él creía que la trataba de forma ejemplar. No tenía sentido quejarse; eso sólo conduciría a una pelea. Era un hombre inteligente y extremadamente leído, pero esto no le había dado aptitudes para la vida real.

* * *

La cosa funcionó durante un año; incluso estuvieron juntos más tiempo.

Lucila no tardó en aprender a ocultar su desarrollo intelectual. Al observar su progreso escalonado, su esposo ya no estaba orgulloso sino celoso y le molestaba que ya no dependiera de él para aprender. De todos modos, su vida estaba llena de libros. Ella podía devorarlos, sobre todo cuando él no estaba en casa, cosa que ocurría cada vez con mayor frecuencia. Pasaba mucho tiempo con sus amigos. Esto no tardó en llevarle a jugar a los dados y beber aunque, de acuerdo con su carácter, era comedido y cauto, lo cual evitó al menos que perdiera demasiado dinero. Lucila se oía a sí misma decir: «Bueno, si así es feliz…». Al decirlo, sabía que todo había terminado para ella.

Lucila seguía la costumbre de las esposas tradicionales de saltarse las restricciones, aunque no precisamente a la manera tradicional. Mientras

Némuro creía que estaba siguiendo su programa preceptivo, que incluía el estudio intenso de muchos, muchos libros del historiador Livio, Lucila había descubierto los poemas eróticos de Catulo. Éstos los leía con mayor satisfacción aún porque sabía que de enterarse Némuro se enojaría.

Cuando al final lo desafió y se negó abiertamente a leer más a Livio, Némuro le dejo probar con la *Metamorfosis* de Ovidio. Lucila se había convertido en una alumna difícil.

—Ese Apolo… ¡Menudo monumento! ¡A él sí que me gustaría peinarlo!

—Tómatelo en serio.

—Ya lo hago, querido —Se llamaban «querido» y «querida» en lugar de arriesgarse a la intimidad de los nombres.

—Por ejemplo, sé que cuando un libidinoso, ya sea hombre o semidiós, persigue a una chica con la intención de violarla, ella no se convierte en árbol oportunamente. Acabará siendo violada.

—¿Ésta es tu apreciación crítica de Ovidio?

—Creo que es mi apreciación de todos los poetas.

«Y de la gente que enseña poesía».

«No puedes decirlo en serio, querida».

—En cualquier caso —gruñó Lucila—. ¿Quién quiere ser un arbusto de laurel?

* * *

Julia murió.

Llevaba enferma una breve temporada, pero la situación se había ocultado en la corte, con los habituales susurros, puertas que se cerraban a toda prisa, pasos apresurados y visitas repentinas e inexplicadas de practicantes médicos, a veces por la noche. Con todo, su muerte llegó de forma inesperada. Tenía veinticinco años, un poco mayor que Lucila. Los que la habían servido, sobre todo las mujeres, lloraron afligidos. Aunque

Lucila conocía a Julia sólo superficialmente, estaba unida al dolor de sus colegas.

Aquellos días Domiciano estaba ausente, bien en Germania o en Panonia; había temores sombríos sobre cómo iba a tomárselo.

Juvenal vino dando la lata:

—¿Fue por un aborto que salió mal?

Lucila se puso furiosa.

Después del funeral de Julia, se encerró en sí misma. Cuando Lucila y Némuro estaban en Roma en lugar de en Alba, oficialmente vivían con los padres de él. La madre, por supuesto, consideraba que Lucila era demasiado común; ella creía que Némuro poseía un talento excepcional, una opinión que él animaba. Lo bueno de ser descendiente de esclavos era que tenías una facilidad infinita para la insubordinación silenciosa. Lachne había enseñado a Lucila a aguantar cualquier cosa y aparentar sumisión siendo insidiosamente rebelde en el fondo. Pero ésa no era manera de vivir.

Entonces, mencionando las necesidades de su negocio, Lucila volvía casi todos los días a la calle del Ciruelo, que siempre había sido su refugio. Su esposo nunca iba allí. A él le gustaba el hecho de que Lucila tuviera su propio dinero; eso evitaba que tuviera que pedírselo a él. Némuro disfrutaba de las relaciones de Lucila con la familia imperial, cosa que veía como un contacto potencialmente útil para él. Por lo demás, no mostraba ningún interés por su trabajo.

La pareja siguió casada porque era conveniente. Pero llevaban vidas cada vez más separadas.

Némuro no aceptó su destino con sumisión. En cuanto percibió la creciente independencia de Lucila, había recurrido al arma más trillada del esposo romano: la acusó de tener intención de cometer adulterio. Al igual que muchas esposas romanas, Lucila se hizo la inocente herida. Mientras lamentaba con dramatismo la injusticia de su esposo, nunca confesó la verdad: que tenía la sensación, y que siempre la había tenido, de que todo su matrimonio era una traición a sus sentimientos hacia el difunto Cayo Vinio.

OceanofPDF.com

XVII

Había llovido durante todo el día y al parecer volvía a nevar.

—¡Me cago en las cariátides! —gruñó Cayo Vinio—. Ya estoy harto de esto.

Vinio, vivo. Vinio, sumamente deprimido e irritable.

Le dolía la cabeza. Por fin el dolor disminuyó un poco, de modo que pensó que se había librado de daños cerebrales, aunque al principio, cuando recuperó la conciencia, ante la falta de toda ayuda médica, se había diagnosticado a sí mismo una conmoción cerebral y quizás algún daño permanente. Lo más probable era que sencillamente se volviera loco intentando soportar la vida en cautiverio. El aburrimiento y la claustrofobia eran espantosos.

¿Qué podía haber peor en el mundo que estar encallado en un enclave montañoso aislado en territorio bárbaro, en el lado contrario de la frontera, a mil millas de distancia de casa, sin saber si lo liberarían o no, ni cuándo, ni si alguien de los suyos sabía siquiera que estaban allí?

Ellos suponían que no lo sabía nadie.

Los prisioneros capturados en Tapae, sólo un puñado de supervivientes romanos, habían sido recogidos y trasladados en unos carros toscos a una ciudadela medio desierta cuyo nombre no les dijeron. Los arrojaron a un recinto ruinoso situado en un pequeño bancal de una ladera, más de veinte hombres apiñados en un espacio que una vez fue construido para una familia. Su refugio comprendía un par de chozas de zarzos podridos y suelos de arcilla que eran demasiado penosos hasta para servir de pocilgas, aunque el hedor que emanaban era claramente animal. Aquélla iba a ser su casa hasta no sabían cuándo.

Si los hombres hubieran sido conscientes de cuántos años pasarían, cuántos años antes de que hubiera posibilidad alguna de rescate, se habrían dado por vencidos. Lo único que los hacía aguantar era que los dacios no los mataron ni los convirtieron en esclavos. Se contaban historias siniestras de que los dacios sacrificaban a sus enemigos vencidos para sus dioses guerreros y colgaban las armaduras en los árboles a modo de trofeo; aquellos romanos habían perdido sus armas y objetos de valor pero conservaban la vida. Esto debía de significar que eran rehenes, y para los rehenes siempre tenía que haber un trémulo espejismo, esa débil posibilidad que ellos nunca debían ver como falsa: creer que algún día volverían a estar seguros.

Algunos murieron. Para ellos no habría retorno.

* * *

Iban a morir todos, por la suciedad, la enfermedad y la triste desesperación, a menos que alguien hiciera un esfuerzo por preservar su salud y su cordura. Vinio se había dado cuenta de ello las primeras semanas, más o menos cuando poco a poco dejó de sentir sólo aflicción por la pérdida de su centurión en la batalla, cuando supo que tendría que empezar a luchar por su propia supervivencia, que al menos era lo que Gracilis hubiera hecho y lo que hubiese querido que hiciera Vinio.

Los prisioneros eran un surtido de varias legiones. Eran pocos, aunque a medida que iba transcurriendo el tiempo Vinio advirtió algún que otro dacio que sí se comunicaba; sospechaba que había otros retenidos en alguna otra parte. En su grupo no había ningún oficial. Vinio era el único pretoriano; es más, había sido beneficiario de un centurión. Así pues, en cuanto logró salir de su tristeza inicial, trató de calmar a los demás. Vinio tuvo que asumir el liderazgo. Tenía que hacer lo que hubiera hecho Gracilis, lo que la voz mística de Gracilis le estaba ordenando en aquel mismo instante: levantarles el ánimo, mantener la moral, arrastrarlos por aquella terrible experiencia

durara lo que durara, encontrar una forma de coexistir con sus captores, buscar maneras de escapar pero sin intentar nunca ninguna estupidez.

Estuvieron de acuerdo. Ninguno de ellos tenía energías suficientes para ofenderse; ninguno quería asumir el control. En cualquier caso, él era un guardia…, de modo que más valía que lo hiciera Vinio. Si surgían problemas podrían culparle a él.

—Muy bien. Tenemos que cuidar de nosotros mismos. Mantener una higiene escrupulosa, dentro de lo posible. —Había arroyos de montaña y se les permitía recoger agua—. Todo lo que podamos hacer para mantenernos mentalmente alerta. Pero no me pidáis que os cuente cuentos para dormir. Ejercicio diario.

Hacían flexiones, practicaban estocadas y al cabo de unos meses adquirieron un caballo sumamente viejo que nadie quería, demasiado débil incluso para comérselo, que todos aprendieron a montar. Los dacios les dejaban tener el caballo porque, tal como comentó Vinio, era imposible que los veintitrés escaparan en él. Parecía una tarea horrible del manual del nuevo recluta para crear cohesión de equipo, algo que hubiera podido proponer el viejo general Corbulón: «Salid de Dacia sin que os maten en las montañas, utilizando sólo un caballo artrítico, cuatro cazos agujereados y una flauta de Pan…». Fue Vinio quien talló la zampoña; cuando terminó, los demás dejaron muy claro que, oficial o no, debía contenerse de tocarla.

Vinio sabía cómo hacerse aún más impopular:

—Cuento con que seáis decentes.

—¿Cómo? ¿No podemos cantar *La chica a la que besé en Clusio* mientras nos hacemos una paja?

—Depende de vosotros. Yo me refiero a no tararear *El chico al que besé en Colonia Agripinensis* mientras sodomizáis a vuestro compañero de tienda por nonagésima quinta vez.

—¡Noventa y cinco veces! ¿Crees que vamos a estar aquí un mes entero?

Cayo Vinio se temía que iban a estar allí para siempre. Una de las cargas de ser oficial era que tenía que guardarse este pensamiento.

—Señor, señor… Entonces, ¿ésta es la nueva política sobre masturbación?

—Edicto senatorial, majo. Promulgado en el consulado de dos individuos de lo más noble, con quinientos años de estiércol de burro en sus botas elegantes y tan endogámicos que tienen tres cabezas, y que votaron en la Curia que todo está permitido si se trata de ejercicio… ¡Por Júpiter! Espero que sepáis de lo que estoy divagando, sinvergüenzas, porque el aire de la montaña me marea… A propósito, no tiene que haber ninguna tentativa de entablar conversación con la flor y nata de las mujeres dacias. Ya tenemos bastantes problemas.

Esta última orden apenas era necesaria. Las mujeres dacias no querían tener nada que ver con ellos. Ya contaban con suficientes guerreros viriles dacios a su disposición o, si querían variedad, suevos ambiciosos que sólo vivían a lomos de sus caballos y en carromatos, sármatas que se sujetaban el pelo hacia atrás en curiosos moños o incluso escitas (esos bárbaros a quienes hasta los bárbaros consideraban hombres salvajes y espeluznantes) que a veces pasaban por allí para una agradable confraternización tribal y para conspirar contra Roma.

Los dacios adultos pensaban que vigilar a extranjeros estaba muy por debajo de sus méritos. Al principio esto dejó a los prisioneros romanos al cuidado de una panda de jóvenes encorvados y llenos de granos, lo más bajo de la sociedad dacia. Era una primera experiencia de poder para los adolescentes, a quienes les encantaba la emoción de dar una paliza a víctimas indefensas sin motivo alguno.

Al final Vinio se hartó de todo aquello, así como de la lluvia y la nieve, de modo que, en un arranque de energía, reunió a sus atormentadores, los dividió en equipos, les dijo que le trajeran la cabeza de una cabra muerta y los puso a jugar al fútbol como golfillos en un callejón del Mediterráneo. Esto funcionó hasta que perdió el equipo que no convenía y los perdedores se enfurruñaron. Los prisioneros romanos los consolaron organizando una competición de mear contra una puerta, un juego para el que no hizo falta educar a los muchachos, aunque a algún idiota de risa tonta debió de escapársele algo, porque al cabo de unos días un grupo de madres

enfurecidas acudieron desde su aldea para chillarles insultos espantosos y llevarse a casa a sus niños sanos y salvos.

Los chicos fueron reemplazados por aprendices de guerrero, que estaban aburridos pero eran inofensivos.

—De haber sabido que lo único que hacía falta para deshacernos de esos pequeños cabrones —dijo Vinio— era hacer creer a sus madres que les estabais enseñando perversiones de gimnasio griego, los habríamos perdido de vista hace semanas, joder. —Dirigiéndose a un soldado que parecía desconcertado, añadió—: Las mujeres creen que si juegas con tu cosa te vuelves ciego.

Tras una corta pausa, lógicamente alguien preguntó si era así como había perdido su ojo derecho, ante lo cual Vinio sonrió con paciencia. Como oficial, tenía una tolerancia que su antiguo centurión hubiese despreciado. De todos modos Vinio lo hacía todo a su manera, y Gracilis siempre lo había sabido.

Los soldados volvieron a entonar cancioncillas incorregibles sobre personas a las que afirmaban haber besado, y mucho más, en varias ciudades del Imperio, cosa que acompañaban con gestos según el gusto de cada uno. Vinio no cantaba; estaba demasiado triste. Pero cuando quería darse un gusto en las largas y frías noches, se tumbaba de espaldas y se permitía recordar su experiencia en Alba Longa con Flavia Lucila en sus brazos. Ahora comprendía sus sentimientos. La tenía en la sangre y en el alma. Aburrido y desamparado, racionaba el recuerdo como si tuviera miedo de que cada vez que repetía la experiencia en su cabeza, ésta se fuera desgastando sutilmente. No podría soportar que se desvaneciera.

Para conservar el recuerdo, variaba aquella evocación especial con otros momentos. Le gustaba rememorar la noche que había llevado a Lucila a comer a aquel bar de la calle del Ciruelo, después de que la encontrara llorando cuando murió su hermana. El figón (¿El Piscis? ¿El Acuario…? La Vieira) estaba en el barrio y era práctico, no era bueno, aunque no tan nefasto como muchos de los que había en las calles de Roma. Una mosca muerta flotaba en la salsa entre las albóndigas de pollo de su plato. A pesar de su expresión lánguida por la muerte de Lara, Lucila había soltado una

risita y le había dicho: «¿Quieres devolverlo? ¿Para qué, Vinio? ¿Confías en que en el próximo cuenco haya una mosca más grande?».

Una pequeña broma, pero en aquellos momentos alegraba en gran medida su desolada existencia. A veces imaginaba lo que hubiera hecho, o lo que debería haber hecho, si entonces se hubiera dado cuenta de lo que sentía por ella.

«Retrocede y piensa: se lo habrías contado. Le hubieras dicho que te importaba».

«No. En Alba hubiese sido demasiado pronto. Tómatelo con calma. No es el momento adecuado».

«Sé realista: para algunos hombres nunca es el momento adecuado. Ellos esperan que la mujer lo descubra por sí sola, que se lo saque a su pareja, que suponga, deduzca o decida, que elija la ocasión (demasiado pronto para él, por supuesto) y que luego, amablemente, diga las palabras en su nombre».

«Los pretorianos deberían tener más iniciativa, Cayo».

«Soy tímido con las mujeres».

«No seas idiota».

Se guardaba todos estos pensamientos para sí, porque era de los que necesitaban intimidad para mantenerse cuerdo.

Como soldados que eran, la mayoría de los prisioneros tenían recursos que les ayudaban en su exilio. Sin embargo, algunos no podían sobrellevarlo y se desmoronaban poco a poco o bien muy repentinamente. El aislamiento y la eterna incertidumbre los abatían. No había forma de prever quién se derrumbaría, si viejos o jóvenes, duros o vulnerables. Los demás tenían que cuidar de sus compañeros cuando alguno sufría una crisis nerviosa. Perdieron a un par. Uno echó a correr enloquecido y se arrojó desde un peñasco, otro, sencillamente, se consumió.

Cuando ocurrieron estas tragedias los dacios parecieron indiferentes, aunque Vinio se fijó en que la calidad de la comida mejoró temporalmente. Los alimentaban sobre todo con una sopa clara y un poco de queso de oveja salado. Durante las fiestas los agasajaban con albóndigas de carne especiada, lo cual llevaba a los romanos a pasar inevitables períodos

sudando en una letrina dacia. Ellos las llamaban Bolas de Marte, cosa que a Vinio le hacía pensar en algún dulce especial de las Saturnales como los que sus tías y cuñadas iban repartiendo en bandejas en las fiestas familiares…

Uno de los soldados dijo que, según Virgilio, el dios Marte nació entre los godos, o dacios. Vinio respondió con expresión seria que a partir de entonces su norma sería que no lo capturaran nunca a menos que fuera con alguien que leyera literatura.

—*La Eneida* —le replicó el hombre con tristeza—. Tercer libro.

«¡Por Júpiter!».

Cuando ya habían estado todos enfermos, les dieron algunas pieles mal curadas de animales para ayudarles a mantenerse en calor. Alguien los estaba supervisando, de un modo rudimentario. En cierto modo, eso empeoraba las cosas. No se habían olvidado de ellos. Los estaban almacenando en su campamento de chozas destartalado como piezas de fruta vieja de las que nadie se preocupaba demasiado, no permitían que se pudrieran pero tampoco tenían previsto sacarlas de allí salvo en caso de emergencia.

Cada día de Año Nuevo, Cayo hacía formar a sus hombres, les daba una arenga severa sobre el hecho de ser romanos y les hacía jurar lealtad al Emperador. Tuvo que hacerlo tres veces.

Después de Tapae vino un invierno durante el cual comprendieron que iban a pasarse cien días al año temblando por encima del límite de las nieves perpetuas. Transcurrió un año más sin que hubiera cambio alguno en su situación. Les quedaba un largo tiempo por delante, era posible que se quedaran allí para siempre. Los prisioneros lo discutían a todas horas. No tenían modo de saber qué ocurría en Roma.

* * *

Domiciano pasó un año entero preparando su represalia por el desastre de Tapae, decidido a no repetir los fallos de planificación y reconocimiento

del terreno que lo habían causado. Era un hombre que rumiaba constantemente. Esto contribuyó a que la logística fuera adecuada.

Movilizó tropas de otras provincias: Britania, Germania y Dalmacia. Aunque esto causó controversia, él insistió en que las legiones de Britania tenían que retirarse del norte, donde había demasiada demanda de soldados a cambio de muy pocas ganancias. Las legiones salieron a regañadientes de Caledonia, territorio que Agrícola había ganado hacía muy poco tiempo, y la II Adiutrix fue llevada al sur para cubrir la emergencia del Danubio. Domiciano incrementó de tres a seis el número de legiones destacadas en Moesia. Llevaron a cabo un reconocimiento detallado del terreno. Tal como había planeado, reajustó la provincia, dividiéndola de manera que había dos gobernadores que podían concentrar sus energías. La atención ávida a la venganza era la especialidad de su vida. Se negó con obstinación a que le metieran prisa.

Lo que sí averiguaron los prisioneros fue que al año siguiente, el segundo de su cautiverio, el Emperador había enviado por fin un nuevo ejército. Lo comandaba Tetio Juliano; a diferencia del voluble Fusco, él era un general a la vieja usanza que tenía fama de imponer disciplina. Avanzó desde Viminacio, cruzó el Danubio e invadió Dacia. Por lo que Vinio pudo averiguar, daba la impresión de que Juliano utilizaba la misma ruta que su predecesor a través de las Puertas de Hierro de Transilvania, lo cual podría haber sido igualmente desastroso. Sin embargo, advertido por lo ocurrido a Fusco, Juliano debió de haberse preparado tácticamente para una emboscada. Estaba tentando a Decébalo para que repitiera sus movimientos anteriores.

En esta ocasión la suerte se invirtió. En el mismo lugar, otra vez en Tapae, Tetio Juliano combatió a Decébalo y le impuso la derrota. El segundo al mando de los dacios, Veizinas, tuvo que fingir que estaba muerto para poder escapar, al amparo de la noche. Los dacios fueron aplastados, aunque no aniquilados. Mantuvieron con vida a los prisioneros romanos de la batalla previa pero de pronto los trasladaron a una torre de dos pisos en Sarmizegetusa. Durante el viaje los maltrataron. El recrudecimiento del trato despiadado ayudó a Vinio a deducir que Roma

había tenido éxito. Pero también le advirtió: una victoria romana podría poner a los prisioneros de guerra en una situación de peligro extremo.

No habían intentado rescatarlos, aunque el alto mando romano conociera su existencia, cosa que probablemente ni siquiera era cierta. El avance de Juliano había requerido tiempo. Tras la segunda batalla en Tapae, había decidido que no era seguro avanzar a la fuerza hasta Sarmizegetusa estando tan avanzado el año. Los prisioneros se esforzaban por obtener información y no podían discutir la estrategia por mucho que quisieran ver la llegada de tropas romanas. Las líneas de comunicación y suministros hasta Moesia quedarían amenazadas en invierno. Los accesos a la ciudadela eran dificultosos. Las unidades grandes tendrían problemas en las montañas en tanto que los contingentes menos numerosos serían presa de los ataques de las guerrillas.

Para Vinio y sus compañeros, empezaba el tercer año de monótono encarcelamiento.

Las doncellas dacias que Vinio había advertido a sus hombres que ignoraran estaban empezando a parecer tan hermosas y radiantes como orquídeas de los prados.

* * *

En aquel terrible momento, estando la ayuda tan cerca y siendo sin embargo tan poco fiable la esperanza, faltó poco para un desastre. Ocurrió en el Rin. Antonio Saturnino, un hombre de quien nadie había oído hablar y que podía haber pasado por la historia como un completo desconocido, intentó conseguir la fama por sorpresa. Era la persona que Domiciano había nombrado como gobernador de la Alta Germania, la que antaño fuera la base desde la que Vitelio, el rival de Vespasiano, había lanzado su intento por conseguir el poder supremo. Desde el enorme fuerte doble de los legionarios en Moguntiaco, Saturnino también se declaró emperador; eligió el primer día del año, la jornada en que se suponía que tenía que hacer que sus tropas prestaran juramento de lealtad a Domiciano. Habían pasado

veinte años desde que Vitelio se había hecho con el título; elegir el aniversario fue un intento mal intencionado de desbancar a la dinastía Flavia.

Hubo una turbia conspiración, una que nunca se desentrañaría por completo. Sin duda debió de haber contacto entre los partidarios de Saturnino en Germania y la élite de Roma, porque sólo un loco intentaría convertirse en emperador a menos que creyera que su ascenso sería bien recibido. Con un número importante de tropas a su disposición y unos fondos abundantes en las cajas de ahorros de dos legiones, Saturnino había provocado una crisis grave. Pero su intento fue precipitado y algunos dijeron que, puesto que era abiertamente homosexual, había reaccionado antes de tiempo, o de manera exagerada, a las nuevas leyes de moralidad de Domiciano.

Por los mismos días, y era de suponer que en connivencia con Saturnino, los catos de Germania Libera se reunieron en la ribera más alejada del helado Rin, al parecer preparándose para invadir sobre el hielo. Otras tribus, una rama de los sármatas llamados los yácigas, además de los suevos marcómanos y cuados, quienes previamente habían reconocido a Roma, amenazaron la provincia de Panonia. Con estos sistemas fronterizos hostilizados, la actividad romana en Dacia se vio muy comprometida.

Las advertencias sobre lo que Saturnino podía estar planeando ya habían llegado a oídos de Domiciano en diciembre a través de sus propios partidarios, que los había.

Siempre alerta a las amenazas contra él, tanto si eran reales o imaginarias, su reacción a esta verdadera emergencia fue electrizante. Abandonó Roma para dirigirse a Germania el 20 de enero. No estaba claro cuántas legiones permanecerían leales, si es que alguna quedaba. Domiciano sólo se llevó a la Guardia Pretoriana; Ulpio Trajano, él mismo un futuro emperador, se unió a él y trajo a la VII Gémina, legión de confianza, desde Hispania. La lucha terminó antes de su llegada. Los catos no habían podido cruzar el Rin, bloqueado por el hielo, debido a un deshielo impropio de la estación. El gobernador de la Baja Germania, un viejo partidario de Vespasiano llamado Lapio Máximo, se había puesto del

lado de Domiciano. Con sus propias legiones había derrotado con esmero a Saturnino y las tropas rebeldes, la disidente XIV Gémina y la engreída XXI Rapax, desde el fuerte doble de Moguntiaco. Saturnino murió en combate.

El período subsiguiente fue difícil. Lapio causó controversia al quemar la correspondencia de Saturnino. Podría haberlo hecho para encubrir su propia implicación sospechosa, o a la luz de las conocidas tendencias de Domiciano, podría haberse tratado de una jugada acertada para destruir pruebas si de veras había sido una conspiración secreta; las represalias violentas contra los miembros del Senado a la larga hubieran debilitado a Roma. El simple hecho de haber sido invitado a participar en la traición hubiese sido condenatorio a ojos de un emperador que ya era hostil a la clase senatorial.

Se trató con indulgencia a los miembros de las legiones que se habían rebelado, aunque se dio caza a sus oficiales, que fueron torturados y asesinados. Sus cabezas cercenadas, junto con la de Saturnino, se enviaron al Senado de Roma: un poderoso mensaje visual. Domiciano introdujo enseguida medidas para prevenir que volviera a ocurrir de nuevo: los soldados ya no podrían guardar más de mil sestercios en sus cajas de ahorros de las legiones, limitando así los fondos disponibles para cualquier usurpador en potencia. Nunca volvería a haber dos legiones concentradas en un fuerte; la XXI Rapax fue trasladada de inmediato a servir en Panonia.

Al cabo de tres o cuatro meses, cuando se estaban realizando operaciones de limpieza, la presencia personal de Domiciano en el Rin dejó de ser fundamental. Volvió su atención a las provincias del Danubio, esta vez a la asediada Panonia. No se desvió para ir a Roma; se dirigió allí directamente por tierra. A continuación se produjo un combate; los romanos sufrieron un revés. Sin embargo, cuando los marcómanos pidieron la paz, al principio Domiciano se anduvo con rodeos y luego ejecutó a su legación. Tras hacer esta declaración de intenciones, al final accedió a hacer las paces con Decébalo y los dacios.

Hubo una oferta sumamente atractiva por parte de Roma de pagar unas cuantiosas subvenciones económicas, empezando en aquellos momentos y que continuarían regularmente en años futuros. Los términos acordados

también proporcionaban ingenieros y otros expertos romanos que se mandarían para ayudar a fortificar Dacia contra las amenazas de otras tribus. Dacia ofrecería asistencia recíproca a Roma.

Como era demasiado astuto para exponerse en persona, Decébalo envió a su hermano Diegis a firmar el tratado. Diegis recibió una diadema de oro de manos del propio Domiciano, simbolizando que Dacia pasaba a ser entonces un reino cliente de Roma y que el Emperador podía validar a sus gobernantes. Para suavizar las negociaciones, Diegis llevó consigo y entregó a un desmoralizado grupo de prisioneros romanos, unos hombres a los que su hermano había estado reteniendo desde la primera batalla de Tapae.

* * *

Para repatriarlos los hicieron marchar hasta Carnunto, en Nórica. El esfuerzo fue extenuante, dada su debilidad. Sólo la esperanza evitó que la marcha los matara. Allí, en el antiguo territorio vinícola, el brazo principal de la ruta del Ámbar cruzaba el Danubio. Allí, Vinio y sus compañeros volvieron por fin a entrar en el Imperio romano.

Tras pasar cuatro años en otro mundo, quedaron desorientados al ver las siluetas familiares de un fuerte romano con un anfiteatro fuera, acurrucados en el tradicional desorden de una pequeña población civil. Había más ruido de lo normal y muchos más centinelas de los habituales porque el Emperador estaba allí.

La recepción que tuvieron por parte de los que estaban en el fuerte fue formal, no los miraron demasiado. Formaron con toda la elegancia de la que fueron capaces, Vinio ocupando la posición de oficial con un bastón improvisado. Un administrativo superior tomó nota de los detalles: nombres, legiones anteriores; una breve lista de los que habían muerto en cautividad. Los oficiales empezaron a dar parte. Al nuevo prefecto Pretoriano se le notificó que se había recuperado a un miembro de la Guardia; acudió afanoso a investigar. Encontró a Vinio transmitiendo con

urgencia su sospecha de que Decébalo retenía a más romanos en alguna otra parte.

—Os lo ruego, no los abandonéis…

Uno de los muchachos soltó de sopetón:

—¡Señor, señor! Fue Vinio quien consiguió que aguantáramos…

De repente, una voz nueva exclamó: «¡A ese hombre lo conozco!».

La multitud se separó entre murmullos. Los soldados se cuadraron y sus brazos provocaron ruidos metálicos. Un dignatario alto, de aproximadamente unos cuarenta años, con un labio respingón que resultaba familiar, se abrió paso entre ellos. Un remolino escarlata de una capa sobrecargada. Un peto de oro moldeado que mostraba a Minerva. Unas charreteras con flecos densos. «¡Una espada magnífica!».

Todos soltaron una exclamación ahogada: Domiciano. Su comandante en jefe. Su Emperador.

A Vinio le pareció demacrado. Luego se enteró de lo muy afectado que había quedado Domiciano por la revuelta de Saturnino, un hombre al que él había colocado en su puesto, un hombre en quien confiaba. Se sentía profundamente herido por el hecho de que las legiones se hubieran sublevado contra él, después de haberse preocupado por subirles la paga y la posición en el ejército y de sus intentos sinceros por ganarse la lealtad de sus soldados. Y lo que era aún peor, se había enterado de la noticia de que en Roma, su sobrina Julia, una joven a la que sin duda quería, a su manera, había muerto.

A pesar de su propio trastorno mental, fue Domiciano quien se detuvo en seco. Los prisioneros habían vivido día a día su lento deterioro, sin notarlo. Llegaron a Carnunto con menos peso de lo normal y con mala salud. Dado que recordaba al tuerto Vinio de hacía unos años, tan sano y musculoso, Domiciano pudo advertir la magnitud del cambio. El aspecto canoso y la mirada apagada del soldado lo impresionaron.

El Emperador se acercó. Bajo la mirada penetrante de su centurión interino, los soldados se pusieron firmes hasta que les crujió la espalda. Lo primero que hizo Domiciano fue darle un apretón de manos a Vinio. Parecía estar a punto de abrazarlo, aunque nunca fue su estilo. A continuación

Domiciano recorrió las filas; se tomó su tiempo y estrechó la mano de cada uno de ellos. Después todos mencionaron que se las sostuvo con un fuerte apretón. Su mirada era compasiva y paternal. Vieron que el Emperador estaba conmovido por el sufrimiento que habían soportado.

Hasta aquel momento los soldados regresados habían mantenido el control de sus emociones. Estaban atontados y se mostraban retraídos, ninguno de ellos se atrevía aún a creer que su terrible experiencia hubiera terminado. Vinio les había advertido de que tal vez los recibieran como si fueran una vergüenza, o mercancía estropeada, incluso como desertores.

—¡Dadles a estos hombres todo lo que necesiten!

Fue la genuina bondad de Domiciano lo que al final hizo que se vinieran abajo.

OceanofPDF.com

Cuarta parte

Roma: 89-91 d.C.
Volviéndose más cruel

OceanofPDF.com

XVIII

Rostros. Muchos rostros… Muchos trajes de campaña con armadura.

Muchos hombres aptos, todos apestando a aceites de limpieza, con unos dientes maravillosos. Mucho afán y determinación.

Los prisioneros evitaban a sus colegas. Conscientes de su desaliño, de las muelas que habían perdido, la micosis en la piel y el deterioro mental, los hombres con el pelo lacio y sin afeitar que Diegis había sacado de Dacia se encogieron en un grupo hermético, nerviosos como potros.

La rehabilitación iba a ser un proceso rápido. Les dieron la opción de regresar a sus unidades anteriores, de servir en otras legiones en provincias tranquilas en las que sólo había que proteger minas de oro o darse de baja. Casi todos optaron por continuar de servicio y algunos de ellos permanecieron deliberadamente en la frontera con la esperanza de poder vengarse. Todos habían jurado ser hermanos de sangre, aunque era innegable que perderían el contacto.

Vinio solicitó la baja. Sabía cuándo había llegado al límite.

Por norma general, Domiciano tenía a dos prefectos pretorianos, uno militar y otro con formación administrativa. Allí en el Danubio, reemplazando al caído Fusco, estaba Casperio Eliano. Parecía bien preparado y quizá supiera del papel que Domiciano había tenido en el pasado como patrocinador de Vinio. Si fue por eso, o simplemente por renuencia a perder a un hombre al que todavía le quedaban unos buenos años, Casperio Eliano dio la lata a Vinio para que se quedara.

—¿Cuántos años tienes?

—Treinta y dos.

—Eso no es nada. No puedes retirarte; te hará falta un empleo.

Vinio claudicó y pidió los vigiles. Eliano, en cambio, le ofreció un puesto en el cuartel general; seguiría siendo un miembro de la Guardia, con el salario y la seguridad correspondientes. Hubo un acuerdo tácito de que podría quedarse en Roma como no combatiente.

Iba a trabajar a las órdenes del corniculario, ocupándose de los registros; a él ya le parecía bien. Un trabajo de oficina. A algunos soldados o paramilitares a los que las heridas o los problemas mentales impedían desarrollar toda la serie de obligaciones que les eran propias les angustiaba mucho tener que hacer ese trabajo. A él no. Él se adaptaría a este puesto igual que había disfrutado el de los vigiles, aunque sin tener que aguantar a toda una sarta de ladrones y pirómanos.

* * *

Antes de ser transferidos, los prisioneros se reunieron. Todos estaban débiles, empeorando más que mejorar. La mayoría se negaban a hablar sobre los cuatro últimos años. La primera vez que fueron a la casa de baños del fuerte nadie podía sacarlos de allí; el encargado de los baños se quejó de que se lo dejaron todo infestado y robaron todo el calzado de suela de cuerda. El barbero del cuartel tuvo que hacer horas extra para arreglarlos. Algunos de ellos se fueron corriendo a ver a las chicas de vida alegre del lugar, aunque regresaron abatidos, conmocionados por su incapacidad para funcionar como era debido.

El Emperador les dio lo que se consideraban unos generosos obsequios en dinero y armas; esto supuso que confirmara su paga atrasada de cuatro años y los rearmara sin la habitual deducción del salario. Y lo que era aún mejor, los atendió su médico personal. Necesitaban su ayuda. Tras cuatro años de abstinencia, la bebida tuvo unos resultados desastrosos. Incluso la comida les causaba malestar; se lanzaron sobre su primera comida romana, pero lo único que consiguieron fue vomitarla o encontrarse con que su cuerpo la expulsaba tras ingerirla. Vinio se desmayó; el doctor dedujo que fue porque era un hombre alto. El curandero imperial impuso una dieta

planeada con rigor para acostumbrarlos de nuevo a una nutrición adecuada. Ellos bromearon con nerviosismo diciendo que esperaban que no fuera el mismo hombre que había atendido a Tito cuando estaba en las últimas, porque era así como se sentían. Durante un tiempo fueron todos unos inválidos temblorosos.

Al final enviaron a Vinio a Roma. Él quería volver a casa marchando, con la cabeza bien alta, pero fue la mayor parte del viaje estirado en un carro de forma vergonzosa. Tardaron semanas en llegar. Desde Carnunto había que evitar los Alpes. Tuvo mucho tiempo para pensar. Lo que hizo fue sobre todo aclararse las ideas y esperar.

En la Puerta Flaminia se apeó de su transporte y, tambaleándose, entró en la ciudad por su propio pie. Al tomar la larga y recta carretera ceremonial que iba de la puerta triunfal hasta el Foro, su primera reacción fue indignarse.

Había visto cómo se levantaban los nuevos edificios de Domiciano; sin embargo, durante su cautiverio, la Roma que tenía en su mente había sido la vieja ciudad, la ciudad en la que creció de niño, antes del incendio. Aquel panorama reluciente lo horrorizó. Los edificios reconstruidos y mejorados en el Campo de Marte (el Panteón y la Saepta Julia, el templo de Isis) parecían más grandes, de hecho lo eran, y estaban tan fabulosamente adornados, eran tan llamativos que a él le parecieron de mal gusto. El templo de Júpiter, un borrón enorme y dorado en lo alto del distante Capitolio, resultaba tan poco familiar como una fantasía arquitectónica en un fresco. En lugar de tener la sensación de haberse despertado de una pesadilla, Cayo, débil y desorientado, estaba viviendo en una.

No tenía ni idea de cuál podía ser la mejor manera de anunciar a su familia que había vuelto a casa de entre los muertos. Hasta entonces no había hecho nada respecto a ellos. Tenía imaginación suficiente para preocuparse por la reacción que podría causar su aparición repentina.

Como era reacio a presentarse y provocar un ataque al corazón a sus hermanos, fue a que le cortaran el pelo y lo afeitaran como a un romano decente. Se sentó en la silla con el mentón envuelto en un paño tibio, tan inseguro como un adolescente en su primera visita.

—¿Qué loción quieres, soldado? ¿Lirio? ¿Azucena de Creta? Puedo ponerte un delicioso sándalo…

—¡Por el Hades! Deja esa porquería. Me gusta la camomila. Camomila y nada más.

Decidió ir al campamento pretoriano. Eso suponía cruzar Roma por las cumbres del norte, un paseo suave, lento y curativo a través de los Jardines de Salustio; era una buena idea y le dio tiempo para adaptarse. Después, un guardia al que conocía de antaño aceptó ir a visitar a su familia por él y darles la noticia con tacto.

Félix fue corriendo a buscarle. Avergonzado, le mostró a su hermano el epitafio de su padre, que entonces tenía la mención respetuosa de su propia muerte heroica.

—Mierda, Félix… —su hermano estaba deshecho; Cayo también estaba sin habla—. No hay mucha gente que pueda examinar su propia lápida. ¡Gracias!

Debería estar muerto. Eran muchos los colegas que no habían podido regresar, ¿por qué él sí? Lo atenazó un espantoso sentimiento de culpabilidad. Aunque su hermano, que había sido soldado, daba la impresión de comprenderlo, Vinio se estaba habituando a soportar todo aquello solo. Ver el epitafio había incrementado su vergüenza no expresada por el hecho de que él, por una elección aleatoria del destino, hubiese sobrevivido a la catástrofe.

Aquella noche lo colmaron de gritos, lágrimas, abrazos, palmaditas en la espalda, comida en exceso y vino, demasiado vino. Las tías que lo habían criado, y que entonces eran ya menos, acudieron tambaleándose para estrujarlo, pellizcarlo, derramar lágrimas en pañuelos coloridos y embriagarse horriblemente con muchos vasos de vino endulzado.

«Sólo un dedo; ya sabes que no bebo nunca…».

Sus hermanos y las esposas de éstos alternaban sollozos y sonrisas incrédulas. Las dos niñas, Marcia y Julia, quienes apenas recordaban a su tío, lo miraban tímidamente sin separarse de Paulina y luego se acercaron poco a poco y le pusieron unas guirnaldas en torno al cuello, en tanto que su hermano pequeño se escondió debajo de una mesa y asomaba la cabeza

para observar a aquel soldado lleno de cicatrices del que no tenía ningún recuerdo. Aunque no eran hijos suyos, Cayo quedó profundamente afectado por lo mucho que había cambiado aquel trío durante los años que él estuvo ausente. Las niñas eran ya unas pequeñas damas; el bebé ya era un chico.

Nadie mencionó a la tía de los niños, Cayo Vinio tampoco.

* * *

A la mañana siguiente, la calle del Ciruelo parecía no haber cambiado y transmitía una sensación de seguridad.

La cuchillería seguía estando allí. A Vinio le hubiera venido bien tener la navaja multiusos en Dacia. La tienda de borlas, la que después fue un almacén de esponjas, estaba ocupada entonces por dos esteticistas. Una joven hacía la manicura a alguien sentado en un taburete en la calle; un sexto sentido hizo salir a la otra delicada profesional, que dejó dentro a su cliente, para mirar a Vinio. Él las saludó con la cabeza. Las dos chicas parecían hostiles. Tenía que mejorar su porte.

Se lo quedaron mirando hasta que llegó a la escalera bajo el arco. No tenía llave. Tuvo que llamar a la puerta.

Un gracioso esclavo negro de unos siete años respondió a su llamada. Aquella novedad ataviada con una bonita túnica no pareció muy entusiasmada con la austera y seca aparición del día, pero Vinio entró a la fuerza.

* * *

Tranquilidad.

Un agradable pasillo central con frescos refinados en las paredes. Suelos de madera. Dioses domésticos en un nicho, flores en un ramilletero. Voces femeninas, relajadas y coloquiales.

El niño entró corriendo con inquietud en la habitación de trabajo y después salió su ama.

—No te desmayes —dijo Cayo, tal como tenía pensado decir—. Soy yo.

«¡Vinio!».

Ella había estado arreglando a Aurelia Mestinata, que tenía setenta y tres años y no veía motivo alguno para cambiar el estilo que había llevado toda su vida. Consistía en un peinado con la raya en medio y tres ondas formales y profundas que descendían sobre cada oreja. Para marcar bien las ondulaciones, Lucila utilizaba una varilla metálica caliente que estaba sujetando con la mano derecha. Así pues, fue con la mano izquierda que se tapó la boca para evitar soltar un chillido. Cayo se fijó de inmediato en la alianza que llevaba puesta.

—Flavia Lucila.

Se limitó a decir su nombre con esa voz baja y fuerte que Lucila había creído que no olvidaría jamás. La manera en que lo pronunció hizo que Lucila tuviera la sensación de que había alguien en el mundo que la consideraba de verdad una persona excelente.

* * *

Sus ojos. Cayo no podía creer que aquellos ojos castaños, grandes y separados, exóticos y orientales que había heredado de su madre hubieran logrado eludir su recuerdo a pesar de todas las veces que había pensado en ella. Tenía unos ojos hermosos, muy hermosos.

Lucila era incapaz de hablar. Se sentía atormentada por el pánico, la impresión, el horror al ver lo cambiado que estaba. Sus brazos flacos como palos, mechones grises en el pelo, indicios intangibles de sufrimiento. Hasta su olor era distinto.

«Creía que estabas muerto».

«No».

«Creía que estabas muerto. Creía que estabas muerto».

«Bueno, pues desde luego no lo estoy, querida».

* * *

—Cuando hayas terminado con tu clienta —sugirió Vinio con mucha educación—, quizá podríamos hablar, ¿no? —Recorrió el pasillo sin que lo invitaran, horrorizando al esclavo con su exceso de confianza, entró en la habitación del diván («mi habitación, mi diván; vete acostumbrando, hijito») e indicó que esperaría allí.

Al pasar junto a Lucila, no pudo evitarlo y con el dedo índice, una seña de los vigiles, señaló su anillo de oro.

—Me casé.

—Por supuesto.

Irónicamente, Vinio había advertido a los otros prisioneros cuando aún eran sus hombres: «Estad preparados. Todas las chicas seductoras que juraron que eran vuestras para siempre serán ahora unas madres gordas de tres hijos y estarán casadas con conductores de muías borrachuzos que las golpean si se retrasan con la cena. El hijo mayor bien podría ser vuestro, pero no vais a conseguir que la tipa lo admita, de modo que no os molestéis en intentarlo siquiera…».

¡Qué estupidez que lo pillara desprevenido! ¡Qué suerte tuvo de haberse dado cuenta a tiempo de su error! Y ella nunca le había jurado nada, claro está; de hecho, había huido de él.

—Sí, llevo casada más de un año. Con un profesor de filosofía y literatura. —Hasta la propia Lucila percibió lo apagada que sonaba su voz.

El investigador que aún había en Vinio preguntó entre dientes:

—¿Y dónde está?

Lucila respondió titubeante:

—Está en Roma; vivimos con sus padres, en el Distrito Tercero.

—¿Con sus padres? ¡Eso sí que es un error, créeme!

Mientras se dirigía a la sala de estar, la voz y expresión de Vinio conservaban un vestigio de su antiguo buen humor para con ella. Al fin y al cabo, ¿qué sentido tenía echar la culpa a nadie? Nunca había sido suya, de modo que nunca la había perdido.

Intentaba que ella no viera lo abrumado que estaba por lo rápido que el mundo había avanzado en su ausencia. En realidad, se sentía como su

propio fantasma. Un hombre muerto.

* * *

Esperó tranquilamente. Echado a medias sobre el diván, el que una vez construyó con la bolsa llena de piezas. Mirando al vacío. Gozando con el lujo de estar en su propia casa, relajado. Sólo lo interrumpía el chico de Flavia Lucila, que no dejaba de traerle cuencos llenos de chucherías, aceitunas y frutos secos. Al final llegó su ama con dos vasos delicados.

—Preparo bebidas para mis clientes. Esto acabo de hacerlo para ti.

—Se agradece —tomó un trago. Una mezcla de vino mulso con miel que debía de tener una pizca de malicia para un puñado de cotillas—. ¡Por Baco! A tus matronas les gusta la bebida fuerte.

Lucila ocupó una silla con forma de trono enfrente de Vinio, separados por una mesa baja, de las que se utilizaban para servir comida en las cenas: patas de marfil, tablero de cidro, muy lejos de ser barata aunque debía de haberla comprado ella. Lucila se lo quedó mirando, observándolo con detenimiento al fin. Vinio llevaba una túnica que Fortunato le había prestado; Fortunato era un hombre grandote y aquella prenda amplia de color verde caía formando pliegues vacíos sobre su hermano.

Ella iba de azul, con unas tablas bordadas de color más intenso en el cuello y los bajos. Iba peinada con unas nubes de rizos en torno a la cabeza y el cabello le caía por la espalda. Joyas; ¿regalos de su esposo? No había ganado mucho peso pero su cuerpo había cambiado sutilmente. Vinio se preguntó si habría tenido hijos; nunca se atrevería a preguntarle si la había dejado embarazada.

Tenía un aspecto elegante, a la moda, bastante serena dadas las circunstancias. Él trató de engañarse diciéndose que el aspecto que tuviera no era asunto suyo, pero aun así se empapó de ella.

Lucila sintió que la examinaba. Sabía que debía de haber cambiado en los últimos cinco años, haber adquirido aspecto de madurez, haberse descorazonado en cierto sentido. Le tembló la mano al sorber su bebida.

—¡Bueno! ¿Estuvo bien la guerra? —preguntó, manteniendo un tono irónico para simular seguridad.

—Con todas las comodidades.

—¿Y qué fue… —se aventuró a preguntar al fin— lo que ocurrió?

—Volví a casa tomando la ruta más larga y pintoresca…

Vinio miraba fijamente el borde de la mesa. Suspiró y continuó hablando con amargura: —no. Como puedes ver, tras un breve idilio en Moesia tuve cuatro años de perdición como prisionero en Dacia.

—Nadie lo sabía —comentó Lucila en voz baja.

—Ya lo suponíamos. Eso fue lo peor de todo.

—¿Puedes hablar de ello?

—No —sin embargo, alzó la mirada—. Todavía no.

Vio que la mirada de la joven era bondadosa; la suya, a cambio, mostró gratitud.

Lucila soltó de pronto:

—No sé qué decir. Me alegro mucho de verte. —Entonces tuvo que arreglar las cosas con urgencia. Las palabras salieron de su boca a trompicones—: Todas tus cosas están aquí. Puedo devolverte la llave de la puerta. Todo está en tu habitación, salvo que utilicé el dinero para pagar el alquiler…

—Tranquilízate.

—No… Leyeron tu testamento. Me conmovió muchísimo. Tengo que decir… Bueno, tenía la sensación de estar actuando como tu custodia. Pagué por el apartamento…

—Entonces hice lo correcto —la interrumpió Vinio en tono distendido.

—Guardé todas tus cosas…

Vinio se sobresaltó.

—¿Cómo dices? ¿Las guardaste para mí?

Tras una pausa, Lucila repuso:

—No, no voy a decir «Sabía que algún día volverías». Nunca lo pensé, y no estoy de acuerdo con las tonterías místicas. Te creíamos muerto.

—Entonces, ¿qué hubiera ocurrido aquí —preguntó Cayo con un gesto de la mano para señalar su parte del apartamento— si de verdad no hubiese

regresado nunca?

Ante aquella pregunta, Lucila dejó caer el rostro entre sus manos, aunque no tardó en volver a levantar la mirada, sin saber qué responder.

—No lo sé.

Al cabo de un momento, Cayo murmuró:

—Ahora soy yo el que está conmovido.

Lucila se llevó las manos a los lóbulos de las orejas, tirando con torpeza de los pendientes para quitárselos.

—Tengo que devolvértelos. Debes entender que los he estado llevando por ti…

Alargó el brazo y los dejó sobre la mesa, junto al vaso vacío de Vinio. Eran unas barritas de oro, cada una con tres colgantes que terminaban en unas perlas pequeñas. Cayo se los quedó mirando sin comprender.

—Me dijeron que habían pertenecido a tu madre.

—No me acuerdo de ella… —estaba consternado—. Trata de calmarte, por favor. Nada de esto tiene importancia. Me está resultando… —vaciló— difícil. Me cuesta lidiar con esto. Cuando la gente está nerviosa…

Lucila guardó silencio de inmediato.

* * *

Cayo tomó un cuenco para picar, el que tenía unas aceitunas gordal verdes y enormes. Se comió una, poco a poco, y continuó comiendo hasta terminarse todo el cuenco. Daba la impresión de que podría arrancarle el brazo a cualquiera que intentara arrebatarle la comida. Royó los huesos de todas las aceitunas hasta dejarlos completamente mondos antes de volver a depositarlos en el recipiente de cerámica. En cuanto hubo devorado hasta la última oliva, colocó el cuenco de nuevo en la mesa con un suave golpe que sonó demasiado fuerte en el silencio reinante del apartamento.

Lucila tenía una expresión grave.

—¿Quieres que te traiga más?

—No. No, gracias. Ahora he vuelto a la civilización. Tengo que dejar de engullir como un prisionero —se estiró alzando los brazos por encima de la cabeza, mirándola—. De modo que te has casado. Háblame del nuevo esposo. ¿Cómo es, ese dechado?

Lucila fue consciente de que se ruborizaba un poco.

—Como ya te he mencionado, es maestro. Me enseñó a leer.

—¡No te hacía falta un maestro! —Cayo se sintió extrañamente molesto —. Firmaste tu contrato de arrendamiento. ¡Tu hermana y tú fuisteis lo bastante competentes para falsificar la firma de un «tutor»!

—Lo que quiero decir es que Némuro rae enseñó a leer literatura.

—¡Vaya, eso es sublime!

«Némuro. Está casada con un intelectual. Tendré que echarle un vistazo. Menudo cabrón».

Cayo se había fijado en que la habitación contenía rollos. No estaban en elegantes cajas de plata sino de madera de boj, o bien sin recipiente alguno, sólo colecciones atadas con cinta. Obras escritas como las que tenía la gente que carecía de dinero o era demasiado tacaña para gastarlo en estuches caros, pero que eran personas que leían por placer.

No se encontraba a su nivel. En cualquier caso, estaba fuera de su ámbito de conocimientos. La había perdido de verdad.

—¿Y qué te está pareciendo el matrimonio?

—Bueno, vivimos en un estado de exasperación mutua —la respuesta de Lucila era honesta, aparentemente satírica—. Lo normal, supongo.

Cayo se puso de pie. Era hora de marcharse. Lucila también se levantó de un salto y salió corriendo de la habitación para ir a buscar su llave, tal como le había prometido.

Fuera, en el pasillo, Vinio tomó el viejo aro de alambre con la llave y la metió en una bolsa que llevaba en el cinturón. Al despedirse le tendió la mano a Lucila y notó la impresión de la joven ante la debilidad con la que se la estrechó. Los nudillos parecían demasiado grandes para sus dedos. Ella se dio cuenta de que había perdido sus anillos, de los que sus captores le despojaron en Dacia.

Entonces Cayo volvió la mano de Lucila, le abrió la palma y cerró los dedos finos y firmes de la joven sobre los pendientes de su madre.

—Quiero que te los quedes.

Lucila no dijo nada, una vez más muy cerca del llanto.

Ya en la puerta, Vinio se dio la vuelta y le preguntó:

—¿Eres feliz, Lucila?

Ella lo consideró.

—Tan feliz como cualquiera.

—Ah —repuso Cayo. Parecía deprimido—. ¡Entonces no mucho!

* * *

Se había terminado. Lo que sea que fuera, o que podría haber sido.

Cayo había estado enamorado de un recuerdo durante cuatro años, pero todo fue un error. Bueno, le había permitido seguir adelante.

Lucila era demasiado educada para decir que cuando había salido al pasillo casi no lo reconoció. Estaba tan alterada y confusa que no logró decir todo lo que debería haberle dicho.

En cuanto él abandonó el apartamento ya fue demasiado tarde.

* * *

Cayo Vinio se presentó para servir con el corniculario.

Los oficiales administrativos de la unidad del cuartel, el equipo de apoyo de los prefectos pretorianos, eran responsables de todo lo que se necesitaba para alojar, alimentar, vestir, armar, ubicar, disciplinar y, de ser necesario, enterrar a diez mil hombres. Primero lo destinaron al puesto más bajo y menos codiciado, el de cuidar de las propiedades de los muertos. La tarea llevaba años descuidada. Lo pusieron a trabajar con los casos atrasados, a lo cual él no puso objeciones puesto que eso incluía a colegas que murieron en Tapae. Su trabajo consistía en identificar legados y rastrear herederos, incluso escribir las cartas tristes para amigos y familiares.

Cayo, diligente y metódico, se enfrascó en la tarea, pero ésta lo afectó más de lo que a él le parecía. Acabó dejándolo sin previo aviso cuando se topó con los asuntos sin resolver de su antiguo centurión, Decio Gracilis. Se fue a su habitación y lloró.

Estuvo dos días sin ver a nadie, destrozado. Por suerte, nadie se dio cuenta.

Se sacudió de encima el sufrimiento y transmitió su malestar sobre el testamento del centurión al corniculario.

—Veamos, ¿de qué estamos hablando?

—Ahorros, además de propiedades en Hispania. Un negocio de algún tipo.

—Te diré lo que haremos. Dividiremos el dinero, tú vendes las tierras e iremos a medias con eso también. —Aunque no estaba seguro de cómo tomárselo, Vinio vio que había sido un idiota por hablar—. Sólo estaba bromeando. Lo de ir a medias no servirá. Suele repartirse en una proporción de ochenta a veinte, a mi favor. Tú comprueba que no hubiera redactado testamento.

Vinio moderó la ira que lo embargaba en nombre de su centurión fallecido.

—Bueno, Decio Gracilis era muy puntilloso. Sí que hay testamento.

El corniculario replicó con un gruñido:

—Entonces ¿por qué me molestas? No pasamos por alto los testamentos de nuestros queridos compañeros muertos. Calcula el valor, paga el podrido impuesto de sucesiones al podrido Tesoro y luego entrega la pasta a los herederos.

El oficial malinterpretó el motivo por el que el chico nuevo se sentía receloso, llegando allí y haciendo entrega enseguida de un legado a sí mismo: Gracilis se lo había dejado todo a él: «a mi digno beneficiario, Cayo Vinio Clodiano».

Por algún motivo, al volver de Dacia empezó a utilizar todos sus nombres. A partir de entonces, en el campamento era Clodiano. Un débil intento por distanciarse de lo que le había ocurrido.

Clodiano recuperó la compostura.

—De acuerdo, señor. El dinero pasa al heredero con prontitud. De hecho, corniculario, tengo la sensación de que nuestro reparto habitual debería ser de sesenta y cuarenta.

—¡Vas lejos!

—Está bien que tú lo digas, señor.

«Supongo que quieres mi pútrido empleo, ¿no?».

«Sólo estoy tanteándolo, señor».

El corniculario no era del todo malo. El hombre, que estaba a punto de retirarse, era una gema en bruto de talento limitado pero con un prolongado período de servicio, destinado allí cuando las autoridades se habían quedado sin más opciones. No obstante, cometía pocos errores…, es decir, pocos que salieran a la luz; caía bien, en la medida en que podían caer bien los oficiales administrativos.

Además, conocía a los soldados; era un buen superior. En aquellos momentos dedicó tiempo para charlar y levantar la moral a Clodiano, cuya vulnerabilidad había advertido. Aunque debía de estar maldiciendo los poderes que le habían endilgado a aquel soldado trastornado, se inclinó sobre su mesa alta, con actitud amigable y paternal:

—Debió de ser muy duro pasar cuatro años en cautividad.

—Lo superaré.

—Un consejo: eso es exactamente lo que no harás, hijo. No te engañes; no sigas esperando recuperarte porque eso, soldado, no va a suceder nunca. Ahora tu experiencia en Dada forma parte de ti y el único modo en que vas a lidiar con ello es sobrellevándolo.

Sorprendentemente, su nuevo empleado aceptó su consejo.

—Entiendo lo que dices, señor.

—Bien. No quiero que te desmorones bajo mi responsabilidad. Ya tenemos suficientes chalados por aquí… ¿Alguna otra cosa?

Vinio habló en tono sumiso:

—Una duda técnica rápida, si me permites, corniculario. Intento captar el panorama del cuartel… ¿«Pútrido» es la nueva palabra?

—Es mi palabra, soldado, la mía. En esta oficina no permito las jodidas palabrotas.

Vinio volvió a su puesto de trabajo. El sentido del humor ligeramente disparatado de su superior era igual que el de su padre. Seguía sin querer ser como su padre, pero aquello lo calmó, al menos temporalmente. Entonces supo con seguridad que había vuelto a casa.

Creía que se encontraba bien. Pero empezó a visitar demasiadas tabernas.

* * *

La primera vez que lo mandaron de servicio a Alba, Vinio Clodiano localizó a Némuro. El profesor de filosofía y literatura. Mientras miraba a Némuro durante una lectura pública, descubrió que el pútrido esposo de Lucila llevaba calcetines bifurcados.

Clodiano se lo tomó con malhumor. Ella era una mujer con gusto, ahora que podía permitirse los accesorios; poseía una elegancia natural. Algún día se percataría de su error.

«¡Calcetines! Y apuesto a que no puede ni follársela como es debido».

«Los hombres como ése no se dan cuenta de que son inútiles».

«No, pero ella sí se dará cuenta. Ella ha tenido lo de verdad».

OceanofPDF.com

XIX

Domiciano se volvió más cruel. En sus escritos posteriores, los comentaristas atribuyeron este hecho al año de la Revuelta de Saturnino y del tratado dacio, bien por una mala reacción a la traición de las legiones germánicas a Domiciano y las sospechas de conspiración de éste, o bien por su incapacidad para aceptar las críticas que se acumularon en su contra por haber comprado a los dacios. De lo que no había duda era que la alegría con la que Domiciano esperaba que se recibiera su regreso no se materializó. Su presencia atribulada sólo consiguió deprimir a todo el mundo. Él lo sabía.

Esta idea de su acrecentada crueldad acabó aceptándose, una «verdad» que lo sobreviviría durante siglos, aunque estadísticamente Domiciano se deshizo de menos oponentes que los emperadores que hubo antes o después de él: tanto Claudio, al que se consideraba torpe y benigno, como Adriano, tan culto y activo, ejecutaron a sus enemigos sin piedad en una cantidad mucho mayor.

Aun así, con el Emperador de vuelta en Roma, nadie se sentía seguro. Cualquier persona de rango que expresara oposición, o que se percibiera que tenía pensamientos de esa naturaleza, corría el riesgo de oír los fuertes golpes llamando a su puerta. Unos hombres sombríos armados con espadas exigirían ver al dueño de la casa, en tanto que los esclavos se acobardaban y las mujeres de la familia sabían que no debían tratar de intervenir. La ejecución era una forma de morir rápida y eficiente. Las víctimas, orgullosas, resignadas o aterrorizadas, aceptaban su suerte. Los soldados desaparecían casi antes de que los vecinos se percataran de su presencia, dejando atrás el cadáver con desprecio para que la familia dispusiera de él.

No había necrológicas públicas. Otros hombres importantes no tardaban en enterarse y quedaban advertidos.

Los cínicos decían que Domiciano no se volvió más cruel porque ya era un déspota sanguinario desde el principio.

* * *

Para alimentar su complejo de persecución, en Siria apareció de pronto un «falso Nerón», el tercero desde la muerte del verdadero. Normalmente los impostores surgían en el excitable Oriente, donde los cultos religiosos tenían una exótica locura provinciana. Los emperadores locos obtenían seguidores locos. Los creyentes chiflados creían que Nerón, cuyo suicidio había tenido lugar en una época de caos político y en una villa fuera de Roma, no había muerto en realidad. La gente se convencía de que Nerón sobrevivía escondido; otras supersticiones excesivamente descabelladas afirmaban incluso que sí murió, pero que resucitaría. Un nuevo Nerón podría alzarse como paladín de Oriente, un conquistador heroico que derrocaría la tiranía en el mundo.

Esto presuponía la existencia de un tirano. Los cuerdos nunca osaron decir semejante cosa.

Lo único que necesitaba un pretendiente para atraer a devotos simplones era parecerse a Nerón y tocar el arpa; si su maestría musical era asombrosa, era más auténtico. El primer impostor había aparecido poco después de la muerte del verdadero Nerón. Una década más tarde, Terencio Máximo consiguió un gran número de partidarios en Siria durante el reinado de Tito, huyó con su arpa hacia los viejos enemigos de Roma, los partos, quienes sólo a regañadientes lo entregaron para que fuera ejecutado. Entonces había un tercer «Nerón» que amenazaba a Domiciano. Obviamente era un loco, pero ni el mismo Domiciano poseería nunca un poder tan carismático; esto debía de resultar mortificante para un individuo que lo analizaba todo con tanta profundidad. Tuvo que enviar tropas para que dieran caza a la nueva amenaza, tropas que hacían muchísima falta en otras partes.

A pesar de estos padecimientos, Domiciano hizo de aquel año uno de celebración opulenta. A su regreso del Rin y el Danubio celebró un doble Triunfo; aparentemente, fue por derrotar a los catos cuando intentaron cruzar el Rin helado en connivencia con Saturnino, y también a los dacios. Los quisquillosos se quejaron de que algunas carrozas triunfales no iban engalanadas con el reluciente botín habitual, sino con atavíos arrancados de casas imperiales. Otros elementos subversivos susurraban con malicia que los catos se habían visto frustrados por un deshielo, no conquistados, en tanto que Domiciano no había derrotado a Decébalo, sino que se había limitado a sobornarlo.

A la fecha de su ascenso al trono, septiembre, le dio el nuevo nombre de «Germánico», y al mes de su cumpleaños, octubre, el de «Domiciano». Julio César y Augusto se habían salido con la suya al renombrar julio y agosto, y de forma permanente, además, pero ellos habían sido unas figuras muy poderosas. Para cualquier otro, un autobombo semejante parecía ridículo.

Como tras los rumores sobre el apoyo a Saturnino el Senado estaba ansioso por congraciarse con él, sus miembros rogaron permiso a Domiciano para dedicarle una estatua halagadora en el Foro principal. Esto supuso una buena noticia para el gremio de los constructores de andamios: para quedar bien con un comandante victorioso y pacificador benévolo, alguien había decidido que dicha estatua debía tener unos veinticinco metros de altura. Descollaría sobre otras estatuas y dominaría los edificios públicos. Domiciano era muy susceptible en cuanto a las esculturas honoríficas; había decretado que cualquier imagen de sí mismo dedicada a los templos tenía que estar hecha de muchas libras de oro o plata, cosa que sin duda excluía a los tacaños.

Aquélla iba a ser una estatua ecuestre: el Emperador con uniforme de gala y una espada larga y gigantesca, montando un caballo tan enorme que el poeta Estacio se sintió inspirado para crear un poema de celebración, pues no cabía en sí de orgullo ante aquella enorme bestia. Lo comparó con el caballo de madera de Troya, farfullando que perduraría tanto como la

tierra y el cielo, y mientras Roma viera la luz del día. Cualquier jugador que apostara dinero a que sólo iba a durar cinco años habría hecho su agosto.

Los propietarios de caballos se daban de tortas para ofrecer animales con estatura y carácter suficientes para servir de modelos. Quienquiera que fuera el elegido se vería obligado a ofrecer su caro equino como obsequio gratuito al Emperador. Podría ser que éste se lo agradeciera. Con el humor que gastaba últimamente, era igual de probable que los exiliara por presunción.

Tardarían dos años en crear aquella colosal estatua. Emplazada frente a la Basílica Julia, los principales tribunales de justicia, miraría hacia el sur por encima del Foro hacia el templo de César; un insulto para Julio (sobre su caballo, más enclenque). Sólo la base ya tenía casi doce metros de longitud. Un plinto decorado con escenas procesionales sostendría las patas gigantescas del corcel de orejas aguzadas, con sus cuatro cascos alzados como si estuviera avanzando al trote en actitud combativa, con deleite al portar a su glorioso jinete. Domiciano ocuparía la silla con postura relajada, con un brazo alzado, la palma extendida, como bendiciendo a su pueblo agradecido. La imagen, que ya estaban copiando los acuñadores de la Casa de la Moneda, se convertiría en un modelo icónico para futuros emperadores.

Domiciano había concedido una sesión en la fundición de bronce para que el escultor pudiera hacer una maqueta. El Emperador aportaría su propia espada, capa y peto. No llevaría casco; eso implicaba dictadura militar. (Este detalle había sido considerado meticulosamente por un Comité Estatuario). Iría con la cabeza descubierta. Para un Emperador, lo de «cabeza descubierta» significaba llevar una corona triunfal, y para Domiciano también significaba llevar pelo.

Una matrona joven y atractiva llegó a la fundición dando traspiés con unas sandalias alhajadas, llevando una caja con un peluquín. Echaron de allí a todos los demás.

Flavia Lucila se presentó mientras el escultor echaba un vistazo al interior de la caja. Lucila habló de la peluca, sorprendiendo tal vez al

hombre con su seguridad.

—He hecho los rizos totalmente redondos y regulares. No es realista, pero todo el mundo sabe que lleva postizos, de modo que decidí que una hilera ordenada funciona mejor. Ni la mejor de las pelucas puede ser igual que el pelo de verdad, porque sólo se asienta, y el cabello no se mueve en el aire.

—¿Y yo la…?

—No. No tienes que tocarla; alguien del departamento del guardarropa imperial la colocará antes de que le pongan la corona. Tú limítate a apartar la mirada con discreción mientras aplican la cola. Te advierto de antemano, la guirnalda que han elegido se parece todo lo posible a una corona, sin causar verdadera ofensa.

—Eso ya me lo han explicado —asintió el escultor, con aire taciturno—. Tengo que representar a nuestro Germánico de forma regia pero no como a un rey. Tiene que ser el hijo del divino Vespasiano, pero parecer demasiado modesto como para estar buscando él mismo la divinidad.

—No querría asustarte, pero Domiciano podrá soportar que lo trates como a un dios —se mofó Lucila.

—No es que tenga muchas ganas de hacerlo.

—Tú no dejes de repetir lo honrado que estás por contar con el encargo.

Como habían pedido a la multitud que se marchara durante la entrega de los rizos, el escultor enseñó su taller a Lucila en privado. Le mostró sus esbozos, bustos de yeso, modelos de cera, la fundición y varias piezas de bronce terminadas. El cuerpo del caballo estaba en dos mitades hemisféricas que se soldarían en el emplazamiento del Foro. Se estaba construyendo una grúa especial para levantar las piezas.

Lucila quedó fascinada por el arte que requería todo aquello, aunque su reacción general fue satírica:

—Estar a veinticinco metros del suelo es una buena manera de ocultar la calvicie… Todo esto es absurdo, ¿verdad?

—Muy cierto. Le dije a su asistente que le hicieran una buena pedicura.

—¿Que le limaran todas las durezas?

—Las zarpas inmaculadas… Aunque, afortunadamente, estarán escondidas en unas botas elegantes.

—Entonces, ¿no tienes que modelar los juanetes imperiales?

—Tiene dedos en martillo, Flavia Lucila. Mi deber es ocultarlo de manera estética.

—Hay cosas que deben de ser delicadas —sugirió Lucila. Parecía que la falta de emociones en su vida privada la estaban volviendo descarada. Podría haber estado tomándole el pelo otra vez al eunuco Earino, antes de que Vinio la avergonzara para que adquiriera respetabilidad—. Dado que el público estará mirando hacia arriba asombrado, imagino que tendrás que disponer los pliegues inferiores de la túnica con mucho cuidado, ¿no? No podemos permitir que las abuelitas, de camino a comprar una col, pasen por debajo del galón de los bajos y estiren el cuello para fisgonear los pertrechos imperiales.

—No tienes vergüenza, jovencita.

—¿Tienes que preguntarle a su jefe de guardarropa hacia qué lado cuelga nuestro Germánico en la silla de montar? —insistió Lucila.

—Ahora estás siendo obscena —repuso el moldeador de bronce, con una sonrisa burlona, como si la joven le hubiera alegrado el día.

Lucila refunfuñó:

—¿No te parece que la verdadera obscenidad es que un hombre, un ser humano común y corriente con una personalidad limitada, crea merecer semejante reverencia?

—Yo sólo hago los moldes, querida. —El escultor la miró para evaluarla según las costumbres de su arte. Tras haberla invitado a ver sus maquetas, aventuró otro tópico—: ¿Podría convencerte para que posaras para mí? Me encantaría esculpirte como una Venus desnuda, saliendo de su baño…

Lucila le dirigió una sonrisa afectada y encantadora.

—¡Soy una mujer casada!

—Puedo hacerte famosa.

—No, gracias, mi esposo enseña literatura.

—Le gustan las artes, ¿eh? Podría ser que estuviera dispuesto a ello.

—¿Cómo voy a explicárselo…? Lleva calcetines.

El escultor suspiró.

—Entonces imagino que o debe de ser un multimillonario o muy pero que muy bueno en la cama, ¿no?

Lucila guardó silencio, sumida en un ensueño. El escultor se hubiera dado de tortas.

Sin embargo, ella no estaba dando vueltas a ese lamentable tema, Némuro y la pasión. Ella estaba pensando en los calcetines fabulosos. El ambiente artístico de la fundición había hecho que se diera cuenta de que los calcetines representaban todo lo que ella desaprobaba en Némuro, porque eran una declaración. Él seleccionaba sus peculiaridades con el mismo cuidado que el Emperador elegía los atavíos simbólicos para su imagen pública. Lo que ella detestaba no era el calzado de Némuro en sí. Como intimidad del matrimonio, ahora sabía que su esposo tenía pie de atleta, aunque no estaba claro si llevaba calcetines para ocultar el problema o si, con el calor del verano romano, eran los calcetines los que lo causaban.

Lucila podía tolerar que Némuro fuera excéntrico aunque él no fuera consciente de serlo, o aunque lo supiera y lo aceptara honestamente. Si notaba el frío, o se avergonzaba de sus pies, o si las tiras de las sandalias le rozaban la piel, eso era aceptable… Pero en aquel momento reconoció que esos calcetines representaban su desprecio por la gente. Némuro mostraba desdén. Él siempre había despreciado a los demás, y ahora que estaban casados intimidaba a Lucila con esta excentricidad tanto como el controlador Domiciano intimidaba al pueblo romano.

* * *

Al final no fueron los calcetines lo que provocaron la crisis matrimonial. Fue otro hombre quien la causó, y ni siquiera fue Cayo Vinio. El propio Némuro fue en parte responsable de ello.

Lucila le había hablado de su trabajo con el barbero del Emperador. Lo había hecho con la esperanza de que compartir una confidencia podría

ayudar. Hizo que Némuro la viera como a alguien un poco más importante que una simple peluquera de mujeres, aunque era tan esnob que en realidad nunca superó la vergüenza por su profesión. Némuro, quien en aquellos momentos se encontraba en Roma y no en Alba, sabía que Lucila tenía una cita con el escultor. Había supuesto algo de lo que hablar; la conversación entre ellos podía ser tensa. Movido por algún tic de desconfianza, su esposo también fue de visita y se unió al público que había acudido a mirar boquiabierto la estatua a medio terminar. Como era de esperar, aunque Lucila le había dado la idea, cuando él la vio abandonar la fundición no hizo ningún esfuerzo por llamar su atención. Ella salió esquivando el gentío sin saber siquiera que su esposo se encontraba allí.

Némuro había acudido en compañía de algunos de sus amigos, el grupo que bebía y jugaba a los dados con él, unos hombres con los que Lucila rara vez se encontraba. Ella aún conocía al círculo literario, aunque los veía menos porque Némuro creía que una esposa debía quedarse en casa al estilo griego. Lucila no estaba de acuerdo, pero en ocasiones el hecho de establecer sus derechos más libres como matrona romana era, sencillamente, demasiado agotador.

Los hombres con los que Némuro compartía su vida privada eran más groseros que los poetas, y más ricos también. No sentían ningún respeto por él, pero lo estaban despojando de su dinero. Lo hacían poco a poco, nunca en exceso para no ahuyentarlo, pero de manera cínica y sistemática. Némuro no era tonto, por lo que probablemente lo supiera. Jugar por dinero era ilegal en Roma, si bien ocurría con frecuencia; a él le gustaba merodear por el lado oscuro. También era éste el motivo por el que enseñaba filosofía, que era algo de lo que los emperadores recelaban.

Uno de los amigotes de Némuro reconoció a Flavia Lucila. Fue Orgilio, el hombre de negocios que había sido amante de Flavia Lachne.

Al enterarse de que Némuro estaba casado con Lucila, este hombre organizó rápidamente una invitación a cenar junto con otros compañeros de juego. Némuro era lo bastante astuto como para inquietarse por ello, aunque se dijo que los hombres estarían incómodos en compañía de sus padres en casa. Provenía de una familia de picapedreros. Eran unas buenas personas

que lograron reunir fondos para su educación convencidos de que era un genio. Némuro nunca tuvo ningún contacto con el empleo de su padre; de igual modo, sus progenitores eran ajenos a su saber, aunque ellos lo admiraban.

En realidad, a Lucila le caían bien los padres de Némuro. Si el matrimonio hubiera sido más exitoso, podría ser que ellos le hubiesen tomado cariño.

Cuando Némuro trajo a Orgilio a casa, ella se negó a tratar con él. Su esposo se enfureció con ella por no querer agasajar a sus amigos. Ella le dio varias razones. Cuando él quitó importancia a sus escrúpulos, Lucila insinuó incluso que en una ocasión Orgilio la había seducido. Némuro no era mala persona, pero siempre que Lucila se le resistía él se plantaba en sus trece. Puesto que se negaba a escucharla, Lucila se fue a la calle del Ciruelo con la excusa de que Flavia Domitila la necesitaba.

Durante dos días no ocurrió nada. Lucila tenía la esperanza de haberse librado. No había tal posibilidad. Orgilio sonsacó la dirección al ingenuo de su esposo. Se presentó allí. Sobornó al esclavo de la joven para que lo dejara entrar y luego lo echó de un puntapié. Se emocionó al ver que Lucila ocupaba un apartamento tan discreto. Tras unos cuantos comentarios salaces, intentó chantajearla amenazando con contarle a Némuro que había sido su amante. Entonces se le echó encima.

Por desgracia para él, Cayo Vinio llegó en aquel preciso momento. Vinio había encontrado al pequeño esclavo llorando en la puerta, apretando una moneda grande en la mano. El pretoriano subió los escalones de dos en dos. Al abrir la puerta oyó gritar a Lucila:

—¡No!

Estaban forcejeando en el pasillo, junto a la cocina. El hombre se apartó de un salto, pero no antes de que Vinio lo hubiera visto, con la boca abierta y enseñando los dientes, arremetiendo con las manos, un duro matón que empujaba a Lucila contra una pared. Ella, con el rostro pálido, blandía la navaja multiusos que Vinio había traído años antes.

—¿Va todo bien? —preguntó Vinio en tono suave, pero Lucila vio que tenía el puño cerrado sobre el pomo de su espada.

—¡Tu amante! —exclamó Orgilio, enfurecido por el hecho de que alguien se le adelantara, al tiempo que pensaba que si Lucila tenía un amante, sería más fácil presionarla para que tuviera dos…

—¡Mi casero! —le espetó Lucila.

—Necesito hablar un momento con mi inquilina —Vinio hizo entrar al intruso a empujones en la habitación del diván y sujetó las puertas cerradas. Aunque todavía estaba demacrado, era más fuerte que Orgilio, que ya era mayor—. Responde deprisa, ¿quién es ése?

Lucila contestó con el corazón palpitante:

—Orgilio. El amante de Lachne. Por desgracia para mí, es amigo del tonto de mi marido.

—¿Qué es lo que quiere?

—Lo de siempre.

Vinio lanzó las preguntas como un profesional, metódico y neutral. Lo único que necesitaba era una tablilla encerada para tomar notas y sería como si estuviera de vuelta con los vigiles.

—¿Tú te opones?

—No seas ridículo. Lo detesto. Entró aquí a la fuerza. Le dije que se marchara.

—¿Por qué lo odias?

—¿A ti qué te parece?

—¿Te violó?

—Dirá que yo consentí.

—¿Y lo hiciste? —Lucila no respondió—. ¿Hizo uso de la violencia?

—Yo tenía quince años. Mi madre acababa de morir. Vivíamos en su apartamento. Creí que no tenía alternativa. Técnicamente, no me resistí.

—Te equivocas: «técnicamente», te corrompió. —Lucila se sorprendió por el tono de desaprobación de Vinio y pensó que estaba enojado—. ¿Fue sólo una vez o sucedía con frecuencia?

—Fue una vez. Una sola vez, y supe que no debía convertirse en algo habitual. En el funeral de mi madre encontré a Lara. Escapé a su casa.

—¿Tu marido lo sabe?

—Traté de explicárselo.

Vinio asintió con la cabeza.

* * *

Dejó salir a ese cabrón al tiempo que le decía a Lucila en voz alta:

—Quiero recuperar mi navaja, por favor. Ya te he dicho otras veces que no cojas mis herramientas… —dirigiéndose a Orgilio, añadió—: Tienes suerte. Al último violador que lo intentó, le cortó la picha con mi lezna. Tardé una semana en limpiar toda la sangre.

—Yo no soy un violador —replicó Orgilio, con aire fanfarrón.

Vinio se sorbió la nariz. Los pretorianos sorbían de una forma especial que implicaba, en primer lugar, que los hombres duros como ellos no podían tomarse la molestia de sonarse y, en segundo lugar, una distracción antes de destripar a quienquiera con el que estuvieran hablando.

—Yo la oí decir que no.

—Me estaba incitando.

—No fue ésa la impresión que me dio.

—Ella decía que no pero quería decir que sí.

—Entérate. «No» es muy sencillo: no la tocas. —Vinio seguía con la mano en la espada, enfatizando el hecho de que era un miembro de la Guardia. Se encontraba cómodo con su arma; formaba parte de él, como una prolongación natural del brazo. Su voz era serena—. Ni ahora, ni en ningún momento futuro. Nunca. Es una prohibición absoluta. Si te acercas a menos de quinientos metros de esta joven, te arrancaré el corazón personalmente. Por si acaso piensas que bromeo, tú y yo vamos a dar un paseo ahora mismo…

—¿Qué vas a hacerle? —preguntó Lucila con voz entrecortada.

Vinio se la quedó mirando un momento.

—Ya se me ocurrirá algo.

OceanofPDF.com

XX

Era una tarde tranquila en la Vía Flaminia. No había grandes incendios, los prisioneros de la noche anterior habían sido procesados y estaban ocurriendo muy pocas cosas en el cuartel de los vigiles. Las cosas se animaron para Escorpo cuando llegó Cayo Vinio. Habían pasado diez años, pero entró tranquilamente como si nunca se hubiera marchado de allí. Incluso había arrestado a un delincuente.

Por Júpiter que su aspecto era distinto. Escorpo pensó que su expresión ceñuda era parte de la simulación destinada a desmoralizar al sospechoso. Pero no era sólo eso, la verdad. ¡Qué demacrada! ¡Qué taciturna! Hubo un tiempo en el que Vinio se cuidaba físicamente, pero ahora había perdido todo su tono muscular.

Escorpo había ganado peso y tenía menos pelo, pero todavía lo llevaba muy corto. Ahora era investigador jefe. La sala de interrogatorios se había trasladado del pórtico de mano derecha al de mano izquierda por un capricho del tribuno, pero ellos habían colocado el contenido exactamente igual: mesa, artículos de escritura, asiento del oficial, banco de los testigos, mapa, nada más que complicara el asunto. Escorpo estaba sentado de lado con respecto a la puerta, tal como solía hacer Vinio. Sin embargo, él estaba apoyado contra la pared con las botas sobre la mesa; de ese modo podía mantener un rollo en equilibrio sobre las rodillas pero esconderlo enseguida si el tribuno entraba cuando Escorpo estaba leyendo una novela de aventuras en secreto.

Vinio había traído a un hombre de negocios rancio, de esos que Escorpo sabía que detestaba: agresivo, rebosante de dinero probablemente ganado de

mala manera, haciendo alarde de joyas llamativas en las manos. Tenía al menos setenta años, olía a mirra, a ajo y a hábitos sexuales desagradables.

Vinio hizo sentar al hombre en un taburete de un empujón. Escorpo y él retomaron su antiguo trabajo en equipo y se situaron uno a cada lado para que no pudiera verlos a ambos al mismo tiempo.

—¿Cómo te va la vida con los pretorianos? —preguntó Escorpo a Vinio, haciendo caso omiso del sospechoso. Que sufriera un poco.

—He ascendido al departamento administrativo.

—¡Parece importante! ¿Tienes contactos en las altas esferas? —Escorpo, que miraba a Orgilio de soslayo, sabía cómo aumentar la presión —. ¿Uña y carne con el Emperador?

—¡Oh, sí, los mejores compinches!

—Bueno, dime, ¿qué ha hecho este cabrón?

El ex investigador recordaba claramente cómo insultar a los testigos:

—Es un cerdo depravado violador de menores y sobornador de esclavos que invade domicilios y abusa de las esposas de otros.

—¡No es demasiado grave entonces! —comentó Escorpo.

Vinio, con aire un poco sombrío, empezó a interrogar a Orgilio.

—Te llamas Orgilio. Hace diez años eras el provechoso amante de Flavia Lachne, la madre de una joven llamada Flavia Lucila… Escorpo, tú la recordarás. —Escorpo no tenía ni idea de lo que le estaba hablando—. Una demandante. Una pobre criatura asustada, sola en el mundo, muy inmadura para su edad, que tenía alrededor de quince años.

—No era más que una esclava —terció el sospechoso, encogiéndose de hombros.

—Te equivocas. Era la hija libre de una liberta. Soltera. Y no hay ninguna duda de que se había mantenido virgen. Sólo un pervertido se metería con ella.

Orgilio protestó.

—¡Tenía más de doce!

Doce años era la edad legal de la pubertad y de tener relaciones sexuales para las mujeres.

—Esto es irrelevante —le espetó Vinio—. Vírgenes y viudas, es un delito de estupro. Como censor vitalicio, su papel preferido, por supuesto, nuestro querido Emperador está muy en contra del estupro. En nuestra sociedad civilizada no podemos permitir que la basura abuse de las mujeres respetables.

Escorpo tomó aire entre dientes.

—¿Deshonra? ¡Eso es repugnante! Delito público. Está clasificado en la Ley Julia sobre el adulterio.

—¿Y acaso no está todo allí? —Las leyes de Augusto sobre el matrimonio, regeneradas por Domiciano, eran un sinónimo—. ¿Aún tenemos los registros originales del caso?

—¿De la violación de una virgen sin resolver? Estarán en los archivos —mintió Escorpo. Por encima de la cabeza de Orgilio le lanzó una mirada al pretoriano para tratar de refrenarlo, pero Vinio no se inmutó—. De todos modos, Flavia Lucila puede volver a declarar…

—¡De ninguna manera! —Vinio estaba tenso—. No vamos a hacerla pasar por eso otra vez. Yo mismo redactaré la acusación para el pretor, como tutor de la joven —añadió una explicación—. Tengo relación con la familia, los conozco desde hace años.

Los otros dos supusieron de inmediato que se acostaba con Lucila. Se dieron cuenta de que eso lo hacía aún más peligroso.

—¿Dices que es respetable? —preguntó Escorpo, dado que la distinción tenía importancia desde el punto de vista legal.

—¡Vamos, déjalo ya! —gimoteó Orgilio—. No es más que una maldita peluquera.

Vinio mostró su desacuerdo con frialdad:

—Flavia Lucila es una sirviente de confianza de la familia imperial. Atiende a Flavia Domitila y a nuestra augusta emperatriz, y cuidó de la difunta y deificada Julia. Cualquier jurado simpatizará con su reputación. Es una joven popular que trabaja duro y cuya integridad es admirada por un gran número de personas.

—¡Es evidente que tú sí que admiras algo de ella! —El hombre de negocios probó a mostrarse también desagradable—. No eres su maldito

tutor. Es una mujer casada.

—¡El siguiente cargo! —gruñó Vinio—. No satisfecho con arruinarle la niñez, Escorpo, me topé con este pedazo de mierda intentando violarla… en su propio lugar de trabajo, su refugio. No puede negar que presencié la agresión.

—¡Ajá! —Escorpo sacó un bloc y apuntó con rapidez—. Así pues, en cuanto el marido se entere, la acusación queda incrementada y pasa a adulterio…

—El marido es una alga revenida —interrumpió Vinio—. Ni siquiera hará uso de su derecho a pegarle una paliza a este cabrón, o a que lo sodomicen unos cuantos esclavos. Pero si se hace el blando, podemos acusar a Orgilio de todos modos y luego pillar también al marido…

—Por proxenetismo, tal como dicta la ley —Escorpo terminó de escribir con una floritura que rascó el papel—. El bonito cargo de «guarda del burdel» que anima a su esposa a deambular por ahí. Siempre disfruto con eso. ¡El escándalo atrae a una multitud tan alegre en los tribunales! Espero que puedas permitirte un abogado decente —le dijo a Orgilio—. Queremos que sea un éxito, no pan comido.

Vinio agarró a Orgilio por la muñeca izquierda con saña.

—Tú también estás casado, ¿no? —Mostró una alianza de oro que competía por llamar la atención en el dedo anular entre unos anillos de sello de gemas chillonas; el hombre asintió a regañadientes—. Y estás forrado. ¿El dinero es tuyo o tienes la suerte de tener una esposa rica?

Escorpo también participó; tiró del lujoso paño de la túnica de color suntuoso del sospechoso.

—¿Cuántos años tienes? ¿Unos setenta? Mal momento de la vida para renunciar a tus comodidades, amigo. A tu esposa no le va a gustar esto, en absoluto. Si has mantenido tus costumbres en secreto, esto va suponer un golpe horrible; lo más probable es que ella ya lo sepa, de modo que una revelación pública será el colmo. Una esposa no puede acusarte de adulterio, pero sí puede abandonarte y contar los motivos a todo el mundo; tendrás que devolver la dote enseguida. Eso suele ser lo que más duele.

Al igual que todos los caseros, ladrones y pirómanos que Cayo Vinio había dejado hechos un agua allí mismo en el pasado, Orgilio vio que el juego había terminado.

—¿Cuánto? —gimió—. ¿Cuánto por retirar los cargos?

—No es posible —respondió Escorpo con un suspiro—. Por estupro, no.

—Supongo que es un asunto doméstico… Se podría solucionar fuera de los tribunales… —especuló Vinio. Los viejos colegas se estaban divirtiendo con aquello—. ¿La Primera todavía tiene a ese mocoso gacetillero legal que conoce las tarifas vigentes por daños? La virginidad debe de estar por las nubes.

—Utilizamos a un informante —confirmó Escorpo—. Conoce el valor de todo; depende de ello para ganarse la vida. Tendré que preguntar, no tengo ni idea de cómo están las cosas últimamente. Hace siglos que no tenemos a una virgen deshonrada en esta oficina.

«¡Es probable que no la hayamos tenido nunca, y tú lo sabes, Cayo, amigo mío!».

«Lo sé; pero él no».

Vinio se inclinó hacia Orgilio.

—Vivimos en un clima moral elevado.

—¿Qué?

—Domiciano va a saltar sobre esto. Ya no se trata sólo de informantes buscando indemnizaciones de los tribunales; Domiciano quiere la parte que le toca al Imperio, para financiar sus proyectos de construcción. Tú eres rico, de modo que eres un buen candidato a ser procesado. A él le fascinan los juicios. Lo sé todo al respecto; los miembros de la Guardia tenemos que escoltarle. Hace visitas a los fiscales, pasa por sus casas la noche antes de un juicio y discute con ellos hasta el mínimo detalle de las pruebas para asegurarse de que el veredicto sea correcto. Es un aspecto loable de nuestro Emperador de comportamiento obsesivo. Tú sigues siendo asqueroso y Flavia Lucila sigue pareciéndote una presa…, pero el siempre benevolente Germánico, censor vitalicio, ha reafirmado antiguos derechos para las víctimas.

Nada era perfecto. Sin tener a Vinio para defenderla, Lucila no hubiera sido más que otra mujer que sufría abusos en silencio. Y Vinio era muy consciente de que no tenía claros sus motivos. Incluso Escorpo lo sospechaba. Orgilio estaba del todo seguro.

—¿Qué tengo que hacer entonces?

Vinio tomó una tablilla de notas.

—Insisto en los factores disuasorios. No puedo permitir que salgas de aquí pensando que te has librado. —«Y planeando intentarlo de nuevo»—. Haré una declaración como testigo mientras tú redactas una confesión completa. Estos documentos se guardarán en una cámara de seguridad —«¿Cuál podría ser dicha cámara?», se preguntó Escorpo al tiempo que lanzaba otra mirada a Vinio advirtiéndole de que se estaba pasando de la raya—, como garantía de tu buen comportamiento. Tal como te dije en el apartamento, tienes prohibido de por vida acercarte siquiera a Flavia Lucila.

—Soy amigo de su esposo…

—Puedes poner fin a eso perfectamente.

—¿Vas a contárselo?

—¿Tienes miedo de que Némuro pueda apuñalarte en la calle como le ocurrió a Paris? —Vinio terminó de escribir con fluidez y al levantar la vista se encontró con que Escorpo lo miraba con las cejas enarcadas—. Sí, es cierto. Domiciano asesinó a Paris. Yo estaba allí. Utilizó mi espada.

—¿Esa misma? —Escorpo, con unos ojos como platos, señaló la espada que Vinio llevaba cómodamente bajo el brazo derecho.

—La mía la perdí en Dacia. Ésta es la que me dio Domiciano en persona para reemplazarla.

—¡Estás exagerando! —le reprochó Escorpo.

—No. Estoy diciendo la verdad.

Escorpo clavó la mirada en Vinio con admiración, tras lo cual empujó el material de escritura y lo dejó delante de Orgilio.

—Iré a buscar a un administrativo para que te ayude a escribir tu historia. Puede firmar como testigo. —Otra persona más que estaría al corriente—. A los adúlteros se les puede retener durante veinte horas mientras el esposo agraviado reúne pruebas, de modo que aplicaremos el

mismo límite de tiempo. Esta noche te retendré en las celdas, por tu propia seguridad. De este modo, quizá Vinio se calme y no te mate. Mañana por la mañana te acompañaré a ver a tu banquero… y entonces, ¿qué hacemos con el dinero, Vinio?

—Traédmelo al campamento.

—¡Sí, claro, para que puedas embolsártelo! —se mofó Orgilio.

—No me juzgues según tus propios patrones —replicó Vinio—. Flavia Lucila no querrá tocar un dinero que venga de ti, pero yo lo invertiré por ella. —Escorpo y Vinio salieron al pórtico—. Intenta encerrarlo con algún borracho que vomite.

—Eso siempre es fácil. —Escorpo había recordado a Lucila—. ¿Se trata de la chica que vino justo antes del gran incendio? ¿Pálida, tímida, lisa como una tabla? Pero a ti te gustaba…

—La misma. Ahora ya no está lisa.

—¡Eres un descarado! ¿Te la ligaste?

—Era demasiado joven.

—Te parecía dulce… ¿La has estado viendo todo este tiempo? ¿Nada menos que diez años, Cayo?

—No. La cosa no es así.

—¿Y cómo es entonces?

Vinio tomó aire lentamente y luego lo expulsó con un largo y enorme suspiro.

—¿Que cómo es? Escorpo, viejo amigo, no creo que lo sepa.

Escorpo le dio una palmada en el hombro.

—Por lo visto te sigue gustando… Estás un poco delgado. ¿Te apetece que vayamos a comer un Frontino por los viejos tiempos?

—Me gustaría, aunque otro día, si puedes esperar. Gracias por tu ayuda, pero tengo que ir a ver a un hombre para hablar de un perro.

* * *

Cuando el pretoriano entró, Lucila estaba agachada en el borde de una silla de mimbre, acurrucada, la mirada sombría por la incertidumbre.

—He traído comida. Ahora relájate. Cuando te haya visto cenar un poco, te llevaré a casa si quieres.

—¿A casa? —Lucila parecía confusa.

—¿Con tu marido? —sugirió Vinio en tono mordaz—. ¿A casa de sus padres, en el Distrito Tercero?

—Esta noche no… —No podía afrontar una pelea con Némuro—. ¿Y si vuelve Orgilio?

—No volverá.

—Creo que sí, Cayo.

—No. Está todo solucionado.

—¿Cómo?

—Si ese hombre vuelve a molestarte alguna vez, acude a los vigiles; pregunta por Escorpo y él hará que lo juzguen. Las declaraciones están allí; tú no tendrás que hacer nada. Orgilio está en un apuro y él lo sabe. Pero tomaremos algunas precauciones. —Vinio, que llevaba unos paquetes bajo el brazo, se dirigía a la cocina—. Para empezar, hay que vender a ese esclavo.

—¡No es más que un niño! —Aunque llena de gratitud por el hecho de que la hubiera rescatado, Lucila seguía detestando que Vinio se mostrara tan autoritario—. ¿No podemos darle una segunda oportunidad?

Vinio le lanzó una mirada fulminante.

—No debes tener un esclavo al que se pueda sobornar para ponerte en peligro. ¿Prometido? —Lucila se resistía sin decir nada—. Haz caso del sentido común. Yo tengo que estar en el campamento. No siempre podré venir a salvarte.

La joven esbozó una sonrisa a modo de asentimiento. Cayo fue a preparar la comida; Lucila se levantó de un salto y fue tras él.

—No te he dado las gracias…

—Olvídalo. —Despejó la encimera y se topó con la navaja multiusos que la joven había esgrimido contra Orgilio—. No te recomiendo que

utilices una cuchara plegable para ahuyentar a los intrusos… ¿Dónde guardamos esto?

—En el estante —le indicó Lucila. Cayo plegó varias de las partes de la herramienta y volvió a dejarla en su sitio—. ¿Te importaría definir eso que mencionaste como una «lizna», Cayo?

—Lezna. No tengo la menor idea, querida. Algún chisme que los hombres con pasatiempos utilizan durante horas en sus estudios, haciendo horribles regalos de Saturnales para sus tíos abuelos ricos.

Tras lavarse las manos bajo el grifo, Cayo vació dos clases de aceitunas en sendos cuencos, dispuso una hogaza cortada en una fuente, rompió unos pedazos de achicoria, los roció con aceite de oliva de la larga jarra de Lucila y tomó unas hierbas secas que colgaban de un gancho situado en alto. Lucila nunca lo había visto preparar la comida, pero sabía que los soldados sabían cocinar. Todo lo hizo deprisa y con suma pulcritud.

—Como soy un hombre, cuando voy de tiendas siempre compro demasiado. Todas mis esposas han comentado…

Lucila interrumpió la charla sobre las esposas.

—¿Cómo es que hoy has llegado tan oportunamente?

Vio que Cayo se detenía en seco.

—No duermo. Dacia. Tengo pesadillas y se me vienen a la cabeza escenas retrospectivas. Es un fenómeno conocido. El campamento es ruidoso, de modo que me pareció que aquí me las arreglaría mejor —Lucila se disponía a decir algo pero él la detuvo—. ¡No te preocupes por mí! ¿Qué podemos beber?

—Zumo de uva —dijo, y tomó unos vasos del estante.

Cayo traía un salmonete para freír; estaba alimentando el fuego, listo para calentar el aceite en su sartén cuadrada. Tuvo que utilizar un pedernal para hacer saltar una chispa, lo cual siempre era un proceso laborioso. Lucila lo observó desde la puerta; se estaba sumiendo otra vez en la melancolía. Él percibió que estaba muy abatida.

—Anímate. Podría haber sido un desastre, pero no lo fue.

—Mientras estuviste fuera pensé mucho sobre mi vida —admitió Lucila, que se arrebujó en una estola.

Cayo le dio con una espátula de manera amistosa.

—No quiero oír historias deprimentes. —Llenó una taza para alargar el zumo añadiéndole agua y la dejó frente a ella con un golpe seco—. Si tienes intención de lloriquear, deja que sea yo el que hable.

Se sirvió la bebida, con una mayor proporción de zumo. Lucila tomó el recipiente e igualó la suya. Cayo chasqueó la lengua, bromeando. El ambiente era distendido, un indicio de cómo podrían haber sido las cosas entre los dos.

Lucila lo miró detenidamente mientras él continuaba ocupándose del fuego y del pescado y, en efecto, hablando. De perfil, con el lado ileso de la cara hacia ella, su atractivo original era asombroso. Hablaba con calma y tranquilidad, como si estuviera distrayendo con una historia a un niño muy disgustado. Describió su nuevo trabajo a las órdenes del corniculario.

—Es un gran departamento, con muchos administrativos y ordenanzas. Secretarios para mantener documentos; copistas, contables y recaudadores de deudas. Yo soy el encargado de los caídos. Cuando los guardias han muerto en servicio, protejo sus bienes y dispongo sus testamentos; a veces tengo que localizar a sus familias. Intento ocuparme de las cosas como es debido; investigar un poco para averiguar cómo era la persona. Tienes que ser sensible.

—Te gusta. Se te da bien. ¿Fue un ascenso?

A Lucila le pareció que Cayo se mostraba extrañamente tímido.

—Sí. Bueno, sí, lo fue.

—¿Un reconocimiento por lo de Dacia?

—No soy ningún héroe.

—Hoy lo fuiste para mí. Y no olvides que sé lo valiente que eres: me dejaste tus hojas de roble doradas, tu corona cívica.

—¡Oh, esa cosa vieja! Espero que la tiraras. Ven a comer.

* * *

Apenas habían terminado de comer, llamaron a la puerta. Lucila se quedó inmóvil y se estremeció de miedo otra vez.

—No te muevas.

Cayo fue a abrir. Lucila oyó voces masculinas; estaba claro que no pasaba nada malo. Se dieron las buenas noches.

Era tarde. El interior del apartamento estaba a oscuras. Cayo encendió unas lámparas de aceite antes de regresar.

—Una entrega.

—¿Qué es? —la sospecha ensombreció el semblante de Lucila.

—Pensé que te vendría bien tener un cachorrito enternecedor. Casualmente, mi hermano tenía uno. Apuesto a que nunca has tenido una mascota, ¿eh?

—No.

—Bueno, pues yo he tenido muchas, por supuesto. —De nuevo estaba hablando sólo para tranquilizarla—. Un niño huérfano de madre, con dos hermanos mayores y unas familiares que lo adoraban; lógicamente, tuve cachorros, gatitos, palomas, ansarinos, una rata mansa… Mi abuela observaba hasta que yo perdía el interés y entonces se arreglaban las cosas para un triste fallecimiento. Una vez Félix me regaló un cocodrilo recién salido del huevo. No le tomé ningún cariño a ese bicho mordedor. Una de mis tías me ayudó a llevarlo al otro lado de Roma y lo echamos a una alcantarilla. Probablemente siga allí, en alguna parte de las cloacas, con veinticinco metros de largo y buscando venganza. Ni siquiera ahora voy a las letrinas públicas, no sea que aparezca de repente por el asiento.

Aquel retrato de una vida feliz en familia que Lucila nunca había tenido perturbó a la joven más de lo que Cayo percibió.

—Deja de andarte por las ramas. ¿Me has traído un perro?

—Se llama *Terror* —el tono despreocupado de Cayo no fue convincente —. Es un perro guardián. Su padre fue un perro sabueso de caza tremendamente caro de Britania, un animal magnífico y hermoso que corría como el viento, con un pedigrí impresionante…

—¿Y su madre? —preguntó Lucila con astucia.

—Podemos suponer —admitió Cayo— que su padre montó a alguna perra vieja y muy peluda. Es la única razón por la que Fortunato pudo comprarlo, porque hay que reconocer que *Terrores* mestizo. Mi hermano recomienda que no hagas movimientos bruscos.

—Me estás asustando.

—Eres tú quien le va a dar de comer. De manera que te será leal y te protegerá.

—¿Qué es lo que come?

—Carne cruda y sanguinolenta. —Había que ver la cara que puso Lucila. Cayo insistió—. Y huesos enormes con tuétano, los que huelen mal son sus favoritos. Nunca jamás intentes quitarle uno, aunque se lo hayas dado tú. ¿Estás lista para conocerle?

—No lo quiero.

—Sí, sí lo quieres.

Terror era un perro de tamaño mediano y de hombros fornidos, poco más que un cachorro, con las patas aún desgarbadas. Un collar ancho de cuero le colgaba pesadamente del cuello, lleno de tachones metálicos. Le goteaba el hocico, tenía el pelaje largo y enmarañado, las orejas puntiagudas y no se le veía confiado. Fortunato lo había lavado, por lo que entonces olía a húmedo. Estaba sentado sobre su propia estera frente a la puerta de entrada, con aspecto de sentir lástima por sí mismo.

—Ha sido un perro guardián nocturno que vigilaba las herramientas y los materiales de construcción en una obra. Fortunato tuvo que deshacerse de él. *Terror* no soporta quedarse solo, de modo que se pasa la noche ladrando y gimiendo y los vecinos se quejan. En tu compañía debería estar bien.

—No lo quiero.

—Eso ya lo hemos discutido. Es una protección. Pagué por él y a Fortunato no le sirve de nada; no puedo devolvérselo. Fuera de casa debes llamarle *Terror*. Deja que la gente lo oiga. Deja que le teman.

—¿Eso significa —Lucila acarició con nerviosismo a su mascota no deseada, que la rehuyó— que tiene otro nombre?

Cayo adoptó un semblante tímido.

—Creo que en la intimidad de un entorno doméstico a este perro le gusta que lo llamen *Ricura*.

Ricura estaba sentado sobre su cola, pero se las arregló para sacudirla al oír su nombre privado.

El perro se tumbó a dormir. Cayo empezó a ir de acá para allá para ponerle un cuenco de agua al animal y luego recogerlo todo un poco. Comentó que era tarde y le dijo a Lucila que debería descansar un poco también.

—Estás a salvo. Estoy aquí. Deja la puerta abierta y así podrás llamarme si estás preocupada. —Lucila no se movía—. Vete a la cama, mujer.

—¿Tú también vendrás?

—Será mejor que no.

* * *

Lucila había cometido un terrible error. Había reconocido su deseo honestamente, pero ahora la invadía la vergüenza.

Vinio respondió de inmediato, como si hubiese estado temiendo su proposición. Era la viva imagen de un hombre que ha tomado la decisión de distanciarse de una mujer cuyo interés hacia él se está volviendo aburrido.

Se mantuvo bien alejado de ella, con los brazos cruzados en actitud defensiva.

—Verás. Me he pasado toda la tarde señalando leyes morales al despreciable amante de tu madre. Así pues, hermosa criatura, aunque por supuesto que tengo ganas de arrancarte la ropa y echarte sobre el banco de la cocina, si lo hiciera, sería igual que él.

Lucila permaneció inmóvil.

—Eres muy dulce… —Cayo acabó pareciendo incómodo—. Me honra que me lo pidas…, y me rompe el corazón verte tan decepcionada.

«¡Por los dioses, qué pomposo ha sonado esto!».

«Debes de sentirte muy orgulloso por ello».

Lucila, con la cabeza alta pero herida, dio media vuelta rápidamente y se marchó a su habitación.

Aún suponía a medias que él se ablandaría y acudiría. Estoicamente, no lo hizo. Lucila había cerrado la puerta. Con todo, permaneció tan consciente de sus movimientos que lo oyó haciendo cosas durante un rato…, un buen rato, en realidad. Hizo ruido con los cuencos, se lavó la cara, comprobó las cerraduras de la puerta, apagó las lámparas soplando, lo oyó hablar con *Terror*. A Lucila le pareció que él sí había dejado abierta la puerta de su dormitorio, pero también sabía que estaría tumbado castamente y a solas en la oscuridad.

Ninguno de los dos durmió mucho aquella noche. Unos ronquidos estentóreos inundaban el apartamento, pero eran los del perro guardián.

* * *

Amaneció. Lucila salió con sigilo para utilizar el servicio y llenarse un vaso de agua pensando que el pretoriano ya se habría marchado. Pero debía de estar aguardando oír algún movimiento.

Estaba junto a la puerta de entrada.

—Me voy al campamento —hizo una pausa—. ¿Amigos?

—Por supuesto.

Era una mentira. La había humillado tanto que si podía evitarlo no volvería a estar en la misma habitación que él.

Cayo se acercó a ella. Le puso las manos en los hombros. Le dio un suave beso de despedida en la frente, como hace la gente en las familias. Paternalmente. Fraternalmente. Insoportablemente.

A juzgar por su mirada, entonces cambió de opinión e iba a besarla de un modo distinto. Lucila iba a dejar que lo hiciera.

El perro se volvió loco. Su ladrido, tal como le habían prometido, era tan fuerte y grave que daba miedo. En cuanto veía a dos personas abrazándose, aunque fuera débilmente, el perro se ponía a dar saltos, víctima de unos celos frenéticos, para poner fin a aquello.

—¡Perro malo!

Cayo estaba atónito, principalmente por el hecho de que el perro sugiriera que sus motivos pudieran ser dudosos. *Terror* meneó el rabo, extasiado sólo porque alguien le hubiera hablado.

—Buen perrito —murmuró Lucila—. ¡Muy bien, *Ricura*).

Cayo se marchó al campamento.

* * *

Flavia Lucila volvió a acurrucarse en la cama y pensó en la falibilidad de los hombres.

Era perfectamente consciente de la situación legal con respecto al adulterio. Tras diez años siendo peluquera, sus clientas a menudo se habían lamentado de ciertos aspectos de una legislación que era, cuanto menos, parcial. Una mujer a la que su esposo engañara no podía presentar una demanda contra él; podría divorciarse y volver con su padre, pero de lo contrario tenía que soportar la situación.

Sin embargo, el adulterio de las mujeres era un delito. Un marido a quien su esposa lo engañara no sólo podía emprender acciones legales, sino que además tenía que hacerlo. Había un tribunal especial para los delitos sexuales; siempre había allí mucha actividad.

Un esposo traicionado tenía que divorciarse de su mujer de inmediato. Si toleraba una aventura era culpable de fomentarlo y, tal como Escoropo le había dicho a Orgilio, podría ser acusado de proxeneta. Si el esposo lo retrasaba, al cabo de sesenta días cualquier persona podía presentar cargos contra el amante o la esposa adúltera, como un deber público.

El objetivo de la ley era proteger las familias de hijos ilegítimos; de ahí la parcialidad contra las mujeres disolutas. Los castigos eran severos. Una mujer adúltera perdía la mitad de su dote y un tercio de sus otras propiedades. Una mujer condenada no podía volver a casarse con un ciudadano libre. Su amante perdía la mitad de sus propiedades y sufría la deshonra pública, cosa que implicaba perder sus derechos a prestar

declaración en los tribunales, a hacer testamento y a recibir herencias. Tanto la mujer culpable como su amante serían exiliados, si bien a islas distintas. «¡Un buen detalle!», pensó Lucila con seriedad.

Se tapó la cabeza con la almohada y pensó en la circunstancia añadida que sabía que se aplicaba a Vinio. Un soldado que cometiera adulterio con la esposa de otro hombre se enfrentaba a una baja deshonrosa. Por todo el Imperio los soldados se acostaban con cualquiera y con entusiasmo, pero la ley estaba allí si algún día alguien presentaba una acusación. Un esposo traicionado podría hacerlo. Así pues, cuando Cayo Vinio le hizo el amor a Lucila en Alba aun estando casado, si bien podía resultar duro para su esposa Verania, era legal. Si se acostaba con Lucila ahora que ella estaba casada, era un delito. Vinio podía perder su puesto, sus derechos económicos acumulados, su buen nombre, su posición legal, su capacidad para recibir legados y para volver a casarse y, por lo tanto, su derecho a llegar a tener hijos legítimos.

Lucila decidió con amargura que todo aquello explicaba el inmediato rechazo de su cohibida invitación por parte de él.

Intentó olvidar lo ocurrido, pero volvía al incidente de forma obsesiva.

Vinio no la necesitaba. Para tener sexo podía tratar libremente con cualquier prostituta, camarera, actriz, gladiadora o esclava. Si quería una relación más estable, podía volver a casarse.

Ninguno de los dos había mencionado Alba. Lucila nunca imaginó que Vinio lo lamentara. Para él, no obstante, fue cosa de una vez y nada más. Una oportunidad que había que aprovechar pero una relación que convenía evitar. Tal vez aún podía referirse a Lucila como a una mujer atractiva y sexualmente atrayente, pero los hombres siempre definían a las mujeres en estos términos. Un hombre con fuerza de voluntad, que protegiera su posición y tuviera especial cuidado con su dinero nunca repetiría la experiencia, por mucha intensidad con la que se entregara a ella en aquel momento.

Tal como había hecho él. Lucila lo sabía. Cayo se había visto superado por completo, igual que ella. Si Lucila hubiese permanecido entre sus brazos la mañana siguiente, podría haberle pedido cualquier cosa.

Sin embargo, Alba seguiría siendo tan sólo un recuerdo, y no sólo porque hubiese ocurrido cinco años antes. Para él quizás era una más a la que contar con los dedos. Una conquista. Maravillosa, pero con la que había terminado. Ahora era demasiado arriesgado volver a acostarse con Lucila.

Sólo la desconcertaba un aspecto de todo el asunto: su lealtad cada vez que ella tenía un problema, así como el esfuerzo que estaba dispuesto a hacer para rescatarla. Por supuesto que la había salvado de Orgilio. Un hombre decente como él tendría el deber de hacerlo nada más abrir la puerta. Pero no tenía ninguna obligación de involucrarse; lo que podría haber hecho, y debería haber hecho, era entregar al culpable a su marido para que lo castigara. No tenía por qué haberle preparado la cena a Lucila, calmarla con su conversación tranquila, dejar la puerta abierta porque ella estaba aterrorizada, proporcionarle un perro guardián y pagarlo de su propio bolsillo…

¡Parecía tan cariñoso a veces! Era una amistad extraña, y la única forma que tenía Lucila de sacarle un sentido era pensar que Vinio se sentía atraído por ella, pero que no quería.

Tenía que evitarlo. Se planteó renunciar al apartamento que compartían, pero debido al arrendamiento de la tienda de la planta baja, donde entonces les iba muy bien a Glyke y Calisté, una mudanza resultaría demasiado complicada; no valía la pena hacerlo sólo para eludir su vergüenza.

El incómodo incidente, combinado con los recuerdos poco gratos de sus primeros años que Orgilio había traído de vuelta, provocó que Lucila reconsiderara el momento en que su vida se encontraba. No necesitaba a ninguno de los dos. Estaría mejor sola, y ahora podía afrontarlo con mayor seguridad que cuando era más joven.

Así pues, fue entonces cuando Flavia Lucila tomó la decisión de abandonar a su marido.

OceanofPDF.com

XXI

Lucila fue a hablar con Némuro cara a cara.

Antes de abordarlo, se le pasaron por la cabeza varios escenarios. Lo que más temía era una discusión, e imaginaba que Némuro demostraría lo cruel que podía llegar a ser cuando se sentía frustrado. Se preguntaba incluso si podría llegar a pegarle.

No fue así en absoluto. Némuro se comportó como si hubiera estado esperando que ella lo abandonara. Lucila había olvidado que era un filósofo. Normalmente no pensaba mucho en ello, pero sabía que todos los días practicaba la aceptación de la suerte que pudiera acaecerle, fuera ésta cual fuera. Para él, soportar su partida sin tormentos era un ejercicio para estar en armonía con la naturaleza. Para un estoico, era una prueba útil en cuanto a llevar una buena vida.

—Acabo de hablar con tu padre, Némuro; va a mandar a alguien con una carretilla y te devolveré todos los libros que me prestaste. Te agradezco todo lo que me has enseñado. Te estoy agradecida por haberte casado conmigo. Pero el matrimonio requiere la voluntad de ambas partes para vivir juntos. Me temo que yo ya no deseo hacerlo.

—¿Qué lo ha provocado? —El más mínimo malhumor era algo lamentable en un estoico.

Lucila describió la agresión de Orgilio. Para explicar cómo había escapado sólo dijo que «oportunamente, llegó alguien». Némuro pareció sospechar, aunque no la interrogó al respecto.

—Te hablé de mis temores, Némuro, pero tú desoíste mis ruegos. Y lo más terrible es que fuiste tú quien le dijo a ese hombre dónde encontrarme.

Lástima de la pobre mujer que tuviera que entregar una notificación de divorcio al hombre que le había enseñado crítica literaria. Seguro que él analizaría el vocabulario, el estilo, el tono, la imaginería, la disposición y la presentación del material…

Némuro se limitó a decir:

—Sí. Eso fue imperdonable.

Entonces la sorprendió, y tal vez se sorprendió a sí mismo. Habló de su respeto por Lucila con una afabilidad que hasta el momento nunca había demostrado; declaró que echaría de menos su compañía.

Era demasiado tarde. Lucila sabía que, de haber habido hijos de por medio, hubiera luchado para seguir adelante con aquel matrimonio, pero tal y como estaban las cosas no le veía ningún sentido.

—Inténtalo de nuevo —le instó ella—. Busca a una mujer rica para no tener preocupaciones que te distraigan de tu trabajo.

Al final Némuro le espetó:

—¡Mientras tú sigues adelante con tu aventura con ese pretoriano!

Lucila se estremeció.

—Hace mucho tiempo que conozco a Vinio, pero no tenemos ninguna aventura.

—Me pregunto si lo sabe él —replicó Némuro, con aire pensativo y teatral.

La conversación terminó allí y Lucila se marchó. Ella y Némuro llevaban poco más de dos años juntos, aunque nunca tuvieron casa propia. Los dioses domésticos a los que honraban pertenecían a los padres de él. No había dote ni propiedades que distribuir de nuevo. Lucila no tenía un padre con quien volver, pero tenía su apartamento y sus muebles; Némuro no había reclamado nada de eso. Allí atendería a sus clientes y llevaría su vida en paz.

No le contó a nadie que se había divorciado. No era asunto de nadie más.

* * *

Era un momento descabellado para que se le trastornara la vida. Una atmósfera amenazadora deprimía Roma y los acontecimientos buenos sólo servían para que los siniestros, en contraste, parecieran aún más terribles.

Domiciano estaba complaciendo al pueblo. Les había dado un congiario, el obsequio personal de parte de un emperador para su gente, que tradicionalmente era vino o aceite en una vasija especial pero que entonces consistió en un pago en metálico, más conveniente. Celebró numerosos juegos además de otros festivales del calendario tradicional, todo lo cual aumentaba el ambiente carnavalesco de Roma. Se hizo famoso por innovar, permitiendo carreras a pie para mujeres jóvenes y acontecimientos estrambóticos en los que figuraban mujeres gladiadoras y enanos; derrochaba el dinero en espectáculos, con los habituales simulacros de combates entre infantería o caballería, además de batallas navales en arenas inundadas. Había añadido dos nuevos equipos de cuadrigas, el Púrpura y el Dorado, además de los tradicionales Rojo, Blanco, Verde y Azul. Creó un Estadio y Odeón nuevos en el Campo para el atletismo y la música. La gente no estaba ni mucho menos contenta cuando los obligaba a permanecer sentados durante una repentina y violenta tormenta, según se decía provocando que alguno pillara un resfriado fatal, pero lo perdonaban cuando los agasajaba con un banquete para todos y cada uno de los espectadores del Circo que duraba toda la noche y que les era servido en sus asientos.

Si bien el pueblo lo quería, no podía decirse lo mismo del Senado. Domiciano no hacía ningún intento por disimular su antipatía. Controlaba de forma estricta la admisión a los rangos altos y medios. La relegación era la menor de las preocupaciones. El destierro y la ejecución suponían una amenaza constante. Se decía que el Emperador animaba a los que estaban bajo sospecha a cometer suicidio para evitarse el oprobio de asesinarlos; quizás incuso hubiera algunos que se mataran debido a una preocupación injustificada.

Al igual que muchos hombres cuyo comportamiento es cuestionable, Domiciano regulaba la conducta moral de todos los demás. Vinio no había exagerado cuando advirtió a Orgilio de que el Emperador se tomaba un

franco interés por las acusaciones penales. A las mujeres se las acusaba de adulterio en tanto que a los hombres se los procesaba con igual severidad según la ley contra la sodomía con varones nacidos libres. También había otros delitos que se abordaban con vehemencia. Hubo una mujer que supuestamente fue ejecutada por el simple hecho de desnudarse delante de una estatua del Emperador; esto causó otra dimensión del miedo, porque debió de ser alguien de su propia casa quien la denunciara. Nadie podía confiar siquiera en los miembros más allegados de su hogar.

En la intimidad de la calle del Ciruelo, las clientas de Lucila, un grupo de matronas sin pelos en la lengua, se arreglaban los rizos inmaculados por los que pagaban sus sumisos esposos y ridiculizaban a cualquiera que tuviera una estatua de Domiciano en el dormitorio. Si de verdad parecía provechoso tener una de esas estatuas, se podía relegar perfectamente esa cosa a una biblioteca poco utilizada o a la horrible sala en la que el marido recibía a sus clientes por las mañanas…

Hasta los miembros de la casa del mismísimo Domiciano estaban cada vez más desestabilizados. Él continuó con sus despidos de servidores públicos. Los secretarios financieros y de correspondencia iban y venían sin ninguna razón evidente, como si sólo fuera para mantener alerta a los demás.

Los acontecimientos recientes seguían pesándole mucho al Emperador. Nadie sabía hasta dónde llegaron las represalias tras la revuelta germánica. Las varias cabezas cercenadas expuestas en el Foro sólo habían sido una demostración de castigo. Domiciano se negó a publicar detalles de aquellos a los que ejecutó; el rumor de los «muchos» senadores a los que había dado muerte tal vez fuera falso, pero los primeros oficiales de las dos legiones rebeldes a los que atraparon, torturaron salvajemente y mataron eran hijos de senadores. Los detalles de su tortura (testículos quemados y manos rebanadas) eran tan concretos que daban la impresión de ser ciertos.

Algunas muertes sí tuvieron lugar sin duda alguna; el gobernador de Asia, Cívico Cerialis, fue ejecutado de repente por razones desconocidas y sin juicio, posiblemente porque Domiciano creía que había animado al falso Nerón. El gobernador de Britania, Salustio Lúculo, también fue asesinado,

al parecer cuando «inventó una nueva lanza y le puso su nombre»; esto parecía absurdo, pero quizá Domiciano estuviera convencido de que Lúculo apoyó también la revuelta de Saturnino.

En Roma, el vengativo emperador gastó entonces una broma macabra a las clases altas. Miembros del Senado y de la orden ecuestre recibieron invitaciones personales para cenar con él; iba a celebrar un banquete especial para honrar a los que murieron en Dacia. Todo el mundo estaba tan inseguro que el mero ofrecimiento de una cena con su emperador los llenaba de inquietud. La invitación no podía rechazarse a menos que uno estuviera en su lecho de muerte y tuviera notas de sus médicos que lo demostraran. Todos estaban aterrorizados ante Domiciano. Cuanto más temblaban, más disfrutaba él del poder que ejercía sobre ellos.

Flavia Lucila se había unido al equipo que trabajaba entre bambalinas para aquella ocasión tan cuidadosamente organizada. Los preparativos eran a escala teatral. Un maestro de ceremonias la había tanteado sobre el tema de los tintes y pinturas para la piel con las que realizaban experimentos. Le dieron instrucciones para que acudiera con el equipo necesario pero le hicieron jurar que no revelaría nada.

Una tarde, poco después de su divorcio, pasaron a recogerla en una litera. Cargada con los cestos del material, la llevaron por el Vicus Longus, cruzando los nuevos foros imperiales y el antiguo Foro de los Romanos, para subir luego por la empinada entrada cubierta hasta lo alto del Palatino, donde Lucila tuvo su primera experiencia real del nuevo y fabuloso palacio de Domiciano. Las obras aún no se habían completado, pero ya pudo ver que se trataba de un edificio de un estilo e innovación asombrosos. Coronando el monte Palatino con aún más majestuosidad que su predecesor, el nuevo palacio estaba diseñado para dar la impresión de que sus salones eran los de los dioses.

Después de la empinada cuesta desde el Foro, la entrada se había situado cerca del antiguo templo de Apolo y Casa de Augusto. Un vestíbulo octogonal con antesalas curvilíneas daba una idea preliminar de magnificencia y llevaba al primer patio interior. Un pórtico de columnas estriadas de mármol amarillo de Numidia rodeaba un estanque enorme; éste

contenía una gran isla que el agua salpicaba constantemente mediante fuentes y canales complejos. Todas y cada una de las superficies estaban chapadas de mármol caro.

A mano izquierda había una sala de audiencias espléndida, con el techo de vigas de cedro libanés de casi treinta metros de longitud; aquel vasto espacio estaba provisto de fabulosas columnas color púrpura y nichos que contenían estatuas enormes de semidioses talladas en piedra metálica de color verde traída desde el lejano desierto egipcio. Y un porche exterior monumental donde las pesadas columnas de mármol caristio gris verdoso proporcionaban el escenario diario de la aparición formal de Domiciano para ser saludado por su pueblo.

A la derecha de la entrada, el comedor de Nerón, que antes ya era hermoso de por sí, había sido sustituido por unas salas de banquetes estupendas que tendrían capacidad para miles de comensales en los grandes festines públicos. El salón principal, de unos treinta metros de altura y bordeado por tres órdenes de columnas, contaba con enormes ventanas panorámicas con vistas a patios con fuentes donde unos intrincados elementos acuáticos se alzaban entre pavimentos de aún más mármol multicolor.

Más allá de aquellas primeras habitaciones formales y públicas había zonas en las que la gran mayoría no penetraría jamás: un segundo y tercer patios asombrosos, conjuntos de habitaciones exquisitos, pasillos de comunicación deliberadamente confusos, cambios repentinos de escala, forma o nivel, jardines hundidos, baños y un interior privado que constituía un palacio dentro de un palacio para el Emperador y su familia.

El material principal era el mármol (cortado, tallado, pulido, en chapas o en mosaico), pero a Rabirio se le había permitido gastar dinero a espuertas también en oro. Todo espejeaba y relucía hasta que la interacción de la luz con el contrapunto musical del agua de las fuentes deslumbraba y cautivaba los sentidos.

* * *

En medio de tanta belleza resplandeciente, aquella noche los invitados de Domiciano iban a tener una experiencia de comedor muy distinta. Para la cena de Dacia no se utilizó ninguno de los magníficos salones de banquetes por los que el palacio se haría famoso. Una habitación grande se había repintado por completo del negro más oscuro: suelo, techo y las cuatro paredes además de las cornisas, los arquitrabes, los herrajes de las puertas y los frisos. Sobre el suelo negro y desnudo había divanes negros y desnudos.

Las mujeres no estaban invitadas; cada uno de los asistentes tenía que soportar la noche solo. Nada más llegar, los separaron también de sus sirvientes. Aquella noche no habría esclavos amistosos traídos de casa que los descalzaran y les pasaran la servilleta. En el salón se encontraron con un banquete de funeral formal, como los que las familias celebraban para sus parientes difuntos a las puertas de los mausoleos de la necrópolis. A la luz tenue de lámparas de cementerio, cada comensal encontró junto a su triclinio una macabra losa negra que parecía una lápida. Llevaba su nombre.

Cuando los invitados se acomodaron, con nerviosismo, una serie de hermosos chicos desnudos entraron con sigilo en la habitación oscura, todos pintados de negro de la cabeza a los pies. Estas criaturas interpretaron una danza fantasmal, serpenteando en torno a los divanes como sombras, ébano contra brea, de modo que sólo se percibía algún que otro movimiento y el blanco de sus ojos. Las sombras ondulantes terminaron su actuación situándose cada uno de ellos junto a uno de los comensales.

Se llevaron a cabo todos los sacrificios solemnes asociados a los funerales. Unas fuentes negras se depositaron sobre mesas bajas de ébano. Cada uno de aquellos pajes espectrales servía a su comensal una extraña comida oscura. La canela y la mirra, las especias que se arrojaban a las piras crematorias, perfumaban densamente la estancia.

No había música. Ni cháchara nerviosa que rompiera el silencio. Presidiendo la cena, más sombrío que Plutón entronizado en sus cavernas del inframundo, Domiciano era el único que hablaba. El sarcástico anfitrión eligió temas relacionados con muertes y matanzas. Durante toda aquella cena de pesadilla, sus invitados se esperaban que les cortaran el cuello.

La terrible experiencia terminó al fin. Cuando se levantaron para marcharse, ninguno podía olvidarse de que la familia de Domiciano ya había ejecutado previamente a oponentes al término de una comida. Las sonrisas falsas eran un sello de los Flavios. Tras volver tambaleándose al gran vestíbulo, los desorientados invitados se encontraron entonces con que todos sus criados personales se habían esfumado.

Unos esclavos a los que no habían visto antes los escoltaron hasta sus casas en carruajes y literas. A cada paso del viaje se esperaban que los apearan a la fuerza y los asesinaran.

Entraron en sus casas a trompicones. Mientras se recobraban, temblando, llegó un nuevo terror. Unos fuertes golpes en la puerta anunciaron a unos mensajeros que el Emperador había mandado tras ellos. Todos y cada uno de aquellos hombres atormentados imaginó entonces lo peor.

Exactamente como se había propuesto Domiciano…

* * *

Vinio Clodiano había sido testigo de aquella tensa velada. Como la cena era para los caídos en Dacia, a Vinio, como superviviente, se le había ordenado asistir en representación del ejército perdido.

No se le exigió embadurnarse con pintura de guerra de color negro. «¡Gracias, dioses!». La noche supuso una experiencia terrible para él. No le proporcionó consuelo por sus compañeros muertos; no lo alivió de su culpabilidad de superviviente. Lo soportaría como un soldado, pero su ánimo era desconsolado.

Iba vestido con un uniforme de gala híbrido y contaba con una exención especial por una noche para ir armado dentro de las murallas de Roma. Sobre la túnica blanquecina reglamentaria, que los soldados se ataban corta y suelta con el fin de tener «facilidad de movimientos» (o para presumir de piernas), llevaba un peto que mostraba la forma de los músculos y un cinturón militar con la más decorativa de sus dagas. El cinturón estaba

formado de láminas de metal ornamentadas con nieles y era pesado con su faldar de tiras de cuero con espigas metálicas. Llevaba el escudo pretoriano largo y ovalado que le cubría el lado izquierdo desde el hombro hasta la rodilla, exquisitamente decorado con un motivo de luna y estrellas tras el emblema del escorpión de la Guardia. Se había atado el pañuelo del cuello con pulcritud; la capa le colgaba de manera elegante. Y lo más espectacular era un casco dorado de caballería que le habían prestado, no con penacho como el casco de gala habitual sino coronado con la cabeza de un águila. La máscara metálica que cubría todo el rostro, con agujeros ensombrecidos para los ojos, la nariz y la boca, daban un aspecto extraño y misterioso, aunque el único efecto para el soldado que iba en el interior era dificultarle la respiración.

—¡Muy bonito! —exclamó el corniculario con una sonrisa de satisfacción.

Él seguía pensando que Vinio Clodiano codiciaba su empleo. No podía decidirse entre detestar su descaro o admirar su avidez.

—Las mujeres a las que les gustan los hombres de uniforme harán cola con las piernas abiertas.

—¡Pues estoy de suerte, corniculario, señor! —El casco que le tapaba el rostro amortiguó lo mucho que a Vinio le desagradaba la idea.

—Échale un polvo a una por mí, hijo.

—Muy bien, señor.

—¡Como quieras! —se quejó el corniculario entre dientes, al intuir que aquel soldado quisquilloso no iba a aprovecharse de las hipotéticas colas de chicas alegres.

La opinión oficial sobre Clodiano fue elogiosa. Desde el otro lado del casco de gala, él era consciente de que los hombres de más rango de Roma lo inspeccionaban. Saludaba tan a menudo, y con tanto brío, que acabó sintiendo cosquilleos en el brazo. Los dos prefectos pretorianos aprobaron su atuendo como si ellos mismos le hubieran lustrado el peto y afilado la espada. El prefecto de los vigiles tuvo buenas palabras para él. El brusco prefecto de la ciudad, el que tenía más antigüedad de todos ellos, era Rutilio Gálico, quien había servido como representante de Domiciano en Roma

cuando el Emperador partió en campaña y abrió las puertas de la ciudad para recibirlo en su doble triunfo; Rutilio tuvo menos que decir, aunque estaba claro que no se trataba de nada personal. Apenas hablaba con nadie. En una noche en la que Domiciano estaba azuzando el miedo a morir de los senadores, y quizá Rutilio Gálico se estuviera acordando de que heredó su elevada posición cuando ejecutaron a su predecesor.

Se aprovechó la ocasión para concederle un ascenso a Clodiano: «oficial de enlace», un ordenanza para el corniculario.

—¡Creo que voy a suicidarme! —gimió el ilustre personaje, aunque Cayo estaba seguro de que debieron de habérselo consultado. Vio desechados sus modestos temores por la responsabilidad de manera brusca —. Toma el dinero —le ordenó su superior—. Para un ratón de biblioteca como tú esto estará chupado.

* * *

En tanto que a los invitados se les atragantaba la cena, el pretoriano tuvo que montar guardia fuera. Bromeó gravemente consigo mismo diciéndose que su papel no era impedir la entrada de intrusos sin permiso, sino evitar que los invitados huyeran.

Hacia el final de la velada vio a Flavia Lucila. Estaba sentada al borde del gran estanque del patio. A su lado, abrazándose las rodillas, había una figura deforme vestida de rojo. Vinio vio que se trataba del enano de Domiciano, un muchacho de cabeza muy pequeña a quien con frecuencia el Emperador susurraba comentarios sobre la gente de la corte. Lucila y el confidente estaban absortos en su conversación.

Vinio fue hasta allí con paso firme y acabó con eso.

—Lárgate, capullo.

El enano refunfuñó pero se marchó anadeando, al tiempo que una Lucila indignada gruñía:

—¡Eres un cabrón arrogante, Vinio!

Vinio Clodiano se quitó el fabuloso casco.

—¿Cómo supiste que era yo?

—El paso. La voz. La grosería.

—Te he visto en dudosa compañía, pero esto se lleva la palma.

—El chico necesita conversación amistosa. Se pasa el día escuchando cosas terribles: «¿Sabes por qué nombré pretor a fulano o mengano…?». Nadie quiere tener nada que ver con él por su aspecto extraño y porque les horroriza que informe sobre ellos a Domiciano.

—Tú, en cambio, te haces amiga de todos los bichos raros de la corte.

—¡Sí, hasta llegué a ser amiga tuya en un momento de locura!

* * *

Reinó un silencio roto únicamente por el relajante ruido del agua. Vinio se frotó los lóbulos de las orejas, allí donde le había rozado el casco. En otra ocasión quizás hubiera tomado asiento junto a Lucila, pero no se sentaría en el mismo lugar en el que se había acuclillado ese enano; de todos modos, estando de servicio y con el uniforme de gala, tenía la obligación de permanecer de pie y con elegancia. Se apoyó en su escudo y sostuvo el casco de gala con el pliegue del codo del otro brazo, haciendo una pose: el noble guerrero.

Después de juguetear con sus cestos, volver a atarse bien las correas de la sandalia y sacudirse las gotitas de agua del dobladillo de la ropa, Lucila se dignó a fijarse en él.

—Bonito atuendo. —En realidad estaba pensando que últimamente Vinio tenía una extraña actitud áspera.

—Me alegro de que me hayas visto con él. —Entonces Vinio se oyó a sí mismo dirigiéndole una frase que hasta a él le dio vergüenza ajena—: Cuando termine el servicio, voy a necesitar ayuda para quitarme todo esto.

—Eres patético. —Lucila agarró las asas de varios cestos y se puso de pie apresuradamente—. ¡Búscate otra sirvienta que te desarme!

* * *

Lucila se alejó con paso rápido. Vinio fue tras ella a grandes zancadas.

—¿Es porque la otra noche me negué?

—Un momento de debilidad.

—Dame otra oportunidad.

—No. No me des la lata. —Lucila no se había esperado ver a Vinio, estaba cansada tras pasarse la tarde pintando de negro a pajes escurridizos y aquella noche el soldado tenía un aspecto tan magnífico que el hecho de rechazarlo la estaba matando.

Él parecía estar igual de nervioso. Eludir las leyes del matrimonio de puntillas ya era bastante duro, pero confrontar sus propios sentimientos confusos estaba fuera del alcance de ambos.

—Sé que me deseas.

—Eres tú quien no me desea a mí. Es demasiado arriesgado. Podrían destituirte… —Lucila lo estaba poniendo a prueba para ver si la interpretación que había hecho de sus escrúpulos era acertada—. ¡Tú eres muy sensato, Vinio! Piensa en la calle del Ciruelo: podrían acusarte de «disponer de una habitación con el propósito de mantener relaciones sexuales ilícitas».

—¡Nunca he tenido relaciones sexuales allí! —se quejó Vinio con amargura.

—¿Y quién tiene la culpa de eso? Tú, el piadoso, el romano más noble de todos.

La cena estaba terminando. Los tensos invitados empezaron a salir al vestíbulo. Alguien lanzó un silbido a Lucila y ella se marchó disparada, como si estuviera esperando que la llamaran. Había bajado corriendo por un tramo de escaleras. Vinio la siguió, pero despacio; al tener un solo ojo siempre le preocupaba tener que andar cuesta abajo y las botas militares claveteadas podían resultar mortales sobre el mármol. Cuando acabó de sortear el obstáculo, Lucila había desaparecido.

* * *

La noche estaba yendo desastrosamente mal. Entonces Vinio se encontró otra vez con el enano. Celoso de la confianza que la criatura tenía con Lucila, a Vinio lo invadieron el desprecio y unas fantasías descabelladas. Si el enano ponía una de sus asquerosas manos encima de la chica, ese capullo se encontraría colgado boca abajo en la elegante fuente hasta que se ahogara entre las cortinas de agua y sus pies diminutos dejaran de agitarse y chapotear…

—¡Ten cuidado! —le advirtió Vinio—. Podrían prenderte por seguir a una mujer casada.

—¡Ponte al día, gilipollas!

El enano pasaba tanto tiempo siendo agradable con Domiciano que cuando lo dejaban suelto se ponía de un humor de perros y se volvía un malhablado. Hay muchos hombres que son completamente opuestos en el trabajo y en casa. El enano imperial no era distinto.

—¿Qué quieres decir?

El enano tenía tendencia a hablar en voz demasiado alta.

—Que ella lo dejó, joder. ¡De manera que ponte a la cola, soldado!

* * *

Cayo Vinio Clodiano no era de los que se ponen a la cola.

Salió como una exhalación hacia el lugar en el que había visto desaparecer a Lucila, se dejó guiar por sus instintos y, al cabo, por un gran ruido. La encontró por casualidad, y menos mal porque mientras recorría los espacios espectaculares de aquel palacio no había tenido ni la más remota intención de pedir indicaciones a nadie.

«¡Flavia Lucila se había divorciado!».

Flavia Lucila lo estaba trayendo al retortero.

La joven había ido a unos baños. Vinio tardó un buen rato en encontrarla. Entonces se topó con una escena tan extraordinaria que estuvo a punto de perder el equilibrio.

* * *

Cada uno de los eminentes invitados del Banquete Negro había contado con un sirviente que iba pintado; en aquel momento, a todos esos chicos los estaban limpiando apresuradamente en una amplia sala tibia de mármol. El estrépito era espantoso: gritos, chillidos y chapoteos, además del continuo choque metálico de los cubos y el ruido del agua que les echaban encima. Esos mocosos engreídos no se comportaban. En medio del vapor, esclavos y sirvientes frenéticos y con el rostro colorado lavaban a los chicos sometidos a un horario apretado.

Lucila estaba cerca de la puerta, frotando con una esponja a uno de los renuentes chicos que, de repente, echó a correr. Vinio le bloqueó el paso con el escudo, que acto seguido dejó caer para agarrar al fugitivo desnudo. Esto obligó a Lucila a acercarse, metida hasta el tobillo en aquel baño de hollín diluido o lo que quiera que fuera. Iba descalza y sólo llevaba puesta una túnica interior sin mangas porque ya había contado con que sería una tarea sucia. Sus piernas y brazos desnudos desconcertaron a Vinio por un breve instante.

Ella volvió a darle al chico con la esponja, con tanta brusquedad que resultaba fácil entender por qué éste había huido.

—¿Me lo explicas? —le pidió Vinio—. ¡Oh, mierda! ¡Tu pequeño canalla me ha manchado de tinte la luna y las estrellas! —Además de por la mancha en su escudo, se molestó al ver que tenía la mano con la que había agarrado al chico cubierta de un mejunje negro y pegajoso.

—La siguiente fase de la tortura. A los comensales los han mandado a casa —le contó Lucila—. El último susto que se llevarán será que Domiciano les enviará unos obsequios. Ellos supondrán que es su ejecutor personal. Pero obtendrán a su paje, limpio y engalanado, además de la lápida falsa, que resultará ser una gran plancha de plata, y los platos con que les sirvieron, hechos también de materiales costosos. —Agarró al chico

por el pelo y le quitó la pintura que le quedaba echándole agua con un cubilete.

Vinio fue presa de más indignación:

—¡Lo estás lavando todo entero!

—Sí, primero pinté su cosita…, ¡qué emoción!…, y ahora tengo que limpiársela… Una velada imaginativa requiere horas de trabajo que no se ve. —Lucila apretó los dientes mientras forcejeaba con el niño que se revolvía—. No seas pretencioso. Es lo mismo que si estuviera bañando a mi sobrino.

Para Vinio, el aspecto más repugnante fue que se había visto involucrado en aquella escena de caos acuático mientras que simultáneamente intentaba iniciar una discusión furiosa con el amor de su vida.

—¡No es decente!

—¡Qué mojigato! Me sorprendes… Todo forma parte de la teatralidad siniestra de Domiciano. —Lucila soltó al chico, que fue corriendo a que lo vistieran y acicalaran—. ¿Te imaginas lo que será, en todas y cada una de esas casas llenas de criadas de edad avanzada y secretarios de costumbres afianzadas, cuando se despierten mañana y se encuentren que tienen que acoger a un horrible niño del mundo del espectáculo con la misma moralidad que la que hay en una conejera? Y que no se atrevan a deshacerse de él.

Lucila le tomó la mano a Vinio y empezó a quitarle la pintura, pero percibió su malhumor; se dio por vencida y le arrojó la esponja.

—¡Bah! Hazlo tú mismo.

Los baños se vaciaron con la misma rapidez con la que debían de haberse llenado de niños ennegrecidos. Una procesión de obsequios imperiales, algunos de ellos humanos, estaba abandonando el Palatino. Unos funcionarios aliviados marcaban las señas anotadas en tablones.

—Cuando te pedí que te explicaras, Lucila, no me refería a este desastre. —Vinio, con aire absolutamente santurrón, notó que no estaba impresionando a nadie—. Te divorciaste.

Lucila estaba recogiendo sus cosas y luego se abrió paso a empujones hacia un vestuario. Estaba casi desierto, puesto que los demás sirvientes seguían en su mayoría atareados sacando el agua sucia o simplemente rebajándose a hacer payasadas ya que su anterior actividad frenética había terminado.

—Vuélvete de espaldas, Vinio. —Llevaba la túnica interior empapada; tenía intención de quitársela y volver a ponerse la ropa que llevaba antes y que había recogido de un estante situado encima del banco—. ¡Mira hacia otro lado!

Vinio, con altivez, sujetó una toalla en alto para tapar a Lucila. Debía de haber olvidado que en una ocasión ya la había visto entera a la luz de las estrellas.

—¡Te divorciaste!

Lucila se puso el vestido seco y, cuando estuvo decente, empezó a calzarse las sandalias. Como las correas se resistían, le arrebató la toalla para secarse los pies a conciencia.

—¿Y qué?

—¡Joder! Te divorciaste y no me dijiste nada.

Silencio.

—Lo saben todos los pervertidos de este pútrido palacio y yo no. Estuvimos hablando y ni siquiera lo mencionaste.

Lucila hizo un lío con la túnica mojada y la metió en uno de sus cestos.

—¿Cuándo tenías intención de decírmelo?

Silencio.

—¿Cuándo? ¿Nunca?

—Mi matrimonio es un asunto privado.

Vinio estaba furioso.

—¿Y esta ruptura repentina no tiene ninguna relación conmigo?

—Ser motivo de un divorcio no diría mucho a tu favor.

Lucila estaba preparada para marcharse. Se dirigió al vestíbulo, dijo su nombre a un ordenanza y fueron a buscarle una litera. Vinio la había seguido como un perro esperanzado. En el medio de transporte no había espacio para él, sobre todo cuando a los que aquella noche habían ayudado

entre bastidores los estaban mandando a casa con canastas de comida sobrante y ánforas que no se habían utilizado.

Lucila dio indicaciones a los porteadores para que la llevaran a la calle del Ciruelo. Por detrás de ella se estaba formando una tensa hilera de transportes.

—Déjalo ya, Vinio.

—¿Se supone que tengo que seguirte?

—Haz lo que te dé la gana. Vete al campamento.

—Creía que significaba algo para ti.

—¡Por los dioses! Sólo he abandonado a un hombre con quien me pesaba estar… Buenas noches, soldado.

Se llevaron a Lucila. Vinio se quedó plantado en el vestíbulo con su espléndido atavío mientras que los planificadores imperiales sin corazón y con listas de tareas que organizar se mofaban de él abiertamente.

* * *

Mientras la litera la llevaba a casa dando sacudidas, Flavia Lucila anheló llorar en el hombro de Vinio las lágrimas que no había derramado.

Era el mal momento del mes. En esos días Flavia se reservaba por razones estéticas, aun cuando siempre tenía la libido elevada. Si Cayo no hubiese sido tan tonto tal vez hubiera reconocido los síntomas. Tenía ojeras oscuras, no se sentía cómoda con su cuerpo, era propensa a cometer errores. Por desgracia, en días como aquellos era incapaz de tomar precauciones contra tales errores…

«Nunca me has arreglado tan bien el pelo, querida —le había dicho su clienta Aurelia Mestinata con franqueza—. De todos modos, cuando llegues a mi edad te verás felizmente libre de todo eso. —Aurelia también tenía opinión sobre la reacción masculina—. Cada mes es una sorpresa. ¡El problema, querida, es que los hombres no saben contar!».

Con tres esposas y muchas tías a lo largo de su vida, Cayo sin duda ya se había topado con los arranques repentinos de las mujeres. Nunca se había

imaginado que Lucila lo rechazaría por ese motivo. Pensó que sólo podía ser porque no le gustaba (¿seguro que no?) o, más probablemente, porque era una arpía guasona. Él se consideraba un hombre comprensivo, pero detestaba a las mujeres que eran impredecibles.

Lucila sabía que acababa de tomar una decisión que lamentaba. Mientras lo hacía había visto la peor imagen de Cayo Vinio. Mezquino, perentorio, autoritario, poco realista, egocéntrico y vanidoso.

Aurelia Mestinata diría que todos los hombres son iguales, le aconsejaría limitarse a no hacerle caso. Al llegar a casa, como no podía disponer del ácido sentido común de Aurelia, Lucila bebió demasiado del ánfora que le habían dado en palacio y añadió nuevos adjetivos para Vinio en su lista.

Némuro lo hubiese llamado una amplificación hiperbólica. Vinio lo hubiera llamado una mierda.

* * *

Cayo Vinio hizo un intento más de cortejar a Lucila. Molesto consigo mismo por ser el primero en ceder, al día siguiente fue a la calle del Ciruelo. Lucila no estaba allí. (Estaba acurrucada entre muchos cojines en la parte de atrás del salón de manicura de abajo, donde Glyke y Calisté la habían medicado con remedios para la resaca y el dolor de estómago; Lucila había hecho lo mismo por ellas en muchas ocasiones).

El perro estaba royendo su estera porque echaba de menos a Lucila. Ya había arrancado la cortina que ocultaba el retrete. Le gruñó a Cayo porque había olvidado quién era, lo cual resultó insultante. Cayo, en equilibrio sobre un taburete para volver a colgar la cortina, le devolvió el gruñido.

Esperó allí tanto como creyó razonable (no mucho). Entonces pensó que esa zorra debía de estar echándose a perder con el enano de Domiciano en alguna madriguera inmunda de palacio.

Cayo la dejó por imposible.

* * *

Después de aquello, su vida se sumió en el caos.

Invitó a sus hermanos a una salida de hombres. Seguía sin querer ser como su padre pero tenía intención de emborracharse hasta la inconsciencia. Sus hermanos estaban dispuestos. Sus esposas trataron de evitarlo con peticiones para que colgaran estantes y que ellos esquivaron con las tácticas dilatorias tradicionales. Cayo también invitó a su viejo compinche Escorpo y hasta a su superior, el corniculario. Por suerte, el corniculario no podía unírseles; él siempre visitaba un burdel los miércoles al que iba hacía tanto tiempo que la madama le hacía la cena y la mayoría de las veces se limitaba a charlar con ella.

Durante las muchas y largas horas en las tabernas, Cayo expresó el odio que en aquellos momentos sentía por las mujeres de manera tan morbosa que sus hermanos creyeron que se trataba de una indirecta enrevesada. Se pusieron a hacer lo que ellos consideraban que hacían mejor en interés de su hermano: pensar en una nueva esposa para Cayo. Félix y Fortunato pronto estuvieron negociando con una viuda que estaba buscando seguridad; continuaron con sus maniobras aun cuando sus propias mujeres, Paulina y Galacia, sugirieron con crueldad que era un error por parte de la viuda esperar seguridad del casquivano Cayo Vinio.

Él consideraba que para organizar su vida no necesitaba ni a Félix ni a Fortunato. Una noche en la que se quedó solo en una tasca, después de que esos dos calzonazos se marcharan corriendo a casa, Cayo encontró a su cuarta esposa por sí mismo. En aquel momento parecía perfecta, pues era la clase de mujer a la que no le importaba encontrar un nuevo marido en una tasca. Era precisamente el tipo de mujer que a él le gustaba, pensó.

Sus hermanos siguieron adelante con sus propios planes con entusiasmo. Por motivos legales, la viuda necesitaba actuar con rapidez. Félix y Fortunato no vieron ningún motivo por el que un novio debiera estar consciente en su boda, de manera que sostuvieron a su hermano borracho

durante todo el acontecimiento. El sacerdote que consultó los augurios parecía estar enfermo, pero una bonificación económica lo puso en condiciones. La urgencia de la viuda pesaba más que cualquier deseo de tener un esposo que pudiera comunicarse. Así pues, Cayo no le dijo que la noche anterior se había casado con otra persona.

* * *

Con la lección de lo ocurrido a su padre antes que a él, Cayo sí que intentó mantenerse sobrio. Lo ayudó el corniculario.

—Esto es lo que ya te advertí: Dacia te dejó hecho un desastre, hijo. O empiezas a ponerle remedio hoy mismo, o puedes ir pidiendo la baja. No tengo intención de formarte para que luego te vayas de borrachera en borrachera hasta acabar muerto como tu padre.

—¿Tú lo conocías?

—Esto es el ejército. ¡No creerás que iba a tener a cualquier desgraciado en esta oficina sin conocer su historial! —Él siempre utilizaba el término «esta oficina» como un concepto sagrado.

—¿Y qué me dices de un ascenso por méritos?

—¡Controla ese lenguaje, soldado!

Un montón de acontecimientos lamentables amenazaban con destruirlo; Cayo tenía que superar sus problemas. Se suponía que era oficial de enlace con la policía militar: un cuerpo de investigadores, oficiales de arrestos, torturadores y carceleros que consolidaban los partes de los informantes. En su estado actual, su superior se negó a exponerlo a aquel cuerpo misterioso cuyos métodos tenían mala fama y era probable que angustiaran a un hombre con resaca de cinco días.

En cambio, un lictor nervioso, el escolta de un magistrado que servía a Rutilio Gálico, acudió un día a pedir ayuda de parte de los Urbanos, de los que Rutilio estaba al mando.

Las tres cohortes urbanas se alojaban con los pretorianos, aunque como el prefecto de la ciudad era siempre un senador, y por lo tanto un civil, él

nunca vivía en el campamento. Los prefectos pretorianos vivían allí, pero existía una magnífica tradición de la vida en el campamento por la cual después de comer nunca estaban disponibles.

Haciendo de sustituto con su aire relajado habitual estaba el cornicularius, que encontró al lictor que deambulaba por allí, perdido. Dada la rivalidad tradicional de los pretorianos con los urbanos, decidió que la guardia debía apropiarse del caso.

—No creo que nos interese que algún urbano imbécil y patoso haga una chapuza de esto… Parece una situación en la que podríamos resultar útiles, ¿eh, Clodiano?

—Con mucho gusto me ofrezco voluntario, señor. —Incluso estando como una cuba, Cayo sabía qué responder a un oficial.

—Basándonos en lo que dice el lictor, mantendremos esto muy en secreto. Usa la iniciativa.

Con toda la dosis de dicha cualidad que podía reunir un hombre con dolor de cabeza, que arrastraba las palabras al hablar y cuyos pies tropezaban entre ellos, Cayo se llevó a uno de los guardias para que lo ayudara y eligió a uno corpulento. El resto de su equipo incluía una navaja de hoja fina, un clavo militar grande, pinzas para las cejas (uno de los centuriones tenía un criado bisexual) y un mondadientes (suyo).

Cualquiera que hubiese estado en los vigiles sabía abrir cerraduras y, puesto que se requería discreción, esperaba evitar tener que echar la puerta abajo.

Roma tenía un problema. Rutilio Gálico, el prefecto de la ciudad, se había encerrado en su despacho. Estaba sufriendo una crisis nerviosa allí dentro.

OceanofPDF.com

XXII

Quinto Julio Cordino Cayo Rutilio Gálico había cerrado la puerta del despacho él mismo. Era un hombre que siempre estaba a la defensiva, lo que para él era la única condición aceptable en aquellos tiempos. Las endechas que tenía que escuchar a diario en su oficina, o simplemente el patetismo de la vida en general, habían resultado ser demasiado para él. Ya no podía sobrellevarlo por más tiempo. Le resultaba extrañamente difícil llevar a cabo las tareas diarias más rutinarias; vestirse, ir a los baños o cenar, todo estaba fuera de sus posibilidades. Sin esclavos que lo atendieran físicamente, se acurrucaba en un rincón de su casa, desnudo y sucio. Tuvo que detenerse todo. Puesto que no podía hacer nada, no tenía ningún sentido que la gente acudiera a él con solicitudes. Así pues, cerró la puerta para que no entrara nadie.

El hecho de poseer seis nombres no era un indicio de grandeza hereditaria. Seis nombres significaban que habías sido adoptado por alguien de buena posición porque tu linaje original no era impresionante. El hecho de provenir de Augusta Taurinorum tampoco resultaba de ayuda. Estaba mucho más allá de la frontera aceptable, en las provincias alpinas. Los senadores de fuera de Italia tenían muchas dificultades para que los aceptaran. Julio Agrícola era de la Galia y había sufrido por ello. Ulpio Trajano provenía de Hispania y le importaba un carajo, aunque ocurría lo mismo con todos los héticos. Un hombre de provincias al menos había dejado la provincia tras de sí. Un hombre de una ciudad italiana del norte tenía que recorrer a tientas cada centímetro de la carrera del honor, chismorrear con libertos esnobs, exprimir los puestos de los bolsillos de los emperadores, a lo que se enfrentaban solos por completo. Uno podía acabar

hasta las narices de mostrarse constantemente digno de confianza. En Roma podías hartarte de tener que defender una ciudad natal que se encontraba al borde de los Alpes. Podías acabar agotado de que tu esposa no parara de darte la lata para que fueras al norte a ver a su familia.

Rutilio estaba agotado. No podía dormir y, sin embargo, estaba muerto de cansancio. Estaba cansado con la pesada carga de los mentalmente enfermos y no sabía cómo salir de ello.

Tenía sesenta años. Los había cumplido aquel mismo año. Nadie se considera viejo con esa edad; saben que están en la cima de su experiencia, que son capaces de enseñar un par de cosas a la siguiente generación de jóvenes idiotas. No obstante, el inicio del desgaste del cuerpo se hace notar. Cae el cabello. El corazón y los riñones dan achuchones. Se tienen altibajos de energía. Falla la destreza. Las relaciones sexuales, de requerirse, se vuelven precarias. Al mismo tiempo, las exigencias de un alto cargo son mayores. Hay demasiado que hacer; el cuerpo se esfuerza por aguantar. La mente puede verse desbordada por el peso de la responsabilidad.

Rutilio era un incondicional de los Flavios. Incluso, durante los primeros años de su carrera en el ejército, había servido a las órdenes de Corbulón, el padre de la Emperatriz. Además, la suerte le sonrió. A la muerte de Nerón había pasado a ocupar su puesto para un provechoso honor: el prestigioso papel de sacerdote del culto a Augusto, promoviendo a los emperadores que eran declarados dioses. Un cínico diría: «¡Buen aprendizaje para tratar con Domiciano!». Posteriormente, Vespasiano lo había nombrado gobernador de Germania en el momento oportuno de aparecer al otro lado del Rin y capturar sin ningún percance a Veleda, una profetisa germana que odiaba a Roma e intentaba destruirla. Rutilio nunca pensó que se le diera importancia suficiente a tal hazaña. Quizá para entonces la estrella de Veleda había empezado a apagarse. Cuando la capturó y la llevó a Roma, una mujer ya de mediana edad, no parecía estar lo bastante loca ni ser lo suficientemente representativa de un peligro emocionante. Veleda resultó una decepción como mujer monstruosa.

En aquellos momentos el lema era la conciliación. Una nueva profetisa germana, Ganna, acababa de hacerle una visita a Domiciano junto con el

rey de los semnones; fue bien recibida y enviada de vuelta a su bosque con obsequios. Últimamente las mujeres salvajes eran meras aliadas, así que el hombre que una vez capturara a la predecesora de Ganna perdió caché.

Domiciano sí le rindió honores. Rutilio fue gobernador de Asia, un empleo fantástico, uno de los primeros nombramientos de Domiciano. Luego vino el puesto de prefecto de la ciudad. ¿Quién en su sano juicio estaría agradecido por un cargo cuyo último titular acababa de ser ejecutado por traición? Arrecino Clemente, un hombre famoso por su dulzura. Demasiado cercano a Tito, sin embargo. Uno de los parientes políticos que habían criado a Julia. Por lo tanto, demasiado cercano a ella también. Ni siquiera la influencia de Julia sobre Domiciano pudo salvar a su tío.

Sobre el final de Arrecino se contaba una historia típica: Domiciano, quien con frecuencia y con astucia fingía sentir afecto por aquellos a los que estaba a punto de asesinar, se lo llevó a dar un paseo en carruaje. Al pasar junto al despreciable que informaba sobre él, cosa de la que Arrecino debía de ser consciente, el Emperador murmuró: «No hablemos con ese esclavo hasta mañana». Aquello aumentó la crueldad. Arrecino estaba condenado y lo sabía; sólo tuvo que vivir un día más de suspense mientras Domiciano se recreaba.

En el cargo de prefecto de la ciudad tenías que trabajar con el Emperador a diario. Cuando éste estaba en Roma el volumen de trabajo resultaba intolerable, el ritmo implacable, el estrés espantoso. No podías darte por vencido. Además, estaba lo más delicado: no saber nunca lo que de verdad quería Domiciano, no estar nunca seguro de que no te quería muerto.

Cuando Domiciano estaba fuera, la carga para un hombre concienzudo se incrementaba. Rutilio era su suplente de facto. ¿Quién podía ser suplente de lo divino?

El hecho de que te dejaran a cargo de la ciudad era sumamente importante. Si algo le hubiese ocurrido a Domiciano cuando fue tras Saturnino o después en el Danubio, le hubiera tocado a Rutilio cerrar las puertas de Roma y proteger el corazón del Imperio. Podrían haber recurrido a él para delicadas negociaciones diplomáticas o, si todo salía mal, podría

haber muerto, igual que murió Flavio Sabino veinte años antes, destrozado en el Capitolio por la turba de Vitelio. Él no le temía a la muerte, pero la inquietud dejó secuelas.

Trabajaba demasiado. Se dedicaba por completo a supervisar Roma, desde el amanecer, cuando los buenos senadores se levantan de la cama, hasta las horas nocturnas, a la luz de las lámparas cuando la lectura de los rollos suponía un gran esfuerzo.

Los Juegos Seculares habían sido una larga prueba. Rutilio tuvo que organizarlos. Eran los peores, porque se celebraban sólo cada cien años, cuando en teoría nadie que hubiese estado vivo la última vez seguiría aún en la tierra para asistir. Domiciano alteró las fechas prescritas; Rutilio tuvo que ayudar a amañarlo. A ello siguieron meses de detalles puntillosos, trato con poetas temperamentales y con cantantes, atletas, jinetes y aurigas, sacerdotes, por no mencionar a los que barrían el teatro y al personal del despacho de entradas que, por definición, elegían momentos como aquél para amenazar con marcharse a menos que les ofrecieran un aumento de sueldo. Había cambios constantes en los detalles del programa. Nuevos edificios que terminar a tiempo. Luego, la pura y maldita logística de traer a todo el mundo a la ciudad y trasladarlos después en medio de unos atascos monumentales, dar alojamiento y alimentar a cientos de miles de personas, buscar establos para sus condenados burros, encontrar calabozos adicionales para la afluencia de rateros al festival. Y, aunque todo transcurría de la misma manera que en cualesquiera otros Juegos, nadie recordaba exactamente cuántos excrementos y meadas de más caerían a las cloacas desde las letrinas públicas en unos momentos en los que los esclavos que las limpiaban esperaban seis días de vacaciones a cuenta del Estado.

Eso no era más que una de las muchas preocupaciones.

Estaba demasiado cerca de Domiciano. Veía los errores cuando se estaban cometiendo. Para un servidor del Estado leal y trabajador, resultaba demasiado deprimente ver a un hombre veinte años menor destruyendo todo lo que Rutilio y su generación habían intentado construir y estabilizar tras la pesadilla de Nerón. A los sesenta años ya perdías a suficientes

amigos y colegas víctimas de la enfermedad sin tener que ver cómo enviaban a una muerte prematura a más.

Se estaba volviendo loco. Había dejado de funcionar por completo. Entonces estaba sentado, con el trabajo que ni siquiera había intentado hacer amontonado a su alrededor. Bandejas enormes de rollos y tablillas. Tanto trabajo que colocaba el excedente en pilas sobre el suelo como si fueran las columnas de piedra que sostenían el suelo caliente en un hipocausto. Llegaba trabajo cada hora de todos los días; él no podía ni mirarlo.

Estaba sentado muy quieto. Llevaba largo tiempo sumido en un estupor, tal vez días. Había una daga sobre la mesa, cerca de él, aunque su lasitud era tan grave que incluso le impedía quitarse la vida. ¿Quería suicidarse? Ni siquiera lo sabía. No tenía energías. Estaba exánime. Nadie podía llegar a su sufrimiento. Ni siquiera él mismo era ya capaz de analizar lo que estaba ocurriendo, a pesar de una sensación confusa de que algo debía de haber salido mal. Llegó un momento en el que el pensamiento se había vuelto desordenado, pero ahora ya no había pensamiento.

No había nada.

* * *

Oyó llegar a los pretorianos. Unos golpes sordos e irregulares indicaban unos vagos intentos por echar la puerta abajo, pero fue algo fugaz.

Oyó que un hombre decía que no dañaran la decoración; que se quedaran atrás y le dejaran manipularla a él. Rutilio se puso tenso. Tras unos cuantos arañazos y una maldición entre dientes, las puertas dobles se abrieron suavemente hacia el interior. Entró un guardia que iba chupándose la herida de una mano. Entró solo. Cerró las puertas tras él sin hacer ruido y a continuación abrió sólo un juego de postigos para dejar entrar la luz del día. Se acercó y se sentó en el borde de la mesa, sin dejar de chupar la sangre de la mano, allí donde el cuchillo que había utilizado en el cerrojo le había hecho un corte al resbalar.

Rutilio no reaccionó. No miró.

De hecho, el guardia sólo tenía un ojo. Su aspecto podría haber sido aterrador. Su porte despreocupado contradecía su físico cosido a cicatrices.

—Buenos días, señor. Me llamo Vinio Clodiano. He venido a ver si todo está bien.

El tono sereno con el que habló el guardia era tranquilizador. Quinto Julio Cordino Cayo Rutilio Gálico logró hablar por primera vez desde hacía días:

—Algo parece un poco extraño…

—Sí.

Clodiano puso una mano, la que tenía ilesa, en el hombro del prefecto. Rutilio no reaccionó. El pretoriano alzó la mano de inmediato y aprovechó la ocasión para coger la daga desenvainada de la mesa del prefecto. El joven dejó la daga sobre una mesa auxiliar y se acercó de nuevo.

—Sí, veo que las cosas están un poco enredadas. Pero has hecho un buen trabajo, señor, una gran operación de contención; ahora puedes relajarte. Yo estoy aquí. No va a pasar nada malo. Mi trabajo es hacerme cargo de absolutamente todo, de manera que no tienes de qué preocuparte.

Un grupo de criados, incapaces de acatar una orden sencilla, irrumpieron en la habitación, hablando nerviosamente.

—¿Os importaría volver a salir todos? —El pretoriano se dirigió a ellos con educación aunque su voz mostraba enojo—. Si necesitamos algo, el prefecto y yo ya lo pediremos. Se ha convocado a un médico que comprende este tipo de situaciones. Cuando llegue, llamad a la puerta para avisarnos y hacedle entrar enseguida, por favor.

Las puertas se cerraron. Cuando volvió a reinar el silencio, al prefecto de la ciudad le resultó más fácil mantener la calma. No obstante, lo estaba consiguiendo a duras penas.

El guardia pretoriano había tomado asiento con sus largas piernas estiradas frente a él y los tobillos cruzados. Había colocado los pies con mucho cuidado, como si sólo pudiera controlar las piernas con gran precaución, como si necesitara la de arriba para sujetar a la otra. Hacía falta un hombre cualificado para percatarse de eso. A pesar de ello, el guardia no

había dejado en ningún momento que su único ojo se apartara del prefecto. Mientras tanto, estaba dispuesto a permanecer allí sentado amigablemente, sin ejercer ningún tipo de presión.

Sonrió. La sonrisa dotó su expresión de cierta ironía.

—Podemos hablar, si quieres —propuso. El prefecto era incapaz de hablar. Estaba tan sumido en la depresión que ni siquiera podía moverse—. O no. Por cierto, soy el guardia que estuvo prisionero en Dacia. Nos vimos en el palacio la otra noche; tuviste la amabilidad de hablar conmigo de forma alentadora, señor. Desde que regresé a casa no he vuelto a ser yo mismo y no sé cómo resolverlo. Para serte sincero, yo también agradecería unos momentos de silencio. —Rutilio estaba inmóvil, quizá ni siquiera lo hubiese oído—. Gracias, señor —dijo el guardia, como si, de hecho, sus dos almas atribuladas se hubieran comunicado.

Así pues, sentados los dos en aquella habitación cargada de documentos de los que habría que haberse ocupado hacía días, semanas y, en algunos casos, hasta meses, Vinio Clodiano y Rutilio Gálico aguardaron la llegada del médico. Una mosca se lanzaba inútilmente contra una de las hojas de los postigos abiertos de la ventana, zumbando una y otra vez hacia el mismo punto, ajena al hecho de que sólo con que diera la vuelta al marco de madera tendría la libertad a pocos centímetros de distancia.

OceanofPDF.com

XXIII

«Es absurdo —pensó Cayo—. Hete aquí al prefecto, dominado por el pánico hasta el punto de que se ha cerrado mentalmente. Han mandado para que cuide de él a un hombre con una borrachera crónica, que está en las nubes, impedido por una jaqueca de órdago».

Observando a Rutilio, transmitiendo amabilidad en dirección de aquel hombre triste, Cayo consideró su propio aprieto. Se encontraba metido en un horrible pozo. Él mismo lo había cavado.

* * *

Había sido bígamo durante tres días.

Quería hacer caso omiso de semejante situación, pero no podía evitarla y esto provocó que una franja de sudor perlara su frente a lo largo del nacimiento del pelo. Estaba tan atareado escabullándose de un lado a otro para evitar a la gente, como un cocinero servil en una comedia, que no podía ni solucionar el aprieto ni aprovecharse de la posibilidad de acostarse con dos esposas. Esto estaba descartado de momento también por otros motivos.

Cecilia, con quien sus hermanos lo habían unido, estaba lógicamente decepcionada y tenía intención de soportar su nuevo matrimonio sólo el tiempo que tuviera que hacerlo. Para ella, Vinio Clodiano era un mero instrumento legal. Bajo las estrictas leyes de Augusto sobre el matrimonio, en cuanto su primer esposo falleció ella tenía dos años para volver a casarse o perdería un legado muy agradable; el tiempo se agotaba. Cayo supuso que Cecilia era su quinta esposa.

Apenas podía soportar pensar en Onofria, la cuarta. Cayo Vinio, que se consideraba un hombre cuidadoso, un hombre con sentido común, se había casado con una extraña que conoció en un bar. Una tarde terrible, depravada y sentimentaloide había dado paso a una noche desesperada que entonces no era más que un recuerdo vago y espantoso que regurgitaba como el vómito. En el momento, Onofria y él se habían convencido de que sus pocas horas de camaradería constituían una base sólida para pasar toda una vida juntos. Para ser justos con Onofria, en cuanto estuvo sobria, proceso en el que empleó cuatro días enteros, señaló que aquello no iba a salir bien.

Durante los últimos tres días Vinio también había estado casado con Cecilia y llevaba una alianza que lo demostraba, algo que por fortuna su cuarta esposa pasó por alto dado que estuvo casi todo el tiempo con la cabeza metida en un cubo. Con su quinta mujer, Vinio fue el cabeza de familia de un apartamento pequeño, pulcro y cómodo en la calle del León y —quedó atónito al enterarse— padrastro de tres niños pequeños.

En realidad, Cecilia había visitado el campamento para averiguar dónde estaba su marido. Onofria no podría haberlo hecho, dado que, aun cuando tuviera una idea tan nefasta, estaba tan mareada que no podía ir más allá del boticario de la esquina a por las medicinas que se tomaba en lugar de comer. En cualquier caso, Onofria no iría a buscarlo al trabajo, porque ella era una mujer de trato fácil, de vida dura, librepensadora y sin convencionalismos a quien, aun en proceso de recuperación de una borrachera, lo único que le interesaba era pensar de dónde saldrían las copas de la noche siguiente.

Por lo que él sabía, a Cecilia no debían de haberla dejado entrar en el campamento (donde los soldados estaban acostumbrados a deshacerse de las mujeres que se creían casadas con los colegas), de modo que el cornicularío no se la encontró. De momento. Seguro que tarde o temprano ocurriría. Cayo sabía que su superior tenía una pobre opinión sobre los hombres que engatusaban a las mujeres para que se les unieran en «matrimonio» aunque no estuviera permitido. Cayo iba a verse metido en más mierda de la que Hércules limpió de los establos de Augías. Estaba

fuera de control. Resultaba sorprendente que no hubiera sufrido también una crisis nerviosa.

Quizá la tuviera.

* * *

Rutilio empeoraba. Las lágrimas empezaron a resbalar por sus mejillas. El médico aún no había llegado. Farón de Naxos: la elección oficial para aquella tarea.

Era momento de tomar la iniciativa. Cayo dio órdenes al miembro de la guardia que había venido con él:

—Ve al Ludus Magnus y busca a Temisón de Mileto, el que venda a los gladiadores. Menciona mi nombre —se señaló la cara dándose unos golpecitos con el dedo—. Describe este estropicio. Dile que necesito ayuda para un amigo mío. Ah, y dile que ésta vez se trata de un amigo distinto, si no se meará encima. Si accede, escóltalo con educación. Si pone objeciones, átalo y tráelo de todos modos.

Ansioso por anotarse un tanto contra Farón, Temisón acudió con prontitud.

Rutilio se negaba a moverse. Tuvieron que levantarlo de la silla y llevárselo casi a la fuerza. Cayo iba delante, caminando de espaldas al tiempo que con ambas manos hacía señas a aquel gran personaje romano para atraerlo hacia él, como si estuvieran atrapando a un poni particularmente neurótico. Temisón y el guardia empujaban al prefecto por detrás, valiéndose de una mezcla de respeto y fuerza bruta, para guiarlo hasta una litera y que pudieran así llevárselo a su casa.

—Será mejor que vengas también —dijo Temisón a Cayo, mientras recuperaban el aliento—. Parece que ha establecido un vínculo contigo.

Cayo tuvo que quedarse en casa del prefecto durante una semana hasta que los potentes sedantes y los diversos tratamientos bondadosos obraron su magia en suficiente medida para que Temisón le permitiera marcharse.

Antes de eso, si abandonaba la habitación aunque fuera para ir al servicio, Rutilio se ponía agitado.

El corniculario comentó:

—Te dije que utilizaras la iniciativa, no que dejaras huella como una mamá pato —y añadió—: ¡Al menos has vuelto sobrio! —y luego, en tono burlón—: ¿Es que no hay bodega en casa del prefecto? —Y la humillación final—: A propósito, tu mujer ha estado aquí.

* * *

Al menos el prefecto se estaba recuperando. A Cayo Vinio lo recompensaron con tiempo libre por su logro y se presentó no en casa de ninguna de sus esposas, sino en la Ínsula de las Musas de la calle del Ciruelo. Ni su cuarta ni su quinta esposa sabían, al menos de momento, que tenía un apartamento allí.

Terror, el perro, estaba fuera atado a una anilla, de modo que podía ver pasar la gente. Meneó el rabo y dejó entrar a Cayo sin ensañarse con su pierna, luego gruñó para dejar claro que no iba a dejarle salir.

Dentro había un par de clientas a las que Lucila y sus chicas estaban peinando. Cayo pasó de largo el aquelarre y se dirigió a la cocina. Se preparó algo de beber: vino mulso. El brebaje especiado y caliente era la panacea para todo el mundo, aunque un hombre tan desequilibrado como él tal vez necesitara algo más fuerte. Hasta coció una bebida al estilo masculino; su método era innovador y requería mucho tiempo, para lo que utilizó tantos utensilios como pudo y lo iba probando con frecuencia, admirando su habilidad. Era tan ambicioso que tiró el contenido del primer cazo que hizo porque no estaba a la altura de sus expectativas.

Llevó una jarra y dos vasos a la habitación de trabajo donde en aquellos momentos Glyke y Calisté estaban haciendo la manicura a las clientas. Se hizo el silencio. Pasó entre ellas como pudo, consciente de las miradas elocuentes que cruzaban las mujeres; imaginó que Lucila estaría en el balcón. Cerró la puerta plegable para tener intimidad.

* * *

—Soy yo.

Lucila asintió con la cabeza.

—¿Paz?

—Paz romana.

—Últimamente no he sido yo mismo.

—¡Caray, espero que no, Vinio! No me gustaría pensar que te has vuelto así.

—Tú también fuiste grosera, mujer.

—Tal como bien señalaste, me divorcié… Era un mal momento. Te perdonaré si tú me perdonas a mí.

Bajo la luz del sol, aquel día tan sólo eran coarrendatarios. La neutralidad se reinstauró entre ellos, aunque quizá fuera precaria.

Pasaron un rato sentados el uno junto al otro en silencio. El vino mulso que había hecho era decente, aunque no tan maravilloso como Cayo había pensado. Dio un sorbo. Lucila, que tenía un aspecto cansado y soñoliento, también bebió.

En un momento dado ambos alzaron los vasos para saludar al viejo Crético, que andaba por su jardín de abajo arrastrando los pies. Se reclinaron de nuevo en sus asientos y apoyaron los pies en la baranda.

Al final oyeron movimiento dentro cuando las clientas y las chicas se disponían a marcharse; Lucila entró para despedirse educadamente y era de suponer que también para cobrar. Cuando regresó, *Terror* apareció delante de ella ladrando y se arrojó encima de Cayo, le puso las patas en los hombros y empezó a darle lametazos. Cayo acarició al perro, aunque Lucila debió de ver cómo arrugaba la nariz. Atendido por peluqueras, *Terror* llevaba el pelaje peinado, la piel aceitada y ridículamente perfumada con lociones florales.

La marcha de las demás mujeres dio paso a una tarde tranquila. Lo único que se oía entonces era el canto de los pájaros y los ruidos distantes

de la calle. Cuando *Terror se* calmó y se tumbó encima de él, Cayo siguió acariciando el cuello del animal como consuelo.

—Si quieres te lo presto. Te encantaría el campamento, ¿no es verdad, *Ricura*?… ¿Qué te pasa, Vinio?

—Estoy bien.

—Da la impresión de que necesitas hablar con alguien.

Cayo eludió las cuestiones importantes y describió la ayuda prestada a Rutilio Gálico. De forma «confidencial». Roma sabía que el prefecto de la ciudad no se encontraba bien, aunque no sabían exactamente qué le aquejaba.

Después, de manera sucinta pero honesta, Cayo expuso sus propios problemas.

Lucila, a quien se le había asignado un renuente papel de amiga y confidente, escuchó. Cayo, que no se desahogaría con nadie más, no consideró en ningún momento lo injusto que podría ser discutir su vida privada de manera tan íntima. Conocía a Lucila desde hacía diez años. Pensó que podía contárselo todo. No podía descifrar lo que ella estaba pensando, pero su mirada velada incrementaba la atracción. ¿Qué hombre no se emociona al tener la atención de una mujer que se mantiene misteriosa?

—¿Qué voy a hacer ahora?

Lucila respondió con rapidez.

—No se puede ser bígamo. En Roma, el matrimonio se define como la cohabitación de dos personas de manera voluntaria. Sólo se puede hacer una vez. El segundo matrimonio anula el primero.

Cayo quedó impresionado.

—¿Cuándo te has formado en derecho?

—Por lo que hablan las clientas. Si no me crees, busca consejo legal como es debido.

—No puedo arriesgarme a contárselo a nadie. Me denunciarían.

—Y me lo cuentas a mí.

—Confío en ti.

—¡Gracias! —exclamó Lucila con sequedad.

Cayo soltó una carcajada áspera.

—Lo más gracioso es que cualquiera que intente denunciarme irá con el rumor al mismo equipo de inquisidores con los que ahora colaboro.

Vio que Lucila fruncía el cejo.

—¿Acabará por gustarte ese trabajo?

—No. Pero se trata de la guardia.

—Pues vas a tener que mantener la cabeza despejada. Deja de pasarte con la bebida. Sí —le reprobó Lucila—, los miembros de tu familia están muy preocupados. Paulina habló conmigo. Por alguna razón que no sabría explicarte, la gente cree que tal vez a mí me hagas caso.

—Lo hago.

—Entonces, deja de ser una momia de taberna.

—Estoy en ello.

Cayo sirvió más vino mulso para los dos. Ambos sonrieron.

—Todos los borrachos dicen que lo tienen controlado, pero estoy de acuerdo en que tú tienes mucha fuerza de voluntad. —Era de suponer que Lucila estaba pensando: «¡Cómo no voy a saberlo yo!»—. Además, el vino no es más que tu refugio temporal; es comprensible. No superaste lo de Dacia. ¿Sigues durmiendo mal?

—Tengo malos recuerdos —contestó Cayo, con el ceño fruncido—. Llegué a casa suponiendo que lo había dejado todo atrás; sin embargo, lo de Dacia me sigue dominando. Mientras estuve allí, lo del recuerdo recurrente era una cosa muy distinta. —Era el momento de decírselo. El momento de sincerarse. —Nunca hemos hablado de lo que ocurrió en Alba.

Lucila no dijo nada.

Él dirigió la mirada al patio.

—Fue una ocasión especial y ambos lo sabemos. Podrías acostarte mil veces con el hombre del que estás enamorada y alcanzar sólo una vez una experiencia semejante, Flavia Lucila… Pero claro —añadió Cayo, con tristeza por sus propias razones—, después podrías tener otros novecientos noventa y nueve intentos con cierta esperanza al menos… —Ella no sonrió —. Pensaba en ti todos los días —confesó sin rodeos.

—Así pues, ¿fui algo que valió la pena? —preguntó Lucila con un susurro.

Él se volvió. La joven estaba sentada a su izquierda, por lo que tuvo que volver toda la cabeza para mirarla. Con un elegante vestido ligero de flores con sendos broches esmaltados en los hombros de los que colgaban unas hileras de cadenas finas, Lucila hacía que, a su lado, su desaliñada esposa pareciera vulgar y que la respetable pareciera estirada.

La sonrisa de Cayo era triste, su voz intensa:

—¡Ya lo creo que sí, valiste la pena!

Lucila se ruborizó. Él se sonrojó un poco. Cayo le preguntó:

—¿Tú podrías decir lo mismo de mí…?

Lucila dejó escapar un resoplido de risa mordaz, cosa que él esperó que significara que su reconocimiento como amante se daba por sentado.

—De todos modos, ya no —confesó con voz ronca, de repente—. Parece ser que Dacia ha acabado conmigo.

* * *

Mientras Lucila asimilaba lentamente a qué se refería, Cayo se revolvía en su asiento, abatido. El inocente no era consciente de que ella estaba pensando que tenía dos esposas, un oficial al mando comprensivo y una extensa familia; no era justo que acudiera a ella con sus problemas. Aun así, él insistió: según decía su cuarta mujer, cuando volvió en sí tras aquella primera noche en su miserable cubil, su funcionamiento había fracasado estrepitosamente.

—Según parece, no puedo hacerlo.

Lucila mostró muy poca sorpresa. Cayo se hubiera quedado atónito de saber hasta qué punto la impotencia era un tema de conversación frecuente con las peluqueras.

—Debe de ser una preocupación enorme para ti.

Cayo tragó saliva, incapaz de decir nada más. Deshecho por el alivio de compartir su problema, dejó caer el rostro entre las manos y los codos en las

rodillas mientras la vergüenza y el sufrimiento lo embargaban.

Oyó que la silla de Lucila rozaba contra el suelo cuando ella se levantó y se acercó a él. Se inclinó y lo rodeó con los brazos. Cayo olió el perfume que llevaba, además de las reminiscencias de otras lociones que había estado utilizando en su trabajo. Se vio envuelto de calor y comprensión, como si lo abrazara su madre. Estaba claro que en aquel estrecho abrazo no había ningún componente sensual; aunque Lucila le acariciaba el pelo, lo hacía de un modo profesional.

—Estos cabellos grises sobre tus orejas…, podría oscurecértelos; de todos modos, dan un aspecto distinguido… Eres un hombre que ha vivido, Cayo. Y vivir significa sufrir.

Cuando le resultó incómodo seguir agachada, Lucila lo soltó y volvió a su asiento. Cayo había recuperado la compostura.

—Date tiempo, Cayo. Te curarás. ¿Has hablado con un médico?

—¡A mí no me pasa nada! —exclamó, de pronto furioso.

Lucila se abstuvo de comentar que era una contradicción.

—¿Resultaste herido?

Cayo seguía irritable.

—¿Por qué es lo primero que tienen que preguntar las mujeres? —Onofria lo había hecho—. No. No en la entrepierna. Me golpearon en la cabeza.

—¿Y no podría ser que una herida en la cabeza te afectara?

Cayo estalló de nuevo:

—No uso la cabeza para…

Lucila se puso más dura con él:

—Cuando estás sano lo usas todo, incluido el sentido común que hoy pareces haber desperdiciado. Experiencia, observación, curiosidad, ideas, reacciones…

—«Alba de nuevo».

—Manos, labios, aliento, músculos, corazón…, pero principalmente esa cosa que cuelga y que es de suma importancia —gruñó Cayo con amargura.

Reinó el silencio.

* * *

Lucila se animó a plantear la cuestión más fácil.

—Bueno, tienes que decidir a cuál quieres. No puedes tener dos esposas, una de ellas debe marcharse.

—Ambas.

—¿La escandalosa Onofria y la silenciosa Cecilia?

—Ambas. Definitivamente, ambas.

—Pues bien, Cayo, procura que sea la última vez que dejas que tus hermanos te mangoneen. No permitas que te intimiden. Hazte mayor. Asume la responsabilidad de tu propia vida.

Entonces le tocó a Cayo Vinio cometer un error irreflexivo y garrafal.

—Sé lo que quiero…, a quién quiero. Librarme de esas dos malditas pesadillas y crear una vacante. —Tenía muy buenas intenciones… para ambos. Lo expresó muy mal.

Lucila percibió un desprecio desagradable en la manera en que hablaba de Onofria y Cecilia, aun cuando acababa de contarle que a una de ellas le había hecho promesas de borracho lúcido y con la otra había intercambiado votos formales. Sonaba duro, ordinario, un poco loco. Personalmente, ella nunca temería ningún daño por parte de Vinio, pero en aquellos momentos vislumbraba a un hombre cambiado; comprendía que tal vez fuera temporal, pero era un hombre descontrolado, un hombre que no le gustaba.

Al ver que Lucila no respondía, él empeoró aún más las cosas:

—Está bien, sé que estoy hecho un desastre. Pero tú puedes perdonarme los recuerdos de la batalla, las noches de borrachera, que se me haya secado la vitalidad… Aquí estoy, querida. Maltrecho, pero ahora todo tuyo.

* * *

¡Oh, no! Llamarla «querida» fue algo nefasto. Ella siempre había detestado la insinceridad burlona con la que utilizaba aquella palabra. Pero

eso sólo era la punta del iceberg de su ira, y Cayo se dio cuenta de que su falta de sutileza estaba destruyendo su relación.

Flavia Lucila se puso de pie de un salto. En el fondo de sus ojos ardía un mensaje feroz que un hombre con cinco esposas sabía reconocer: una diatriba estaba a punto de caerle encima como un árbol partido por un rayo.

—¡Qué oportuno! ¿Puedo ser la sexta en el desfile, entonces?

El perro se deslizó fuera del regazo de Vinio y se quedó junto a la silla, acobardado.

—Me he expresado mal —se apresuró a reconocer Cayo.

—¿En serio? Olvidas una cosa: he visto cómo tratas a tus esposas. ¿Quién quiere que la quiten de en medio a la fuerza mientras tú preparas el camino para largarte a algún nuevo refugio, a tu próxima «inversión» secreta, a confiar en alguna nueva coarrendataria inofensiva que quizá te deje seducirla cuando esté desesperada pero que no te reclamará nada?

—He tenido mi parte de culpa…

—Sí.

—Pero contigo sería diferente…

—¡La promesa que hiciste a todas esas esposas desatendidas!

—¡No!

—Dos de ellas aún creen que eres suyo, aun cuando te estás desahogando conmigo.

—Porque tú eres distinta…

—Porque me tomas por una idiota. Supones que estoy deseando ser una sustituta, la siguiente cautiva encadenada en tu patético triunfo —Lucila se estremeció—. Ésta es mi casa. No vengas a mi casa a comportarte como un soldado estúpido. Yo he estado casada, con un buen hombre que, a pesar de todos sus defectos, me ofrecía afecto y respeto. —Sabía cómo poner celoso a Vinio.

—Yo te respeto…

—No me insultes. Lo tuyo es una vergüenza, Vinio.

—Es lo que me dicen mis esposas.

Lucila se marchó de allí como una exhalación. El perro, que sabía elegir, se escabulló tras ella. Vinio se quedó sentado en el balcón con las

ruinas de sus esperanzas hasta que ya no tuvo sentido seguir sentado solo más tiempo. Abandonó la casa sin volver a hablar con Lucila.

Así pues, eso fue todo.

Lo había echado a perder.

Todo había terminado.

* * *

El pretoriano sabía que desdeñar el buen consejo de Lucila sería autodestructivo. La joven se hubiera asombrado de hasta qué punto lo siguió. Paso a paso, reclamó su vida.

Se despidió de Onofria. Le llevó una generosa cantidad de dinero y quedó sorprendido cuando ella, con benevolencia, le indicó que se fuera con un gesto de la mano y rechazó su dinero. No obstante, él dejó allí la compensación monetaria.

Acordó con Cecilia que, aunque él se retiraría al campamento, podía considerarse casada con él hasta que recibiera su legado. Vinio podía ser civilizado al respecto. No había prisa; no iba a casarse con nadie más. Para ser honestos, era casi seguro que no volvería a casarse nunca. Ya no quería más segundonas. Existían penalizaciones económicas y profesionales para los hombres solteros, peores para los que no querían ser padres; viviría con ello.

Consultó a Temisón de Mileto sobre su disfunción. Temisón prestó mucha atención a la herida de la cabeza, observando con interés lo irascible que se ponía Cayo cuando se interesaban por el hoyo que tenía en el cráneo y que él seguía considerando irrelevante. Entonces el médico le dijo que esto les ocurría incluso a los gladiadores, les sucedía a menudo a aquellos dioses del sexo. Que le diera seis meses. Que se abstuviera de beber. Después, que se ciñera a su chica preferida, se relajara y siguiera practicando. Cayo se divirtió pensando qué diría su chica preferida si le pedía que estuviera disponible para él con un propósito terapéutico.

Regresó al campamento. Se adecentó para el corniculario. Emprendió su trabajo de un modo concienzudo y maduro, como siempre solía hacer. Lo asignaron entonces a investigar al público. Se dedicó a la tarea sin desprecio por sí mismo, aunque eso hizo que se volviera retorcido y cínico. Para un pretoriano era un estado mental adecuado.

Estuvo un mes sin beber vino. Volvió a probarlo a su antiguo ritmo mesurado, aparte de alguna que otra velada con Escorpo, aunque tendían a interesarse más por las sabrosas y anisadas delicias del pollo a la Frontino o, para Escorpo, el anillo de salchicha con doble ración de garo. Una vez al mes, Cayo se sometía a una noche en una taberna con el corniculario, lo cual ellos denominaban «ponerse al día con el papeleo». Dichas ocasiones, bastante rígidas, cimentaron lo que se convirtió en una arisca amistad. Ahora que Cayo tenía que tratar con los informantes de Domiciano y sus agrios partes de adulterio, sedición y traición, necesitaba a alguien que comprendiera su trabajo. Sus obligaciones eran horribles, rayando en lo inaceptable.

* * *

Impuso nuevas normas a Félix y Fortunato.

Se los llevó a una tasca, pagó una botella de las más caras para demostrar que no había resentimiento, y entonces anunció:

—Cada vez que levanto la vista y dejo de sacarme la pelusa del ombligo, vosotros dos me habéis casado otra vez. Con alguna mujer a la que no he visto nunca, que quiere intimidad cinco veces cada noche y que cree que estoy hecho de dinero.

—Sabes que siempre cuidamos de ti —comentó Félix, conmovido por el reconocimiento.

—Eres nuestro hermano menor —añadió Fortunato con cariño.

—No quiero parecer desagradecido, pero todo tiene sus límites.

—¿A qué viene esto? —se maravilló Fortunato.

Cayo se negó a responder.

—Ponle otra copa —recomendó Félix.

Cayo insistió:

—Esto tiene que acabarse.

Félix hizo una pausa para efectuar su famoso pedo y a continuación comentó en tono pomposo.

—¡Por los zurullos de Titán! Nuestro hermanito debe de haber encontrado el amor.

—¡Mierda! ¿Es porque Cecilia es viuda? —lo sonsacó Fortunato—. ¿Es demasiado tener que enfrentarse a los chiquillos de otra persona?

—¡Ahora sí que estás jodido! —masculló Félix.

Cayo se puso de pie. Sus hermanos supusieron que iba a pedir otra ronda de bebidas, pero se marchaba.

—No —declaró—. Es porque tengo treinta y tres años y no necesito niñeras. La próxima vez que me engrillete a alguna equivocación horrible, la quiero elegir yo. —Y entonces añadió, con voz firme, mientras lo consideraba—: Pero no ocurrirá. El matrimonio es para procrear y yo no puedo hacerlo, muchachos. Tengo la flaccidez del marinero, la marchitez del soldadito, el pene del ex prisionero. Decidle a vuestra próxima viuda encantadora que no sería justo.

Por una vez, sus dos hermanos quedaron reducidos al silencio. En cuanto Cayo hubo abandonado la taberna con paso firme, el horrorizado Fortunato se tiró otro pedo, pero fue involuntario, provocado por la impresión y muy lejos de su nivel heroico habitual.

Al cabo de un rato Félix logró hablar.

—Seamos justos con el muchacho. Hacen falta agallas para contarnos eso.

Continuaron bebiendo sin hablar durante largo rato.

* * *

Cayo Vinio Clodiano vivía en el campamento y siguió siendo lo que Flavia Lucila lo había llamado: un soldado estúpido.

OceanofPDF.com

Quinta parte

Roma: 91–93 d.C.
Nuestro Señor y Dios

OceanofPDF.com

XXIV

La pelea entre Cayo Vinio y Flavia Lucila fue fuerte y terrible. Supuso silencios amargos e incisivos dirigidos, por detrás de las puertas cerradas, al otro lado del pasillo en la calle del Ciruelo. Mantuvieron perfectamente la enemistad durante un año.

Ambos se volvieron expertos en evitarse el uno al otro. Podría haber resultado imposible compartir la misma vivienda, sobre todo ahora que Cayo ponía todo su empeño en estar allí para irritar a Lucila con su propiedad. Dominaron el refinado arte de dejar un plato colocado con cuidado para marcar el territorio en la cocina; Cayo alcanzó la excelencia volviendo a lavar un cazo de Lucila supuestamente limpio para demostrar cómo fregaban los expertos. Las puertas se abrían sin hacer ruido pero volvían a cerrarse con un chasquido para evitar un encuentro cara a cara. El perro guardián se convirtió en un campo de batalla por el derecho a mimarlo, aunque *Terror* estaba en la gloria creyendo, con razón, que ahora tenía dos propietarios devotos. Cayo le traía horribles huesos con tuétano y los dejaba deliberadamente en el pasillo de modo que, en cuanto el perro perdía interés, Lucila, enfurecida, los sacaba a la calle a patadas junto con su estela de moscas. Cayo los volvía a meter dentro.

—¡Toma, *Terror*, toma un buen hueso!

Una vez, sólo una, Cayo se encontró con dos corazones de alcachofa fríos que no eran suyos y se los comió.

Fue una jugada arriesgada. Lucila pasó toda una noche colérica, planeando mentalmente unos torrentes de recriminación violenta, pero se quedó dormida y a la mañana siguiente él fue a toda prisa a comprar una malla entera de alcachofas antes de tener que enfrentarse a ella. Lucila

tendría que prepararlas y marinarlas, lo cual la puso de un mal genio terrible, pero Cayo estuvo un mes sin cruzarse en su camino.

En una ocasión Lucila sí que flaqueó. Regresó a casa tras una visita a unas clientas y oyó unos gritos agitados. Desde la puerta abierta del salón vio que Cayo se había quedado dormido en el diván. Tenía el ceño fruncido, la mandíbula apretada y un puño cerrado. Los sueños lo angustiaban y soltaba gritos ahogados e intermitentes. Consciente de lo mucho que necesitaba dormir, Lucila se deslizó por entre los muebles para cerrar los pesados postigos y amortiguar así la luz y el ruido. Cuando terminó de comer volvió a echar un vistazo. Cayo dormía entonces tranquilamente. El perro guardián se había apretujado a su lado. Aunque a *Ricura* no le permitían subirse a los cojines, él había llegado a dominar la técnica de subirse a hurtadillas al diván de metro veinte de ancho moviendo una pata tras otra; Cayo debía de haber estado lo bastante despierto como para permitírselo y acariciar la piel suelta del perro bajo el collar, donde seguía estando su mano. Lucila los dejó allí a los dos juntos.

* * *

Mientras tanto, había largos períodos que tanto ella como Cayo pasaban en lugares distintos y así no tenían que verse.

Lucila fue capaz de concentrar su antipatía en el trabajo desagradable en el que él estaba entonces involucrado y cuyos resultados eran bien conocidos en la corte y en el conjunto de la sociedad.

Roma nunca había sido un entorno liberal, pero su ambiente se había visto sin duda alterado. Un hombre solo no podía llevar a cabo semejante cambio. Domiciano contaba con la indiferencia de la gente, con su conformidad, su sumisión. También necesitaba a sus soldados, sus inquisidores secretos, sus esbirros brutales. Necesitaba a la Guardia.

La competencia de los pretorianos siempre había tenido tres aspectos: la protección imperial, la represión de desórdenes públicos y la disuasión de conspiraciones. Las medidas que un emperador tomaba contra los complots

podían ser tan inocuas como el edicto de Vespasiano que ordenaba que los figones sólo vendieran platos de lentejas y cebada, tan aburridos que nadie se quedaría por allí holgazaneando y discutiendo de política. O bien podían extender el miedo y la traición como unos tentáculos siniestros en todos los ámbitos de la vida doméstica y comercial. Éste era el estilo de Domiciano. Ahora Vinio Clodiano tenía que trabajar sembrando el miedo.

Estrictamente hablando, la más amplia supervisión de la ley y el orden, incluyendo la recopilación de información, recaía en las cohortes urbanas, gobernadas por su prefecto, Rutilio Gálico. Era célebre por su moderación e imparcialidad, aunque tratar de reconciliar esa actitud con el régimen punitivo de Domiciano bien podía haber contribuido al deterioro de su salud mental. Los urbanos supervisaban a los triunviros, un consejo de tres que organizaban la quema ceremoniosa de libros sediciosos —o libros que Domiciano declaraba sediciosos— en una hoguera en el Foro que últimamente se encendía con una frecuencia deprimente. Ellos dirigían el equipo de espionaje político que investigaba la traición y los delitos sociales. Llevaban a cabo interrogatorios, a menudo haciendo uso de la tortura, aunque ésta estaba reconocida como poco fiable porque algunos sospechosos eran demasiado duros para ceder en tanto que otros se venían abajo al primer indicio de amenaza y dirían cualquier cosa que pensaran que el oficial de arrestos quisiera oír.

Como censor, primer magistrado y pontífice máximo o sumo sacerdote, el Emperador juzgaba en persona muchos procedimientos criminales. Si Roma era un hogar colectivo, Domiciano era el cabeza de familia. Presidía los juicios importantes. En teoría, él nunca entablaría una demanda personalmente, pero cuando los informantes presentaban nombres, los hechos (o fantasías) tenían que comprobarse para evaluar la probabilidad de conseguir una condena; cuando Domiciano era el juez, sus pretorianos trabajaban en estrecha colaboración con las cohortes urbanas. Vinio Clodiano ayudaba a los urbanos a evaluar casos y les daba ideas para investigar las pruebas.

Lo que veía lo sobresaltaba. Las acciones de Domiciano como censor eran meticulosamente correctas; sin embargo, algunas parecían disparatadas

e injustas. Ordenó que cuando un miembro de un jurado fuera condenado culpable de aceptar sobornos, todos sus colegas de dicho jurado debían ser castigados también. Expulsó a alguien del Senado porque había actuado en pantomimas. Se demostró que un ex centurión era un esclavo después de muchos años viviendo como ciudadano libre; lo devolvieron a la esclavitud con su amo original. Las acusaciones de que el Emperador perseguía a las mujeres casadas por si cometían adulterio estaban adornadas con historias de que con frecuencia él mismo había seducido primero a las mujeres, aunque una vez, en la calle del Ciruelo, Clodiano oyó mantener a una de las clientas de Lucila que, de ser cierto, las mujeres no se hubieran sometido en silencio sino que lo hubieran acusado sin ambages. ¿Qué tenían que perder? ¿Y por qué Domiciano tendría que salirse con la suya? (Lucila se dio cuenta de que Vinio estaba en el apartamento e hizo callar enseguida a la mujer).

A veces las acusaciones despertaban viejas heridas: en una ocasión Vespasiano había decidido no procesar a un oponente llamado Mecio Pompusiano declarando que la indulgencia lo obligaría a estar agradecido y por consiguiente a ser leal. Primero Domiciano exilió a Pompusiano a Córcega y luego lo ejecutó por tener un mapa del mundo pintado en las paredes de su dormitorio, lo cual indicaba supuestas ambiciones políticas. El hombre también se había interesado por la realeza histórica. El estudio de los malos gobernantes del pasado siempre se consideraba sospechoso por parte de los malos gobernantes del presente; un filósofo murió tras un discurso imprudente criticando a los tiranos.

Domiciano no tenía ningún escrúpulo en emprender un ataque personal. Elio Lamia falleció; su único delito fue haber sido el primer marido de Domicia Longina. Aunque en un momento dado Domiciano lo hizo cónsul, Lamia nunca se reconcilió; se tomó muy mal su pérdida y no lo ocultaba. Alguien lo felicitó por su voz; él bromeó diciendo que había renunciado al sexo y había empezado a estudiar (como hacían los vocalistas). Entonces, cuando una vez Tito lo instó a casarse otra vez, Lamia se mofó diciendo: «¡Anda! ¿Es que ahora tú también buscas una esposa?». Al final lo procesaron con cargos inventados. Se suponía que había compuesto versos difamatorios.

Los escritos siempre eran peligrosos. El recelo era tan invasivo que hubo dos veces en que las cuestiones de libertad intelectual distanciaron aún más a Cayo y Lucila. Lo que ésta había oído sobre Vinio en el trabajo, por los cotilleos de su familia, la convenció de que se había convertido en un cómplice de la represión de Domiciano.

La primera vez que chocaron fue en casa de Félix y Paulina, cuando a Lucila la invitaron para el cumpleaños de Marcia. Vinio no acudió a la comida, pero se presentó después con un regalo para la niña. Estaba lloviendo; él llevaba su capa militar con capucha y aunque se la desabrochó por delante se la dejó puesta, por lo que estaba claro que no iba a quedarse. Para evitarlo, Lucila salió a una terraza «a tomar el aire», pero él la siguió.

Había pasado una eternidad desde la última vez que le habló directamente. Acudió masticando pastel con aire indiferente, pero la confrontación estaba planeada de antemano porque él enseguida sacó el tema poco común de un poema de su amigo Estacio, sobre Rutilio Gálico. Esto ocurrió después de que el prefecto de la ciudad recuperara la salud y retomara sus obligaciones. No quedó claro cómo era que Vinio conocía el poema, puesto que Estacio todavía no había publicado su colección; un informante debía de haber asistido a alguna de las lecturas populares del poeta, lo escucharía recitar un borrador dirigido a Rutilio y haría un informe malintencionado.

—La pieza empezaba así: «Rutilio se ha recuperado, gracias, dioses; ¡existís!». Da ganas de vomitar —declaró Vinio, un crítico sincero.

—Papinio Estacio escribe en lo que se denomina estilo manierista —repuso Lucila en tono altivo y mirando hacia afuera, a la lluvia que había empezado a caer antes de repente y que aún mojaba las calles vacías. Una brisa húmeda le heló los brazos; se arrebujó en la estola—. Por mucha simpatía que le tenga, estoy de acuerdo en que la marcada alusión clásica puede parecer exagerada.

—Debe de estar burlándose.

—De vez en cuando escribe poemas para señalar acontecimientos públicos, o poemas de amistad. Para celebrar una boda, desear buen viaje, inaugurar una casa de baños…

—¡Elegía para un loro muerto! —se mofó Vinio. Lucila ya estaba consternada, pero él entró en detalles alarmantes—: Escucha: en esta tentativa de Rutilio, según el chalado de tu amigo poeta, el dios Apolo y su hijo médico Esculapio volaron personalmente hasta aquí y salvaron al prefecto con una infusión mística de una hierba llamada «orégano de Creta». Menuda sandez. Es un insulto al excelente Temisón de Mileto, quien sé que utilizó un régimen curativo basado en la comprensión y el descanso que logró muy buenos resultados. Hay un pasaje que describe a Rutilio tumbado e inerte, menciona el exceso de trabajo, la falta de sueño, que quedó paralizado y sumido en la inactividad…

Lucila lo interrumpió, alarmada:

—¿Se trata de una visita oficial?

Vinio contempló el lúgubre ambiente del exterior.

—¿Me estás interrogando, Cayo Vinio?

—Si fuera un asunto oficial tendría a la milicia esperando fuera. —«En realidad la tendría dentro, y a ti atada a una silla…»— Una pregunta: no veo nada vergonzoso en que el hombre sufriera una crisis. Rutilio parece muy franco al respecto. Todo el mundo sabía que no se encontraba bien. Pero para evitar una crisis de confianza, oficialmente se decidió no dar a conocer detalles concretos.

Lucila lo comprendió al fin.

—¿Crees que fui yo quien le contó a Estado lo ocurrido?

—Intento no creer eso.

—¡Tienes miedo de meterte en problemas por habérmelo contado a mí!

Vinio frunció el ceño y respondió:

—Piensa eso si tienes que hacerlo. Y bien, Flavia Lucila, ¿compartiste con alguien lo que te conté?

—No.

—Gracias.

Aunque estaba amargamente resentida, Lucila intentó difuminar el problema:

—Rutilio escribe; asiste al círculo literario. Durante su recuperación habló sin tapujos sobre sus síntomas. Él mismo se lo contó a Estacio.

—Estupendo.

—¿Ya está? No tienes mucho de interrogador, ¿y si estoy mintiendo?

—¿Estás mintiendo?

—No.

—Entonces, caso cerrado. —Vinio se encogió de hombros. Volvió a atarse la capa y dio la impresión de que se disponía a marcharse—. Lo siento. La desconfianza se agrava, hasta que incluso los inocentes se ven como culpables. Lo peor de todo es que hace falta muy poco para que uno se sienta culpable.

—Debe de resultar duro hacer tu trabajo —comentó Lucila con desdén.

—Es mejor que lo haga yo que otra persona menos escrupulosa —replicó Cayo con brevedad, y la dejó sola en la terraza mojada.

Quizá lo creyera de verdad.

* * *

Lucila gritó tras él desde la puerta de entrada:

—¡Pensaba que tal vez mencionarías las alcachofas!

Dentro, todos los miembros de la familia estaban escuchando. Cayo le dirigió una mirada suplicante bien conocida por ganarse hasta a la más severa de las tías.

—Fue un accidente. No me pude resistir. Esperaba que las que repuse cubrieran tu lista de enmiendas.

—¡A mí no me compra nadie! —le espetó Lucila con una risotada.

* * *

A casi todos los demás habitantes de Roma los estaban comprando. Vinio Clodiano sorteaba acusaciones con más frecuencia de la que le hubiera gustado que sus amigos y familia conocieran. Tener que guardar secretos a tu propio círculo formaba parte del insidioso proceso. Trató de actuar sólo cuando creía que la acción estaba justificada, pero a veces le

daban órdenes de arriba que iban en contra de sus convicciones. Si la gente era culpable, él apoyaba los arrestos. Pero tenía que reconocer que, en algunas ocasiones, las cosas iban demasiado lejos.

Las denuncias recorrían la sociedad desde el más alto al más bajo de sus estratos. En lo más elevado, donde Clodiano estaba muy poco implicado, se encontraban los miembros del propio consejo de Domiciano, senadores que habían sido informantes bajo Nerón o asesores de Vespasiano; ahora algunos de ellos afirmaban haberlo dejado, pero permanecían entre bastidores como presencias misteriosas. Domiciano animaba a los senadores a que se acusaran entre ellos; le gustaba la disensión. Los grandes hombres que se permitían lanzar acusaciones contra sus iguales adquirían un estigma. Si los animaba el Emperador, tal estigma desaparecía, de modo que un orador famoso podía ponerse al servicio de Domiciano casi como asalariado. Desafiar tales actividades pondría en entredicho la legitimidad del régimen de Domiciano. Fueron pocos los que lo intentaron. Por las capas un poco más bajas de la sociedad se movían a hurtadillas algunas comadrejas que, de manera independiente, proporcionaban información con la esperanza de que se les permitiera emprender una acción legal en beneficio propio, o a veces incluso daban nombres de forma anónima. Estos profesionales provenían de todos los niveles, e incluían a especuladores de muy baja cuna. Clodiano era testigo de su trabajo demasiado a menudo.

En ocasiones un informante se involucraba por casualidad. Todas las tardes el actor Latino se dejaba caer por las dependencias imperiales donde Domiciano se relajaba y lo entretenía con los cotilleos diarios. A la mañana siguiente, la oficina de los pretorianos recibía nombres para investigar en forma de notas de los libertos del palacio de Domiciano.

En lo más bajo de la sociedad había esclavos que traicionaban a sus amos y amas. Estrictamente hablando, era ilegal que los esclavos actuaran como testigos contra sus propietarios, pero siempre había existido un recurso para hacerlo; primero los compraba el Estado, utilizando órdenes de adquisición obligatorias. Aunque las penas para los esclavos desleales eran severas, en la práctica tenían posibilidades de obtener cuantiosas

recompensas económicas, además de su libertad. Una palabra fuerte en casa podría despertarles las ansias de conseguirlo.

En aquellos días Domiciano se valía de esclavos desertores como un recurso constante. Nadie estaba a salvo de miradas hostiles en el comedor, oídos hostiles en el dormitorio. Clodiano no estaba obligado a involucrarse en indagaciones domésticas, eso lo hacían las cohortes urbanas; pero como ex vigil que era, su experiencia había sido reconocida. Él podía orientar a los Urbanos sobre a qué puertas llamar, sobre cuándo en cambio debía echarse la puerta abajo, si daría o no resultado interrogar a los esclavos en una taberna discreta o en qué casos había que limitarse a prenderlos y torturarlos sin ceremonias.

Aunque las leyes de conducta moral ofrecían las posibilidades más notorias, se realizaban muchas otras acusaciones. No todo eran malas noticias. El abuso del cargo había sido muy común durante un tiempo, bien por parte de gobernadores en el extranjero que actuaban como bandidos en sus provincias o por funcionarios de Roma que aceptaban sobornos. Podía resultar difícil demostrar el soborno porque el donante también había cometido un delito, y, si conseguían lo que querían, después solían guardar silencio al respecto. En realidad, el reinado de Domiciano mostraba una marcada disminución de los abusos del cargo debido a su control obsesivo de los nombramientos.

Por lo demás, los delitos que Clodiano investigaba con frecuencia eran la usura (que era ilegal pero que por supuesto ocurría por todas partes), el fraude en las herencias (a menudo consistía en no decir nada sobre un testamento para evitar pagar los impuestos) y la falsedad religiosa; este último caso implicaba principalmente a los judíos que, por motivos económicos, fingían no serlo. Se imponía una tasa de dos denarios por cabeza a los hombres, mujeres, niños y ancianos judíos, y también a los conversos; este impuesto se utilizaba para construir y mantener el templo Capitolino de Júpiter, una humillación deliberada puesto que sustituyó a un diezmo que anteriormente pagaban los varones judíos para mantener su templo en Jerusalén y que Tito había destruido. Eran muchos los que

trataban de eludir este impuesto. Si no había más remedio, se les levantaba la túnica a los hombres para ver si estaban circuncidados.

Había adopciones ficticias o nacimientos supositicios (fraudes por razones de herencia, de vez en cuando para ocultar el adulterio, pero a veces sólo porque una pareja no tenía hijos). Ausentarse de los Juegos o banquetes públicos llamaba la atención; quizás había quien poseía una naturaleza solitaria o que se aburría con facilidad, pero se interpretaba como una protesta contra el gobierno. El hecho de que un hombre se abstuviera de ejercer un cargo público cuando estaba capacitado para ello daba una impresión igualmente dudosa, una negativa subversiva a apoyar a Domiciano… y que él se tomaba como algo personal. Publicar, o siquiera escribir en privado, material sedicioso o difamatorio era inevitablemente fatal. Utilizar la magia (cualquier cosa desde la brujería a las matemáticas) o poseer el horóscopo de otra persona, sobre todo el del Emperador, era ilegal y conllevaba un repelús escandaloso que avivaba un juicio y por norma general garantizaba la condena.

Mucha gente consideraba que los casos como aquellos implicaban una intrusión en la vida doméstica difícil de digerir. En cuanto un informante había entregado un nombre a las autoridades, incluso con una excusa falsa, inevitablemente se incoaba una investigación que a menudo se llevaba a cabo con violencia física. Clodiano no solía pegar a la gente. En ocasiones él se limitaba a dar las órdenes y de vez en cuando tenía que mirar.

Existían riesgos. Lanzar una acusación que al final no pudiera corroborarse acarreaba grandes sanciones económicas, además de un descrédito duradero.

Con objeto de que se le viera limpiar los tribunales, Domiciano puso empeño en ser duro con los informantes que presentaran afirmaciones falsas. Desenmascarar a fiscales corruptos resultaba apropiado para la imagen austera que tenía de sí mismo, aunque él también fuera culpable del mismo mal. El peligro del rigor judicial de Domiciano amenazaba incluso las más altas esferas; una carrera potencialmente ilustre podía quedar arruinada por un caso mal juzgado.

Por otro lado, se hacían carreras lucrativas llevando a juicio a informantes maliciosos…

* * *

Vinio Clodiano se consideraba imparcial. Combatía honestamente y de verdad la tentación de traspasar la frontera entre la justicia y algo mucho más oscuro. Le habría resultado fácil volverse corrupto. Era lo que amenazó con sucederle por el ex marido de Flavia Lucila, la segunda vez que Clodiano y ella discutieron por el trabajo que él hacía. Al haber tantas víctimas denunciadas, un sinfín de gente temía que pudieran hallarse bajo sospecha después de algún desliz. Sucedió que uno de ellos era Némuro.

Los juegos anuales que Domiciano celebraba en Alba en honor a su diosa patrona Minerva le tocaban muy de cerca. Aquel mes de marzo, Estacio había presentado un poema llamado *De Bello Germánico*, «Sobre la guerra de Germania», un peán melifluo en honor del nuevo conquistador de los catos y los dacios. Su autor se emocionó cuando ganó el premio de poesía y recibió una reluciente guirnalda de oro de manos del mismísimo Domiciano.

Los Juegos Capitolinos de Roma, en octubre, eran una ocasión mucho más grandiosa. Eran una recuperación de antiguas festividades, los famosos Juegos de Nápoles, que habían dejado de celebrarse tras la erupción del Vesubio. Para ellos Domiciano tomó como modelo los Juegos Olímpicos griegos: se celebraban cada cuatro años en Roma y duraban dieciséis días. Acudían participantes de todo el Imperio. Estacio esperaba firmemente repetir el éxito en la sección de poesía latina, confiaba en derrotar a montones de rivales y ganarse la aclamación internacional. Él creía que Domiciano era su patrono y no se daba cuenta de que el patronazgo de Domiciano podía ser caprichoso. Para empezar, al Emperador le desagradaba tener la más mínima sospecha de que sus actos eran predecibles. En cuanto se daba por sentado que un individuo gozaba de su favor, esa persona estaba acabada.

Estacio quedó atónito cuando en esta ocasión no logró vencer. Quedó destrozado por la derrota, que lo movió a dirigirse a su casa en Nápoles y abandonar el estrés de la competición. Esto provocó problemas familiares porque su esposa Claudia era renuente a abandonar Roma; su hija tenía dieciséis años, era una música con talento que iniciaba una carrera, era la peor edad para dejarla sola. Pero en cuanto Estacio tuvo la sensación de que había perdido el patronazgo de Domiciano, el retiro parecía la opción más segura. Al menos Domiciano no se volvió contra él. Estacio llevaba entonces una vida tranquila enseñando, escribía su pretendida obra maestra sobre Aquiles y publicaba poemas que previamente sólo habían circulado de manera informal.

Desde el momento en que Estacio perdió el premio, sus amigos se pusieron nerviosos. Lucila se enteró de que algunos de ellos ponían en duda su seguridad. Incluso Némuro se consideraba vulnerable, a pesar del hecho de que por norma general se respetaba a los maestros. Domiciano, que seguía sin tener hijos con Domicia, hacía poco había nombrado herederos a dos jóvenes hijos de su prima Flavia Domitila y dio mucha importancia al hecho de nombrar al gramático Quintilio para que fuera su tutor en la corte. Quintilio era abogado y retórico, el primero al que se le concedió un salario del Estado bajo el gobierno de Vespasiano. Tras pasarse veinte años enseñando en una escuela que le había proporcionado una riqueza poco habitual, se retiró para escribir un tratado de retórica revolucionario; desafiaba el gusto contemporáneo mostrando una inequívoca preferencia por el contenido frente al estilo, era un tesoro de sabias normas para la composición, consejos humanitarios para los maestros y sentido común.

Némuro era tan vanidoso como para sentir celos cuando nombraron tutor imperial a Quintilio. Lucila había oído hablar de ello a los amigos, riéndose porque cualquiera podía darse cuenta de que Némuro no estaba al mismo nivel. Lucila se lo encontró en los Juegos Capitolinos, cuando el antiguo grupo literario se congregó para compadecer a Estacio tras haber perdido. Apiñado entre ellos estaba su ex marido.

Némuro se acercó a Lucila de un modo tan amistoso que ella de inmediato sospechó algo. Hasta le había traído un regalo: los poemas de

amor de Ovidio. El obsequio sí que no se lo esperaba, y le pareció una extraña elección.

—No tendría que haberme empeñado en que me devolvieras todos los libros que te había dejado, querida. Me siento orgulloso de haber fomentado tu amor por la lectura. Esta es una ofrenda de paz —Lucila llevaba mucho tiempo trabajando en la corte; sabía reconocer un soborno—. Necesito hablar contigo, por favor… En privado.

Lucila accedió por curiosidad. Como parecía un asunto muy urgente, dejaron de momento a los demás y salieron caminando juntos del teatro situado en el centro de Roma y donde había tenido lugar el concurso de poesía. Aun estando en octubre, la noche era templada y el ambiente en las calles civilizado. Encontraron un banco.

—Esto es delicado… —Lucila suspiró y esperó a que le diera detalles —. Están haciendo una redada de filósofos y exiliándolos.

No era una novedad. Ya había ocurrido incluso en tiempos de Vespasiano. El año anterior Domiciano había impuesto más expulsiones y el filósofo Epícteto se contó entre sus víctimas. Parecía inevitable que hubiese más. Uno de los motivos era que un grupo consolidado de oponentes de los Flavios, vinculados con los estoicos, insultaban de manera rutinaria a quienquiera que fuera emperador. Se habían encarado con Vespasiano y luego con Tito; a Domiciano debía de tocarle su merecido turno…, y al igual que sus predecesores, tarde o temprano se vería empujado a actuar.

Némuro, que era un estoico, estaba muy nervioso.

—Necesito un favor. Hay espías por todas partes. Si alguien te pregunta sobre mí, ¿dirás que sólo enseño literatura? ¿Que nunca toco la filosofía?

—Di la verdad: ¿qué has hecho, Némuro?

—Después de nuestro divorcio, quizás imprudentemente, decidí dedicarme a la filosofía…, lo cual, por supuesto, no es más que la búsqueda de una vida virtuosa.

—¿Quién podría discutir eso? —Lucila sabía que las autoridades podían hacerlo.

Némuro reconoció con timidez:

—Me dejé crecer el pelo durante un tiempo. Llevaba barba y toga de filósofo. Incluso rehusé comer carne y sólo tomaba lo que la naturaleza nos da sin necesidad de matar a ninguna criatura de nuestros semejantes.

Lucila intentó no reírse. Ya le habían contado que Némuro quedó muy abatido cuando lo abandonó; sin embargo, hacerse vegetariano y dejarse una barba larga parecían una reacción extrema a un divorcio.

—¡Muy griego! Pero, por desgracia para mi profesión, no hay ninguna ley en contra de llevar un pelo horrible.

—No bromees, por favor. Puede que mi barba haya llamado la atención de las personas menos apropiadas.

—Bueno, querido, yo puedo decir sinceramente que no sabía nada al respecto —Lucila se preguntó qué aspecto tendría Némuro con barba…, hizo una mueca—. Pero ¿por qué va a preguntarme nadie nada?

Lucila observó que el semblante de Némuro se ensombrecía.

—Tu guardia pretoriano podría tomarse un interés vengativo.

—¡No! No tiene ningún motivo para meterse contigo.

—Antes nos estaba mirando frente al teatro —insistió Némuro. Lucila pensó que debía de habérselo imaginado—. ¡No es la primera vez que impone su torva presencia!

—¿Qué quieres decir con eso?

—Una vez entró resueltamente en una clase que estaba dando.

—¿Vinio?

—Tenía que ser él. Un hombre tuerto, con el ceño fruncido y expresión de furia. Llegó y se sentó atrás.

—Dime, ¿de qué era la clase? —quiso saber Lucila, asombrada.

—De métrica.

«¿Hexámetros dactílicos o endecasílabos yámbicos? ¿Deslizamiento épico o cojera optativa?: el dilema del poeta».

Lucila sabía que, en una charla informal, Némuro tenía opiniones perspicaces sobre cómo elegían la métrica y la longitud del verso los poetas. Si había vino, podía incluso llegar a ser divertido hablando de la escansión. Sin embargo, situado en una plataforma pública, era un orador nervioso que

hablaba entre dientes mirando sus notas incluso cuando lo que pretendía era presumir. Lucila comentó con una sonrisa:

—Debió de resultar incómodo… para los dos.

—¡No se quedó! —admitió Némuro.

Habían estado casados, y había funcionado durante un tiempo. Cualquiera que los estuviera mirando entonces los habría visto estallar en carcajadas compartidas, con aire arrepentido y juntando la cabeza, como niños riéndose tontamente de una palabra grosera.

—Bueno —le aseguró Lucila con dulzura—, yo te protegeré. Pero Vinio y yo no tenemos una relación tan estrecha como piensas. Últimamente ni siquiera hablamos.

—Me resulta extraño —dijo Némuro, en un tono que pareció sarcástico, al tiempo que se levantaba para marcharse—. Sobre todo cuando el tipo está allí mismo entre las sombras, observándonos en este preciso instante.

Lucila no quiso volver la vista hacia allí pero, con todo su empeño, se levantó de un salto y le dio un beso en la mejilla a Némuro antes de que la dejara. Él, sorprendido, reaccionó con torpeza y vacilación, pero Lucila lo eludió y volvió a sentarse.

* * *

Se quedó en el banco esperando, cubriéndose el cabello con la estola fina y poniéndose bien los brazaletes.

Tal como se esperaba, Vinio salió al descubierto y se acercó con paso firme.

—Una escena muy íntima. ¿Quiere recuperarte? ¡Veo que trae regalos!

—No es nada propio de él. Debía de ser un resto de edición. —Era una deslealtad hacia Némuro, pero con ello Lucila esperaba distraer a Vinio—. Ovidio. *El arte de amar* contiene consejos para las mujeres sobre cómo resultar atractivas, del tipo «una chica con la cara redonda debería recogerse el pelo con un moño alto», lo cual no es una novedad para una peluquera con experiencia. —Lucila sabía por casualidad que al final del poema había

listas sumamente francas de posturas para hacer el amor. Algunas de las cuales no se le habrían ocurrido nunca. La mayoría parecían factibles. Se preguntó: ¿Acaso Némuro había estado utilizando aquel libro como pornografía?—. Esto te interesará, Vinio: Ovidio fue exiliado por motivos misteriosos que podrían tener que ver con relaciones promiscuas con la provocativa hija del emperador Augusto. Lo dejaron en Tomis que, según creo, se encuentra en el extremo más alejado de Dacia.

—¡Pobre desgraciado! —exclamó Vinio con ímpetu.

Lucila apretó la mano en torno al rollo que sujetaba e hizo tintinear de nuevo las pulseras.

—¿Por qué espías a mi ex marido?

—Ese hombre me trae sin cuidado.

—Eso fue lo que le dije. Pero una vez acudiste a una lección que él impartía, ¿no?

—Fue sólo por curiosidad. Cuando estabais casados, ¿tenías que tejer sus calcetines?

Lucila trató de no reaccionar.

—Se los hace su madre. No lo amenaces, Vinio; déjalo en paz, ¿quieres?

—¡Vaya! ¿Acaso he hecho que se preocupe? —preguntó Cayo alegremente.

—No debes abusar de tu cargo. Tengo por seguro que eres justo.

—¿Justo? ¿Tienes por seguro?

—Tu decoro fue lo primero que me llamó la atención cuando trabajabas con los vigiles. Quiero creer en ti, Vinio. Tiene que haber hombres buenos cuando todo el mundo nada en una cloaca de traición.

Cayo la escuchó con gesto impasible.

—Ojalá volvieras a trabajar allí —le dijo Lucila con voz malhumorada —. Tomabas tus propias decisiones. Eras consciente de los defectos humanos pero aun así defendías el progresismo. Eras honesto. Eras incluso bondadoso.

—Dentro de lo razonable.

—Prefiero mil veces tu razón a la falsa benevolencia de Domiciano. No pierdas tu humanidad.

—¿Crees que he cambiado?

—Dacia te cambió.

—Tú me cambiaste.

—No me eches la culpa a mí. Si trabajas para el Emperador es porque quieres.

Cayo consideró que la valoración de Lucila era acertada. La sociedad había dado la vuelta y estaba patas arriba. En su pretensión de alimentar un comportamiento correcto, Domiciano lo estaba socavando. Ahora todo el mundo se comportaba como un mierda. A medida que el déspota supuestamente reforzaba el sistema moral de Roma, la estaba destruyendo. Él, Vinio Clodiano, estaba contribuyendo a ello. Era un instrumento del estado policial. Había hecho el juramento. Había aceptado el dinero, nada desdeñable. Obedecía órdenes.

Al hacerlo, ¿había perdido sus propios valores y su independencia?

Lucila se puso de pie y empezó a alejarse. A Vinio no le dio el beso de despedida que le había dado a Némuro; Vinio se dio cuenta de ello con amargura. Mientras Lucila se alejaba para ir a buscar otra vez a sus amigos, él le dirigió un último ruego:

—¡Flavia Lucila! Supongo que nunca has considerado que, durante los años que hace que nos conocemos, en algún momento podría haberme enamorado de ti, ¿no?

Lucila se detuvo y volvió la vista atrás. Como la gente le había contado que él seguía casado con Cecilia, el hecho de que le abriera el corazón no le granjeó su simpatía.

—¡Nunca!

—Pues deberías pensar en ello.

* * *

Lo último que Cayo quería mientras se alejaba a grandes zancadas en dirección contraria era que un espectro se manifestara entre la arquitectura monumental, y luego tener que enfrentarse al dichoso marido de Lucila.

—¡Clodiano! —exclamó el espantoso Némuro, al tiempo que aparecía como un fantasma en un mal cuento de las Saturnales—. Me ofende que hayas destruido mi matrimonio, que me robaras a mi esposa y que aun así no hayas tenido la decencia de hacerla feliz.

Ese hombre era ridículo. Visto de cerca también era mucho más joven que el profesor rancio y abandonado que Vinio quería imaginarse. Némuro debía de tener más o menos la misma edad que Lucila. Tenía aspecto de ser capaz hasta de lanzar una pelota por el gimnasio, aunque lo más probable es que fuera una rellena de plumas. Se mordía las uñas, tal vez distraídamente mientras leía.

—¡No es culpa mía! —replicó Vinio—. Yo la habría aceptado, la pobre muchacha merece un poco de emoción, pero detesta lo que represento.

—Ya me he enterado —se regocijó Némuro.

Vinio soltó una maldición. Resultaba doblemente molesto para un guardia espía descubrir que lo habían estado espiando.

—Necesitas tomar clases de cómo hablar en público. ¡Un poco de decoro, hombre! Decirle a una mujer que la amas debería ser un acto de adoración, no debería arrojársele como si fuera un castigo.

Fue entonces cuando Vinio estuvo tentado de abusar de su poder. Estaba tan frustrado que no pudo contenerse. Bajó la voz y amenazó a Némuro:

—He visto tu nombre en una lista.

Némuro, que no era buen actor, no pudo disimular su preocupación.

—Por suerte para ti, no es mi lista.

Némuro no sabía si creérselo: si de verdad existía una lista, y de ser así, de qué lista se trataba, o de quién era; o qué se proponía hacer Vinio al respecto. Así era cómo funcionaba el miedo entonces.

Tanto si lo habían denunciado como si no, el pánico que manifestó Némuro puso de manifiesto a ojos de Vinio que el hombre debía de ser culpable de algo, aunque sólo fuera del indemostrable robo de unos pollos. Némuro acababa de delatarse antes de ser siquiera sospechoso.

—Yo no me rebajo a lo personal —declaró Vinio compasivamente—. Si me ordenan exterminarte, estás acabado. Pero no presiono a la gente sin pruebas. A propósito, ¿cuál es tu secreto? Apuesto a que lo sé. Apuesto a que eres un republicano clandestino. ¿O eres un filósofo conspirador? ¿Cuál es tu tendencia? ¿Cínico? ¿Sofista? ¿Estoico?

—Me desconcierta un poco pensar que los miembros de la guardia estudien ética.

—¡Te sorprenderías! —alardeó Vinio con deleite—. Conócete a ti mismo, dijo la vieja esfinge… Y yo digo: conoce a tu enemigo. El otro día, sin ir más lejos, redacté un memorándum para advertir a mis tropas de que no todos los filósofos llevan la oportuna barba, de modo que también hay que tener cuidado con una mentalidad taimada. Por ejemplo, sabemos que el credo estoico es evitar la ira, la envidia y los celos… ¿Eso podría aplicarse a ti?

Lo había adivinado, lo cual no era difícil porque la mayoría de romanos educados con un punto de vista liberal tenían tendencia a llamarse estoicos.

—¿Cómo puedo mirarte y dejar de lado esas emociones lamentables? —se defendió Némuro.

—Créeme, yo te miro y siento ira en cantidades ingentes, aunque no me atormentan la envidia ni los celos —replicó Vinio con toda la malicia posible—. Por desgracia, Flavia Lucila tiene motivos suficientes para despreciarme. Quizá no debería añadir otro arrestándote.

«Quizá».

Némuro intentó entablar conversación.

—Flavia Lucila me ha asegurado que no eres malicioso.

Esto era precisamente lo que ya nadie podía saber sobre nadie. ¿Quién actuaría con ética? ¿Quién destruiría a los demás antes de que los demás pudieran destruirle? ¿Quién lo haría por motivos de venganza? ¿Por diversión? ¿Por ganarse el favor del Emperador? ¿Por dinero? ¿O para salvar su propio pellejo? ¿Quién lo haría sin ningún motivo?

Vinio se rio con amargura.

—Ella opina que soy un soldado estúpido.

Némuro lo miró de arriba abajo. Enarcó una ceja; como era torpe en sociedad, la arqueó demasiado.

—¿Eso opina?

Enseñaba oratoria. De joven, él también había dado clases en la magnífica escuela de Quintiliano. Sabía cómo plantear una pregunta retórica para que fuera sutilmente destructiva, creando una duda que permanecería en el oyente durante mucho tiempo después.

OceanofPDF.com

XXV

Fue el caso de Cornelia lo que acabó con el corniculario. Hasta entonces se había resistido a renunciar. Había servido el tiempo correspondiente, sus dieciséis años como guardia. Pero no podía soportar dejar la vida militar. Con aquel juicio, los aspectos desagradables de esa vida resultaron demasiado abrumadores para él. No le importaba que las pruebas fueran mínimas, pero aborrecía que hubiera una mujer involucrada en una crisis, sobre todo cuando se trataba de la suprema virgen vestal. El corniculario no era el único que sentía aversión por lo ocurrido, que llegaría a hacerse célebre. En cuanto se inició el proceso contra Cornelia, él se marchó a toda prisa, dejando a Vinio Clodiano como encargado competente, como el par de manos proverbiales.

Clodiano había estado esperando, con sorprendente impaciencia, a que su superior se marchara; descubrió que le apetecía el puesto. Además, su situación se había vuelto incómoda. Con su relación con las cohortes Urbanas se había ganado su admiración. Lo querían allí destacado por completo y Rutilio Gálico solicitó oficialmente su traslado. Por supuesto, eso provocó que el mando pretoriano estuviera más decidido a retenerlo. Todo esto desembocó en una pelea. Rutilio pertenecía al rango senatorial, los prefectos de la Guardia Pretoriana sólo tenían el rango ecuestre, aunque ellos eran dos. La solicitud de traslado no se aprobó ni siquiera cuando Rutilio puso énfasis en su gratitud personal hacia Clodiano. Tal como reconocieron los prefectos pretorianos, Domiciano siempre se empecinaba en todo lo que otros querían.

Entonces Gálico murió, al parecer por causas naturales; nada que ver con sus problemas mentales. Clodiano esperó con cinismo a que algún

poeta manierista escribiera una elegía sollozando: «¡Gálico ha muerto! ¡Os maldigo, dioses; no podéis existir, al fin y al cabo!». Con su vena inconformista, advirtió incluso al equipo de materiales sediciosos que estuvieran atentos por si veían un verso peligroso como aquél. Dicho equipo estaba formado de soldados que afirmaban ser amantes de la poesía e ir al teatro con regularidad, aunque Clodiano sospechaba que cuando se presentaron voluntarios para el trabajo de censura encubierto, todos y cada uno de ellos sabían muy bien lo que hacían; les libraba del servicio de fajina. Al recibir su orden, dedicaron mucho tiempo a asistir a lecturas públicas por si oían algo que sonara a ateísmo. Lo decepcionante fue que la elegía que maldecía a los dioses no se realizó. Rutilio dejó de ser noticia.

—¡Sabia Minerva! —exclamó Clodiano, con fingido malhumor—. ¿Qué pasa hoy en día con los autores? Si alguien no se da prisa, tendré que escribir esa pútrida oda yo mismo.

Estaba contento por un motivo. Para él, la muerte de Rutilio Gálico acabó con la esperanza de los urbanos de cazarlo. Seguro que su nuevo prefecto revocaría todas las solicitudes hechas por su predecesor. En cualquier caso, el corniculario había pedido el retiro por fin y se confirmó que Clodiano lo reemplazaría. El corniculario debía de haber hablado en su favor. Al igual que Decio Gracilis, había otro patrono que conoció a su padre. Cayo estuvo de acuerdo.

Entonces ya no era tan joven. Quería el trabajo y se sometió al sistema.

Durante una breve temporada fue optio, un hombre elegido para un ascenso. El empleo le proporcionaba la claridad que le gustaba, porque aborrecía las insinuaciones y la suposición. También supuso que en las noches en que iban al Escorpión, cuando salían una vez al mes, se convirtieran en «Cayo» y «Séptimo». Bueno, en ocasiones todavía era «Cayo» y «Señor», pero estaba bien mostrar respeto, sobre todo cuando un soldado de más rango tenía razón: en realidad, iba detrás de este trabajo.

«Séptimo» iba detrás de otra cosa, y la obtuvo con una hábil maniobra. Cuando, justo antes del juicio de Cornelia, el corniculario solicitó su baja, se fue equipado con un paquete de jubilación completo. Recibió el diploma de bronce de la licencia absoluta, firmado por el mismísimo Domiciano

como muestra de la relación personal del Emperador con los miembros de su guardia. Obtuvo una gratificación económica notablemente atractiva. Y, puesto que los oficiales superiores del ejército romano eran los mayores cotillas del mundo, organizó algo especial para sí mismo.

Un día, la quinta esposa de su optio tantas veces desposado se había acercado al campamento (porque el optio nunca pasaba a verla) para confirmar que finalmente había obtenido el legado que tanto había anhelado. Dado que Clodiano se había escondido en la sala de los administrativos hasta que pudiera estar seguro de qué quería su esposa, fue el cornicular quien habló con ella. Al salir, el nervioso optio oyó a «Séptimo» pronunciar el horrible tópico: «Cecilia… ¡Qué nombre tan bonito!». A esto unió una explicación técnica acerca de que, si bien las autoridades hacían la vista gorda, ningún soldado en servicio activo podía estar legítimamente casado (con lo cual ponía su legado en peligro), en tanto que a un soldado que se licenciara se le otorgaría legalmente ese privilegio (de ese modo, si ella quería, rescataría su dinero).

Así pues, pese a su trillada técnica de cortejo, Séptimo consiguió a la viuda. Cecilia era una mujer más bien joven, más bien guapa, y sinceramente aliviada por el hecho de que un hombre fuerte se hubiera ofrecido a protegerla. Proporcionó a Séptimo el bonito apartamento de la calle del León y que él podía subarrendar de forma rentable; él ya tenía una casa propia más grande que, según dijo con un arrullo romántico, sólo necesitaba un toque femenino. Se convirtió en el cabeza de una familia ya formada, los hijastros cuya adopción le conferiría al instante los derechos de un padre de tres hijos. Además, aún podría tener hijos propios, porque, aunque Cecilia no se había acostado con Cayo, sí que lo había mirado muy esperanzada. Las acciones expedicionarias emprendidas por Séptimo habían determinado que ella abordaba el matrimonio como una mujer sumisa; en otras palabras, estaba ansiosa por cualquier nuevo esposo que satisficiera sus necesidades. También consiguió el legado. Además, al robarle a Cecilia, la del precioso nombre y bonitas posesiones, Séptimo se había ganado la gratitud de su optio.

Cayo no perdió ni un momento en comunicar a su familia los nuevos planes, para que así la noticia llegara a oídos de Flavia Lucila. Lo único que lamentaba era la sospecha de que el cotilleo sería: «¡Al pobre Cayo le ha robado la esposa su oficial superior!». O peor aún, la insinuación de que Cecilia era un soborno necesario para comprar su ascenso, cosa que haría pensar a Lucila que había renunciado a su esposa a regañadientes.

El dinero había tenido que cambiar de manos para obtener el empleo, por supuesto. Los incentivos eran el lubricante consuetudinario que engrasaba el eje de los destinos en el ejército romano. Se hacía de modo rutinario y por norma general vender a tu esposa no formaría parte del proceso, en particular cuando se suponía que un soldado no podía estar casado. Cayo se figuró alegremente que vender a tu hermana, hija, abuela o concubina mauritana tal vez fuera distinto, pero como Séptimo tenía a Cecilia para los extras, en tanto que los prefectos se contentaban con las exorbitantes tarifas habituales, nunca se dio el caso. Cayo hubiera estado dispuesto a incluir a un par de sus tías sólo por oír los graznidos de esas impertinentes.

Sí, estaba tan contento con su ascenso que se había puesto de un humor tonto.

* * *

Hubo otro cambio que lo alegraba. Tanto si el fin de su último matrimonio contribuyó a ello, o si Lucila y él sencillamente habían llegado al agotamiento, la cuestión era que su prolongada enemistad empezó a distenderse.

Hubo muestras de ello cuando Cayo descubrió un renovado interés por la música. Al volver de Dacia, al principio no podía tolerar ningún tipo de melodía, pero ya había recuperado su antiguo amor por la música, lo cual parecía indicio de una nueva paz interior. Tenía intención de ir a un recital de un célebre arpista llamado Glafiro. No sabía cómo, pero perdió la entrada. Eran muy difíciles de encontrar; mientras la buscaba

desesperadamente, envió a su sirviente del campamento a la calle del Ciruelo para que mirara si la valiosa ficha con el número de asiento se le había caído allí.

Lucila tuvo que dejar entrar al criado, de modo que lo ayudó a buscar por el apartamento; sin suerte. Lo que ocurrió a continuación fue algo instintivo. Como trabajaba en la corte, Lucila podía pedir un favor y, de un modo cordial, le mandó a Cayo otra entrada.

Cayo, recién salido del recital, pasó toda la tarde siguiente en una librería, decidiéndose por un regalo de agradecimiento adecuado. Con la ayuda de un tendero fascinado, encontró las odas de Horacio. Dejó su obsequio sobre la mesa del salón de la calle del Ciruelo, echando a un lado el Ovidio que sabía que le había regalado Némuro. Lucila había dejado el punto de libro en un poema sobre una novia con un hermoso cabello natural a la que se le había caído todo por utilizar demasiado decolorante en sus intentos por ponerse rubia.

Cayo no escribió ningún mensaje, pero en sus visitas subsiguientes vio que ella estaba leyendo su obsequio en lugar del que le hiciera el tipo de los calcetines. A Lucila le gustaba Horacio por su decencia y su humor incisivo. ¿Y qué peluquera disfruta leyendo sobre un desastre con la decoloración?

Cayo encontró alcachofas marinadas en su cuenco favorito, cubiertas con un paño.

En las Saturnales, Cayo pagó a un pintor para que hiciera un retrato familiar de Félix, Paulina y sus hijos, destinado a ser su regalo para ellos. El artista, que no era tonto, hizo también un esbozo de las dos jovencitas, Marcia y Julia, de modo informal. Cayo compró aquel encantador y pequeño retrato y dijo a las niñas que se lo dieran a su tía Lucila, que las quería mucho a ambas.

—¿Es un regalo tuyo, tío Cayo?

—Podéis decir que es vuestro.

«Adivinará que lo pagaste tú».

«¡Eso espero!».

* * *

Mientras tanto, el gran acontecimiento de la temporada amenazaba con hacer que Lucila no estuviera tan bien dispuesta. En el trabajo, el nuevo corniculario heredó el jaleo de Cornelia. Domiciano había decidido procesar a la Suprema Virgen Vestal por tener amantes. Era la segunda vez que se la acusaba. Culpable o inocente, no era muy probable que se librara.

Por toda Roma, las mujeres estaban fascinadas y horrorizadas. Aparte de las damas imperiales, que mantenían sus labios sellados, todas las clientas de Lucila sacaban el tema mientras las peinaba. La mayoría de mujeres de cierto rango conocían a Cornelia de tratarla en sociedad.

Había seis vírgenes vestales que se seleccionaban por sorteo cuando tenían entre seis y diez años de edad. Las separaban de sus familias y pasaban diez años aprendiendo sus obligaciones, otros diez años llevando a cabo los rituales y diez más enseñando a las niñas nuevas. Reconocibles al instante por los cabellos trenzados con cintas blancas y los nudos de Hércules en los cinturones para simbolizar castidad, todos los días las vestales se dirigían a un manantial sagrado y recogían agua para el ritual de limpieza de su hermoso templo circular. Todos los días eran responsables de mantener viva la llama de Vesta, diosa del hogar, que nunca debía extinguirse —aunque a veces lo hacía— porque Eneas, fundador de Roma —según cierta versión—, la había traído desde Troya. La supervivencia de Roma dependía de la llama eterna.

Como parte de su iniciación, las vestales hacían voto de castidad. A cambio recibían privilegios excepcionales. Un lictor atendía a cada una de ellas en todas partes como signo del poder que tenían. Podían hacer su propio testamento, no estaban obligadas a tener tutores, ocupaban asientos especiales en los festivales y se trasladaban en carruaje. Todo esto quizá proporcionara una libertad de movimientos que resultaba útil para las pocas que iban por mal camino. No solamente asistían a los Juegos, sino que además visitaban casas respetables en las que se consideraba un privilegio

tenerlas a cenar. Como invitadas, llegaban a conocer a las matronas de Roma y además, mientras disfrutaban de las ostras, las carnes exquisitas y los vinos excelentes, estas veneradas mujeres tenían oportunidad de flirtear con hombres si se sentían inclinadas a ello.

Dado que en los inicios del reino de Domiciano tres de las cuatro vestales adultas habían sido exiliadas por tener amantes, estaba claro que su inexperiencia era teórica; las frívolas sabían flirtear con mucha eficiencia. A Varronila y las hermanas Ocelata las habían declarado culpables. Domiciano se mostró benevolente, de modo que en lugar de exigir los tradicionales y brutales castigos, se limitó a desterrar a sus amantes y dejó que las tres vírgenes culpables eligieran su propia muerte. Cornelia también había sido juzgada, pero en aquella ocasión fue absuelta. No había duda de que esta vez no se libraría de una buena.

Por regla general, entrometerse con una virgen se trataba como estupro en los tribunales, el mismo delito que Vinio había esgrimido contra Orgilio. Como las vestales tenían un papel simbólico especial, su pureza era un artículo religioso. Puesto que aseguraba la continuada seguridad de Roma, su pérdida suponía una calamidad nacional. En cuanto eran elegidas, a las vestales se las separaba de sus parientes y toda Roma se convertía en su familia, lo cual implicaba que cualquiera que se acostara con una vestal estaba cometiendo incesto. Éstos eran los cargos a los que Cornelia y sus amantes se enfrentaban entonces. Los castigos se habían ideado en un pasado remoto. A los amantes culpables los colgaban en una cruz en el Foro y los golpeaban con varas hasta morir. Una virgen declarada culpable debía ser enterrada viva. Había ocurrido alguna vez, aunque de eso hacía ya mucho tiempo.

La clientela de Lucila estaba dividida: a algunas les producía consternación que se impusiera un castigo obsoleto en una sociedad entonces civilizada; a otras les disgustaba que una mujer que había disfrutado de enormes privilegios no lograra cumplir los votos y mantener las rodillas en contacto. Todas estaban indignadas por el hecho de que Domiciano juzgara a Cornelia sin estar ella presente. La tradición siempre había sido que, debido a su situación legal única, a diferencia de otras

mujeres a las vestales se les permitía asistir a un juicio y representarse a ellas mismas. Los cargos se presentarían ante el colegio de sacerdotes, en la Regia, las oficinas pontificias. Allí, una vestal sería como una hija caída en desgracia frente a un consejo familiar, que en Roma conllevaba la fuerza de la ley pero era digno y privado.

El juicio tuvo lugar en la villa del Emperador en Alba. No se celebró en secreto; otros emperadores habían sido duramente criticados por llevar a cabo audiencias políticas a puerta cerrada. Domiciano convocó allí a todos los sacerdotes y, como pontífice máximo, presidiría el tribunal como si fuera un juicio abierto. Cornelia permaneció en Roma, en la casa de las vestales, que Domiciano había hecho ampliar y restaurar recientemente como parte de su programa de edificios públicos, aunque en realidad no con la intención de proporcionar un lugar más lujoso en el que las mujeres malvadas soportaran un arresto domiciliario.

Resultaba irónico que precisamente en Alba hubiera un santuario especial de Vesta, asociado con la llama sagrada que el hijo de Eneas, Ascanio, supuestamente había depositado allí a su llegada desde Troya. A Cornelia podían haberla trasladado a Alba y permitirle asistir a su juicio. Domiciano, que cuando le convenía era estrecho de miras, no lo tuvo en cuenta.

Mecio Caro fue el fiscal. Era un informante que emprendió una carrera de apoyo a Domiciano y cuyos interrogatorios a los testigos se harían célebres por su crueldad. Según se decía, hubo un senador que se estresó tanto por la dureza de Caro que se desplomó y murió en la Curia.

Pese a los rigurosos interrogatorios, el caso resultó sumamente difícil. Al principio dio la impresión de que la vestal suprema iba a ser absuelta de nuevo, dejando en ridículo a Domiciano. Él quería que se le viera como un guarda implacable de la observancia religiosa. Declarar culpable a una vestal sería doloroso, pero podría soportarlo por el bienestar de Roma. Sin embargo, acusar a una vestal inocente sería delictivo y una ofensa a los dioses. Si la exoneraban, Domiciano saldría de aquello con una imagen mucho peor que la que tenía cuando empezó.

Los presuntos amantes de Cornelia iban desde un miembro de la orden ecuestre llamado Celer, hasta el de más alto rango, Valerio Liciano, un ex pretor de la orden senatorial, sólo un rango por debajo de cónsul. No se podía torturar a nadie con aquella posición, ni siquiera ponerle las manos encima para arrestarlo. Todos los amantes habían recibido instrucción legal; Liciano estaba considerado uno de los mejores abogados de Roma. Como pretor, había sido el magistrado supremo de la ciudad y presidido el código legal. El fiscal, Caro, tenía mucha menos influencia y durante un tiempo prolongado no realizó ningún progreso intentando sonsacar confesiones. La única prueba contra Liciano parecía ser que había ofrecido refugio a una de las libertas de Cornelia, aunque alegaba una amistad entre él y la virgen que ya existía de antemano.

Al ver que el caso se le escapaba de las manos sin testigos, Domiciano empezó a preocuparse y se sumió en un estado de agitación. Entonces, en un último intento, los amigos de Liciano lo convencieron de que estaba condenado en cualquier caso. Domiciano estaba decidido a hacer que se aprobaran los cargos. Para evitar morir a varazos, Liciano tenía que admitir la culpabilidad y rogar la clemencia del Emperador. De pronto confesó; o, tal como Herenio Seneción lo describió fríamente cuando habló en su nombre en el tribunal, Valerio Liciano «retiró su defensa».

Eufórico y aliviado, Domiciano fue por toda la villa de Alba dando saltos y jactándose de que Liciano había exonerado a la fiscalía. Al ex pretor se le perdonó la vida. Fue exiliado, pero primero se le permitió tomar todas las posesiones que pudiera llevar consigo antes de que fueran confiscadas oficialmente. A Liciano no se le pidió que diera detalles de la aventura que había admitido, ni siquiera cuando, a falta de pruebas formales, la cuestión de la culpabilidad o inocencia de Cordelia permanecería en duda para siempre.

Los otros presuntos amantes continuaron negando los cargos. Fueron condenados por asociación y golpeados hasta morir tal como exigía la tradición. Celer, por ejemplo, murió a varazos sin dejar de declarar su inocencia. La suprema vestal fue condenada al viejo castigo del entierro, un ejemplo de la severidad con la que Domiciano observaba la ley. El castigo

lo supervisaría el colegio de pontífices, quince sacerdotes rancios de la religión del Estado; si decidía tomar parte, Domiciano estaría allí como pontífice máximo. Por mucho que Domiciano ansiara mejorar su reputación, todo aquel asunto era sumamente impopular. Por consiguiente, había preocupación por el mantenimiento de la ley y el orden el día en cuestión. El colegio de pontífices asumiría la responsabilidad por el entierro de la mujer. Por lo demás, la supervisión de la seguridad en aquel desagradable acontecimiento de Estado fue asignada a la Guardia: una prueba ideal para su nuevo jefe administrativo, Clodiano. Le endilgaron la tarea de asegurar que no hubiera alborotos.

Resultaba que a Vinio Clodiano se le daba bien la logística y, a su extraña manera, llegó incluso a disfrutar con la organización práctica. Cuanto más poco común fuera el reto, más se crecía él para afrontarlo. Por eso tenía este empleo. Había sido adlátere no sólo de uno, sino de dos de los oficiales superiores más chanchulleros, embaucadores y manipuladores del ejército: Decio Gracilis y el anterior corniculario, un par de duros veteranos que habían escapado sistemáticamente de momentos espantosos como si fueran a dar un paseo por la playa. Había aprendido mucho de ellos. Sabía que debía prepararse con minuciosidad, partiendo de la base de que si podía suceder lo peor, sucedería. Él estaba como si nada. Podía planear lo imprevisible, que era el caso puesto que nadie recordaba el último internamiento de una virgen vestal. En el manual no había ninguna indicación acerca de cómo asegurar que un entierro en vida se desarrollara pacíficamente.

Llevó a cabo indagaciones. Estudió con atención los archivos históricos. Se familiarizó con el orden tradicional de los acontecimientos. Casi todo se mantenía en secreto, pero él conjeturó el protocolo de forma inteligente.

Organizó las cosas de modo que un mensajero actuara de enlace con el colegio de pontífices para que, aunque según el ritual esos sacerdotes presumidos estaban decididos a no contarle nada a nadie, con suerte él podría saber al menos cuándo estaba a punto de empezar la fiesta. Los pretorianos llegarían a tiempo. Si de pronto Domiciano bajaba navegando desde Alba para presenciarlo, Clodiano se aseguraría de que el tribuno de

servicio proporcionara una guardia de honor adecuada. En cuanto hubieran arrojado al objetivo al interior de su tumba de una forma ordenada, el único requerimiento era que un destacamento muy discreto llevara a cabo la vigilancia del emplazamiento. Una pequeña presencia diaria. Quizá con unas precauciones más rigurosas por la noche. Sólo por si acaso había algunos idiotas subversivos (estoicos, cristianos, hijos de senadores que estuvieran de borrachera, hacedoras de buenas obras que deberían estar en casa tejiendo) que se colaran allí al amparo de la oscuridad y empezaran a sacar la tierra.

Con un par de turnos bastaría. Eso y una supervisión maníaca que podía llevar a cabo él mismo. Clodiano no correría riesgos. Estaría de servicio de principio a fin.

Estaba todo arreglado. Debía tener confianza. Sin embargo, era su primer ejercicio importante cuando aún no le había dado tiempo de acomodar los pies bajo su nueva mesa. Sería justo decir que el nuevo cornicularío tenía el vientre un poco descontrolado.

Sus ancianas tías le dirían que lo que un chico necesitaba para eso era una gran tarta rebosante de miel.

Así pues, con el descenso de la vestal programado para el crepúsculo como cualquier otro funeral, aquella tarde a primera hora Vinio se dirigió del campamento al Foro, donde se iniciaría la procesión. Se había cortado el pelo y se había afeitado. Llevaba el uniforme urbano más formal de los pretorianos: clavos en las botas, la túnica roja que distinguía a un oficial de su rango y la espada oculta bajo una toga. Sin casco. Sujeto en el cinturón militar, llevaba un cuaderno de notas con sus muchas y reconfortantes listas.

Tenía una o dos horas por delante. Como iba con tiempo suficiente, de camino pasó por la panadería de la calle de las Diez Tabernas, donde adquirió dos de sus creaciones más grandes y empalagosas, una para él y la otra para Crético, su amigable casero en la Ínsula de las Musas. Hubiera comprado tres de haber sabido que cuando entrara en el tranquilo patio ajardinado encontraría a Flavia Lucila cotilleando con el anciano. Cayo no se inmutó, partió su pastelillo en dos y le ofreció la mitad a Lucila antes de

que la joven tuviera oportunidad de ponerse a sonreír con afectación y a fingir que no tenía hambre.

La ventaja fue que se vio obligada a quedarse allí mientras se lo comía.

* * *

Para lograr comerse con delicadeza un grueso pastelillo de varias capas que rezumaba miel, salpicado de pistachos picados y que había partido con tosquedad un hombre de manos fuertes que en aquel momento la observaba, Lucila requirió de toda su concentración. Tenía una buena excusa para no hablar.

Era un día soleado de principios de primavera, lo bastante cálido para permitir que un nonagenario se echara un diván en una columnata, con una manta cubriéndole el torso y las piernas flacas, en tanto que sus dos amigos más jóvenes ocupaban unos taburetes plegables.

—¡Es una jovencita encantadora! —confió el anciano a Vinio, una vez hubo devorado su pastelillo—. No entiendo por qué no te la tiras.

Un silencio horrorizado cundió entre sus dos compañeros. Lucila se lamió los dedos para limpiárselos y se dispuso a marcharse. Cayo ya sabía que Crético era un cabrón grosero, aunque daba la impresión de que hasta entonces Lucila lo había considerado inofensivo. Tal vez Crético hubiera sido siempre desinhibido, o quizá su muy avanzada edad lo había despojado de modales.

Aún no había terminado. El viejo verde continuó diciendo:

—No creo que puedas ofrecer ningún tipo de explicación, ¿eh, soldado?

—De hecho, sí puedo.

Tanto Crético como Lucila se irguieron de pronto en sus asientos.

Cayo habló en tono distendido mientras succionaba las últimas manchas de miel que le quedaban en los labios.

—Es porque soy un idiota.

—¡Y qué! —exclamó Crético.

—Exactamente —dijo Cayo, que dirigió el comentario a Lucila.

La miró. Ella le devolvió la mirada.

—¿Por qué no te la llevas arriba? —preguntó el viejo impertinente.

Lucila se puso de pie de un salto, a punto de marcharse de allí como un vendaval, como una diosa ofendida desvaneciéndose en la estela de un arco iris.

Cayo también se levantó.

—Una idea magnífica —le dijo a Crético, con toda la ecuanimidad posible. Se había levantado con demasiada brusquedad y el pastelillo amenazó con repetirle. Lucila esperó para ver cómo Vinio salía de aquello —. Pero parece un poco inescrutable. Además —señaló su uniforme formal —, por triste que sea, el deber me llama.

Entonces informó directamente a Lucila en voz baja:

—Tengo una tarea desagradable. Ayudar al colegio de pontífices.

* * *

El anciano vio que estaban conversando sin su ayuda, de modo que cerró los ojos y, sediciosamente, los dejó continuar.

—¿Cornelia? —Lucila siempre había sido perspicaz—. ¿Tienes qué…?

Cayo se mordía una uña y meneó la cabeza en señal de negación. Pensó en lo que habría supuesto si sus compañeros y él hubieran recibido órdenes de Domiciano de llevar a cabo la ejecución a sangre fría con armas de una mujer de mediana edad cuya posición en Roma todos habían sido educados para reverenciar.

—No, no —respondió en un tono tan tranquilizador como pudo—. Pero algunos de nosotros tenemos que estar presentes en la escena.

—¿Y eso qué supone?

—Estar de guardia hoy, y después, para asegurar que nadie se meta en la bóveda.

—¿Para intentar soltarla? —Lucila lo conocía lo suficiente como para creer que a Vinio no le hacía mucha ilusión nada de todo aquello—. ¿Estuviste en el juicio? —le preguntó—. ¿Es verdad que lo hizo?

—Es probable.

—Quizá no lo hiciera, ¿verdad?

Cayo asintió de nuevo, con aire abatido.

—Tal vez Liciano fuera verdaderamente culpable y proporcionara pruebas al Estado para salvar el pellejo, o puede que fuera inocente pero estuviera tan cagado de miedo que mintió al tribunal. El resultado final es que él ha salvado la piel y también ha salvado muchas de sus posesiones, lo cual podría considerarse un cobro por su testimonio. Nosotros no aprobamos estas cosas, ¿verdad? Lo que nadie duda es que delató a los otros amantes y que por supuesto condenó a Cornelia, cuya versión no ha oído nadie. Todo esto ya no puede ser más indecoroso.

A Lucila le agradó la forma en que Vinio planteó la situación; pensó que la había contado tal como la veía, sin ánimo de impresionar.

—Es una muerte aterradora. Habría que tener la esperanza de que algún amigo compasivo encontrara la forma de pasar un frasquito de veneno a la pobre mujer… Cayo, no la registres, por favor.

—No lo haré si puedo evitarlo.

—¿Tendrás elección?

—Creo que está prohibido según el ritual. Nadie la tocará.

—¿Estás al mando?

—Los sacerdotes están al mando.

Al igual que él, Lucila detestaba todo lo relativo a aquel juicio y castigo. Cayo sólo esperaba que se convenciera de que cuando la suprema vestal fuera a afrontar su horrible destino, él al menos sentiría compasión.

—Así pues, tienes que ver cómo se sella la tumba y vigilarla. ¿Y luego qué?

—Recibiremos órdenes, supongo.

De nuevo, Lucila se sintió consternada por él.

—¿Quieres decir que…, que puede que tengáis que abrir la cámara para ver si está muerta?

—Por los antiguos registros no pude averiguar si alguien lo comprueba o no. Espero que un sacerdote se limite a declarar formalmente que se ha terminado. Digamos que, después de que haya transcurrido tiempo

suficiente… Llevará… —Cayo hizo una pausa meticulosa— unos cuantos días.

Lucila contestó en voz baja e intensa.

—¿Y después vendrás a casa?

—Vendré —prometió Cayo, mirándola a los ojos como quien a duras penas puede soportar marcharse.

Parecía inapropiado decir «Buena suerte», de modo que Lucila murmuró:

—Te llevaré en el pensamiento, soldado.

Vinio Clodiano se cuadró y levantó polvo al clavar los talones de modo experto para dirigirle un saludo pretoriano completo.

* * *

La marcha de Lucila por el jardín y a través de la puerta de salida a la calle le proporcionó una agradable vista de su elegante silueta de espaldas. Cayo se inclinó a pensar que el viejo Crético, que había vuelto a abrir los ojos, disfrutaba lascivamente del mismo panorama.

Vinio permaneció un rato más en el peristilo, por educación.

—Cuando por fin consigas acostarte con ella, deja la ventana abierta para que pueda oírlo —dijo Crético con descaro—. Vamos, hombre —lo engatusó—. Tengo noventa y un años. Mi vida no es muy emocionante estos últimos tiempos.

OceanofPDF.com

XXVI

La Casa de las Vestales se encontraba situada hacia el extremo sur del Foro. Su recinto cerrado contenía un jardín extenso y tranquilo entre columnatas y alojamiento para las seis vírgenes, que vivían allí durante los treinta años de servicio y sólo salían si caían tan enfermas que tuvieran que ser atendidas por una matrona respetable en su casa. Algunas de ellas se quedaban allí incluso después de haberse retirado. En la Casa de las Vestales no se permitía la entrada a los hombres; el recinto se cerraba con llave por la noche como precaución.

El pequeño templo circular de Vesta se hallaba en el exterior, en su propio recinto. Al otro lado de la Vía Sacra, el edificio triangular y de forma extraña del colegio de pontífices completaba el religioso lugar sagrado, una construcción cuyos orígenes se habían olvidado hacía mucho tiempo y que quizás hubiera sido un palacio en la época de los antiguos reyes romanos. En delicado contraste con aquel conjunto confuso de edificios, el hermoso templo de mármol blanco no tenía estatua de culto. Lo que sí contenía era el fuego sagrado y el Paladión, un objeto venerado de forma incierta que supuestamente provenía de Troya y que, al igual que la llama, simbolizaba la salud y supervivencia de Roma. Era un objeto secreto; nadie lo había visto nunca. Clodiano pensó que, teniendo en cuenta lo que los griegos hicieron a Troya después de meterse en el caballo de madera, la eficacia del Paladión como forma de protección podría cuestionarse. No expresó su indignación. Entre una multitud sumisa en un extremo del Foro, su papel consistía en evitar altercados, no en provocar una revolución.

Aquella zona era muy antigua. Los rituales que llevaban a cabo los pontífices y las vestales eran los más arcaicos, y a veces los más extraños,

que el pueblo romano aún seguía. Los procedimientos diarios de las vestales se remontaban muchísimo en la historia y el mito: llevar agua, atender el fuego, limpiar y elaborar los rituales panes salados. El castigo arcaico de aquel día se correspondía con esa tradición, una tradición arraigada en el mal y el justo castigo en la misma medida en que la vida de las vestales era fundamental para la supervivencia y la esperanza.

Hacía mucho tiempo que el Foro era el punto de partida de los funerales de la aristocracia. Más de una familia noble seguía llevando allí unas andas con el cadáver de su ser querido tendido sobre un costoso colchón entre valiosas especias: un cónsul o general, o incluso una gran dama que hubiera hecho un excelente matrimonio y brindara donaciones a templos provinciales. Congregarían a su procesión de dolientes, con músicos, máscaras de sus antepasados, payasos irreverentes mofándose de la vida y características del muerto. Allí escucharían un panegírico y a continuación se encaminarían, a la luz de las antorchas y entre el sonido de las flautas, a la gran necrópolis elegida en una de las arterias principales de Roma; allí el cadáver se incineraría y las cenizas se recogerían en una cara urna de pórfido o alabastro que se guardaría eternamente en el mausoleo familiar y que, al menos en teoría, recibiría visitas con regularidad.

Aquel día no había cadáver. En lugar de unas andas abiertas, una litera alta y cerrada se transportó desde la Casa de las Vestales. Llegó sin las ceremonias habituales y su aparición fue recibida por un silencio apesadumbrado. Todo el mundo sabía que Cornelia estaba allí dentro, aunque el interior se hallaba oculto por unas cubiertas gruesas y éstas a su vez se habían atado firmemente con cuerdas. La gente abrió paso. A medida que se iba formando la procesión, los más curiosos la siguieron sumidos en un silencio sombrío. Si la familia biológica de Cordelia se hallaba presente, el atento pretoriano no pudo identificarlos. Las otras cinco vestales permanecieron en su casa. Los amantes de Cordelia, si es que lo habían sido, quedaba claro que no irían a presentar sus respetos.

Cesó la actividad en el Foro. Los ociosos que echaban una partida a juegos de tablero en los escalones de la basílica, los emprendedores desplumando a sus contactos a la sombra de antiguos arcos, los patronos y

sus clientes en apuros que se habían reunido tras unos cuencos de agua en la Milla Dorada, todos dejaron de cotillear y negociar. Los obreros en lo alto de los andamios que albergaban la estatua casi terminada de Domiciano a caballo miraron hacia abajo con curiosidad. Los tribunales se cerraron. El comercio concluyó. Hasta los banqueros hicieron una pausa. Si las prostitutas continuaron con su primitivo negocio en la parte trasera de los templos, lo hicieron furtivamente. El abatimiento se cernió sobre todo el mundo, como una sombra fría al pasar el sol tras un ciprés.

La sombría procesión se puso en marcha. Tras cruzar el Foro, los participantes fueron a pie hasta el extremo más alejado de la ciudad; casas y comercios se cerraron a lo largo de todo el trayecto y la gente permaneció inmóvil, muda y triste, mientras la adusta comitiva pasaba despacio. Su destino se hallaba más allá del campamento pretoriano, allí donde el antiguo terraplén defensivo denominado las Murallas Servianas se interrumpía en la puerta Colline, allí donde la Vía Nomentana salía de Roma. Al otro lado de las murallas se hallaba el campo pretoriano, la enorme plaza de armas de la guardia, que aquel día estaba vacía. En el interior de los muros había una zona de terreno cubierto de maleza que no se utilizaba llamado el Campo Escelerado, que significaba profanado, criminal, maldito, contaminado. En ese lugar desolado era donde se sepultaba a las vestales culpables.

Vinio Clodiano se alegró de ver que los esclavos públicos habían hecho su trabajo; habían trasladado a los vagabundos y perros callejeros y se había recogido y limpiado el revoltijo de porquería y escombros arrastrados por el viento que suele acumularse en lugares aislados como aquél. No había montones de ánforas rotas, ni carros quemados, ni mitades de ovejas muertas o zapatos abandonados. Un par de conocidas prostitutas viejísimas a las que les gustaba sentarse junto a una fogata y ofrecer un polvo o una lectura benigna del porvenir a los trabajadores inmigrantes, no se acercaron por allí aquel día. Vinio había sugerido personalmente que los ediles responsables de los asuntos callejeros firmaran un vale de gastos menores para pagar la cuenta de lo que las mujeres consumieran en el bar durante todo el día.

En el terraplén ya se había cavado una pequeña cámara. Unos escalones provisionales bajaban al interior. En el fondo había un diván cubierto, una lámpara encendida y pan, agua, leche y aceite en cantidades muy pequeñas. Este sustento simbólico exoneraba a todo el mundo de provocar la muerte de una virgen vestal. No le iba a durar mucho tiempo. Era de suponer que llegaría un momento que el aire fresco se agotaría. La lámpara vacilaría. Antes quizá, cundiría el pánico. Posiblemente la locura. Para cualquiera que lo considerara demasiado, aquella sepultura inevitable, sumida en la oscuridad y el silencio, resultaba espantosa, el más terrorífico de los terrores humanos.

Una segunda litera cubierta había aparecido saliendo de la ciudad. Se detuvo, como si el ocupante estuviera observando aunque las cortinas oscuras no parecieron moverse en ningún momento. Cayo imaginó quién acechaba en su interior. Dirigió a los guardias un gesto discreto con la cabeza.

En cuanto llegó la vestal, las cuerdas de su litera fueron retiradas por el sumo sacerdote de la vieja religión, el Flamen Dialis. Él y sus catorce colegas se habían reunido ataviados con sus tradicionales capas de lana velluda y casquetes de cuero, todos con un copete de lana y una punta de madera de olivo, elementos cuyo significado se había olvidado hacía mucho tiempo. Eran el rostro arcaico de la religión romana, al igual que lo eran las propias vestales.

La condenada salió del vehículo con rigidez mientras los sacerdotes efectuaban misteriosos gestos rituales y plegarias; a Cayo le pareció que en realidad su objetivo era reforzar la determinación de los propios sacerdotes. No iban a atarla ni encadenarla. Para empezar, trascendería a las complicadas normas impuestas al Flamen Dialis, a quien no se le permitía ver a nadie encadenado; según la tradición, ni siquiera podía llevar anillos.

Cornelia, muy bien cubierta con velos, avanzó hacia los escalones, donde tuvo la mala suerte de que el vestido se le enganchara en una astilla. Un acompañante hizo ademán de ayudarla a desengancharlo pero la virgen, una profesional hasta el fin, lo repelió con un estremecimiento de

repugnancia, pues no estaba dispuesta a permitir que el tacto de un hombre la mancillara.

Los miembros de la guardia permanecieron juntos en un grupo poco numeroso, con todo el respeto que puede guardar la escolta de un prisionero bajo la disciplina de una ejecución. Apretaban la mandíbula con fuerza y estaban tan rígidos que parecían ir encorsetados, todos expertos en hacer que su impasibilidad revelara su aversión. Lo que no quedaba tan claro era si esa aversión era por lo que había hecho Cornelia o por los acontecimientos de aquel día.

Cornelia se comportó con nobleza, al menos según las posteriores críticas de los intelectuales. Plinio, un pedante que carecía de imaginación emocional (y que no había estado presente), informó más adelante sobre la ocasión para añadir un toque sensacionalista a sus cartas publicadas, aunque sin tener verdadera noción de la sórdida tragedia de que trataban. Fue una triste escena crepuscular. Todos los participantes que después se retiraron quedarían marcados de forma permanente.

La mujer no se marchó en silencio. Le habían negado el derecho de defenderse en los tribunales, pero nadie amordazaría físicamente a una vestal, por lo que tuvo su momento. Después de implorar la ayuda de Vesta y de todos los demás dioses, Cornelia gritó dirigiéndose a los hombres allí congregados (eran todos hombres): «¿Cómo puede imaginar el Emperador que he roto mis votos cuando fui yo quien llevó a cabo los ritos sagrados que le reportaron sus victorias?».

Esta sutil socavación del preciado papel de Domiciano como conquistador convenció a mucha gente de que Cornelia era inocente. De haber faltado a su castidad, seguro que los dioses no hubieran respondido a sus plegarias y sacrificios rituales cuando rogó el éxito militar, ¿no? Los catos, los marcómanos y los dacios nunca hubieran sucumbido. Por lo tanto, su pureza podía darse por supuesta y contrastaba de forma amarga con la licencia hipócrita del Emperador, quien, según muchos creían, había seducido a su propia sobrina, quizá provocando la muerte de Julia con un aborto forzado.

Cornelia dijo la última palabra. Quizá supuso que su grito resonaría desde el borde de la tumba, una amarga porción de autodefensa que Domiciano no podría silenciar nunca.

Se tomó su tiempo. Bueno, ¿y por qué no?

Para el corniculario que observaba, aquél fue el momento en que se sintió más nervioso: ¿y si la robusta vestal suprema se negaba a descender bajo tierra? Si la mujer no cooperaba, preveía que la situación podría deteriorarse. Conducirla a aquel agujero espantoso era tarea de los sacerdotes, a los que él evaluó con el corazón en un puño. Se trababa de patricios innatos que no eran jóvenes ni útiles en ningún sentido. Los esclavos lo hacían todo por ellos. La mayoría a duras penas podían levantar un dedo para rascarse la caspa.

Cayo se preguntó con aire taciturno: de hecho, ¿quién en su sano juicio, ya fuera o no sacerdote, intentaría tratar de mala manera a una mujer madura y furiosa que había pasado casi treinta años haciendo las cosas a su aire? Sin duda no iba a ordenar a ninguno de sus hombres que la acorralaran, la agarraran, la golpearan, la empujaran o la obligaran de cualquier otra forma a bajar por los precarios escalones de madera. Era una situación para la que él tampoco se presentaría voluntario.

Por fortuna, Cornelia estaba condicionada a cumplir con los rituales. Declaró su inocencia en voz alta y con firmeza suficiente, pero no hizo ningún intento de resistirse ni revolverse.

Los sacerdotes evitaron su mirada. La vestal, que nunca había pisado una escalera anteriormente, bajó por ella; tropezó en el último trecho pero se las arregló para mantener el control de sus vestiduras y salvaguardar su dignidad. Los que sí miraron (Clodiano y los esclavos públicos anónimos que tenían que realizar el trabajo manual de aquel día) no llegaron a ver más que un tobillo. Los escalones se retiraron enseguida. Unos pesados montones de tierra se apilaron sobre la entrada. Apisonaron la tierra para allanarla, nivelándola con los restos del terraplén, de modo que en los años venideros, cuando volviera a crecer la maleza, el emplazamiento de la cámara desaparecería para siempre.

«¿Desaparecer? ¡Oh, vamos, sé razonable!», pensó Cayo con irritación. Se había fijado en que el agrimensor de la ciudad había enviado a un representante; en aquel departamento práctico necesitarían una señal discreta en sus mapas, para cuando hubiera que realizar labores de mantenimiento en el antiguo terraplén. Hasta los sacerdotes querrían evitar el mal augurio de desenterrar un esqueleto, suponiendo que alguna vez tuvieran que enterrar a otra culpable.

La litera cubierta de negro que transportaba al ocupante anónimo ya se había marchado en dirección a Roma. Los sacerdotes abandonaron el escenario con prontitud. Debieron de ir a tomarse un trago fuerte en alguno de esos pútridos comedores lujosos de los pontífices, sin duda. El superior de todos ellos, el Flamen Dialis, estaba limitado por un ridículo sistema de normas prohibitivas en su vida diaria, pero era de suponer que nada le impediría tomar un fortísimo reconstituyente después de haber enterrado viva a una mujer. Su esposa, la suma sacerdotisa, había conocido bien a Cornelia, por lo que podría ser que al regresar a su casa el hombre se encontrara con un ambiente gélido.

Los pretorianos se quedaron en aquel escenario solitario con discreción. Impedirían cualquier posible rescate; no hubo ningún intento. Observarían si la diosa Vesta resucitaba a la virgen que se había dedicado a ella durante tantos años, como señal de que Cornelia era inocente. Tal como Cayo se esperaba, todos los dioses optaron por abandonarla.

Un destacamento poco numeroso vigiló el Campo Escelerado durante días. Puesto que las ceremonias funerarias normales estaban prohibidas, cualquiera que intentara dejar flores o tributos iba a ver frustrado su propósito; no hubo muchos que lo intentaran. Quizá las vestales fueran mujeres de honor, pero eran altivas y prepotentes, y por consiguiente más reverenciadas que queridas. De vez en cuando aparecían mujeres tapadas con velo, ancianas y de todos los rangos, a las que tuvieron que convencer para que volvieran a casa. Unos cuantos transeúntes se acercaron para hacer preguntas, aunque nadie quería cotillear con los pretorianos. Nadie quería llamar su atención. La gente tenía miedo de que con ello pudieran provocar que los arrestaran.

La tarea de los guardias era deprimente pero al menos, cuando cambiaba el turno de guardia, el campamento estaba cerca. Los destacamentos iban de un lado a otro en silencio y, como su plaza de armas se encontraba justo al otro lado de la puerta Colline, estaban prácticamente en casa y a menudo sus servicios irregulares pasaban desapercibidos por el público.

Vinio Clodiano acudía al escenario siempre que le era posible. Cuando necesitaba desesperadamente un descanso, dormía en el campamento. Comía y se bañaba allí. Pasaba por su despacho a diario para comprobar la correspondencia. No se trasladó a la ciudad en ningún momento, ni siquiera cuando, desde cualquier punto de vista, tenía derecho a estar fuera de servicio.

Era una vigilancia agotadora. Los soldados podían imaginarse perfectamente lo que estaba ocurriendo bajo tierra.

Al final ya no podía seguir habiendo ninguna esperanza de vida. La guardia se retiró tranquilamente sin que se les requiriera comprobar la tumba. Clodiano regresó a su despacho y allí redactó un informe claro y breve, por si alguien lo quería, para declarar que el deprimente episodio había transcurrido sin ningún incidente.

Se fue a los baños pretorianos, donde se frotó con saña con la estrígila como si fuera él el deshonrado. Permaneció sentado en medio del vapor de la sala caliente intentando limpiarse el espíritu. La inercia lo reclamó durante un buen rato, pero al final se zafó de aquel estado.

«¿Y después vendrás a casa?».

«Vendré».

* * *

Cuando Cayo entró en el apartamento, Lucila se percató de inmediato de que se había bañado y cambiado de ropa. Llevaba una túnica blanca de aspecto viejo y cómodo con un cinturón de civil y, por lo visto, iba desarmado. Tenía la cabeza mojada, puesto que los hombres duros rara vez

se secaban el pelo con una toalla. Afirmaban que no se podía pillar un resfriado de ese modo, y siempre se sorprendían cuando se resfriaban.

—¿Ya ha terminado?

Él respondió con un simple gruñido.

—¿Quieres algo?

Un movimiento de negación con la cabeza, casi con irritación. Se fue a su habitación y cerró las puertas. Las normas que compartían impedían que la joven lo siguiera.

Lucila se dirigió al perro de forma evidente, por lo que Cayo tuvo que oírlo:

—¡Malo y gruñón, el amo! ¡Cualquiera podría pensar que me casé con él!

En el interior de la habitación no se oyó nada, pero quizá Vinio estuviera sonriendo.

A pesar de su negativa, Lucila le preparó algo de comer: un pedazo de pan que llenó con rodajas de carne asada y pepinillos, medio vaso de vino, una taza llena de agua y un plato pequeño de higos. Con este tentempié en una bandeja, llamó con firmeza a la puerta y, sin aguardar que le diera permiso, entró en su santuario.

Cayo estaba sentado al borde de su cama con los codos apoyados en las rodillas y la cabeza gacha, muy abatido. Lucila pasó junto a él y colocó la bandeja sobre una mesita que Vinio había comprado recientemente, de mármol, con una pata en forma de delfín. El perro, que reconocía una bandeja con comida, entró ansioso, rascando las tablas de madera del suelo con las uñas al andar.

—No, deja al amo. Deja que se calme. Vamos fuera; tú y yo nos vamos a ver a Glyke.

Antes de salir, Lucila rozó brevemente con la mano el cabello limpio y mullido de Vinio.

—¡Bueno, pues no me hagas caso! Podría salir de aquí danzando, ofendida. Pero sólo voy a los baños, Cayo.

Él no se había movido. Estaba tenso, malhumorado, un hombre que había vuelto a casa del trabajo pero aún se encontraba exaltado por una

tarea que había detestado hacer. Pero era algo temporal. Cayo no tardaría en volver a ser el mismo de siempre. Lucila toleraba su estado de ánimo porque lo entendía; de igual modo, él permitía que la joven lo manejara precisamente porque lo comprendía. Se conocían muy bien, como las personas que ya vivían juntas.

Cuando la puerta de la calle se hubo cerrado tras ella, Cayo alzó la cabeza y dejó que el silencio del piso penetrara en él. Sus movimientos eran lentos pero relajados. Se comió el pan y la carne, aunque dejó el vino y también los higos, pero poco a poco se fue terminando toda el agua. A continuación se echó en la cama a descansar mientras esperaba que Lucila volviera a casa con él.

* * *

Había dos obstáculos en su relación. Lucila no sólo dejó el perro guardián en la tienda con Glyke y Calisté, sino que también arregló las cosas para que las chicas evitaran que tuviera clientes la mañana siguiente. Ellas cruzaron una mirada elocuente pero Lucila hizo caso omiso de ello.

Pasó por los baños a toda prisa: sala caliente, vapor, baño frío. Ella misma se quitó el aceite con la estrígila, no habló con nadie y rechazó a la masajista.

Cuando regresó al apartamento todo estaba en silencio. Cayo no hacía ningún ruido, aunque no había duda de que había rondado por allí. Ya era un poco tarde y hacía falta luz en el pasillo, por lo que había colocado una lámpara de cerámica con aceite en el estante frente a los lares. Lucila encendió otra lámpara que se llevó a su habitación. Dejó la puerta abierta. Aparte de eso, no se insinuó a Cayo de ningún otro modo. De él dependía el siguiente movimiento.

* * *

Apareció en la puerta y, que Lucila supiera, aquélla era la primera vez que Cayo veía su dormitorio. Él esbozó una sonrisa al entrar en el lugar privado de la joven. Lucila vio que miraba en derredor, inspeccionándolo todo. En su habitación, Vinio tenía la cama pegada a la pared, pero Lucila había colocado la suya en el centro, con unas alfombrillas de rayas negras y púrpura, una a cada lado. Había unos armarios bastante buenos, con puertas de paneles, patas curvas y bases elegantes. Un taburete plegable de listones estaba colocado frente a una mesa auxiliar en la que guardaba sus cosméticos, horquillas, perfumes, peines y ornamentos personales. Los postigos de la ventana estaban entreabiertos. Por motivos que no deseaba explicar, Cayo fue y los cerró.

Lucila no había arreglado particularmente la habitación. Las cosas estaban ordenadas pero con despreocupación. La ropa que había llevado aquel día estaba apilada sobre un arcón, salvo por una ligera túnica interior que aún llevaba puesta por pudor. Estaba tendida en la cama descalza, con los tobillos cruzados y las manos juntas sobre la cintura, como si se hubiera pasado un buen rato pensando. También estaba echada sobre su pelo, su cabellera de un vivo color castaño bien peinada, pero sujeta simplemente en la nuca con un retazo de cinta azul. Era la primera vez en muchos años que Cayo la veía tal como era, sin maquillaje ni joyas y con el pelo a tan sólo un tirón de caer libremente.

En aquellos momentos, él también iba sin zapatos y tan sólo llevaba puesta una túnica interior sin blanquear. Lucila vio sus pies descalzos por primera vez y le gustaron mucho: los pies bien cuidados de un soldado que con regularidad realizaba ejercicios de marcha de veinte millas y no podía permitirse tener ampollas. La tensión lo había abandonado, aunque todavía tenía un aspecto cansado. Ladeó la cabeza, la miró con dulzura y le dijo:

—Me apetecería muchísimo tu compañía.

Lucila asintió con la cabeza.

Cayo se acercó al lado de la cama que estaba libre. Se tumbó a su lado, imitando la postura de la joven con las manos cruzadas con recato. Ninguno de los dos estaba muy seguro del otro, pero no parecía haber ninguna necesidad de explicar nada.

En la cama de Lucila sólo había una almohada. La joven ocupaba la mayor parte. Cayo, dominante, tiró de ella hacia su lado. Lucila la recuperó sin refinamiento. Cayo repitió su tirón. Lucila cedió e inclinó la cabeza hacia él, de modo que la compartieron.

—Ven aquí —dijo Cayo—. Acércate como es debido.

«Como es debido» significaba acurrucada contra él, que la rodeaba con el brazo, y con la cabeza apoyada en su hombro, rozándole el cuello con la nariz, absorbiendo su calor y aquel olor que ya conocía. Cayo había recuperado el peso y la musculatura que perdió estando prisionero. El torso, la cadera y los muslos volvían a sentirse sólidos al apoyarse; aunque su brazo la rodeaba con abandono, era fuerte.

—Lo siento —susurró él.

—Estabas alterado.

—No, quiero decir que lo lamento todo.

Lucila lo estrechó más. Entonces se irguió, con la palma de la mano hizo que se volviera hacia ella y lo besó suavemente. Cayo lo recibió bien, aunque parecía cohibido.

¿Acaso no se había recuperado? ¿Era incapaz? Lucila temió lo peor. Él le leyó el pensamiento:

—No lo sé. No lo he probado. Sólo te quería a ti.

A pesar de los años de cotilleos en la peluquería, Lucila se dio cuenta de que no tenía ni idea de cómo manejar la situación. Supuso que un movimiento en falso podría ser fatal. Dejó que fuera él quien tomara la iniciativa.

—Estoy demasiado cansado —Cayo dio por zanjado el asunto—. Éste es mi plan: nos quedamos aquí tumbados, cómodos y calentitos. Al final nos quedaremos dormidos. Cuando nos despertemos, lo haremos.

—¿Todo en tu vida tiene que tener una orden del día? —bromeó Lucila.

—No hay nada mejor —le aseguró Cayo con gravedad. Contó los asuntos con los dedos—: Comentarios de apertura. Acurrucarse. Dormir. Amarte. Cualquier otro tema…

Lucila lo aceptó y se acomodó contra él como si durante años hubiese sido aquél su lugar. Cayo metió la mano bajo el cuello de su túnica pero no

explorando, ni de manera sensual, buscando sólo la cálida piel desnuda de su hombro. Ella a su vez le tomó suavemente la muñeca. Era el tacto de la propiedad, por ambas partes.

Yacieron juntos, aliviados, relajados, satisfechos, descansando.

* * *

Cayo se movió. Dio la sensación de que era algo más que un cambio de postura por comodidad, y cuando Lucila murmuró levemente, él la acercó hacia sí para que pudieran volver a besarse. Sus labios saborearon los de la joven con firmeza; se había tomado alguna decisión. A Lucila se le aceleró el corazón. Sin que sus bocas se separaran, Cayo rodó en la cama de forma que Lucila quedó en la posición que siempre sería su favorita, notando su peso sobre ella.

Cayo era tierno, apreciativo, relajado pero resuelto. Lucila no tenía ninguna duda de adónde los estaba conduciendo él.

Como logista experto que era, Cayo se despojó de su ropa y le quitó también la suya a Lucila, consiguiendo de algún modo no estropear el momento. Se tomó su tiempo y acomodó a Lucila y a él mismo tal y como quería que estuvieran.

—No tengas miedo. Los augurios son prometedores.

—¿Augurios? —preguntó en tono alegre—. ¿Acudiste a un sacerdote, Cayo?

Lucila notó que Cayo se estremecía; en el Campo Escelerado se había hartado de sacerdotes para el resto de su vida.

—Me enviaste al médico.

—¿Te envié?

—Soy obediente. Comprueba tú misma los augurios —condujo la mano de Lucila para que pudiera comprobar que ya no había ningún problema.

La joven oyó que dejaba escapar un jadeo y que se tensaba al tocarlo. Ninguno de los dos podía esperar más.

—¿Estás listo?

—Estoy listo.

Jadearon levemente en el momento de su unión, tal como harían siempre. Una exquisita bienvenida que ninguno de los dos daría nunca por sentada.

En aquel primer regreso del uno al otro, hicieron el amor como lo hubieran hecho sus antepasados, los antiguos romanos, cuando el hombre llegaba a casa cansado de labrar la tierra y la mujer que atendía el fuego del hogar lo recibía en su cama rústica antes de dormir. No fue nada artificioso, nada demasiado prolongado. Fue el placer sincero y sin reparos de dos personas que iban a compartir la vida tanto tiempo como les permitieran hacerlo.

Ya habría otras ocasiones de ser aventureros, de una pasión más prolongada, de estridencias y obscenidades. Aquélla era la comunión íntima y sin complicaciones de una pareja a la que le gustaba acabar el día expresando su amor.

OceanofPDF.com

XXVII

La luz cambió sutilmente por todo el apartamento, aunque aún era de noche. Fuera, un pájaro empezó a gorjear entonando un crescendo alegre y penetrante que encajaba con el estado de ánimo con el que se despertó Lucila. Los últimos carros de reparto rodaban pesadamente en la distancia, intentando adelantarse al toque de queda diurno, cuando los vehículos de rueda tenían que abandonar las calles. Los obreros más madrugadores ya habían salido a la calle del Ciruelo y pasaban por el figón de camino a sus empleos de baja categoría. Sus voces eran escandalosas y parecían desconsideradas, como si pensaran que si ellos tenían que estar levantados y andando por ahí, ¿por qué no habrían de hacerlo los demás?

Dentro todo estaba en calma.

Junto a ella, Cayo se había acurrucado, mirando hacia el otro lado y dormía tan profundamente que en un momento dado Lucila se había arrimado a él y se había pegado a su espalda para escuchar su respiración, como si necesitara comprobar que seguía vivo. Sin preguntar, supo que Cayo hacía años que no dormía tan bien; la pasada noche se había desvanecido para siempre un dolor largamente anquilosado.

Cayo intuyó que Lucila se había despertado. Salió a duras penas de la inconsciencia, sólo lo justo para darse la vuelta hacia ella, rodearla con los brazos y atraerla hacia sí, tras lo cual volvió a sumirse en el sopor. La cálida palma de su mano extendida sobre la cabeza de Lucila, los dedos entrelazados con su pelo.

Lucila lo abrazó, temblando y abrumada de gratitud por lo que ahora tenía. Cayo se despertó lo suficiente para protestar un poco contra sus

emociones, le acarició la sien con las yemas de los dedos hasta que Lucila se calmó también y se durmió de nuevo.

Cayo no tardó ya en despertarse. Permaneció echado y alerta mientras el sol de la mañana iba ganando intensidad y empezaba a entrar a raudales a través de los huecos de los postigos, en tanto que los barrenderos iban y venían por la calle del Ciruelo hasta que los tenderos y la gente con negocios que atender ocuparon el vecindario. Durante una media hora se oyó a los colegiales que vociferaban sin inhibiciones de camino a sus clases. Luego las voces se volvieron menos estentóreas. Al cabo de un rato Cayo se adormiló ligeramente, esperando a que Lucila se despertara y poder pasar el día juntos.

Era un hombre feliz. Era algo que iba más allá de la afabilidad matutina de cualquiera que se hubiera tirado a la chica que le gustaba. Cayo sabía que sus vidas se habían alterado de manera fundamental. De todos modos, iba a tener que esforzarse para conservar aquello: combatir a todos los demás cabrones, tenerla contenta todos los días… Esperaba con ansia el proceso. Cuando Lucila se despertó, él la recibió con besos, incapaz de dejar de sonreír.

Al principio permanecieron tumbados en silencio, frente con frente, dichosamente sumidos en su reconciliación. Mientras se miraban como dos tórtolos enternecedores, Lucila cayó en la cuenta de que rara vez pensaba en Cayo como en un hombre tuerto. Lo conocía tan bien que interpretaba sus expresiones y leía sus pensamientos como si tuviera dos ojos para comunicarse como todo el mundo. Tampoco importaba si era apuesto o repulsivo. Todo lo que ella amaba estaba en su forma de ser.

—¿Qué estás pensando?

—¡Tu lista de acción ha quedado abandonada!

—Es una lista de acción totalmente adecuada —declaró Cayo—. La completaré. —Lucila sonrió y Cayo disfrutó de su benevolencia como un perro lamiendo el jugo de la carne—. Todos mis programas —comentó, de lo más alegre— siempre reciben un tratamiento sistemático, punto por punto, ya que están dirigidos por un hombre que conoce a los cabrones perezosos e incompetentes con los que se ve obligado a tratar… Escucha,

cariño, esto es importante; deja de hacerme cosquillas en las pelotas un momento…

—¿No puedes dejar que te acaricien y decir tonterías al mismo tiempo?

—No puedo concentrarme. No soy ningún semidiós… Lo que decía: en mi departamento existe un programa acordado, pero puede autorizarse cualquier otra actividad si decido que es necesario. Hacerte el amor anoche fue una actividad especial. La agenda sigue vigente. Llevaré a cabo todas las dichosas tareas. ¿Está claro?

—Muy claro. ¿Cuándo empieza?

—Dentro de un par de segundos.

Entonces Cayo completó su agenda de manera ordenada: con pasión e inventiva y con la energía de quien ha dormido bien durante toda la noche.

* * *

Después dejaron que transcurriera media mañana hablando, bromeando y aprovechándose lánguidamente de su primera oportunidad verdadera de pasar tiempo el uno con el otro, sin presiones por tener que hacer cualquier otra cosa.

Estando aún en la cama, Lucila no pudo resistirse a preguntar:

—Aquel día, a las puertas del teatro, dijiste una cosa pero estabas enfadado… ¿Era verdad?

—Esto es lo que un gramático definiría como «una pregunta que espera una respuesta afirmativa». No juguemos. Sabes que te quiero.

Si tenía en cuenta la tenacidad con la que la había perseguido, ¿cómo podía dudarlo Lucila? Se quedó tumbada mirando el viejo techo de madera.

—¿Y a mí, me lo vas a preguntar?

Cayo le tomó la mano en la suya, entrelazando los dedos.

—Ya me lo dirás cuando quieras.

—Da la impresión de que ya lo sabes.

—Entonces, ¿soy muy engreído?

—La verdad es que no. Sólo eres un observador cualificado.

Cayo había encontrado el cabo de la cinta azul; sorprendentemente, el nudo aún seguía intacto. Era inevitable que tirara de él. Soltó el cabello brillante de Lucila y lo extendió en torno a la cabeza de la joven, colocando algunos mechones sobre sus hombros con ternura.

—Resulta irónico —concluyó ella con tristeza—. Dedico mi vida a peinar a las mujeres, a hacerlas atractivas para sus hombres y lo que a éstos más les gusta, continuamente, es que lo lleven largo y suelto, sin adornos…

—¡Sobre una almohada! —exclamó Cayo con gran entusiasmo.

* * *

—Bueno, ¿y ahora qué pasa?

—El desayuno. —Cayo se incorporó, se sentó al borde de la cama y estiró lo que él ya debía de saber que era un torso impresionante—. Tengo que levantarme. Tradicionalmente, es el chico de la familia quien sale a buscar los panecillos para el desayuno.

«¿Somos una familia?».

—Me refiero a que…

—Ya lo sé —la interrumpió Cayo—. Esta vez no voy a dejarte escapar —rodó de nuevo sobre la cama y la agarró con suavidad. Sabía lo incierta que había sido la vida de Lucila y lo decidido que estaba él a evitar más errores estúpidos—. Acabemos de una vez. Tú necesitas saber que soy un elemento fijo. Yo necesito saber que si me voy un momento a mear no vas a desaparecer.

—Dime qué quieres, Cayo.

—¿A ti qué te parece, amor? Hace mucho tiempo que voy detrás de ti como un bobo, a mí me parece todo bastante evidente.

—Nada de conjeturas. He visto fracasar a muchas de mis clientas por haberse fiado de las suposiciones.

—¿Quieres un acuerdo por escrito? —A Lucila le hizo gracia porque dio la impresión de que, de haber tenido una tablilla encerada allí en la cama, Cayo hubiera anotado los términos del contrato—. Cualquier cosa

con la que estés de acuerdo —dijo Cayo—. Como sea que elijas llamarlo. No voy a forzar mi suerte; lo dejaste muy claro, crees que soy una mala apuesta para el matrimonio y no te culpo… Sé mi chica, Lucila, nada más. Sé cariñosa y déjame ser tierno contigo. Cuando el trabajo lo permita, estaremos juntos. Una cama, un fuego, una mesa…, un maldito perro que ya se cree el dueño de ambos. Una vida, una serie de sueños.

Lucila le acarició la mejilla maltrecha con los nudillos.

—Me he fijado en que has mencionado la cama en primer lugar.

Cayo le mordisqueó el dedo con afecto.

—No, los sueños van primero. Sólo me asustaba reconocerlo, por si creías que era un blandengue.

—¿Y cuáles son tus sueños, Cayo?

—¿Quién sabe? —era completamente sincero—. Quizá tenga que estar contigo para saberlo… Dame una oportunidad, mujer. Sabes que quieres.

Lucila sonrió con tanta dulzura que su felicidad era transparente. Se contoneó de rodillas para arriba y lo abrazó fuerte, tras lo cual lo envió a buscar el desayuno.

—¿Quieres que deje subir al perro? —Oían aullar lastimeramente a *Ricura* desde el salón de abajo. Sabía que se estaba perdiendo algo.

—Más vale que sí. Tiene que acostumbrarse.

—¡O lo acepta… o se va!

—Cayo, como amo de una mascota eres implacable… ¿Yo también tengo que hacer lo que tú digas?

—Oh, no. Conozco mis límites —se burló Cayo.

Las panaderías ya debían de haber agotado las existencias. Cayo se lavó, se puso su vieja túnica y salió a buscar panecillos. Lucila lo oyó durante todo el recorrido por la calle del Ciruelo, porque se llenó los pulmones de aire y, al igual que el mirlo antes, se puso a cantar a voz en grito.

La gente volvía la cabeza para mirarlo. Cayo Vinio lo sabía, y no le importaba.

OceanofPDF.com

XXVIII

Tendrían cinco años para vivir como una pareja enamorada en la calle del Ciruelo. Más de lo que pueden esperar muchos amantes. En la historia política de la ciudad, aquellos eran unos tiempos horribles, pero si tenían cuidado, la gente podía encontrar una felicidad humana normal. El apartamento que Lucila y Cayo compartían siempre había parecido estar aislado de los problemas del mundo. Aunque Lucila trabajara allí, en cuanto la clientela se marchaba el lugar era doméstico y privado; para Cayo había sido su refugio secreto durante mucho tiempo.

Entonces se veían con regularidad. Cuando estaban juntos todo parecía de lo más natural. Cuando los demás empezaron a verlos como a una pareja, Lucila se sorprendió de los pocos comentarios al respecto.

—Todos creen que llevamos años durmiendo y viviendo juntos —le explicó Cayo.

Lucila se indignó.

—¿Quién dice eso? ¿Quién lo cree?

—Cualquiera que nos haya visto juntos en la misma habitación, preciosa.

La primera vez que Cayo volvió a casa después de pasar un tiempo en el campamento, Lucila lo oyó alborotar al perro y preguntarle: «Bueno, ¿y ella dónde está?», en un tono tan familiar que se le hizo un nudo en la garganta. Él sólo le dio un beso rápido en la frente y se fue corriendo a dejar un paquete de marisco y a lavarse las manos antes de prestarle atención de verdad. Cuando lo hizo, su afecto fue del todo natural.

A pesar de lo que él prometió, Lucila había estado debatiéndose entre creer que volvería y dudarlo.

—¡Eh! Soy un soldado, no llores por mí o me romperás el corazón… Sabías que volvería.

—Sí.

—Pues será mejor que te guste, porque no puedo mantenerme alejado de ti.

En la siguiente ocasión no iba a llorar.

Era agradable. Cayo era un cabeza de familia que volvía a casa con la cena, que había escogido él mismo y que, según Lucila supuso, se empeñaría en cocinar, puesto que freír un puñado de gambas con ajo tenía que ser un trabajo de hombres. Lucila se iría moviendo a su alrededor en la diminuta cocina, preparando otras cosas para la comida, compartiendo las tareas sin necesidad de consultar nada. Ahora que eran amantes podían apretujarse allí los dos, cuanto más íntimo el ambiente, mejor. Se rozaban a todas horas. Era algo más que confianza; les gustaba estar en continuo contacto.

Así era cómo sería la vida. Lucila se había dado cuenta de ello, con un vuelco del corazón, aquella noche en la que se habían convertido en una unidad. Eran amigos, amantes, compañeros, conspiradores conjuntos contra el resto del mundo. Aquella noche comerían juntos, beberían un poco de vino, charlarían, se quejarían de los demás, disfrutarían del crepúsculo, luego ordenarían la casa, pasearían al perro, volverían a casa, efectuarían sendas abluciones, se irían a la cama alegremente y se volverían el uno hacia el otro entre las sábanas con maravillosa excitación.

Lucila había decidido evitar tener hijos. Lo discutieron en una ocasión, cuando ella supo que Cayo había visto lo que estaba haciendo. Lucila creía que él la cuidaría, y que querría a cualquier hijo que concibieran juntos, pero la profesión de Cayo comportaba ciertas inseguridades y Lucila aún recordaba la advertencia que le hizo después de la muerte de Lara en cuanto a cómo los niños afectarían a su trabajo. Además, ¿quién quería traer un bebé a la Roma de Domiciano? No era lugar para los inocentes.

Cayo pareció aceptar su decisión. Al menos eso fue lo que dijo. Los hombres podían llegar a ser muy sentimentales. Los hombres a menudo querían tener herederos que continuaran su linaje. Pero él no la presionó en

absoluto. La otra cosa sobre los hombres era que, si eran sinceros al respecto, cosa que no era ninguno, querían a sus mujeres para ellos solos. Eso Lucila lo había aprendido de su clientela.

Lo verdaderamente crucial era que ahora ambos lo discutían todo. Una definición del matrimonio romano decía que una esposa era la única persona con la que un hombre compartía sus pensamientos más íntimos, pensamientos que ni siquiera divulgaría entre sus consejeros masculinos más allegados, sus *amici*. En el caso de Cayo, sus *amici* eran sus dos hermanos, su antiguo compañero de los vigiles Escorpo y su predecesor, Séptimo; era reservado con sus colegas oficiales porque en cualquier organización, un jefe administrativo no confía en nadie. Cayo reconocía, al menos a sí mismo, que nunca había compartido mucho con sus esposas. Por mutuo acuerdo, Lucila y él no iban a definirse como casados. Pero ahora Cayo confiaba en ella plenamente, y ella hacía lo mismo con él. Hablaban de trabajo, de política, de sociedad, del vecindario, de asuntos familiares, de amigos, de música y literatura, absolutamente de todo. Sostenían más de una conversación en el balcón, en la habitación donde estaba el diván de lectura, cuando salían a dar un paseo, en la cama. Ninguno de los dos había tenido fama de hablador, pero cuando estaban juntos hablaban sin parar.

Tal vez incluso hablaran demasiado. Cuando se decía tanto, si alguna vez se dejaba sin mencionar algún asunto, el silencio sería revelador.

Se reían mucho. Había veces en las que a una persona ajena le resultaría difícil saber por qué. Su regocijo se basaba en la opinión compartida de que casi todo el mundo era ridículo, pero también derivaba de la compleja trama de sus conversaciones pasadas. En ocasiones se miraban el uno al otro y se echaban a reír, sin necesidad de decir nada.

Lucila nunca iba al campamento. Sabía cómo era: más o menos unos dos tercios del tamaño de un fuerte legionario, explicó Cayo —cosa que a ella no le decía mucho—, con espacio para diez o doce mil hombres de ser necesario: un ejército pequeño. Vivían muy apiñados, con un único cuartel de dos pisos y hasta con edificios adicionales apretujados contra los muros interiores de una forma que no sería segura en un fuerte de campaña, donde siempre se dejaba un arcén despejado para recoger los proyectiles enemigos

y realizar maniobras de emergencia. Lucila conocía el exterior, un cuadro inmenso situado al otro lado de la puerta nordeste de la ciudad, con unos muros de ladrillo rojo de unos tres metros de altura; tales muros no puede decirse que fueran amedrentadores, pero su extrema solidez resultaba intimidante junto a una ciudad que en su mayor parte no estaba fortificada. El mero tamaño del campamento, con su gigantesca plaza de armas en el exterior, contribuía a dominar aquella zona.

Cayo trabajaba en el centro, en el principal cruce de caminos del interior, donde todos los fuertes militares tenían unos puestos de mando impresionantes. Su oficina lindaba con el conjunto que utilizaban los prefectos pretorianos. Cayo lo veía tan sólo como una pequeña desventaja; si uno de ellos se dejaba caer por allí para quejarse de un colega, normalmente lograba dejar de hurgarse los dientes antes de que se dieran cuenta. Si no, que se jodieran; era su despacho. Tenía su propia secretaría, un par de administrativos y un recadero al que Lucila conocía porque a veces Cayo enviaba a ese muchacho bizco para hacerle saber cuándo tenía intención de volver a la calle del Ciruelo. En su alojamiento privado, que casi tenía el espacio y las comodidades que podría esperar un tribuno de cohorte, un criado cuidaba de él, de su uniforme y su equipo.

A Lucila le gustaba pensar que el trabajo de Cayo había cambiado desde que dejó el puesto de enlace. La Guardia Pretoriana seguía involucrada en erradicar el delito, pero ella se permitió creer que Cayo pasaba más tiempo con asuntos de personal, la supervisión de los administrativos, el control de la caja de ahorros y la comprobación de los informes del granero. Él se conformaba con dar la impresión de que su vida era una larga rutina pidiendo nuevas tablillas enceradas. No quería preocuparla.

* * *

El primer año que pasaron juntos transcurrió tranquilamente. Se descubrió la enorme estatua ecuestre de Domiciano, por lo que hubo participación de los pretorianos en las formalidades, pero fue una emoción

pasajera. Todavía no se encontraban en lo que se conocería como el Reino del Terror, aunque sin duda se había llegado a un ambiente de preocupación constante.

Al Emperador le gustaban los castigos ingeniosos. Un senador e informante llamado Acilio Glabrión fue convocado en Alba y se le ordenó luchar con una sola mano contra un enorme león de la arena en el pequeño anfiteatro. Inesperadamente, Glabrión derrotó al león. Entonces Domiciano lo exilió. Se suponía que había estado fomentando la revolución.

—¿Es cierto? —preguntó Lucila a Cayo.

—Es probable que dijera lo que no debía en alguna ocasión. ¿Y quién de nosotros no lo ha hecho? Yo lo siento por el león. Seguro que no se esperaba perder.

—No lo dices en serio.

Estando con ella, Cayo permitía que asomara su conciencia.

—No. Bien por Glabrión, por no consentir que lo vapulearan…, aunque no le sirvió de mucho al pobre desgraciado.

A Glabrión lo habían hecho volver del exilio y lo ejecutaron por «ateísmo».

* * *

El año siguiente estalló otra guerra en el Danubio. Miembros de la tribu de los sármatas, los yácigas de las grandes llanuras, se unieron con los suevos y atacaron Panonia. Aniquilaron la XXI Legión Rapax. Una vez más, el Emperador se puso el uniforme y se marchó a la guerra.

Domiciano estuvo ausente unos ocho meses largos. Esta vez Cayo no tuvo que ir. Ello implicaba ocho meses de paz relativa, aunque sí que actuaba como el ausente punto focal de los pretorianos para sus comunicaciones con Roma. Suponía más trabajo, pero lo hacía de buena gana. Se ocupaba de la correspondencia con rapidez y podía pasar más tiempo de lo habitual con Lucila. Ambos disfrutaron de la situación, aunque aceptaban que sería un lujo limitado.

Tal vez eso hizo que ambos consideraran tener una vida en común completa. Una vida en la que habitaran en una casa como una unidad doméstica, todo el tiempo.

Mientras dejaba pasar el tiempo en el campamento, a veces Cayo meditaba haciendo cálculos de inversiones. Sabía que eso era una cosa tradicional en la burocracia, donde, cuando no estás quitándote la cera de los oídos o leyendo cartas de amor debajo de la mesa, naturalmente haces cálculos de proyectos económicos para tu retiro en la parte de atrás de algún informe viejo. Empezó a mantener una correspondencia más estrecha en relación al negocio de importación y exportación en Hispania Tarraconense que había heredado de su antiguo centurión, Decio Gracilis. No lo había vendido; si alguna vez se retiraba, quizás un viaje a Hispania para inspeccionar el negocio sería una de las cosas que podría hacer. Desde luego, lo que sí le pareció una buena idea fue asustar con esa posibilidad al liberto que había heredado. Después de escribirle al encargado, los ingresos mejoraron. Impresionado, incluso buscó Colonia Cesaraugusta en un mapa. Sólo por si acaso.

Entonces llevaba casi trece años sirviendo con los pretorianos. Si quería, dentro de tres años podría dejarlo. Tenía treinta y seis años. Consideraba que estaba en la flor de la vida, que aún le quedaban años por vivir; aunque muchos hombres no llegaban a su edad, él aún estaba sano y lleno de energía.

Había ganado un sueldo elevado durante mucho tiempo y apenas había tocado el dinero. Cayó en la cuenta de que Lucila y él podían tener una vida muy agradable por delante. Se lo contó a ella. Como lo consideraba un soldado dedicado a su carrera, ella no se lo tomó demasiado en serio, aunque sí se percató de que Cayo lo estaba meditando.

* * *

Cayo había participado en el frenesí de intensa actividad de intendencia que precedió a la marcha del Emperador en campaña; hubo burlas similares

sobre la vuelta de Domiciano. El Emperador había tenido éxito apaciguando a los suevos y los sármatas, aunque a juzgar por la información que llegaba desde la frontera, se consideraba como un respiro temporal, nada más. Podía ser que la acción militar a lo largo del Danubio continuara durante años. En realidad así fue, aunque lo que Domiciano había logrado serviría de base sólida para futuras campañas que un día quedarían inmortalizadas en la Columna de Trajano.

Se sugirió la celebración de un Triunfo para el mes de enero en el que Domiciano regresó a Roma. Pero en esta ocasión incluso él mantuvo una opinión moderada sobre sus logros; sólo aceptó la celebración menor llamada ovación. El acto suponía cierto esplendor, en lo cual Cayo estuvo parcialmente involucrado, y culminaba con la consagración por parte del Emperador de una corona de laurel a Júpiter en el Capitolio. Carecía de la elaborada procesión callejera de un Triunfo completo pero, por tercera vez, Domiciano distribuyó un congiario de trescientos sestercios por cabeza, por lo que el público estaba muy contento cuando agarraba las grandes monedas de oro.

Aquel año hubo una importante escasez de grano y un largo período de hambruna. Hasta el corniculario pretoriano tuvo que asistir, con el ceño ligeramente fruncido, a reuniones extraordinarias sobre el abastecimiento; tenía que alimentar diariamente a diez mil hombres, además de proporcionar forraje para quince mil caballos. Si las existencias del granero militar empezaban a escasear, sería nefasto. Cuando había escasez de comida en Roma, la Guardia Pretoriana tenía cierta prioridad, pero había que manejarlo con cuidado para evitar disturbios. Las buenas relaciones públicas eran esenciales en una época de afligidas colas para el pan. Un corniculario que tuviera familia en Roma podía comprender las susceptibilidades.

Para Cayo, la escasez de grano fue un aspecto interesante de su trabajo. No era su cometido encontrar una solución política, afortunadamente, pero de vez en cuando lo convocaban a reuniones tácticas. Existía un prefecto de Suministros que supervisaba la adquisición de grano, los mercados y la distribución, por lo que Cayo era un colaborador de poca importancia en

aquellas reuniones principalmente cívicas y su informe siempre constituía el último punto de la orden del día, de modo que, si las discusiones excedían el tiempo previsto, se resumía en un apéndice de las actas. Nadie leía los apéndices.

—Otra reunión de medidas —le decía quejándose a Lucila—. Memorando: una «reunión de medidas» es aquella en la que se saca una «lista de medidas a tomar», probablemente la misma que la última vez, y que resulta en no tomar ninguna medida.

Al igual que todos los buenos administradores, su perspectiva era pesimista. Al igual que los mejores, normalmente su departamento superaba sus cautas previsiones.

Aprendió más de lo que se esperaba sobre los grandes cestos de grano de las provincias que abastecían las bocas hambrientas de Roma: los interminables campos de trigo del norte de África, que producían casi dos tercios de las necesidades de la ciudad, y Egipto, que enviaba una cuantiosa contribución, así como los suplementos de Hispania, Sicilia y Cerdeña. Además, también le interesó más de lo que preveía.

Le hizo pensar en el enorme comercio de mercancías por todo el Imperio. Tanto las necesidades como los lujos se transportaban por barco o carro en todas direcciones. La mayoría de los romanos disfrutaban de los beneficios, sobre todo porque el comercio estaba prohibido a la clase senatorial, de modo que ésta lo despreciaba con altanería. Estaba claro que se podía ganar un dineral. Un tema constante en las reuniones de aprovisionamiento era cómo evitar la especulación. Cómo animar a las provincias a que cultivaran y enviaran aquello que la grande y codiciosa ciudad de Roma necesitaba constantemente. Cómo tener contentos a negociadores y armadores, en particular cuando muchos de esos cabrones de poco fiar eran extranjeros.

Vinio Clodiano no era un esnob y en el fondo siempre sería un logista. Lo había aprendido de su padre, quien como tribuno de los vigiles había mantenido el orden en dos de los distritos de Roma, equilibrando las necesidades de comunidades dispares y las distintas exigencias de la ley y la lucha contra el fuego, cuadrando los libros, manteniendo a sus superiores

a una distancia prudencial, llevando la delantera a los delincuentes y corruptos, no perdiendo la cabeza. Los atisbos en el mundo de los negocios hicieron que Cayo retomara su pequeña y propia relación con el comercio, con su heredada empresa de vino en Hispania. Sabía que podía ser un empresario. Archivó la idea, aunque una intrigada Lucila lo estaba observando.

Finalmente Domiciano aprobó un edicto mediante el cual, y con objeto de estimular la producción de grano, no se podían plantar nuevos viñedos en Italia, en tanto que en las provincias había que arrancar al menos la mitad de la extensión sembrada. En esta casi única ocasión en la que Domiciano se aventuró a legislar para el conjunto del Imperio, el plan no funcionó. Después de recibir peticiones de las provincias orientales, el Emperador rescindió su edicto.

Posteriormente lo intentó con una ley para limpiar el suelo de Roma: la ciudad era como un vasto emporio, y sus caminos principales estaban obstruidos con taburetes de barbero, puestos de verduras, mesas de cambistas, cestos y ollas en venta. Las mercancías colgaban de todos los pilares y toldos. Muchas de las cosas que allí se amontonaban no eran más que chatarra. Algunas eran incluso peligrosas. Domiciano aprobó una ley por la que toda aquella parafernalia intrusiva debía mantenerse por detrás de la línea de la fachada. Tampoco esto le reportó popularidad.

Algunas personas se alegraron de que les restituyeran Roma; la mayoría lamentaban los inconvenientes y la pérdida de personalidad. En la calle del Ciruelo, las mesas desplegadas frente a la Vieira se plegaron y retiraron, aunque Crético permitió que en su lugar la taberna utilizara una parte de su jardín. Incluso las ayudantes de Lucila, Glyke y Calisté, tuvieron que dejar de hacer manicuras a las puertas de su salón de belleza y tenían que hacer entrar a todo el mundo. Era una pesadilla para los cotillas. Encerrados en las tiendas o talleres estrechos que bordeaban las calles, se perdían la mitad de las cosas que pasaban.

Mientras la gente refunfuñaba ocurrió algo peor. Aquél fue el año en que empezó el verdadero miedo para los que formaban parte de la vida pública.

* * *

Domiciano decía que si un emperador sólo tenía que ejecutar a unos cuantos oponentes era simplemente por una cuestión de suerte. Comparado con emperadores pasados y futuros, lo cierto es que fue comedido, aunque había una viva sensación de que odiaba al Senado, y muchos de los que escaparon con vida fueron en cambio exiliados. Trajano diría de modo sentencioso que Domiciano era el peor de los emperadores, pero el que tenía los mejores *amici* (siendo el propio Trajano uno de ellos). Trajano estaba a salvo; se ganó la confianza de Domiciano durante la Revuelta de Saturnino y ahora servía como gobernador de Panonia, una de las zonas peligrosas del Imperio.

Consciente de un modo crucial de su propia competencia, durante el Reino del Terror Trajano fue subiendo. De todos modos, habría visto ejecutar a otros gobernadores de provincia cuando Domiciano dudaba de su lealtad. También había visto lo que le ocurrió a Agrícola, un hombre cuyos siete años en el puesto, un período desacostumbradamente largo, habían puesto casi toda Britania bajo control romano, a pesar del clima, el terreno y los nativos implacables. Pero para disgusto de Agrícola, cuando Domiciano necesitó tropas en el Danubio, las vitales legiones britanas se vieron reducidas y el ejército ordenó la retirada del territorio que tanto les había costado ganar en Caledonia. Cuando Agrícola regresó a Roma, recibió honores triunfales, aunque debió de parecer que se le otorgaban a regañadientes, puesto que luego se le negó el chollo del destino en África o Asia que debería haber obtenido por derecho. Su yerno Tácito llegaría incluso a afirmar que Domiciano intentó envenenar al desairado general.

Hubo ingratitud, sin duda. Causó más resentimiento cuando Agrícola murió aquel año. Los que le eran leales tenían la sensación de que el mal trato del Emperador había acabado con Agrícola antes de tiempo. Cayo Vinio, sin ir más lejos, pensaba eso; él había servido en Britania a las órdenes de Julio Agrícola, y los soldados, por tradición, son nostálgicos en

cuanto a los comandantes de su juventud. Cada vez que la antipatía de Domiciano hacia las clases senatoriales conducía a algún acto de rencor contra un individuo, las murmuraciones se extendían. Podía matar a un hombre que lo ofendiera, pero causaba el enfado de todos aquellos a los que ese hombre había impresionado alguna vez. Había tenido la perspicacia suficiente para notar la creciente reacción en contra, aunque eso sólo había hecho que aumentar su aislamiento y desconfianza.

Los amigos de Domiciano habían perdido cualquier control sobre él. La influencia moderadora de Julia había desaparecido y Domicia parecía impotente. Tal vez, en lo que se había convertido en un matrimonio vacío, la mujer había perdido el interés por intentarlo. Con el deterioro gradual de la mente del Emperador vinieron acciones más crueles y repentinas. A un hombre se le oyó decir de un gladiador tracio que quizá podría derrotar a su oponente galo pero que no era rival para el patrón de los Juegos: Domiciano; se lo llevaron a rastras de su asiento y lo arrojaron de inmediato a la arena para que los perros lo destrozaran.

Era tal la fama del Emperador que, de hecho, la gente temblaba de terror en su presencia. Tal como hacen los déspotas, él se daba cuenta de ello con macabro regocijo. Todo se resumía en su conocido deseo de que se dirigieran a él como *dominus et deus*, Señor y Dios. Lo de «señor» era algo corriente; no heriría la sensibilidad de nadie porque era una señal de respeto habitual que todo el mundo utilizaba, desde soldados a colegiales. Pero llamar dios a cualquier persona viva suscitaba repugnancia. Hasta los emperadores romanos deificados eran un fenómeno reciente; su sucesor en el Senado tenía que concederles la transubstanciación y, definitivamente, tenían que morir primero. El padre del propio Domiciano había bromeado al respecto, cuando Vespasiano supo que tenía una enfermedad mortal.

Domiciano negó en público toda reivindicación formal del título de Señor y Dios; sin embargo, lo aceptaba, parecía desearlo y lo utilizó abiertamente en su correspondencia. Los aduladores captaron la indirecta.

Como en todas las cortes llenas de terror, había servilismo descarado. En los salones relucientes del palatino y en la remota ciudadela de Alba, Domiciano disfrutaba de la adulación. La gente se inclinaba; los visitantes

se lanzaban a realizar actos de reverencia inapropiados; tenían lugar viles besuqueos de pies. El cuidadoso mito promulgado por el emperador Augusto de que el líder de Roma debía ser un hombre normal que viviera con modestia, simplemente «el primero entre iguales», siempre había sido una farsa; ahora estaba desechado por completo.

Nunca habría una oposición intelectual organizada. No obstante, aunque la vida bajo el régimen de un déspota se volvía angustiosa, algunos aún osaban a reaccionar en contra.

Primero, Plinio el Joven y Herenio Seneción, quien precisamente era hispánico, unieron fuerzas para procesar a Baebio Massa, el gobernador de la Hispania Bética, por concusión. Fue un acto aún más valiente si cabe porque Baebio era amigo de Domiciano. Ganaron el caso. Baebio tuvo que ceder sus propiedades para pagar a los habitantes de la provincia a los que había estafado, pero con el respaldo de Domiciano sobrevivió políticamente. Tomó represalias y presentó cargos de traición contra Seneción. La acusación fracasó, pero entonces Mecio Caro, el hombre que había procesado a la vestal Cornelia, se ocupó de ello con su habitual estilo desabrido.

Fue la fase final de una larga confrontación con un grupo de republicanos acérrimos con creencias estoicas que se remontaban al reinado de Nerón. Provocó muertes, y recelo de los filósofos. Llevó incluso al insólito espectáculo de Némuro, el practicante de valores estoicos no declarado, visitando a su ex esposa para suplicarle información con la esperanza de que ella pudiera sonsacar a su dócil pretoriano.

El flaco profesor se las arregló para aparecer en la calle del Ciruelo no sólo cuando Lucila había salido para atender a una clienta en su domicilio, sino cuando Vinio estaba en casa. Para Némuro aquél era el peor escenario posible. Forzó a los dos hombres a un encuentro embarazoso, sentados en el balcón a media tarde con un cuenco de dátiles rellenos fritos y unas copas de vino aguado mientras esperaban a que regresara Lucila. Némuro estaba tan incómodo que no dejaba de moverse. A Vinio, que le ofreció el tentempié con expresión severa, le pareció muy divertido.

—Espero que te gusten. Los he hecho yo mismo. —Supuso que Némuro era un inútil en la cocina. El hombre puso cara de horror—. No espero que Lucila lo haga todo en casa. Trabaja muy duro por su cuenta. Se merece que la mimen.

Tras un silencio gélido, Némuro cayó en la cuenta.

—¿Vosotros dos sois…?

—¡Oh! Perdona. Sí, lo somos.

Némuro estaba desesperado por marcharse, pero era demasiado cohibido para zafarse.

Al poco llegó Flavia Lucila. Vinio salió del balcón y cerró una puerta deliberadamente. Némuro oyó que saludaba a Lucila en voz baja.

—Está aquí tu ex.

Siguió un silencio. Némuro se los imaginó besuqueándose. Entonces un perro terrorífico abrió la puerta plegable de un empujón y le gruñó.

Vinio regresó con una tercera silla, que colocó cerca de la suya.

—¡Déjalo, *Terror*….! Ya viene.

Entonces Némuro se vio atrapado en aquel pequeño balcón, en una tarde como las que la pareja debía de disfrutar habitualmente, ya fuera solos o bien con amigos o familiares. Tenue luz del sol. Vino y golosinas. Conversación agradable. Risas. Cosas que a él lo ponían nervioso.

Aquel perro horrible se subió encima del pretoriano en cuanto éste retomó su asiento. Él jugó con el animal, presumiendo con despreocupación de lo bien que se llevaban y del control que tenía sobre él.

Apareció Lucila. Fue directa a los dátiles rellenos, comiendo con una mano mientras que con la otra se quitaba las sandalias y se frotaba los pies. Como siempre llevaba unos zapatos absurdos, las tiras se le habían clavado en los pies, no de mala manera pero sí bastante. Como tenía la boca llena no le dijo nada a Némuro, se limitó a enarcar una ceja para preguntar el motivo de su visita. El perro dejó al pretoriano y se tumbó junto a la silla de Lucila. Utilizando a la criatura de escabel, Lucila enterró los pies descalzos en su horrendo pelaje y meneó los dedos. No había duda de que aquella mascota espantosa era muy querida por ambos.

—Bueno…, ¿os gustaría que os dejara a solas? —preguntó Vinio de repente, como si se le acabara de ocurrir. Educado. Considerado. Repugnante.

Lo hizo imposible, por supuesto. Némuro tenía que decir no, no; nada de lo que quería discutir era confidencial… Esto contravenía el primer principio del gran filósofo estoico Epícteto, quien decía que la gente no debía mentir.

—¿Y bien? ¿De qué quieres hablar? —preguntó Lucila sin rodeos.

Némuro tuvo que sincerarse. Albergaba la sospecha de que Lucilia y Vinio se estaban riendo de él. Se sentía muy incómodo.

Una de las acusaciones contra Domiciano era el hecho de que en el período subsiguiente a la Revuelta de Saturnino había forzado confesiones ordenando que prendieran fuego a los genitales de los hombres en cuestión. Vinio Clodiano había dejado hecho polvo a Némuro limitándose a ofrecer canapés. Lucila aún estaba disfrutando de los dulces, ajena a que su ex esposo se estaba imaginando a su amante metiendo aperitivos a la fuerza en la garganta de un sospechoso…

Némuro dijo que quería preguntar por las implicaciones de los recientes juicios por oposición. Lucila dijo sentirse confusa. Némuro se ofreció con cautela a explicarlo. (Se fijó en que el pretoriano no dijo nada; era de suponer que guardaba todos los detalles de los elementos subversivos condenados en un archivo).

—Empezó hará unos treinta años con un senador llamado Trasea Peto, quien hizo frente a Nerón. Por ejemplo, salió del Senado sin votar cuando le pidieron que aprobara la carta que Nerón envió para justificar el asesinato de su propia madre, Agripina.

—Una mujer terrible, ¿no?

—De acuerdo, pero de todos modos fue matricidio. Peto ofendió a Nerón y luego se retiró para llevar una vida reservada. Pero su modelo a imitar fue el íntegro Catón, quien había hecho notar las ambiciones de Julio César; Peto escribió el panegírico de Catón. El estilo de vida sencillo que adoptó Peto parecía una afrenta a la disparatada corte de Nerón. Fue

acusado ante el Senado, el cual cedió y lo condenó, se dice que debido a la presencia de un gran número de tropas intimidatorias.

—Mmmm —intervino Vinio: un comentario profesional imposible de interpretar.

Némuro tragó saliva.

—Peto se fue a casa y se cortó las venas. Su hija Fania, que fue acusada en este último juicio, estaba casada con Helvidio Prisco, otro estoico acérrimo. Sobrevivió de Nerón a Vespasiano, aunque llegó un momento en que aquél lo desterró por manifestar su aprobación de los asesinatos de César.

—¿Eso es ilegal? —preguntó Lucila a Vinio.

—Ningún hombre sensato expone bustos de Bruto y Casio, ni celebra sus cumpleaños. —Lo dijo en un tono neutro, sospechosamente neutro, en opinión de Némuro. Vinio se sumó entonces a la discusión—: ¿Tú no dirías que Helvidio Prisco encarna la manera en que estos estoicos se enfrentaron deliberadamente a los emperadores?

—¿Te refieres a sus peleas con Vespasiano?

—Sí; tuvo suerte de que Vespasiano fuera un tipo tolerante y que le permitiera continuar tanto tiempo con su comportamiento abominable. Helvidio se negó a reconocer a Vespasiano como emperador en sus edictos judiciales como pretor. Eso fue muy grosero. Se empeñaba en llamar a Vespasiano por su nombre privado en lugar de por su título. Debió de ser mortificante para el Emperador.

Némuro explicó:

—A Helvidio le indignaba que Vespasiano quisiera fundar una dinastía hereditaria. Nunca quiso dar su brazo a torcer, hasta que Vespasiano se sintió obligado a ejecutarlo. Se dice que Vespasiano había intentado rescindir la orden.

—¡Un viejo truco, pero parece bueno! —respondió Vinio con una sonrisa.

Némuro quedó un tanto estupefacto. Nunca se le había ocurrido pensar que Vespasiano pudiera haberlo hecho con astucia.

—Pero la traición de Seneción tuvo que haber sido deliberada —dijo Vinio—: escribió una biografía de Helvidio Prisco muy comprensiva.

—Pero era un elogio funerario… ¿Lo has leído? —Una pregunta propia de un profesor.

Némuro vio que Vinio evitaba responder. Le resultaba sumamente difícil juzgar la expresión de aquel hombre tuerto. Era de suponer que si un miembro de la Guardia Pretoriana leía literatura republicana era por aborrecibles motivos de Estado.

—Cayo fue al juicio —comentó Lucila con seriedad, inclinada hacia delante y hablando por encima del regazo de su enamorado—. ¿Te das cuenta del cargo que ostenta ahora Cayo Vinio? Es el corniculario, el jefe administrativo de la Guardia.

—Sólo soy un contable —terció Vinio, esta vez sonriendo sin duda alguna.

—Te felicito —dijo Némuro con voz apagada.

Vinio se levantó.

—Traeré algo más para picar.

* * *

A esto siguió un intervalo durante el cual tanto Vinio como Lucila estuvieron yendo y viniendo, trayendo las cosas para una cena informal. Era evidente que daban por sentado que Némuro se quedaría. Apareció más vino. Vinio sólo lo sirvió a Lucila y a él, quizá por descuido, pero la joven le llenó de inmediato el vaso a Némuro. Era un tinto muy gustoso de Hispania. No había duda de que vivían bien.

—Cuéntale lo del juicio, Cayo.

—Es una lástima estropear una velada agradable.

—Bueno, él ya sabe que es un asunto abominable.

—Están muy buenas; ¿dónde las has comprado? —Vinio preguntaba sobre las croquetas de marisco. No era una distracción; intrigado, Némuro observó la relajada interacción de ambos entre asuntos políticos y

domésticos. Lucila respondió y entonces Vinio resumió con diplomacia el controvertido juicio por traición como si no se hubiera producido la interrupción.

Los siete acusados incluían a Arria, la fanática viuda de Trasea Peto y a Fania, su igualmente decidida hija, viuda de Helvidio Prisco. A Aruleno Rústico, un amigo de Trasea, lo condenaron por escribir un panegírico sobre él, una obra que Domiciano había hecho quemar. El hermano y la cuñada de Rústico también estaban procesados.

Seneción había escrito la elegía de Helvidio Prisco a petición de Fania y, en el tribunal, Mecio Caro la obligó a admitir, mediante un interrogatorio brutal, que le había prestado a Seneción las notas de su esposo. Seneción se había condenado aún más a sí mismo al rechazar presentarse para un cargo público.

El joven Helvidio Prisco, el hijo del difunto estoico, estaba acusado de distintos cargos: él había escrito una obra de teatro. Se basaba en la historia del príncipe troyano Paris, que abandonó a su primera esposa Enone por Helena de Troya, y parecía hacer mofa de Domiciano por haberse divorciado de Domicia por el asunto del actor, quien acertadamente también se llamaba Paris, se suponía que para posibilitar su pasión por Julia.

—El año pasado Domiciano nombró cónsules tanto a Rústico como a Helvidio hijo —señaló Vinio—. Suavizando la oposición mediante propuestas amistosas.

—Sobornándolos —se burló Lucila—. ¡Nunca funciona!

Tres acusados varones iban a ser ejecutados; Domiciano había desterrado a los cuatro restantes, tres de ellos mujeres, a islas remotas. Todo el asunto se había convertido en otro tema polémico más. Aquella farsa judicial siempre se citaría como prueba de que Domiciano era un déspota.

* * *

—Si estás preocupado por tu situación, Némuro —dijo Vinio—, olvídalo. Domiciano no tiene nada en contra de los estoicos como tales. Los

condenados cometieron unos pecados muy públicos: hacer alarde de su republicanismo, una larga historia familiar de enemistad con los Flavios, negarse a cumplir con sus deberes públicos…, además de unos escritos que convertían en santos a los que antes eran mártires.

—No escribas ningún panegírico —le ordenó Lucila con sequedad.

—Se acabó la *Vida y época del difunto Herenio Seneción* que me proponía escribir… —Incluso Némuro sabía bromear—. Yo enseño, querida; no escribo. Vamos, dime —le suplicó a Vinio—, ¿va a haber destierros de filósofos?

—Lo siento. Es confidencial.

—Yo creo que ocurrirá, Vinio.

—Y yo creo que tienes razón.

—Dijiste que era confidencial.

—La información sí. Yo te he dado mi opinión.

—¡Qué sutil! Afortunadamente, tú tienes libertad de expresión.

—Cierto —dijo Vinio—. ¡Qué glorioso este régimen en el que vivimos bajo nuestro Señor y Dios!

Lucila le puso la mano en el brazo.

—Deja de bromear, Cayo. ¿Qué debería hacer?

—¿Acaso tiene que hacer algo? —Vinio se encogió de hombros—. No quiero insultar a este hombre, pero se encuentra muy por debajo de la línea de visión. ¿Por qué se iba a molestar alguien en atacarte, Némuro?

—Vivimos tiempos aciagos…, pero no para la mayoría —Lucila reforzó el comentario de Vinio.

—Sé realista —Vinio fue franco—. No mereces la pena. Los antiguos fiscales de Trasea Peto sacaron cinco millones de sestercios con el asunto. Y con estos últimos casos se harán de oro, además de recibir la gratitud de Domiciano. De todos modos, si estás preocupado vete de Roma, hombre. Vete ahora. Márchate por tu propia voluntad y así podrás elegir tu destino y hallar una vida tranquila.

—No se lo puede permitir —protestó Lucila.

—¡Precisamente! No vale la pena procesar a un maestro pobre.

Némuro guardó silencio, con aire desanimado.

—¿Qué es lo que te preocupa? —insistió Vinio.

—Lo que le ocurrió a Juvenal. Él estaba en el círculo en el que yo me movía.

Lucila refunfuñó:

—Ese idiota no puede esperar librarse siempre de haber dicho que Julia murió después de abortar una serie de fetos, «todos ellos la viva imagen de su tío».

Vinio hizo una mueca y asintió con la cabeza.

—Ni sus descripciones del consejo de Domiciano en aquella sátira en la que cocinaban un rodaballo. Fue descarnado… y lo fue con hombres importantes, muchos de los cuales son informantes profesionales: muy imprudente.

—¿Conoces la obra de Juvenal? —Némuro estaba asombrado. Las Sátiras no se habían publicado formalmente todavía, aunque se habían leído algunos borradores en fiestas privadas; era de suponer que los espías habían informado a Vinio.

—Dime, Némuro, ¿qué le ocurrió a este autor tan sumamente tonto? —el pretoriano fingió no saberlo.

—Por lo visto, corrían rumores sobre «un ascenso»; Juvenal es de clase ecuestre. Pensó que iba a tener un honorable destino militar; en cambio, lo mandaron a un oasis a millas de distancia de la civilización, atascado en una cantera en el desierto de Egipto.

—¡Domiciano es genial! —Vinio soltó una carcajada cruel—. Tengo una idea —dijo entonces—. Si de verdad estás considerando mudarte, Némuro, conozco a una persona que tiene una granja en la bahía de Nápoles. Se encuentra en dirección a Sorrento y escapó al volcán. Quizás esa mujer agradeciera tener un inquilino respetable viviendo allí como cuidador sin pagar alquiler.

—¿Quién es? —preguntó Lucila con demasiada rapidez.

—Cecilia —respondió Vinio medio riendo—. Se trata de su famoso legado. Tiene un tamaño decente, y hay sitio para que puedas llevarte a tus padres si eso te preocupa, Némuro; magníficas vistas; el mejor clima del mundo. La villa de Domiciano se halla justo al otro lado de la Bahía, a una

distancia segura. La zona se está recuperando de la erupción y hay mucha cultura para un hombre como tú.

—¿Has estado allí? —quiso saber Lucila.

—No. Séptimo echó un vistazo.

—¡Cómo no!

De vez en cuando cenaban con Séptimo y Cecilia; Lucila tenía sentimientos ambiguos en cuanto a esa amistad.

—¿Quiénes son esta gente? —Némuro intuyó un trasfondo.

—Mi ex mujer y su marido. Una pareja estupenda. Obviamente —añadió Cayo, para provocar bromeando a Lucila—, Séptimo me debe un favor por haber dejado libre a Cecilia y su fabulosa granja para él.

—Idiota —le espetó Lucila sin mostrarle verdadera malicia.

Entonces Cayo pasó la mano por encima del brazo de la silla y tomó la de Lucila mirando a la joven con ternura.

Las demostraciones públicas de afecto entre hombres y mujeres eran poco romanas por tradición, pero incluso en presencia de Némuro, que observaba con incomodidad, la pareja continuó cogida de la mano. Némuro comprendió que lo hacían con frecuencia, tanto si había alguien allí con ellos como si no.

* * *

Terminó la comida. La jarra de vino no volvió a llenarse. Némuro decidió mencionar que debía marcharse.

Lucila se limitó a despedirse con un gesto de la mano y se quedó donde estaba. Fue Vinio quien lo acompañó a la puerta. De hecho, el pretoriano salió al rellano y sujetó la puerta cerrada tras él.

—Lo de Nápoles lo he dicho en serio. Si te parece bien, házmelo saber.

—Es muy amable por tu parte, no me lo esperaba.

—Quiero algo a cambio —admitió Vinio. El tono de su voz no salió del lo habitual, pero su mirada era más dura—. No pongas esa cara de preocupado. El cariño que le tengo a Lucila siempre te ha escudado.

Sinceramente, no espero que nadie más te traicione tampoco. Nuestro Señor y Dios permite la filosofía honesta; lo que tú creas, e incluso lo que enseñes, es asunto tuyo. Pero lo que yo quiero es proteger a Lucila.

—¿A qué te refieres?

—No vuelvas a ponerte en contacto con ella. No se trata de nada personal, aunque supongo que tienes derecho a pensarlo así. Si alguna vez un informante te prestara demasiada atención, no quiero que encuentren un rastro plateado de caracol que conduzca hasta ella.

El profesor se mordió el labio.

—Lucila es muy atrevida a la hora de elegir amigos —comentó el pretoriano en voz baja—. Ella no te abandonará, de modo que hazlo tú. «No importa cuánto tiempo vivas, sino la nobleza con que lo hagas», Séneca —recitó Vinio—. Ya sabes: sabio, compasivo, afable…, uno de esos venerables hombres de letras que consiguió que un emperador loco lo matara.

OceanofPDF.com

XXIX

Un día, cuando tenía treinta y siete años, cuando debería haber sido más listo, el corniculario pretoriano Clodiano fue convocado al despacho del prefecto e invitado a unirse a un pequeño comité de hombres de ideas afines. No encontró la forma de escurrir el bulto. Tal como ocurre siempre con este tipo de pesadillas, se le propuso como un honor.

En privado, consideraba que el término «hombres de ideas afines» olía igual que el de «ciudadanos preocupados»; quería decir locos con proyectos desagradables para la sociedad. Él había servido en los vigiles. Había llevado las listas de vigilancia de matemáticos, cristianos y astrólogos. Sabía lo que por norma general pretendían los hombres de ideas afines que se reunían en grupos clandestinos y, como soldado, no le gustaba.

—Ha habido un poco de vaivén en todo esto —admitió el prefecto. Era Casperio Eliano, el hombre al que Cayo había encontrado nada más volver de Dacia—. Las tonterías habituales. Cambios de opinión. La espera de una decisión. Aun así, ahora parecemos tenerlo claro y te alegrará saber que hemos acordado que eres el hombre idóneo para el trabajo.

«Nadie más lo querría ver ni en pintura», pensó Cayo. Por suerte, mantener ocultos sus pensamientos íntimos era uno de sus talentos. Era fundamental para su trabajo. El hecho de tener un solo ojo y la cara hecha una pena le daba todas las ventajas a la hora de mostrarse inescrutable. Con el prefecto lo hizo descaradamente.

—Gracias, señor.

Su tono fue tan benevolente que el prefecto se movió en su asiento al sobrevenirle un atisbo de duda. Sospechaba que bajo aquella apariencia de gravedad, ese tal Clodiano podía ser un indeseable subversivo.

El nuevo comité era oficial, no obstante secreto. Dio a entender a Clodiano que el Emperador conocía su existencia. Ello implicaba que Domiciano había dado su aprobación. Quizás incluso lo hubiera sugerido él mismo…, un aspecto siempre preocupante.

—¿Puedo preguntar quién me eligió, señor?

—Abascanto. ¿Lo conoces?

—Vagamente. Sé quién es, por supuesto, el secretario jefe de correspondencia. Tengo tratos con su gente.

Había cientos de administrativos en palacio, especializados en papeleo en griego o bien en latín; Abascanto estaba en lo alto, supervisando ambos grupos. El corniculario recibía documentos de varios funcionarios que habían llegado a la conclusión de que era una persona segura a la que endilgarle investigaciones (donde «segura» significaba que si la cuestión parecía inofensiva, no se molestaría en responderles haciendo preguntas delicadas sino que diligentemente perdería el original). Incluso había visto papeles con la firma de Abascanto, sobre todo de cuando el Emperador había estado fuera en Panonia y se había llevado consigo a los funcionarios principales. En aquella época un montón de porquería había regresado al campamento. Cayo la había clasificado con buen talante, aunque siempre podía confiarse en que la encontraría de nuevo si de pronto se la solicitaban.

En realidad, si ocurriera, él incluso añadiría una nota o dos para adornar el documento y que pareciera que se habían tomado molestias para ocuparse del asunto. Normalmente con eso bastaba para conseguir que el papeleo rebotara de nuevo a él sin provocar daños, para que lo archivara. Él lo guardaría en el alijo que había etiquetado con mucha pulcritud con una palabra griega que designaba objetos redondos. A los nuevos administrativos en su primer día les explicaría con aire sombrío que su símbolo de los dos círculos significaba que los documentos allí archivados ya habían pasado por dos circuitos completos para comentar o, tal como lo describía el corniculario, «habían ido y vuelto de Panonia chano chano». Si al término de la semana el nuevo administrativo no había comprendido el código, lo transferirían a los archivos del granero.

Abascanto, que provenía de una familia de escribientes imperiales, se había percatado de la devoción con que Clodiano atendía el altar de la burocracia.

—Es un liberto al viejo estilo —dijo Casperio Eliano—. Más joven de lo que cabría esperar, con un peinado horrible, debes de conocerlo de vista… Lo considero una de las elecciones personales de Domiciano, no heredado de Tito.

—¿Se involucra en los nombramientos?

—¿Acaso no lo hacen todos? —el prefecto puso cara de recatado—. Creo que prepara la mayor parte de información sobre la idoneidad del personal. —Era una nueva definición de la que el corniculario tomó nota con aprobación. Coleccionaba jerga.

—Bien —dijo Clodiano—. Bueno, mejor que tener a un bailarín a cargo de los ascensos tal como reclamó una vez ese poeta poco de fiar.

—¡Ya lo creo!

—En una ocasión fui temerario y le pregunté a mi predecesor qué pasaba con los ascensos por mérito.

—Bueno, el mérito funciona —le dijo el prefecto en tono despreocupado—. Siempre y cuando lo respaldes con un paquete de agradecimiento lo bastante grande para el liberto que otorga los puestos.

—Así pues, ¿cuál es exactamente mi cometido, señor?

Tuvo la impresión de que el prefecto se ruborizaba un poco.

Eliano le explicó que el supersticioso Domiciano encargaba con frecuencia a los astrólogos que predijeran el momento y la forma de su muerte. Tales profecías se remontaban tan atrás que incluso su difunto padre lo había hostigado al respecto en una ocasión en que a Domiciano le habían dado unas setas, el famoso método utilizado para envenenar al emperador Claudio. Cuando su receloso hijo rechazó el plato, Vespasiano había bromeado diciéndole: «¡Harías mejor preocupándote por las espadas!». Pero Domiciano cada vez tenía más miedo de que lo asesinaran, y en un futuro no muy lejano.

—¿Y cuándo está previsto que se dé este escenario, señor?

—No me lo preguntes. Es sumamente confidencial.

—De acuerdo —murmuró Clodiano, que se sintió abatido—. Unos cuantos detalles me habrían ayudado a planearlo. Saber el día y la hora hubiera sido perfecto.

—Por supuesto. Pero estar en posesión del horóscopo del Emperador, eso hubiera sido traición.

—¡Entendido! Si alguien nos lo dijera, tendrían que ejecutarnos a todos.

—Es de lo más ridículo —coincidió el prefecto.

Llevaba nueve años largos en el puesto. Creía saberlo todo. Clodiano y él habían trabajado juntos el tiempo suficiente para haber entablado una relación sosegada. Aunque Eliano consideraba a su jefe administrativo un tanto inconformista, también veía en él un temple de acero.

Según la regla general que utilizaba Clodiano, después de nueve años el prefecto ya había pasado con creces su mejor momento. En el sistema de Clodiano, el primer año ibas saliendo del paso torpemente, el segundo ya lo hacías casi todo bien y el tercero ya poseías una eficiencia excelente. A partir de entonces te creías perfecto, y quizás hasta tus superiores lo creyeran, pero dejabas de intentarlo. Él mismo se encontraba en ese punto. Un mal momento para que un liberto chiflado se fijara en él…

El mordaz Clodiano ya se había acordado de quién era Abascanto. Tiempo atrás, cuando solía tener servicio de escolta imperial, antes de ir a Dacia, un día había estado presente cuando Domiciano anunció el ascenso de aquel liberto a primer secretario. Abascanto tenía una esposa avasalladora, Priscila. Ésta se había arrojado al mosaico de mármol del suelo frente a Domiciano, rebosando gratitud por el honor que su espléndido amo le había hecho a su esposo.

Clodiano pensó que era repugnante. Entonces se corrigió. La adulación no era más que una forma de proceder: mentías. Mentías y lo alababas hasta que te dolían los dientes, no fuera que de repente Domiciano cambiara de humor.

—Queremos a hombres de confianza para que trabajen en esto.

—¡Absolutamente, señor!

—Abascanto ha puesto en marcha este comité para apaciguar al Emperador. Ahora Domiciano debería sentirse más tranquilo porque tú

estás ahí afuera, buscando a la gente que tiene intención de que se cumpla esa horrible profecía. Se ha convencido de que hay enemigos que le odian; sospecha de una conspiración.

—¿La idea es que tengo que infiltrarme entre los bandidos y observar…?

El prefecto volvió a parecer avergonzado.

—Suponiendo que existan…

«Con lo cual estamos suponiendo que no existen, ¿verdad, señor? Todo esto es una fantasía».

«Exactamente. La cuestión es tener contentos a los burócratas».

—Así pues, ¿estás en condiciones de hacerlo?

—Supongo que sí, señor. Deja que coopere y ofrezca mi experiencia como sabueso a los sabios.

—¡Buen chico! Es lo único que se te pide.

No se había levantado ningún acta formal para el prefecto, o al menos Clodiano no lo había visto, pero tuvo la convicción de que, fuera lo que fuera lo que hubiese contestado, la respuesta hubiera constado en su expediente. Si lo hacía estaba perdido, y si rehusaba también. Una respuesta equivocada podría causar una impresión absolutamente nefasta. El menor indicio de que no le entusiasmaba la idea de este comité supondría su fin.

Tenía la sensación de que las reuniones secretas eran una forma estúpida de proceder. De todos modos, tenía esa misma sensación sobre casi todo.

Había aceptado una posición en un cuerpo que imaginó que se pasaría años refunfuñando, requiriendo papeles inútiles, revisando pruebas falsas y propuestas vacuas, elaborando listas de puntos que debían seguirse que posteriormente nadie reconocía como su responsabilidad, en líneas generales perdiendo de vista su mandato original. Su mandato estaba en su título: el Comité para Proteger al Emperador.

—¡No es más que una maldita locura! —se quejó el prefecto—. Es ir persiguiendo sombras, joder.

Animado, Cayo sugirió:

—Si no hay pruebas reales, podría contratar a unos cuantos personajes poco fiables que parezcan activistas, hacer que se comporten de manera

sospechosa; entonces podríamos vigilarlos e informar. —Como se estaba divirtiendo, se volvió más imaginativo—. Vestirlos con capas con capucha, pagarles a todos la bebida en alguna taberna de mala muerte de los muelles…

—¡Estás frivolizando! —exclamó el prefecto con una sonrisa burlona, agradeciendo todo comentario desenfadado que aliviara su carga constante de hacer frente a la firme preocupación de su emperador. Sabía que el cornicularío dejaba correr la imaginación sólo para mantenerse cuerdo en la mortífera balsa de Roma, en la que todos ellos nadaban desesperadamente como los perros intentando no ahogarse. Haría el trabajo—. No hace falta que te recuerde lo importante que es esto, Clodiano. Es alto secreto en grado sumo.

—Sí, señor.

—No menciones esto a nadie, ni siquiera se lo cuentes a tu esposa.

—No hay de qué preocuparse, señor. Soy un soldado —le aseguró Clodiano con seriedad—. No puedo tener esposa.

Se fue directo a casa y se lo contó todo a Lucila. Ella dijo:

—Míralo por el lado positivo, amor. Si ni a ti te pueden decir la hora en la que dice el viejo horóscopo que nuestro Señor y Dios está condenado a morir, los conspiradores tampoco sabrán entonces cuándo tienen que llegar con sus dagas.

—¡Qué mujer! —exclamó Cayo—. ¡Qué mente! ¡Te quiero, nena, por Júpiter! Vámonos a la cama.

* * *

Cayo tenía toda la razón. No había ninguna conspiración que investigar.

Bueno, al menos no por entonces.

OceanofPDF.com

Sexta parte

Roma: 94-96 d.C.
Pocos tiranos mueren en sus camas

OceanofPDF.com

XXX

Abascanto, liberto de los Augustos, *ab epistolis* (receptor de la correspondencia), gorjeaba desde lo alto del árbol.

Era Tito Flavio Abascanto, una distinción importante porque hubo muchos Abascanto y trabajaron para más de un emperador. Eran libertos imperiales, miembros devotos de la familia palaciega, que conservaban su antiguo nombre de esclavos. Lo utilizaban con descaro como su tercer nombre, el personal, mientras que los otros dos identificaban al Emperador que los había liberado. Así pues, en la gran tribu de servidores imperiales, Tiberio Claudio Abascanto prosperó una vez bajo los Julio-Claudios, como secretario de finanzas. Aún estaba vivo y sobreviviría hasta los noventa y siete años. Esto lo situaba muy por encima de los esclavos agotados que trabajaban esforzadamente en los penosos batallones de las fincas rurales, por no hablar de los trabajadores de tez grisácea a los que enviaban a morir debido al trabajo duro o al envenenamiento por metal en las grandes minas de plata y oro de Roma.

Ser esclavo del emperador no era ningún castigo. Vivían la buena vida, frecuentaban la alta sociedad, adquirían influencia y propiedades. El longevo Tiberio Claudio Abascanto había tenido un hijo con el mismo nombre y que ocupó la misma posición importante con Nerón, pero murió antes que su padre. Aun así, incluso este hijo vivió más de lo que lo hacían la mayoría de tenderos antes de ganarse un caro monumento conmemorativo de terracota, con dos magníficos grifos alados que vigilaran su tumba eternamente:

TIBERIO CLAUDIO ABASCANTO,
LIBERTO DE AUGUSTO,
SECRETARIO DE FINANZAS,
VIVIÓ CUARENTA Y CINCO AÑOS,
CLAUDIA EPICARIS, SU MUJER,
PARA SU BENEMÉRITO ESPOSO.

«¿No hubo algún problema con Epicaris?».
«Se suicidó».
«¿Por el asunto de Pisón?».
«No preguntes».

* * *

Tito Flavio Abascanto, el del presente, era de otra familia. No era probable que su nombre de esclavo fuera un gesto hacia ninguno de los secretarios de finanzas del pasado, y cuando se vieron mezclados en un escándalo, tal como había sucedido, él evitó toda relación. Trabajaba en una rama separada de la burocracia, la correspondencia. Le gustaba dar la impresión de que seguía un código de lealtad distinto. Quizá fuera cierto.

Había obtenido su alto cargo a una edad muy temprana. El poeta Estacio lo llamaba con aprobación «este joven». Se decía que Abascanto era amigo de Estacio; no obstante, Flavia Lucila, que conocía al poeta, a la esposa de éste y también a la del secretario jefe, creía que la «amistad» que pudiera haber con Abascanto no era correspondida. Los poetas rondaban a los libertos de más categoría, desesperados por conseguir que se fijaran en su trabajo. Incluso Marcial, con cuyas obras Domiciano al parecer disfrutaba, le había suplicado a un chambelán que dejara su libro con disimulo en el diván del dormitorio del Emperador en algún momento acertado.

Partenio, otro chambelán, era quien manejaba este tipo de peticiones en la actualidad. Organizaba la existencia personal del Emperador; vivía en

compañía de Domiciano y controlaba el acceso a él. Los poetas creían que era más probable que el Emperador echara una ojeada a los epigramas cuando se escondía en sus aposentos privados. Esto podía haber resultado lucrativo para Partenio, salvo por el hecho de que los poetas son famosos por no tener caudal. Eran ellos los que necesitaban sacarle dinero al Emperador, y éste era el motivo por el que los poemas aglutinaban tantos halagos, unos halagos que él creía: él era el nuevo Júpiter, Júpiter en la Tierra. Él lo sabía todo, lo veía todo, podía curar la enfermedad; su mirada iracunda infundía terror, podía matar con el pensamiento…

Partenio le había contado a Abascanto que Domiciano ya nunca leía poemas. Bromearon diciendo que Júpiter no era famoso por tener la nariz metida en un rollo. El divino Jove estaba demasiado ocupado fornicando. La gente decía que Domiciano hacía lo mismo (era de suponer que sin manifestarse como una lluvia de oro ni disfrazado de cisne, de lo contrario el hervidero de rumores hubiera sido una locura). Partenio, un sirviente del Estado sumamente discreto, no confirmó ni negó nada de todo ello.

Partenio era otro «Tiberio Claudio»: la vieja generación. Aun así, Abascanto y él pensaban del mismo modo. Una cosa que ambos sabían era que la administración imperial siempre sobrevivía al titular del cargo del momento. Los emperadores irían y vendrían; sus magníficas secretarías seguirían adelante sin descanso. Se podría decir, y sin duda había burócratas que así lo creían, que las secretarías, con sus archivos, su planificación por adelantado y los arraigados medios de llevar los asuntos oficiales, eran más importantes que el César Augusto que hubiese en el trono. Esto era aplicable sobre todo durante el reinado de un mal emperador. Para un verdadero burócrata, era en los períodos como aquéllos cuando la administración justificaba de verdad su existencia. Un emperador débil sería gobernado por sus libertos, como Claudio lo fue por el magistral Narciso. Un déspota condenado podría incluso recibir ayuda para quitarse de en medio, como Nerón la tuvo de Faón y Epafrodito.

* * *

Tito Flavio Abascanto, el joven ambicioso, era una persona con tanto estilo que rayaba en la vanidad. Tenía un cabello del que se sentía orgulloso; lo llevaba largo y abundante, por lo que tenía esa costumbre afectada que siempre molesta a todo el mundo de echarse atrás los mechones exuberantes. Era rubio. Eso nunca resulta útil en un hombre. Tenía algo de seductor.

El Abascanto de Domiciano, que sin duda era una de las mentes más brillantes del Imperio, poseía todos los talentos tradicionales: una inteligencia amplia e incisiva, elegante habilidad para el dibujo, una personalidad sociable y un criterio astuto de cuándo y cómo abordar a un amo difícil. No hacía falta decir que había sido educado con el elevado nivel de palacio; tanto su latín como su griego eran perfectos; podía sumergirse en su cofre del tesoro de alusiones literarias y sacar una cita adecuada como un joyero que cogiera una gema cara para un cliente rico. Y lo que aún era mejor: a Domiciano le caía bien.

Rectifiquemos: a Domiciano parecía caerle bien. Domiciano nunca disfrutaba de tener que estarle agradecido a nadie.

Abascanto se hizo rico. Acumuló dinero y propiedades. Cuando estaba de servicio, que era la mayor parte del tiempo, llevaba la librea blanca con ribetes dorados que era reglamentaria en palacio, aunque la que él vestía era una versión particularmente suntuosa, con tela de mezcla con gruesos bordados en oro. Además de brazaletes y las manos llenas de anillos. Incluso llevaba pendientes. E iba envuelto en un miasma de extraordinario perfume oriental.

Algunos sentían antipatía hacia él. Inevitablemente se envidiaba su talento, incluso después de que Abascanto dejara de esforzarse y se limitara a disfrutar de su reputación y de su posición en lo más alto. Los adláteres acudían corriendo a hacer el trabajo; una de sus habilidades era saber elegir a sus subordinados, y luego saber dónde y cuándo delegar o, en otras ocasiones, cuándo salir frente a su amo para que se le viera atender personalmente algún asunto delicado y difícil.

Todos los esclavos y libertos de Domiciano eran célebres por su calma y por mostrar respeto a los visitantes. Así pues, a Abascanto lo habían

preparado hábilmente. Nunca se mostraba servil, aunque siempre educado. Nadie lo había visto nunca perder los nervios. Escuchaba como si lo que se estuviera contando fuera interesante de verdad. Incluso hacía que los idiotas tuvieran la impresión de sentirse aceptados. Hasta cierto punto, esto los animaba a aumentar el nivel de su contribución en documentos y reuniones.

Por desgracia, con los verdaderamente ineptos, eso sólo podía ser hasta cierto punto. En contraste con la mente brillante de Abascanto, los idiotas siempre destacarían por lo que eran.

* * *

Abascanto daba a entender que todo el asunto del comité de seguridad había sido idea suya. Tal vez lo fuera; tal vez no. Era de esa clase de administradores que robaban las preciadas iniciativas de otras personas sin ni siquiera darse cuenta de que lo había hecho. (También era de los que se apresuraban a distanciarse si una iniciativa salía mal).

Mantuvo un ambiente informal, lo cual se traducía en que hubiese asientos cómodos y cojines por todas partes. Los sirvientes saludaban a los miembros del comité por su nombre, como si cada uno de ellos fuera considerado un experto especial. Para demostrar hasta qué punto era distinto de los rígidos burócratas al uso, Abascanto sirvió tejas de almendra y té de menta. Es decir, hizo que lo sirvieran, en vajilla de plata, unos esclavos jóvenes muy educados.

—No perdemos nada con ser civilizados.

«¡Joder! La estirada de mi tía Viniana se sentiría como en casa en este lugar».

«Este lugar» era la Casa Dorada de Nerón, al otro lado del Foro desde el Palatino: segura, lujosa, bien provista de administrativos y mensajeros si se necesitaban aunque un poco alejada entonces del centro principal de los asuntos de la corte. Una vez pasado el Coloso que se alzaba en el vestíbulo, los asombrados visitantes entraban en habitaciones famosas, como el comedor octogonal con techo giratorio desde el que una vez habían llovido

perfumes sobre los invitados de Nerón; había intrincadas fuentes de mármol; había pasillos altos pintados con diseños exquisitos que influirían en el arte europeo durante muchos siglos. En cuanto se terminó el nuevo palacio de Domiciano en el Palatino, todas aquellas habitaciones habían quedado abandonadas como espacio de uso habitual para oficinas. La Casa Dorada era entonces ideal para un comité oficial cuyo cometido era del todo secreto.

Con aparente seriedad, el pretoriano corniculario, el hombre al que el secretario jefe había nombrado miembro más reciente, preguntó al liberto dónde había adquirido las delicias de almendra. Por una vez, el cortés Abascanto quedó desconcertado. No tenía ni idea. Un hombre de su posición probablemente nunca compraba nada en un puesto o tienda de la calle; incluso era dudoso que llevara dinero encima. Se las arregló para murmurar algo sobre el trabajo de los jefes pasteleros de palacio. De todos modos, Clodiano lo había puesto en una situación violenta; el guardia había establecido con astucia sus propias credenciales como verdadero ciudadano de Roma. Abascanto vivía apartado; el corniculario era un cliente habitual de la calle de los Pasteleros, dondequiera que estuviera eso.

El secretario jefe quizás había dado por sentado que un pretoriano engulliría la comida con unos modales vergonzosos, pero Clodiano sostuvo una galleta con elegancia entre el pulgar y el índice mientras hablaba con mucho sentido común sobre cartas anónimas:

—Escritas con la mano izquierda para disimular la caligrafía. Antes me preguntaba por qué esta gente no se limitaba a dictar la nota secreta a un esclavo, pero, claro, si lo hacen entonces el esclavo también se entera.

—¿Nos los tomamos en serio?

—Sí. Siempre hay que examinar con detenimiento este tipo de cartas. Leí esa horrible remesa que hiciste circular y, en tanto que estoy abierto a otras opiniones —el guardia realizó un ademán elegante con la taza de té, aunque no hizo una pausa para dejar que los demás miembros del comité lo interrumpieran—, yo creo que son de baja categoría. Una mezcla de enfermedad mental genuina e idealismo excéntrico: no preveo que nada de esto vaya a terminar en un atentado serio. Son tentativas en solitario,

garabateadas por misántropos en buhardillas, personas que en realidad nunca saldrán de sus escondrijos.

—¿No identificas a ninguna organización? —preguntó Abascanto, para demostrar que dominaba el tema.

—No, aunque está claro que tú entiendes que es eso lo que debemos temer. Pero no hay nada que sugiera un complot. Si localizamos a los que lo enviaron, podemos ocuparnos de ellos de la forma habitual.

Nadie quiso preguntar en qué consistía.

Hubo alguien que sí se arriesgo a inquirir qué ocurriría en la práctica si un misántropo desquiciado apareciera a las puertas de la cámara de audiencias de Domiciano con un arma.

Clodiano respondió con paciencia:

—Como estoy seguro de que ya sabréis, Vespasiano puso empeño públicamente en acabar con la tradición de registrar a los visitantes para ver si llevaban espadas. —Todos los demás intentaron parecer bien informados —. Bueno, no os creáis todo lo que leáis en *La Gaceta Diana*. La nueva reglamentación estaba pensada para que los senadores no tuvieran que soportar más la indignidad de un registro. Al viejo Vespasiano se lo habían hecho y la experiencia le resultó aborrecible. Pero creedme, los miembros de la Guardia cachean a todos los demás. Nosotros sí llevamos espadas, pero aparte de eso, allí no entra ni una navaja de bolsillo para pelar la fruta. Incluso los sirvientes tienen prohibidas las armas.

—¿Y no he visto yo a Partenio con un arma? —le endilgó Abascanto.

—¿El chambelán? —Clodiano sonrió—. Sí, Domiciano le concedió una dispensa especial. Hace que el favorito de Partenio se sienta como una gran albóndiga, estoy seguro. La última vez que miré, llevaba una especie de juguete en esa vaina lujosa. Supongo que a Partenio lo descartamos como asesino, ¿no? —le endosó él a cambio.

Abascanto asintió con la cabeza con aire remilgado.

—Partenio es uno de los sirvientes de más confianza del Emperador. —El guardia mostraba un atisbo de sonrisa, como si estuviera pensando: «¡Entonces está el primero en mi lista de sospechosos!».

Clodiano continuó con su evaluación de las amenazas de muerte más recientes, con toda naturalidad pero sin mostrar ninguna falta de respeto. Abascanto acabó por darse cuenta de lo que había estado tramando. Mientras hablaba, con un hábil juego de manos, el hambriento corniculario se había ido llevando todas las galletas y había vaciado la fuente.

* * *

Aunque constantemente perdían ante él con los refrigerios, los demás miembros no tardaron en considerar a ese tal Clodiano como su sostén. Aportaba sentido común y claridad a todo lo que podría haber sido bastante desquiciado. Abascanto se enorgullecía de su elección. (Pasaba por alto el hecho de que, para empezar, quien había presentado a su elegido era el prefecto, Casperio Eliano).

Una vez, durante una discusión, Abascanto cazó una mosca y la aplastó con dos dedos en el aire. Fue una señal, si es que se necesitaba alguna, de lo perspicaz que era el secretario jefe. Su capacidad de reacción funcionaba perfectamente. Allí no había escrúpulos. Mientras se limpiaba los dedos con una servilleta, se dio cuenta de que el pretoriano le dirigía una rápida mirada de admiración, del modo en que lo haría cualquiera para indicar «¡Buena, ésa!» sin dejar de moverse mientras lanzaba sacos rellenos en el gimnasio. Aun así, Abascanto siempre tenía la sensación de que Vinio Clodiano veía aquellos procedimientos con un cierto trasfondo astuto de sátira.

Durante mucho tiempo, la caza de aquella mosca fue lo más emocionante que ocurrió en sus reuniones.

OceanofPDF.com

XXXI

El año que muchos llamarían el Reino del Terror fue relativamente tranquilo. Quizás esa misma tranquilidad incrementaba el miedo. Nadie sabía lo que estaba ocurriendo.

«¿Qué anda tramando?».

«¡Quién sabe!».

Por todas partes circulaban rumores.

Sin embargo, para los esclavos domésticos que compraban puerros en un tenderete, para los hortelanos, para los jóvenes que practicaban lucha en el gimnasio, para los viejos desdentados que soñaban al sol, para los niños pequeños que intentaban mantenerse despiertos sobre unos bancos incómodos al aire libre mientras los maestros de primaria entonaban alfabetos con monotonía, para esos mismos maestros aburridos, o para las matronas que iban a que les arreglaran el pelo, la mayor parte del tiempo no sucedía nada especial. La gente que llevaba un diario hubiera encontrado muy aburrida su lectura posterior.

Nadie que tuviera sentido común escribía un diario, no fuera que alguna vez pudieran esgrimirlo en su contra.

Nunca se sabía. Ése era el problema: la duda que se enconaba y olía como la leche que se había agriado sin que nadie se diera cuenta, continuamente. Todo el mundo apretaba las nalgas en un estado de ansiedad permanente y los únicos a los que les iban bien las cosas con todo aquello eran los boticarios, que vendían ungüentos grasientos para las almorranas en puestos pequeños y discretos situados en calles laterales de las afueras. No era tan buena noticia para los esclavos personales que tenían que aplicar estos supositorios en los traseros inflamados de sus quejumbrosos amos.

Un buen masajista podía ganar una fortuna entre los honorarios y las propinas. Los tiempos inciertos provocaban dolores de espalda psicosomáticos. Hilo, el mejor masajista de los baños públicos que le gustaban a Vinio Clodiano, declaraba que un pinzamiento de disco era el síntoma característico del pesimismo político.

Vinio no tenía problemas de columna; Hilo lo achacó a que practicaba el sexo de manera regular. Vinio sonrió con aire misterioso, de modo que Hilo se lo tomó como una confirmación. Sabía reconocer cuándo un cliente estaba más contento últimamente.

Los libreros lo estaban pasando mal. Estacio había publicado su *Tebaida* hacía dos años y la obra se hundió como una piedra. (Ni siquiera los críticos más francos le dijeron que fue porque, incluso teniendo en cuenta el nivel en que se encontraban las epopeyas, la suya era horrible). Los primeros tres libros de sus *Silvas*, la poesía que escribía de vez en cuando, habían salido ya a la venta. Aquel pequeño rollo también tuvo problemas, pero claro, la mayoría de sus amigos y muchos miembros del público ya lo habían oído recitar fragmentos. «La nueva casa de baños de Claudio Etrusco» casi no suscitó el interés de nadie salvo de Claudio Etrusco, sobre todo cuando ese liberto fanfarrón no invitaba al sudoroso público romano a disfrutar de su piscina de mármol y tuberías de plata, sólo a sus amigos de élite, los que ya habían tenido que aguantar la lectura del poema en demasiadas cenas. Por lo demás, Rutilio Gálico ya ni siquiera era una noticia pasada sino un hombre olvidado, *¿y* qué sentido tenía alabar su recuperación de la crisis nerviosa sufrida, cuando ya había muerto de otra cosa? El epitafio que escribió para un león de la arena era flojo; los escépticos decían que el poema era tan corto y soso porque Estacio tuvo miedo de decir que aquél era el enorme león que mató el desafortunado Glabrión cuando Domiciano intentó eliminarlo. Estacio se rajó. De todos modos, no iba a malgastar un poema que ya había empezado, de manera que ahí estaban los treinta versos, bastante sensibleros, dedicados al difunto Leo…

Sus amigos se esperaban recibir gratis los rollos con inscripciones floridas. Lucila sí que compró uno; era una persona considerada y alentadora. Incluso ella consideró que Estacio era un ingenuo. Cuando Cayo

encontró el rollo escondido bajo un cojín, Lucila estaba preparada para reconocer que, en cuanto les enseñaran unos versos convencionales titulados *Hojas del bosque*, la mayoría de lectores saldrían a toda prisa de la librería y derrocharían el dinero comprando comida en la calle.

—Es una idea brillante. Mientras tú abres el apetito leyendo cómo nuestro Señor y Dios tuvo la gentileza de invitar al maravilloso Estacio a una fiesta de las Saturnales (pastas de hojaldre con queso gratis y bailarinas del vientre con pechos grandes; ¡oh, pero qué emocionante!), yo saldré un momento y traeré un poco de pollo para la cena.

—No especifica la talla de pecho de las coquetas.

—Sería demasiado grosero. Lo haría demasiado popular. Este idiota describe a tu Earino…

—No es mío.

—Describe su operación para convertirlo en eunuco sin utilizar siquiera la palabra «testículos». Ese inútil no tiene ni idea de cómo escribir un supervenías. Sueña con que una minoría llena de adoración lo lea dentro de dos mil años cuando lo que debería estar haciendo es poner el pan sobre la mesa… ¿Quieres un delicioso pollo a la Frontino?

—Sí, cariño, por favor.

—¿Quieres algo para acompañar?

—Sólo una ensalada verde y un beso tuyo.

—¡Pues tengo buenas noticias! —exclamó Cayo alegremente—. Esta semana hay una oferta especial en besos. Si pides uno te llevas cien gratis.

Lucila pensó que aquel comentario parecía derivarse del poeta Catulo, aunque debió de ser por casualidad. Cayo mantuvo que ningún poeta pútrido había sugerido sus palabras y Lucila aceptó que le salieron del corazón.

* * *

Domiciano estaba pasando una mala época, esto al menos se sabía. Su paranoia se había inflamado como un furúnculo; el temor era que se fuera

intensificando sin remisión. Los detalles completos de su enfermedad se mantenían cuidadosamente en secreto, porque las enfermedades de los grandes son información privilegiada por supuestos motivos de interés nacional.

—Yo diría —se quejó Cayo— que sería de interés nacional saber si nos está gobernando un maníaco.

Él también sufría su arrebato…, de cinismo sombrío. Muchos de los miembros de la Guardia estaban desanimados. Preferían proteger a un gobernante que fuera un ejemplo de control espléndido, no un demente. Algunos de los veteranos pasaban el tiempo bebiendo en antros y recordando lo bien que les había caído Tito.

A pesar de las precauciones, se filtraron algunos indicios. La gente de la corte había oído rabietas y portazos. Se habían fijado en que los esclavos de palacio se movían con sigilo por los pasillos, pegados a la pared con la cabeza gacha, reacios a que nadie les hablara. Los libertos imperiales estaban nerviosos. La Emperatriz nunca revelaba nada, aunque incluso ella parecía tener una expresión más adusta de lo habitual.

En el resto del Imperio las cosas parecían estar tranquilas. La mala consecuencia fue que, por consiguiente, Domiciano se quedó en Italia, bien en Roma o en Alba, Nápoles o algún otro lugar demasiado cercano para resultar cómodo. Algún lugar de veraneo cuyos habitantes lo consideraran maravilloso (porque las clases bajas nunca lo veían mucho), mientras que la gente de categoría (que sí lo veían de cerca) empezaba a inquietarse al recibirlo en su territorio.

Hubo algún que otro contratiempo. Una tribu de África, los nasamones, se rebelaron contra los brutales recaudadores de impuestos romanos. Hubo represalias salvajes, pero ellos se defendieron e invadieron el campamento del comandante romano. Entonces, mientras estaban borrachos del vino que habían saqueado, la tribu rebelde fue aniquilada. Cuando se informó de los detalles, Domiciano anunció con orgullo: «He prohibido a los nasamones que existan». Unas palabras inflexibles. Las mentes liberales estaban horrorizadas.

Con el tiempo surgió la amenaza de una nueva guerra en el Danubio. Él disfrutaba con la guerra, y ésta lo mantenía ocupado. Se tomaba su tiempo, se metía de lleno en todos los detalles y estaba en plena forma. Por una vez, su carácter introvertido lo hacía ideal. Combinaba su extraña mezcla personal de reflexión melancólica con su talento para la planificación firme y obsesiva. Era tan bueno prediciendo a las tribus extranjeras como escudriñando a aquellos que percibía como rivales en Roma; todos eran sus enemigos. Pero nadie más podía decidir si estar tranquilo o nervioso. Lo cual sí que los ponía nerviosos.

Todos los miembros de su consejo consultivo estaban agitados.

—No es ninguna novedad —dijo Cayo—. Pero quizá llegue el día en que a algunos de ellos les salga un sarpullido y le planten cara.

—¿Es una esperanza, amor?

—Soy un miembro de la Guardia. Tendría que dar una reprimenda a los chicos malos.

—Dado que eso supondría quemarles las pelotas y clavarles la cabeza en una estaca para ponerlas en el Foro, puede que se repriman.

—Eso me temo —repuso Cayo—. Los tiene a todos tan hipnotizados de terror que tendremos que aguantarnos con él.

Domiciano bien se volvía más solitario o, en público, se deleitaba con el comportamiento grosero. Terminaba una velada en la corte obligando a los intimidados comensales a soportar no sólo luchadores, volatineros y malabaristas, sino también a compañías de artistas orientales desastrados o a adivinos espantosos. Dada la actitud legal hacia la magia en general y cualquier cosa que mencionara el destino personal del Emperador en particular, aquello era doblemente cruel. A los renuentes participantes se los obligaba a aplaudir aquellas actuaciones, aunque en cualquier momento su anfitrión podría contradecirse y volverse contra ellos por tomar parte en actividades prohibidas.

Incluso durante la cena, él apenas comía sino que rondaba por allí y observaba a los demás al tiempo que lanzaba eructos o comida a sus invitados. Podía parecer algo grosero pero inofensivo; sin embargo, cuando

la gente estaba tan asustada que ni se atrevían a limpiarse la salsa con una servilleta, era un desagradable abuso de poder.

—Cualquiera que haya sido criado por un grupo de tías sabe que los buenos gobernantes tienen buenos modales —refunfuñó Cayo—. Cada vez que eructa en la cara de un senador o lanza una albóndiga, oigo murmurar a mi abuela en tono amenazante desde la tumba: «Las buenas maneras son gratis». Claro que uno nunca elegiría, por decirlo así, a un emperador por sus modales en la mesa, pero no es inaudito deshacerse de uno por maleducado: cuando un prefecto pretoriano acabó por saltar y asesinó al emperador Cayo, alias Calígula, el motivo fue que éste le había dado una contraseña obscena al prefecto, que era un hombre sensible, con demasiada frecuencia.

—¿Quién era ése?

—Se llamaba Casio Querea. Domiciano debería preocuparse, primero porque fueron los mismos guardias los que tendieron una emboscada al tirano loco y luego porque fue cuando también crearon al siguiente emperador: encontraron al viejo Claudio escondido detrás de una cortina y lo proclamaron en el acto.

—Fue en broma —Lucila conocía esa historia—. ¿Casperio Eliano es sensible?

—No lo suficiente. Es un tarugo tradicionalista. No sale de «mi Emperador, tenga razón o no»… Así pues, mala suerte, Roma.

* * *

Domiciano estaba decidido a validar su propia divinidad utilizando la de sus antepasados. Inauguró el espléndido Templo de los Flavios, que hizo construir en el solar de la casa de su tío en la calle de la Granada. Domiciano había nacido en aquella casa durante el período en el que su padre carecía de fondos, y también había pasado mucho tiempo allí más adelante, con su tío Flavio Sabino, mientras Vespasiano estaba en el extranjero.

El nuevo templo era espectacular. Dominaba una zona situada fuera de los emplazamientos tradicionales de los monumentos públicos, en la Colina del Quirinal. Situado en un gran pórtico cuadrado y magníficamente elevado sobre un podio, resultaba impresionante incluso para el alto nivel del programa de construcción de Domiciano. El enorme mausoleo con cúpula estaba decorado con mármol y oro; había muchos y muy hermosos relieves en los que se mostraban escenas de celebración relacionadas con Vespasiano y Tito, escenas que los asociaban con los fundadores míticos y héroes de Roma, como Rómulo, quien se convirtió en dios, según la leyenda. Domiciano trajo las cenizas de su padre y hermano, así como las de Julia y otros parientes, y las instaló todas juntas allí. Durante generaciones venideras, aquel gran templo significaría la permanencia de Roma.

Lucila visitó el templo de la Gens Flavia junto con otros antiguos sirvientes de la familia; los libertos Flavios tenían el deber de mostrar respeto formal. Ella ya conocía la casa de Flavio Sabino de cuando era pequeña, y se entristeció al ver aquel confortable hogar privado convertido primero en un solar de demolición y luego en un extraño monumento nuevo. Contrariamente a las intenciones de Domiciano, Lucila tuvo la sensación de que la familia a la que había servido con su madre y su hermana se había perdido en lugar de reafirmarse. Su patrona Flavia Domitila estaba casada con el hijo menor de Sabino, Clemente, quien, en teoría, podría haber creído que poseía la casa original aunque Domiciano se la hubiese quedado.

En la medida en que Domitila expresó su reacción, parecía compartir los sentimientos entristecidos de Lucila. Fue el primer signo verdadero de malestar entre la familia de Clemente y su primo el Emperador; habría más.

El hecho de convertir la casa en un templo no había dejado a Clemente y Domitila sin hogar. Como únicos parientes vivos del Emperador y como padres de sus herederos designados, vivían en palacio. A sus dos hijos mayores les había cambiado el nombre su tío imperial y ahora se llamaban Vespasiano y Domiciano. A los muchachos los habían separado sutilmente de sus padres; tenían a un buen tutor en Quintiliano, aunque ya estaba muy

entrado en años. El propio Domiciano les prestaba muy poca atención. Lucila sabía que a la madre de los pequeños le preocupaba su aislamiento.

Nadie se los tomaba muy en serio todavía. Podían pasar muchas cosas por la mente de Domiciano antes de que esos chicos heredaran ni siquiera una capa vieja.

El hecho de que hubiera nombrado a dos jóvenes hermanos para sucederle ya tenía precedentes. Era prudente tener a alguien de repuesto. Por otro lado, era algo que podría causar divisiones y que entre los conspirativos Julio-Claudios nunca había funcionado. Los dos herederos de Augusto, Cayo y Lucio, habían muerto prematuramente, si bien por causas naturales, pero cuando Tiberio fue nombrado heredero junto con Gemelo, este último enseguida sufrió los efectos fatales de un sospechoso jarabe para la tos, y cuando Nerón fue heredero con su hermanastro Británico, casi su primer acto desvergonzado fue hacer que le dieran a Británico una copa de vino envenenado en un banquete público.

Si Domiciano había estado en lo cierto al afirmar que la intención de Vespasiano era que Tito y él gobernaran conjuntamente, y que Tito falsificó el testamento de su padre para evitarlo, entonces es que la dualidad tampoco funcionaba entre los Flavios.

Quedó para todos claro que en la mente de Domiciano bullían más sospechas que nunca justo cuando, si el establecimiento del gran sepulcro familiar significaba algo, debería haberse sentido más seguro. No sólo se había distanciado del Senado, sino que además albergaba cada vez más dudas sobre la fiabilidad de sus propios sirvientes. Los libertos imperiales ya no podían contar con la seguridad de sus puestos.

Como siempre, y tal como Temisón había sugerido en una ocasión a Vinio y Gracilis, podía haber una pizca de realidad en sus decisiones. Un ejemplo de ello fue el despido de un liberto anciano llamado Epafrodito. En sus buenos tiempos, Epafrodito había sido el secretario de peticiones de Nerón. Había servido fielmente a Nerón, sobre todo cuando un senador llamado Calpurnio Pisón conspiró con otros para organizar un golpe de Estado; los partidarios del Emperador revelaron detalles a Epafrodito, quien informó inmediatamente de todo y los conspiradores fueron arrestados. Para

distinguirlo por haberle salvado la vida a su emperador, a Epafrodito le concedieron honores militares; además, se convirtió en un hombre muy rico. Siguió estando cerca de Nerón hasta el final. Después de que Nerón fuera declarado enemigo público, Epafrodito lo ayudó a huir y, cuando se lo pidieron, asistió a su acobardado amo para quitarse la vida.

Posteriormente siguió de servicio. Ser un remanente de un reino anterior nunca fue una buena idea, y Epafrodito tampoco se granjeó simpatías teniendo como esclavo al principal filósofo estoico, Epícteto. De repente, Domiciano desterró al viejo escribiente por sus vinculaciones con la oposición.

A veces ocurría lo contrario. En los primeros tiempos de su gobierno, Domiciano había despedido a un secretario de finanzas llamado Tiberio Julio, a quien volvió a llamar entonces, al cabo de diez años, permitiendo que el anciano muriera en Roma a la asombrosa edad de noventa años. Estacio escribió un consuelo para su hijo, otro liberto importante llamado Claudio Etrusco.

—¡Cómo no! —comentó Cayo.

—Fue un bonito gesto —lo reprendió Lucila.

—Fue una estupidez. En realidad, Claudio Etrusco no quiere que le recuerden que su papá fuera desterrado bajo sospecha. Y menos, querida mía, cuando eso podría hacer que Etrusco tuviera miedo de que, con Domiciano y su actual humor rencoroso, pudiera ocurrirle lo mismo a él.

* * *

Cuando Cayo la tomaba con alguien era implacable.

—Mira, escribió un verso para celebrar el aniversario del nacimiento del poeta Lucano…

—¡Robaste mi rollo!

—Estaba ordenando el diván como un buen chico. Se cayó de debajo del cabezal y lo encontré en el suelo. Supuse que debía de ser picante, de modo que le eché un vistazo. Escucha, el bobo de tu amigo, cuando él y la

viuda, Polia Argentaría, estaban discutiendo el encargo de aniversario, dice: «ella, la más singular de las esposas, lo quería escrito y “con la factura a su nombre”»… Sin duda, son las palabras más reveladoras que escribió nunca, ¿verdad? ¡Lo ha hecho por el dinero! ¡Bien hecho, poeta honesto!

—A mí me gusta su poema sobre Lucano.

Cayo bajó la voz de pronto.

—Bueno, pues no lo digas en público.

—¿Qué hay de malo?

—¿No sabes que Lucano y su tío Séneca fueron ejecutados por estar involucrados en esa gran conspiración contra Nerón? ¿El mismo complot que nuestro recientemente exiliado Epafrodito puso al descubierto en cierta ocasión? Pisón era el cabecilla y el aspirante a emperador sustituto, pero murieron otras muchas y diversas personas por apoyarle. En serio, me asombra que tu amigo poeta se vincule públicamente con Lucano. Es el equivalente de celebrar a Bruto y Casio. Además, todo recuerda demasiado a la especie de complot con dagas que nuestro Señor y Dios cree dirigido contra él.

—Quizás Estacio sea un hombre valiente.

—No; se sintió atraído por el dinero y metió la pata. Cuando piense en ello como es debido, empezará a retorcerse de miedo.

Cayo estaba obsesionado con los complots, con los complots y la historia de la conspiración imperial. Aunque sabía que Cayo obtenía una diversión desenfadada con su trabajo en el comité secreto, Lucila tenía sus dudas en cuanto a cómo le afectaba. Lo único que lo salvaba de un compromiso total era la opinión ambigua que tenía del mandarín Abascanto. Cayo opinaba que era sumamente listo, pero lo consideraba más bien poco fiable. Esta desconfianza era endémica en la Roma de Domiciano.

Lucila había confesado algo:

—Cayo, ¿te das cuenta de que conozco a la mujer de Abascanto? ¿A Priscila? Es amiga de Claudia, la mujer de Estado, y hace años que es clienta mía.

—¿Y qué? ¿Te cae bien?

—No es una de mis favoritas. Ir a la última moda con los mismos peinados que las damas imperiales forma parte de su plan para promover a su marido. Quiere parecer adecuada para la parte que le toca. Abascanto se casó con una mujer por encima de él, muy por encima…

—El ideal del liberto.

—Sí, yo también estoy esperando que algún cónsul se fije en mí, Cayo, querido… Priscila parece haber decidido hacer de Abascanto el gran proyecto de su vida. El servicio a Domiciano es la vocación sagrada de ese hombre… ¡Qué rabia me da eso! De todos modos, ella tiene dinero y da buenas propinas…

—¿Es su segundo esposo?

—Sí, y ella es considerablemente mayor. Hacen una pareja un poco rara, la verdad; no me los imagino en la cama. El suyo es uno de esos matrimonios en los que la pareja trabaja con el único propósito de promover la carrera del marido.

—Da ganas de vomitar. Cuando Domiciano ascendió a Abascanto, Priscila se echó al suelo como una alfombra humana y prácticamente besó los pies del Emperador, dándole las gracias. Ojalá la gente dejara de hacer ese tipo de cosas. Aviva sus delirios.

Lucila sonrió con expresión serena.

—¿Te gustaría que besara el borde de la túnica de nuestro Señor por ti, cariño?

—¡No! Ya sabes que intento que los grandes nunca se fijen en mí.

—Pues no lo has hecho demasiado mal, Cayo.

—Sí, mi padre estaría contentísimo.

—Creo que haré grabar un camafeo para celebrar tu gloriosa carrera. Montarás una cuadriga con Cupidos retozadores vistiendo tu corona de hojas de roble y con aspecto tímido por la atención. Se titulará el Triunfo de la Inseguridad.

—¿Has guardado mis hojas de roble doradas?

—Son un nido de polvo. Pero quizás algún Clodiano será un nombre famoso.

—¡Si creyera eso me preocuparía de verdad! —exclamó Cayo con sentimiento.

* * *

Lucila fue una de las primeras personas que se enteraron de que la esposa del secretario jefe Abascanto estaba enferma. Las peluqueras perciben la salud de sus clientes. El cabello pierde el brillo o incluso se cae, algunas veces antes de que se presenten otros síntomas de enfermedad. Además, las clientas comparten las malas noticias con sus peluqueras. La especial relación íntima que se crea induce a la gente que normalmente no se sinceraría a confiar en ellas. Se sobreentiende que no se revelará nada de lo que se diga mientras se maneja el peine.

Priscila necesitaba una confidente. Ya había compartido sus miedos con Lucila con anterioridad; no obstante, lo que la inquietaba era ocultar la información a su marido el máximo tiempo posible. Así era como vivían; su trabajo para el Emperador era demasiado importante para que la preocupación por ella lo alterara. Domiciano, por supuesto, daba por sentada la devoción de Abascanto.

Priscila estaba muy enferma. Resultó evidente enseguida. Había que informar a Abascanto. Aunque anteriormente Priscila no había sido una de sus clientas preferidas, Lucila lo pasaba mal con esa situación. Atendió con dulzura a Priscila en su lecho de enferma, haciendo que estuviera más cómoda y arreglándola cuando su aspecto deteriorado la avergonzaba. Los médicos iban y venían, pero a pesar de tener la mejor atención estaba claro que no había ninguna esperanza. Al cabo de poco, Priscila ya no quiso pasar por el trastorno de que la tocaran, aunque Lucila continuó visitándola.

Cuando Priscila murió, Abascanto estaba con ella. Lucila fue testigo del lado humano de lo que se suponía que era burocracia impersonal. El hombre estaba destrozado. Había perdido la fuerza impulsora de su vida. La suya había sido una relación en la que el esposo era el rostro público pero la mujer poderosa tomaba decisiones, lo mantenía centrado en su objetivo, le

proporcionaba la energía y la voluntad para prosperar. Mientras él trabajaba hasta tarde a la luz de una lámpara, en lugar de mandar a algún esclavo, la propia Priscila entraba de puntillas para llevarle refrigerios, tentempiés frugales, por supuesto, porque eso era lo que le gustaba a Nuestro Señor y Dios.

Al perderla, Abascanto quedó deshecho.

Al cabo de un año Estacio escribió un poema de consolación en el que afirmaba que el secretario jefe había quedado tan afligido que desvariaba, que se arrojó sobre el cuerpo de su esposa y amenazó con suicidarse. Desde luego, cuando Cayo acompañó a Lucila al funeral, ambos quedaron impresionados por la extravagancia del cortejo y la opulencia del sepulcro que proporcionó Abascanto, aunque en aquellos momentos el liberto se comportaba con dignidad.

A Lucila la había afectado la muerte de Priscila. No era la primera vez ni mucho menos que perdía a una clienta, pero la pilló desprevenida. Cayo la había acompañado al funeral para darle apoyo; él tenía cierta obligación para con Abascanto como miembro de su comité, de lo contrario probablemente no hubiera asistido.

Después de ver el extravagante desfile que el liberto ofreció a su esposa, Lucila murmuró con gravedad:

—Le doy un año. Ya lo verás; no tardará en volver a casarse.

—¿Crees que todos los hombre son unos cabrones?

—No; lo que pasa es que no será capaz de soportar estar solo.

Para entonces Lucila y Cayo estaban en casa. Embargada por la melancolía, ella le preguntó:

—¿Qué harías tú, si me perdieras? ¿Tu dolor sería tan estrafalario?

—Yo no expondría mi corazón al mundo.

—No, tú eres muy distinto.

Lucila sabía que Cayo no tocaría una espada de manera teatral, ni correría hacia un peñasco alto y amenazaría con saltar, tal como se suponía que había hecho Abascanto. Cayo no emitiría «gritos pidiendo ayuda» como si fueran anuncios en *La Gaceta Diaria*. Era sentimental pero manejaba sus sentimientos en privado o procedía con lógica y abordaba el

problema. Esto en parte era debido al hecho de ser soldado, pero también derivaba de su carácter y herencia. Aunque Lucila no había conocido a su padre, a juzgar por lo que había oído, Cayo seguía estando influenciado por aquel resuelto tribuno.

No obstante, Cayo mostró una comprensión inesperada por Abascanto.

—Entiendo por qué derrochó en mirra y bálsamo, por qué todas esas estatuas caras en la tumba y los elaborados banquetes funerarios. Debía de estar pensando, ¿de qué sirve el dinero ahora que se ha ido? ¿Para qué se esforzaron por conseguirlo, si no para que les diera una buena vida juntos?… Si yo te perdiera sentiría lo mismo. Te despediría con estilo, amor mío, si eso pareciera ser el gesto apropiado… Sé que hay mucha gente que querría llorarte, y yo les dejaría. Pero en privado nunca, jamás encontraría consuelo.

—¿Te juntarías con otra persona?

—No.

Lucila dudaba de las afirmaciones de los hombres; era por eso que desconfiaba de la demostración exagerada de Abascanto. Pero a Cayo lo creyó.

Después de Dacia, ninguno de los dos necesitaba hacer la otra pregunta: cómo se sentiría Lucila si lo perdiera. Pero entonces ella era más joven y no tenía una relación con él. Cuando en aquel momento se acurrucó contra Cayo y lloró, fue algo más que su pena por Priscila. El llanto fue un alivio tardío del dolor que aún recordaba. Cayo la abrazó, consolándola, y le puso la mano en la mejilla, conmovido de nuevo por los profundos sentimientos de Lucila.

* * *

Para Abascanto, las dificultades continuaron. Se decía que las últimas palabras de Priscila habían sido para alentar el dedicado servicio de su esposo a Domiciano. Eso debía de continuar costara lo que costara. El

espíritu del servicio público era enterrarte en tu trabajo, que era un consuelo en sí mismo.

Cuando el liberto fue capaz de retomar sus obligaciones, Cayo esperaba que lo llamaran para asistir a otra reunión del comité de seguridad. Cuando eso no ocurrió, se arriesgó con cautela a preguntar. Para su sorpresa, se enteró de que Abascanto ya no estaba en Roma. La desconfianza de Domiciano hacia sus libertos se había cobrado otra víctima. El Emperador continuaba abriéndose camino por los secretariados, reemplazando a sirvientes imperiales con hombres de rango ecuestre elegidos por él mismo. Ahora había despedido a Abascanto.

Las circunstancias del destierro de cualquier liberto eran turbias por costumbre. Sólo había una razón por la que se eliminaría a un funcionario de rango superior: desfalco. No era necesario que se hubiera producido el fraude. Incluso si el verdadero motivo era que su amo imperial ya no podía soportar verlo, la malversación de fondos era una excusa pública útil. De lo contrario sería desagradecido despedir a un liberto, una persona nacida y criada para el servicio en palacio, alguien completamente dedicado al Emperador —a cualquier emperador que le tocara—. Tenía que haber normas, tanto más en tiempos de malestar.

Por otro lado, a menos que los burócratas imperiales se volvieran completamente decrépitos, nunca esperaban marcharse; su deber para con el emperador era de por vida. Lo cual, en ocasiones, implicaba que su vida terminara prematuramente. Era bien sabido que Nerón se deshizo del legendario secretario jefe de su predecesor, el célebre manipulador y plutócrata Narciso, haciendo que se fuera al exilio «por su salud». Todo el mundo lo entendió como una orden para que cometiera suicidio y Narciso captó la indirecta enseguida.

Así pues, Abascanto se había retirado de manera inesperada. ¿Qué pasaría ahora con el comité?, se preguntó Cayo.

Se fue al edificio de al lado con la intención de preguntárselo a Casperio Eliano. Se llevó otra sorpresa. El despacho del prefecto estaba vacío y el personal de su oficina andaba deprimido por los pasillos, temerosos y preocupados por su futuro. En la última eliminación selectiva de

funcionarios, Domiciano había decidido también poner fin a la intachable carrera de diez años de su prefecto de la Guardia Pretoriana. «Mi Emperador, tenga razón o no» no había protegido al comandante de las sospechas: él también había sido suprimido.

Casperio Eliano se fue sin armar alboroto. Conservó su dignidad y no se quejó. Ya se habían sustituido prefectos con anterioridad; sabía que no suponía una mancha en su historial. Aun así, había sido un hombre popular. Los soldados le eran leales. El tufo rancio de la ingratitud imperial flotaba entonces por todo el campamento pretoriano, como si hubiera algún problema con los desagües.

Cayo lo conocía desde que lo liberaron de su cautividad en Dacia. Le debía a Casperio Eliano su traslado al personal del cuartel. Un cambio como aquél sin previo aviso le dolió como una patada en la entrepierna. Él era tan leal al Emperador como cualquier otro miembro de la guardia, pero por un momento Cayo quedó desconcertado, sin saber en qué situación lo dejaba todo aquello.

OceanofPDF.com

XXXII

Al año siguiente Domiciano se concedió su decimoséptimo consulado. Estacio escribió un poema.

«¡Vamos, sorpréndeme!».

«Sabía que te burlarías».

«Cabrón rastrero».

Siempre había dos cónsules. Era una medida romana para evitar el abuso de poder, aunque resultaba ineficaz a la hora de refrenar a un emperador que se engañaba. Si antes había un nombramiento anual, ahora el movimiento de personal era mucho más rápido para poder ascender a más gente; hubo un año en que, para desembarazarse de los asuntos pendientes, Domiciano había nombrado a una extraordinaria serie de once hombres. Apenas tenían tiempo de leer los archivos antes de cambiar de trabajo.

A su lado en la posición de honor, Domiciano nombró entonces a su primo Flavio Clemente, esposo de Flavia Domitila. El consulado de Domiciano era teórico, cuestión de apenas unos cuantos días, pero Clemente estaba en nómina hasta abril. Si Estacio contempló en algún momento la posibilidad de escribir un poema para celebrar aquel nombramiento público, se lo pensó mejor. Para Clemente y Domitila fue el principio del fin.

* * *

Lucila empezó a preocuparse. Siempre que la visitaba, veía que Flavia Domitila temía el consulado. Perdió peso y estaba ensimismada. Desde el

momento en que la pareja había sido informada, cuando la lista de cónsules se publicó el otoño anterior, Domitila había creído que estaban condenados. No había nada que pudieran hacer. Clemente no podía negarse. Ningún romano rechazaba un consulado a menos que estuviera gravemente enfermo, y mucho menos cuando iba a ostentar el cargo al mismo tiempo que el Emperador. Se había anunciado. Era ineludible. Y era de muy mal agüero.

Cuando Domiciano se había convertido en emperador quince años atrás, su primer compañero como cónsul había sido el hermano mayor de Clemente, Flavio Sabino. Todo quedaba en familia. Era el sistema de los Flavios, la forma en que actuaban Vespasiano y su propio hermano mayor. Quizá Sabino molestara a Domiciano al suponer que era el heredero imperial. Tal vez hizo alarde de sus esperanzas. Él era el miembro mayor de la familia y los acontecimientos todavía no habían demostrado lo peligroso que podía llegar a ser Domiciano. Pero Domiciano ejecutó a Sabino sin ofrecer ningún motivo e inmediatamente renunció a su puesto.

Más adelante, Domiciano repitió la misma pauta: Arrecino Clemente, familiar político de Tito y allegado a Julia: cónsul, asesinado después. Luego Glabrión, supuestamente impío y conspirando para llevar a cabo una revolución: primero el honor, luego la lucha con el león, el exilio y la muerte. A continuación, los estoicos, Rústico y el joven Helvidio: ambos cónsules, ambos juzgados por traición y asesinados. Elio Lamia, el primer esposo de Domicia: la misma secuencia macabra.

¿Quién iba entonces a ambicionar este supremo honor romano? Sobre todo si Domiciano, en sus oscuros desvaríos íntimos, podía convencerse de que un cónsul tenía echado el ojo a su trono.

Flavio Clemente nunca se tomaría la molestia de una usurpación. No estaba cualificado para nada y era un vago de tomo y lomo. No había ostentado ningún cargo militar ni cívico, satisfecho con disfrutar de su posición como miembro afortunado de la familia gobernante. Aceptó los beneficios sin las responsabilidades. No tenía nada que ver con los orígenes de los Flavios, que se dedicaron a adquirir no sólo posición y dinero, sino también honor. Tanto Vespasiano como su hermano Sabino se hicieron con

todos los rangos, cargados con energía política y movidos por una creencia sincera de que una vida de servicio a Roma era la más noble de las metas.

Clemente aceptó la posición social que ellos se habían ganado como si fuera suya por derecho natural. Vespasiano y su hermano hubieran sido muy críticos al respecto. Y también lo hubieran espabilado, de la forma en que Domiciano se había visto obligado a vivir con su padre con objeto de controlar un comportamiento inapropiado y prepararlo para el arte de gobernar. En cambio, mientras Lachne y Lara habían servido a la familia, durante el tiempo en que la propia Lucila había estado relacionada con ellos, Clemente y su esposa Domitila habían llevado una existencia al margen de la familia imperial que tenía muy poco sentido o valía. Sólo los respetaban por ser quienes eran, nunca por algún logro de Clemente, porque no logró nada.

En cambio, tampoco hacían daño a nadie. Flavia Domitila, hija de la hermana de Domiciano muerta hacía ya mucho tiempo, era agradable y querida por aquellos que la conocían.

Lucila ya llevaba más de quince años arreglándole el pelo a esa mujer, tejiendo sus diademas de rizos desde que ayudaba a Lachne. El rango las distanciaba; no obstante, atender a Flavia Domitila era una rutina que formaba parte de su propia existencia. Intercambiaban pequeños obsequios en las Saturnales y en los cumpleaños. Hablaban con franqueza sobre los achaques, y Lucila se quejaba de los dolores en el cuello y en los hombros que eran consecuencia de su profesión al tener que estar de pie con frecuencia y trabajar con los brazos levantados. Sin duda, el hecho de decir que servía a la sobrina del Emperador ayudó a Lucila a hacerse con una clientela mayor.

Ahora Domitila era casi la única persona con la que Lucila trataba que había conocido a Lachne y a Lara. De vez en cuando las rememoraba, una gentileza que demostraba que la mujer comprendía lo que aquellas significaron para Lucila.

Lucila sabía que, por norma general, los Flavios trataban bien a sus mujeres. La madre y la abuela de Vespasiano habían aportado posición social y dinero a los hombres de provincias, comparativamente poco

distinguidos, con los que se habían casado. Ambas habían sido mujeres astutas y directas. Vespasiano había sido criado en parte por su abuela en su finca de Cosa, en la costa noroeste de Italia; todo el mundo sabía que a él le gustaba volver allí. Su madre era otra mujer de carácter fuerte; se decía que lo había intimidado para que se metiera en la vida pública cuando él mostró renuencia. Así pues, aunque daba la impresión de que sus mujeres estaban en un segundo plano desde el punto de vista público, era por elección propia. Eran mujeres tradicionales. Cosa que nunca había implicado que fueran sumisas.

Domitila era hija única. Había perdido a su madre siendo muy joven y, quienquiera que fuese su padre, desapareció de escena o también murió. Al igual que su tío Domiciano y su prima Julia, fue educada por otros en la familia. Ella no veía ningún motivo para tratar a su tío con deferencia, sino que despreciaba sus ideas grandiosas y deploraba su vanidad lanzándole miradas y volviendo luego los ojos al cielo.

Era inevitable que Domitila se casara pronto, y con otro primo, Clemente. A pesar de lo que decía la gente sobre el repetido matrimonio entre parientes tan cercanos, fue madre de siete hijos, un hecho por el que una mujer era sumamente honrada en la sociedad romana. Tras dar a luz a su tercer hijo, las leyes Augustas le daban derecho a dirigir sus propios asuntos sin un tutor, aunque, por lo que Lucila podía ver, en la práctica esto no suponía mucha diferencia. Lucila nunca tuvo conocimiento de que Flavia Domitila poseyera fincas propias; de ser así, lo más probable es que su esposo asumiera el control nominal pero lo dejara todo en manos de los administradores. La ropa y las joyas eran apropiadamente abundantes para una sobrina del emperador reinante que aparecía con él en la corte y en el palco imperial en los festivales. Siempre llevaba el cabello inmaculado, por supuesto. Las facturas que Lucila extendía para que así fuera tardaban en liquidarse, aunque al final siempre cobraba.

Incluso cuando la pareja vivía en palacio conjuntamente con Domiciano, Flavia Domitila tenía su propio servicio. El personal le era leal, como lo era la propia Lucila, aunque en ocasiones mostraban cierta arrogancia. Tatia Baucila, la laboriosa niñera de los siete hijos, era propensa

a describir a los niños que tenía a su cargo como «los bisnietos del Divino Vespasiano», añadiendo con mucho menos orgullo que Clemente era su padre y recordando de inmediato a la gente que su madre era la nieta del Divino Vespasiano. Estéfano, el mayordomo, se hacía llamar «liberto de Domitila». Lucila recordaba que Lachne siempre hizo lo mismo. Llegados a eso, ella misma también era liberta de Domitila.

Así pues, Flavia Domitila tenía entonces unos cuarenta y cinco años, estaba discretamente menopáusica y se enfrentaba a serios temores de que Domiciano volviera su neurótica atención hacia su esposo. Ella nunca había disfrutado especialmente de la vida en la corte y prefería estar en el campo, cuando los Flavios regresaban a sus hogares en la región de Sabina en los Apeninos. Ciertamente, poseían grandiosas villas rurales situadas en fincas bien dirigidas, pero allí pasaban los veranos italianos con largas mesas de madera dispuestas al aire libre para las relajadas reuniones familiares, mientras los niños, libres de discusiones, correteaban bajo los pinos: panes rústicos, vinos de la tierra, quesos sencillos, frutas y verduras abundantes, miel silvestre… Disfrutaban de las cosechas y de las visitas a los mercados locales; cazar en los bosques, ir a buscar trufas, pescar en el río; músicos ambulantes y bailarines tradicionales les proporcionaban entretenimiento. Los largos días soleados iban seguidos de un buen sueño nocturno.

Lucila había participado de aquellas vacaciones en su época, y las disfrutaba mucho, aunque desde que Cayo y ella se hicieron amantes solía declinar las invitaciones para poder pasar tiempo con él.

Su relación íntima con Cayo la había distanciado un poco de Flavia Domitila, que aceptó el cambio con sonrisas cómplices, contenta por aquella joven vivaz a la que conocía desde que era pequeña y que formaba parte de su propia historia doméstica.

* * *

Cayo empezó aquel año con las inseguridades. El hecho de tener a dos nuevos prefectos que habían accedido vertiginosamente al puesto como

cometas impredecibles provocaba tensión; era la primera vez que había pasado por aquello desde que era corniculario.

Los recién llegados tenían que acomodarse. Sugirieron ideas ridículas de reestructuración que, tal como su corniculario tuvo que señalar con delicadeza, no eran factibles en una organización como la de las legiones. Circularon los rumores habituales sobre recortes de presupuesto, aunque cualquiera de los oficiales de intendencia podría acabar con ellos de golpe utilizando hábiles amenazas contra los incentivos de sus superiores. Entonces escudriñaron al personal. Todos los oficiales superiores se pusieron nerviosos, no fuera que los eliminaran. En la mayoría de casos todo quedaba en nada. Los cabrones irritantes que todo el mundo esperaba perder de vista se aferraron a sus puestos como siempre hacen los cabrones irritantes.

Uno de los prefectos, Norbano, era un partidario devoto de Domiciano; llegó allí por la vía del ejército después de hacerse un nombre durante la Revuelta de Saturnino. Había llevado tropas de la Recia para ayudar a Lapio Máximo a derrotar a Saturnino, ganándose la gratitud de Domiciano y aquella prefectura como recompensa. El otro nuevo, Petronio Segundo, había ascendido a través de empleos civiles, incluyendo el prestigioso puesto de prefecto de Egipto. No estaba claro lo bien que se conocían estos dos hombres anteriormente, si es que se conocían; había indicios de que no cuajaban. Ése era el propósito de tener dos. Mientras se daban empujones para conseguir la supremacía, era poco probable que adquirieran demasiado poder a expensas del Emperador. Nadie había olvidado cómo el brutal Sejano intentó arrebatarle el trono a Tiberio.

Domiciano debía de recordarlo: su lectura favorita, quizá su única lectura en aquellos días, era las *Memorias* de Tiberio, un libro que la mayoría de la gente colocaría en el estante más alto de su librería para que acumulara polvo. Cayo tenía un ejemplar en su oficina; uno de los rollos tenía la flexibilidad ideal para matar moscas.

Al principio Petronio Segundo intentó pasar desapercibido. Dejó que Norbano llevara la delantera. Cayo se sintió molesto, aunque no del todo sorprendido, cuando Norbano hizo que su secretario personal —un

escritorzuelo horripilante que había venido con él desde la Recia— enviara una breve y fría nota escrita con una caligrafía enmarañada para señalar que sería de utilidad que el jefe administrativo pasara por allí para una revisión de sus obligaciones. Para ello, según la costumbre ridícula del servicio público, Cayo preparó unas notas profesionales sobre sí mismo.

Le llevó el borrador a Lucila antes de presentarlo. Ella le hizo reforzar las partes en las que Cayo había mostrado valentía en el campo.

Él destacó el comité de seguridad de Abascanto porque sabía que, entre las notas que le habían transferido de Casperio Eliano, Norbano poseía un archivo secreto sobre «Proteger al Emperador». Cayo, que había redactado casi todo el archivo, se había divertido mucho resumiendo su propio papel, con la narrativa en tercera persona que utilizaba cuando informaba a sus superiores: si sería rentable retirar a Clodiano de su importante trabajo en los archivos del granero para nombrarlo miembro del comité de seguridad, el veredicto de la evaluación de idoneidad, más lo que habían revelado exactamente las investigaciones sobre Clodiano. Él daba luz verde a Clodiano en cuanto a lealtad.

Cuando Clodiano se dirigió sin prisas a verlo, el prefecto llevaba puesto el uniforme de gala. Siempre lo hacía. Los comandantes pretorianos eran militares y Norbano disfrutaba de eso. Los miembros de la Guardia juzgaban a un prefecto por si, en la intimidad de sus aposentos, le parecía necesario conservar las distinciones formales de su rango o bien quitarse la enorme capa con un gruñido de alivio como haría cualquier persona sensata.

Norbano no tenía mucho que decir sobre las obligaciones del corniculario. Lo que quería era emocionarse con temas de alto secreto hasta que se hartara.

—Me he fijado en que mencionaste a Abascanto y su grupo especial.

—Sí, señor. Espero que no diera impresión de frivolidad.

Norbano lo pensó durante un espacio de tiempo enervante.

—No —lo consideró un poco más—. No, me gusta tu actitud.

Cayo no dijo nada.

De pronto Norbano mostró una sonrisa radiante de la que su oficial desconfió.

—Bueno, Clodiano…, ¡esto es un poco delicado!

«¡Por el Hades!».

—Proteger al Emperador… Para eso estamos todos aquí… ¿Cómo están los ánimos al nivel del cuartel? ¿Percibo unas ansias peligrosas de cambio al hablar con los comandantes de cohorte? ¿Hay algún miembro de la Guardia que se pregunte en qué momento tenemos que empezar a tomar decisiones incómodas? ¿Tú qué piensas? ¿Has oído rumores?

«¡Mierda! ¿Qué cambio? ¿Qué decisiones? No estaría hablando de hacer peligrosas sugerencias de un nuevo régimen, ¿no?».

El prefecto lo estaba mirando directamente, con una de sus cejas peludas enarcada a modo de interrogación.

—Hicimos el juramento, señor.

—¡Y todo lo demás! —Norbano habló en voz baja—. Nuestro Señor entregó una enorme bonificación para asegurar la Guardia Pretoriana, cuando se convirtió en Emperador. Tu curriculum te sitúa entonces como miembro de la dotación, de modo que fuiste uno de los afortunados.

—Sí, señor.

—De eso hace catorce años. Si el período de servicio para un miembro de la Guardia es de dieciséis años… Bueno, ya habrás comprendido lo que estoy pensando. El número de soldados que recibieron la bonificación debe de estar menguando con rapidez. ¿Los chicos nuevos se sienten bajo la misma obligación, según tu criterio?

—Se sienten orgullosos de servir, señor —Cayo hablaba como su padre. Al final lo habían conseguido.

Norbano soltó un silbido.

—¡Por los dioses, qué aplomo tienes! Ya entiendo por qué te nombraron, Clodiano.

Deseando que aquello terminara, Cayo adoptó la expresión reservada de un hombre con aplomo. Como era soldado, eso se le daba bien.

—Bueno, quiero que sigas asistiendo a este comité. Observa qué se traen entre manos y vuelve a informarme a mí personalmente.

—Sí, señor.

—No acabo de fiarme de esos libertos…, son un hatajo de cabrones raros que llevan collares elegantes. La pérdida de Abascanto no me hace llorar.

—No, señor. A propósito, señor: habiéndose marchado Abascanto, me he estado preguntando con quién tengo que colaborar en su lugar.

—¡Con Partenio! —anunció Norbano—. No me preguntes cómo lo arreglaron entre ellos, pero ahora tu hombre es Partenio.

Cayo llegó al extremo de enarcar las cejas.

—¿El chambelán? ¿No se pasa la vida contando fundas de almohada? —No podía imaginarse que funcionara, pero hasta que no hubiera juzgado aquel cambio decidió no protestar. El chambelán seguía y vigilaba al Emperador y controlaba las visitas que recibía, de modo que podía ser apropiado.

—Bueno, se aplica el mismo objetivo. La seguridad del Emperador es primordial. Eso siempre tendrá mi atención personal. Escucha, Clodiano, esta reunión es absolutamente confidencial, sólo entre nosotros —Norbano se dirigió a él de la manera en que lo haría un tío un tanto siniestro—. No hace falta que te diga que si ocurre algo, es absolutamente esencial que la Guardia ataje el problema de raíz. ¡Vigilancia! Necesitamos absoluta vigilancia.

—¡Absolutamente! —A Cayo se le daba bien la jerga—. Sólo una pregunta, prefecto. Sobre el tema de seguridad, ¿sabes cuál es la posición de Petronio Segundo?

Dio la impresión de que Norbano se mostraba muy cauto.

—Tiene sus propias ideas. Estoy seguro de que podemos contar con él. —De manera que consideraba traicionero a Segundo—. No quiero que te sientas cohibido. Si hay cualquier problema, acude a mí.

—¡Estupendo, señor!

—Mi puerta siempre está abierta.

En aquellos momentos estaba cerrada, de manera que nadie podía oír a Norbano insinuando deslealtad en su compañero prefecto.

* * *

En cuanto Norbano se hubo entrometido lo suficiente para establecerse, Segundo empezó su propio ejercicio. Cayo siguió la marcha de la interacción entre los dos como si fuera una especie de experimento científico para una enciclopedia, para una sección con insectos.

Segundo decidió salir de su crisálida y entrevistar a todos sus tribunos de cohorte sobre sus carreras: él lo llamaba «el toque personal». Para cualquiera que llevara veinte años en el ejército el fenómeno era bien conocido. El corniculario se hizo cargo pacientemente de la agenda para anotar las citas de los diez tribunos para sus pequeñas charlas, luego entregó unos resúmenes muy útiles sobre la historia de cada uno de ellos. Una cosa sencilla. No era distinto de cuando, estando en los vigiles, había enviado un delincuente al prefecto de la ciudad, dando la impresión de que buscaba consejo sobre el caso pero proporcionando una firme orientación sobre lo que había hecho el acusado y cómo castigarle. Se ganó unas cuantas copas con este ejercicio, pues los tribunos más astutos intentaron influir en lo que dijera sobre ellos.

Hubiera podido fastidiar bien a uno o dos, de haber sido ese tipo de persona. Y ellos debían de tener la esperanza de que no lo fuera.

Por supuesto que no.

Los observó cuando regresaron de sus entrevistas, para ver quién parecía cabizbajo y quién arrogante. Uno o dos recibirían su diploma de baja más rápido de lo que se habían esperado; Cayo, que dio instrucciones al calígrafo que grabó las tablillas, ya lo había puesto en marcha. El ejercicio del prefecto era una gestión del personal excelente, aunque, como la mayoría de juegos de ese tipo, desconcertaba mucho a los hombres a los que manejaba, incluso a los que sobrevivieron al proceso. Aunque nunca se sugirió que Domiciano estuviera al corriente de ello, era justo la clase de crueldad mental con la que disfrutaba el Emperador.

Cayo también tuvo que someterse al «toque personal». Segundo le dijo que fuera a verle cuando le viniera bien, lo cual siempre resultaba incómodo para ambas partes. El prefecto examinó con esmero varios aspectos de su trabajo como corniculario. Cayo, siempre considerado, le había preparado una lista para suavizar el proceso.

Lo cierto era que había muy pocas cosas que necesitaran atención o cambio. La oficina estaba bien dirigida. Había pocas quejas; muchas de las cuales se podían descartar. Una secretaría decente contribuía a un cuerpo sin complicaciones. Segundo sabía que tenía a un buen jefe administrativo, al corriente de todo. La Guardia estaba bien. Por supuesto Cayo ya lo había demostrado con Norbano.

—¡Excelente!

—¡Gracias, prefecto!

Habían llegado a ese momento, que siempre se producía en este tipo de entrevistas, en el que un discreto Clodiano tenía que decidir exactamente cuándo recoger sus tablillas de notas y escabullirse del despacho. Algunas veces —y sus antenas hormigueaban diciéndole que aquélla era una de esas ocasiones— tenía que quedarse durante un tenso rato de informalidad. El tono se volvía más relajado. Un prefecto hablaría de los Juegos, del tiempo, o incluso de alguna leve preocupación sobre sus hijos; un titular particularmente alegre se reiría de cualquier escándalo sexual que tuviera que ver con los hijos de colegas ausentes (aunque la mayoría consideraban que estaba mal visto difamar abiertamente a sus iguales en rango). Según la tradición, cabía la posibilidad de que Segundo sacara su juego de vasos, en tanto que un esclavo previamente oculto aparecería con el vino para llenarlos.

Las últimas Saturnales, con Casperio Eliano, hubo incluso un cuenco de olivas. Puesto que Cayo tenía que abastecer el armario de refrigerios de los prefectos, se había asegurado de que fueran aceitunas de Colimbadia, y siempre que iba a una reunión en la que se sacaban chucherías se llevaba las sobras a casa. Tales son las discretas recompensas de los sirvientes públicos honestos.

Aquel día no aparecieron ni los vasos ni el esclavo doméstico. Habían llegado a la parte amistosa, pero no habían terminado con los asuntos de trabajo.

Cayo creía que aquella vez iba a escaparse antes de verse en la necesidad de mencionar el comité de seguridad. Segundo abandonó la gran silla que parecía un trono y se dejó caer en un asiento más cómodo. Mientras apoyaba las botas en una mesa baja para indicar que podían relajarse, sacó el tema. Cayo se hurgó una uña con desánimo.

De pronto Segundo recordó la etiqueta.

—Ya es hora de tomar algo, ¿no? —volvió a poner los pies en el suelo ruidosamente, se levantó de un salto, se acercó a un armario y entonces sí que sacó unos vasos. Eran unos recipientes enormes de color verdoso, con unos esqueletos joviales que aconsejaban: «Bebe, porque mañana moriremos». Rebuscó en su alijo de vino sin involucrar a ningún esclavo.

Regresó, puso las cosas sobre la mesa baja que había entre ellos y sirvió el vino. Alzaron los vasos. Era un vino excelente. Los prefectos siempre se traían el suyo porque querían un añejo decente; los negociadores militares no podían permitirse la calidad ni habiendo recibido la mejor herencia del mundo, si no, el auditor del Tesoro les iba pisando los talones. Cayo había tenido que explicarlo con mucho tacto cuando nombraron a los dos nuevos prefectos. Era más o menos el tercer punto de unas *Notas orientativas para la iniciación de nuevos comandantes* que había heredado de sus predecesores. Donde el primer punto explicaba a los titulares por qué sus cargos no eran lo bastante importantes y el segundo señalaba qué letrina estaba especialmente reservada para su uso. Para el de ellos y también para el de Cayo cuando supo que estaban situadas fuera del campamento.

Petronio Segundo lo observó con expresión irónica.

—Bueno… Es delicado, ¿verdad? —no se refería al vino.

—Sí, señor.

—No tengo que recordarte que todo lo que se diga en este despacho se queda aquí. —Cayo giró la cabeza, la señal universal; Segundo pudo estar tranquilo de que su colega Norbano no se enteraría bajo ninguna

circunstancia de lo que hubieran dicho—. Trabajaste con Abascanto, de manera que ya comprendes lo que intentaba hacer.

Cayo sorbía el vino como una chica. El vino con el estómago vacío, junto con la sensación de que la conversación se le escapaba, hacía que estuviera moderando su aportación.

—Supongo que lo apruebas, Clodiano.

—Sí, señor.

—Bien, seamos claros sobre todo esto. La iniciativa de Abascanto continúa y creo que nuestra participación debe continuar con ella. Los miembros de la Guardia pueden limitar su servicio al simple papel de guardaespaldas o bien apuntamos a la supervivencia de Roma. ¿Estás conmigo? —lo comprobó de nuevo.

—Creo que sí, señor —a Cayo siempre lo asombraba lo mucho que se confiaban a un jefe administrativo sus superiores.

—Los días de una insurrección armada ya quedaron atrás.

Por suerte, Cayo ya había tragado el vino y no lo escupió. Entonces supo que las llamadas discusiones profesionales que Segundo había estado organizando tenían un propósito concreto: sondear las opiniones de sus oficiales en preparación para un golpe de Estado.

Cuando Segundo decidió que podía ser sincero, lo hizo a lo grande:

—Puede que a Calígula le funcionara, pero atrapar a Nuestro Señor y Dios en un túnel para un apuñalamiento sangriento organizado por nosotros no está bien, francamente.

—¿En serio, señor?

—El ejército en campaña lo quiere demasiado. Se ha granjeado la simpatía de las tropas con su presencia en el Rin y el Danubio. Una sublevación en casa sería muy impopular. Las legiones no lo consentirían. —Cayo tuvo que recordarse que aquel hombre había llegado hasta allí por la ruta civil; su colega Norbano no habría hablado con tanto pesar sobre el ejército. Y una «sublevación en casa» debía de querer decir a manos de los pretorianos—. Volvería a estallar una guerra civil por todo el Imperio; ya tuvimos suficiente durante el Año de los Cuatro Emperadores. Ahora lo que

hace falta es un traspaso de poder sin complicaciones. Tal como yo lo veo… —Segundo hizo una pausa.

—¿Hipotéticamente? —le apuntó Cayo. Él siempre era considerado.

—¡Sí, buen chico! Todo esto es confidencial. Ya conoces los riesgos. Si alguien nos pregunta, ambos lo negaremos todo… Obviamente, cualquier movimiento requeriría que el Senado, la Guardia y el personal imperial trabajaran juntos. Te darás cuenta de que, en un escenario así, el papel de la Guardia sería el de ofrecer apoyo en un segundo plano.

—¿No haremos nada, pero si alguien lo intenta nos abstenemos de intervenir? —Cayo tenía la sensación de haber ido a parar de pronto al borde de una zanja muy profunda; se esforzaba por mantener el equilibrio, a punto de perderlo y caer dentro.

—Es jodido, ¿verdad? —le preguntó Segundo en tono de confidencia. Apuró su vaso de un trago y con alivio—. Bueno, me alegro de que hayamos tenido esta pequeña charla. Sólo quería que supieras que, si hay cualquier problema, lo que sea, mi puerta está siempre abierta.

Ahora Cayo ya podía salir de allí. Se levantó para marcharse.

—Todos sabemos que podemos contar contigo —le dijo el prefecto con una sonrisa—. Tu informe de vigilancia es fundamental. Sé que no nos defraudarás.

Cayo llegó a la puerta. Se dio media vuelta.

—Sólo una pregunta, señor, si no te importa. ¿Cómo ves la posición de tu colega, Norbano?

—¡Buena pregunta! Podría ser delicado. No te preocupes; no es un problema. Si alguna vez las cosas se ponen en marcha, cuando sea, puedes dejar a Norbano en mis manos.

—Es bueno saberlo, señor.

«¡Por Júpiter Óptimo Máximo!».

* * *

Cayo se dirigió a su despacho en el edificio de al lado. Un par de empleados levantaron la mirada, pero leyeron su expresión y decidieron no entablar conversación con él.

Existía una posibilidad bastante desagradable de la que Cayo era plenamente consciente: las conversaciones con Norbano y Segundo podían ser una trampa. Quizás uno de ellos, o ambos, intentaba hacer que su jefe de personal expresara sus opiniones para denunciarle por traición.

Así era cómo pensaba la gente en Roma. Domiciano había tenido este efecto nefasto.

* * *

Se fue a su zona privada y allí se quedó sentado un rato, sudando.

«Trabajaste con Abascanto, de manera que ya comprendes lo que intentaba hacer…».

Había sido un idiota. No había entendido nada.

Ni siquiera cuando Petronio Segundo insinuó, si bien con muchos rodeos, un traspaso de poderes, el corniculario se había estremecido por las implicaciones. Se estaba gestando un complot. Los mismos oficiales lo estaban organizando. Se suponía que todo aquel que fuera importante ya estaba al corriente de ello. Incluso gente como Norbano, quien no simpatizaba con la causa y no había sido invitado, sospechaba lo que estaba ocurriendo. No era algo que se comunicara por señales, por supuesto. Nadie iba a poner un letrero grande en su puerta que dijera «Conspiradores, preguntad dentro», ¿no?

Ahora que Cayo lo consideraba con asombro, vio que la «iniciativa» de Abascanto era sumamente inteligente, no menos sinuosa de lo que se hubiera esperado. Nadie se convertía en un servidor civil desacreditado sin experiencia en la duplicidad. Era sencillo. Todos los miembros del comité de seguridad, aparte de él, eran hombres de dentro. Se ocultaban para evitar llamar la atención reuniéndose a plena vista. La gente a la que sondeaban en

busca de apoyo constituía un grupo mucho más amplio de los que habían aparecido en las reuniones para mordisquear galletas de almendra.

«El Senado, la Guardia y el personal…».

Casi toda Roma, por lo visto.

En cuanto a él, Abascanto había solicitado a alguien de la Guardia Pretoriana, y Casperio Eliano, un hombre leal al régimen que no había entendido nada, había enviado a una persona que disfrutaba con la burocracia. Ahora Norbano suponía que Cayo estaba espiando; Segundo asumía que Cayo estaba conspirando. ¡Por Júpiter! ¿Qué se suponía que debía hacer?

Lo de Abascanto lo ponía nervioso: podría haber un motivo por el que lo despacharon tan de repente. Algún rumor había llegado a oídos del Emperador. Esto era una muy mala noticia para cualquiera que estuviera involucrado. Hasta para los pobres idiotas como Cayo que ni habían tenido ni idea de nada.

De todos modos, ahora lo sabía. Ahora tendría que tomar decisiones. O seguía con esto o tenía que hacer lo que, para empezar, era la razón por la que creía que estaba allí: observar a los conspiradores, los de verdad, y acabar denunciándolos. Al menos tenía a dos superiores distintos que le aseguraban que él era su hombre. ¡Eso tenía que ser una garantía de protección!

Una vez más en su vida, Vinio Clodiano tenía la sensación de que otras personas lo empujaban hacia algo. Había adquirido un nivel de participación peligroso sin ni siquiera entenderlo.

Sabía cómo funcionaban las cosas; si se desenmascaraba a esas personas por conspirar, lo más probable era que cayera con ellos.

Cuando lo habló detenidamente con Lucila en casa, logró convencerse de que, a menos que hubiera un intento de asesinato inminente, cosa que quizá no ocurriera nunca, aquello podría no ser problemático. Pero se sintió desanimado. No había nada claro, y para Cayo eso implicaba que había muchas probabilidades de que todo saliera mal.

* * *

Si necesitaba confianza, ésta le llegó con la inacción de Partenio. Si de verdad el desterrado Abascanto le había pasado la antorcha, Partenio debía de haberla apagado de inmediato. No ocurrió nada. No se celebraron más reuniones.

Mientras tanto, Domiciano se fue volviendo cada vez más impredecible. Nadie conocía las normas. La gente era perezosa y no quería problemas. Se sometían a cualquier sistema, incluso a los malos, siempre y cuando pudieran entender lo que se esperaba de ellos. Con un gobernante mentalmente perturbado, los períodos de tranquilidad les inspiraban la esperanza de que todo se había calmado, pero entonces él los ofendía con algún nuevo ultraje. Ni siquiera podían contar con el comportamiento previo como índice. Se contradecía, analizaba incidentes pasados y llegaba a nuevas conclusiones inquietantes. Esto ponía histérico a todo el mundo.

Un caso pertinente era el de Epafrodito. Epafrodito no sólo había sobrevivido siendo allegado de Nerón, sino que Domiciano también lo había aceptado como secretario durante años. Cuando de repente desterró a este hombre, el asunto resultó perturbador. Ahora se había puesto a darle vueltas otra vez y de pronto hizo volver del exilio a Epafrodito. Cuando el liberto regresó renqueando a Roma, habían pasado casi tres décadas desde que su primer amo Nerón se suicidó. Todo el mundo sabía que si Epafrodito lo había ayudado había sido a petición del propio cobarde de Nerón. Un acto de lealtad, simple compasión.

Eso no impidió que Domiciano decidiera dar un castigo ejemplar a su anciano secretario. Quería que otros vieran que causar la muerte de un emperador, aunque fuera él quien te lo pidiera, era un delito.

Epafrodito fue ejecutado.

* * *

A continuación ocurrieron cosas peores. De repente, Domiciano se volvió contra Flavio Clemente. Antes incluso de que en el mes de abril el consulado de su primo terminara, hubo una misteriosa acusación de «ateísmo». Se decía que Clemente y Domitila habían tomado parte en «prácticas judías». No quedó claro cuáles eran tales prácticas. Cuando Vespasiano y Tito regresaron de su conquista de Judea habían traído muchos prisioneros judíos, por lo que podía ser que muchos de los esclavos que constituían el botín de guerra hubieran terminado formando parte de la casa de Clemente; de ser así, a ninguno de ellos lo acusaron concretamente de convertir a su amo. Más adelante, los cristianos también reivindicarían a la pareja como santos, aunque tampoco había ninguna prueba de ello.

La vaga acusación parecía derivar de la propia imaginación retorcida de Domiciano. Las familias tenían tendencia a decir lo que pensaban. Quizás en alguna ocasión familiar privada sus primos se habían burlado de la interpretación que Domiciano hacía de sí mismo como dios en la Tierra. Para ellos no era más que un pariente muy aburrido. Fuera lo que fuera lo que hizo Flavio Clemente, o si su mera existencia como un rival en potencia influyó en los miedos de Domiciano, un día llegaron los habituales hombres con espadas y, ése fue su fin.

En cuanto Lucila se enteró, fue corriendo a ver a Flavia Domitila. Aunque la pobre mujer había estado viviendo aterrorizada durante meses, Lucila la encontró completamente aturdida. La pareja llevaba más de treinta años casada. No hubo juicio; no había habido tiempo de acostumbrarse a la posibilidad de perder a su esposo. Aquello fue espantoso, mucho peor que una enfermedad o un accidente fatal.

No se celebraría un funeral público. Y por supuesto tampoco se le enterraría en el gran mausoleo Flavio nuevo que en otra época fuera la casa de la familia de Clemente. Las disposiciones tuvieron que reducirse al mínimo y llevarse a cabo en secreto; el mayordomo de Domitila, Estéfano, se encargó de todo.

Domitila no tenía a nadie a quien recurrir. Una mujer que perdía a su marido tenía que depender del apoyo familiar, pero ahora Domiciano era el único pariente varón adulto; también era su enemigo aterrador.

Los empleados de la casa de Domitila estaban consternados. Se apiñaban en torno a ella, la mayoría llorando. A Domitila no la condenaron a muerte, pero el Emperador había ordenado que se la llevaran de Roma al exilio en la isla de Pandataria. Cualquiera que pensara en ello se daba cuenta de que Domiciano aún podía cambiar de opinión y dar órdenes todavía peores. Aunque no lo hiciera, Pandataria tenía una fama terrible.

Mientras los esclavos afligidos llevaban a cabo los preparativos para aquel viaje no deseado, Domitila daba instrucciones trémulas para el bienestar de sus hijos, a los que tenía que dejar. Ni siquiera se le concedió tiempo para explicarles la situación. Nadie podía suponer el destino que les aguardaba a los dos hijos que Domiciano previamente había nombrado herederos, aunque parecía poco probable que continuara viéndolos con la misma cordialidad. Tanto ellos dos como los otros cinco angustiados niños eran huérfanos en un mundo cruel. Nadie que temiera a Domiciano se atrevería a mostrarse amable con ellos.

Al haber venido de fuera, Flavia Lucila tenía la cabeza más clara que la mayoría. Descubrió que, aunque su corazón latiera a toda prisa, podía mantener la calma en caso de emergencia. Se puso a trabajar y ayudó a Estéfano con los apresurados preparativos. Mientras Lucila estaba consolando a su patrona, llegó una escolta de soldados; eran de las cohortes Urbanas y no reconoció a ninguno de ellos. Fueron bastante educados y todos se sentían incómodos por tener que dar órdenes a una dama imperial, pero subyacía la amenaza.

Un pequeño grupo de personas podía viajar con Domitila hasta la costa. Estéfano se empeñó en ir. Se llevaron también a un par de doncellas seleccionadas a toda prisa. Cuando el grupo se puso en marcha, Domitila pareció agradecer la presencia de Lucila, de modo que ésta también se prestó voluntaria para acompañarla. No había pensado en ello de antemano. No tuvo tiempo de comunicárselo a Cayo como era debido y, aunque le envió un mensaje, no precisó demasiado para no implicarlo en la desgracia de Domitila.

El viaje hasta la costa les llevó un par de días, aunque los soldados les metían prisa. Pandataria era una isla volcánica diminuta situada a unas

treinta millas frente a los elegantes lugares de veraneo de Bayas y Cumas, en la bahía de Nápoles. Aquel punto remoto en el mar Tirreno hacía tiempo que constituía un emplazamiento idóneo para recluir a mujeres imperiales caídas en desgracia. La isla albergaba a varios miembros de la familia Julio-Claudia, algunos de los cuales habían muerto allí de hambre deliberadamente; a otros les habían enviado a unos ejecutores por sorpresa. Casi nadie sobrevivía para marcharse. Pocos barcos pasaban por allí. Los habitantes debían de estar acostumbrados a verse como carceleros, unos carceleros cuya crueldad sería bien recibida por las autoridades. Flavia Domitila sólo podía considerar su solitario confinamiento con horror.

Iba a ser trasladada a la inhóspita caldera por un barco de la armada, de la flota de Putéolos; los remos ya estaban dotados, preparados. A Estéfano le prohibieron acompañarla. El leal liberto intentó insistir, pero se lo llevaron a rastras. Cuando se despidieron con aflicción en el muelle, Lucila quedó horrorizada al ver que los únicos acompañantes de su señora iban a ser unos esclavos pequeños y pálidos. Ella también se ofreció bruscamente a continuar el viaje hasta la isla. Lo dijo en serio; sin embargo, se sintió aliviada cuando Domitila rechazó su ofrecimiento, diciéndole que disfrutara de la vida. Así pues, se separaron.

Flavia Domitila parecía mayor de repente. A pesar de su regalada existencia anterior, durante el viaje a Putéolos su rostro había adquirido las arrugas de una anciana; incluso su pelo, que aquel día Lucila le había enroscado en un peinado anticuado, parecía haberse vuelto gris, más débil y apagado. Aunque viuda y separada a la fuerza de sus hijos, seguía siendo la nieta del Divino Vespasiano; subió sin ayuda de nadie por una estrecha plancha y fue recibida por un capitán de aspecto avergonzado. Ella le habló con cortesía. No miró atrás en ningún momento.

Lucila esperó en el muelle con Estéfano hasta que el barco zarpó y se alejó tanto que ya no pudieron verlo. Ver el lento menguar de un barco en la distancia resultaba triste aun cuando se esperaba que los viajeros regresaran. Lucila sabía que nunca volvería a ver a Flavia Domitila.

* * *

Durante el viaje que hicieron juntos de vuelta a Roma, Estéfano y ella no hablaron mucho. Ambos se sentían rabiosos por aquella injusticia, pero en tiempos de Domiciano nadie expresaba tales sentimientos abiertamente si quería sobrevivir. Cuando llegaron a Roma, sin embargo, lo hicieron con una comprensión compartida.

Lucila se dirigió a toda prisa a la calle del Ciruelo y, aunque ya era tarde, sabía que Cayo estaría en casa. Habitualmente dormían en su cama, pero lo encontró en su antigua habitación, con el perro a sus pies, lo cual le obligaba a estar acurrucado. Ella se metió en la cama a su lado. Cayo la recibió con tan sólo un gruñido malhumorado y no se dio la vuelta.

Lucila apretó el rostro entre sus omóplatos y murmuró disculpas contra su espalda sorda.

—Lo siento. No te enfades, por favor. Yo era su liberta. Descubrí que eso significaba algo.

Cayo, ciudadano libre de nacimiento, se había pasado casi toda una semana deprimido. Sabía que los esclavos manumitidos tenían una obligación, pero hasta entonces no había caído en la cuenta de la importancia que eso tenía para Lucila. Estaba celoso y lo sabía. Lucila escuchó su sufrimiento:

—Pensé que me habías abandonado.

—No digas eso; no te disgustes, por favor. Estoy aquí. Hubiera ido con ella, como compañera —admitió Lucila—. Pero ella sabía que tú tenías derecho sobre mí. Me alegro muchísimo de que dijera que no. Yo quería volver a casa contigo.

Cayo empujó al perro con las plantas de los pies para que saliera de la cama y así poder estirarse y darse la vuelta. Abrazó a Lucila y la atrajo hacia sí.

—¡Oh, dioses, me alegro de tenerte de vuelta…! —Su cuerpo era cálido y él afectuoso; a pesar del susto que Lucila le había dado, seguía sintiendo

un profundo cariño por ella.

—Se ha terminado. Ella se ha marchado, Cayo. Sé que morirá allí. Nunca le permitirán volver a casa. Él tiene la intención de que muera. La desatenderán, probablemente le harán pasar hambre, y como no tiene esperanzas ella se rendirá a su suerte. Es así como él lo quiere. Para no tener que ver lo que ocurre y poder despojarse de toda responsabilidad.

Cayo la envolvió con su cuerpo hasta que Lucila tuvo la sensación de ser una almendra, a salvo en su cáscara.

—Vamos; suéltalo. Necesitas llorar.

Lucila aceptó su consuelo, pero dijo:

—No he derramado ni una sola lágrima desde que la vi zarpar. Estoy demasiado enfadada.

Cayo guardó silencio. Reconoció que Lucila había cambiado. Vio que, en efecto, podía perderla…, aunque de todas las dudas descabelladas que había albergado alguna vez, no iba a perderla de ninguna de las formas que había imaginado. Ningún otro hombre la atraería, y tampoco se cansaría de él. Ni siquiera lo había logrado el largo tiempo que estuvo expuesta a poetas, maestros y filósofos. Flavia Lucila se había unido a la oposición a Domiciano.

—Esto tiene que terminar —dijo Lucila con voz queda, el tono desapegado y el ánimo fatalista—. La gente debe hacer algo. Cueste lo que cueste, habrá que detenerlo.

OceanofPDF.com

XXXIII

Pasó más de un año desde que muriera Flavio Clemente y su esposa fuera desterrada. No ocurrió nada importante. Se podría decir que era porque los conspiradores se tomaban su tiempo y planeaban las cosas como era debido. Excusas, decía Lucila.

Sin embargo, sí que hubo organización. Una lenta corriente de odio había iniciado su arrastre. En el Senado, los hombres se limitaban a murmurar quejas, pero Domiciano sabía que lo hacían y como consecuencia de ello los detestaba aún más. En el campamento pretoriano, soldados y oficiales hicieron otro Juramento de Año Nuevo y con expresión tensa prometieron lealtad a su emperador. Sus prefectos esperaron, cada uno con sus propios motivos. El ejército quería a Domiciano; los comandantes de las legiones y sus gobernadores de provincia, con poder en sus manos, eran hombres leales a los que él había nombrado. Los elegía personalmente y ellos habían visto lo que le ocurría a quienquiera que lo desafiara. El pueblo ni lo amaba ni lo odiaba, pues agradecía los regalos y favores; sin embargo, lo consideraban un gobernante distante y frío. La ventaja de un gobierno eficiente con muchos y costosos acontecimientos de Estado era que no había disturbios…; ni los habría si su gobernante iba a caer ante una revolución de palacio bien preparada con la promesa de que la vida pública continuaría sin ningún percance. El famoso agravio de Juvenal estaba en lo cierto; si les daban pan y circo, la gente lo toleraría todo.

Un grupo de personas dedicadas trabajaban en secreto para identificar quién era simpatizante, indiferente, sospechoso u hostil. Rara vez se reunían formalmente. Cuando lo hacían, elegían el verano para que las ausencias parecieran vacaciones normales. Algunas de estas personas eran oficiales

superiores que estaban acostumbrados a dirigir el Imperio. Sabían cómo alternar. Como eran cuidadosos, a menudo sus encuentros tenían lugar lejos tanto de Roma como de la fortaleza de Domiciano en Alba. Así pues, en pleno verano, Cayo Vinio y Flavia Lucila viajaron juntos por la Vía Valeria y se pusieron en marcha como una alegre pareja que se va de vacaciones con un equipaje ligero, un evidente cesto de comida y el perro.

* * *

Había una villa en las montañas que, teóricamente, era la granja que había regalado al poeta Horacio su rico patrono Mecenas. En un testamento que se sacó a toda prisa cuando el poeta murió delirante se había legado toda su finca al Emperador Augusto. Horacio había disfrutado del patrocinio imperial y era soltero y sin hijos, de modo que no debía inferirse ninguna insinuación de chanchullo.

A la querida granja del poeta en La Sabina se la tragó la gigantesca cartera imperial, de la cual algunas veces se recompensaba a los libertos imperiales con regalos espectaculares. Algunas de las mejores propiedades de Italia pasaron de un emperador a un sirviente que había trabajado duro, o que sabía dónde estaban enterrados los cuerpos. Cuando el presupuesto del Estado era escaso, aquellos que habían hecho un dineral con los sobornos podían comprar propiedades que se subastaban a unos precios sorprendentemente favorables, aunque en ocasiones había un quid pro quo.

Casi un siglo después de la muerte de Horacio, la pequeña granja en lo alto del valle boscoso tenía un nuevo propietario. Se accedía a ella mediante su propia carretera informal y estaba rodeada de unas montañas bajas, cubiertas de maleza y coronadas de árboles. La tierra oscura no era abundante, pero sostenía una agricultura modesta; Horacio había tenido sus propios rebaños y era capaz de vender damajuanas de su propio vino. Un pequeño manantial proporcionaba agua potable. Un arroyo murmuraba más allá.

Los edificios destinados a vivienda seguían siendo modestos, al menos en comparación con las grandiosas haciendas de las que alardeaban los magnates a lo largo de la bahía de Nápoles. Aun así, un lujoso rediseño y remodelación durante el reinado de Vespasiano habían mejorado tanto las instalaciones como la decoración, con abundancia de mármol blanco y gris, todo trabajado a un alto nivel. Las habitaciones más importantes de la planta baja tenían unos impresionantes suelos de mosaicos geométricos en blanco y negro, anunciando que era una casa de alto rango. Unos agradables conjuntos de habitaciones ocupaban dos pisos; algunas de ellas daban a patios ajardinados interiores. El comedor principal tenía unas vistas espléndidas a un peristilo en el eje central de la casa hacia una montaña particularmente impresionante en la distancia. Un corto tramo de escaleras llevaba a un jardín levemente inclinado, rodeado de columnatas que daban sombra, que contenía los elementos de jardinería ornamental y urnas habituales, un gran estanque y una gruta de conchas. Un bosque natural complementaba las plantaciones formales.

Una casa de baños asombrosamente descomunal era lo único que indicaba que, si bien aquella casa deliciosa y muy apartada era una propiedad privada individual, de vez en cuando la utilizaban los gobernantes viajeros y sus numerosos y exigentes séquitos. El lugar estaba habitado por libertos. Un emperador podía disfrutar de los atractivos comedores y dormitorios en la afable compañía de un anfitrión al que conocía y en quien confiaba, en tanto que su multitudinario equipo de apoyo se endilgaba a las poblaciones vecinas o vivaqueaba en los terrenos de la finca. Aquella villa rural constituía una parada ideal de camino al espectacular palacio de Nerón en las montañas de Sublacium, que se hallaba demasiado lejos de Roma para poder llegar en un día y que los Flavios habían seguido utilizando. Opcionalmente, y dando tan sólo un leve rodeo, podía servir como estación de tránsito de camino al lugar de nacimiento de Vespasiano en Reate y a otros complejos de la familia Flavia. Aunque estaba cerca de la Vía Valeria, la casa se hallaba en una carretera secundaria que daba intimidad y la hacía muy segura.

La villa de Horacio, a un día de viaje de Roma, había parecido un lugar magnífico para conspirar en el pasado. Igualmente alejado de Alba, lo seguía siendo.

* * *

El propietario era entonces el gran chambelán de Domiciano, Partenio. Adquirió la villa después de que lo hicieran otros libertos ricos e influyentes, tal como explicó durante la primera noche mientras su grupo de visitantes se relajaban tomando una copa antes de ir a dormir tras el calor y el traqueteo del viaje desde Roma.

—Me resulta divertido que uno de mis predecesores fuera Claudia Epicaris. —Quizá porque había trabajado largo tiempo para un emperador con un sentido del humor macabro, a Partenio le hacían gracia situaciones que a otros les provocaban mareos—. Dado nuestro propósito, parece una ironía peculiar.

Para aquellos invitados que no lo supieran o lo hubieran olvidado, su simpático anfitrión lo aclaró: Claudia Epicaris había sido una liberta influyente que estuvo involucrada en el famoso complot de Pisón contra Nerón. Epicaris intentó, por iniciativa propia, sobornar al comandante de la flota de Miseno, Volusio Próculo. Ahí cometió un error. Él reveló el complot al secretario jefe de Nerón, Epafrodito, el liberto al que Domiciano acababa de eliminar.

A Epicaris la arrestaron y torturaron, aunque nunca identificó a sus compañeros conspiradores. Tras haberla destrozado en el potro, la llevaban en una silla para someterla a una nueva jornada de interrogatorios dado que las heridas ya infligidas le impedían tenerse en pie. Pese al dolor espantoso, consiguió sacarse la banda que le cubría el pecho, la ató a la silla y, tensando la tela de alguna manera, se estranguló.

—La valiente Epicaris poseía esta villa. Me gusta pensar que los conspiradores de Pisón podrían haberse reunido aquí para discutir sus

intenciones —terminó diciendo Partenio—. Nosotros debemos prosperar allí donde ellos fracasaron.

* * *

Al cabo de un rato, el cortés liberto dio las buenas noches a todos; salió sin prisa al jardín. Allí se fijó en la alta figura del corniculario tuerto, Clodiano. El desfigurado pretoriano estaba allí de pie con los brazos cruzados y parecía absorto en sus pensamientos. La impresión que causaba era sombría.

—¿Estás disfrutando de esta noche cálida…, o analizando tus opciones? —preguntó Partenio mientras se acercaba a él—. Espero que no lo estés reconsiderando, ¿eh?

Clodiano advirtió su presencia aunque no respondió a su pregunta. Los insectos y las mariposas nocturnas surcaban el aire como flechas en derredor, en tanto que seguía oyéndose el murmullo de las fuentes de un gran cuadrado con ornamentos acuáticos, iluminado con luces tenues.

—Vaya, lo lamento mucho, ¿acaso mi historia de Epicaris y su suicidio ha disgustado a Flavia Lucila?

—Me ha disgustado a mí.

—Te preocupa la seguridad de Lucila, lógicamente.

—Es dueña de sí misma. Yo sólo puedo exhortarla a que sea cauta.

—Estoy seguro de que ella valora lo que le dices. —Partenio podía ser anodino. No era su chica.

Todos ellos se estaban poniendo en gran peligro con aquella conspiración y Cayo sufría al imaginarse el desastre de un desenmascaramiento y que Lucila fuera torturada y víctima de una muerte horrible. De los que estaban allí, él era el único que había presenciado torturas. No con mucha frecuencia, pero sí la suficiente.

Partenio estaba casado. Su esposa se había dejado ver lo justo para mostrar cortesía, aunque había quedado claro que se mantendría prudentemente apartada de las discusiones del día siguiente. Había niños.

Cayo había visto a un chico, Burro, de unos doce o trece años; andaba por ahí como cualquier adolescente, mirando con atención a los recién llegados pero reacio a comunicarse con las visitas de su padre.

—El asunto de Pisón —Cayo abordó el tema directamente—. Una absoluta metedura de pata, por lo que recuerdo. Un candidato depravado. Un grupo enorme de conspiradores…, más de cuarenta personas, ¿no?, todas con motivos contradictorios. La acción se retrasó hasta que todo se esclareció por completo; esclavos chivándose de sus amos; promesas de inmunidad que se rompían de manera sucia; suicidios; traiciones; fiscales desprovistos de sentido moral, decididos a hacerse con una fortuna… Ninguno de ellos mostró ni una pizca de la moralidad de Epicaris.

—No, desde luego. En un principio, Faenio Ruño, el prefecto pretoriano, estaba bien metido en el asunto —añadió Partenio que, en aquella época, debía de ser funcionario—. Se convirtió en uno de los acusadores más despiadados, para cubrirse a sí mismo. Murió de todos modos. —El hecho de mencionar a aquel prefecto censurable era un vil golpe de refilón—. Hay que aprender la lección, Clodiano. ¡Contamos contigo para que mantengas a nuestros prefectos en orden! —Cayo soltó un resoplido al oír eso. Necesitaría ser ambidextro. Partenio bajó la voz, aunque no era ni mucho menos necesario estando en su propiedad y muy lejos de Roma—. Voy a recibir a tu estimado Petronio Segundo esta misma semana.

—¿Después de que nosotros nos hayamos ido?

—Estará más contento. Un prefecto contento es un prefecto amistoso, espero… Bueno, vete a la cama, hombre —le instó Partenio—. Nuestra deliciosa Lucila se estará preguntando qué te entretiene. Espero que vuestra habitación sea adecuada.

—Tenemos gustos sencillos —lo tranquilizó Cayo.

Un chambelán forzosamente tenía que preocuparse por las pequeñeces de los asuntos domésticos.

—Quiero que todo el mundo esté cómodo.

—Se agradece.

Cayo no estaba dispuesto a que lo mandaran a la cama como a un adolescente. Se quedó donde estaba hasta que Partenio se marchó a hacer las rondas que pudieran ser necesarias en un lugar tan remoto, y luego se quedó un rato más en el jardín a propósito. En lo alto, el cielo despejado había ido adquiriendo un mágico tono violeta. Se distinguía el tenue centelleo de unas cuantas estrellas.

En cuanto se quedó solo, Cayo reflexionó con desánimo sobre la posibilidad de que una panda de factótums caprichosos, sosos y encubiertos llegaran realmente algún día (la fecha en cuestión sería uno de los puntos de la agenda del día siguiente) a conseguir deshacerse de Domiciano.

Matarlo.

Matar al emperador. Unas palabras que un buen guardia pretoriano estaba condicionado a encontrar ultrajantes. Cualquier pretoriano, incluido Cayo Vinio Clodiano.

* * *

Unos ruidos torpes procedentes de la arboleda cercana anunciaron la llegada de alguien; nada siniestro, sólo Lucila sujetando una correa y *Terror* que tiraba de ella con excitación. *Terror*, quien previamente había sido un perro completamente urbano, llevaba menos de una hora allí cuando se deshonró al suponer que las macetas de plantas hortícolas enterradas en el jardín habían sido colocadas allí con huesos ocultos para él. Había ido avanzando por medio surco, destruyendo los elegantes especímenes que contenía, antes de que lo detuvieran. Cayo y Lucila habían subestimado el duro trabajo que implicaba traer a una mascota consentida desde Roma a las tierras salvajes de la campiña.

—¿Ha hecho sus cosas?

—Por fin. ¡La próxima vez lo llevas tú! —gruñó Lucila—. ¡Está muy oscuro! Estaba aterrorizada… Ya sabes que una vez Horacio vio un lobo cuando iba paseando y cantando por aquí. Por suerte el animal huyó de él.

—Un lobo que huye de un poeta es una mierda de lobo.

—Y una vez a Horacio se le cayó un árbol encima y casi le rompe la crisma.

Cayo, a quien la tranquila noche campestre había ablandado, la abrazó y la besó.

—Podría romperte la crisma con la misma facilidad una jardinera al caerse de una ventana en la ciudad… Podría vivir en un lugar como éste.

—¿En una granja?

—Ya tengo una granja —le recordó Cayo. Lo dijo de un modo elocuente—. En Hispania.

El perro llevaba las patas y el hocico cubiertos de hojarasca y se había revolcado en una sustancia de olor penetrante depositada por algún animal salvaje con una dieta asquerosa. Tuvieron que llevarlo a los baños para limpiarlo y que pudiera volver a entrar en la casa. No había nadie en las instalaciones, pero el único esclavo de servicio se ofreció voluntario para lavar a *Ricura* y se aseguró de mantenerlo fuera del conjunto de salas calientes e inmaculadas. Cayo y Lucila habían llegado cuando faltaba muy poco para la cena y sólo habían tenido tiempo para unas abluciones someras, por lo que, como aún quedaba agua caliente, entraron y disfrutaron de la rara emoción de bañarse juntos.

Cayo se lanzó ruidosamente a la piscina y al emerger vio que Lucila se reía mirándolo. Se sacudió, arrojando de sí una lluvia de gotas y se quedó flotando de espaldas, alegre y desnudo: el Cayo que a Lucila le encantaba ver.

—¡Ay sí, podría acostumbrarme a esto! En la Tarraconense, según me han dicho, la finca de mi antiguo centurión incluye una casa de labranza, una sencilla como la que Horacio tuvo aquí en un principio. Mi capataz dice que se ha convertido en un cuchitril, por lo que podría transferir dinero allí para reconstruirla. Con mosaicos y mi propia casa de baños para perseguirte por ella… No es mala idea.

—¿Tanto dinero? ¿Y en la Tarraconense nada menos? —repitió Lucila con fingido tono de horror.

Los esclavos de Partenio habían tenido el detalle de dejar aperitivos y vino en su dormitorio. La cama era blanda, con colchones y almohadas de

plumas, según el gusto opulento y casi afeminado que tenían la mayoría de los libertos ricos de palacio. Riéndose tontamente, ellos le sacaron todo el partido posible. O al menos lo intentaron, antes de que *Ricura* empezara a aullar.

Más tarde, cuando ya estaban de vuelta a Roma, Lucila se dio cuenta de que aquélla debió de ser la noche en que se quedó embarazada.

* * *

A decir verdad, a Cayo sí que le gustaba la agenda conspiradora de Partenio:

«¿Por qué?».

«¿Dónde, cuándo, cómo, quién?».

«¿A qué cabrón desafortunado elegimos para que sea el próximo?».

Esto no se anotó, por razones evidentes.

Cayo aprobaba el hecho de que el «¿Por qué?» no se diera por sentado, sino que se considerara formalmente.

«El que antes fuera nuestro afectuoso y concienzudo gobernante se ha convertido en un tirano cruel. No existe ninguna posibilidad de que pudiera abandonar voluntariamente. Debemos echarlo».

«De acuerdo».

«Dónde»: decidieron que tenía que hacerse en Roma. Alba era un lugar alejado, pero allí Domiciano estaba igualmente protegido. En vista de los rumores que se iniciaron cuando Nerón murió fuera de la ciudad, aun cuando sólo fue a cuatro millas de distancia, Roma haría que el acontecimiento pareciera más claro.

Los que se habían reunido en la villa de Horacio no se presentaron, aunque algunos eran reconocibles, incluido Entelo, el secretario de peticiones, otro magnate burócrata. Buscó el consejo del corniculario. Lucila se sorprendió de que Cayo cooperara, aunque entonces cayó en la cuenta de que su contribución fue tan objetiva que cualquiera podía decir esas cosas abiertamente y sin peligro: deberían evitar el horror de una

muerte en público. Así pues, no sería en los Juegos. El palacio ofrecía una localización segura y controlable, «en la que cualquier cagada podría mantenerse oculta». Su convencimiento de soldado de que los contratiempos eran algo inevitable hizo que los demás parecieran nerviosos.

A ello siguió una larga discusión en la que perdieron el tiempo debatiendo si enfrentarse a su víctima durante la cena o en los baños. Pensaban que durante la cena podría estar relajado y desprevenido, aunque la comida principal de Domiciano solía ser el almuerzo. En los baños cualquiera era vulnerable. Clodiano señaló secamente que un asesino vestido y armado destacaría entre los cuerpos desnudos y aceitados y, además, existía el riesgo de que el asesino en potencia resbalara en un suelo mojado y se cayera de culo. Habló con gravedad; sin embargo, parecía insidiosamente sarcástico.

Demasiado difícil: se abandonó el debate de si la cena o los baños. Partenio ordenó que trajeran un almuerzo frío. Comieron en el jardín, con el sonido de las cigarras y del agua que caía. *Ricura* se lo estaba pasando mejor que nunca en el elegante estanque; el joven Burro jugaba bulliciosamente con él.

El «cuándo» dependía de que Domiciano estuviera en la capital. Partenio estaría muy pendiente de su agenda para encontrar un momento adecuado; primero quería esperar a que hubiera un cónsul favorable que mantuviera controlados a los senadores. Luego se podría convocar rápidamente también al Senado y proclamar enseguida al siguiente emperador.

«Quienquiera que fuera».

Hablaron de otras personas importantes de Roma. Contando con la buena disposición de los prefectos pretorianos (o contando con la de Segundo y ocupándose de Norbano de alguna forma), los prefectos de la ciudad y de los vigiles probablemente consintieran y cerraran Roma hasta que las cosas se hubieran calmado. Si Roma permanecía tranquila, había más posibilidades de evitar un motín en el extranjero.

Tenían que considerar a Domicia Longina. Mientras traían los refrigerios de la tarde, pues aquélla era una clase de conspiración muy

confortable, Partenio preguntó si Lucila podía trasladar sus servicios a la Emperatriz, ahora que Domitila no estaba.

—¿Para que observe? —preguntó Cayo entrecerrando los ojos—. ¿Al servicio de la conspiración?

—Un idealista diría que está al servicio de Roma —lo corrigió Partenio.

Lucila sonrió. Cayo no se tragó esa chorrada. Y ella tampoco.

—¿Es consciente Domicia Longina de nuestra existencia? Y si no, ¿hay que contárselo?

—¿Qué aconsejarías tú, Lucila?

—No decir nada. No obligarla a que elija un bando.

—Yo tengo la sensación —dijo Partenio— de que ahora se halla atrapada con él porque teme por su vida.

—No subestimes su lealtad —le advirtió Lucila—. Se casó con él por amor y, a su manera, la relación ha salido bien. A pesar del comportamiento demente de él, la mujer ha demostrado que está decidida a aguantarlo.

—Pero debe de estar segura de que él ya no la ama.

—¿Y? No creo que lo siga queriendo. ¿Cómo podría? Las mujeres siguen casadas por numerosos motivos. Ella siempre ha sido consciente de su posición como hija de Corbulón; está igualmente orgullosa de ser la Augusta, con sus coronas y carruajes. Esos dos todavía tienen la costumbre de soportarse el uno al otro que se adquiere en cualquier matrimonio largo. Así pues, por seguridad, no la metáis en esto.

«¿Cómo?».

El envenenamiento era problemático, y era un método de mujer. Los intentos de Nerón de asesinar a su madre habían demostrado que una cama con trampa, los ahogamientos por accidente y cosas similares eran una estupidez y hacían mella en la confianza pública. El estrangulamiento era un castigo para delincuentes; en Roma era importante respetar el rango. Se trataba de un emperador; iban a poner fin a su carrera por muy buenas razones. Ya desde Julio César, a los déspotas los habían matado con arma blanca. Era la distinción de los asesinos nobles, de los asesinos con conciencia.

El «¿quién?» se convirtió en un problema. La gente intentó presionar a Clodiano, el único soldado presente; él rechazó el honor citando lo que había dicho su prefecto Segundo: que lo único que tenían que hacer los miembros de la guardia era abstenerse de intervenir. Partenio dijo que tenía algunas ideas, pero aplazó la decisión.

«¿A qué cabrón desafortunado elegimos para que sea el próximo?».

Todo el mundo se puso a discutir un emperador sustituto.

Entelo, el secretario de peticiones, repasó una lista, al parecer sin notas. El de emperador era un empleo que uno difícilmente podía solicitar de la misma manera en que se realiza una petición para un traslado a Intendencia o un ascenso a Transporte. Por otro lado, si la posición dejaba de ser hereditaria, aquello no era distinto de crear un comité de ascensos cualquiera.

—¿Deberíamos considerar a los dos chicos Flavios?

—¡No!

—Nada de niños emperadores.

—Ni tampoco parientes de Domiciano.

Su equipo tenía que escoger a un hombre de rango y calibre pero, fundamentalmente, alguien que aceptara hacerlo. Basándose en las sugerencias de Entelo, los nombres de los hombres a los que había que abordar se distribuyeron entre las personas que los conocían. Los intentos anteriores de interesar a alguien habían quedado rotundamente en nada. Aquellos a los que se les había preguntado habían cambiado de opinión, estaban esperando la reacción de sus esposas, éstas ya les habían dicho que se negaran, eran demasiado cautos, estaban demasiado enfermos, tenían un abuelo achacoso por el que de repente sentían mucho cariño o bien eran conscientes de la situación y consideraban tales propuestas novedosas pero desafortunadamente no podían revelar del todo sus intenciones en ese punto…

Algunos de los favoritos estaban fuera, haciendo de gobernadores de provincia o de generales. Otros eran demasiado viejos. Unos pocos con el nivel adecuado de experiencia tenían orígenes extranjeros y nunca había

habido un emperador extranjero; Trajano, que sin duda se consideraba apto para el empleo, era hispánico.

—¡Qué lástima!

—Mala suerte la suya… ¿Y qué hay de ese tipo que pasó tantos años en Britania y les dio fuerte a los nativos? ¿Agrícola? No deberíamos desestimarlo sólo porque tuvo la mala suerte de que le tocara una provincia espantosa y tuviera que quedarse allí. Pero claro, ¿no es de la Galia?

Entelo estaba consultando unos rollos con discreción. Le susurró algo a Partenio, quien informó a los allí reunidos que se libraban de tener que considerar al ex gobernador de Britania, puesto que había muerto. Nadie había querido denigrar una provincia por el simple hecho de que fuera horriblemente remota, ni a un candidato por haber tenido que servir allí. Nadie quería a un galo. Cayo, que observó con cinismo aquella representación, percibió en todos un alivio velado.

En su lista había otro ex gobernador de Britania, Julio Frontino; había gobernado también Asia, lo cual resultaba más tranquilizador. Frontino había nacido en Italia, de modo que debía de ser un hombre digno de confianza.

Había otras dificultades. La mitad de los candidatos posibles tenían una estrecha lealtad para con Domiciano, o podría ser que la tuvieran; no siempre resultaba fácil saber cómo reaccionarían. Él elegía a hombres buenos; los hombres buenos tenían ética; pero los hombres con ética podrían pensar que era su deber oponerse a un déspota…

Todo el mundo estaba agotado por la intensa discusión. Lucila dio un codazo a Cayo para señalarle que uno de los hombres se había ido a dormir. Había otro que no dejaba de levantarse y salir; o le estaba susurrando información a un cómplice oculto o tenía la vejiga floja.

Abandonaron la orden del día y la aplazaron hasta la hora de la cena.

Hacia el final de una magnífica comida acompañada de música de flautas y una conversación decente que deliberadamente pasó por alto la conspiración, Partenio abordó a Lucila:

—Háblame del corniculario. —Partenio imaginaba que Clodiano sólo había asistido a la reunión para vigilar de cerca a su chica, ahora que ésta se

había apasionado tanto con la eliminación de Domiciano. Si Clodiano se preocupaba demasiado por ella, podría llegar a ser un riesgo. ¿Cuáles eran sus lealtades? ¿Lo sabía el propio Clodiano?

—Tiene un prefecto que lo manda a espiar y otro que quiere que nos ayude. Órdenes contradictorias… No lo fuerces —le recomendó Lucila—. Lo detesta.

—¿Podemos fiarnos de él?

—Yo lo hago —declaró Lucila con rotundidad—. Se preocupa. Puedes confiar en él.

—Me resulta difícil interpretarlo, con ese rostro maltrecho. Pero tú lo consigues, ¿no?

—Lo conozco desde hace mucho.

—¿Cuánto hace?

—Más de quince años.

—No lo sabía. Habéis sido sumamente discretos los dos.

—¡Es una larga historia! —se rio Lucila—. En mi opinión, Vinio Clodiano es un hombre absolutamente honrado. Cuando las cosas importan, nunca duda.

Miraron a Cayo. Él sabía que lo observaban, y sabía por qué.

Él había acorralado al liberto de Partenio, Máximo, para entusiasmarse con su comida favorita:

—Hay que asar bien las porciones en aceite de oliva. Tienen que quedar doradas y lustrosas. Pero la verdadera gracia está en la salsa. El pollo a la Frontino no es para remilgados que sólo comen cositas para picar. Sirve el pollo en un cuenco de salsa decente, para poder rebañarlo con un montón de pan viejo o, bueno, también puedes beberte la salsa del mismo cuenco al final.

—¡Eres un bárbaro, Cayo! —exclamó Lucila.

Él desechó la broma encogiéndose de hombros.

—Y la pimienta es esencial. Todo bien espolvoreado, antes de servirlo.

—¿No es un plato para los pobres entonces? —bromeó Máximo.

—No. Yo me llevo mis granos de pimienta cuando voy a comer fuera, por si acaso el camarero es un tacaño.

—Lo hace, en serio —confirmó Lucila, mientras se dirigía hacia donde estaba Cayo—. Hace que le traigan un mortero a la mesa. Tienes que encontrarlo entrañable… o sentirías vergüenza ajena.

Lucila se reclinó junto a Cayo, con lo cual, inesperadamente, hizo una declaración ante todos los presentes. Para Cayo y ella aquélla era una aparición en público poco común. Ella se sorprendió con la confianza que eso le daba:

—Sé que acordamos no hablar de negocios en la mesa, pero esto es lo que queremos. ¿Acaso no necesitamos recuperar un mundo en el que puedas cenar tranquilamente, en casa o en público, disfrutando de los fabulosos ingredientes que el Imperio pone a nuestra disposición? ¿Disfrutando de una cocina y un servicio especializados? ¿Y sobre todo, disfrutando de tan buena compañía como la que tenemos aquí esta noche sin necesidad de que te dé acidez porque te atormenta la tensión y sin tener que estar mirando constantemente por encima del hombro por si acaso un informante da parte de tus palabras imprudentes a un tirano cruel?

—Poder confiar en los compañeros de cena, los camareros contratados y el pequeño esclavo que te ayuda a quitarte los zapatos —coincidió Partenio.

Incluso Cayo metió baza con una sonrisa:

—Un mundo en el que Partenio pueda traer a su hijo para que escuche a los adultos sin temer nada. —El joven Burro, con ojos soñolientos, se despertó y se ruborizó. Cayo siguió hablando en serio—. En el que no tengas que mirar de reojo a tu esposa ni ocultarle tus opiniones a tu novia, ¡suponiendo que puedas conseguir una tan fantástica como ésta con la que tengo la suerte de compartir mi diván esta noche!

Lucila sonrió ante el cumplido. Se dio cuenta de que Partenio seguía preguntándose si aquello era un truco astuto de Cayo o si se había sincerado de verdad. ¿Acaso era el vino el que hablaba? Cayo había estado bebiendo al estilo pretoriano. Estaba achispado aunque no borracho, o eso pensaba ella, aun cuando se volvió a sonreírle con una dulzura embriagada.

* * *

Regresaron a Roma al día siguiente. Hubo muchas decisiones que no se materializaron, pero el proyecto seguía adelante. La gente se llevó tareas, aunque Cayo afirmó, con conocimiento de causa, que en la próxima reunión habría quejas por inacción causadas por el hecho de que los conspiradores estaban demasiado aterrorizados para abordar a nadie.

Lucila se sentía optimista. Cayo también percibía una cierta radicalización de su propósito, la cual se afianzó aún más al cabo de un par de meses cuando, simultáneamente, se dieron cuenta de que Lucila iba a tener un bebé.

Compartieron un reconcomio de incertidumbre antes de que fuera evidente que ambos se alegraban de la situación. Aunque el embarazo era impredecible y el parto una amenaza tanto para la madre como para el bebé, los dos estaban contentos por el hecho de que ahora fueran a convertirse en una familia. Irónicamente, también trataron la noticia como si fuera el diagnóstico de una enfermedad incurable: durante los meses siguientes, ambos empezaron a poner sus asuntos en orden.

Cayo había decidido dejar la Guardia Pretoriana en cuanto hubiera cumplido sus dieciséis años de servicio. Informó a ambos prefectos de que su novia estaba encinta, por lo que quería legitimar su relación, y empezó a prepararse para ser optio. El conservador Norbano se mostró particularmente atento; engendrar una familia era una buena tradición romana y supuso que Cayo tenía intención de dar toda una serie de soldados.

Estrictamente hablando, un pretoriano retirado estaría en la reserva durante dos años.

—¡Eso da por sentado que podrán encontrarme! —masculló Cayo.

Mientras tanto, Lucila se había enterado de la existencia del dinero de indemnización que Cayo le había sacado al amante de Lachne, Orgilio. Lo repartió entre las dos esclavas con las que trabajaba, dándoles también su libertad. Calisté quería casarse; Glyke era muy poco probable que lo hiciera, pero Lucila no veía ningún motivo para que saliera perdiendo. Las trató por igual y les hizo saber que, si alguna vez Cayo y ella decidían marcharse de Roma, les dejaría el negocio a ellas.

La pareja preparó en términos vagos a la gente para la idea de que cabía la posibilidad de que algún día quizá se trasladaran, si no eran demasiado desorganizados para lograrlo. Se mencionó la Campania, donde se estaban poniendo a disposición del público tierras sin reclamar cuyos propietarios murieron en la erupción del Vesubio. Cayo bromeaba sobre volver a Dacia como uno de los expertos romanos enviados para apoyar al rey Decébalo bajo el impopular tratado de Domiciano. Lucila dejó caer algunas otras indirectas: que la perspectiva de tener un bebé le había despertado el sueño propio de una liberta de ver la tierra natal de Oriente de donde se llevaron originariamente a su madre…

—Roma es una ciudad gloriosa —afirmó Cayo—, pero no es la única ciudad del mundo.

—¡Cómo te gusta hacernos reír! —exclamaron Félix y Fortunato alegremente.

* * *

Cayo redactó un testamento nuevo.

—Todo irá a parar a ti, Lucila. Escucha, esto no te va a gustar, pero para facilitar las cosas desde el punto de vista legal, te nombré mi esposa.

—Entonces nos encaminamos al divorcio.

Él la miró, con esa mueca que Lucila conocía tan bien y con la que tensaba el músculo de una comisura de los labios.

—Tú sígueme la corriente con esto, preciosa. —Sacó un anillo de oro. Una alianza de mujer—. Llévalo puesto para estar guapa.

Vio la expresión de Lucila.

—¿Cuántas de tus esposas…?

—Tranquila. La última persona que llevó este anillo fue mi madre, Clodia.

Lucila ya sabía lo que pensaba él de su madre. Se lo probó.

—¿Se supone que tengo que aceptarlo por el bebé?

—¡Dejemos que nuestro hijo nazca siendo ciudadano! Si me ocurriera algo, quiero pensar que ambos tenéis el porvenir asegurado, de lo contrario el Estado os negará vuestros derechos y os lo birlará todo.

—No va a pasarte nada.

—No si puedo evitarlo… Cuando estaba hurgando por ahí encontré esto. —Cayo sacó una tablilla vieja, con la madera manchada y la cera dura. Era de su época en los vigiles y en ella había escrito su nombre con la letra de Cayo—. «Flavia Lucila», una chica que me impresionó cuando estaba en los vigiles. Mira, en veinte años nunca la borré.

—¡Oh, Cayo! ¿Y por qué?

—No lo sabía —respondió con una amplia sonrisa—. Pero ahora sí lo sé.

Seguía teniendo un perfil muy atractivo, y Lucila seguía pensando que él era muy consciente de ello.

OceanofPDF.com

XXXIV

El primer día de septiembre juraron su cargo los nuevos cónsules.

La conspiración se reactivó. Habían considerado que los cónsules que había a mitad de año no veían sus objetivos con simpatía: uno de ellos, que tenía historial militar, había trabajado estrechamente con Domiciano en Panonia y el otro provenía de Reate, el lugar de nacimiento de Vespasiano y feudo de los Flavios, cuyos políticos eran sumamente exclusivistas. Ambos hombres parecían peligrosos a ojos de los conspiradores. Con dos cónsules poderosos en contra, se sentían frustrados.

Estos cónsules fueron reemplazados para los últimos cuatro meses del año por Calpurnio, del que nadie sabía mucho aunque no tenían nada en su contra, y por una perspectiva mucho más próspera: Cesio Frontón. Éste era hijo, o hijo adoptivo, del famoso abogado y senador Silio Itálico, quien entonces engrosaba las filas de los poetas retirados en la Campania; Itálico estaba escribiendo una epopeya sobre la guerra cartaginesa, una obra que sin duda tenía que implicar el recuerdo de los buenos tiempos en los que los políticos poseían cordura e integridad. Provenía de Padua, lugar de nacimiento del filósofo martirizado Trasea Peto; esta ciudad había dado a muchos miembros de la oposición estoica, hombres que tenían tendencia a reunirse y colaborar cuando iban a Roma.

El hijo, Frontón, se mezclaba con estos hombres, tenía las mismas opiniones y, al igual que otros antes que él, fue nombrado cónsul por Domiciano para mitigar su hostilidad. Partenio creía tener en Frontón a su controlador ideal del Senado si el complot seguía adelante.

Finalmente, esto parecía probable. El mayordomo de Flavia Domitila, Estéfano, se enteró de repente de que se lo acusaba de robo. Todo el mundo

sabía lo que ello significaba. Era el siguiente candidato al destierro, si no a la ejecución. Abordó a Partenio y se ofreció voluntario para asesinar a Domiciano.

* * *

Estéfano parecía idóneo. De momento seguía trabajando en palacio, por lo que podía acercarse al Emperador. Estéfano era lo bastante fuerte y estaba lo bastante enojado. Todavía estaba furioso por la injusticia que se cometió con su ama y su familia; odiaba a Domiciano. Con su carrera y su vida bajo amenaza, Estéfano no tenía nada que perder. No obstante, tendrían que actuar deprisa debido a las acusaciones de robo. El retraso no haría más que incrementar las posibilidades de que los descubrieran.

Domiciano se encontraba en Roma. Era lo que ellos querían. Presidía los Juegos Romanos que, irónicamente, se iniciaban el 4 de septiembre, un día de más que se había añadido en honor al asesinado Julio César. Los Juegos Romanos duraban más de dos semanas, hasta el día 19; el 13, los idus de septiembre, se celebraba el importante aniversario de la fundación del templo de Júpiter Capitolino, que Domiciano, obviamente, querría honrar. Daba la coincidencia de que Tito había muerto en los idus de septiembre, de modo que el día 14, que por otra sombría coincidencia era tradicionalmente un día negro en el calendario, se había convertido en el aniversario del propio Domiciano como emperador. Así pues, tenía mucho que celebrar, mientras que otros también estaban pensando en su aniversario y evaluando su reinado con desaliento.

El período de los Juegos Romanos sería su última oportunidad. Los que estaban dentro sabían que, en cuanto estos Juegos terminaran, Domiciano se escabulliría. Se había reunido una enorme fuerza expedicionaria de cinco legiones más otras auxiliares para la próxima guerra en el Danubio. Domiciano se había involucrado muy de cerca en la planificación y tenía intención de ir. Desde el punto de vista militar, el tiempo apremiaba. Incluso si se marchaba deprisa y corriendo justo al acabar los Juegos, no podría

llegar a Panonia hasta principios de octubre; ello daba un máximo de seis semanas antes de que empezara el invierno y la campaña tuviera que terminar. De hecho, ya había empezado una excursión inicial al otro lado del Danubio encabezada por un comandante con experiencia llamado Pompeyo Longino, que había servido en la frontera durante años.

Eso podía resultar útil. En cuanto Longino enviara a las tropas, era poco probable que las retirara aunque se enterara de que el Emperador había muerto. El ejército del Danubio era peligroso para los conspiradores, de modo que era bueno tenerlo ocupado en una campaña activa. Las legiones en Britania y en Oriente eran un tema delicado, pero con suerte se hallarían demasiado lejos para causar problemas.

* * *

Aún no tenían a ningún candidato para reemplazar a Domiciano. El objetivo de un traspaso de poder sin complicaciones dependía de presentar a alguien dispuesto y aceptable. Se iniciaron maniobras frenéticas.

Los Juegos, con todo su ajetreo y vida social, proporcionaban una buena tapadera. Eran triunfales, empezaban con un desfile y luego había danza, boxeo, atletismo y teatro; el final eran cuatro días de carreras de cuadrigas en el Circo Máximo, que el Emperador estaba entonces reparando después de los daños causados por el fuego. Domiciano lo vería desde su nueva y espléndida galería en el Palatino, que dominaba el gran baluarte del lado sur del palacio imperial, justo por encima del Circo. Mientras los caminantes sobre el fuego y los bailarines de cuerda entretenían a las vastas multitudes en medio del constante aroma de las flores, el humo, el estiércol de burro y la comida callejera, todas las personas importantes se hallaban oportunamente en Roma. Los cómplices podían reunirse y murmurar sin levantar sospechas. El sondeo siguió adelante con rapidez.

Uno tras otro, los hombres más prominentes se negaron. Curiosamente, ninguno de ellos denunció la conspiración a Domiciano.

* * *

Domiciano decía que nadie había creído nunca en las conspiraciones hasta que la víctima estaba muerta. Él sí creía. Era demasiado supersticioso. Él tenía la sensación de que la gente se la tenía jurada… Un miedo razonable, puesto que era cierto.

Para el angustiado Emperador, Roma se había llenado de presagios. Había dedicado el año nuevo al cuidado de la diosa de la Fortuna pero los augurios eran terribles. Aquel verano cayeron rayos sobre varios monumentos, entre ellos el templo de los Flavios, el templo de Júpiter y el nuevo palacio; un relámpago había dañado el dormitorio de Domiciano, cosa que él interpretó como particularmente significativa. Si el Emperador no hubiera sido tan supersticioso, nadie hubiera pensado nada de todo esto. Se aproximaba el equinoccio de otoño. En el Mediterráneo había tormentas atronadoras con frecuencia. Rachas de tiempo riguroso acontecían de repente, pasaban con rapidez y dejaban la atmósfera más fresca.

Los astrólogos profetizaban cuándo moriría el Emperador; conocían su obsesión. Tenía unos pensamientos tan funestos que podían realizar tales predicciones sin peligro aun cuando realizar horóscopos imperiales era ilegal. Si no ocurría nada el día que ellos decían, sus predicciones se olvidaban con rapidez, sobre todo por parte de Domiciano. En cualquier caso, él creía que si sabía de antemano lo que estaba planeado para él, como intrigante inteligente que era, podría burlar al destino. Para demostrarlo, retó a un vaticinador a que pronosticara su propia muerte; al oír que ésta ocurriría pronto y que el hombre esperaba morir destrozado por los perros, Domiciano fue tajante: hizo que lo mataran y organizó las cosas para que su funeral se celebrara con mucho cuidado.

Estalló una tormenta que desparramó la pira; unos perros sí que se lanzaron sobre el cadáver medio quemado, y el informante de Domiciano, el actor Latino, con poco ánimo de ayudar, se lo contó.

* * *

Durante aquel período de locura, Cayo se encontró con que lo citaron para que asistiera al palacio con Norbano, el prefecto pretoriano más leal. Por lo que vio y oyó, quedó horrorizado ante la idea de que el complot estuviera a punto de descubrirse.

Domiciano seguía saliendo a dar paseos, rumiando con desaliento sobre el peligro que corría. Su última extravagancia fue hacer colocar unas placas de feldespato enormes, tan pulidas que espejeaban, para poder ver si alguien se le acercaba sigilosamente por detrás. Cayo reflexionó con irritación que había un hermoso jardín completamente privado por el que el Emperador podía haber paseado con absoluta seguridad sin necesidad de aquello.

Domiciano estaba desafiando al peligro. Cosa que, si el peligro era real, suponía una soberana estupidez.

Norbano y Clodiano acompañaron al Emperador tal como se les ordenó. Fue un paseo irregular. Domiciano caminaba con pasos cortos que aceleraba repentinamente, sin beneficiarse del ejercicio. Nunca se relajaba; estaba tenso de preocupación.

Los fragmentos de conversación que Cayo logró oír mientras el Emperador y el prefecto iban de un lado a otro por delante de él confirmaron todo lo que se decía de Domiciano: era reservado y traicionero, era astuto y vengativo. Debía de haber oído algo. Daba órdenes al prefecto con excitación sobre algunos senadores. Cayo reconoció a varios; estos hombres estaban en la lista de los conspiradores para sondearlos como sustitutos del Emperador. Habían dicho que no. A pesar de ello, le estaba ordenando a Norbano que los eliminara.

—¡Clodiano!

El prefecto hizo señas a su oficial para que se acercara. Era la primera vez desde hacía años que había estado tan cerca de su amo. Estaban a tan sólo dos pasos: Domiciano, con su magnífica toga púrpura tirante sobre la rechoncha panza Flavia; Clodiano, alto y fuerte con su túnica roja, libre de

toda expresión a pesar de los nervios. Quizá lo imaginara, pero ese labio extrañamente curvado de Domiciano parecía más pronunciado, la inclinación de la cabeza hacia atrás más peculiar que nunca.

En aquel momento y lugar empezó la conversación más difícil de toda su vida para el soldado. Domiciano exigió un informe sobre el comité secreto. Quería detalles. ¿Quién asistía? ¿Cómo habían contribuido? ¿Quién parecía indigno de confianza? Al cornicularío se le brindaron nombres. Domiciano los iba pronunciando apresuradamente: nombres que Clodiano conocía, nombres que sabía seguro que eran inocentes, incluso nombres que no había oído jamás. El catálogo lo dejó atónito. La mitad del Senado y un gran número de libertos imperiales parecían estar bajo sospecha. Domiciano los había elegido personalmente como personas que estaban contra él, rostros a los que estaba a punto de hacer arrestar.

El cornicularío adoptó una actitud firme y grave, intentando aún reconciliar su deber con sus deseos. No estaba revelando nada importante, pero su actuación no debía de ser convincente. Norbano le lanzaba miradas desagradables y, aunque al parecer Domiciano lo comprendió todo sin reparos, Cayo se sentía intranquilo.

El interrogatorio terminó de forma muy repentina.

El Emperador lo miró fija y largamente, con una mirada astuta y hostil. En esta ocasión Domiciano no dijo «¡A este hombre lo conozco!». Vinio Clodiano tampoco mencionó sus encuentros en el pasado. El cornicularío había fallado la prueba.

No surgió el reconocimiento de que aquél era el soldado que había salvado al sacerdote y se había compadecido de Domiciano en el Capitolio todos esos años atrás, un miembro de la Guardia Pretoriana con largos años de servicio constante, el prisionero cuyo sufrimiento en Dacia tanto había impresionado a su amo. Cualquier otra persona desarrollaba la confianza a través de la experiencia compartida; para el Emperador, el pasado era irrelevante. Domiciano, con su temperamento inconsistente, sólo vivía para las sospechas del momento.

Domiciano estaba convencido de que el guardia lo había traicionado. Pero hasta el momento Clodiano había sido leal. En cuanto el Emperador

descartara toda su carrera de servicio fiel, todo cambiaría. Él hizo el juramento y aceptó el dinero. Pero había seguido siendo independiente. Temisón lo había diagnosticado: «el hecho de estar constantemente bajo sospecha siendo inocente puede exasperar a sus allegados hasta el punto de volverse contra él. Los que lo aman se sentirán rechazados…».

Comprendió esa mirada en los ojos de Domiciano. Sabía por lo que debían de haber pasado todos esos hombres, aquellos a los que el Emperador invitaba a participar en confabulaciones íntimas al tiempo que se volvía contra ellos. Ahora era él quien estaba en peligro. Un corniculario, con acceso a todo el presupuesto pretoriano, podría ser acusado con facilidad de malversación de fondos, por ejemplo. Él, Vinio Clodiano, estaba en la cola para que lo acusaran con dureza de algún delito; para la deshonra, el exilio e incluso la muerte. Falso, injusto. Pero imposible de refutar, aun cuando se diera la ocasión de hacerlo, cosa que no ocurriría.

—Quiero una lista.

—Por supuesto. —Un hombre de intendencia sabía que siempre había que asentir; en su momento, podía hacer caso omiso de las instrucciones—. *Domine*. —Dijo «Señor» con sumisión, pero no iba a llamar «Dios» a Domiciano.

¿Qué clase de lista? Ahí estaba el quid del problema. Domiciano, sumido en sus reflexiones, no lo especificó. Él creía que cualquiera que fuera leal debía saber lo que hacía falta; forzar su reacción era una buena prueba de su honestidad. No le importaba lo que le dijeran; él tomaba su propia decisión de todos modos. Cualquier lista serviría. Cualesquiera nombres que diera responderían. No hacía falta que la lista fuera completa, no era necesario que fuera relevante ni veraz, sólo tenía que proporcionarle sus próximas víctimas. Confirmar sus sospechas. Validar su miedo.

Lo despacharon con brusquedad y el infeliz corniculario se alejó con paso firme. Notó que el Emperador lo seguía con otra mirada torva. Norbano se quedó allí, probablemente para que Domiciano pudiera ordenarle castigar y destruir a Clodiano. Uno de los esclavos allí reunidos al alcance de la voz se cruzó con él. Domiciano había pedido una tablilla de notas. Haría su propia lista.

Aquella mirada decía que Vinio Clodiano estaría en ella.

* * *

Domiciano creía que iba a morir el 18 de septiembre, a la quinta hora.

El día anterior alguien le había regalado manzanas; él ordenó que se las sirvieran al día siguiente, diciendo enigmáticamente, «¡Si es que estoy vivo!».

—¡Es como un tío deprimente junto al que nadie quiere sentarse en las Saturnales! —se quejó Lucila a Cayo.

Tal como éste comentó, al menos esto proporcionaba una fecha a la agenda de los conspiradores.

—El día que él se lo espera es el último que habría que elegir —objetó Lucila. Cayo sonrió en silencio. Estaba abstraído, agobiado aún por aquel encuentro con Domiciano, preocupado por sí mismo y más aún por Lucila —. ¡Tenemos que esperar pillarlo por sorpresa! ¿No, Cayo?

—Si prevé un ataque, puede que lo acepte. «Es la profecía, ha llegado el momento, date por vencido».

Entonces resulta mucho más fácil matarlo.

Cayo pensaba que el inexperto Estéfano vacilaría. Quizás Estéfano pareciera un hombre fuerte, pero un liberto de palacio no tenía formación marcial. Habían traído a un gladiador para que lo instruyera en los movimientos básicos de ataque. Partenio trajo a uno de los profesionales del propio Domiciano, quien los ayudó a cambio de la promesa de libertad y es de suponer que un cuantioso pago en metálico. Cayo no supo el nombre del luchador. No tenía mucha fe en lo que el gladiador podía lograr con Estéfano en tan sólo unos pocos días de ejercicios.

Estéfano se había vendado el antebrazo como si tuviera alguna lesión. Lo llevaba en un cabestrillo bien visible, como un hipocondríaco, y se paseó por el palacio de esa forma hasta que todo el mundo lo hubo visto. Al cabo de una semana los guardias se hartaron de registrarlo por si llevaba

armas ocultas. Entonces fue cuando Estéfano escondió una daga bajo las vendas.

* * *

Cuando Cayo confesó su miedo a que Domiciano estuviera recogiendo detalles del complot por escrito, Lucila decidió hacer algo; fingió que tenía que ver a la Emperatriz.

En los últimos tiempos, Domicia Longina casi nunca requería su presencia, no desde el exilio de Flavia Domitila; probablemente la Emperatriz temía que Lucila le pidiera que rogara a Domiciano que dejara volver a su sobrina. Lucila no iba a malgastar su aliento. Por lo que ella sabía, Domiciano había intentado influir en una decisión política ni una sola vez.

Lucila se imaginaba dónde guardaría sus notas Domiciano. Al igual que los niños inocentes, los emperadores metían cosas secretas bajo las almohadas de sus dormitorios. En el palacio, Lucila utilizó sus habilidades. Se hizo amiga de uno de los chicos desnudos que rondaban por la corte, normalmente haciendo alguna travesura. Lo envió a echar un vistazo. Para que no lo vieran merodeando por allí con aire sospechoso, Lucila le dijo al muchacho que ya volvería ella a por cualquier cosa que encontrara después de que hubiera presentado sus respetos a su ama imperial.

Cuando entró en la habitación todo el mundo hablaba de los miedos de Domiciano por el día siguiente. Por lo visto, no dejaba de exclamar con aire dramático: «¡Habrá sangre en la luna en Acuario!». Domicia replicó que en tal caso se aseguraría de irse de visita a casa de algunos amigos.

La Emperatriz permitió que Lucila besara su regia mejilla con colorete y a continuación Lucila se puso a examinar lo que las doncellas de Domicia le habían hecho en el pelo y le retocó la diadema meticulosamente.

—¡Pareces embarazada! ¿Sabes de quién es?

—Sí, señora. Será un buen padre.

—Bueno, pues es una suerte.

Ocurrió lo inevitable. El chico había encontrado la tablilla de notas de Domiciano. Se la llevó a Lucila. Domicia lo vio. Pidió la tablilla. La leyó.

Mientras sostenía un espejo detrás de la cabeza de la Emperatriz, Lucila estiró el cuello para mirar por encima de su hombro. Allí, escritas con la letra vehemente de Domiciano, había columnas apretadas de nombres, algunos de ellos acertados.

Domicia guardó silencio durante un largo momento. Las joyas caras se alzaban y descendían con su respiración tensa. Cerró tan de golpe la tablilla de dos caras que estuvo a punto de aplastarse los dedos cargados de anillos pesados y antiguos.

—Este pésimo ladronzuelo no tiene ni idea de lo que esto contiene. Es una suerte que se me haya mostrado. —Agarraba la tablilla con firmeza.

Lucila permaneció inmóvil junto a la silla de la mujer, esperándose lo peor.

Le Emperatriz volvió la cabeza y la miró directamente. Domicia Longina, la de labios apretados y actitud intransigente, murmuró con desprecio:

—¡El hecho de perder unas cuantas notas no lo disuadirá! —y entonces, como si hablara para sí misma, añadió—: Esta gente tiene que darse prisa si de verdad van en serio. —De repente le tendió la tablilla—. ¡Flavia Lucila! Tu hombre es pretoriano, ¿no? —el tono fue de aburrimiento entonces—. Enséñale esto, ¿quieres? Supongo que sabrá qué hacer al respecto.

Atónita, Lucila asintió con un leve movimiento de la cabeza. Domicia se volvió de inmediato hacia otra persona, cerrando así su relación con la tablilla.

La Emperatriz debía de ser consciente de la conspiración, consciente de que los nombres que había leído eran significativos. Conocía las implicaciones de decir a los conspiradores lo cerca que estaban de que los descubrieran.

Claro que en un asesinato había peligro para la propia Domicia. Cuando Calígula murió a manos de sus guardias, su esposa Cesonia también fue brutalmente asesinada y a su hijo pequeño le rompieron la cabeza. Domicia no tenía ningún motivo para pensar que los nuevos conspiradores tenían

intención de utilizar sólo la mínima violencia. Domicia había visto de cerca el deterioro de su esposo. ¿Acaso había decidido que no existía ninguna esperanza de recuperación y que su salida era inevitable? Cínicamente, sobrevivir a su esposo supondría para ella también quedar libre del sufrimiento. La gente decía que vivía aterrorizada de que él tuviera intención de hacerle daño.

O tal vez la hija de Corbulón optó por actuar en interés de la nación: ese motivo que era el más noble para cualquier romano, ya fuera hombre o mujer.

Lucila informó sin dilación a sus colegas de que debían actuar de inmediato.

* * *

La búsqueda del siguiente emperador adquirió una urgencia desesperada.

El último hombre al que abordaron fue Coceyo Nerva. Podría ser que se mostrara favorable porque tenía un sobrino, Salvio Coceyano, quien también había estado emparentado con el emperador Otón, un rival de los Flavios en el Año de los Cuatro Emperadores. Domiciano había ejecutado a Salvio por honrar el cumpleaños de su tío Otón.

Nerva era político desde hacía mucho tiempo y entonces tenía unos sesenta años, con una apariencia frágil que algunos consideraban un poco siniestra. No tenía hijos y no era una persona particularmente querida, poseía poca experiencia de gobierno en provincias o del ejército. Era un incondicional de los Flavios, pero esto podía contribuir a suavizar cualquier reacción en contra porque sería aceptable para los partidarios de los Flavios. En el transcurso de una historia llena de altibajos, había ayudado a Nerón a reprimir la conspiración de Pisón con mucha severidad; se decía que también había ayudado con mano dura en el proceso de represalias de Domiciano tras la Revuelta de Saturnino. Al menos, dijo Cayo con sequedad, eso implicaba que Nerva sabía cómo funcionaban los complots.

Todo el mundo, incluido el propio Nerva, reconocía que, por la edad que tenía, era un sustituto provisional. Esto permitiría echar un segundo vistazo a la sucesión, daría tiempo para interesar a algún sucesor digno. Para Nerva, la vida se aproximaba a su fin, así pues, ¿por qué no arriesgarse?

Formaba parte del consejo de asesores de Domiciano, los *amici*, uno de los amigos del César. No es que eso lo detuviera. Nerva accedió a hacerlo.

* * *

Llegó el 18 de septiembre. Domiciano pasó la mañana en la corte, prestando su pedante atención a los casos que la requerían.

A mediodía levantó la sesión. Tenía intención de tomar un baño y echarse la siesta de costumbre. Quiso saber la hora. Sus ayudantes le aseguraron que ya casi era la sexta hora, conscientes de su terror por la quinta. Entonces Partenio mencionó discretamente que había un hombre que tenía algo importante que mostrarle en sus dependencias privadas. Obsesionado con las amenazas, el Emperador estaba ansioso por oír lo que aquella persona tuviera que decirle. Partenio controlaba el acceso al Emperador. Éste confiaba en Partenio para que examinara a los que eran admitidos.

Domiciano salió solo y sin miedo. Era un perfeccionista, siempre quería tener el control absoluto de cualquier cosa que fuera vital.

En su dormitorio se encontró a Estéfano, que aún llevaba el brazo vendado. Le entregó un documento a Domiciano. Mientras él lo leía detenidamente, Estéfano sacó la daga que llevaba oculta.

* * *

Después del desayuno, Cayo y Lucila pasaron las horas juntos en su apartamento de la calle del Ciruelo. Su estado de ánimo era tranquilo, sobrio aunque resignado. Aquella mañana disfrutaron de forma especial con

los quehaceres rutinarios, como si pudiera ser la última vez que estuvieran juntos.

—Éste era nuestro hogar.

—Dondequiera que estemos, éste es nuestro hogar.

Cayo le dio a Lucila su certificado de baja. Por regla general, era Domiciano quien firmaba las tablillas; valiéndose de su autoridad como corniculario, Cayo había hecho que se completaran y Lucila no le preguntó si se había falsificado la firma.

—Libre de mi juramento.

Lucila lo comprendió.

Se estrecharon la mano. Ambos agradecieron al otro la vida que habían tenido juntos. Ninguno de los dos lloró, aunque estaban al borde de las lágrimas.

Cayo iba a ir al palacio para ver qué había sucedido; tenía un plan para que después ambos se escabulleran sin ningún percance. Si le pasaba algo, Lucila tendría que arreglárselas sola. Había dinero. Tenían dinero en abundancia, y ya habían despachado una gran parte con antelación.

—Voy a ir contigo.

—No. Quédate aquí.

—¡Nunca me das órdenes! —Lucila se llevó una mano al vientre y le concedió una escapatoria—. Temes por el bebé.

—Por el bebé, sí; pero por encima de todo temo por ti, Lucila. Espérame aquí hasta que falte una hora para que se levante la prohibición de vehículos. Si para entonces no he regresado, debes marcharte de inmediato sin mí. Piensa en el bebé, piensa en mí y en cuánto te quiero. Y luego vete y ponte a salvo.

Lucila se lo prometió. Cayo la besó, luego volvió sobre sus pasos y la besó una vez más; entonces se marchó. Iba vestido de pretoriano, con la túnica roja, botas de soldado y cinturón militar, y llevaba su espada.

* * *

Mientras caminaba por el Vicus Longus, le llamó la atención la normalidad de Roma. Tampoco había nada extraordinario en su propio comportamiento: un hombre alto de piernas largas que iba andando despacio hacia el trabajo. Aunque se acercaba a los cuarenta, había mantenido las marchas de entrenamiento de veinte millas; era fuerte y robusto. Todavía no había cumplido los cuarenta: aún tenía mucho tiempo por delante para causar estragos.

Se acercaba el final del verano pero los días eran largos y el cielo estaba despejado. En el mes de septiembre, el lado soleado de las calles romanas todavía era incómodamente caluroso, aunque en la sombra tenías una sensación de frío húmedo. Las colchas y demás colada que se habían tendido para secarse al aire colgaban inmóviles. Cuando el corniculario, apesadumbrado por su misión, tomó aire en un suspiro profundo, lo notó cálido en los pulmones.

La hora quinta era cuando la mayoría de las tiendas echaban los postigos. La gente estaba comiendo; la hora sexta sería el período de descanso. Había poca gente en la calle. En aquellos momentos tradicionalmente tranquilos, Roma se relajaba. Los perros desaliñados dormían acurrucados contra las paredes de las casas. Del otro lado de los postigos de una ventana de un piso de arriba llegaba el sonido de un bebé descontento que se quejaba. Más adelante, Clodiano percibió un olor a fritura y oyó el golpeteo rutinario de los cubiertos contra la cerámica.

Dobló a la izquierda para llegar al Foro por el extremo oeste y apretó el paso al pasar por el Arco de Tito; seguía estando relajado pero decidido. Con la Casa de las Vestales a mano derecha, cruzó los antiguos e irregulares adoquines de la Vía Sacra y subió por el empinado acceso al Palatino. Todos los guardias que estaban de servicio lo conocían. Saludaron a su corniculario con la cabeza y lo dejaron pasar sin hacer preguntas.

No había presencia pretoriana en el interior del palacio. Segundo debía de haber dado las órdenes adecuadas.

* * *

Por lo demás, en las zonas públicas todo parecía normal. Los visitantes que habían acudido a Roma por los Juegos se arremolinaban en los enormes salones públicos, inmediatamente después de la grandiosa entrada. El corniculario se abrió paso a empujones entre el gentío y siguió adelante.

El arquitecto había diseñado aquel complejo para asombrar, deleitar y confundir a la gente. Consciente de que aquélla sería su última visita al lugar, Clodiano se fijó más de lo habitual pero no aminoró el paso, salvo cuando tuvo que abordar con cuidado un tramo de escaleras. Como sabía el camino, igual que lo sabían todos los guardias, entró en las dependencias imperiales privadas, unas habitaciones exquisitas situadas en la zona más interior de las áreas más públicas. No vio a ningún sirviente por los pasillos.

Se dirigió con rapidez al lugar de reunión acordado. Partenio estaba allí, entre un pequeño grupo de otros hombres. Con ellos estaba Nerva, un senador bien parecido y de edad avanzada, con un cabello crespo sobre un rostro triangular y un aire dulce. No le sobraba ni un gramo de carne. Tenía aspecto de estar meándose de miedo. Clodiano reconoció a otro hombre como el cónsul Cesio Frontón. Frontón parecía calmado, aunque tenso.

Partenio lo puso al día en tono ansioso. Domiciano y Estéfano estaban encerrados con llave; Partenio había planeado que se cerraran las puertas para evitar que entraran los sirvientes. Los contendientes llevaban encerrados mucho tiempo, demasiado tiempo. Los ruidos que se oían sugerían que todavía estaban luchando, y que Domiciano estaba muy vivo.

Clodiano soltó una maldición. No se sorprendió al oírlo. Se hizo cargo sin vacilar.

Dejó a Partenio abanicando a Nerva, quien casi se había desmayado de terror. Siempre habían tenido un plan secundario por si acaso Estéfano fallaba. Clodiano se llevó consigo a Entelo, el secretario de peticiones, y a Sigerio, un chambelán subalterno. Partenio envió a uno de sus libertos, Máximo. El gladiador que había intentado entrenar a Estéfano los siguió.

Todas las puertas de las habitaciones privadas estaban aún cerradas. Dentro se oían gritos. Dos voces.

Clodiano podría haber irrumpido utilizando el hombro, pero eligió el método silencioso. Llevaba una llave que le había dado Partenio. De ese

modo, en cuanto llegaron al dormitorio, su presencia pasó casi desapercibida durante los primeros instantes cruciales.

Domiciano y Estéfano luchaban cuerpo a cuerpo en el suelo del dormitorio. Ambos parecían estar exhaustos. Estéfano había apuñalado a Domiciano en la entrepierna. Había sangre, sangre por todas partes. El Emperador había agarrado la daga con las manos; tenía cortes en los dedos. La daga estaba a una buena distancia de donde ellos se encontraban entonces.

Estéfano tenía heridas en la cara. Domiciano había intentado sacarle los ojos. Estéfano también debía de haber recibido una puñalada en algún momento; tenía aspecto de estar en situación crítica.

Había otra persona, alguien que no debería haber estado allí. Agachado y horrorizado estaba el chico de cabello largo que atendía los dioses personales de Domiciano en un altar que había en el dormitorio. Palpitando de terror, el chico de los lares se había quedado inmóvil junto a la enorme cama. El Emperador debía de haberle gritado que le llevara el cuchillo que guardaba bajo sus almohadas de seda perfumadas. Una vaina había resbalado por el mármol. Lo único que el muchacho sujetaba era un mango al que se le había extraído la hoja: de nuevo, obra de Partenio.

Los sirvientes leales a Domiciano estaban aporreando otras puertas. Se había agotado el tiempo.

Los hombres que iban con Clodiano, y a quienes Partenio había armado con dagas, se acercaron a Domiciano para enfrentarse a él. Entelo, Sigerio y Máximo lo apuñalaron, uno tras otro, siete veces más. Aun así, se resistía a morir.

El grupo retrocedió, meneando la cabeza ante la resistencia de Domiciano. Los libertos estaban muy tranquilos; lo hicieron bien. El único que no tuvo valor para hacerlo fue el gladiador. En el resto de habitaciones imperiales, las puertas se vinieron abajo brusca y estrepitosamente. Hubo gritos; se acercaba gente. Clodiano indicó por señas a los demás que se esfumaran. Desaparecieron, dejando un rastro de huellas ensangrentadas. Estéfano también se quedó, demasiado malherido para escapar pero esforzándose todavía para arremeter contra Domiciano.

Irrumpieron unos sirvientes. Con un esfuerzo coordinado, alejaron a Estéfano de Domiciano y mataron al mayordomo. Muy bien. Siempre resultaba conveniente que mataran a un asesino en la escena. Sin juicio complicado, un único acusado al que echarle la culpa. Uno casi podría preguntarse cínicamente si no lo habría planeado Partenio.

Partenio entró en la habitación.

Domiciano jadeaba de manera grotesca y seguía serpenteando lentamente por el suelo. Al ver a un pretoriano, a Clodiano, su protegido, intentó desesperadamente hablar. Clodiano indicó por señas a los demás que no se acercaran. Oyó que Partenio daba órdenes calmadas a los sirvientes. Con eso aún quedaba el problema.

«¿En qué pensabas cuando te involucraste?».

«Él iba a morir de todos modos…».

Clodiano avanzó pisando con cuidado. Se asombró de lo lejos que podía extenderse una pequeña gota de sangre al allanarse contra el suelo en forma de rociada fina. Se asombró de cuánta más sangre de ambos combatientes había chorreado, se había encharcado y coagulado. Las moscas ya volaban en círculos con fascinación morbosa sobre una zona ensangrentada y reluciente.

Domiciano ya estaba casi muerto. Se le cerraban los párpados y probablemente ya no viera nada. Era imposible saber si conocía al hombre que descollaba sobre él, o si se dio cuenta de lo que estaba a punto de hacer su último asaltante.

Clodiano desenvainó su espada sin mediar palabra. Se arrodilló junto al Emperador y se la clavó con fuerza. La carne se cerró y afianzó la hoja, pero él la retorció y tiró de ella con la ferocidad que utilizan los legionarios cuando acaban con un enemigo: un segundo tirón para hacer que el primer golpe resultara certero.

No le hizo falta mirar. Domiciano estaba muerto.

* * *

Clodiano se despojó de su túnica roja, tirando de ella para sacarla del cinturón y la vaina. Limpió la sangre de su espada a conciencia, la enfundó y tiró la prenda húmeda. Debajo llevaba otra túnica, como un civil. Al pasar junto a Partenio cruzó la mirada con el chambelán y lo saludó con un movimiento de cabeza. Intercambiaron un respeto mutuo. No volverían a encontrarse.

En los enormes espacios públicos nadie parecía ser consciente de que hubiera sucedido algo. Caminó, con la mano apoyada en el pomo de la espada con aire despreocupado y volvió a atravesar el palacio, pasó junto a los guardias de servicio y salió al impacto de la radiante luz del sol de septiembre.

Con paso regular, Cayo Vinio, quien nunca más sería Clodiano, desanduvo la ruta desde el Palatino, cruzando otra vez el Foro y a lo largo del Vicus Longus. Los mismos perros dormían en posiciones prácticamente inalteradas y el mismo bebé lloraba sin descanso. Esta vez tenía el sol detrás. Lo sentía en la espalda, cálido y alentador, mientras regresaba al Distrito Sexto donde hacía años que él y la mujer de su corazón tenían alquilada una vivienda, que entonces se disponía a abandonar.

Llegó a la calle del Ciruelo, encontró a su chica que lo esperaba, y le recogió el equipaje de mano, se echó el suyo al hombro, silbó para llamar al perro y los condujo con paso enérgico al cuartel de la Primera Cohorte de los vigiles. Escorpo había guardado el carro en lugar seguro para él: un carro de albañil que le había comprado a su hermano y que ya estaba cargado, un vehículo pesado sin pretensiones con un buey tranquilo, nada que hiciera que la gente lo mirara dos veces. Los carros de los albañiles tenían una licencia especial para andar por las calles durante la prohibición normal de los vehículos rodados. Si se marchaban entonces evitarían el inminente tropel del tráfico de la tarde.

—¿Estamos listos?

—Listos.

Cayo se había retraído, conmocionado. Lucila aceptó su silencio. Hablaría a su debido tiempo; se lo contaría todo. Le echó una capa encima y ella misma tomó las riendas. Señaló que aquello no era algo que no se viera

normalmente en las carreteras del Imperio, ni mucho menos: un marido holgazán y sinvergüenza que se limitaba a contemplar el paisaje mientras que su pobre esposa embarazada hacía todo el trabajo duro… En algún profundo recoveco de su interior hubo una débil reacción; Cayo le puso una mano en el regazo.

«Tú conduce, querida».

Saldrían a la carretera principal, cerca de la Saepta Julia, como si se dirigieran más allá del Horologio y el Mausoleo de Augusto, de camino al norte de Italia. En cambio, ellos virarían a la izquierda, atravesarían el Campo de Marte y llegarían al Tíber. Cruzarían el Puente de Nerón y cambiarían de dirección una vez más, para seguir el río hacia la costa en Ostia, donde esperaba su barco.

A sus espaldas, en incontables vecindarios del lugar, los ciudadanos aún estaban disfrutando de la comida y de su período de descanso, indiferentes a los acontecimientos en el Palatino. Allí, en el corazón de la ciudad, había hombres importantes que tenían que hacer un trabajo frenético, pero nada de todo aquello se haría público hasta el día siguiente. Aquel día Roma, la eterna, la Ciudad Dorada, permanecía en paz, bañada por la luz del sol. No hubo alarmas. Era una tarde tranquila en la Vía Flaminia.

OceanofPDF.com